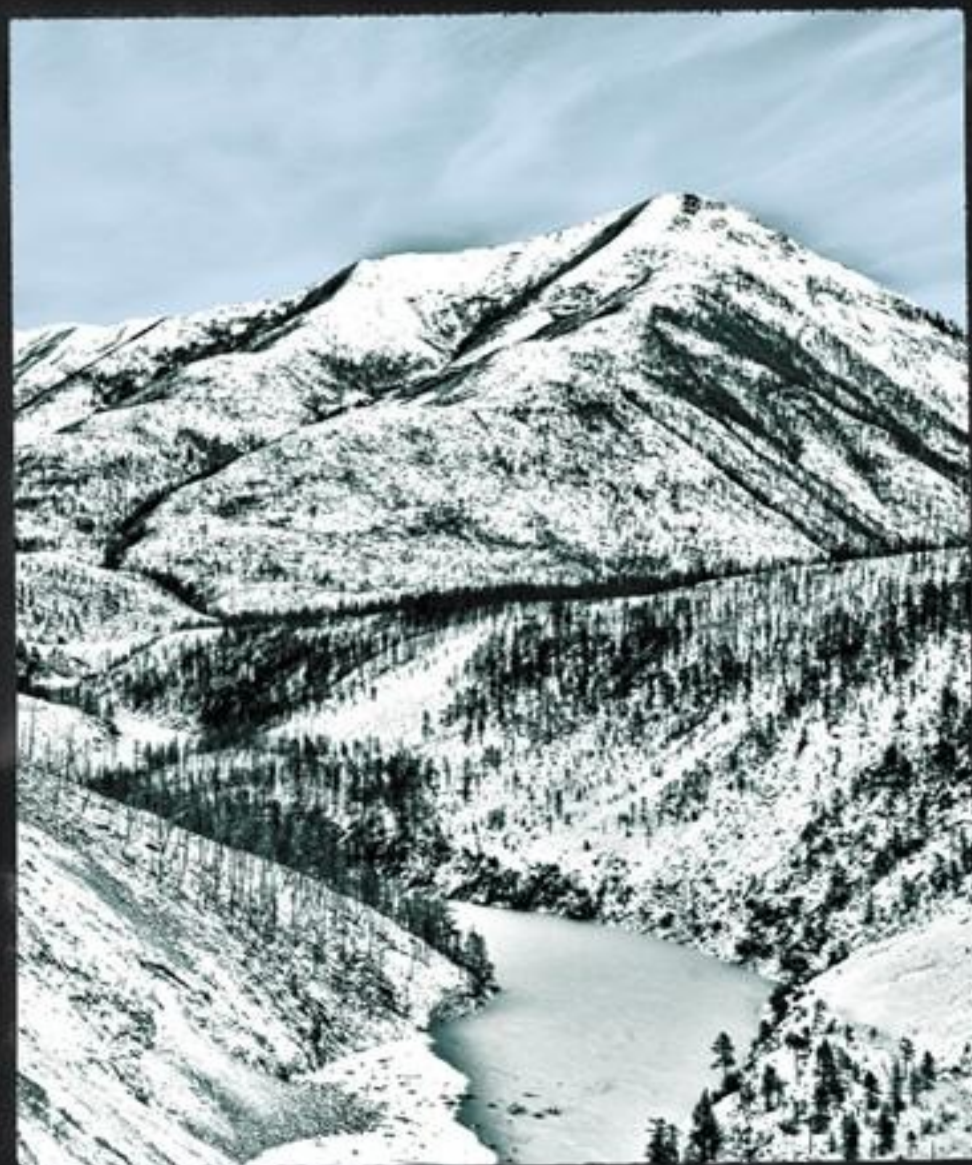


LIONEL DAVIDSON
BAJO LOS MONTES
DE KOLIMA



Lectulandia

Azotados por vientos implacables y sumidos en noches eternas, los montes de Kolima se encuentran en uno de los parajes más inhóspitos del planeta. En plena tundra siberiana, en la misma estepa helada donde los gulags fueron escenario de la brutal represión soviética, el nuevo tiempo político ha dado paso a otro tipo de horrores: un centro clandestino de investigación que prohíbe la salida a los operarios y donde, bajo extremas medidas de seguridad, las autoridades realizan turbios experimentos en el más absoluto de los secretos.

La trama se desarrolla sin pausa en paralelo a las peripecias del protagonista, que mientras cruza fronteras de forma ilegal, fingiendo acentos extranjeros, debe improvisar vías de escape imposibles, lidiar con toda clase de enemigos y, en definitiva, jugarse el pellejo para acceder a la remota base.

Lectulandia

Lionel Davidson

Bajo los montes de Kolima

ePub r1.0

Titivillus 31.01.17

Título original: *Kolymsky Heights*
Lionel Davidson, 1994
Traducción: Cristina Martín Sanz

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Frances

INTRODUCCIÓN

Acabo de leer este libro por cuarta vez, y estoy más convencido que nunca de que es el mejor *thriller* que he leído en mi vida y de que, con Lionel Davidson fallecido, es poco probable que lea otro que lo supere.

Tiene una estructura clásica. Adopta la antigua forma de la búsqueda: el protagonista viaja a un lugar remoto, consigue algo valioso y regresa. *Jasón y los Argonautas*, *La isla del tesoro* y *Las minas del rey Salomón* son sólo tres de la multitud de relatos que siguen este patrón básico. Quizá el ejemplo moderno más famoso sea *El señor de los anillos*; el valioso objetivo que consigue el protagonista, Frodo, en el momento culminante de su peligroso viaje, es la destrucción del Anillo Único, con el que sólo se puede acabar arrojándolo al Monte del Destino.

La idea de la búsqueda ha sido objeto de numerosos análisis, llevados a cabo prácticamente desde todos los puntos de vista, incluidos el psicológico, el antropológico y el literario. En cuanto a la técnica del relato, en mi opinión existen tres normas que toda buena narración debe respetar: la búsqueda debe ser ardua, debe ser fácil de entender y el desenlace debe dejar muchas cosas pendientes.

No sé si Lionel Davidson tuvo en mente alguno de estos elementos de manera consciente, pero *Bajo los montes de Kolima* es una de las búsquedas mejor contadas que he leído. El protagonista, Johnny Porter, tiene que viajar desde Canadá hasta un instituto científico de Siberia, oculto en un lugar remoto y protegido por un fuerte sistema de seguridad, y averiguar la razón por la que un antiguo amigo suyo le ha pedido con tanta urgencia que acuda a un sitio tan desolado. Y luego, naturalmente, debe regresar. De modo que el relato se divide, de forma natural, en tres partes: la llamada y el viaje de ida, lo que sucede allí y el viaje de vuelta. Un relato con esta estructura tiene un atractivo irresistible... si se cuenta bien.

Sin embargo, se han escrito y publicado miles de historias de búsquedas, y la mayoría de ellas se olvidarán. Una estructura clásica no lo es todo por sí sola. Que esté «bien contada» implica varias cosas, por supuesto, y la calidad de esas cosas es lo que hace que *Bajo los montes de Kolima* sea un relato tan memorable. Una de ellas, muy importante, es el protagonista. Jean-Baptiste Porter, o el doctor Johnny Porter, es un indio de etnia gitksan, originaria de la región del río Skeena, en la Columbia Británica. Dotado de un talento prodigioso para los idiomas, a los trece años no sólo habla la lengua de su tribu e inglés, sino también varias más, entre ellas el tsimshian, «una lengua tan singular que los lingüistas no han logrado relacionarla con ninguna otra del mundo». También domina el coreano, el japonés, el ruso y varios dialectos de los pueblos nativos de Siberia. Además, está licenciado en Biología, le conceden una beca Rhodes para estudiar en Oxford y, antes de graduarse, publica *Silabario de tsimshian corregido*, obra con la que gana una medalla de oro. Por si fuera poco, sabe luchar y es un ingeniero hábil y con experiencia. Y encima resulta sumamente atractivo a las mujeres.

Los héroes tienen que ser notables. Únicos y extraordinarios. Si conociéramos a alguien como Johnny Porter, nos quedaríamos menos impresionados al encontrarnos con un héroe en un libro. Supongo que un lector particularmente escéptico alzaría una ceja ante esta increíble lista de logros; en cambio, a mí me ha convencido, siempre.

Los demás personajes de la novela también son vívidos, cada uno en su estilo. Rogachev, el anciano director del misterioso centro científico, con su oscuro secreto; Lazenby, el académico de Oxford de cabeza bamboleante; la coqueta y provocativa Lidia Yakovlevna, que quiere irse a casa con Johnny y «hacer de todo» con él; la dulce y ciega Ludmila, que quizá sea el personaje más extraordinario de todo el libro; Komarova, la fría y reservada doctora, que sabe más de lo que parece; el brutal contraataque japonés del *Suzaku Maru*... Todos ellos están bien dibujados y llenos de vida.

Tal vez los pasajes más destacables del relato sean los que cuentan cómo llega Johnny Porter a Siberia y su partida. El viaje de ida es espantoso, no sólo tiene que soportar dolor —una violenta pelea con el abominable contraataque, maravillosamente relatada—, sino también un sufrimiento todavía peor, tan repugnante como ingenioso. El viaje de vuelta, en el que Porter intenta hasta desesperarse llegar al estrecho de Bering con temperaturas de cincuenta grados bajo cero, mientras sus enemigos se acercan cada vez más, es una de las mejores persecuciones que se han escrito.

Son los detalles lo que más impresiona. Por ejemplo, no tengo ni idea de si existe un *bobik*; Wikipedia cree que es el apodo de un vehículo blindado, pero eso no tiene nada que ver. A lo mejor a Davidson le gustó el nombre y se inventó un vehículo para llamarlo así. Pero ese todoterreno feo, cuadrado, inmensamente duro y capaz de soportarlo todo, con neumáticos medio inflados, y que además cuenta con una excelente calefacción, es justo lo que haría falta para viajar por esas regiones, y cuando Porter necesita uno... En fin, en manos de un escritor menos dotado, se limitaría a robarlo. Sin embargo, aquí hace algo mucho mejor. Y debido a la acumulación de detalles de ingeniería convincentes, acabamos creyéndonos hasta la última palabra, y nuestra admiración por Porter —y por el autor— crece aún más.

Dondequiera que miremos, sea cual sea el pasaje que estemos leyendo, hallamos profundidad en los detalles, están pensados a fondo, resultan del todo verosímiles. Para un escritor, el peligro de los detalles radica en cargar demasiado las tintas en ellos: el autor está tan enamorado de la investigación que ha llevado a cabo que desea que el lector se enamore también. Sin embargo, rara vez lo hace. En el momento en que el cariño del autor por tanta información sobrepasa el interés del lector, este deja el libro y enciende la televisión.

En *Bajo los montes de Kolima* hay mucha descripción del ambiente, pero en este caso los detalles no son sólo un elemento decorativo. ¿Cómo finge Porter que es un marinero coreano y se incorpora a la tripulación de un barco japonés? ¿Cómo, tras haber llegado a Siberia con un disfraz, cambia su apariencia física y sus modales de

forma tan creíble? ¿Cómo penetra al fin en la fortaleza del instituto científico, situado cerca de las negras aguas del lago Tcherni Vodi? Cada paso es necesario, cada detalle hace que el argumento avance. Si el resultado ha sido fruto de la investigación, nos inclinamos ante la diligencia de Lionel Davidson. Si, en cambio, ha sido fruto de su imaginación, nos inclinamos todavía más. (Cuando se escribe ficción, el objetivo de la investigación siempre es llevar la imaginación hasta un punto en el que sea capaz de inventar cosas tan parecidas a la realidad que el lector no pueda notar la diferencia).

Venga de donde venga, ya sea porque Davidson viajó a lo más remoto de Siberia, pasó muchas horas en la biblioteca o porque simplemente se sentó a su mesa y se lo inventó todo, la totalidad del material está al servicio de uno de los talentos narrativos más grandes del mundo del *thriller*. Como relato puro de aventuras, esta novela tiene muy pocos rivales. Como historia de amor, valentía, peligro y un frío terrible, es una obra maestra. Ahora bien, el breve episodio que tiene lugar en el corazón del misterio, el callado encuentro entre Johnny Porter y la tierna y herida Ludmila, eleva *Bajo los montes de Kolima* por encima de cualquier otro *thriller* que yo haya leído. Este es el mejor que existe.

PHILIP PULLMAN

PRÓLOGO

¡Cuánto tiempo, querido amigo, cuánto tiempo! ¡Te espero con gran ilusión! Han ocurrido tantas cosas —tantas que no se me pueden olvidar— que aprovecho este rato para realizar un recuento. Y para hacerte una advertencia. Todo lo que sigue te va a parecer muy extraño. Te insto a que recuerdes nuestras conversaciones y a que, por encima de todo, tengas en cuenta dos cosas.

Cada vez que te tropieces con una dificultad a lo largo de este relato, ten por seguro que también me la he encontrado yo. Donde tú dudes, también yo habré dudado. Lo que aquí se narra no son suposiciones.

No son suposiciones. Pero tampoco lo he buscado. Ha sido cuestión de suerte. Pero ¿de suerte «ciega»? Ya lo verás. Poco después de nuestro último encuentro, volví a casa y me tomé unas breves vacaciones con mi mujer en Pitsunda, junto al mar Negro. Allí tuvimos un accidente de tráfico. Ella falleció y yo sufrí heridas graves. Pasé varias semanas en el hospital y otra temporada más en un sanatorio, víctima de una profunda depresión. Mis amigos, mis colegas, todos me instaron a que volviera al trabajo. Y lo hice, pero me resultaba imposible trabajar. Mi instituto ya no significaba nada para mí, mis antiguos intereses habían dejado de interesarme.

Me diagnosticaron una depresión de tipo «clínica», ¡y por consiguiente me trasladaron a una! Allí me sometieron a diversos tratamientos, pero ninguno de ellos sirvió de nada. Poco después, empezó a visitarme cierto académico.

Ese hombre a mí me resultaba sólo vagamente familiar y, sin embargo, enseguida se hizo obvio que sentía un vivo interés por mis asuntos y que estaba muy bien informado sobre ellos. Había consultado a mis médicos a conciencia, estaba al tanto de mi situación personal y, por supuesto, conocía las obras que yo había publicado. A lo largo de una serie de conversaciones, se cercioró de que yo seguía estando al corriente de lo que sucedía en mi campo, y al final me hizo una proposición.

Me dijo que en un centro de investigación situado en el norte necesitaban un director nuevo. El actual se encontraba en un estado de salud muy precario y no le quedaba mucho tiempo de vida. La labor que se realizaba en aquel centro era valiosísima, de modo que habían formado un comité que, ayudado por varios miembros de los «órganos del Estado», llevaba algún tiempo estudiando posibles candidatos. De ello deduje que dicha labor debía de estar relacionada con la seguridad. Así me lo confirmó el académico, y luego prosiguió.

La parte del trabajo que interesaba a los «órganos» no contaría con la aprobación de todos los círculos científicos, por lo que sería perfectamente comprensible y razón suficiente para que cualquiera se negase a realizarla. Él desconocía de qué se trataba, pero tenía entendido que era algo parecido a los estudios que se llevaban a cabo en Fort Detrick, en Estados Unidos, y en Porton Down, en Inglaterra, es decir,

investigación de materiales para la guerra con armas químicas y bacteriológicas.

El siguiente aspecto negativo no era menos importante: la persona nombrada para aquel puesto nunca podría dejarlo, porque el retorno a la vida normal no estaba permitido. Eso no quería decir que equivaliera a vivir en una cárcel, nada más lejos, pero ese factor debía tomarse en cuenta, junto con otros dos: la ubicación del centro de investigación y sus condiciones meteorológicas (de lo cual deduje que se trataba de un lugar remoto donde hacía muy mal tiempo).

Al margen de eso, los demás aspectos eran todos positivos. Las condiciones de vida en la estación no eran simplemente buenas, sino lujosas. En el plano profesional, se disponía de un presupuesto casi ilimitado; por lo menos, él nunca había visto que el comité rechazase ninguna solicitud del actual titular. (Y dado que ya ha muerto, puedo decir cómo se llamaba: L. V. Zhelikov).

Con el programa de investigación ocurría lo mismo que con el presupuesto: era casi infinito. El académico habló largo y tendido de ese tema y cuando ya se iba añadió una última cosa: los anteriores directores del centro habían sido objeto de una rigurosa investigación. La finalidad era, sobre todo, determinar si los candidatos estaban psicológicamente preparados para llevar aquella existencia. Muchos resultaron no estarlo, e incluso entre los seleccionados hubo un porcentaje de fracasos. Nada se pudo hacer por esos desdichados. No podían marcharse, por supuesto, de modo que tuvieron que quedarse allí, infelices de por vida.

En mi caso, dicha investigación no iba a ser necesaria. Sin embargo, dijo, al decidir yo debía tener en cuenta la situación de aquellos «desdichados». Él ya no iría a verme más. Después de pensar con detenimiento sobre el asunto, sólo debía enviarle una tarjeta con un «sí» o un «no». Le contesté que así lo haría.

Le contesté que así lo haría y así lo hice: le envié una tarjeta con un «sí», aunque la verdad es que no lo medité en absoluto. En cuanto lo oí hacerme su proposición, supe que aceptaría. Mis razones eran simples: estaba seguro de que mi dolencia anímica no iba a continuar. La vida sigue, es lo que hace siempre. Y también estaba seguro de que había llegado el momento de cambiarla de un modo definitivo. Además, estaba lo del «lugar remoto donde hacía muy mal tiempo»; era Siberia, desde luego. Pero de esto hablaré más adelante.

Por el momento, diré que envié la tarjeta y que seis semanas más tarde, de manera muy precipitada, sin apenas tiempo para despedirme de mi familia o decirles adónde iba —porque no lo sabía—, viajé escoltado hasta el centro de investigación.

Allí descubrí a qué se debía tanta prisa. A Zhelikov le quedaban sólo unos días de vida. Estaba invadido por el cáncer. Se hallaba en su magnífico apartamento subterráneo, el mismo en el que me encuentro yo ahora, sentado en la silla-cama móvil que él había diseñado —«silla eléctrica», la llamaba—, sumido en un estado de dolor, agotamiento e impaciencia considerables. Aquel día, para poder mantener la

cabeza despejada, no se había tomado la morfina. Casi de inmediato empezó a darme instrucciones detalladas sobre cómo debía abordar un problema que había surgido aquella misma semana.

El problema era la recuperación de un mamut. En aquella zona se han encontrado muchos ejemplares de esta especie extinta y lo primordial siempre es llegar a la escena antes que los cazadores nativos, que los utilizan para comer —y que además dirigen un lucrativo comercio de tallas de marfil—. Poco antes, el Gobierno había prohibido estas prácticas y se consideraba delito el hecho de no denunciarlas. Pero esto no tuvo ningún efecto en los nativos de las tribus, que no se «delatan» unos a otros; en cambio, afectó de modo significativo a las labores de construcción. Como entre las grandes cuadrillas de operarios abundan los chismorreos, los hallazgos se notifican de inmediato... y de inmediato van seguidos de una orden de pararlo todo hasta que se hayan inspeccionado debidamente.

Pero este no es el único aspecto importante. Los animales que encuentran los cazadores están en el interior de cuevas o en otros lugares abrigados donde el calor corporal de un animal muerto se va disipando despacio y los tejidos blandos se deterioran de forma inevitable. Nunca habían encontrado un mamut entero, congelado al instante, por así decirlo, con los tejidos blandos intactos. Lo que emocionaba a Zhelikov era la posibilidad de que en esa ocasión tal vez tuviera un ejemplar con esas características al alcance de la mano.

En un cabo situado al norte del centro de investigación se estaba preparando un emplazamiento para una construcción de gran tamaño. Durante las excavaciones, el suelo había cedido y había dejado al descubierto una grieta. Dentro de esta había una cornisa y en la cornisa se veía un mamut. Estaba atrapado en el hielo. Era evidente que había caído desde una gran altura y que había muerto en el acto. ¡Un mamut congelado al instante!

Con una impaciencia furiosa, Zhelikov insistía en que yo acudiera de inmediato a la grieta. Demasiado enfermo para viajar él mismo, y receloso de sus ayudantes, llevaba cuatro días esperándome. Dos de esos días yo ya los había pasado viajando, de modo que en aquel momento me sentía casi al límite de mi resistencia física. Pero tal era la fuerza de su carácter que cuando apenas habían transcurrido un par de horas de mi llegada, ya había vuelto a enviarme al frío, a desempeñar una misión sumamente trascendental.

En esa época del año —era febrero— nuestra región tiene casi veinticuatro horas de oscuridad y una temperatura media de cincuenta grados bajo cero. Además, sufre vendavales muy violentos y muy localizados. Al cabo de media hora nos tropezamos con uno de ellos, y aunque el helicóptero era un aparato grande y robusto, estaba ya tan maltrecho de tanto volar entre la ventisca que el piloto se vio obligado a alcanzar una altitud muy superior a la que permitía el contacto visual con el suelo.

Cuando llegamos al emplazamiento, encendimos todas las luces del aparato. Desde tierra nos informaron por radio de que habían encendido también las suyas, pero aun así nos resultó imposible vernos unos a otros. El piloto inició el descenso con precaución, distinguiendo apenas en la ventisca el rombo que formaban las luces, pero en cuanto notó la tremenda embestida que soportaban las palas del rotor, volvió a ascender con rapidez y solicitó instrucciones.

El ayudante principal de Zhelikov y los técnicos de nuestro grupo opinaban que debíamos abortar el intento y regresar de inmediato al centro con el combustible que nos quedaba. Yo, por radio, le pedí una segunda opinión a Zhelikov, sabiendo con toda seguridad lo que iba a decirme. Y no hubo sorpresa. Aquel hombre obsesionado, que se aferraba a la vida por una sola razón, nos dijo que no perdiéramos un tiempo que era precioso y nos ordenó que hiciéramos un único intento, pero uno «bueno», de aterrizar. En cuanto hubiéramos recuperado el mamut, podríamos retrasar la vuelta hasta que mejorase el temporal.

El piloto frunció el ceño, apretó los dientes y descendió de nuevo entre la furiosa ventisca, bamboleándose con violencia por encima de la pista iluminada, hasta que por fin se posó en el suelo manteniendo apenas el equilibrio. Incluso en tierra nos vimos tan zarandeados que, sin desabrocharnos los cinturones, tuvimos que esperar que unos vehículos vinieran a buscarnos para recorrer los doscientos metros que nos separaban del edificio residencial.

En el interior del mismo nos aguardaba una embestida tremenda de calor y de luz. Las estufas de chapa metálica estaban al rojo vivo y los operarios descansaban tumbados en sus literas vestidos sólo con pantalones y camiseta. Al vernos, se lanzaron sobre nosotros como perros ansiosos, pues tras la orden de paralización que había dado Zhelikov llevaban casi una semana inactivos.

Sin dejar que me quitase las pieles, ni siquiera el gorro, me obligaron a examinar de inmediato los planos técnicos de la grieta y de la cornisa en la que se encontraba el mamut, y pocos minutos después estaba otra vez fuera, dirigiéndome hacia allí a toda prisa, a bordo de un «tanque para nieve».

En el emplazamiento de la obra se había excavado una hondonada en forma de cuenco, de paredes muy profundas en su parte central, donde estaba la grieta. Esta se hallaba rodeada de pilotes de escasa altura, sobre los cuales se habían montado los reflectores que normalmente permitían trabajar en la obra las veinticuatro horas del día. Había también una grúa con dos arneses colgantes en los que nos metimos el ayudante de Zhelikov y yo, luego nos abrocharon las correas a toda prisa y nos bajaron, primero hasta la hondonada y luego, con mayores precauciones, hasta el interior de la grieta.

Arriba había sido imposible hablar, dado el tremendo rugir y ulular del viento, pero a medida que íbamos bajando, el ruido fue disminuyendo y dentro de la grieta quedó reducido a un aullido lejano. El ayudante y yo pronto empezamos a hacer comentarios en tono normal, incluso bajo, porque la estrechez de aquella sima de

hielo parecía invitar a ello. Yo llevaba una linterna, dado que hasta allí no llegaba la luz de los focos, y el ayudante —al que llamaré V— llevaba un equipo de comunicación.

Fuimos descendiendo lentamente hasta la cornisa, que al principio sólo parecía un bloque de hielo de forma irregular. Mientras V iba dando instrucciones por el equipo de radio, fuimos girando a izquierda y derecha y hacia abajo, a fin de examinar a la luz de la linterna la estructura del hielo y la forma desdibujada del animal que estaba atrapado en él. El mamut había caído sobre el costado izquierdo, de cara a la sima y con las extremidades hacia dentro, de modo que sólo se distinguía con claridad uno de los colmillos y nada del tronco. Era muy poco lo que se podía apreciar, aparte de su tamaño aproximado, que sería de unos dos metros y medio de largo —lo cual indicaba que era un ejemplar joven—, y la característica elevación de los cuartos traseros hacia el bulto del abdomen. Desde arriba, las varias capas de hielo, de unos setenta centímetros de profundidad en total, tan sólo nos permitían una visión opaca, pero a través de una estrecha apertura que había en un costado era posible distinguir mechones del denso pelaje del mamut.

Estuvimos desplazándonos hacia delante y hacia atrás, arriba y abajo, mientras V, experto en las propiedades del hielo, iba tomando nota de las fallas y tensiones que había en la grieta y sugería modificaciones al plan de rescate que había ideado Zhelikov. A continuación, pedimos que nos izaran e impartimos las órdenes necesarias para que comenzara la operación.

Dos equipos bajaron hasta la grieta armados con ganchos y mangueras de vapor, y en el transcurso de un par de horas cortaron y subieron el inmenso bloque de hielo, que a continuación fue rodeado con las lonas que habíamos llevado y sujeto con cadenas. Dicho trabajo se realizó con la máxima dificultad, en medio del constante azote del viento y la nieve; y justo cuando se terminó, la tormenta cesó y dio paso a una calma gélida, tal como suele ocurrir en esas regiones.

Subimos al helicóptero de inmediato, esperamos mientras amarraban la carga y los rotores la levantaban con cuidado, y después despegamos. Y así, volando a ras de suelo y muy despacio —a cámara lenta, casi como si se tratara de un solemne funeral de Estado—, transportamos al mamut hasta el centro de investigación.

Lo transportamos y lo colocamos con cuidado en el sitio que habíamos preparado para él en el túnel. Cuando acabábamos de retirar las lonas, apareció Zhelikov avanzando erráticamente por la rampa, sentado en su silla.

Durante nuestra ausencia habían obligado al viejo, agotado por el dolor, a tomarse los medicamentos. Aun así, solo en su habitación, en un estado de semiinconsciencia, se había enterado de nuestra llegada y se había «escapado». Empezó a dar vueltas y más vueltas alrededor del bloque de hielo, intentando en vano incorporarse para ver al animal. V y yo le aseguramos que no había nada que ver aparte de un colmillo,

pero él, aturdido y ansioso, sospechó que le estábamos ocultando algo, que el bloque se había fracturado durante el traslado y el mamut había sufrido daños. Nosotros insistimos en que nada de eso había ocurrido, pero no lo convencimos.

En el interior del túnel, aquella figura pequeña pero indómita, envuelta en pieles, daba la impresión de haber encogido otro poco desde la última vez que la habíamos visto. Su cabeza no era más grande que un pomelo. Y aun así, intentaba imponer su voluntad. Furioso, repitió que no había que intentar reparar los desperfectos hasta que se hubiera llevado a cabo su operación de rayos X y fotografías del animal. ¡Y dicha operación debía ponerse en práctica de inmediato!

V y yo estábamos tan agotados que casi le revelamos el secreto allí mismo. Experimentamos un alivio inmenso cuando aparecieron a toda prisa su médico y un ayudante y se lo llevaron. Nos quedamos mirándonos el uno al otro durante un momento, pues éramos conscientes de que la impresión podría haberlo matado al instante.

Bajo la iluminación intensa y uniforme del túnel era posible ver mucho mejor a través de la pequeña apertura de hielo transparente. Se habían desprendido unos fragmentos de escarcha, y ahora se distinguía con nitidez el pelaje del mamut. Pero no era el pelaje de un mamut, sino el de un oso. Los osos no se habían extinguido, al contrario, los había en abundancia, y toda la comunidad de científicos sostenía que llevaban millones de años sin cambiar de forma. Sin embargo, lo que parecían tener delante era un oso con un colmillo.

Aun así, lo dejamos estar por esa noche.

Dormí el sueño de los exhaustos, y a la mañana siguiente, temprano, supervisé la operación de rayos X y la toma de fotografías. Zhelikov seguía durmiendo, muy sedado. Las primeras placas se revelaron en unos minutos y al momento ordené a los miembros del pequeño equipo que guardasen silencio hasta que el propio Zhelikov, tras la preparación adecuada, fuera informado de los resultados. Pero tal cosa no llegaría a suceder. Aquel esforzado guerrero, a la cabeza de los mejores científicos, no regresó del lugar al que se había marchado, fuera el que fuese, y poco antes de las doce del mediodía su manto pasó a cubrir mis hombros. Y, con él, el problema del animal que teníamos en el túnel.

En las jornadas que siguieron, hice que lo fotografiasen una y otra vez, desde todos los ángulos y empleando los medios más avanzados. Pero ya desde la primera placa había quedado claro lo que allí sucedía. No nos habíamos equivocado con lo del pelaje de oso ni con el colmillo. Y, sin embargo, aquello tampoco era un oso con un colmillo: había otros animales, además de los osos, que vestían pieles de oso.

Aquel animal era humano. Una hembra. Medía 1,89 metros, estaba embarazada de treinta y cinco semanas y ya había parido antes.

Estos últimos datos y algunos otros los averigüé más tarde, pero voy a señalar

ahora los más importantes.

Sibir —así la llamamos, la «durmiente»— es una hembra bien parecida, incluso hermosa, de cutis claro y facciones regulares. Tiene los ojos grises, ligeramente oblicuos —es el único rasgo «mongol», porque los párpados no presentan el pliegue característico—, y los pómulos elevados y un poco planos. Se podría decir, pues, que pertenece a la raza eslava, si es que dichos términos poseen algún significado, lo que, por supuesto, no es el caso. Ella es anterior, en varias decenas de miles de años, a los eslavos y a todos los pueblos que existen en la actualidad, porque su muerte se produjo hace casi cuarenta mil años.

Según nuestros cálculos, tenía dieciocho cuando se cayó en la grieta y se rompió el cuello. Acababa de ingerir una comida a base de pescado, del cual llevaba más en una bolsa de gran tamaño fabricada con piel de reno. La bolsa colgaba de un trineo, del que ella iba tirando, y el colmillo —en realidad un cuarto de colmillo, la parte curva y terminada en punta— estaba unido al trineo a modo de patín. El otro colmillo-patín, obviamente a consecuencia del impacto, se rompió y cayó a la grieta, más abajo. La fuerza del choque desplazó la carga del trineo y la repartió alrededor del cuerpo y por encima de él, lo que producía la impresión de abultamiento y longitud que habíamos visto.

Sibir había caído sobre su costado izquierdo, con el brazo izquierdo —era zurda— extendido, quizá en un intento de proteger al hijo que llevaba dentro. Aquel feto, responsable del pronunciado «bulto», le habría causado de todas formas problemas en el momento del parto, porque tenía una cabeza muy grande: resultaba obvio que el padre era un neandertaloide (no el neandertal especializado que vivía en Europa, sino uno anterior y más generalizado, que poseía un cráneo más grande; en este sentido, su sucesor europeo suponía un retroceso; la evolución no avanza siempre en línea recta).

Aparte del brazo y el cuello rotos, no había sufrido más lesiones. Se había congelado rápidamente, con lo que el daño cerebral fue mínimo. Y era perfecta. Y además estaba entera: labios, lengua, carne, órganos —el aparato digestivo se había detenido en plena asimilación del pescado—, todo fresco y sano, congelado al instante. Hasta tenía saliva en la boca. Dejando de lado su estatura, parecía moderna en todos los sentidos. Y, sin embargo, en todos los sentidos no lo era. De esto también hablaré más adelante.

Ahora he de decir dos cosas. La primera: de todas las tierras habitadas que existen en el mundo, esta región, dotada de hielos prehistóricos, es la única en la que se podría producir un hallazgo semejante. La segunda: dicho hallazgo tuvo lugar precisamente en el momento en que podía ser de utilidad, hemos procedido con sumo cuidado y Sibir apenas ha sufrido daños. Nunca me permitiría desfigurarla.

La contemplo con frecuencia. Sigue en mi túnel, serena e intemporal, detenida para siempre en sus dieciocho años. Ya la verás. Así pues, este el final de una larga cadena de coincidencias y el comienzo de otra... Esta otra, tan trascendental, es la razón por la que estás aquí.

No dudo de que tendrás muchas cosas que contarme en relación con esto. Bien, espero que me las cuentes.

Ahora vamos a empezar.

UNO

EL CARTERO Y EL PROFESOR

1

A las nueve menos diez de una mañana de junio, una mañana resplandeciente y luminosa que auguraba un día de mucho calor, una mujer de sesenta y tres años recorría las calles de Oxford en bicicleta.

Iba pedaleando despacio, corpulenta y majestuosa como una antigua reina de Holanda, con un sombrero para el sol que se agitaba con el bamboleo y un vestido de flores que ondeaba con la brisa. Sus muslos floreados subían y bajaban hasta que, al doblar por la calle principal, se detuvieron para hacer un alto ante un semáforo que estaba cambiando a rojo. Al momento, la mujer se bajó del sillín y apretó el freno, si bien un poco tarde, lo que hizo que sus pies, calzados con sandalias anchas, dieran una serie de saltitos mientras sujetaba la bicicleta.

Mala coordinación. Oh, *schrecklich, schrecklich*. El día estaba siendo espantoso, y no digamos su dolor de cabeza. Aprovechó la oportunidad para quitarse el sombrero y abanicarse, y también para coger un pico de la falda, que se le pegaba a la piel, y sacudirla un poco.

Su hermana le había aconsejado que ese día se quedara en la cama. Ni hablar. Habiendo rebasado en tres peligrosos años la edad de jubilación, no podía consentir que un resfriado le impidiera levantarse de la cama. Su jefe no iba a quedarse acostado, y había otras personas que codiciaban su puesto de trabajo. La señorita Sonntag no se resfriaba en invierno, como el resto de la gente, sino en verano, durante las olas de calor, y con una pasmosa intensidad. Cuando el mundo entero estaba lleno de flores y encanto, ella se transformaba en una lerda. Ahora tenía calor y después frío, se sentía mareada y aturdida, una completa idiota.

El semáforo cambió, y ella se subió de nuevo al sillín y volvió a pedalear con aire regio. En la ciudad de las bicicletas, ese día no había muchas. En la universidad estaban de vacaciones, pero el profesor para el que ella trabajaba todavía no. Mientras él no las cogiera —cosa que no sucedería hasta que el río Spey tuviera más salmones—, ella no tendría tiempo libre. ¡Ay!

Pasó por delante de Brasenose y también de Oriel y All Souls. Entró en la calle sin salida cuando todos los relojes empezaban a dar las nueve. El pequeño y asfixiante patio delantero estaba desierto; no había ninguna bicicleta en los soportes. Puso la cadena a la suya y entró con gesto cansado. El conserje había ordenado el correo y había separado el que correspondía al profesor sujetándolo con una goma elástica. Ella se quitó el sombrero y estornudó.

El ambiente de su despacho estaba enrarecido pero era fresco. Intentó apagar el aire acondicionado pero no pudo, de modo que en vez de eso abrió la ventana. Enchufó el hervidor y buscó el correo del profesor. Pero no lo encontró. Sin embargo, lo había dejado en alguna parte. Se sentía la cabeza tan embotada que ya no recordaba dónde. ¿En el vestíbulo, tal vez, cuando había llegado? Salió y miró fuera. Nada.

El hervidor de agua estaba silbando, así que volvió a entrar, se preparó una taza de café y colgó el sombrero. Debajo de él, en la silla, estaba el correo. Lo observó, aburrida, y se sonó la nariz. Después bebió un sorbo de café y se puso a trabajar, pero casi al instante la interrumpió el teléfono. Contestó sin dejar de desplegar las cartas y tirar los sobres a la papelera, y cuando colgó ya había terminado con todas. Entonces cayó en la cuenta de que pasaba algo raro con el correo. Había seis sobres, pero sólo cinco cartas.

Las revisó con gesto inexpresivo y luego miró por el suelo y en la papelera. Dentro estaban los seis sobres extranjeros, y también otros diez británicos, todos vacíos. Supo que ese iba a ser un día realmente espantoso. Y también que había llegado su jefe; su figura, larga y encorvada, acababa de pasar por delante del cristal de la puerta. Se sentó en el suelo sobre los talones y durante unos momentos pensó en el consejo que le había dado su hermana, pero se tranquilizó y luego, de forma un tanto atolondrada, empezó a emparejar cartas y sobres para averiguar qué era lo que faltaba.

Había diez sobres británicos y diez cartas británicas; tres sobres de Estados Unidos y tres cartas de Estados Unidos; dos sobres de Alemania y dos cartas de Alemania; un sobre de Suecia y ninguna carta de Suecia. Miró de nuevo este último. Parecía barato. Habían escrito la dirección en un trozo de papel de seda y después lo habían pegado con cinta adhesiva. Estaba vacío. Al cabo de un rato, incapaz de entender nada, se limitó a llevárselo todo al profesor y decirle que faltaba una carta.

Él levantó la vista, extrañado.

—¿Que falta una carta, señorita Sonntag?

—En este sobre no hay ninguna carta.

El profesor lo inspeccionó.

—Gotemburgo, Suecia —dijo—. ¿Qué hay en Gotemburgo, Suecia?

—¿La universidad, quizá?

—¿Con profesores distraídos, quizá?

Ese mismo pensamiento se le ocurrió a ella justo cuando él lo mencionó, y maldijo su resfriado. Si las circunstancias hubieran sido otras, lo habría pensado ella primero y habría dejado el sobre donde estaba —cosa que, tal como pensó más tarde, seguramente había hecho por lo menos en una ocasión anterior—. El embotamiento la había impulsado a rebuscar en la maldita papelera.

Aún tenía la cabeza aturdida, pero replicó impasible:

—Pues a mí no me parece que la carta la haya enviado un profesor. Quiero decir, ya sé que no hay carta, pero...

—No pasa nada, señorita Sonntag.

El profesor se quitó la chaqueta. Su insólita cabeza, grande y bamboleante, se movía en diversas direcciones inesperadas, estaba más calva que un huevo. Y ahora aparecía reluciente.

—Aquí dentro hace un calor horrible —se quejó—. ¿Funciona el aire

acondicionado?

—Sí, sí. —La señorita Sonntag estornudó con gesto defensivo, sonándose con un Kleenex—. Para que no se me vaya el resfriado.

Observó cómo su jefe se ajustaba las gafas detrás de las orejas y examinaba el sobre con más detenimiento.

La dirección estaba escrita a bolígrafo, en letras mayúsculas y temblorosas:

PROFESOR G. F. LAZENBY
OXFORD
INGLATERRA

El profesor Lazenby echó un vistazo a la parte posterior del sobre y luego volvió a mirar el anverso. Lo levantó para escrutarlo al trasluz. Era de avión, muy delgado, casi transparente. Miró dentro, y un instante después, sacó un trocito de papel de seda que estaba parcialmente adherido al fondo.

—¡Vaya! —exclamó la señorita Sonntag—. No había visto eso.

—No pasa nada, señorita Sonntag.

En el trocito de papel no había nada escrito. Lazenby puso el sobre boca abajo y le dio unos leves golpes con el dedo, cuidadosamente.

—¿No estará pensando que ahí dentro había algo y que yo lo he tirado a la papelera? —dijo la señorita Sonntag, alarmada.

—Podemos ir a mirar.

—¡Yo me encargo, no se preocupe! Lo siento muchísimo, no se me ha ocurrido que...

Miraron en la papelera los dos juntos. Recuperaron los sobres y los fueron sacudiendo uno por uno. Los sacaron todos, pero en la papelera no había nada más que otro trocito de papel de seda en el fondo.

En ese momento, la señorita Sonntag se acordó de que cuando estaba abriendo el primer sobre había sonado el teléfono, y que aquel primer sobre, que por consiguiente fue el primero en ir a la papelera, era el de Suecia. Empezó a explicárselo a su jefe, pero Lazenby se limitó a contestarle:

—No pasa nada, señorita Sonntag.

Luego, ambos regresaron al despacho acristalado que quedaba enfrente del laboratorio principal. A aquellas horas había allí unos cuantos estudiantes de posgrado trabajando, era el Departamento de Microbiología.

Lazenby se sentó en su sillón y se alisó la corbata. Luego contempló los dos trocitos de papel y los olfateó.

—Son papeles de liar cigarrillos —declaró. Tomó uno para mostrárselo a la señorita Sonntag y miró el sobre de nuevo—. La dirección también está escrita en un papel de fumar —dijo.

—¡Vaya! Yo no entiendo de estas cosas... No sé qué se espera que haga —dijo la

señorita Sonntag con voz débil. No percibía ningún olor en aquel papelito.

—¿Qué tal si me trae una taza de café? —contestó Lazenby—. Y... llame también a ese tipo de los Servicios Científicos. Ya tiene su teléfono.

Con el rabillo del ojo, miraba uno de los papeles. En él no había nada, pero se le ocurría que a lo mejor sí contenía algo. En la superficie se distinguían unas levísimas muescas.

—Por supuesto. Enseguida, profesor. Pero me gustaría decir —añadió la señorita Sonntag en tono formal— que si no tuviera este resfriado no habría cometido semejante error. No es algo que...

—¿Qué error? No ha cometido ningún error, Dora —respondió Lazenby con amabilidad, y también con mucho acierto—. Ha sido usted muy aguda al darse cuenta de ese detalle, muy aguda. Tiene mi admiración.

—¿No me diga? Vaya, gracias. Sí. Café —respondió la señorita Sonntag, y por poco salió volando en dirección a su propio despacho, toda ruborizada.

No recordaba cuándo había sido la última vez que el profesor la había llamado Dora. Recuperó milagrosamente el sentido del olfato. Ahora olía a flores por todas partes y también percibió el agua de lavanda que se había echado, y por la ventana abierta vio Oxford, tan maravilloso, y más allá el resto de aquella campiña, la más amable y bondadosa de todas las que existían en el mundo.

La señorita Sonntag y su hermana, Sonia, que era unos años mayor que ella, procedían de Alemania y habían encontrado en Inglaterra un remanso de paz justo antes de la guerra, gracias al «patrocinio» de un amigo de su padre, médico como él, que las acogió en su casa de Oxford mientras duró el conflicto y más adelante se tomó mucho interés por su bienestar. En Alemania, Sonia abrigaba la ambición de llegar a ser médico y a Dora la atraía el mundo académico, dos sueños inalcanzables para ellas en aquel país, y tampoco fáciles de conseguir en Inglaterra, dado que llevaban varios años de retraso en los estudios. Al final, Sonia terminó siendo enfermera y Dora empezó a trabajar de administrativa en la universidad, sin casarse ninguna de las dos, hasta que el profesor Lazenby se llevó a Dora a su propio instituto. Eso sucedió quince años atrás, y Dora estaba con él desde entonces.

Tres azucarillos en el café. Lo removió con la cuchara, todavía eufórica tras recibir aquel elogio por ser tan concienzuda en el trabajo. De repente se acordó de la otra cosa que le había pedido el profesor: que llamara al tipo de los Servicios Científicos.

2

El tipo de los Servicios Científicos era un antiguo alumno de Lazenby al que este recordaba, principalmente, como una persona un tanto chapucera en su trabajo pero muy hábil a la hora de cubrir las apariencias cuando un experimento salía mal. Se había graduado con un decepcionante tercer puesto en su promoción y había conseguido un empleo en el antiguo Ministerio de Agricultura y Pesca. De allí pasó a otro trabajo, y a partir de entonces Lazenby le perdió la pista. Volvió a aparecer, solicitando ayuda urgente e invitando al profesor a almorzar, unos días antes de que este pronunciara una conferencia en Viena. Aunque tenía muchos asuntos de los que ocuparse, Lazenby no pudo negarse a atender la súplica de un antiguo alumno. Sin embargo, se sorprendió muchísimo al ver la opípara comida con que lo obsequió. Durante el almuerzo, el antiguo alumno lo invitó, según le pareció entender, a que se hiciera espía.

—No, nada de eso, profesor. Esa es una palabra demasiado fuerte.

—¿Quieres que informe de lo que me diga la gente en privado en Viena?

—No de los asuntos personales, por supuesto. Sólo de los programas, de las partidas caras para el presupuesto. Hay una cantidad inmensa de duplicaciones, y eso no puede ser bueno para la ciencia, profesor.

—¿Quieres que averigüe si alguien está copiando mi trabajo y te lo diga a ti?

—Podrían averiguarlo otros y decírnoslo a nosotros. Y en ese caso los Servicios Científicos se lo dirían a usted.

—¿Los Servicios Científicos son un organismo del Gobierno?

—Una especie de organismo del Gobierno.

—Ya veo.

Había oído decir que en Estados Unidos existía un organismo de ese tipo. Lo llamaban CIA, y lo cierto era que muchos científicos americanos le prestaban ayuda del modo que ellos dos habían mencionado. Rezó para que aquel mal no prendiese en Inglaterra.

—Bueno —dijo—, gracias por el almuerzo, Philpott. Lo he disfrutado de verdad.

—¡Inténtelo, profesor! Deje que le envíe material de su especialidad.

—Por nada del mundo. ¿Quién se lo ha facilitado?

—Bueno... personas que usted conoce. Todas de alto nivel.

—¿Y por qué no me lo han dado a mí?

—Porque no son conscientes de la importancia que tiene, espero. Hay que ordenarlo un poco, ya sabe. Son cosas sueltas por aquí y por allá.

—Ya. —«Cosas sueltas». Aquello olía mal—. De acuerdo, podría interesarme —dijo.

—Le interesará, profesor, se lo prometo. Es un material sumamente útil, sobre todo teniendo en cuenta los presupuestos actuales. Todos nuestros colaboradores están de acuerdo.

—Y si decido no colaborar, ¿seguiré recibiendo ese material tan útil? —preguntó Lazenby.

—Es por el bien del país, profesor.

—¿Del país?

—De la ciencia. —Philpott parpadeó—. Que no conoce fronteras. Eso me lo enseñó usted mismo. La República de la Ciencia. El hecho es que... algunos fragmentos sueltos no le sirven de nada a una persona, pero resulta que le son de gran utilidad a otra. Eso ocurre con mucha frecuencia. Sinceramente, profesor, lo hacen todos.

—¿Quiénes?

—Los extranjeros. Esperan que se haga. Y se sorprenderían mucho si supieran que usted todavía no colabora con personas como nosotros. ¡Se lo aseguro!

—Está bien, te tomo la palabra. Y el material —añadió Lazenby con seriedad.

Para su sorpresa, aquel material resultó ser útil, en efecto. Eran cosas sueltas, como había dicho Philpott, pero reunidas con habilidad. Y era cierto que revelaban una posible duplicación de algunos trabajos previstos. No era mucho, pero sí lo suficiente como para hacerle pensar.

Había accedido a la petición de Philpott con un leve sentimiento de culpa. Pero no estaría traicionando la confianza de nadie, tan sólo se trataba de datos sueltos que podrían resultar de interés para alguna que otra persona de la «república». Además, aquellos datos sueltos llegaban hasta él intercalados con otros, en los boletines que recibía de forma periódica de los Servicios Científicos. Esos boletines no llegaban por correo, sino por mensajero, acompañados de una nota que sugería que debían ser leídos prontamente y rogaba que no se fotocopiasen.

Hubo una ocasión en que un boletín se quedó varias semanas traspapelado, sin leer, y la señorita Sonntag se asombró al descubrir que había desaparecido todo lo que estaba escrito en él. Con el fin de impedir que se repitiera aquella desgracia, cuando llegó el siguiente boletín la mujer lo fotocopió. La fotocopia salió en blanco y el original también se borró. Ese incidente —y la forma en que los extranjeros hacían las cosas— fue lo que causó que Lazenby se acordara de Philpott mientras contemplaba aquellos papeles de fumar.

Lazenby quedó con su antiguo alumno para tomar una copa en el Mitre. Philpott había solicitado que se vieran con urgencia, en el instituto o en Londres. Lazenby no tenía intención de desplazarse hasta Londres y no quería que Philpott fuera al instituto. El Mitre era un lugar mucho más discreto, ya que aún no había muchos turistas y los alumnos estaban de vacaciones. Se sentaron en silencio en un rincón y Philpott fue sacando, uno tras otro, varios papeles de su maletín. Uno de ellos era una foto del sobre de Suecia y de los trocitos de papel de fumar; otro, una ampliación de la dirección, y otros mostraban los diversos tratamientos que se habían empleado.

—El sobre y la cinta adhesiva son suecos —dijo Philpott—; en cambio, el bolígrafo no. Los papeles de fumar son rusos, pensamos que los envió un marinero. Seguramente le dieron los cigarrillos y le dijeron que los abriese, retirase el tabaco, metiera los papeles en un sobre y los enviara por correo. La dirección iba en este tercer papel. Estaba escrita a lápiz, muy flojo, y probablemente usted no se percató.

—Así es —reconoció Lazenby.

—Bueno, pues ahí estaba. La mina del lápiz también es rusa. Lo que ocurrió fue que se escribió algo en una capa de papel para que quedase grabado en la capa de debajo. Las capas inferiores se liaron en forma de cigarrillos y se le entregaron al marinero, el presunto marinero, junto con este otro papel para la dirección. El hombre debía pegarlo al sobre con cinta adhesiva y luego repasar lo escrito a lápiz con un bolígrafo.

—Excelente. Muy ingenioso.

—Sí. Esto es lo que ha aparecido en los papeles.

Lazenby observó la fotografía ampliada. Las muescas se veían más grandes y mostraban una serie de números:

01 17 16 (01 18 01-05) 04 05 22 (31 27 12-15)

10 05 19 (46 10 49-52) 20 01 12 (18 11 13-14)

Y había varias filas más.

—¿Qué es esto? —preguntó Lazenby.

—Como puede ver, está dividido en segmentos, cada uno de los cuales empieza por un grupo de tres números. No haga caso de los que están entre paréntesis. El primer grupo es uno, dieciséis, quince; el siguiente, cuatro, cinco, veintiuno; el siguiente, diez, cinco, dieciocho... Es una clave alfabética. El uno representa la letra A, el dos la B. ¿Ve lo que va saliendo?

Lazenby lo intentó durante un minuto entero y acabó perdiéndose.

—El primer grupo dice A-P-O —explicó Philpott—. El segundo dice J-E-R, el tercero D-E-U... Son libros de la Biblia. Los dos primeros números del paréntesis indican el capítulo y el versículo, y los que van con un guión identifican las palabras buscadas. Aquí lo tiene.

Lazenby observó lo que había en otra hoja.

Yo soy el que vive / todavía estoy vivo / en el país del norte / en oscuras aguas / en la naturaleza inhóspita donde aúlla el viento / ¿Por qué razón no me respondes? / He aquí las cosas nuevas que vengo a declarar / los ojos de todos / serán abiertos / Envíame, pues, al hombre / que entiende la ciencia / de todo ser viviente / Déjame oír tu voz respecto a esto / el primer día a medianoche / Voice of America.

—¿La cadena Voice of America aparece en la Biblia? —preguntó Lazenby, divertido.

—Bueno, no —confesó Philpott—. Ese grupo de números dio como resultado «VOA», que no corresponde a ningún libro de la Biblia. Sin embargo, es fácil de

deducir por el contexto.

—Ah. Igual que la mención de la ciencia, ¿no?

—¿La ciencia? No, eso está en el libro de Daniel. —Philpott consultó otro papel —. Sí, Daniel, capítulo uno, versículo cuatro.

—Bien. —Lazenby se terminó la copa—. Bueno es saberlo —comentó.

—¿Tiene alguna idea de lo que quiere decir esto, profesor?

—Ninguna en absoluto. Cuéntame la que tienes tú.

—Pues... —Philpott frunció el ceño— estamos convencidos de que se trata de un científico ruso, un biólogo, alguien especializado en ciencias de la vida. Es evidente que lo conoce, personalmente o de oídas. Ha intentado ponerse en contacto con usted en otras ocasiones. Ha dado con algo que le parece muy importante y quiere que usted le haga saber si lo ha recibido y lo ha entendido. Y tiene acceso a Voice of America. Eso es, más o menos, lo que deducimos que significa el texto.

Lazenby reflexionó unos instantes.

—¿Habéis tenido en cuenta la posibilidad de que ese tipo sea un chiflado? —preguntó.

—Se ha tomado muchas molestias, profesor.

—Los chiflados se toman muchas molestias.

—Puede. Pero, en este caso, da la casualidad de que sería un chiflado judío o alguien de origen judío.

—¿Por haber recurrido a la Biblia?

—No, por sus pulgares. Dejó dos huellas bien claras en cada uno de los papeles.

—¿Se puede distinguir a un judío por el dedo pulgar? —preguntó Lazenby, mirándolo fijamente.

—Al parecer, existe un rasgo denominado «espiral judía». Los israelíes son expertos en él. Sí, Departamento de Criminología —leyó Philpott—, Tel Aviv. En esa parte del mundo se les da muy bien distinguir a un judío de un árabe. Genéticamente es un rasgo dominante, de manera que tiende a aparecer incluso cuando hay mezcla de razas. Aquí, lo interesante es que, como puede ver, esta persona quiere hacer hincapié en que está viva, como si se diera por supuesto que ha muerto. Tenemos la esperanza de que usted se acuerde de algún biólogo judío que lleve unos años desaparecido. Creemos que él sí lo conoce a usted personalmente, desde luego le habla de una forma muy directa, como si pensara que recordará quién es. Eso significaría que él ha viajado al extranjero para dar conferencias, dado que usted nunca ha visitado la antigua Unión Soviética.

Lazenby intentó recordar cuándo le había dicho a Philpott que nunca había visitado la antigua Unión Soviética y llegó a la conclusión de que no se lo había dicho.

—Lo pensaré —dijo.

—Le estaríamos muy agradecidos. De hecho, ya se han llevado a cabo algunas investigaciones preliminares. ¿Puede decirme qué sabe usted de estas personas? —le

preguntó su antiguo alumno, pasándole una lista de nombres.

Eran unos diez y a Lazenby todos le resultaron vagamente familiares; todos estaban de alguna manera relacionados con la biología.

—De este tal Stolnik sé una cosa —dijo, fijándose mejor—: que ha muerto. Falleció hace ya unos años, creo.

—Sí. Tenemos las necrológicas, pero yo no me preocuparía mucho por eso. Puede que haya tenido que desaparecer.

—Ah... ya. Bueno, ha pasado mucho tiempo, claro está —comentó Lazenby. Sin duda, había pasado mucho tiempo. De hecho, creía que la mayoría de las personas que figuraban en la lista estaban muertas. Desde luego, una de ellas había sufrido un accidente de tráfico grave—. Supongo que los he conocido a todos.

—¿Es posible que figuren en su agenda?

—Yo no tengo agenda.

—Entonces en la de la señorita Sonntag. En la agenda de reuniones.

—¿En qué fecha?

—Hace cinco años. Quizá diez.

—Es más que improbable. De todas formas, ¿qué es lo que esperas encontrar?

—Citas, reuniones que tal vez podamos reconstruir. Y quizá alguna mención a otra persona.

—¿Qué otra persona?

—El autor de este mensaje quiere que usted le envíe a alguien. —Philpott buscó el momento exacto en el texto—. «Envíame, pues, al hombre / que entiende la ciencia / de todo ser viviente». ¿Otra copa, profesor?

—Está bien, pero muy floja. Y con mucha gaseosa.

Philpott trajo las copas.

—La impresión que tenemos —dijo al tiempo que se sentaba— es que debe de tratarse de un tipo muy particular. Alguien que usted conoció o con el que habló dentro de un grupo. ¿Podría ser?

—Sí, supongo que sí.

—¿Es posible que encontremos algo en su correspondencia?

—En diez años de cartas...

—Bueno, en eso podríamos echarle una mano, por supuesto —replicó Philpott.

Lazenby bebió un sorbo de su copa con gesto pensativo. Aunque su antiguo alumno no era una lumbrera para la ciencia, nunca le había parecido idiota del todo. Por fuerza tenía que resultarle obvio que aquello era obra de un bromista.

—Philpott, ¿por qué crees que alguien iba a escribirme un mensaje en papel de fumar? —le preguntó.

—Cuando no se tiene otra alternativa, si es que ese era su caso, no es mala opción. Además, si te descubren, el cigarrillo tiene la ventaja de que te lo puedes fumar.

—Ya. Entonces, ¿para qué iba a molestarse en escribir el mensaje en clave?

—Por si acaso lo descubren a usted y no puede fumárselo.

—Pues, por lo que veo, la clave no le ha dado mucho trabajo a tu gente.

—Cuando descubrieron que se trataba de la Biblia, no. Pero las personas que no la han estudiado en el colegio no lo tendrán tan fácil, desde luego. Además, la Biblia rusa no es como la inglesa; los nombres de los libros varían, según tengo entendido, y la forma de indicar los capítulos y los versículos es otra. En cualquier caso, quien sea ha actuado con precaución. Es un tipo cuidadoso.

—Hum. —Lazenby volvió a reflexionar—. Que le envíe un hombre —dijo—. ¿Cómo voy a hacer eso?

—Bueno, los americanos opinan que...

—¿Los americanos?

—Este tipo quiere que le responda a través de Voice of America, una emisora de radio americana... Bueno, ellos opinan que primero hay que encontrar a la persona en cuestión. Seguro que después encontraremos el cómo. Esa persona sabrá cómo proceder.

—¿Y no te parece que sería más sensato que le hubiera enviado los papelitos de fumar a ese otro tipo?

—Sí, sería mucho más sensato —convino Philpott—. Lo cual nos hace pensar que no sabe dónde se encuentra ese otro hombre en cuestión, o duda que tenga los contactos que usted tiene.

—¿Que no tenga nadie a quien enseñarle los papeles de fumar?

—Exacto.

—Ya.

Lazenby se quedó mirando los documentos. Estaba claro que para todas las preguntas que formulase tendrían ya una respuesta a punto. Aún le quedaban algunas, pero decidió no plantearlas. Faltaban muy pocos días para que se marchara al río Spey, y nada, sobre todo nada tan disparatado como le estaba empezando a parecer aquel asunto, iba a interferir en sus planes.

—Profesor —dijo Philpott—, ¿me permitiría acceder a sus archivos ahora mismo? Es por ir adelantando trabajo... si es que usted no tiene inconveniente.

—Tengo todos los inconvenientes. Por supuesto que no, Philpott.

—Eh... ¿y a los de la señorita Sonntag?

—Se lo preguntaré. ¿Qué es lo que buscas, exactamente?

—Cualquier cosa relacionada con los hombres de la lista. Pensamos que tiene que ser uno de ellos.

—¿Por qué?

—Porque todos han estado en contacto con usted en algún momento. Y porque en la actualidad todos se encuentran fuera de circulación. No están en un hospital ni han estado recientemente. No se han jubilado. Por lo menos no cobran pensión. Y tampoco han fallecido, a excepción de un par de casos dudosos. Casi con toda certeza, están trabajando en algo.

—Ya. ¿Y quién dice todo eso?

—Los americanos. Son, con mucho, los mejores en este campo —contestó Philpott, asintiendo con la cabeza—. Y cuentan con un Departamento Biográfico excepcional, sumamente especializado y actualizado. Por ejemplo, conocen la ubicación y el personal directivo de todos los centros de trabajo del sector... Bueno, de diferentes sectores. Esa persona no está en ninguno de ellos, por tanto debe encontrarse en algún otro que ellos desconocen. Y eso los fastidia. Los fastidia mucho. Quieren ponerse a trabajar en ello enseguida, en cuanto nosotros tengamos por dónde empezar.

—Ya veo —contestó Lazenby con el ceño fruncido.

Lo que veía, sobre todo, era que si permitía que aquel asunto continuara creciendo, iba a hacerle perder muchísimo tiempo.

—¿La señorita Sonntag podrá ponerse con ello de inmediato?

—Se lo preguntaré, desde luego.

—Es un asunto de máxima urgencia. Y hay otra cuestión. ¿Alguna vez ha ocurrido algo parecido a esto, es decir, ha recibido otro sobre que pareciera no tener nada dentro? Seguramente no procedía de Gotemburgo, sino más bien de Hamburgo o de Róterdam. Es más probable que de Róterdam.

—También puedo preguntárselo a la señorita Sonntag. ¿Por qué?

—En este momento no se lo puedo decir, pero lo haré en cuanto me autoricen. Y al mismo tiempo le entregaré mucha más información. Por supuesto, si recuerda algo, profesor, espero que se ponga en contacto conmigo inmediatamente.

—Desde luego, desde luego, Philpott —respondió Lazenby, y a continuación borró todo aquel asunto de su cabeza.

No quería seguir pensando más en ello, lo tenía muy claro. Mensajes en clave, centros de trabajo desconocidos... Que se encargaran ellos de todas esas cosas.

Y, de hecho, eso era lo que ya estaban haciendo.

3

Se suponía que el centro de investigación desconocido era de biología y que la labor que se llevaba a cabo en él tenía que ver con la biología militar. De momento eso era lo que más interesaba a la CIA, y en sus oficinas centrales de Langley, situadas a trece kilómetros de Washington, había un equipo de especialistas dedicados a localizarlo.

Empezaron suponiendo que debía de contar con un suministro independiente de electricidad y de agua, y también con almacenes de productos químicos, corrales para animales, centrales de descontaminación, y que dispondrían de diferentes medidas de seguridad. Todo ello requería personal y espacios de alojamiento, así como alguna vía de acceso, probablemente una pista de aterrizaje. Pero, por encima de todo, requería un emplazamiento remoto.

La «naturaleza inhóspita donde aúlla el viento» del «país del norte», que obviamente era Siberia, seguía siendo incluso en tiempos modernos un lugar del planeta que no tenía rival como región remota. Por sí sola, la zona que ocupaban los bosques ya era un tercio más grande que todo Estados Unidos. En invierno el suelo estaba siempre cubierto de una gruesa capa de nieve y hielo y en verano predominaban las ciénagas pantanosas, de ahí que el sistema de carreteras fuera tan rudimentario que el transporte debía ser sobre todo aéreo o fluvial, y el acceso a las zonas de seguridad estaba restringido a quienes contaran con un permiso oficial.

Eso planteaba el primer problema. Si tan difícil era llegar a ese sitio, ¿cómo suponía el desconocido autor del mensaje que una persona procedente del exterior iba a poder acceder a él? Y otro problema igual de importante: ¿cómo había conseguido sacar algo de allí?

Especialistas en transporte a escala mundial ofrecieron una posible respuesta al enigma. En la Siberia continental, el sistema de vías navegables era muy extenso. Sólo en el noroeste había dos ríos, el Obi y el Yeniséi, que contaban con varias decenas de puertos y tenían otros más en construcción, debido a la magnitud del gigantesco depósito de gas natural, el más grande del mundo, que estaba situado entre ambos cursos de agua. Cuando la producción de petróleo de Rusia disminuyó, se pensó en el gas como sustituto, tanto para satisfacer la demanda interna como para la exportación. Para ambos fines se necesitaba el producto con urgencia; y, tal como la observación vía satélite había revelado, estaban trabajando contrarreloj para conseguir el objetivo.

Para financiar el proyecto —que incluía un túnel hacia Europa Occidental de casi cinco mil kilómetros de largo—, se habían negociado enormes préstamos extranjeros que se pagarían con gas y se estaban cobrando en forma de equipos. La dimensión de dichos equipos era impresionante. Aparte de las torres y la maquinaria de extracción, estaban todas las tuberías que debían ir por dentro del túnel. Había también compresores gigantes y estaciones de bombeo ubicadas a intervalos regulares, miles

de máquinas excavadoras y decenas de miles de tractores.

En la agitada maraña de pedidos, las compañías navieras occidentales no se habían quedado atrás. El equipo necesario para el yacimiento original se había llevado sobre todo en barcos de la antigua Unión Soviética, pero para el nuevo proyecto, el consorcio director había especificado que, siempre que fuera posible, la maquinaria debía transportarse a bordo de cargueros que fueran propiedad de los países que la suministrasen.

Esos países eran Alemania, Francia, Reino Unido, Italia y Holanda. Todos ellos enviaron barcos con su cargamento, siguiendo la ruta del Ártico. Unos rompehielos rusos garantizaban que dicha ruta permaneciera expedita desde principios de junio hasta principios de octubre, aunque esta última era una fecha que podía variar dependiendo del grosor de la capa de hielo. Un dato que llevó a los expertos a hacer predicciones.

Actualmente estaban en la primera semana de julio y el hielo ya empezaba a formarse. Según las predicciones, no cabía esperar recibir nada del corresponsal desconocido hasta pasado el mes de agosto. Las navieras occidentales, reacias a poner en peligro sus cargueros, incluso en un mes «garantizado», como era septiembre, estaban cediendo su parte del negocio a la flota mercante rusa. No se creía que el mensaje lo hubiera enviado un miembro de dicha flota. Tenía que haberlo hecho un marino extranjero, que debía de estar más familiarizado con los puertos de otros países y dispondría de mayor intimidad para andar manipulando cigarrillos un tanto ambiguos. Por consiguiente, no actuaría pasado agosto.

Pero esto planteó otras preguntas.

Los puertos abiertos a buques extranjeros eran Dudinka e Igarka, en el río Yeniséi, y Noviy Port y Salejard, en el Obi. Dado que las autoridades rusas garantizaban un tiempo de carga y descarga rápido en dichos puertos, no había instalaciones en tierra para alojar a las tripulaciones extranjeras. Por otra parte, nadie tenía permitido desembarcar.

Si los marineros no tenían permiso para bajar a tierra, ¿cómo se las había ingeniado uno de ellos para recoger el mensaje?

Para eso también tenían posibles respuestas. El mensaje había sido entregado al marinero a través de un intermediario. Este debía de haber tenido tiempo para entablar relación con el marinero, que debía de ser alguien que hiciera aquella ruta de forma habitual. Pero, por habitual que fuera, los únicos habitantes locales con los que el marinero podía verse eran los que tuvieran permiso para subir al barco, normalmente los funcionarios del puerto o los trabajadores de los muelles. Sin embargo, aquella era una zona de seguridad, en la que ni los funcionarios portuarios ni los trabajadores de los muelles tenían libertad para entrar y salir a su antojo. De modo que el intermediario tenía que proceder de fuera. Y tener acceso al barco... y también al centro de investigación. ¿Qué clase de intermediario podía ser?

Los expertos sugirieron un transportista. Los buques extranjeros no salían de los

puertos rusos sin carga. Algunos llevaban a bordo material especializado, que tal vez pudiera permitir que un trabajador especializado subiera a bordo. Tras un examen más concienzudo de los puertos en cuestión, se vio que Dudinka, en el Yeniséi, era el que más probabilidades tenía de gestionar cargamentos especializados. Era el puerto de Norilsk, una gran población industrial y minera, cuyos productos principales eran el níquel y las piezas de precisión fabricadas con aleaciones de ese metal.

Se solicitó un informe acerca del transporte de piezas fabricadas con aleaciones de níquel y, mientras tanto, se plantearon tres propuestas de trabajo:

1. Un marinero que hacía la ruta del Ártico con frecuencia había mandado el mensaje por correo.
2. Dicho mensaje se lo había entregado un intermediario que tenía acceso a su barco.
3. El intermediario era un trabajador especializado cuyas funciones le permitían la entrada al centro de investigación y al puerto.

Estas propuestas —todas acertadas, tal como se vio más adelante— se abordaron a continuación con gran tesón.



«Déjame oír tu voz respecto a esto el primer día a medianoche, VOA» era lo que había pedido el desconocido autor del mensaje. La cadena Voice of America era una

filial de la CIA, que era su propietaria, de modo que en ese sentido no había problema. El primer día, en términos bíblicos, era el domingo, y la VOA emitía un programa religioso grabado. Se preparó otro para sustituirlo, con un locutor de voz potente, pronunciando un sermón sobre la comunicación y la identidad. Citó el libro del Éxodo, capítulo 12, versículo 3: «He oído tu voz», y también los de Samuel, Joel y Ester: «¿Dónde estás?», «¿Quién eres?» y «¿Cuál es tu petición?», y dijo que esas preguntas debían ser respondidas con sinceridad por todo el mundo, pero sobre todo por quienes vivían en la naturaleza inhóspita donde aúlla el viento.

En los papeles donde habían escrito el mensaje estaban las huellas del hombre que lo había hecho y que, evidentemente, había liado los cigarrillos. También aparecían en el papel de la dirección, pero no en el sobre ni en la cinta adhesiva. En estos había otro juego de huellas, algunas muy emborronadas y fragmentarias, pero fáciles de identificar con una única fuente: el marinero, por supuesto.

Por los motivos establecidos, el marinero tenía que hacer con frecuencia aquella ruta. Ese hombre fue el cartero. Había que confiar en su regularidad. Según se deducía del mensaje —«¿Por qué razón no me respondes?»—, ya habían recurrido a él en otras ocasiones. No era posible saber en cuáles, ni adónde había enviado los mensajes, pero se sabía adónde lo había mandado esta vez.

La lista mundial de movimientos de barcos reveló que tres buques procedentes del Ártico habían estado en Gotemburgo alrededor de la fecha del matasellos. Uno de ellos, un mercante japonés que sólo navegó por el océano Ártico como ruta barata para transportar un cargamento ocasional al oeste de Europa, quedaba descartado; pero los otros dos, uno holandés y otro alemán, despertaron mayor interés. Los dos realizaban el servicio habitual de la ruta de Siberia, y el holandés había regresado además con una carga de piezas de níquel.

Gotemburgo no era una parada común para aquel barco, pero parte del níquel que llevaba se había consignado allí y había permanecido veinticuatro horas en el puerto, tiempo más que suficiente para que alguien rajase unos cigarrillos, comprase un sobre y echase la carta al correo. A continuación, el barco zarpó rumbo a Róterdam. El carguero alemán había partido en dirección a Hamburgo.

Los funcionarios de la CIA en Holanda y Alemania recibieron instrucciones de obtener, por el medio que fuera posible, las huellas dactilares de las tripulaciones de ambos cargueros. Pero ya se sabía que el holandés provenía de Dudinka. Y tampoco se dudaba del origen de su cargamento.

Entre Dudinka y las minas de níquel de Norilsk había setenta y cinco kilómetros de carretera. El Departamento de Cartografía dio orden de que se confeccionara un mapa detallado de ella centímetro a centímetro. La mayor parte de Siberia tenía mapas

parecidos. Los envió el Centro Aeroespacial de Saint Louis de la Agencia Cartográfica de Defensa, y se iban actualizando cada pocas semanas. No sólo revelaron accidentes geográficos y carreteras, sino también cómo iban avanzando todas las obras de construcción, tanto las de superficie como las subterráneas.

La zona que rodeaba Norilsk estaba cubierta por una red de carreteras secundarias que unían su centro industrial con el extrarradio. Dichas carreteras gozaban de un buen mantenimiento, en invierno y en verano, y soportaban una gran densidad de tráfico.

Aunque el complejo era grande —el más grande del Círculo Polar Ártico— seguía siendo un puntito en la vasta extensión de la taiga que lo circundaba. Una buena parte de dicha zona llevaba varios años bajo supervisión constante, dado que en ella había un gran número de «objetivos». Se sabía para qué servían la mayor parte de ellos, pero aún quedaban unos cuantos dudosos. Estos fueron los que acabaron sometidos a un detallado escrutinio.

Los requisitos principales que debía cumplir aquella instalación secreta seguían siendo los que ya se habían especificado, pero tras analizar las fotografías por satélite se sumaron varios más. Tenía que contar con edificios cuya función exacta aún no se conocía. Debía tener barracones, probablemente dotados de zonas separadas para alojar a los científicos y al personal de mantenimiento y de seguridad. Y una carretera, por la que habría llegado el transportista.

Poco después, en un frenesí de actividad, se solicitó más información a Saint Louis: material de análisis para determinar el contenido mineral de dos lagos que había en la zona y un diccionario geográfico que recogiera la expresión «oscuras aguas».

Mientras las investigaciones seguían su curso, la señorita Sonntag llevaba a cabo la suya.

Un dato le había venido a la memoria cuando se le pasó el resfriado. Se acordó de que sí hubo otra ocasión en la que llegó un sobre sin carta, aunque no supo decir exactamente cuándo. No lo asoció con Suecia. No recibían mucha correspondencia de dicho país. Su impresión fue que provenía de Holanda. En el mismo correo, si no estaba equivocada, habían llegado varias circulares holandesas: promociones de libros académicos de Ámsterdam, La Haya o Róterdam, la mayoría de las cuales llevaban la dirección escrita en un trozo de papel pegado. Era bastante frecuente que ese tipo de envíos se duplicase, y en su momento pensó que uno de ellos en efecto lo estaba. No había nada dentro del sobre, de modo que lo tiró a la papelera y no volvió a acordarse de él. Sin embargo, tras curarse del resfriado lo había recordado.

Se lo había comentado a Lazenby y la noticia pareció pillarlo por sorpresa.

—¿Ha dicho Holanda?

—Creo que era Holanda.

—Ah... ¿Róterdam, cree que podría ser?

—No estoy segura de que fuera Róterdam. Es posible.

—Pues se suponía que yo... Hum. No sé... —dijo el profesor, que se quedó pensativo durante unos instantes—. ¿Cuándo se va usted, señorita Sonntag?

—¿Que cuándo me voy? ¿De vacaciones? La semana que viene —respondió, sorprendida.

La semana siguiente era mitad de julio y todos los años se iba de vacaciones en las mismas fechas; en esa ocasión tenía planeado ir a Florencia con su hermana. Ya habían reservado el vuelo y la *pensione*.

—Si es que a usted le viene bien —dijo, preocupada.

—Ah, sí, por supuesto. De todos modos... —añadió Lazenby, mientras sacaba una lista—, a lo mejor tiene tiempo de echarle un vistazo a una serie de cartas. No le llevará mucho.

No le llevó mucho, pero sí cuatro días enteros, que pasó en el sótano. Cuando se puso manos a la obra ya se había quedado sola en el edificio, pues hasta el propio Lazenby se había marchado de vacaciones. No sin antes dejarle el número de teléfono donde podía localizarlo en el Spey.

El profesor no mencionó para qué se necesitaban aquellas cartas, pero resultaba evidente que hablaban de sus trabajos sobre estructuras celulares a baja temperatura. Ese tema de la baja temperatura, que era el único sobre el que versaba su correspondencia con los rusos, ya hacía ocho años que lo había abandonado. Todo lo que tenía más de ocho años estaba en el sótano, con una extraordinaria capa de polvo, mal iluminado y asqueroso.

Había cientos de miles de papeles, embutidos en cajas con cierres metálicos:

conferencias, artículos, cuadernos de laboratorio, todo mezclado con la correspondencia. En los últimos tiempos ella llevaba un registro de todo, pero el único orden que había para aquella montaña de papeles archivados eran las etiquetas de las cajas: fechas y categorías. Así lo había querido el profesor hasta hacía quince años, cuando ella empezó a trabajar para él.

En aquella época, su esposa —que era su antigua secretaria— acababa de fallecer y él llevaba tan sólo un año en el instituto. En la primera caja de todas, la señorita Sonntag encontró las cartas de pésame de sus colegas extranjeros y sintió una punzada de dolor. Dichas cartas iban dirigidas al instituto, pues Lazenby prefería no recibir la correspondencia en su casa; siempre había sido un hombre muy reservado y con los años se había vuelto aún más discreto si cabe, incluso sardónico y distante. Sin embargo, con ella nunca lo había sido. Con ella se había mostrado siempre afectuoso y bromista. Durante los primeros años hasta se hizo ilusiones... Tenía cuarenta y pocos y él no era ningún jovencito, ya estaba bastante calvo... Pero todo eso fueron tonterías. Tonterías, cierto, pero aun así también lo recordó con pena.

Y mientras tanto iba leyendo, con gran diligencia, seleccionando un papel aquí y otro allá. Papeles que leía todas las noches por teléfono a Lazenby, que la escuchaba sentado en su hotel del río Spey. En total, le había leído veinticuatro.

—Profesor, después del último documento, he retrocedido dos años más para examinar el papeleo correspondiente —le dijo— y no he encontrado nada. ¿Quiere que continúe?

—No. Es suficiente. Ya se lo podemos enviar todo a ese tipo, incluidas las cartas personales. Dígale que mande un mensajero. Supongo que no habremos vuelto a recibir nada parecido a... a lo de la otra vez, ¿no?

—No.

—Hum. ¿Cuándo se marchaba usted?

—Dentro de dos días. A no ser que usted quiera que me quede —respondió la señorita Sonntag con mucha prudencia— y espere a que vuelva.

—No, no. Yo ya voy para allá. Aquí no estoy haciendo nada, no hay peces. Pero ha realizado usted una labor magnífica, Dora. Verdaderamente excepcional. Muchísimas gracias, Dora.

«¡Dora, Dora!». Colgó el teléfono entusiasmada y lo perdonó por los cuatro días que la había hecho pasar en el sótano.

Acto seguido, se fue a casa a meter en la maleta las sandalias y más calzado cómodo, y pasó el resto del mes paseando con Sonia por Florencia.

No sucedió nada mientras ambos estuvieron fuera. No llegó ningún mensaje por correo. Nada de valor desapareció del sótano.

Para finales de julio, a Langley habían llegado un montón de respuestas, y todas eran malas.

En Dudinka nadie había subido a ningún barco, aparte de los trabajadores del puerto. Las piezas fabricadas con aleaciones de níquel no precisaban una manipulación especial. Las huellas que enviaron los jefes de Holanda y Alemania no coincidían con las encontradas en el sobre. Y ninguno de los dos lagos que había cerca de Norilsk se conocía por un nombre que se pareciera a «oscuras aguas»; además, contenían materiales bituminosos y no se utilizaban para el suministro.

Todo aquello era desalentador, y resultó evidente que en algo se habían equivocado.

En Inglaterra, Lazenby no había tardado en concluir que, en efecto, se habían equivocado en algo. De hecho, llegó a dicha conclusión estando aún en Escocia, mientras escuchaba a la señorita Sonntag por teléfono. Le dejó leer toda la documentación, pero ya desde las primeras cajas supo que algo raro ocurría. No había nada referente a Rogachev. Este había sido uno de sus primeros corresponsales, por lo que debería haber aparecido al principio. En cambio, no había sido así. Y tampoco apareció a medida que fueron avanzando en las cajas.

Lazenby tenía un recuerdo muy vago de él: era pelirrojo, guasón, más bien peculiar y bastante bebedor. Los rusos eran bebedores en su mayoría, en cambio Lazenby no. Tan sólo tomaba un poco de *whisky* escocés de vez en cuando, o una copita de coñac. Pero consiguieron emborracharlo. En una conferencia, no recordaba dónde. Por la noche. Tenía un recuerdo borroso de ir por la calle dando tumbos con varios de ellos. Rogachev iba contando chistes. Había algo más vergonzoso en la escena, pero Lazenby no lograba recordar de qué se trataba.

No se acordó hasta varias semanas más tarde, ya de regreso en Oxford, cuando tuvo que levantarse en mitad de la noche. La edad lo obligaba ya a hacerlo a menudo. Estaba orinando, medio dormido, cuando de repente le vino la imagen a la cabeza. Se vio orinando contra una pared. Con varios rusos, todos parlotando en su idioma. Rogachev a un lado y un joven asiático al otro. Cuando no hablaba en ruso, el joven utilizaba una especie de inglés de ultramar. Hablaban de Siberia.

Lazenby se dio cuenta de que ese recuerdo era importante. Varias cosas parecieron encajar en ese momento, cosas relacionadas con el mensaje y con aquel borroso episodio. No logró recordar nada más, y tampoco a la mañana siguiente, pero le seguía pareciendo importante, de modo que lo puso por escrito. No anotó nada relativo a lo de orinar contra las paredes, eso era algo personal y a nadie le incumbía. Sin embargo, lo de Rogachev sí tenía relevancia. Y quizá también lo del joven asiático.

Esto ocurrió en septiembre, cuando sabían que ya no iba a ser posible comunicarse de nuevo, pero aun así terminó de escribirlo y lo entregó.

En septiembre, en Langley la investigación había tocado fondo. No se interrumpió, pero se estancó donde había empezado: en el Departamento Biográfico.

Al frente de él se encontraba un tal W. Murray Hendricks, un abogado entrado en años que llevaba en aquel departamento desde mediados de los sesenta, cuando una serie de acontecimientos confusos provocados por un cúmulo de errores a la hora de elaborar referencias cruzadas —errores que le habían supuesto al país un gasto de varios miles de millones en una innecesaria carrera armamentística— provocó su rápido traslado desde la Biblioteca del Congreso. En la biblioteca se ocupaba de gestionar derechos de autor; en el departamento, de gestionar vidas. Era una persona ordenada y tranquila.

W. Murray Hendricks, que ahora podía examinar todos los documentos con calma y sin sentirse presionado, sacó tres conclusiones.

La primera, que la relación existente entre el corresponsal desconocido y Lazenby seguramente había sido personal y no profesional. La opinión que tenía de Lazenby era que se trataba de alguien más bien distante: recordaba las cuestiones profesionales, pero no las personales. Como de la que tenían entre manos no se acordaba, era probable que fuera de índole personal.

Para que el profesor mantuviera una relación personal con alguien, se requería que ese alguien fuera más bien simpático y sociable. Hendricks examinó los candidatos de la lista y encontró a tres que lo eran. Dos de ellos habían enviado a Lazenby una nota de pésame por el fallecimiento de su esposa —aparecían en las veinticuatro cartas enviadas desde Londres—, pero el tercero no. Y ese fue el que examinó más a fondo.

Era un tal profesor Rogachev —profesor Efraím Moisevich Rogachev—, y el departamento tenía un interesante expediente sobre él. Pero este se interrumpía de pronto. Al analizar en qué punto, Hendricks entendió por qué Lazenby no había recibido ningún pésame de Rogachev; de hecho, entendió por qué no había ninguna carta de él. El archivo de Lazenby abarcaba un período de dieciséis años y aquel profesor llevaba diecisiete desaparecido. Había sufrido un accidente de tráfico en Pitsunda, una población situada junto al mar Negro, en el que falleció su mujer y él mismo resultó herido. Poco después regresó al trabajo, pero sufrió algo similar a una crisis nerviosa y después... nada.

Hendricks consultó las actividades de dicho profesor anteriores al accidente. Halló que una semana antes había asistido a una conferencia en Inglaterra, en Oxford. El departamento llevaba un registro de conferencias, y Hendricks pidió que le facilitaran la información relativa a esa charla. Contenía una lista completa de los delegados y también informes acerca de las actividades que se realizaron. Al hojearlos, vio que Lazenby y Rogachev habían coincidido allí al menos en tres ocasiones: en una cena de bienvenida que se organizó para los delegados, como

integrantes del panel de un seminario y como miembros de un subcomité.

Hasta aquel encuentro, llevaban tres años sin verse, pero de eso hacía ya demasiado tiempo como para que fuera de interés para el caso. Lo cual lo llevó a la segunda conclusión.

Efraím Moisevich Rogachev era la persona que más probabilidades tenía de haber enviado el mensaje a Lazenby, y lo había hecho de resultas de su encuentro en Oxford.

El momento relevante fue seguramente el de índole personal, la cena. Algo había ocurrido entonces, y fuera lo que fuese, alguien más estuvo involucrado. Porque en el mensaje se solicitaba a otra persona. Dicha persona podría haber sido mencionada por uno de ellos y nada más, pero era probable que hubiera estado también allí presente. Tenía que ser alguien que hablase ruso y, con toda probabilidad, de esa nacionalidad, porque se le estaba pidiendo que fuera a Rusia. No lograría llegar muy lejos si no conocía bien el país.

Pero por otra parte, si se le estaba pidiendo que fuera a Rusia, obviamente no se encontraba allí en ese momento.

Hendricks estudió la delegación rusa con más atención. Era muy nutrida: once miembros. Tres de ellos habían fallecido no muchos años después.

Tercera conclusión. El individuo solicitado había asistido a la conferencia de Oxford y probablemente era un ruso que en aquel momento no estaba en Rusia.

Hendricks ordenó que se hicieran copias de las fotografías de los delegados rusos y se incluyera un breve resumen biográfico de cada uno. Pero antes de enviarlo todo a Londres, se le ocurrió otra cosa.

La misión que se sugería era peligrosa, y para ella se necesitaba un hombre joven. Todos los delegados rusos eran ya hombres mayores, de modo que no podía ser ninguno de ellos. Podía ser algún otro eslavo, un polaco o un checo que hablaran ruso. Pero, tras reflexionar algo más, llegó a la conclusión de que aquello era poco probable.

Que alguien entrara en Rusia con una misión clandestina no era difícil, pero en esta ocasión no se trataba simplemente de enviar a una persona a Rusia, sino a Siberia. Y no sólo a Siberia, sino a una zona de Siberia que estaba cerrada. Una propuesta muy distinta.

A todas luces, una propuesta imposible.

Y sin embargo Rogachev creía que era factible. Y creía conocer a la persona capaz de hacerlo.

Tras varias conversaciones entre departamentos, se llegó a una cuarta y última conclusión: alguien que pudiera penetrar en un área de seguridad de Siberia debía de ser siberiano. Más concretamente, un nativo siberiano: un no caucásico, un mongol, un asiático.

En ninguna de las delegaciones eslavas había nadie de aquella procedencia, y tampoco en la rusa. Cabía la posibilidad de encontrarlo en otras delegaciones, pero no

existía la certeza de que ese individuo fuera siquiera un delegado.

Así que Hendricks decidió ampliar el círculo.

Ordenó que se investigara a todos los académicos que habían estado en Oxford en la fecha de la conferencia.

Dicha tarea, más bien titánica, fue llevada a cabo metódicamente. El período en cuestión coincidía con unas vacaciones largas, con lo cual quedaban excluidos los alumnos y sus mentores habituales. El académico debía de tener una edad y un físico determinados. La edad, que en aquella época no debía de superar los veintipocos años, hacía pensar en un graduado muy bien cualificado o en un investigador. Su físico, asiático, sugería ciertas características, quizá incluso un nombre, que deberían destacar de alguna forma.

La investigación fue concienzuda, tanto como las anteriores, y arrojó resultados igual de baldíos. Algunas universidades guardaban registros de eruditos invitados de hasta diecisiete años antes, pero la mayoría no. Las residencias de estudiantes y los presupuestos ayudaron a rellenar lagunas; pero incluso cuando apareció el nombre, no llamó nada la atención y pasó a unirse a los demás en la lista que le fue enviada a Hendricks.

A este sí que le llamó la atención de inmediato; es más, le arrancó una serie de protestas y maldiciones poco características en él.

Ya tenía un abultado expediente del individuo.

Supo que debería haber pensado en él mucho antes, y también que no iba a mostrarse muy comunicativo.

Estaba cavilando sobre el asunto cuando recibió la nota de Lazenby, que leyó asintiendo con ademán cansado. Era un batiburrillo de recuerdos de una salida, lugar y fecha desconocidos, que Lazenby había hecho con Rogachev y con un joven ruso de físico asiático, que hablaba una especie de inglés de ultramar.

Ahora, él estaba en situación de aportar tanto el lugar como la fecha, y también el nombre del joven, junto con una biografía bastante extensa. Aun así, dudó.

Podría investigar él mismo a ese joven. Le llevaría tiempo, pero tiempo era justo lo que le sobraba. En aquel momento, los barcos habían abandonado la ruta siberiana y ya no regresarían hasta junio. Hasta entonces, no podía llegar ningún mensaje de Rogachev.

Tomó una decisión, y al día siguiente puso en marcha la nueva búsqueda.

Esto ocurría el 30 de septiembre. Dos días más tarde, el 2 de octubre, recibieron otro mensaje de Rogachev.

6

La señorita Sonntag observó el sobre con el abrecartas en la mano y se le descolgó la mandíbula. Acto seguido, fue corriendo a buscar a su jefe.

El profesor miró el sobre, después a la señorita Sonntag, y después miró el sobre otra vez.

PROFESOR G. F. LAZENBY
OXFORD
INGLATERRA

Luego se miraron el uno al otro.

El nuevo mensaje tenía un tono más vigoroso:

Muévete, calvo / ¿Cómo es que no lo comprendes? / Quiero a ese hombre / en mi morada / el que habla las lenguas de las familias del norte / el que orina contra la pared / Estaba escrito claramente al principio / yo habito / en oscuras aguas / Muéstrale todas mis palabras / y la gente ya no seguirá / en la oscuridad / ni, como los ciegos, / tropezará a plena luz del día / Apresúrate / Calvo.

—Esto sí que nos suena de algo, ¿no, profesor? —le preguntó su antiguo alumno.

—Así es —respondió Lazenby.

—Exacto. Sin embargo, en este caso hay unos cuantos detalles que tienen más interés que el mensaje.

Dichos detalles eran el matasellos y la dirección. El matasellos era de Ijmuiden, Holanda, y la dirección se había escrito con un bolígrafo japonés, de tinta japonesa, de una composición que sólo se utilizaba en Japón, adecuada para la grafía japonesa, y que no se exportaba. A esta conclusión se llegó después de descubrirse que el único barco que recaló en Ijmuiden procedente del Ártico era japonés. En Gotemburgo, en la época del primer mensaje, también hubo un barco japonés. Las huellas dactilares encontradas en ambos mensajes eran las mismas y en ambos casos el barco era el mismo.

Este no había estado en Dudinka, ni en Igarka, ni en Noviy Port, ni en Salejard. Había recorrido el océano Ártico de punta a punta, pero no se había detenido en ninguno de esos lugares.

Con independencia de dónde se hubiera detenido, el barco estaba otra vez en movimiento. Ahora recorría la costa de Portugal para dirigirse a casa, adonde llegaría al cabo de dos meses si tenía mala suerte, y al cabo de casi tres si la tenía buena. Ello se debía a que era un mercante, y por lo tanto iba parando donde encontraba un cargamento, en general en puertos que no eran visitados por las navieras regulares.

Y eso era lo que había hecho también en el Ártico. Pero entre el Ártico y su ruta

actual había una diferencia. Se detuviera donde se detuviese ahora, lo más probable era que el hecho quedase registrado por un agente de Lloyd's. Ningún agente de esa compañía había reportado nada en el Ártico ruso; el único puerto de dicha zona que figuraba en el listado era el de Múrmansk, que también figuraba en junio. Pero el carguero debía de haber recalado en otro puerto además de Múrmansk, puesto que el centro de investigación no podía estar situado cerca de allí. Múrmansk era la base de la Flota Rusa del Norte y contaba con extensos muelles e instalaciones auxiliares. Ninguna fábrica de productos biológicos se situaría en sus inmediaciones, era una ciudad constantemente vigilada, se conocían todos sus objetivos y en absoluto estaba en medio de una naturaleza inhóspita donde aúlla el viento.

Esto dio lugar a que se tomara en consideración el resto del Ártico, varios miles de kilómetros; y también a que se investigara en Japón.

Las respuestas que llegaron de dicho país fueron útiles y muy informativas.

El barco en cuestión formaba parte de una naviera de seis mercantes y la ruta del Ártico era un beneficio adicional de verano que disfrutaban los capitanes. Sólo uno de ellos había hecho esa ruta los últimos dos años. El único puerto que ofrecía posibilidades comerciales con regularidad era Múrmansk, cualquier otro que se escogiera a lo largo del trayecto era un beneficio adicional: podía aceptarse o no, a discreción del capitán. Si este informaba, los dueños se quedaban con una parte; si no informaba, dicha parte se la quedaba la tripulación. La única información segura era la que proporcionaban los miembros de a bordo, y no era muy probable que estos dijeran nada.

No obstante, el barco estaba siendo vigilado, y la investigación iba a continuar.

—Maravilloso —dijo Hendricks, y prosiguió con sus propias pesquisas.

Sin embargo, estas tampoco estaban yendo muy bien.

En Navidad —justo el día de Navidad— llegó la siguiente noticia. El carguero japonés había atracado en Nagasaki sin que nadie se diera cuenta. Todos los integrantes de la tripulación habían desembarcado y se habían ido de permiso. Cuando regresaron, los dispersaron y se llevaron el barco al desguace. Los motores estaban destrozados, los equipos también y la nave estaba hundida.

Hendricks se pasó una mano por la cara. Se sentía igual que ese carguero.

Por fin había recibido una respuesta del joven asiático. En la carta que Hendricks le había enviado, una entre varias, se había mostrado serio y discreto. Ordenó que la mandasen a la zona en la que se creía que se encontraba actualmente el joven. Estaba escrita en papel corriente y se indicaba un apartado local de correos adonde debía enviar la respuesta. En ella le decía que su antiguo amigo previamente mencionado, de Oxford, Inglaterra, estaba haciendo un último intento de ponerse en contacto con

él. Que se trataba de un asunto urgente y personal, y rogaba algún tipo de acuse de recibo.

El acuse de recibo llegó escrito en la misma carta. Lo habían garabateado con un rotulador rojo y decía: «JÓDETE, ESPÍA».

En ese momento, Hendricks pensó en abandonar. Ya no iba a conseguir nada más, estaba seguro. La tripulación de un carguero japonés no tendría el menor interés en ayudar a una agencia de inteligencia. Aquel joven no mostraba simpatía por ninguna y no se había dejado engañar por ellos.

Aun así, aplazó la decisión. Como no habían gastado mucho dinero en aquel asunto, decidió volver a estudiarlo en abril, cuando se iniciaba el nuevo año presupuestario.

Abril llegó y retomó la investigación. En particular, la de Rogachev.

Su expediente no estaba mal, pero tampoco era extraordinario; en él no había nada que se saliera de lo corriente. En los años cincuenta había pasado una temporada en un campo de trabajo, pero lo mismo les había ocurrido a otros muchos científicos rusos, era algo totalmente respetable. Respetable, de hecho, era una descripción adecuada para él, y su campo era la biología, una disciplina en la que se trabajaba en equipo. Si en ese terreno estuviera ocurriendo algo digno de mención, seguro que a esas alturas ya habrían recibido algún soplo por parte de otros equipos. Pero nadie había dicho nada.

¿Era probable que un hombre de ochenta y un años hubiera descubierto algo él solo? No. Era mucho más probable que los años de aislamiento lo hubieran llevado a abrigar fantasías infantiles. Porque había algo de infantil en el tono de los mensajes.

Hendricks dudó sólo un instante y después cerró la investigación. Los documentos seguirían vigentes durante seis meses, por si acaso surgía algo nuevo, aunque no lo esperaba.

Sin embargo, algo surgió. Por casualidad, surgió algo bastante nuevo.

Encima del océano Índico apareció un satélite. Y veinte minutos más tarde estaba sobre Siberia.

El satélite era uno de los tres que Boeing había entregado al ejército estadounidense, modelos evolucionados de la serie Big Bird fabricada por dicha compañía. Cada uno contaba con un equipo de telemetría capaz de retransmitir de manera instantánea, y cada uno estaba situado en una órbita ligeramente distinta.

Aquel se encontraba en una órbita polar. Se desplazaba de norte a sur y tardaba noventa y cuatro minutos en dar una vuelta completa a la Tierra. Sin embargo, los equipos de recopilación de datos estaban orientados sólo hacia el territorio de la antigua Unión Soviética, donde tenía que vigilar más de quinientos objetivos terrestres.

Una hora antes, otro satélite había sobrevolado aquella zona y no había detectado ninguna actividad que registrar. Pero cuando este llegó, cuatrocientos ochenta kilómetros más al oeste, ya habían estallado los incendios.

Al principio, pasó inadvertido, porque el objetivo del satélite era una base de misiles, de la que tenía que tomar cuatro fotografías fijas y diez segundos de vídeo. Todas las imágenes fijas fueron válidas, a pesar de que presentaban una superficie moteada en el margen derecho, pero los resultados no mostraban cambios y se guardaron simplemente como referencia.

El vídeo ya fue otra cosa. En él se descubrió algo que se movía. Era un camión remolque cargado, algo insólito a las tres de la madrugada. Por eso se centró la atención en él, para averiguar qué carga podía estar transportando a través de una gruesa capa de nieve y a aquellas horas. Y por esa razón, se tardó en percibir que también había motas en el margen derecho del vídeo.

Al ampliar las imágenes, se descubrió que las motas eran llamas, lo cual despertó un interés inmediato.

No se tardó en averiguar la ubicación del incendio, y también se determinó que probablemente se había originado por una explosión, dado que las llamas todavía alcanzaban una altura de treinta metros. Eso fue una sorpresa, porque en aquel emplazamiento, que era de bajo nivel, no se sabía que hubiera explosivos. Había sido clasificado como una estación meteorológica. Sin embargo, un análisis posterior reveló que una amplia zona del suelo estaba cubierta con ventiladores, lo que indicaba que se estaba trabajando bajo tierra y a lo largo de un área demasiado extensa como para tratarse de algo relacionado con la meteorología. No obstante, la actividad de radio y la pauta de los transportes no dieron muestras de tener un significado militar, de modo que se mantuvo la clasificación de bajo nivel, pero todas las estructuras visibles se marcaron y a partir de ese momento se fueron actualizando. El complejo consistía en unos cuantos edificios de hormigón, postes de telégrafos, salas de generadores, torres para líneas de energía eléctrica y una zona vallada llena

de casetas, que evidentemente se utilizaban como almacenes, situada a un costado de la pista de aterrizaje.

Se ampliaron los elementos que aparecían en las imágenes y se compararon con fotografías anteriores; se detectaron varias diferencias. La estructura de hormigón más grande de todas, que al parecer era una cúpula para cubrir algo que había debajo, había desaparecido, al igual que las salas de generadores. Las torres de electricidad y los postes de telégrafos se habían caído, las casetas se habían derrumbado y se veía una amplia zona sembrada de escombros.

Se volvieron a analizar las imágenes y surgieron nuevos objetos. Una delgada hilera de puntitos muy finos, que a primera vista parecían cascos que brillaban, destacaron sobre el plano de fondo y se vio que eran una formación de hombres. Estaban de pie, en fila, cada uno con las manos apoyadas en los hombros del compañero que tenían delante. Llevaban los ojos vendados e iban en ropa interior; parecía evidente que habían abandonado el resto de prendas al huir de los edificios en llamas.

Un tanto alejado de aquella fila había otro individuo, también en calzoncillos pero sin venda en los ojos. Llevaba algo en las manos. No era posible distinguir de qué se trataba, pero tras estudiar el vídeo, se vio que subía y bajaba la cabeza conforme los hombres de la fila iban volviéndose hacia él.

Se consultó a un experto en antropometría.

Su especialidad eran el movimiento y las medidas del cuerpo, y llegó a la conclusión de que aquel hombre sostenía en las manos un papel con nombres, y que estaba pasando lista. También dedujo, tras examinar los diez segundos de acción, que lo estaba haciendo con mucha prisa, cosa nada extraña, teniendo en cuenta que aquellos hombres estaban casi desnudos y que la temperatura era de cincuenta grados bajo cero. Sin embargo, hubo varios aspectos que lo desconcertaron y solicitó una nueva manipulación de las tomas a fin de contrarrestar los efectos del fuego y la distorsión causada por el calor. Se trabajó nuevamente en las imágenes, pero no se logró solucionar el problema. El experto hizo entonces una serie de pruebas para comprobar que lo que estaba empezando a sospechar no podía ser cierto. Pero, al parecer, sí lo era.

Aquellos hombres vestidos sólo con ropa interior en medio del frío siberiano tenían unos brazos demasiado largos. Y también se les notaba algo raro en los muslos y en la forma de las piernas. Al individuo que estaba leyendo los nombres de la lista en voz alta le ocurría lo mismo. Y, por más que el experto en antropometría intentara dar sentido a los resultados, lo que obtenía era que no parecían humanos.

Estas observaciones tuvieron lugar en abril.

En abril, Lazenby estaba de pesca e hizo una captura magnífica.

De hecho, el salmón lo miró justo antes de saltar. Era tan grande como un perrazo y describió una larga parábola en el aire sin dejar de mirarlo. Después, se sumergió en el agua y se hundió en las profundidades de la poza del río, arrastrando consigo la gigantesca mosca artificial Bloody Butcher que estaba usando Lazenby como cebo.

El año anterior no había pescado nada en absoluto, sin embargo esa temporada ya había capturado varias piezas espléndidas. El río estaba muy crecido, bajaba teñido de rojo a causa de la turba y rugía igual que un motor. Estaba repleto de peces. El agua borboteaba en torno a las piedras, lanzando miríadas de gotitas que llegaban muy alto, y dondequiera que se mirase había peces. Hasta el aire estaba lleno de ellos. ¡Nunca había visto nada igual! Estaba siendo una temporada de primavera verdaderamente increíble.

Lazenby había probado con todas las moscas normales, moscas grandes y sumergidas para aquel agua coloreada, Thunder and Lightning, Childers, Ackroyd. Y los peces se habían lanzado a por ellas, y tanto que sí. Los tirones que daban le paraban a uno el corazón, pero sólo eran tirones, porque con aquella turba que teñía el agua no lograban distinguir la mosca; para que la mordieran hacía falta algo más llamativo: una mosca Butcher grande y anticuada. Así que ató una al sedal y de inmediato sintió que casi le arrancaban la caña de las manos. Retrocedió hacia la orilla, anduvo unos pasos y fue soltando hilo. Notaba el pez tirando con fuerza, debatiéndose y retorciéndose.

Empezaba a nevar y ya estaba oscureciendo, pero qué pieza tan maravillosa, pesaría como mínimo quince kilos, ¡tal vez veinte! No podía dejarlo en aquella poza, triste y taciturno, tenía que sacarlo de allí y llevarlo a aguas rápidas. Pero debía proceder con cuidado. Estaba anocheciendo. Una vez rebasada la poza, tendría que meterse de nuevo en el río, y la corriente era muy rápida y las piedras estaban resbaladizas. Debía tener mucho cuidado. Por el momento, se limitaría a seguir presionándolo, le haría saber que no podía quedarse en aquel remanso. «Venga, sal de ahí, vamos». ¡Eso es, ya había salido! Estaba dejando atrás el borde de la poza y entrando en la fuerte corriente. Era un ejemplar magnífico, plateado, que coleaba con fuerza y sin cesar; no haría mucho que había llegado del océano.

Lazenby fue soltando hilo, manteniendo la caña firme mientras avanzaba por la orilla. Luego entró en el agua con precaución, tanteando entre las piedras, hipnotizado por la corriente. El salmón había empezado a tironear dirección río arriba y el carrito protestaba. Bien, que corriese un poco, con la sujeción justa. Afianzó los pies contra una roca, los plantó con fuerza en el fondo del río y empezó a jugar con su presa agarrando la caña con seguridad, haciendo que se doblase.

El salmón zigzagueaba intentando zafarse. Dio otro salto, lejísimos, que Lazenby vio a través de la nube de gotas de agua, arrastrando el sedal detrás de él, goteando.

Entonces recogió hilo con rapidez al tiempo que el salmón volvía, y fue jugando con él durante todo el recorrido. No había duda de que era un ejemplar rápido y lleno de vida, y muy listo, pues trataba de romper el sedal enganchándolo en las piedras. «Aguanta, cánsalo».

Lo fue haciendo minuto a minuto. Hasta que llegó a los cuarenta.

Cuando por fin lo guio con delicadeza hacia el agua poco profunda, Lazenby estaba tan agotado como su presa. Allí tenía la red, sumergida en el agua, y se puso la larga caña bajo el brazo para tener las dos manos libres. Estaba tan cansado que casi se cayó al agua, encima del salmón; temblaba mientras esperaba que su presa diera un último salto al notar la red.

Pero no hubo salto, sino sólo un leve forcejeo en el interior de la misma. A continuación, Lazenby arrastró la red fuera del agua, la dejó en la orilla y se derrumbó. Sacó del bolsillo su navaja, despachó al salmón y se quedó sentado un rato más, jadeando. Sus cosas estaban un poco más lejos y cuando llegó hasta ellas ya había demasiada poca luz como para poder ver lo que marcaba la báscula. De modo que cogió el ejemplar capturado, regresó al coche y se fue al hotel. Cuando llegó, entró por el aparcamiento que había en la parte de atrás y fue directo al cuarto de la pesca.

Allí comprobó, un poco desilusionado, que la báscula marcaba sólo ocho kilos y medio.

—Ha capturado usted una pieza estupenda, profesor. Un salmón fresco. ¡Una auténtica hermosura!

—Sí, no está mal, ¿verdad? —dijo Lazenby con modestia.

Antes de ir a lavarse y cambiarse de ropa, esperó para ver cómo metían su salmón en una bolsa y le ponían una etiqueta para mandarlo al ahumadero de Aberdeen.

Recorrió el pasillo hasta la recepción del hotel, y allí vio, con gran asombro, que lo estaban esperando Philpott y un individuo de semblante grave que llevaba un traje de tres piezas.

—Hola, profesor. Me parece que no conoce al señor Hendricks, W. Murray Hendricks. Tiene algo muy interesante para usted.

Ya en la habitación de Lazenby, tras la cena, Hendricks abrió su maletín.

Veinte horas después de que pasara el primer satélite, un segundo había sobrevolado el emplazamiento con las cámaras especialmente preparadas para la ocasión. El primero había tomado las imágenes a las tres de la madrugada, desde una distancia de cuatrocientos ochenta kilómetros; el segundo estaba situado justo en la vertical, a las once de aquella misma noche. Los incendios ya se habían apagado, soplaban un fuerte viento y se apreciaban unas figuras vestidas con trajes protectores afanándose bajo la luz de los focos. Estaban trabajando en la estructura cuya cúpula había desaparecido.

En aquel sitio se había llevado a cabo alguna actividad relacionada con la biología militar, eso era seguro; pese al viento, se habían localizado partículas de varios elementos todavía flotando en el aire. No era posible decir qué había causado la explosión, pero estaba claro que el trabajo realizado en aquellas instalaciones había sido de índole muy variada.

Le enseñaron unas cuantas fotografías poco nítidas a Lazenby: una maraña de equipos destrozados, fotografiados a través del boquete abierto en la cúpula. Unas superposiciones transparentes con los contornos dibujados ayudaban a aclarar el batiburrillo, pero el profesor seguía sin entender de qué se trataba.

Hendricks le explicó que era un sistema de canalización. Lo habían identificado como parte de una instalación internacionalmente conocida como «P-4».

—Ah, P-4. Ese no es mi campo —contestó Lazenby—. Es un nivel de seguridad bastante elevado, en realidad el más elevado de todos. El sistema está diseñado para contener bacterias peligrosas, normalmente la E-coli, según tengo entendido. Se utiliza para replicar células, para dividir genes.

—En efecto, estaban utilizando la E-coli y dividían genes —dijo Hendricks—. Esto es lo que ha quedado de un laboratorio de genética que al parecer era bastante grande.

—No me diga. ¿Y para qué lo querían?

Hendricks rebuscó de nuevo en su maletín y le mostró las fotografías de los hombres formando fila. Había más de una docena de fotos, y algunos fragmentos de estas habían sido ampliados. Esas imágenes también estaban borrosas, pero de nuevo se usaron superposiciones para resaltar el contorno de las extremidades.

Lazenby las observó detenidamente.

—Simios —dijo.

—No, no son simios. Ya no.

El profesor los miró de nuevo.

—¿Simios perfeccionados?

—Sí, estos saben leer y escribir. Por lo menos este de aquí está leyendo una lista de nombres en voz alta y los otros le están contestando. En el vídeo se aprecia con

mayor claridad.

Lazenby observó a Hendricks durante unos segundos por encima de las gafas.

—¿No estará suponiendo que esto es obra de Rogachev?

—Bueno, él trabaja ahí, de eso no cabe duda. Y se lo puedo demostrar.

Le enseñó un mapa. Era una sección a gran escala de la región de Kolima, situada a miles de kilómetros del lugar donde habían estado buscando primero. Habían rodeado con un círculo el símbolo que indicaba una estación meteorológica, y junto a la estación se veía un lago con un nombre escrito a mano: «Lago Negro».

Hendricks también explicó esto último. Ese nombre procedía de un libro que pertenecía a una colección que estaba acumulando polvo en la biblioteca del departamento; el sistema de referencias cruzadas, incluso mejorándolo, no había dado con él.

Lazenby leyó el papel que le pasó Hendricks.

A PIE A TRAVÉS DE SIBERIA
Capitán Willoughby Devereaux
Londres, 1862 [extracto, p. 194]

El agua, contenida en una cuenca de basalto negro, de lejos presenta la apariencia de la tinta, pero es transparente, y de hecho es la más pura que hay en toda esa zona. Localmente se conoce como Tcherni Vodi («aguas negras»), pero yo prefería el apelativo de Lago Negro, que me pareció más sencillo y familiar; y en el Lago Negro estuve varios días acampado, hasta que recorrí de vuelta los cuarenta y cinco kilómetros que había hasta Zelioni Mis (Cabo Verde).

—Aquí está Cabo Verde —dijo Hendricks, desplegando otra parte del mapa—. Es un puerto que hay en el río Kolima, exactamente a cuarenta y cinco kilómetros del lago. De ahí zarparon los cigarrillos de Rogachev.

Lazenby miró primero el mapa y después otra vez las fotos.

—¿Y usted cree que lo que está intentando desvelar es esto? —preguntó.

—No, no lo creo. Esto no tiene nada de secreto.

—¿No le parece bastante sorprendente?

—Sí, resulta sorprendente. Pero me sorprende más aún que hayan guardado silencio sobre esto durante tantos años. Y también choca el lugar. ¿Usted experimentaría con simios en un sitio como este?

—Bueno, el Ártico no es su entorno natural —replicó Lazenby.

—Exacto. No lo es. Además, no se trata simplemente del Ártico; es el emplazamiento más secreto que tienen, el más remoto, el menos accesible. Apenas existe información sobre él. De este sitio en concreto no existe ninguna. Nosotros lo desconocíamos. Y eso sí que es sorprendente. E inquietante. Sabemos bastante bien cómo funciona la ciencia en Rusia; la gente cambia de trabajo y las noticias circulan. Sin embargo, aquí nadie ha cambiado de trabajo. Si alguien consigue empleo en este sitio, es evidente que no lo deja nunca. Y aquí llevan muchísimo tiempo trabajando, como podemos ver. Lo que nos lleva a otra pregunta: ¿qué sabe usted de un tal Zhelikov?

Lazenby se volvió hacia él.

—¿Zhelikov el genetista?

—Exactamente, L. V. Zhelikov.

—Bueno, he oído hablar de él. ¿Y quién no? Era el alumno favorito de Pavlov, el de los experimentos con perros. Llevará muerto... ¿cuántos años, treinta, cuarenta?

—No se sabe cuándo falleció, no se lo dijeron a nadie. Creemos que fue porque murió aquí. —Y señaló el mapa—. Creemos que aquí era donde desempeñaba su trabajo, y que Rogachev tomó el relevo. Eso debió de suceder hará unos diecisiete años. Tiene usted razón en que Zhelikov desapareció de la circulación hace cuarenta años más o menos. Por aquel entonces, en la década de los cincuenta, estaba en un campo de trabajo. Creemos que lo sacaron de allí para ofrecerle ese puesto, y que aceptó. Rogachev estuvo en el mismo campo de trabajo que él, ¿lo sabía usted?

—No, no lo sabía.

—Pues estuvo allí. Se conocían. Sea como sea, cuando Zhelikov llegó aquí, este sitio ya existía. De eso hace como mínimo cuarenta años, y probablemente funcionaba desde mucho antes. Al fin y al cabo, no habrían enviado a Siberia a un tipo de su nivel para que empezase algo. Debían de tener alguna cosa ya en marcha, es probable que relacionada con animales, dado que era la especialidad de Zhelikov. Pero no sólo con animales, el trabajo con estos no es ningún secreto, y lo que se hace aquí es secreto, y mucho. Lo han situado en el lugar más recóndito y escondido que tenían. De modo que sí, las fotografías son sorprendentes, pero lo que está pasando ahí lo es aún más. Por eso Rogachev está haciendo tantos esfuerzos para contárnoslo.

Se quedaron mirándose el uno al otro durante unos instantes.

A continuación, Philpott recogió los papeles con discreción y volvió a meterlos en el maletín. Luego sacó otro.

—Necesitamos su ayuda —dijo Hendricks.

—Bueno, con mucho gusto haré lo que esté en mi mano, por supuesto, aunque, ¿qué es exactamente lo...?

—¿Vendría de viaje por nosotros?

Lazenby se lo quedó mirando boquiabierto.

—No, no es a Siberia —lo tranquilizó Hendricks, esbozando una media sonrisa—. A otro sitio. Creemos haber localizado al joven que usted mencionó. —Extendió un brazo y Philpott le tendió una fotografía ampliada—. ¿Le parece que podría ser este?

Lazenby examinó la foto. El joven asiático de su pesadilla le devolvió la mirada, con gesto hosco. Rostro ancho, pómulos marcados, ojos pequeños y relucientes y cabellera abundante.

—¡Es él!

—¿Sabría decirnos cómo se llama?

—¡Cuervo! —exclamó Lazenby.

El nombre le acababa de venir de repente a la memoria. Y también había varias

cosas más revoloteando por su mente. Un *whisky* tras otro. Todo el grupo caminando a trompicones por una calle. Rogachev, tan pelirrojo, contando chistes sin parar. Después doblaron una esquina, se apoyaron en una pared... una esquina y una pared que le resultaban muy conocidas... Pero ¡si era Oxford! Aquello había ocurrido en Oxford.

Levantó la vista y vio que Hendricks y Philpott se estaban mirando el uno al otro.

—¿Cuervo? —repitió Hendricks—. ¿Está seguro?

—Casi seguro. Y también recuerdo a un tal Ricitos de Oro. Éramos varios... Todo era muy... confuso.

—¿Ricitos de Oro? —Hendricks y Philpott se miraron de nuevo—. Escuche, profesor, si utilizaban apodos, ¿podría ser que Ricitos de Oro fuera Rogachev? Lo digo porque era pelirrojo.

—Apodos... claro. Sí, supongo que es posible.

—¿Y al otro lo apodaron Cuervo porque tenía el pelo oscuro, muy oscuro, negro, de hecho?

—Podría ser. Porque «Cuervo» no suena mucho a ruso, ¿no?

—No. Este hombre no es ruso, es indio.

—¿Indio?

—Un piel roja de Canadá. Aquí detrás está escrito su nombre.

Lazenby miró la parte de atrás de la fotografía. Decía: «J. B. Porter (doctor Johnny Porter)».

—¿Le dice algo ese nombre?

—La verdad es que no.

—¿Recuerda los disturbios que hubo en Quebec?

—Vaya... Fue él. Pues no lo habría relacionado con...

—No —lo cortó Hendricks—. Y en la actualidad no tiene este aspecto. Así era cuando estaba en Oxford. Creemos que es allí donde usted lo conoció.

—Sí, eso creo yo también.

—¿Recuerda cómo lo conoció?

—Pues durante una conferencia. En una cena que ofrecieron a los delegados, me parece.

—Él no era delegado. ¿Qué estaba haciendo allí?

—Eso no lo sé.

—¿Le pareció que Rogachev y él ya se conocían?

—Eso tampoco lo sé. No dejaban de hablar de Siberia.

—¿De qué acerca de Siberia? ¿Se acuerda?

—Pues... —Lazenby reflexionó unos instantes—. De los idiomas, de la gente, de discapacidades físicas... de ceguera, creo. Ceguera causada por la nieve, tal vez. Algo así. En cualquier caso, el tema era Siberia. Rogachev había trabajado allí, claro, y pensé que aquel tipo debía de ser nativo de la zona. Estuvieron hablando mucho rato en ruso y, desde luego, él parecía conocer la región, de modo que supuse que...

—Sí, conoce Siberia, ha estado allí. No hay ninguna duda de que es a él a quien Rogachev busca. Pero no quiere hablar con nosotros. En cambio, hemos pensado que tal vez acceda a hacerlo con usted. ¿Estaría dispuesto a ir a verlo ahora?

Lazenby lo miró fijamente.

—¿No querrá decir ahora mismo...?

—Sabemos dónde está en estos momentos. Es una persona difícil de localizar, pero esta vez lo hemos conseguido. Pasará los próximos cuatro días en un mismo sitio.

—¿Dónde?

—Montreal.

—Montreal. —Lazenby pensó en su salmón, que iba camino del ahumadero. Pensó en aquel río repleto de otros como él—. Pues no sé —respondió—, en realidad, apenas lo conozco.

—Eso no tiene importancia —replicó Hendricks—. En realidad, nadie lo conoce.

DOS

SOBRE EL CUERVO

El nombre que figuraba en su partida de nacimiento era Jean-Baptiste Porteur, pero desde que cumplió los quince años se convirtió simplemente en Johnny Porter.

Era un indio gitksan, uno de los pequeños grupos miembros de la tribu de los tsimshian, que habitaban la zona del río Skeena, en la Columbia Británica.

El idioma de los gitksan era el k'san, que fuera de su tribu se entendía sólo de manera muy superficial. Pocas tribus se comunicaban entre sí. Pero el joven Jean-Baptiste aprendió también el nisqa, el idioma de los indios nass, casi al mismo tiempo que aprendió a hablar. No mucho después aprendió asimismo un poco de tsimshian, una lengua tan singular que los lingüistas no han logrado relacionarla con ninguna otra del mundo. A las demás tribus les resultaba incomprendible. Cuando cumplió los once, ya hablaba el tsimshian con fluidez.

Su buen oído para los idiomas fue lo que le permitió acudir, a los trece años, a la escuela de la misión... y lo llevó a tener un enfrentamiento con su tío.

Al igual que todos los varones gitksan —y los de las tribus miembros—, al alcanzar la pubertad tenía que abandonar el hogar e irse a vivir con un tío o con algún otro varón de la rama materna de su familia. Era una sociedad exógama, es decir, prohibía las relaciones sexuales entre personas de un mismo clan. Dicho tabú tenía que ver con el incesto, e impedía que un individuo se acostara con su madre o con sus hermanas. Porque también era una sociedad matrilineal: la línea de descendencia era a través de la madre.

Eso quería decir que los hijos de un matrimonio no pasaban a ser miembros del clan del padre —que necesariamente tenía que ser distinto— sino del de la madre. La madre y sus hijos eran todos miembros del mismo clan. Podían casarse con personas de otras tribus, pero no con las de su propio clan. Esto tenía una gran importancia, y en lo relativo al estatus personal, el clan iba antes que la tribu.

Había cuatro clanes: Águila, Lobo, Cuervo y Flor del Fuego. La madre de Porter era una Cuervo, así que él también lo era. A los trece años se fue a vivir con un tío Cuervo. Pero este lo echó de casa.

El enfrentamiento surgió a causa de la rebeldía del muchacho y de su falsedad. Todos los Cuervos son falsos. El cuervo es un animal muy tramposo y tiene muchos recursos. Robó el sol y llevó la luz al mundo. Hace el bien, pero sólo de forma accidental. Es muy precavido, no se fía de nada ni de nadie. Y él mismo tampoco es de fiar.

El tío de Porter no se fiaba de su sobrino. Aparte de no hacer lo que se le decía, el chico mentía respecto a lo que hacía.

Por la facilidad que tenía para los idiomas, su tío lo llevaba consigo cada vez que iba a cerrar algún trato con los tsimshian o con los nass. Le ordenaba que guardara silencio, pero que luego, en privado, le contara lo que habían hablado entre ellos. Al chico no le gustaba ese trabajo y así se lo dijo a su tío, pero este lo obligó a continuar.

Tras salir malparado en varias negociaciones, el tío supo que le había mentido y le propinó una paliza. Sin embargo, no logró nada con ello porque el chico siguió mintiéndole.

La situación era difícil. No podía continuar pegándole, porque el muchacho estaba creciendo muy deprisa. —Su padre era un Flor del Fuego, y los miembros de ese clan se desarrollan rápido. Las flores del fuego nacen después de incendiarse un bosque; son como el ave fénix. Sus antepasadas se casaron con un ser celestial, y por eso tienen una inclinación natural hacia el cielo—. Por otra parte, no podía seguir acogiendo en su casa a un muchacho que lo desafiaba. Tampoco podía devolvérselo a su madre. Y su autoridad se vería menoscabada si se lo endosaba a otro pariente.

De modo que se lo llevó al hermano Eustace.

El hermano Eustace era por aquel entonces el responsable de una escuela misionera que había en Prince Rupert. Le llegaban niños sobre todo de las tribus más grandes y no era habitual que aceptara a miembros gitksan. Allí la disciplina era muy estricta y a los niños se les aplicaban castigos físicos si se los sorprendía hablando un idioma tribal. La finalidad era alejarlos del tribalismo, y aquel año había esperanzas de conseguirlo del todo, pues, por motivos de financiación, la escuela se trasladó a Vancouver.

Para el tío, que su sobrino se marchara nada menos que a Vancouver fue como ver una luz en la oscuridad. Pero no era tan sencillo. Debido a la mudanza, la escuela no aceptaba alumnos nuevos. Sin embargo, él, como buen Cuervo que era, había trazado sus planes con sumo cuidado. Fue a ver al hermano Eustace y le pidió que le diera unos cuantos folletos religiosos para llevárselos a ciertas personas débiles que, según había observado, estaban sucumbiendo a la maldad.

El hermano Eustace se sintió conmovido por su preocupación y le entregó los folletos. El tío le dio las gracias y al mismo tiempo expresó lo agradecidos que estaban todos los indios progresistas por la labor que realizaba aquella misión a la hora de educar a sus pequeños y alejarlos de la tentación, en particular trasladándolos a Vancouver, con todo el trabajo adicional que eso iba a suponer.

El hermano Eustace suspiró y respondió que era una cruz con la que había que cargar.

El tío también suspiró y comentó que lo más difícil iba a ser impedir que los chicos hablasen su lengua nativa. Al encontrarse lejos de casa y nerviosos como iban a estar, la hablarían aún más. Y Vancouver era un lugar especialmente peligroso.

¿Cómo?, le preguntó el hermano Eustace. ¿Por qué iba a ser peligroso Vancouver?

No era Vancouver en sí, respondió el tío, aunque fuera una ciudad grande y llena de pecado. Y tampoco era la lengua en sí, sino los mitos absurdos incorporados en esa lengua, los cuales, en realidad, expresados en ella no resultaban absurdos en absoluto. Y pasó a explicárselo. Le dijo que en el idioma k'san los relatos de la Biblia sonaban todavía más raros que los tribales. Tan sólo al oírlos en inglés, y gracias a

que él era una persona devota que iba a la iglesia, consiguió distinguir la verdad contenida en las historias de la Biblia de las cosas absurdas que contaban las narraciones tribales. Por ejemplo, en inglés el nombre de Jesús sonaba maravilloso, en cambio en k'san sonaba ridículo. Era necesario desalentar a los niños a pensar siquiera en su idioma nativo.

El hermano Eustace arrugó el ceño e indicó que los niños ya eran castigados si se los sorprendía hablando en dichos idiomas.

Y así debía ser, respondió el tío. Pero primero había que sorprenderlos y averiguar qué era lo que estaban diciendo, cosa nada fácil en un dormitorio colectivo de Vancouver. Porque un nass no iba a chivarse de otro nass, y un tsimshian tampoco iba a delatar a otro tsimshian, y los demás no entenderían su lengua. Él conocía bien a aquella gente tan retorcida y sólo al tratar con ella había tomado la precaución de... En realidad sería muy buena idea que... Pero no. No lo era y además representaría un enorme sacrificio para él.

El hermano Eustace lo miró con atención.

—¿Qué sacrificio? —preguntó.

Con voz entrecortada, el tío se lo explicó. Resultaba que él tenía un sobrino que entendía el tsimshian y el nisqa tanto como el k'san. Poseía un talento natural para los idiomas y para él suponía una ayuda maravillosa, porque lo informaba con exactitud de lo que aquellas taimadas gentes se decían entre sí y le ahorraba mucho tiempo y dinero. Justo en ese momento se le acababa de ocurrir que su inteligente sobrino sería tan útil para la misión como lo había sido para él. Pero no. No podía entregarlo. Aunque... tampoco deseaba interponerse entre la misión y un ayudante tan fantástico. Ni entre el chico y una educación en condiciones. Aun así...

Aun así, tomó la palabra el hermano Eustace, con mucho gusto conocería a su sobrino.

Una semana después, Jean-Baptiste Porteur entraba en la escuela de la misión —y abandonaba su elegante nombre para sustituirlo por el anodino «Johnny Porter»—, y diez semanas más tarde se marchó a Vancouver. Transcurridos seis meses, a pesar de lo mucho que prometía como alumno, se escapó de la escuela —concretamente por una ventana—, harto de que cada poco lo zurrasen por no delatar a sus compañeros.

Estaba en una encrucijada. No podía regresar con su tío y tampoco podía volver a casa. Así que se fue al puerto y se quedó vagabundeando por allí, fregando platos en bares y restaurantes, hasta que llegó a la conclusión de que lo único que podía hacer era enrolarse en un barco. No mucho después, encontró uno en el que lo aceptaron a bordo. Los tres años siguientes los pasó navegando por el mundo. El tráfico era habitual entre Vancouver y Yokohama, y entre Yokohama y el resto del mundo, de modo que estuvo largos períodos de tiempo sin volver a Canadá. Hasta que al fin regresó. Un día iba paseando por la calle cuando notó que una mano se le posaba en el hombro, al darse la vuelta vio que era el hermano Eustace.

—¿Porter? ¡Porter, ¿eres tú?!

La última vez que había visto aquella mano, sujetaba un látigo; ahora estaba tendida hacia él.

—Hola, hermano —dijo, estrechándola.

Porter era ya más alto que el hermano Eustace.

—¡Qué alegría verte, Porter! ¡No sabes cuánto me alegro! ¿Qué ha sido de ti, muchacho?

Al cabo de un rato, durante la comida, le contó al hermano Eustace todo lo que le había ocurrido y el hermano Eustace, a su vez, le contó el motivo de que estuviera tan encantado de verlo. Aquello había sido algo providencial, aseguró. Obra de Dios. Porter era el alumno más prometedor que había estudiado en la escuela y aquella misma mañana el Gobierno le había pedido que le facilitara los nombres de los muchachos más inteligentes procedentes de tribus indias, para darles un tratamiento especial, garantizarles una vida de liderazgo y prominencia y proporcionarles una educación superior. Justo estaba intentando hacer memoria, cuando de repente... ¡había aparecido Porter!

«La escuela no», pensó él.

—No puedo volver a la escuela —le dijo al hermano Eustace.

—¡Mi querido muchacho, no volverías a la escuela! ¡Nada de escuela! —exclamó su antiguo maestro con gran emoción—. Tendrías que prepararte, por supuesto, pero de eso me encargaría yo con mucho gusto. No es un examen normal, sino uno destinado a evaluar tu inteligencia y tus capacidades. Todo irá sobre ruedas.

En fin, se dijo Porter, ya había navegado bastante y estaba harto de tanto mar. Tal vez mereciera la pena probar otra cosa.

Sin embargo, no respondió enseguida.

Antes se desplazó hasta el río Skeena, adonde llevaba varios años sin ir. Lo primero que hizo al llegar fue buscar a su tío y propinarle una paliza. Lo golpeó a conciencia, sin pensar, sin rencor, como hacían los Cuervos, simplemente para hacerle pagar sus antiguas heridas.

Acto seguido fue a ver a sus padres y les contó cuáles eran sus intenciones, a lo que su madre, popular vidente, respondió entrando en trance de inmediato y exclamando:

—¡Oh, Cuervo, Cuervo! Traes la luz al mundo, pero morirás en la oscuridad. Hallarás tu final en un mar de lágrimas.

—De acuerdo —contestó Porter.

Había visto a su madre hacer ese tipo de declaraciones a menudo, pero a él el sentido común le decía que las personas solían morir en la oscuridad y que todo terminaba entre lágrimas.

Justo dos meses más tarde, el mismo día que cumplía diecisiete años, se matriculó en la Universidad de Victoria.

En Victoria, la carrera preferida por la nueva hornada de alumnos procedentes de las tribus indias eran los estudios forestales. La Ingeniería forestal constituía una industria muy fuerte en la Columbia Británica, y resultaba muy adecuada para la que sería la administración del futuro, compuesta por nativos. Los indios, que formaban la mano de obra de dicha industria, estaban matriculándose masivamente en esa carrera.

Porter se entregó de lleno. La primera asignatura que tenía que estudiar era botánica, que le gustaba bastante, pero pasadas unas semanas descubrió la biología y decidió especializarse en ella. No se recomendaba cambiar de carrera tan pronto, pero como se procuraba que los alumnos nativos no perdieran la ilusión, si bien a regañadientes, aprobaron su solicitud. Entonces fue cuando despegó de verdad. Empezó a aprender con una rapidez excepcional y en muchos sentidos.

No tardó nada en descubrir que, aunque el encuentro con el hermano Eustace tal vez hubiera sido obra de Dios, la razón de que aquel estuviera tan contento era seguramente un decreto del Gobierno de Estados Unidos.

El Gobierno de Estados Unidos, obligado a satisfacer las reclamaciones de los indios de Alaska, tenía previsto efectuar un pago en efectivo de quinientos millones de dólares, más otros quinientos millones en concepto de cánones, más un quince por ciento de la cesión del territorio de Alaska. Todo ese botín debía ser administrado a través de empresas indias.

Por su parte, el Gobierno canadiense, que se enfrentaba a problemas similares, estaba pensando en soluciones distintas. En vez de separar a los indios y pagarles, creían que era mejor integrarlos. Sin duda, hacerlos participar de pleno del bienestar común tenía mucho más valor que el dinero, o que los cánones, o que las escrituras de propiedad de unas cuantas regiones de Canadá. Pero para hacerlo bien había que seleccionar a los indios más dotados y empaparlos de conocimientos, a fin de convertirlos en personas de provecho para la nación.

Porter apreciaba esa decisión, y sabía por qué lo habían escogido a él, pero por el momento se mantenía centrado en la biología. Se graduó antes de cumplir los veinte, con matrícula de honor, y, al ser el alumno más destacado de su promoción, lo instaron a que se sacara enseguida el doctorado.

Porter, sin embargo, abandonó la biología y de inmediato comenzó a estudiar otra cosa a más de tres mil doscientos kilómetros de allí, en McGill.

Aunque era una persona rebelde, en aquella ocasión su modo de actuar no lo fue. Tenía buenas razones para tomar esa decisión. McGill estaba en Quebec, en la otra punta del continente, pero contaba con antiguas conexiones con Victoria, que en sus inicios había sido una filial de McGill en el extremo oeste del país.

Pero la razón principal era Quebec en sí misma, y también Montreal. Allí daban mucha importancia a los problemas étnicos, el principal de ellos era el separatismo de los franceses, pero también eran relevantes las cuestiones de los indios. Y esos

aspectos eran los que él pretendía estudiar.

En el último curso que pasó en la Universidad de Victoria había empezado a revisar las reclamaciones que habían presentado los indios canadienses contra el Gobierno. Eran quinientas cincuenta, pocas de ellas bien documentadas, todas mal preparadas. Al no existir una lengua escrita, había que fiarse de las tradiciones orales, y el Departamento de Asuntos Indios no se fiaba de ellas.

Porter se aplicó al asunto. Dividió el problema en dos fases. En la primera, su intención era demostrar la fiabilidad de lo que contaban las tribus, y en la segunda, conseguir que las personas vinculadas a las reclamaciones fueran admitidas como pruebas.

Empezó a estudiar antropología. Y no sólo a estudiarla, sino también a contribuir con aportaciones que se hicieron famosas: su *Silabario de tsimshian corregido*, que publicó como trabajo universitario, le valió una medalla de oro.

Dado que entre los indios no existía una escritura desarrollada, se habían compilado «silabarios» de varias de sus lenguas. Estos repertorios de sonidos habían sido confeccionados por antropólogos, ninguno de los cuales era indio. Porter era el primer indio que se ponía manos a la obra, y no tardó en descubrir que muchos de sus predecesores tenían muy mal oído. Las lenguas nativas eran muy complejas, y sólo con que se captase erróneamente una leve diferencia de sonido o una vocal, a menudo se alteraba el significado de un párrafo entero, incluso se acababa diciendo lo contrario.

Porter leyó otras publicaciones y aprendió más lenguas, todo ello en pos de su objetivo principal: realizar un estudio comparativo de las leyendas tribales, destinado a mostrar, frase por frase, las similitudes que existían entre ellas. Porque daba la casualidad de que eran muchas. De pequeño no le había parecido extraño que las leyendas de los gitksan, los nass y los tsimshian fueran tan parecidas. Eran historias de adultos que conocía todo el mundo, ¿por qué no iban a ser similares? En cambio ahora le resultó raro. Aquellas tribus casi no se entendían entre sí, sin embargo, sus leyendas, que se tardaba horas y hasta días en contar, eran idénticas hasta en los detalles más nimios. Sin escritura, sólo mediante la narración oral, habían sido transmitidas sin errores de una generación a otra a lo largo de mucho tiempo.

Todo eso constituía un valioso compendio de pruebas para la primera parte de su tarea, y cuando la publicó recibió grandes elogios. Antes de cumplir los veintitrés años, ya había decidido especializarse en antropología.

En aquella época, tenía una energía prodigiosa, y su rebeldía era su lema. A sus supervisores les resultaba imposible de controlar. Durante ese período se politizó mucho, y también se casó, un matrimonio acordado que, tristemente, acabó mal. Todos sus movimientos eran erráticos. Antes de publicar *Comparaciones*, se fue a Rusia de repente y pasó allí siete meses; emprendió el viaje de resultas de una carta que había recibido de un instituto ruso en la que elogiaban su anterior trabajo y le adjuntaban silabarios de varios idiomas de Siberia. Como las traducciones le

parecieron poco fiables, decidió estudiar esas lenguas por sí mismo.

Sin embargo, regresó para seguir formándose en su especialidad y, como a aquellas alturas ya no era sólo un estudiante destacado, sino un estudiante destacado de origen indio, le ofrecieron una beca Rhodes para estudiar en Oxford. La aceptó de inmediato, de nuevo por motivos personales —desgraciadamente, su joven esposa había muerto y él había vuelto a quedarse solo—. Se sumergió más que nunca en su trabajo, donde había topado con una dificultad.

Demostrar que los narradores de leyendas de las tribus tenían buena memoria no era suficiente. Lo que recordaban eran relatos. A ojos del Gobierno, sus «reclamaciones» también lo eran. La repetición de las mismas, por muy detallada que fuera, no las convertía en verdad. Se necesitaba otra prueba, una escrita. Una prueba concreta que encajase, detalle a detalle, con la versión oral de los indios no sólo certificaría la autenticidad de dicha versión, sino que contribuiría a validar todas las demás reclamaciones que él había investigado. Como mínimo, lograría que el tema saliera del Departamento de Asuntos Indios y pasara a los tribunales.

La prueba concreta que buscaba Porter tenía que ver con los tratados firmados entre los indios y los británicos en los años 1876, 1877 y 1889. En las asambleas de indígenas que los precedieron, se llegó a varios acuerdos.

«Estos acuerdos —según se recordaba en una inscripción enmarcada que Porter tenía en su habitación— permanecen en la memoria de nuestro pueblo, pero el Gobierno quiere ignorarlos». La inscripción era una copia de la apenada resolución de una convención de jefes tribales. «Sin embargo, las obligaciones eran históricas y jurídicas: acuerdos solemnes. Los territorios de los indios se canjeaban por las promesas de los comisionados que representaban a la reina Victoria».

Por desgracia, las promesas de esos comisionados no aparecían en los tratados que se publicaron, aunque los detalles relativos a los territorios eran de lo más precisos. Cuando más adelante los británicos renunciaron a gobernar Canadá, en los documentos que dejaron al marcharse no figuraba ninguna promesa. Pero en algún documento tenían que estar, razonó Porter. Incluso para los experimentados negociadores de las colonias, una asamblea de indígenas era algo lo bastante exótico como para merecer figurar en alguna parte: en notas, libros de memorias, tal vez cartas, que podían estar criando moho en cualquier sitio de Inglaterra. La cuestión era dónde. Un lugar en el que empezar a buscar podía ser Oxford.

Llevaba tres meses allí cuando recibió una carta de Canadá. En ella, su antiguo profesor de biología le decía que el 29 de junio iba a viajar a Oxford para asistir a una conferencia y que estaba deseando verlo. El profesor llegó, en efecto, el día 30.

Durante la jornada, se celebró un banquete en honor de los científicos venidos de fuera y su profesor le pidió que lo acompañara en calidad de invitado.

—Al fin y al cabo —le dijo—, fuiste uno de nosotros antes de caer en el error.

Y seguidamente le presentó a otros biólogos.

En aquella época, Porter era un joven despectivo y soberbio de veintitrés años.

Tenía una cabeza desproporcionada y llevaba el pelo demasiado largo, con un flequillo hasta los ojos y el resto, negro y liso, le caía a su alrededor como si fuera un casco. Llamaba la atención en todas las reuniones, e incluso destacó en esa, a la que acudieron estudiosos de todo el mundo.

—¿Indio canadiense? —le preguntó un ruso, guiñándole un ojo.

—Así es.

—Y nativo del noroeste, según tengo entendido. ¿De la zona del río Nass?

—Del río Skeena.

—Ah. Tsimshian, entonces.

—Gitksan.

—Gitksan... Ese nombre no me suena. Pero ustedes, los del noroeste, fueron los últimos en llegar a ese continente. Aún conservan los rasgos físicos de los siberianos. Supongo que los conoce.

Porter, sin sonreír, respondió con un torrente de palabras en lengua evenki, a lo que el ruso reaccionó levantando las manos.

—¡Bravo! Aunque lo que yo conozco es el pueblo, no el idioma. Me lleva usted ventaja.

Porter también le iba por delante en inglés. Si bien el ruso poseía un buen vocabulario, en una o dos ocasiones no supo encontrar el término adecuado y Porter se lo proporcionó. Incluso fue capaz de decírselo en ruso. Y ese era el idioma en el que estaban hablando —su profesor había abandonado el grupo para que continuaran con el tema— cuando animaron a un tercer individuo, un inglés, a que se sumara a la conversación.

El inglés se llamaba Lazenby, y su rasgo más destacado era su extraordinaria cabeza. Aquel cráneo amplio y reluciente, que se bamboleaba y se inclinaba en varias direcciones, estaba totalmente desprovisto de pelo. Contrastaba con fuerza con la densa cabellera de Porter y era la razón por la que el animado ruso había llamado a Lazenby. Pero no tardaron en abordar otros muchos temas, pues el tono alegre del ruso era muy contagioso: las migraciones asiáticas, la pigmentación, los defectos naturales, la ceguera... En un momento dado, volvieron a hablar de Siberia, y sobre ella estaban debatiendo, en una mezcla de inglés y ruso, cuando Rogachev —Porter había logrado averiguar por fin cómo se llamaba el ruso— localizó el *whisky*. En las mesas del bufet había comida en abundancia, pero no gran cosa de beber. Y Rogachev había encontrado la bebida.

Esa fue una de las cosas que recordó Porter al día siguiente: que el ruso había encontrado la bebida y que la aguantaba muy bien. Por el contrario, el inglés, que de mala gana los acompañaba copa tras copa, no tenía aguante. Cuando se marcharon, ya iba tambaleándose, y Rogachev propuso divertido que los tres hicieran esos juntos hasta casa.

El ruso se alojaba en el campus, como Porter, pero su edificio estaba en dirección contraria. De todas formas, acompañaron a Lazenby hasta su casa y, por el camino,

Rogachev organizó otro encuentro con el joven indio, al que a aquellas alturas ya llamaba Cuervo, pues le había contado que pertenecía a dicho clan y había decidido que el nombre le iba muy bien. Siguiendo el mismo razonamiento, se asignó un apodo a sí mismo y también a Lazenby. Este, de pronto, tuvo la necesidad urgente de orinar y Rogachev vio la pared. Los tres colegas se plantaron frente a ella y la regaron juntos. Una serie de circunstancias los habían llevado hasta allí y, más adelante, otra serie de circunstancias les recordaría esa escena.

Lazenby viajó a Canadá un martes, pero no un martes de abril, sino de julio; y no fue a Montreal, sino a Vancouver, que estaba aún más lejos, a más horas de entumecimiento todavía. Entre una cosa y otra se habían producido tantos cambios de planes que ya no sabía qué pensar.

El tal Cuervo parecía haberse vuelto loco del todo.

Trabajaba en dos universidades separadas por tres mil doscientos kilómetros de distancia, y por lo visto iba cuando le venía en gana. Cancelaba conferencias, abandonaba clases, desaparecía en el bosque. Si de él dependiera, haría ya mucho que lo habría echado a la calle. Pero Cuervo —el doctor Porter, como lo llamaban en ese momento— al parecer no era una de esas personas a las que se puede despedir tan fácilmente.

En Vancouver, Lazenby se reunió con Hendricks, que iba acompañado de un joven colega, de nombre Walters, que se había ocupado de los preparativos. Informaron a Lazenby de los mismos mientras cenaban en el hotel.

Por lo visto, Porter se encontraba en un lugar llamado Kispiox. Estaba situado al norte, cerca de Prince Rupert, junto al río Skeena. Aquella era su tierra de origen, el territorio de los indios tsimshian, y se había instalado en el bosque. Se desconocía cuáles eran sus movimientos diarios, pero acudía con regularidad a la oficina de correos de Kispiox.

—Va dos veces por semana, señor —informó Walters, un joven llamativamente limpio, con ojos azules y bigote rubio—. Y es muy rápido. Recoge el correo justo a mediodía y lo contesta allí mismo. Todos lo llaman Johnny y es muy querido en el pueblo. Yo estuve ayer en la oficina y esta tarde he llamado por teléfono. Esta semana aún no ha ido por allí, pero mañana es miércoles, uno de los días en que suele ir. De modo que he organizado lo siguiente, si a usted le parece bien.

Había dispuesto que una avioneta los trasladase hasta un lugar denominado Hazelton, cerca de Kispiox, de modo que podrían llegar a su destino antes de las doce del mediodía. Por si acaso Porter no acudía a correos ese miércoles, también había buscado algunos hoteles donde pudiesen alojarse y esperar.

Lazenby, que tenía todos los huesos doloridos, reflexionó sobre esos preparativos más bien con gesto hosco.

—¿A qué hora habría que levantarse para eso? —preguntó.

—No demasiado temprano —contestó Walters con una sonrisa—. Está sólo a unos ochocientos kilómetros, así que bastará con que estemos en camino a eso de las diez. Un vehículo nos esperará en Hazelton, y desde el aeropuerto hasta Kispiox no hay un trayecto muy largo a través del bosque.

—Tú también vienes, claro —le dijo Lazenby a Hendricks.

—No, George, yo no voy. —La relación entre ambos había prosperado—. Cuantos menos seamos, mejor. Sólo he venido para presentarte a este joven, que será

tu acompañante. Además, él ha hecho todo el trabajo. Lleva varias semanas investigando las actividades de Porter.

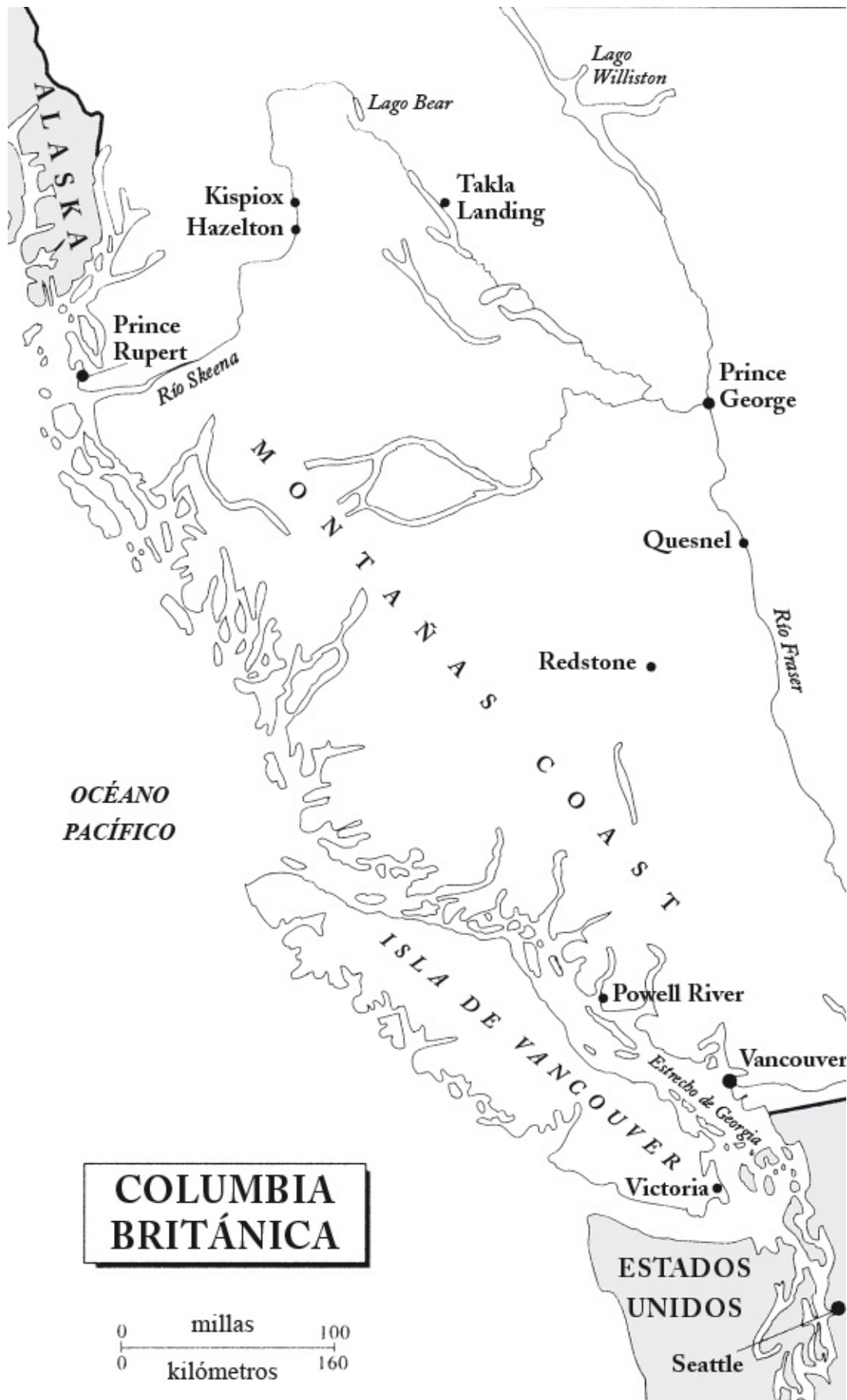
—¿Ha hablado con él? —le preguntó Lazenby al joven Walters.

—No, señor. Mis órdenes eran que no estableciera contacto.

—El contacto lo establecerás tú, George —le dijo Hendricks—. Es una persona muy desconfiada y siente una profunda fobia hacia nosotros, probablemente justificada. Su obsesión étnica es muy amplia, y llevamos mucho tiempo observándolo. Ha estado agitando a un montón de grupos minoritarios, incluso en Estados Unidos. Pero ahora ha cogido vacaciones y se ha relajado. Lo mejor es acercarse a él y hablarle sin rodeos. Dile lo que sabes, y esperemos que te escuche.

Lazenby cerró los ojos. La idea de «establecer contacto» con un indio desconfiado que estaba a ochocientos kilómetros de allí, en los bosques de Canadá, era tan surrealista como las demás cosas que le habían ocurrido aquel día. Sin embargo, aún no sentía que hubiera aterrizado. Una parte de él parecía estar todavía flotando entre el Atlántico y las Rocosas.

—De acuerdo. Sí, muy bien —respondió.



De modo que al día siguiente volvió a despegar, esta vez a bordo de una avioneta, con

rumbo al norte.

Abajo iban pasando borrosamente una sucesión de montañas, lagos y bosques, todo velado por la lluvia. Seguía lloviendo cuando llegaron a Hazelton, un aeropuerto pequeño y tristón, en el que no había mucha actividad. El transporte de Walters estaba aguardando, una furgoneta Toyota, y se apresuraron a subirse a ella. Durante un rato circularon por una carretera asfaltada, y después la abandonaron para tomar un antiguo sendero forestal por el que avanzaron dando bandazos y a trompicones. Por todas partes se veían densas arboledas de píceas y abetos empapados por la lluvia, así como una gran cantidad de troncos desprovistos de ramas y apilados en montones cuadrados, que brillaban sombríos a la débil luz.

Cuando llegaron a Kispiox, descubrieron que no era un sitio mucho más alegre. El poblado indio ocupaba todo un claro sembrado de postes de tótem y casitas de madera, también había una iglesia, de madera y pintada de blanco. Por todas partes se veían cuerdas para tender la ropa, de las que colgaban las prendas como si fueran señales de peligro en medio del aguacero. Aparte de unas cuantas camionetas destartadas, no vieron más signos de vida.

La oficina de correos daba la impresión de ser una tienda en la que se vendía un poco de todo. No había nadie, a excepción de un viejo que fumaba en pipa sentado en una mecedora.

—Hola —dijo, escrutando a los recién llegados—. Usted es el tipo ese de Rupert... Jackson, ¿verdad?

—Exacto —contestó Walters en tono amistoso—. ¿Cómo le va? Llamé ayer por la tarde y me dijo que Johnny vendría hoy por aquí.

—¡Ah, sí, mierda! —exclamó el viejo. Y se sacó la pipa de la boca—. Se me ha olvidado. Debería haberle dicho que vendría usted. Me lo apunté para acordarme, pero se me ha olvidado completamente.

—¿Ya ha venido? —preguntó Walters.

—Ha llamado por teléfono hará un par de horas. Está en el Takla, por lo visto lleva unos días allí. Vaya, lo siento mucho. Lo he tenido justo al teléfono... —añadió el viejo—. Ha venido usted expresamente desde Rupert, ¿verdad?

—Desde Hazelton. ¿Le ha dicho cuánto tiempo va a quedarse en el Takla?

—Bueno, quería que le enviase allí el correo, y eso tarda dos días. Porque tiene que llegar hasta Takla Landing.

—¿Dónde está Takla Landing? —preguntó Lazenby.

Walters estaba jugueteando con su bigote.

—A unos ochenta kilómetros de aquí —dijo—. Puede que a unos noventa.

—Está más bien a cien —replicó el viejo, que observaba a Lazenby—. ¿Es usted inglés, amigo?

—Sí —respondió él.

—Ya me lo parecía. Me alegro de conocerlo.

Le tendió la mano y Lazenby se la estrechó, y por primera vez se percató de que

era indio. Su rostro, de fuerte osamenta, mostraba una expresión bastante alegre, más que las facciones serias de Porter que recordaba. De repente cayó en la cuenta de que se acordaba bastante bien de la cara de Porter.

—Es una lástima que hayan venido adrede —continuó el viejo indio—. Aun así, si se alojan en Hazelton... a lo mejor podría llamar a Johnny de su parte y dejarle un mensaje. Ya que se me ha olvidado hacerlo esta mañana.

—No, no se preocupe —dijo Walters—. Se aloja en Takla Landing, ¿verdad?

—No, no se aloja allí. El correo se le envía a Takla Landing, pero luego va en hidroavión hasta Bear, donde está Johnny. Ha dicho que se lo enviáramos todo a Noreen's.

—¿Qué es Noreen's?

—Está en el extremo norte de Bear. Me refiero al lago Brown Bear. La única forma de llegar es en hidroavión. De verdad que no tengo ningún problema en llamar por teléfono, es dinero del Gobierno —dijo el viejo con alegría.

—¿Es una explotación forestal? —preguntó Walters, sin entender nada.

—No, Noreen's es el albergue que tiene Noreen junto al lago —contestó el viejo, divertido—. Tiene cerveza, sirve comidas y hay algunas camas para los que van allí a pescar. No me cuesta nada llamar y decir que han pasado ustedes por aquí —repitió—. ¿Cómo ha dicho que se llama usted?

—Él es el señor Brown —respondió Walters—, pero no merece la pena mencionarlo, él sólo quería visitar Kispiox.

—Pues no hay nada que ver, con esta lluvia. Lleva varios días lloviendo —explicó el indio—. Pero en Bear por lo visto no llueve, eso es lo que ha dicho Johnny. Me parece que ha ido a cazar y a pescar. Bueno, ¿hay algo más que pueda hacer por ustedes?

—Sí, podría darme esa nota que ha escrito, para que no se haga un lío —dijo Walters.

El indio cogió la nota, que estaba detrás de la caja registradora, se la dio y volvieron a salir al aguacero para dirigirse al Takla.

El Takla era una consecución de lagos y ríos conectados entre sí, que se extendía a lo largo de doscientos cincuenta kilómetros, y Takla Landing se encontraba más o menos a la mitad. Dejaron al piloto esperando allí con la avioneta y alquilaron un hidroavión. El lago Bear se hallaba a otra media hora de vuelo.

Todavía no eran las dos cuando aterrizaron en las sombrías aguas. Por todos lados se veían árboles, que se erguían formando una pared en torno al lago. Avanzaron por una pequeña entrada que conducía al muelle y, cuando se apagó el motor, el silencio se hizo opresivo. Allí nada hacía ruido y todo era gris, pero, tal como les había dicho el viejo indio, no llovía.

—¿Cuándo quieren que venga a recogerlos? —preguntó el piloto.

—No lo sé —respondió Walters. Pensó unos instantes y añadió—: ¿Tiene mucho trabajo en esta época del año?

—Bueno, la pesca está aumentando. Se capturan piezas muy grandes y por eso está llegando gente. Podría esperarlos un rato, si quieren, hasta que vean si Noreen tiene sitio para ustedes. Su establecimiento es ese de ahí, el del humo, el que se ve entre los árboles. Pero también hay otros.

—Muy bien, gracias. Dejamos aquí las bolsas —dijo Walters, y ayudó a Lazenby a apearse.

El aire estaba cargado y caminaron entre los árboles apartando las nubes de mosquitos. Pero no tuvieron que recorrer mucho trecho. Noreen's era una estructura de madera destartada, provista de un porche amplio y con tela metálica para los insectos en puertas y ventanas. La recepción estaba oscura y vacía y Walters tocó el timbre del mostrador.

Apareció una mujer que dedujeron que era Noreen, de figura redondeada y agradable, vestida con un mono y frotándose el cabello con una toalla. Les dijo que tenía sitio para ellos, siempre y cuando no les importase dormir juntos.

Walters salió a buscar el equipaje, mientras Lazenby, con cierto recelo, se dejaba guiar hasta el cuarto en el que iban a alojarse. Descubrió aliviado que por lo menos las camas estaban en lados contrarios de la habitación, que era espaciosa y estaba forrada de madera de cedro.

—Hay armarios de sobra —dijo Noreen—. Ese de ahí es para guardar aparejos, pero nada que huelga mal; para eso está el cuarto de la pesca. ¿Así que vienen ustedes de Inglaterra?

Lazenby dijo que sí y le preguntó si allí se alojaba un tal doctor Porter.

—¿Se refiere a Johnny Porter? —quiso saber Noreen, mirándolo con curiosidad—. No, no se aloja aquí. ¿Lo están buscando?

A Lazenby se le cayó el alma a los pies. Se dio cuenta de que, al parecer, Porter no estaba en ninguna parte. Aquella sombra esquiva se hallaba siempre en otro sitio. De nuevo sintió que lo invadía el agotamiento. Sólo en lo que llevaba de día había despegado y aterrizado tres veces, y aún había tarde de sobra para perseguir a aquel fantasma por los alrededores del lago. Eso si no fuera porque, tal como anunció el rugido que se oyó en el exterior, el hidroavión acababa de despegar.

Estaba explicando a Noreen el asunto del correo, cuando Walters volvió con el equipaje. A la mujer se le iluminó el semblante.

—Bueno, si así lo ha pedido él —respondió ella—, será porque tiene pensado venir por aquí. Es algo que suele hacer, lo de pedir que le manden aquí el correo. A mí no me importa, Johnny es un tipo simpático cuando se lo conoce. ¿Usted lo conoce bien, señor...?

—Lazenby —dijo el inglés en tono firme—. Profesor Lazenby.

Había visto que Walters abría la boca, lo de «señor Brown» no le había gustado.

—Es un honor tenerlos con nosotros —respondió Noreen, pero su mirada estaba

clavada en el equipaje—. ¿Tienen pensado salir de pesca?

—En esta ocasión, no —contestó Walters—. El profesor sólo quiere ver a Johnny... por asuntos de la universidad.

—Pues por el correo no vendrá hasta que se haga de noche. O mañana quizá. ¿Quieren que les prepare algo de comer?

Almorzaron con el ánimo un tanto abatido y a continuación Lazenby se echó una siesta, tras la cual se despertó bastante más animado. Noreen le había dicho que, si le gustaba pescar, al día siguiente podía coger una caña y un bote. Le parecía una forma tan sensata de matar el tiempo hasta que apareciese Porter que salió lleno de energía a explorar el lago.

Llegaron unas pocas barcas antes de que se hiciera de noche y los espléndidos ejemplares que traían a bordo le levantaron aún más el ánimo. Eran piezas enormes, truchas, otras especies propias de la zona y también truchas arcoíris gigantescas, las más grandes que había visto nunca. Como era natural, en aquellas aguas de interior no podía haber salmones, pero, decididamente, las cosas estaban mejorando.

Y mejoraron hasta tal punto que, cuando se sentó en un rincón del bar para tomarse una copa de jerez, mientras Walters se iba discretamente a jugar al billar, vio que en aquella singular localidad sí había salmones. Unos salmones raros, pequeños, de los que viven en los lagos. Eran un tipo de salmón rojo, no cabía duda. Sí, eso eran, salmones rojos. Hojeó todas las revistas de pesca. Truchas arcoíris de más de veinte kilos. A saber cuánto llegarían a pesar los salmones rojos. Cebos de señuelo, de mosca... Las moscas también le parecieron muy interesantes. Eran variantes de las que había utilizado él en el río Spey, pero además había otras con las que se podían obtener resultados todavía mejores. Vio unas llamadas Mickey Finn y otras Goofus Bug, «Buenas flotando, mortales en aguas rápidas». Las aguas más rápidas eran las del Spey. Tomó nota del proveedor de las Goofus, y estaba intentando ver mejor la ilustración, cuando de pronto oyó una voz que le decía al oído:

—¿Ha preguntado por mí?

Se le derramó el jerez.

Una cara semejante a las que aparecían en aquellos tótems lo miraba fijamente.

De pómulos altos y planos, lo miraba sin sonreír. La larga figura estaba inclinada hacia él y terminaba en unas botas de caza en un extremo y una cabellera brillante y peinada hacia atrás en el otro. El ancho rostro ahora lucía un bigote.

—¿Cuervo? —dijo Lazenby con voz débil.

—Hola, Ricitos de Oro —contestó él, respondiendo a otra vieja pregunta.

Era más alto de lo que recordaba Lazenby, y bastante menos hablador. En realidad era un tipo muy silencioso: de rostro grave, sereno, sumamente reservado. Cenaron juntos y Lazenby aprovechó el rato para hacer una valoración de él.

Aquel joven toro de los años setenta que miraba fijamente a los ojos había desaparecido. Ya no llevaba flequillo y tampoco el casquete de pelo. Ahora se lo peinaba hacia atrás, lo cual alargaba y daba sobriedad al rostro, y de la nuca le colgaba una corta y austera trenza. Tan sólo el bigote parecía añadir un toque de normalidad al semblante.

Lazenby empezó preguntándole si había vuelto a ver a Rogachev y él le respondió que sí. Había vuelto a verlo y había hablado con él dos noches seguidas, en las que estuvieron charlando sin parar. En una misma visita, muchos años atrás. Pero después de eso no había vuelto a tener más contacto con él. Aun así, no mostró sorpresa alguna cuando Lazenby le contó la historia, y tampoco hizo ningún comentario cuando terminó.

El profesor dejó pasar unos instantes mientras masticaba.

—¿Te gustaría preguntarme algo? —le dijo.

El indio se quedó mirando su tenedor lleno de comida.

—Bueno, él me comentó que me parecía a los siberianos. Supongo que por eso quiere que sea yo quien vaya, ¿no?

—Por eso y por otras de tus cualidades. Pero sí, diría que sí.

—¿Y cómo supone que voy a llegar allí?

—Ese tipo, Walters, es el que lo sabe todo. Pertenece a la CIA.

—Ya. Y esos... mensajes, ¿aún los guardas?

—No. Pero Walters tiene copia de ellos, creo. ¿Quieres conocerlo?

El indio examinó de nuevo su tenedor y luego se lo metió en la boca.

—Sí, quiero conocerlo —dijo.

Walters estaba cenando con una bandeja en la habitación. Enseguida se levantó para que lo presentasen y aseguró que conocer a Porter era un verdadero honor.

El indio se limitó a estrecharle la mano y no dijo nada.

—Bien —dijo Walters, al tiempo que tomaban asiento—, supongo que ya sabe por qué estamos aquí. ¿Cuál es su opinión?

El indio sacó una bolsita de tabaco y se lio un cigarrillo.

—¿Es usted el encargado de la logística? —preguntó cortésmente.

—No, señor. Yo estoy aquí en calidad de acompañante, y con mucho gusto seguiré desempeñando ese papel para usted. Pero puedo responder a cualquier pregunta de carácter general que desee formular.

Porter encendió el cigarrillo.

—Tiene varios mensajes para mí —dijo.

Walters metió una mano en un bolsillo interior de la chaqueta y sacó un sobre.

Estaba cerrado con un sello de cera. El indio no se molestó en despegar el sello, sino que metió el dedo pulgar por debajo de la solapa y rasgó el borde superior del sobre. Dentro había dos hojas de papel marcadas como A y B. Leyó una y luego otra y comenzó a soltar despacio el humo por la boca. Después volvió a leerlas y al fin se las guardó con mucho cuidado en el bolsillo. Su expresión no se había alterado lo más mínimo.

—¿Usted sabe adónde se supone que debo ir? —preguntó.

—Sí, señor, lo sé.

—¿Y sabe cómo puedo llegar hasta allí?

—Sí, señor. También lo sé.

—Pues dígamelo —le pidió Porter.

Walters miró a Lazenby.

—No sé si usted tiene autorización para escuchar esto, señor —le dijo.

—En absoluto, estoy seguro —contestó Lazenby precipitadamente, y se apresuró a dejarlos solos.

En la habitación, Porter escuchó el plan fumando todo el rato. Cuando Walters terminó, él siguió fumando.

—¿Hay algo más que quiera saber, señor? —preguntó Walters al cabo de un momento.

—No me ha contado cómo van a trasladarme hasta allí —contestó Porter.

—Esa parte no está decidida todavía.

—Ni me ha dicho cómo voy a regresar.

—Eso tampoco se ha establecido. Obviamente, no será de la misma manera que durante el viaje de ida. Pero se dispondrán una serie de opciones y usted contará con refuerzos.

—¿Qué refuerzos?

—Operativos sobre el terreno. No tiene que preocuparse por eso. Yo lo acompañaré durante el entrenamiento y le aclararé todo lo que necesite, hasta el momento de su partida.

Porter apagó el cigarrillo.

—Se supone que soy un experto en esto —dijo—. Pero usted sabe que no lo he hecho nunca.

—Sí, señor, lo sé. Pero en el campamento terminará haciéndolo con los ojos cerrados.

—Necesitaría saber de qué zona se trata. Si allí nunca ha ido nadie, ¿cómo voy a hacer para averiguarlo?

—Lo único que puedo decir es que si no consigue averiguarlo, no irá. Eso se aplica a todas las fases de esta operación. Si usted siente que no va a ser capaz de hacerlo, puede interrumpirlo todo, pero antes de llegar al punto de entrega. Porque a partir de entonces estará usted solo.

—¿Y qué pasa con los refuerzos?

—A partir de ese punto no habrá refuerzos... Pero puedo asegurarle que sólo podrá entrar en ese sitio si se siente totalmente como en casa.

—Con un apartamento propio.

—Sí, señor.

—¿Sólo tendré que introducir la llave y entrar?

—Exacto.

—¿En esa zona cerrada a la que nunca ha ido nadie?

—Así es.

—¿Y qué dicen los vecinos?

—Ya recibirá información acerca de los vecinos. Estamos en ello.

Porter reflexionó unos instantes.

—¿Qué información hay sobre ese lugar?

—La estamos recopilando. ¿Hay algo especial que desee saber?

—Claro, la jerga, el dialecto. Las cosas de las que se habla allí. Conocer la lengua no lo es todo.

—De acuerdo. —Walters sacó una libreta pequeña y tomó nota—. Intentaré conseguirlo.

—¿Intentará conseguirlo tratándose de un zona cerrada como esa?

—Así es.

Porter sacó de nuevo su bolsa de tabaco.

—¿Qué operativos están destacados allí? —preguntó.

Walters sonrió.

—Aunque lo supiera, señor —respondió—, no podría decírselo. Sabe lo que tiene que saber. Así se protege la operación, y también a usted.

Porter lio despacio un cigarrillo.

—Verá —dijo—, no creo que sin mí tengan ustedes ninguna operación.

—Exacto, señor, así es.

Lo encendió.

—¿Y por qué a finales de agosto? —preguntó.

—Porque esa es la fecha que se ha decidido para situarlo a usted en la posición y el momento adecuados. El programa es muy preciso. Después de esa fecha ya no merece la pena llevarlo a usted hasta allí.

—¿Por qué quieren hacerlo?

Walters volvió a sonreír.

—Señor, yo desconozco el objetivo de esta misión. No me han autorizado a ver los papeles que usted tiene. Pero sí sé que somos los únicos que podemos llevarlo hasta allí. Sin embargo, mis órdenes son que no debo presionarlo de ningún modo. Sólo irá si desea ir. Pero, en tal caso, tengo que saberlo enseguida. ¿Estaría disponible de inmediato?

—No. Tengo asuntos pendientes en Prince George —contestó Porter—. Estaré allí... puede que hasta dentro de diez días, contando desde hoy.

—Eso es demasiado tiempo —dijo Walters.

—Pues qué lástima.

—¿No puede dejarlo todo sin más? No tenemos ese margen, en serio.

—No puedo dejarlo... pero quizá sí pueda acortarlo un poco. —El indio reflexionó unos momentos—. Esas cosas que van ustedes a conseguirme, ¿cuándo las tendrían?

—Dentro de unos días seguramente. ¿Dónde se aloja?

—En la oficina de correos —contestó Porter.

Walters no hizo ningún comentario, pero tomó nota en su libreta.

—De acuerdo, entonces, ¿les digo que empiecen? —le preguntó.

El indio hizo una pausa.

—Antes quiero ver esas cosas —respondió—. Y, confírmemelo otra vez, ¿me garantiza que podré abandonar en cualquier momento?

—Se lo garantizo.

—¿Sin que nadie me presione, sin que nadie cuente cosas falsas de mí donde no corresponda?

Walters se guardó la libreta.

—Verá, señor —dijo—, ya sé que ha tenido problemas a raíz de los contactos previos que ha establecido con nosotros. Desde luego, a nosotros no nos interesa revelar nada.

—En este momento —observó Porter.

—En ningún momento. Tenemos otras relaciones de importancia crucial. Sería contraproducente intentarlo siquiera.

—Por lo que ambos sabemos.

—Así es. Sea como sea, gracias por esta reunión. Algo es algo —dijo Walters, sonriente.

—Claro —respondió Porter, y por primera vez le devolvió la sonrisa.

—Bueno, ¿qué opinas? —preguntó Lazenby.

Tenían la habitación para ellos solos y Porter estaba liándose otro cigarrillo con sumo cuidado.

—No lo sé. Es posible que me estén haciendo la cama.

—¿Cómo? ¿En qué sentido?

—No sé cómo, pero podría ser. —Dio una lengüetada al pitillo—. Supongo que ya sabrás que para los de ahí fuera soy un fastidio. A nuestro Gobierno le gustaría verme bien lejos, enterrado en la mierda. Pero ¿podría organizar algo como esto, con la inteligencia y los recursos de que dispone? Lo dudo. Ahora bien, la CIA ya es otra historia. Eso hace que me pregunte qué interés tienen ellos.

—Bueno —dijo Lazenby—, no creo que la CIA tenga ningún interés especial. Ya te he hecho un breve resumen de lo que ha sucedido, tal como lo he visto yo mismo.

—No lo has visto por ti mismo. —Porter encendió el cigarrillo—. Has visto lo que ellos te han enseñado. Todo ese lío de satélites, minas de lápices, bolígrafos, ¿lo has analizado tú personalmente?

—Es obvio que no.

—Exacto. Lo han analizado ellos. No te fíes de esos cabrones del Gobierno y de las agencias gubernamentales. Lo amañan todo, lo falsean.

—No estarás sugiriendo que alguien ha falseado este asunto.

—¿Por qué no?

—Entonces, ¿yo no recibí esos extraños papelitos de Rogachev?

—Alguien te envió esos extraños papelitos.

—Pues si no fue Rogachev, fue alguien que tenía el don de la clarividencia. Porque había detalles que era imposible que conociera nadie más, cosas que apenas recordaba yo mismo.

—¿Como lo de mear contra la pared?

—Sí, como eso. ¿Quién más podía saberlo?

—Mi compañero de habitación de Oxford, por ejemplo. Se lo conté al día siguiente. Era un investigador yanqui, con una beca Rhodes, que entró a trabajar en el Departamento de Estado de su país. ¿No podría él haberse acordado de aquella anécdota y habérsela pasado al Departamento de Espionaje?

Lazenby lo miró fijamente.

—¿Se lo contaste a alguien al día siguiente?

El indio expulsó una nube de humo y negó con la cabeza.

—No. No hay ningún yanqui. Me he limitado a poner un ejemplo, Ricitos de Oro. No debes fiarte de nadie, hay mucho cabrón por ahí suelto. ¿Te apetece un trago?

Se había sacado una petaca de gran tamaño del bolsillo de los vaqueros. Lazenby la observó con cautela.

—Está bien, si acaso uno corto. ¿Qué llevas ahí dentro?

—*Whisky*. —Sirvió un poco en los vasos de los cepillos de dientes—. Me tienen preparado un plan de lo más raro, Ricitos —dijo.

—No me lo cuentes, no quiero saberlo.

—De acuerdo. —Bebió un largo trago. A continuación, se sacó los dos papeles del bolsillo—. ¿Son estos los mensajes que te enseñaron a ti?

Lazenby examinó los papeles.

—Sí, los mismos.

—¿Qué creen ellos que significan?

—Pues... lo que están diciendo. Que es evidente que quien los envía cree tener algo importante y piensa que tú puedes llegar hasta él.

—¿Y ya está?

—¿Tú crees que significan otra cosa?

El indio se sirvió otro trago.

—Puede ser. Esos tipos son unos cabrones muy retorcidos, mucho —reiteró.

Lazenby observó cómo se bebía el *whisky*.

—Dime —empezó en tono suave—, ¿por qué supones que alguien iba a tomarse tantas molestias para meterte a ti en líos en un lugar tan remoto?

—¿Me estás pidiendo hipótesis? Muy bien —respondió Porter asintiendo con la cabeza—. Es posible que quieran tener a alguien allí. Pero nadie puede ir, así que se ponen a buscar en el ordenador... y bingo, resulta que yo sí puedo ir. Soy la persona ideal, tengo el físico adecuado y hablo el idioma. ¿Para qué? Sabe Dios para qué. ¿Para llevar algo, traer algo? La persona en cuestión ni se enteraría siquiera mientras lo estuviera haciendo.

Lazenby lo miró fijamente. Aquella locuacidad repentina, después de lo reservado que se había mostrado durante la cena, no llegaba a esconder del todo que en el fondo era una persona de pocas palabras. Todo él desprendía un aire de austeridad y recelo.

—Bueno —dijo, poniendo fin a la conversación—, ya te he dicho lo que he venido a decirte. Lo único que puedo añadir es que hubo un momento en que yo tampoco me lo creí del todo. Pero ahora ya sí.

—Ahora te lo crees a pies juntillas, ¿eh?

—Sí, desde luego.

—¿Tú irías?

—¿Yo? —Lazenby se lo quedó mirando—. Yo, no. Santo Dios, por nada del mundo.

Porter no dijo nada más. Ni siquiera lo miró; se quedó allí sentado fumando su cigarrillo. Cuando se lo terminó, se guardó la petaca, saludó con un gesto de la cabeza y se fue.

Y dos días más tarde, ya concluida su labor, también se marchó Lazenby, esta vez a su casa. Contempló con una satisfacción inmensa cómo iban quedando atrás, a novecientos kilómetros por hora, grandes porciones de la Columbia Británica.

No tenía ni idea de lo que había decidido hacer Porter. Era una persona muy complicada, difícil. Pensaba que lo engañaban, sospechaba de todo el mundo. Hasta de sí mismo, naturalmente. Por eso no iba a tomar una decisión precipitada.

En Prince George estaba lloviendo y la joven llegó empapada, con un paraguas que goteaba sin cesar y una bolsa de comestibles.

—Oh, por favor, ¿todavía estás viendo eso? —dijo.

Porter no había apartado la vista de la pantalla.

—Calla, este tipo está contando un chiste.

—Ya lo estaba contando cuando me he ido.

—Ese era otro.

—Pero ¿quién es ese idiota? ¿Por qué lo estás viendo?

—Porque es un idiota muy gracioso. Me cae bien.

El hombrecillo de la pantalla era realmente muy gracioso. Llevaba unas botas de piel de reno altas y les daba palmadas entre risas. Sus compañeros varones también se daban en las suyas. A las mujeres no se les veían las botas, pero iban todas con trajes muy complicados y eran igual de graciosas; iban peinadas con la raya en medio y tenían los ojos oscuros y chispeantes. Estaban participando en un programa de entrevistas.

—¿Ese idioma que hablan es esquimal o qué? —preguntó la chica.

—El idioma de los esquimales es el inuit. Y también se denomina inuit al pueblo. Pero esto no es inuit —dijo Porter.

La rubia de piernas largas era una antigua alumna suya, y debería haber reconocido aquel idioma. Es más, a esas alturas debería estar mejor informada todavía, puesto que estaba revisando un libro, el último que había escrito él, que hablaba de los inuit.

—Ve a darte ese baño —le dijo.

—Has dicho que ibas a acompañarme.

—Está bien.

De mala gana, Porter detuvo el vídeo. Contenía aproximadamente una veintena de grabaciones, fragmentos de informativos, entrevistas, charlas. Todo captado por satélite, claro. Con la cinta no había llegado ninguna información, sólo había recibido la cinta. Ya la había visto unas cuantas veces, y todavía tendría que verla varias más.

Buscó en su bolsillo y volvió a sacar los mensajes, que tantas veces había mirado, para compararlos, el uno al lado del otro.

Yo soy el que vive / todavía estoy vivo / en el país del norte / en oscuras aguas / en la naturaleza inhóspita donde aúlla el viento / ¿Por qué razón no me respondes? / He aquí las cosas nuevas que vengo a declarar / los ojos de todos / serán abiertos / Envíame, pues, al hombre / que entiende la ciencia / de todo ser viviente / Déjame oír tu voz respecto a esto / el primer día a medianoche / Voice of America. Muévete, calvo / ¿Cómo es que no lo comprendes? / Quiero a ese hombre / en mi morada / el que habla las lenguas de las familias del norte / el que orina contra la pared / Estaba escrito claramente al principio / yo habito / en oscuras aguas / Muéstrale todas mis palabras / y la gente ya no seguirá / en la oscuridad / ni, como los ciegos, / tropezará a plena luz del día / Apresúrate / Calvo.

¡Cómo era posible! ¿De verdad no se habían dado cuenta aquellos genios de la CIA? ¿O acaso lo habían fabricado ellos mismos? Seguía sin estar seguro. Aquellas frases iban dirigidas exclusivamente a él, sólo él sabría entenderlas. ¿Era posible que los de la CIA supieran de qué habían estado hablando?

No tenía claro lo que debía hacer. ¿Dejarlo todo y regresar al este, a Montreal? ¿O ir al sur para averiguar algo más en el campamento de entrenamiento que había mencionado aquel joven espía?

Se dirigió al cuarto de baño, con la chica, sin dejar de cavilar. Lo consultaría con la almohada y después decidiría. ¿Al este, al sur... adónde?

TRES

RUMBO NORTE-NOROESTE

El 28 de agosto, Porter llegó al aeropuerto de Narita, recogió su equipaje, pasó por Inmigración y Aduanas y bajó para coger el tren. Fuera lo estaba esperando un coche, como ya sabía, pero no tenía intención de subirse a él. El expreso del aeropuerto podía llevarlo a donde quisiera, que era la estación central de Tokio.

Llegó a las cinco, en plena hora punta. Era la segunda del día, cuando todo el mundo vuelve a casa, y se vio rodeado por el tumulto habitual. Tardó unos minutos en orientarse y en localizar el Lucky Strike. No era muy distinto de los demás negocios eficientes que había alrededor de la estación, pero estaba en una esquina y tenía dos entradas. Ese era su atractivo, se acordó de ese dato. Los otros no se acordarían.

—¿Cuántas noches? —le preguntó el empleado de Lucky Strike.

—No lo sé con seguridad, pongamos que cuatro.

—Si son cuatro, debe pagar cuatro por adelantado.

—Muy bien —dijo Porter, y le entregó una tarjeta de crédito.

El empleado la miró y le dio la vuelta.

—¿Es usted americano, australiano...? —preguntó. Antes le había hablado en japonés, despacio y levantando la voz.

—Canadiense.

—Ah, disculpe. Creía que era coreano —se excusó el empleado.

A Porter eso le gustó.

—Deme fichas para el teléfono. Diez. Se las pago ahora.

—Claro. Ser canadiense está bien —dijo el otro.

Le dio las fichas a Porter y este esperó a que pasara la tarjeta. Hacía mucho calor y mucha humedad, y estaba sudando bajo aquella enorme peluca. Se notaba la trenza muy apretada.

—¿Es que no funciona el aire acondicionado? —se quejó.

—Claro que sí, funciona todo. Pero hace que me resfríe, así que lo tengo apagado. Y si desea servicio —añadió—, va aparte.

—No deseo servicio.

—Muy bien. Habitación trescientos tres. El ascensor está al doblar esa esquina.

—¿Dónde está la escalera? —preguntó Porter.

—Pasado el ascensor, junto a la cafetería. Al doblar la esquina las verá.

Porter fue hacia allá y encontró la escalera, y también la cafetería. Y también la otra entrada. Tal como él la recordaba. Para entrar o salir de allí, no era necesario cruzar el vestíbulo.

Se saltó la escalera y subió hasta la 303 en el ascensor. Era un hotel eficiente de verdad. Cocina y ducha compactas. Cama europea, no un futón en el suelo. Muebles normales. Teléfono. Encendió el aire acondicionado y llamó por teléfono. Acto seguido, deshizo el equipaje y se dio una ducha. Cuando estaba dentro se quitó la

peluca.

Estaba descansando, envuelto en una toalla y con la peluca de nuevo puesta, cuando de pronto llamaron a la puerta.

—Discúlpeme —murmuró un japonés. Era un individuo de aspecto pulcro, llevaba gafas con montura de pasta y un maletín—. No sé si me habré equivocado. Estoy buscando a un tal señor Peterson.

—Sí, pase —respondió Porter.

Los dos hablaban en japonés.

El recién llegado entró con mucha cautela.

—¿Le apetece un *whisky*? —le preguntó Porter, que ya estaba tomándose una copa.

El otro no contestó. Recorrió la habitación con la mirada y examinó a Porter de arriba abajo.

—¿Tiene usted algo para mí? —dijo.

Porter cogió su chaqueta y sacó la carta. En ella James B. Peterson, de New Age Technology, Vancouver, se presentaba a la firma Makosha Microchip KK de Tokio.

El visitante la leyó detenidamente.

—¿Algún detalle más? ¿Algo más que tenga que decirle a Makosha?

—Bueno, mierda... —masculló Porter, pero le dio los detalles.

—Oiga —dijo el japonés con aspecto desconcertado—, lo hemos estado esperando con un coche en el aeropuerto. ¿Qué está haciendo aquí?

—Se me ha ocurrido sobre la marcha —respondió Porter.

—No ha sido buena idea. Nosotros no hacemos cambios.

—Lo recordaré —dijo él, y le entregó su vaso de *whisky*—. ¿Cómo se llama?

—Llámeme Yoshi. Y también cuando hablemos por teléfono. No diga nada de lo que ha dicho antes.

—De acuerdo —contestó Porter—. ¿Qué me ha traído?

Yoshi estaba paseando la mirada por la habitación.

—No puede alojarse aquí —insistió—. Tenemos un sitio para usted, debe esperar en ese sitio. He traído material, pero no puedo dejarlo aquí.

—Enséñeme lo que tiene —le pidió Porter.

Yoshi abrió el maletín y sacó un pasaporte y una libreta de cobro de marinero. Ambos eran de Corea del Sur y estaban a nombre de un tal Sung Won Choo. Porter les echó un vistazo; estaban muy manoseados y grasientos. Su fotografía era ligeramente distinta en uno y otra, pero siempre se veía al mismo marinero de ojos saltones, mirada fija y bigote poblado. En una aparecía con la trenza echada sobre el hombro y en la otra la llevaba recogida en un moño.

—¿Y los planos del barco? —preguntó.

Yoshi sacó del maletín un radiotransistor y lo encendió.

—No los necesita —contestó, haciéndose oír por encima del sonido de la radio—. Hay material mejor. Le está esperando en el sitio donde debería estar usted.

—¿Dónde está el barco?

—En Nagasaki. Todavía en dique seco.

—¿Cuándo está previsto que zarpe?

—El día treinta y uno. Será informado de todo eso.

—Eso me da sólo dos días de margen.

—No lo esperan hasta dentro de una semana. Recibirá instrucciones. Tenemos que ceñirnos a los planes.

—Está bien —dijo Porter.

Sacó un cigarrillo y le ofreció el paquete a Yoshi.

—No debería, no es bueno para la salud —dijo el japonés.

Sin embargo, cogió un pitillo y, al poco, expulsaba una nube de humo.

—¿Cuál es el itinerario programado? —quiso saber Porter.

—No lo necesita —repitió Yoshi por encima del estruendo de la radio—. Aquí no. Además, no está acabado.

—¿Qué es lo que tiene?

Yoshi dejó el cigarrillo y sacó un mapa. Llevaba pegado un papel escrito en japonés. Abrió el plano y se lo apoyó en una rodilla.

—¿Conoce la costa occidental?

—No.

—Claro, las líneas internacionales no la frecuentan mucho. Pero esta naviera es barata, se dedica a negocios baratos. Esto es Nagasaki —añadió Yoshi, poniendo un dedo encima—. Y aquí está Niigata, la primera escala, unas setecientas millas más al norte. En Niigata el barco carga y descarga.

—¿Qué carga?

Yoshi apretó un poco los dientes, pero consultó el papel.

—Carretillas elevadoras, maquinaria agrícola, patines —contestó—. Los patines son para Gotemburgo y Róterdam, el resto va a Múrmansk.

—¿En contenedores?

—Sí.

—¿Como cargamento que viaja en cubierta?

Yoshi parpadeó.

—La operación de carga aún no ha finalizado —dijo.

Porter lo observó con atención. Era el individuo con el que tenía que tratar y le habían dicho que era buena persona, pero eso Yoshi no lo sabía. Habría otras cosas que no sabría, por eso Porter estaba en el Lucky Strike.

—De acuerdo —dijo—. ¿Y qué descarga?

—Lana. El barco está llegando ya. Va y viene de Australia. Deja parte de la lana en Nagasaki y los buques auxiliares la reparten. Como este. En Niigata, en primer lugar.

—La lana va en fardos.

—Así es, en fardos —dijo Yoshi, consultando sus papeles.

—¿Ese barco transporta mercancía en fardos además de en contenedores?

—Transporta de todo. Es un carguero. Va a lugares a los que no van otros — replicó Yoshi.

Porter reflexionó sobre ese punto.

—De acuerdo, así que Niigata. ¿Y después?

—Después Otaru, un puerto que se encuentra en la isla de Hokkaido. Lo mismo, carga y descarga. Y luego se reabastece de combustible. Es la última escala que hace en Japón. Deja el resto de la lana y después zarpa en dirección al estrecho de Bering y el Ártico.

—¿Cuál es la fecha prevista para que llegue allí?

—Nagasaki-Múrmansk son veintiocho días a la velocidad a la que navegan ellos. Van despacio, porque sale más barato. Pero calculan un poco más de margen para posibles rodeos y retrasos. Lo único seguro es que estarán en Múrmansk la primera semana de octubre. A partir de ahí existen muchas posibilidades de que se queden bloqueados por el hielo.

—¿Y qué me dice de Cabo Verde?

—No sé nada de Cabo Verde. Todavía no hay ningún flete, pero aún podría haberlo. Los rusos siempre lo dejan todo para el final. De todos modos, no sería la última palabra.

Y a continuación se lo explicó. Al rodear el estrecho, el barco notificaría por radio que habían llegado a aguas rusas, y los rusos a su vez les comunicarían por radio si querían que se detuvieran.

—¿Que nos detengamos por qué?

—Por la pesca. Tienen un pequeño acuerdo con Múrmansk.

Múrmansk no estaba en el mapa, pero Yoshi señaló su ubicación aproximada.

—Está por aquí. En esa época del año no hay muchos barcos que pasen por esa zona, todo el tráfico está al otro lado, en el Pacífico. Puede que el vuestro sea el último barco de la temporada, de modo que lo aceptarán.

—¿Y si no lo hacen?

Yoshi expulsó dos columnas de humo por las fosas nasales de su nariz achatada.

—Si no lo aceptan, hay un plan —respondió—. Y si lo aceptan, también hay un plan. Ya se lo irán explicando.

—¿Dónde debo subir al barco?

—En Otaru. Todo ocurrirá muy rápido, para que no haya tiempo de que se entere nadie. De hecho, no quieren que se entere nadie.

—¿Por qué?

—No. Basta —lo cortó Yoshi. Su pequeña nariz y las gafas de pasta hacían que pareciera un gato con malas pulgas—. Le quedan muchos detalles por conocer, pero aquí no. Ya los conocerá en el sitio que le han preparado. Debe permanecer allí, oculto, hasta que llegue el momento de trasladarse.

Porter asintió con la cabeza.

—Yoshi —dijo—, ¿sabe usted qué tengo que hacer en Cabo Verde?

—No. Yo no tengo que saberlo —contestó el hombre.

—No es tan saludable como fumar.

—¿Y?

—El que va a ir soy yo, no usted.

—Si usted no se ciñe al plan, es posible que no pueda ir.

—Si el plan no me gusta —replicó Porter—, no iré.

Yoshi lo miró fijamente y parpadeó despacio.

—¿Qué tiene de malo el plan? —dijo.

—No lo sé —contestó Porter—. Ya lo averiguaré en Nagasaki.

—¿De qué está hablado? —preguntó Yoshi, de repente con la mandíbula descolgada y el parpadeo acelerado—. Acabo de decirle que subirá al barco en Otaru. No puede ir a Nagasaki. No puede ir a ningún sitio, tiene que permanecer escondido. Si hay algo que quiera saber, lo averiguaremos. ¿Qué que quiere saber?

—¿Qué equipos van a ir a bordo del barco?

—¿Qué equipos? Tengo un hombre que conoce los equipos, que conoce el barco. Él se lo explicará todo. Está todo previsto. ¡Se lo aseguro!

—¿Ese hombre ha estado en el barco durante las reparaciones en tierra?

—No tiene necesidad de subir al barco. Es un... un profesional, sabe de esas cosas. No se lo puedo contar aquí, ¡es confidencial! —gritó el japonés para hacerse oír por encima del ruido de la radio.

—Yoshi, sé que esos barcos tienen la peor tasa de accidentes del mundo, y que a los nuevos contratados les dan los peores trabajos. Si no llego a destino entero, de una pieza, no merece la pena que vaya. Tengo que saber los detalles. ¿Lo entiende?

—Lo entiendo —dijo el otro con cara de preocupación—. Pero de todos modos no puede usted entrar en el astillero. Ya lo hemos intentado nosotros, para obtener información, y al final hemos tenido que conseguirla de los consignatarios de los buques. Es un astillero privado, muy seguro, no dejan entrar a nadie.

—Sin embargo, tienen que dejar salir. ¿Qué astillero es?

Yoshi consultó su papel.

—Takeshuma. Está al otro lado de la bahía, cerca de Mitsubishi.

—Sé dónde está Mitsubishi, se ve desde la colina. ¿A qué distancia queda?

—No lo sé —dijo Yoshi. Se quitó las gafas y se las volvió a poner—. Mire, venga conmigo y lo entenderá. Deje aquí las maletas si quiere. Ya se las enviarán. Haga eso por el momento.

Pero Porter no quería hacerlo. Dijo que quería descansar y después echar un vistazo a los planos y a la documentación. Yoshi no quiso separarse de esta última, pero accedió de mala gana a dejarle los planos. Los desplegó y, con ayuda de unas tijeras, cortó con cuidado la franja inferior, en la que figuraban la fecha y los datos de cómo se habían elaborado. A continuación recortó también la franja superior.

En ella se indicaba el nombre del barco, el *Suzaku Maru*.

Cuando se despertó, llovía a mares.

Estaba todo muy oscuro y en la habitación hacía mucho frío a causa del aire acondicionado. Se dio una ducha caliente y bajó a la cafetería. Pero la encontró cerrada, de modo que cruzó la calle para entrar en la estación, donde había multitud de pequeños cafés abiertos.

Había dejado de llover, sin embargo persistían la humedad y el calor, ahora iluminados por las luces de neón, que se reflejaban en los charcos y proyectaban un resplandor rojizo sobre la ciudad. La estación seguía estando abarrotada y las calles atascadas por el ruidoso tráfico. Encontró un bar de *sushi* y, pensativo, se sentó a comer.

Sus conocimientos de japonés le servirían de sobra. A lo largo de los años había estado entrando y saliendo de Japón, la última vez visitó la isla de Hokkaido, donde ahora tenía que coger el barco. En aquella ocasión también aprendió algo de ainu, el idioma de los aborígenes que quedaban en esa zona.

Japonés sí, pero coreano no. Y en el barco iba a necesitar saber coreano. Había repasado un poco en el campamento y le habían preparado unas clases adicionales allí, pero lo que lo preocupaba era el barco. Cuando Yoshi recortó la información de los planos, alcanzó a leer la fecha. Tenían treinta y cinco años de antigüedad.

Volvió a la habitación y se puso a estudiarlos de todas formas.

Vio que no estaban pensados para cargar contenedores. Treinta y cinco años atrás aquel barco no llevaba contenedores, aunque era evidente que en la actualidad sí. ¿Y qué ocurría con el equipamiento de cubierta: grúas, poleas, cabrestantes? Pues que eran maquinaria vieja, sin duda, y a esas alturas se habrían vuelto peligrosas. Un barco que «iba a sitios a los que no iban otros» agotaba al máximo sus máquinas elevadoras, que se desgastaban rápidamente. Una naviera como esa buscaría un taller de reparaciones barato o sustituiría las máquinas averiadas por material de desguace. En cualquier caso, esas máquinas no estarían donde los planos decían que debían estar, ahora que se había habilitado espacio para los contenedores.

Examinó los planos a fondo, memorizando cuál era el equipo y su ubicación. Lo estuvo haciendo hasta las dos de la madrugada, cuando se le empezaron a cerrar los ojos, y después llamó de nuevo al número de Yoshi. El teléfono sonó largo rato y de repente respondió una voz de mujer que parecía muy enfadada, casi escandalizada. Dejó un mensaje para Yoshi y se fue a la cama.

La Sociedad Teosófica de Asia Oriental tenía un pequeño patio recoleto y muy bonito, al que se llegaba por una larga calle que terminaba en un pasaje y unas puertas de madera maciza. Las puertas se abrieron sin hacer ruido después de que Yoshi accionase su mando a distancia y recibiese como respuesta otro pitido.

Un anciano de baja estatura, que empuñaba un rastrillo, se los quedó mirando cuando el coche entró y se paró. Yoshi lo saludó con un gesto de la cabeza al tiempo que se apeaba del vehículo y el anciano le devolvió el saludo. Llevaba un sombrero de paja en forma de cono y estaba trazando líneas en un jardín de arena. Además del rastrillo, sostenía en la mano el aparato electrónico con el que había abierto las puertas.

Hacía una mañana plomiza y gris, y para llegar hasta allí habían tenido que pasar más de una hora recorriendo calles secundarias. Cuando se salía del centro, aquella próspera ciudad se sumergía de repente en el tercer mundo: pocas aceras y calzadas llenas de charcos. La zona donde estaban ahora parecía más salubre, pero aun así era una maraña de cobertizos, fábricas y pequeños bloques de apartamentos.

La Sociedad Teosófica estaba ubicada entre una biblioteca y un taller con tejado de chapa. Pero una vez traspasadas las puertas, era otro mundo. Había una fuente, y también un estanque en el que nadaban carpas.

—¿Le gusta este sitio? —le preguntó Yoshi.

Porter miró a su alrededor y asintió con la cabeza.

La casa era un edificio de aleros amplios, a todas luces antiguo, y estaba cubierto por una elegante enredadera que rodeaba el patio por los cuatro costados, así como el pasaje y las puertas que lo cerraban.

—Aquí trabajará bien, podrá concentrarse —le dijo Yoshi—. Y podrá descansar en el jardín. Esta es Machiko —añadió, cuando en la puerta apareció una joven con gafas, de semblante serio y vestida con un chándal.

—Ya hemos hablado —dijo ella—. Por teléfono. A las dos de la madrugada.

—Sí. Lo siento mucho —se disculpó Porter.

—No pasa nada. Es que me gusta salir a correr por la mañana temprano. Y hoy no he corrido mucho precisamente.

Parecía una niña japonesa, con el cabello negro cortado en forma de casquete. Pero no era una niña. Y lo que hablaba tampoco era japonés, sino canadiense puro.

—Sabe imitar toda clase de entonaciones. Le enseñará coreano regional —le explicó Yoshi—. Y también lo ayudará en su leyenda. Trabjará en ello con Machiko.

—¿Qué tienen aquí para mí? —preguntó Porter.

—Ya lo verá después de desayunar.

—Quizá sea mejor que lo vea ahora —replicó él.

—Está bien. Ya nos veremos luego —le dijo Yoshi a la chica, y se llevó a Porter al interior de la casa.

Esta era un laberinto de pasillos en los que flotaba un leve olor a incienso.

—Procede de los muros —le comentó Yoshi—. Durante mucho tiempo, aquí vivieron religiosos.

Las paredes eran de un yeso basto, y de ellas colgaban lámparas de aceite hechas de latón, pero que en la actualidad tenían bombillas eléctricas. Doblaron un recodo y después otro y subieron un tramo de escalera hasta llegar a una habitación que, según todos los indicios, estaba situada encima de la entrada del pasaje. Yoshi abrió la puerta con una llave, encendió la luz y volvió a cerrar con la misma llave.

El cuarto parecía una celda y tenía una única ventana con postigos, una mesa y dos sillas. El suelo estaba cubierto por un tatami. En la mesa había una maqueta del barco, de un metro de largo y pintada en colores vivos.

—Luego vendrá el hombre y se lo explicará todo —dijo Yoshi—. Es un constructor de barcos que trabaja para el Gobierno. —Abrió uno de los costados de la maqueta y dejó al descubierto el interior del buque—. ¿Ve lo bien hecho que está? Es mejor que ningún plano.

—Sí —coincidió Porter.

La maqueta era muy buena, con unos acabados impecables, y estaba mucho más nueva de lo que debía de estar el original.

Observó el interior. Había dos huecos para apilar contenedores en vertical. En ellos se habían colocado unos contenedores diminutos y Porter los movió arriba y abajo.

—¿Cuándo se ha incluido esto? —preguntó.

—Hace doce años. Fue una obra importante. El hombre se lo explicará todo.

Tenía sentido que hubiera sido hacía diez o doce años. En aquel momento la inversión merecía la pena. Desde entonces no se habrían gastado mucho más, sobre todo en la maquinaria de cubierta. Vio que esta estaba en el mismo lugar que en los planos: cosa que resultaba imposible, dado que se habían hecho los huecos para los contenedores. El que había confeccionado aquella maqueta no se había preocupado de representar la cubierta del barco sino el interior, que era muy preciso y mostraba muchas modificaciones en las bodegas, los paños y los cerramientos.

—¿Quién ha construido esta maqueta? —dijo.

—El hombre que le he mencionado, la ha hecho él mismo. Es un experto. Es capaz de recorrer el buque con los ojos vendados. Trabaja para el Departamento de Narcóticos.

—¿Qué tiene que ver en esto el Departamento de Narcóticos?

—Nosotros lo hemos metido en esto. Usted es un agente de narcóticos del Gobierno de Estados Unidos. Hemos presentado la documentación adecuada, hemos trabajado mucho en ello. Y ellos tienen relaciones excelentes con la policía, con los ministerios de Transporte y con todas las autoridades. Estamos recibiendo toda la ayuda posible, y por su parte saben que seremos discretos. Ahora ya entiende por qué no puede ir por ahí husmeando y estropeando las cosas. Le daré toda la información.

Ahora ya puede quitarse la peluca, vamos a desayunar.

La chica no estuvo en el desayuno.

—No tiene por qué oír lo que voy a decirle —explicó Yoshi.

Empezó a contárselo en cuanto recogieron. Sacó dos carpetas de una caja fuerte y vació una de ellas encima de la mesa. Aparecieron varias fotografías y papeles, entre ellos el pasaporte y la libreta marítima de cobro.

—Esta es su esposa. Sus padres. Sus hijos. La casa en la que viven todos, el mapa de las calles. Su hoja de servicio, en la que figuran todos los barcos en los que ha trabajado, y los lugares. Antecedentes penales, ha habido un poco de violencia, como puede ver. Historial médico. Cartas de su mujer. Ejemplos de su tipo de letra. Todo esto lo trabajará usted con Machiko.

—¿Todo esto pertenece a una persona real? —preguntó Porter.

—Por supuesto. Es siempre lo más eficaz.

—¿Y dónde está?

—En Kobe. Hace tres semanas lo degollaron en una reyerta en la cárcel. Guardaremos las cenizas durante una temporada, pero habrá que devolverlas, naturalmente, porque era budista. Aún no se ha informado a la familia: un retraso debido a causas burocráticas. Lo mantendremos todo parado hasta que usted haya subido a bordo de ese barco y haya vuelto a bajarse de él.

—¿Ese hombre trabajó con esta naviera?

—Hace un tiempo. Aquí lo verá reflejado.

—¿Y no lo conocerá ningún miembro de la tripulación?

—No. Los miembros de la tripulación ya están asignados y los hemos examinado a todos uno por uno. Ninguno ha coincidido nunca con él en un mismo puerto, ni siquiera estando de permiso, por lo menos en los seis últimos años. El riesgo es mínimo.

—¿Quién más sabe que ha muerto?

—Fuera de la cárcel, unos pocos funcionarios. Dentro, tal vez el personal de la enfermería. Pero ni siquiera es seguro que estos lo sepan. Lo sacaron en ambulancia y cuando falleció sólo había con él un médico de la policía. La policía lo sabe, claro. Quiero decir, constará en algún ordenador y lo verán si es que tienen algún motivo para investigarlo a usted. Pero no tendrán ningún motivo, porque usted estará oculto. Ahora me fumaría uno de sus cigarrillos —añadió.

Porter le dio uno y se lo encendió.

—¿No ha habido una investigación? —preguntó.

—No. En eso ha ayudado el Departamento de Narcóticos. Han pedido que usted permanezca oculto. Es lo único que han pedido. No pueden comprometer a la policía.

—¿Y cuánto tiempo se supone que debo permanecer aquí?

—Seis días a partir de este momento. Puede que siete. Tenemos todas sus cosas.

Las recogerá en Otaru.

Porter reflexionó.

—De acuerdo. ¿Cuál es el plan después de Nagasaki?

—El día treinta y uno, el barco cargará y zarpará de allí —dijo Yoshi—. Será una operación rápida, sólo tienen que cargar lana. Más adelante dispondré de más información, pero por el momento está previsto que llegue a Niigata el tres de septiembre.

A continuación, abrió la segunda carpeta y sacó varias hojas antes de proseguir.

—Niigata es un puerto completamente equipado, que realiza toda clase de operaciones de carga y descarga. La tripulación del barco sólo será necesaria en parte, de modo que un turno bajará a tierra. Allí, el tiempo de estancia suele ser de entre doce y dieciocho horas, eso también lo sabré más tarde. Pero surgirán problemas en tierra entre la tripulación, problemas que continuarán a bordo del barco. A una distancia aproximada de cien millas de la costa, el capitán se dará cuenta de repente de que se ha producido una baja, y bastante grave.

Acto seguido se lo explicó y Porter dio una calada a su cigarrillo.

—¿Eso ya está arreglado? —preguntó.

—Por supuesto. —Yoshi rebuscó entre sus papeles y puso uno boca arriba en la mesa—. Esta es la tripulación.

Porter contó doce nombres; cuatro de ellos estaban subrayados con rotulador rojo.

—¿Quiénes son los marcados en rojo?

—Uno de ellos es la baja.

—¿Cómo sabe quién va a ser?

—No lo sé —respondió Yoshi—, pero la lista está en orden alfabético y los turnos de guardia se hacen también siguiendo ese orden. Uno de estos hombres tiene que ser la baja, por fuerza. Y tres de ellos coincidieron en una travesía anterior, lo cual resultará de utilidad. Sea como sea, quiero saber lo que ocurre en Niigata antes de embarcarlo a usted en Otaru.

Porter reflexionó de nuevo.

—¿Cuánto tiempo se tarda desde allí hasta Otaru?

—Dos días —contestó Yoshi.

—Con ese hombre en mal estado.

—En muy mal estado.

—¿Y qué ocurrirá después?

Yoshi le contó lo que él pensaba que ocurriría.

—¿No habrá preguntas acerca del fallecido?

—Todo sucederá muy deprisa —contestó Yoshi—. Y el capitán zarpará enseguida de Otaru. Después de contratar a otro marinero.

—¿Tenemos la seguridad de que necesita contratar a otro marinero?

—Sí. Tratándose de una travesía por el Ártico, y a finales de la temporada —dijo Yoshi—, necesitará un hombre más. Estos barcos normalmente operan con el mínimo

de tripulación.

Porter fumó en silencio durante unos minutos.

—De acuerdo. Cabo Verde —dijo al fin.

—En relación con Cabo Verde no hay nada. Ya se lo he dicho, la misión comercial de Rusia siempre se retrasa. Todavía es posible que den instrucciones, incluso estando ya el barco en alta mar. Pero con independencia de lo que ellos hagan —añadió Yoshi—, usted debe salir de aquí. —Se lo explicó también y finalizó diciendo—: Tras lo cual, usted ya sabe lo que ha de hacer. Y yo no tengo que saberlo. Yo me encargo de que suba y baje del barco.

—Bien. De acuerdo —dijo Porter—. Puede ser. Si es que el barco va a Cabo Verde.

—Yo no tengo ninguna duda al respecto. Si usted efectivamente sube a ese barco, se bajará de él en Cabo Verde. Y desde luego que subirá, siempre y cuando se ciña al plan. Su aspecto físico es bueno, quiero decir que es el que se supone que debe ser —dijo Yoshi. En ese momento, Porter se estaba mordisqueando la punta de la trenza—. Y con la ropa de marinero se verá mejor todavía.

Porter examinó las fotos del pasaporte y la libreta marítima de cobro.

—Bien —prosiguió Yoshi—, lo siguiente es explicarle el motivo por el que debe permanecer oculto. Aquí los coreanos no caen bien. No les gustan a los trabajadores ni a la policía. Los detienen cada dos por tres. Y de ninguna manera debe usted entrar en contacto con la policía.

—Nunca he tenido problemas con ellos.

—Antes las cosas no estaban tan mal. Y si se ponían feas, usted era un canadiense con documentación legal. Ahora es un canadiense con documentación falsa. Y peluca.

—¿Y sin peluca y con los papeles de Sung?

—Lo pillarían de todos modos. Con una sola llamada que hicieran desde la radio de la policía, descubrirían que usted no es Sung.

—¿Y por qué iban a hacer esa llamada?

—Porque así es como actúan. Se lo digo yo, es rutina, los coreanos lo tienen difícil. No caen bien. Tal vez sea porque últimamente ha habido altercados, violencia, robos, lo que sea. Y luego, ¿qué? ¿Qué pasa si en la central de Tokio hay un tipo que se ha enterado del arreglo que hemos hecho con los de narcóticos? Ni pensarlo siquiera. Este plan es bueno porque el tiempo está bien calculado. Si se altera de alguna forma, si por ejemplo lo meten a usted en un calabozo o lo investigan, el plan quedará desbaratado. Por eso no debe salir a la calle —terminó Yoshi.

Porter seguía mordisqueándose la trenza.

—Yoshi —dijo—, tengo que ver el barco. Es probable que le estén haciendo alguna reparación para una última singladura, como el barco anterior, y tengan pensado utilizar piezas sacadas de otro. El hombre que confeccionó esa maqueta se centró en posibles compartimentos en los que esconder narcóticos y no en dónde iba

a estar la maquinaria de cubierta. Pero a mí sí me interesa esa maquinaria, porque voy a tener que utilizarla. Tengo que verla antes de que el barco salga del astillero. Ahí es el único sitio donde puedo verla antes de embarcar. Y si no la veo no embarcaré.

Yoshi parpadeó despacio.

—Si el barco puede ser visto —razonó—, se puede fotografiar. ¿Por qué no lo fotografiamos para usted?

—De acuerdo. Pero aun así voy a ir a verlo. En esto no puedo correr riesgos.

Yoshi continuó parpadeando.

—Hoy ya es demasiado tarde —dijo—. El astillero está muy lejos de aquí y no puede ir usted solo. Si ha de salir a la calle, tendrá que ponerse un traje, como si fuera un hombre de negocios, y lo acompañaré yo.

—Conforme —contestó Porter—. Así me hará compañía.

El aeropuerto de Nagasaki estaba en Omura, a cincuenta kilómetros del puerto. Aterrizaron allí poco antes de las doce del mediodía, en medio de un calor casi tropical, y Yoshi alquiló un coche.

Poco después vieron el mar centelleando allá abajo, a lo lejos, y siguieron la línea de la costa. Las casas se aferraban a las laderas y las estrechas callejuelas bajaban serpenteando hasta la bahía. Aquel pueblo había sido construido sobre una serie de terrazas.

Yoshi tenía ya más información del astillero, y también se había hecho con un mapa de la Autoridad Portuaria. En este, los astilleros eran como una hilera de bloques numerados, con el nombre que correspondía a cada número en el margen. Porter señalaba con el dedo el astillero Takeshuma. Tal como había dicho Yoshi, no estaba lejos de Mitsubishi, y cuando se acercaron al área en cuestión fueron aminorando la velocidad.

Justo a las dos en punto, lo vieron.

El muelle quedaba debajo de ellos, apenas discernible, y continuaron hasta la siguiente zona de estacionamiento para luego regresar a pie. Por la carretera pasaba un flujo constante de tráfico, pero en la ladera, por encima y por debajo de la carretera, había gente comiendo al aire libre y haciendo fotografías. Había mucho que fotografiar. Allá abajo, lanzando destellos bajo el sol, estaba el Park Lane del mundo de la náutica, toda una exhibición del éxito: superpetroleros, portacontenedores gigantes, opulentos monstruos de todas clases, alineados unos junto a otros.

Mitsubishi era el puerto más importante, cuyas actividades no sólo eran visibles sino también audibles, y hasta palpables. El golpeteo de sus inmensas forjas resonaba en las colinas de la bahía y agitaba rítmicamente el aire. Allí mismo había estado *madame* Butterfly, esperando el día en que apareciera una columna de humo que anunciara el regreso del teniente Pinkerton. Sin embargo no fue Pinkerton, sino otro americano, el que produjo la columna de humo más crucial de todas.

Justo por aquel mismo cielo había pasado volando un B-29 cargado con una bomba atómica, y cuyo objetivo era Mitsubishi: el astillero, la planta siderúrgica y la fábrica de municiones que había al lado. La bomba cayó casi a un kilómetro de allí y lo arrasó todo, incluidas setenta y tres mil personas.

Subieron la colina, por encima de los que estaban de pícnic, y escrutaron el astillero con unos prismáticos. Porter vio de inmediato por qué no se distinguía gran cosa de Takeshuma desde la carretera. Tenía unas grandes compuertas que lo aislaban del muelle. Pero desde allá arriba no todo quedaba oculto a la vista. En el astillero había dos barcos. Estaban el uno junto al otro, apoyados en calzos, en un dique seco cada uno. Se veía la popa de ambos, incluso tres cuartas partes de la longitud del casco.

—No sé cuál es —dijo Yoshi.

—El que está más cerca —contestó Porter.

No alcanzaba a ver el nombre, pero la grúa pórtico se distinguía con claridad. El primer buque pesaba cuarenta toneladas, y coincidía con las especificaciones. El otro barco era un buque de cabotaje, estaba descartado.

—Es ese —dijo.

Lo examinó durante unos minutos. No sólo la grúa, sino también el puente de mando se encontraban donde indicaban los planos. Fue escrutándolo sección por sección. Dos de las grúas estaban desmanteladas en cubierta, pero vio otra más, instalada y erguida. No logró distinguir las aberturas de los huecos para los contenedores. El sol daba a esa hora oblicuamente y proyectaba largas sombras. De todas formas seguía calentando, y los operarios iban de un lado a otro medio desnudos.

Estaban por todas partes: por tierra, encima del barco, colgados en guindolas a los costados. El casco, apuntalado en su foso de cemento, producía una impresión horrible. Parecía un cascarón bulboso, herrumbroso, deforme y arañado por la sal. Los hombres que colgaban en las guindolas estaban raspando las incrustaciones con ayuda de grandes herramientas, y detrás de ellos iban otros, equipados con mangueras a presión y plomo rojo. Se habían colocado focos de trabajo alrededor de todo el astillero y estaba claro que, si se quería que aquel barco zarpase en la fecha prevista, iban a tener que trabajar toda la noche.

De pronto oyó un chasquido y vio que Yoshi estaba utilizando la cámara.

—Déjeme echar un vistazo con la máquina —dijo Porter.

A través de los prismáticos todo reverberaba a causa del calor, y necesitaba ver la grúa con nitidez.

La Nikon tenía un potente *zoom* y el objetivo réflex era muy bueno. Pero costaba mantenerla estable, y la grúa volvió a reverberar en las corrientes de aire caliente. Necesitaba enfocar bien aunque fuera una sola fracción de segundo.

—¿Este trasto tiene disparador automático? —preguntó.

—Claro.

Yoshi lo activó y Porter sostuvo la cámara mientras disparaba medio carrete de fotos. Luego cambiaron de posición y probó otra vez. Pero no consiguió mejor visión; al contrario, la grúa incluso quedó tapada durante unos segundos por un grupo de hombres con casco que gesticulaban señalándola. Aun así, Porter siguió disparando hasta agotar la otra mitad del carrete y luego regresaron al coche.

Cuando volvieron a Tokio ya eran más de las diez, y casi las once cuando enfilaron el pasaje de la Sociedad Teosófica. Habían salido a las siete de la mañana y habían recorrido casi dos mil novecientos kilómetros. Entre las treinta y seis fotografías, había cuatro buenas y una muy buena, que Machiko amplió. Mientras lo hacía, dieron las doce de la noche. Ya era el 31 de agosto.

El 31 de agosto, Porter debía tener su primera sesión con el constructor de barcos, y también su primera prueba de vestuario.

Cuando llegó el constructor se puso a examinar las fotografías que habían hecho la tarde anterior. Porter también las había examinado, pero no había podido identificar la grúa. El hombre tampoco pudo. Dijo que resultaba obvio que aquellos equipos eran viejos, que ordenaría que se buscara información sobre ellos y obtendría una copia del manual de fabricación. Pero estaba deseoso de instruir a Porter sobre su maqueta, y este dejó que lo hiciera, aunque de mala gana.

Pasaron la mañana enfrascados en eso; sin embargo, Porter apenas escuchaba. Ya sabía lo que tenía que hacer, pero se lo reservó para sí mismo, y después de comer se probó la ropa.

Todas las prendas estaban convenientemente gastadas; botas rozadas y muy usadas; jerséis zurcidos, calcetines con manchas de grasa, calzoncillos largos, camisetas, vaqueros, botas de cubierta, chaquetón de trabajo, gorro de lana. Hacía semanas que le habían tomado las medidas, de modo que apenas fue necesario ningún arreglo, y de los que hicieron falta se encargó Machiko. Acto seguido, Porter lo metió todo en una bolsa y luego en una maleta atada con una cuerda, para viajar al día siguiente hasta Hokkaido.

A continuación se pusieron a trabajar en la leyenda de Porter. La joven parecía sumamente responsable, actuaba como un ama de casa al cargo de la servidumbre y también de él. Sin embargo, Yoshi pidió a Porter que no le revelara su identidad; el éxito de una operación, aseguró, dependía de que las personas supieran sólo lo que tenían que hacer, y lo hicieran con la máxima eficiencia.

Y acto seguido ilustró él mismo sus palabras, cuando regresó, después de acompañar al constructor de barcos, con el manual de la grúa.

—Se le habría olvidado traerlo mañana —dijo—, así que me he quedado con él mientras lo buscaba. Ha tardado mucho en encontrarlo.

Porter echó un vistazo al manual y comprendió, consternado, el motivo de la tardanza. Tenía fecha de 1948.

—¿Existe en alguna parte una grúa como esta que funcione?

—Sólo en estos barcos. Lleva mucho tiempo sin usarse.

—¿Y podemos encontrar a alguien que la haya usado?

—No —contestó Yoshi—, no podemos. Pero el constructor estudiará personalmente cómo funciona y se lo explicará a usted mañana por la mañana.

—Yoshi, si este modelo de grúa ya no se usa —dijo Porter—, es porque resulta peligroso. Necesito hablar con alguien que lo haya utilizado.

—No podemos hacerlo. No podemos traer a nadie más. Y, en cualquier caso, él no conoce a nadie.

—Yo sí conozco a alguien —dijo Porter.

Yoshi escuchó, horrorizado, mientras le explicaba lo que se proponía hacer.

—¿Está loco? —exclamó—. No puede hacer tal cosa, ya le he dicho por qué. ¿Es que no lo entiende?

—Sí, lo entiendo —respondió Porter.

Aun así, sabía que iba a tener que hacerlo de todas formas.

El autobús iba casi vacío y, como era de noche, no pudo ver nada a través de las ventanillas mojadas por la lluvia. Pero el conductor iba anunciando las paradas, y cuando lo oyó decir «Bund», se apeó.

Vio las luces del hotel Bund parpadeando a la izquierda, y la torre de la marina a la derecha. Eso le sirvió para situarse. Conocía aquella zona de Yokohama; estaba sólo a media hora en tren desde Tokio y era prácticamente un barrio de las afueras. Tras salir de la estación, el autobús se había dirigido hacia el puerto, y ahora, al bajarse, Porter notó el olor a gasóleo que despedía el agua.

Llevaba unos vaqueros y una camiseta, y la trenza a la vista. Se había cambiado de ropa en el Lucky Strike, donde había entrado siendo Peterson y había salido siendo Sung por la puerta lateral.

Cruzó la calle y se internó de lleno en la música metálica y el tráfico de Chukagai. Lejos del puerto, la ciudad era bastante tranquila, una ciudad dormitorio de la capital, pero aquella zona no era tranquila en absoluto. Dejó atrás los salones de masaje y los de *pachinko*, de los que salía el ruido que hacían las bolitas de acero cada vez que los jugadores insertaban monedas. Se fijó en que los locales de *topless* ahora eran SIN BRAGAS. En el aire flotaba el resplandor chillón de Chinatown.

En pocos minutos llegó al centro. Las calles brillaban con la llovizna, estrechas, abarrotadas de gente, atestadas de vehículos. Había restaurantes a un lado y a otro, los letreros verticales escritos en chino parpadeaban. Buscó un cerdo risueño y un asno elegante. No consiguió ver el cerdo, pero el asno seguía estando donde siempre. Se apagaba y encendía, con las patas cruzadas y apoyado en su bastón, subiendo y bajando las orejas de burro. Entonces vio también al cerdo. No estaba iluminado, pero su morro rojo y amarillo todavía sonreía alegremente con gesto achinado.

Aquel callejón era como una rendija abierta entre los dos edificios y desembocaba en la calle que había detrás, donde los bares y los cafés eran todavía más cutres. Antes, en la esquina de aquella calle había una barbería. En efecto, allí seguía. Recorrió la calle y encontró Ichiko's.

El mismo farol encima de la puerta, la misma cortina en la entrada y el mismo olor a comida. Había media docena de hombres cenando fideos, sentados en taburetes ante la barra. Allí su trenza no llamaba la atención. Para acompañar los fideos pidió anguila a la plancha, la especialidad de la casa; Ichiko las pescaba personalmente en el puerto en su tiempo libre. Se comió su cuenco junto con el resto de la clientela, atento por si salía Ichiko. Oyó ruido de cacharros en la cocina; debía de ser Hanita

trajinando.

—¿Está Hanita por aquí? —le preguntó a la chica que atendía la barra.

—¿Quién?

—Hanita. La jefa.

Aquella joven soñolienta lo miró un instante y luego se metió en la trastienda. Volvió acompañada de un hombre que se secaba las manos en un trapo.

—¿A quién desea ver? —preguntó.

—¿No es este el local de Hanita?

—Falleció hará dos o tres años.

—Vaya. —Dedicó unos instantes a asimilar la información—. ¿Y qué ha sido de Ichiko?

—¿El marinero? Se fue a otra parte.

—¿Sabe usted adónde?

—No. Le alquilé una habitación durante una temporada, pero luego se marchó. Todavía ronda por ahí. Pregunte en el *koban*, ellos le dirán. Está un poco calle abajo, en el cruce, ya lo verá.

—De acuerdo —dijo Porter.

El *koban* era el puesto de la policía.

Salió del local con la cabeza gacha. Hasta el momento no había llamado la atención. Yokohama era una ciudad de marineros, y estaba repleta de marineros coreanos. Dudó si arriesgarse a ir al puesto de la policía. Aquel *koban* sería tan sólo una comisaría de barrio, una de las miles que había. Como en el resto del país, las calles en general carecían de nombre. Cada *koban* tenía su zona, los policías conocían las calles y sabían quién vivía en ellas, quién iba y quién venía, quién se emborrachaba y quién llegaba tarde a casa.

La llovizna había amainado un poco y eso le permitió ver el *koban*. La ventanilla estaba tenuemente iluminada. Había un policía sentado en el porche, fumando un cigarrillo. Se dio cuenta de que lo estaba mirando. Se sacó el pasaporte de Sung del bolsillo y lo sostuvo en la mano, preparado para recuperarlo con rapidez y echar a correr si lo inspeccionaban.

—Disculpe, estoy buscando a un compañero —dijo—. Se llama Ichiko Nagoya. Su mujer tenía un restaurante en esta misma calle, más arriba.

El policía observó el pasaporte que sostenía Porter en la mano, pero no le dijo que se lo mostrara.

—Me han dicho que se ha ido a otra parte y que ustedes sabrían decirme adónde.

El policía se volvió para mirar por la puerta abierta que tenía a la espalda. Dentro había otro policía, escribiendo.

—¿Ichiko Nagoya no es el que se volvió loco? —le preguntó.

El otro salió al porche y también se fijó en el pasaporte coreano.

—Sí. Estuvo una temporada encerrado, pero ya ha salido. Vaya allí delante —dijo, señalando—, a unos diez minutos de aquí, en la oficina de taxis, la de la luz roja.

Están toda la noche de guardia. Él alquila una habitación en la parte de atrás. Pero ahora no estará —concluyó.

Cuando Porter le dio las gracias e hizo ademán de marcharse, el hombre añadió:

—Trabaja como vigilante nocturno en la fábrica Kawakami, que está más adelante.

—¿Muy lejos?

—No se puede entrar allí. —El policía lo miró con atención—. ¿Para qué lo busca? ¿Le debe algo?

—No. Sólo quería darle el pésame. Por lo de su mujer —contestó Porter—. Puede que le deje una nota en la oficina de taxis.

Todavía tenía el pasaporte en la mano. Los policías lo siguieron con la mirada cuando les dio de nuevo las gracias. Ya había dejado de llover, pero él estaba empapado de sudor, y no se guardó el pasaporte hasta que se hubo alejado lo suficiente del *koban*.

Poco después llegó a la oficina de taxis, pero no se detuvo. Más adelante, había dicho el policía, en la fábrica Kawakami. A aquellas horas quedaba poca gente por la calle, y las farolas estaban muy espaciadas unas de otras. Había algún que otro bar, un bloque de pisos, cobertizos. En algunos de estos se oían mugidos de vacas. En aquella zona había pocos prados y la leche que se consumía en la ciudad procedía de cientos de cobertizos como aquel; el propio Ichiko tenía un par.

Caminó a paso rápido otros diez minutos y después se preguntó si no debería dar media vuelta y volver a la oficina de taxis, después de todo. En la calle no había nadie, y tampoco veía nada que se pareciera a una fábrica. Se detuvo para mirar a su alrededor y, en medio del silencio, oyó a lo lejos chirridos y ruidos de entrecocar de metales. Era el área de intercambio de trenes que había detrás de la estación. Debía de haber estado caminando en paralelo a las vías. Pero aquellos chirridos no procedían de ningún vagón. Continuó andando y poco a poco el ruido fue haciéndose más fuerte, hasta que de repente vio la fábrica.

Ahora que había dejado de llover, se había despejado el cielo y la fea forma de la nave apareció recortada contra la luna creciente. Era una estructura de ladrillo, grande y cuadrada, con puertas de hangar. Por encima del tejado había unas letras de hierro apoyadas en unos pilotes, y consiguió leer los caracteres japoneses: K-A-W-A-K-A-M-I.

Los chirridos le estaban dando dentera. Provenían de una rendija que había entre las puertas de la nave, que estaban entreabiertas, quizá para que entrase un poco de aire. Se asomó, pero no vio nada: negrura total. Luego captó un leve resplandor, como el de las marcas de la esfera luminosa de un reloj. Junto a las marcas temblaban unas formas de un negro más intenso. Probó a tirar de las puertas para abrirlas un poco más, pero no lo consiguió. Buscó a tientas con las manos metidas por la rendija y descubrió que había una barra de seguridad. La empujó hacia arriba y al momento se disparó una alarma. Retrocedió enseguida, pero ya lo habían visto: una linterna lo

estaba iluminando desde el interior. Se mantuvo apartado mientras la luz iba acercándose, y de repente metió la cara por la rendija.

—¡Ichiko! Soy yo, ¿te acuerdas de mí? —La luz lo deslumbraba—. Soy Johnny. He venido a verte.

El haz le recorrió la cara, después bajó hacia la barra de seguridad y la alarma enmudeció. Se abrió la puerta y la luz le hizo señas para que pasara. Dentro el ruido era horroroso, los chirridos y el golpeteo metálico eran mucho más intensos y rebotaban en las paredes. Sintió que lo agarraban con fuerza del brazo y la linterna iluminó la cara de Ichiko. Llevaba unos tapones en los oídos y se tocaba los labios al tiempo que negaba con la cabeza. Volvió a colocar la barra de seguridad, apuntó con la linterna hacia la pared del fondo y se dirigió hacia allí. Había una pequeña cabina de cristal, muy poco iluminada, a la que se accedía por una escalera de hierro; Porter subió detrás de él.

En el interior de la cabina, Ichiko se quitó los tapones y cerró la puerta, el estruendo disminuyó bruscamente; el cristal de la cabina debía de tener varias capas. Había un mostrador alargado y una consola, en teoría orientados hacia la fábrica, sólo que allí no se veía nada, las luces de la nave al otro lado del cristal y poco más. Sin embargo, al moverse, Porter vio un panel iluminado con un resplandor verde, como si fuera un acuario, y una escena de la extraña actividad que estaba teniendo lugar en él.

Igual que si la estuviera viendo a través de unas gafas de visión nocturna, ante él apareció la fábrica entera, profusamente iluminada e inmersa en una actividad frenética. Como si aquello fuera un videojuego, había un centenar de cosas moviéndose a la vez. Carretillas que recorrían los pasillos, avanzaban, se detenían y volvían a avanzar. Se movían siguiendo unas luces que había en el suelo. Unos brazos robóticos surgían de unas plataformas que había a los lados y con sus dedos robóticos subían y bajaban gesticulando en el aire. Cogían pernos, tornillos, brocas; tocaban, palpaban, volvían atrás para coger más, de vez en cuando lanzaban virutas y chispas.

—Ichiko, ¿qué es esto?

—El nuevo mundo, sin seres humanos. Los seres humanos ya no son necesarios.

—Me han dicho que estabas aquí. He ido al restaurante de Hanita.

—Hanita ha muerto. Ya no se la necesitaba. No se necesita a nadie.

—Ichiko, lo siento. No lo sabía.

Sólo habían pasado cuatro años desde que había visto a Ichiko por última vez, cuando este acababa de dejar la vida de marinero; siempre había sido un tipo gruñón, pero franco y fuerte, alegre a su manera. Ahora era como un autómatas, retraído y de movimientos tan bruscos como aquellas máquinas. No había expresado la menor curiosidad al verlo.

—¿Y qué, te gusta trabajar de noche? —le preguntó.

—Esto funciona solo, yo simplemente lo vigilo. No se necesita a nadie.

—¿Qué fabrican aquí?

—Robots. Robots fabricados por robots. ¿Lo ves? Las personas no son

necesarias.

—Ichiko —dijo Porter, tenía el sombrío presentimiento de que no iba a conseguir gran cosa—, antes me dabas consejos.

El otro no respondió y se limitó a mirarlo con expresión vacía.

—Necesito algo de ti —añadió Porter.

Ichiko se le acercó y al pasar junto a él dirigió una mirada ausente al otro lado del cristal.

—Te daré algo —dijo.

Porter advirtió que las carretillas se habían detenido de pronto y que unas bombillas de la consola estaban parpadeando.

—Aunque sólo es café —añadió Ichiko, llenando una taza de un termo—. Aquí no está permitido beber.

—Ichiko, ahí abajo ha pasado algo. ¿No tendrías que ir a ver?

—Ya se encargan los robots. Se ha roto un taladro y van a cambiarlo por otro. Se cuidan, se hacen de médicos. Son más inteligentes que nosotros. Toma. —Le tendió la taza.

—¿Es que no hay ningún operario?

—Unos pocos en el turno de día. Se dedican a afilar piezas y a retirar lo que ya se ha fabricado. Por la noche estamos los robots y yo solos. —Estornudó y se sonó la nariz—. Johnny —dijo de pronto, mirándolo—, ¿a qué has venido?

—A verte —contestó, y le sonrió, aliviado al ver que había recuperado el juicio—. Tengo que volver a navegar, Ichiko, y necesito consejo.

—Déjalo. Ese es mi consejo.

—Sólo será por poco tiempo.

—Dijiste que te ibas a Hokkaido, a la región de los ainus.

—Y me fui. Pero ahora se trata de otra cosa.

—¿Otro de tus proyectos?

—Sí.

—Ah. —Ichiko miró al otro lado del cristal y pulsó varios botones de la consola. Al instante se reanudó el ruido allá abajo—. ¿Adónde vas ahora?

—Al norte, al Ártico.

—Con tus esquimales, ¿eh? Pues dales recuerdos. —Y le volvió a poner el tapón al termo.

—Ichiko —dijo Porter; se alegraba de ver de nuevo en su amigo la fortaleza de antaño, y se sacó del bolsillo la fotografía ampliada del barco—, es uno de los barcos de Yakamoto. ¿Lo recuerdas? Tú hiciste algunos viajes con ellos.

—No te acerques a esos cabrones. Son peligrosos.

—Será sólo un viaje. Pero no conozco la maquinaria de cubierta, las grúas. Echa un vistazo a esta foto, a ver si tú las distingues mejor.

Ichiko examinó la foto.

—¿A ver si las distingo? Esta es la puta grúa que le arrancó el brazo a Kenji,

aquel chico tan estupendo, ¿te acuerdas de él?

—¿Kenji?

Había muchos Kenji.

—El que silbaba, tenía dieciocho años. Me ayudaba a pescar anguilas. ¡Era su primer viaje en ese barco y lo pusieron a trabajar con esta grúa! No le dieron nada por haber perdido el brazo. Hazme caso, no te acerques a ella, es una asesina.

Porter miró otra vez la foto. Era de las últimas del carrete, una de las que creía que iban a quedar tapadas por el grupo de hombres, en cambio era la que había salido más clara.

—Ichiko, ¿qué le pasa a esta grúa?

—¿Qué le pasa? Pues ¡que lo deja a uno lisiado! ¡Debería estar en un museo! ¿Mira lo que le ocurrió a Kenji? —exclamó Ichiko. Acto seguido, cogió un lápiz y empezó a dibujar en el dorso de la foto. Pero no llegó a dibujar mucho, porque de repente se le acabó la inspiración—. No, no lo sé. Se me ha olvidado. Ya no sé nada. No hay nada más. —Abrió la puerta y el estruendo infernal se reanudó—. ¡Tú procura no acercarte a ella, hazme caso!

—¡Ichiko, espera un momento! —Porter lo agarró del brazo e intentó cerrar la puerta, pero el otro se resistió—. Dime otra vez lo del engrasado, ¡sólo una vez más! Dijiste que con el engrasado...

—No sé nada del engrasado. Ya no sé nada de nada. Déjame en paz. Suéltame. —Y a continuación volvió a ponerse los tapones para los oídos.

Porter bajó la escalera detrás de él y juntos atravesaron aquella inquietante negrura en dirección a la cuña de cielo que se abría en la pared.

—¡Ichiko, lo siento! —gritó.

Pero su amigo ya no lo oía. Y al llegar a las puertas de la nave, cuando Porter fue a estrecharle la mano, tampoco pareció percatarse de ello, porque volvió a poner la barra de seguridad y dio media vuelta.

Aún era temprano, ni siquiera las once, cuando se apeó del tren en Tokio. Cruzó la entrada de la estación y se dirigió al acceso lateral del Lucky Strike. Dentro no había nadie, así que se dio de prisa. Pero el indicador mostraba que el ascensor estaba bajando, de modo que fue por la escalera y, jadeando, subió hasta la habitación 303.

Todo estaba tal como él lo había dejado: el traje encima de la cama, la peluca en el armario. Sacó la botella de *whisky*, se sirvió un trago y se lo bebió. Después se sirvió otro, se sentó y se puso a contemplar la fotografía y los garabatos que había dibujado Ichiko en el dorso de la foto. Yoshi quería que volviera aquella noche y él le había prometido llamarlo cuando llegara de Yokohama. Bueno, sí que lo llamaría, pero de momento no iba a regresar. Aquella noche tenía que pensar. De pronto cayó en la cuenta de que era la cuarta de las cuatro noches que había reservado en el Lucky Strike. Una cifra le había venido aleatoriamente a la cabeza, pero era la cifra correcta.

Aquello tenía que significar algo.

Se bebió el *whisky* e hizo la llamada. Le respondió Yoshi, él le dijo lo que tenía que decirle y después colgó. Faltaban apenas unos minutos para las doce.

Justo en ese momento, el *Suzaku Maru* estaba saliendo del dique seco de Nagasaki bajo la luz de los focos.

Los dos primeros días del mes de septiembre, el *Suzaku Maru* los pasó navegando por el mar de Japón a su velocidad habitual de nueve nudos. Había dejado atrás Kiushu, la isla meridional, y avanzaba paralelo a la costa de la isla de Honshu. Hacía un tiempo excelente, así que el contramaestre aprovechó para poner a todos los marineros a pintar el barco. Debido a lo precipitado de la partida, no les había dado tiempo a hacerlo en el puerto, y sabía que con aquel aspecto de leproso que tenía el buque, no cabía esperar ninguna delicadeza por parte de los operarios del muelle de Niigata. Bastante maltrecho estaba ya.

Ocho horas antes de arribar a Niigata, el capitán comunicó por radio al puerto la hora estimada de llegada, las cuatro de la tarde, y solicitó un amarre.

¿Iba a necesitar combustible?, le preguntaron.

No; ya repostaría en Otaru.

En cuanto le asignaron un amarre, abandonó el puente. Había estado toda la noche de guardia porque tenía la intención de pasarse el resto del día durmiendo. Sabía que la noche siguiente la pasaría también despierto, porque la operación de carga de Niigata era la más importante de aquel viaje y quería vigilarla de cerca.

Se notaba el estómago revuelto. Antes de zarpar de Nagasaki habían pasado muchos nervios, además de los sobornos que habían tenido que pagar a diversos funcionarios. Sabía que el barco no estaba en perfectas condiciones, pero por delante tenía tiempo de sobra para enderezar lo que estuviese torcido y trabajar tanto en el barco como con la tripulación, antes de que llegaran al Ártico.

Había desayunado en el puente. Bajó a los retretes de los oficiales, una pequeña comodidad que compartía con su segundo de a bordo, se alivió y se dirigió a su camarote. Antes de acostarse, echó un vistazo al plan de carga, y también firmó con sus iniciales la nota que le había dejado el primer oficial y por la que autorizaba que el turno que no estuviera de servicio pasara ocho horas de permiso en tierra.

A las cuatro, exactamente según el horario previsto, el buque entró en el puerto, y una hora más tarde, cuando dio comienzo la operación de descarga de la lana, los cuatro hombres que no estaban de servicio bajaron la pasarela en tropel, ataviados con sus mejores galas, y se encaminaron eufóricos hacia el bar de Taki. Era el primero de los bares que iban a visitar, todos situados a la entrada del muelle; lo habitual era que tomaran un trago en cada uno para, por último, recalar en el Yasu's. Este, ubicado en un sótano enorme, era el no va más, el más animado y frecuentado por todos los marineros. *Madame Yasu*, viuda de un luchador de sumo, era ella misma enorme. Su difunto esposo, una vez jubilado, ofrecía espectáculos a la clientela y su local todavía era famoso por la diversión que proporcionaba. Allí se podía comer, beber, cantar o acompañar a algunas chicas al piso de arriba, donde uno era servido tan bien como cuando estaba sentado a la mesa, porque en el Yasu's la rotación de talento siempre era constante.

A las siete y media de la tarde, los cuatro amigos habían llegado ya al Yasu's. El local todavía no estaba lleno, de modo que les encontraron una mesa con facilidad. Se la buscó una chica muy lista, que justo acababa de incorporarse y que enseguida llamó su atención. Por un lado era muy guapa y alegre, y por otro, cuando los vio sonrientes e inseguros en la entrada, se ocupó de inmediato de ellos y los animó a que pasaran al interior. Con mucha eficiencia, los arrastró consigo escaleras abajo y los hizo sentar a una mesa.

Madame Yasu observaba a la joven con gesto de aprobación. Le gustaba ver entusiasmo en una chica, y aquella tenía mucho. Siguiendo las normas de la casa, lo primero que hizo fue decirles a los marineros cómo se llamaba, Toyo, y después los invitó a que le dijeran cómo se llamaban ellos, al tiempo que les daba la carta. Era muy coqueta. Evitaba las manos largas, pero aun así les hizo una caricia juguetona a cada uno al apuntar lo que deseaban beber. Sin embargo, a la hora de servir las bebidas, *madame* Yasu observó, contrariada, que no era perfecta del todo, porque cuando fue llamándolos por su nombre y poniendo los vasos en la mesa, volcó uno y dejó sin bebida a un desconsolado marinero. No obstante, rectificó el percance con rapidez sirviéndole un vaso más grande y dándole un besito de consuelo en la mejilla mientras él se lo bebía. Lo único que necesitaba la chica era más experiencia.

Ninguno de los cuatro marineros de permiso tuvo la menor queja. Toyo era una monada, aunque, por desgracia, no estaba disponible para prestar servicio en el piso de arriba, pero se mostraba muy voluntariosa en todas las demás tareas. Aquel local era famoso por el marisco, y la chica se apresuró a servirles varios platos de sashimi fresco, brillante y crudo, con algas y fideos, así como arroz abundantemente regado con salsa de soja. Todo ello acompañado de unas cuantas bebidas más, ninguna de las cuales volvió a volcar en la mesa la joven pizpireta.

A las once menos cuarto, los cuatro marineros, contentos y dando voces, entraban de nuevo por las verjas del muelle y se dirigían con paso tambaleante al *Suzaku Maru*. El barco estaba iluminado por los focos y se encontraba en plena operación de carga. Desde el puente, el capitán observaba cómo iban subiendo los contenedores a bordo. En la cubierta, el contraamaestre miraba la pintura.

A las diez de la mañana del día siguiente el barco se había hecho de nuevo a la mar y estaba ya estabilizándose en su imponente velocidad de nueve nudos. La pintura de la cubierta no estaba demasiado deteriorada, de modo que el contraamaestre había puesto a trabajar a los hombres en los costados del casco. La mejor oportunidad que tenían de proporcionar al buque una protección extra que lo defendiera del océano Ártico estaba entre aquel punto y Otaru, adonde llegarían dos días más tarde. No podrían hacerlo todo en aquel espacio de tiempo, pero a partir de Otaru las condiciones meteorológicas iban a empeorar, de modo que tuvo a la tripulación trabajando largas horas y haciendo caso omiso de las quejas; excepto de las que, a media tarde, le presentó uno de los marineros, que tuvo que ser izado en su guindola porque tenía náuseas y un intenso malestar.

El contraмаestre lo miró mientras lo izaban.

—¿Conque tienes malestar y náuseas? Pues claro, pedazo de idiota. Anoche te emborrachaste bien.

—Sí, anoche me emborraché —concedió el marinero—, pero el malestar no me viene de eso, señor.

—¿Pues qué te ocurre entonces?

—Que no me encuentro bien.

No se encontraba bien. Y tampoco tenía buena cara. Estaba verduoso y le castañeteaban los dientes. El contraмаestre le dijo que fuera a echarse un rato. Pero más tarde, mientras cenaba con el ingeniero, lo llamaron de nuevo para que acudiera a ver al enfermo. Se había caído de la litera y estaba temblando de tal forma que costaba trabajo mantenerlo acostado.

El contraмаestre fue a buscar al primer oficial.

—¿De quién se trata? —preguntó este.

—De Ushiba. Marinero de primera clase. Anoche bajó a tierra.

—¿Y qué comió en tierra?

—Pescado. Marisco.

—Vaya, pues habrá sido una intoxicación.

—Los otros tres comieron lo mismo.

—Ya, pero el marisco no sienta igual a todo el mundo. Que le den aceite de ricino.

El aceite de ricino provocó que el marinero empezara a tener convulsiones, y a las diez fueron a buscar al capitán. Para entonces, Ushiba ya estaba arrojando un vómito de color negro y su tono verduoso se había acentuado. Seguía temblando con violencia y tenía mucha fiebre. El calor que irradiaba se notaba incluso desde lejos.

El capitán regresó a su camarote y cogió su *Diccionario médico del marinero*. Repasó despacio la lista de fiebres hasta que encontró los síntomas que aquejaban a Ushiba. Al leerlos se le salieron los ojos de las órbitas. Pero continuó leyendo el resto de fiebres y después volvió a la fatídica. Cogió el micrófono y ordenó al primer oficial que bajara a verlo.

—¿Dónde ha estado ese hombre? —le preguntó.

El primer oficial no entendió la pregunta hasta que leyó los síntomas. Entonces fue a buscar el libro de registro de la tripulación. Ushiba había estado hacía poco en aguas de Java, concretamente en Timor Oriental. Con él habían ido otros dos miembros de la tripulación del *Suzaku Maru*. Los tres se emborracharon una noche y provocaron algunos disturbios, Ushiba se había caído al agua al entrar en el puerto. El capitán tuvo que pagar una importante multa por los tres antes de recibir permiso para zarpar aquella misma noche, el 28 de julio.

El primer oficial consultó el calendario. Estaban a 4 de septiembre y se puso a contar los días que habían transcurrido desde el 28 de julio. Le daban un total de treinta y ocho. A continuación consultó de nuevo la entrada del diccionario que le

indicaba el capitán con el dedo: «Fiebre Amarilla (Java) (rara). Período de incubación: 14-42 días, sumamente infecciosa». Tras los treinta y ocho días que habían pasado, aquel hombre se encontraba dentro del período de incubación.

Cuando dieron las doce de la noche, Ushiba estaba ya aislado bajo llave en el retrete de popa. Aquel diminuto conjunto de inodoro y ducha, que compartían el contraмаestre y el ingeniero, contaba con la ventaja de estar situado encima de los motores, de modo que no se oían los ruidos que salían de allí. Aunque Ushiba ya no emitía ninguno, debido al potente sedante que le habían inyectado. El primer oficial y el contraмаestre habían esperado a que la tripulación se fuera a dormir y después lo habían pasado a una camilla y se lo habían llevado.

Como en el retrete no había espacio suficiente para tumbar la camilla de Ushiba en el suelo, la encajaron en sentido vertical pero inclinada, de modo que los pies quedaron bajo la ducha y la cabeza colgando sobre el agujero del inodoro, practicado en el suelo.

Capitán y primer oficial discutieron la situación con gran preocupación. A los otros dos hombres que habían estado en Java no les pasaba nada, pero Ushiba había sido el único que se había caído en el puerto. Obviamente, iban a tener que dejarlo en tierra cuando llegaran a Otaru. Pero también era obvio que el barco no podía levantar sospechas, pues el retraso más pequeño podía dar al traste con toda la travesía.

En otra reunión posterior, a la que también asistieron el contraмаestre y el ingeniero, se tomaron más decisiones. Una de ellas fue que ya se podía hacer uso del retrete de los oficiales. No había necesidad de alarmar a la tripulación por un caso de intoxicación alimentaria, y a Ushiba, para su comodidad y la de los demás, lo habían trasladado a otro retrete; si el malestar continuaba, en Otaru podrían bajarlo a tierra para que recibiera atención médica.

Por la misma razón, tampoco había necesidad de alertar a Otaru. Cuando se hubiera completado la operación de repostar combustible, si Ushiba seguía mal sería trasladado a tierra justo antes de salir del puerto. Entretanto, sería una buena idea desinfectar su litera, tarea de la cual debía encargarse el contraмаestre en persona, preferiblemente a una hora en la que toda la tripulación estuviera arriba, pintando. Y también sería buena idea tener a un marinero nuevo esperando ya en Otaru, por si acaso Ushiba debía abandonar allí el barco.

Llevó tiempo resolver estos asuntos, y cuando el capitán pudo echarse por fin en su litera ya era de madrugada. Se llevó consigo el *Diccionario médico del marinero*. Había detalles que lo preocupaban y quería leerlo otra vez.

Aquella enfermedad la causaba un virus que vivía en el agua. Y, a diferencia del estreñimiento que provocaba la fiebre amarilla normal, esta variante solía «venir acompañada de diarrea, sudoración excesiva, deshidratación y vómito de sangre (vómito negro). Evolución: ictericia, convulsiones». En efecto, Ushiba tenía todos

esos síntomas. «Se debe sujetar al paciente, lavarlo con frecuencia y preservarlo de la luz. Tratamiento: solución salina, agua de arroz, vitaminas (sólo mediante inyecciones), nada de alimentos sólidos. Duración de la fiebre: entre 2 y 4 días, con frecuencia tiene un desenlace fatal».

El capitán se levantó de la cama y rebuscó en el botiquín. Había vitaminas, pero no solución salina. El agua de arroz no era problema, y lo de sujetar al paciente tampoco, teniendo en cuenta lo estrechos que eran los retretes. Tampoco representaba una complicación lo de lavarlo y preservarlo de la luz, porque donde estaba había un interruptor eléctrico y una manguera.

Pero la breve duración de la fiebre y el desenlace fatal sí lo inquietaban. Aún quedaban treinta y dos horas para llegar a Otaru, y el barco pasaría otras seis en el puerto. Treinta y ocho horas en total. Si Ushiba había estado doce horas enfermo sin saberlo, y así lo sugería la intensidad de sus síntomas, cuando pudieran abandonar el puerto llevaría ya cincuenta horas con fiebre. Si su caso resultaba ser uno de los que tenían un desenlace fatal al cabo de cuarenta y ocho horas, podía morir antes de que el barco zarpara de nuevo. Y en ese caso no zarparía...

El capitán se frotó el mentón. La hora estimada de llegada a Otaru eran las diez de la mañana. Si aumentaba la velocidad, podría llegar antes, pero eso daría lugar a una serie de preguntas. Sería mejor reducir el tiempo que iba a pasar en el puerto. Lo ideal era limitarlo a dos horas, así podría zarpar a mediodía, tras desembarcar a Ushiba, digamos, a las doce menos cuarto. De esa manera llevaría sólo cuarenta y seis horas con fiebre, y no estaría en condiciones de aportar detalles.

Sí, era la mejor solución. De momento no tenía muy claro cómo iba a hacerlo, pero lo tendría cuando hubiera dormido un poco. Miró el reloj del cabecero en el momento de apagar la luz: las dos de la madrugada del 5 de septiembre.

A las dos de la madrugada, en Tokio, Porter también apagaba la luz. Había pasado las tres últimas horas solo, echando un último vistazo a sus notas. Desde que se fue del Lucky Strike había dormido todas las noches en la Sociedad Teosófica, las dos últimas en compañía de Machiko, pero esa quiso pasarla a solas. Era la última.

Durante la mayor parte del tiempo había hablado con la joven en coreano; concretamente en dialecto busan, que era el de Sung Won Choo. En ese dialecto había memorizado su leyenda, había repetido las piezas que componían la grúa y también las partes del buque. Con un puntero, ella iba señalando zonas del barco y él iba diciendo las diferentes rutas que había para ir de un sitio a otro. Machiko quedó satisfecha con su acento y su dominio del personaje, y él estaba ya bastante seguro de conocerse aquel carguero de cabo a rabo.

Cada vez habían ido sabiendo más de los movimientos del *Suzaku Maru*. En Niigata todo había salido según lo previsto, y conocían con toda exactitud lo que el barco iba a hacer en Otaru. Atracaría el día 7 a las diez de la mañana y zarparía de nuevo seis horas más tarde, a las cuatro de la tarde. Aparte de repostar, sólo tenía que subir a bordo un único cargamento y descargar el resto de la lana. Porter se presentaría en el muelle poco después de las tres, y a las cuatro ya habría partido. Ya no quedaban incertidumbres, y no pensaba estudiar ninguna posibilidad más.

Apagó la luz y se durmió.

A la mañana siguiente, durante un reconfortante desayuno, Yoshi lo puso al día por última vez. No había cambios en los planes. El *Suzaku Maru* estaba ciñéndose a su horario y Porter se ceñiría al suyo. Sus cosas lo esperaban en Otaru, su alojamiento en una pensión estaba confirmado, y su nombre y sus datos se habían registrado en las oficinas del puerto.

—De modo que ya está todo —dijo Yoshi—. ¿Algún problema?

—No, ninguno.

Porter había insistido en que en aquella última parte quería estar solo, se sentía mejor así, y Yoshi no tuvo más remedio que aceptarlo.

A las nueve y media se despidió de Machiko. Acto seguido, con sólo un maletín de ejecutivo, se subió al coche con Yoshi y partieron rumbo al aeropuerto nacional de Haneda. Allí, el japonés le estrechó la mano y le deseó buena suerte. Luego, el coche se fue y Porter se quedó a solas.

Hasta Sapporo, la capital de la provincia de Hokkaido, había una distancia de novecientos sesenta kilómetros, y el vuelo de las once y media lo dejó allí justo antes de la una. Cogió un taxi hasta la estación de tren y compró un billete para Otaru. Dicho puerto, el último lugar de Japón en el que iba a estar, se encontraba sólo a cuarenta minutos, y llegó justo a tiempo, a las 14.55 horas. Vio la flecha que indicaba

el camino de los aseos, se encerró en uno y se cambió de ropa.

Del maletín de ejecutivo salieron los vaqueros, la camisa y los zapatos de suela de esparto que había guardado para la ocasión, y también una bolsa de lona doblada. Dentro de la misma metió la peluca y todo rastro de la identidad de James B. Peterson. Metió también el maletín, cerró la cremallera y se encaminó hacia la consigna de equipajes. Allí entregó la bolsa de lona, cogió un recibo y lo echó al buzón de correos de la estación, dentro del sobre en el que había escrito la dirección de Tokio que había llevado consigo. Alguien iría a recoger la bolsa pasadas cuarenta y ocho horas.

Ya eran casi las tres y media.

Le quedaba media hora de espera.

Se tomó un café en el bar de la estación sin quitar ojo a la oficina de la consigna de equipajes. Los dos empleados que había allí llevaban trabajando desde las ocho de la mañana y no tardarían en ser reemplazados por el siguiente turno. Este cubriría la franja de las cuatro de la tarde a las doce de la noche, cuando la oficina cerraba; y no sabrían nada del individuo que acababa de entregar una bolsa. Todo había sido estudiado previamente.

A las cuatro llegó el turno nuevo. Cinco minutos más tarde, apareció un marinero coreano y presentó un recibo mugriento que sacó de su billetera. El empleado lo miró con cara de pocos amigos, buscó entre las estanterías con ademán cansino y, soltando una expresión soez, puso el enorme bulto encima del mostrador.

Porter se echó el petate al hombro, cogió la voluminosa maleta sujeta con correas y salió a la parada de taxis. Veinte minutos más tarde, el coche se detenía frente a la pensión.

Era un hotelucho destartado y cutre, cercano a los muelles. El propietario estaba echando una cabezada fuera, sentado en un taburete. Cuando vio llegar al coreano, no se tomó la molestia de levantarse, pero le confirmó que tenía una reserva y le dijo dónde podía recoger la llave. Habitación 11, primera planta.

Porter entró en aquella decrepita habitación. No se oía ni un ruido en todo el edificio, por lo visto no había nadie. Se preguntó si el teléfono funcionaría. Había visto uno en el pasillo de abajo, en la pared, y fue a averiguarlo.

—¿El teléfono? —le contestó el propietario—. Ahí está. Funciona con fichas.

La luz de aquel oscuro pasillo se encendía apretando un botón. Leyó el número que llevaba escrito en el papel, introdujo una ficha y llamó a la oficina del puerto. La luz se apagó dos veces antes de que le pasaran con el departamento apropiado, y tuvo que introducir otra ficha más. Le proporcionaron la información, a pesar de que la persona que lo atendió se mostró muy irritable. Ya se lo habían dicho aquella misma mañana, ¿para qué insistía tanto? No había ninguna novedad. No había entrado ningún buque de largo recorrido. Tal vez llegara alguno al cabo de uno o dos días. Sí, tenían su teléfono. Porter pidió que se lo repitieran y descubrió que estaba mal. Les facilitó el número correcto y sonrió con gesto contrariado. Yoshi le había dicho que

tenía que esperar, ceñirse al plan y esperar. Pero era precisamente en aquellos detalles, como ocurrió con la grúa, donde el mejor plan podía irse al garete. Había que comprobarlo todo. Al final colgó y regresó a su habitación. Ahora sí que podía esperar. Hasta el día siguiente, pasadas las tres de la tarde.

Tras un sueño reparador y una tranquila guardia de mañana, el capitán tenía la mente mucho más despejada y ya sabía lo que debía hacer. El cargamento que había que recoger en Otaru era de atún en lata: ciento veintiséis toneladas rescatadas de un portacontenedores que se habían caído por la borda y que habían sido declaradas no aptas para el mercado japonés. La misión comercial rusa se había quedado esa ganga para llevarla hasta Múrmansk. Las cajas se habían embalado de nuevo en varios cientos de palés y debían embarcarse en las bodegas número 1 y número 2.

Recoger o no la carga, tal como confirmó una segunda lectura de las órdenes, quedaba «a discreción del capitán». Había sido consignada en el último momento y los rusos habían obtenido un precio barato. El capitán decidió ejercer su «discreción» y dejar la carga donde estaba. Era una lástima, pero aquella operación de nada requería mucho trabajo con las grúas y les llevaría mucho rato; tres horas seguro. Si no recogían el atún podían ganarlas. Y entonces sólo le quedaría una hora más que recortar. No estaba mal. Ya se le ocurriría algo.

Cogió lo que necesitaba del botiquín y se fue a la popa a ver cómo seguía Ushiba. Abrió con llave la puerta del retrete, encendió la luz, entró y cerró otra vez. El rostro sudoroso del marinero se agitó a un lado y a otro en la camilla y sus ojos parpadearon frenéticamente, deslumbrados por la luz. Sin embargo, estaba bastante bien atado y no podría hacerse daño. En aquel reducido espacio hacía mucho calor, y Ushiba iba desnudo. El contramaestre lo había mojado un par de veces con la manguera, pero aun así, allí dentro olía muy mal.

El capitán se tapó la nariz con un pañuelo.

—Ushiba, ¿cómo estás, muchacho? —le preguntó con voz nasal, por encima del estruendo de los motores.

Ushiba abrió y cerró la boca, pero de ella salió sólo un leve balbuceo. Llevaba varias horas así. Tenía los labios cubiertos por una costra blanca, probablemente del agua de arroz. Por lo menos, eso había hecho que dejase de vomitar. Aunque seguía estando del mismo color.

—Ushiba, voy a ponerte otra inyección —le dijo el capitán—. Te vendrá bien.

Rasgó el envoltorio de una aguja sin estrenar y abrió una ampolla de vitaminas. Ushiba se sacudió ligeramente cuando notó la aguja. El manual recomendaba poner las inyecciones en las nalgas, pero el capitán no tenía ganas de toquetear a aquel hombre, de modo que eligió un muslo.

—Ya está.

El pinchazo sangró un poco, no mucho, y le puso una tirita.

—¡Arriba ese ánimo! Enseguida vendrá el contraмаestre a ocuparse de ti.

En ese momento, el contraмаestre estaba tirando por la borda la colchoneta en la que había dormido Ushiba, cerciorándose de que cayera por el lado correcto de la barandilla de popa, donde no había nadie trabajando. Antes había frotado la litera con antiséptico. Se quitó los guantes de goma y los arrojó tras la colchoneta, que poco a poco fue perdiéndose en el mar de Japón.

Antes de retirarse a su camarote, cosa que de nuevo hizo muy tarde, el capitán habló de los planes definitivos con el primer oficial.

Otaru no era un puerto con mucha actividad y por lo tanto no necesitaba recibir los avisos con demasiada antelación. Pero sí requería algún tipo de aviso, naturalmente. Por un lado, el capitán quería permanecer allí el menor tiempo posible, y por otro, debían comunicar que no pensaban recoger el atún. Dado que aquel cargamento se había embalado de forma especial y los estaba esperando, era posible que su decisión causara cierta irritación en Otaru y muy posible que las agencias de flete o los propietarios del barco les pidieran que lo confirmasen. Por tanto, avisarlos demasiado pronto no era una buena idea.

Lo mejor era dejar la comunicación para el último momento, cuando desde Otaru ya no estarían en situación de hacer preguntas tontas, pero ellos todavía tendrían tiempo para las operaciones que querían llevar a cabo: descargar la lana y repostar combustible. Implicaba dos movimientos del barco, cierto, ya que el muelle de repostaje no era un muelle de carga, pero era bastante posible llevarlo todo a cabo en el plazo de dos horas. Y también era posible, ya que esperaban su llegada de todos modos, que pudieran empezar a hacer los preparativos, si los avisaban con tres horas de antelación. Eso quería decir que había que llamarlos por radio a las siete de la mañana.

El primer oficial estuvo de acuerdo con ese razonamiento, así que el capitán pidió que lo despertasen a las seis y media y por fin se fue a dormir. De nuevo a las dos de la madrugada.

Sin embargo, todas aquellas preocupaciones le impidieron conciliar el sueño, y cuando habló por radio con el idiota que estaba a las siete de la mañana en el puerto de Otaru no mostraba un humor demasiado bueno.

—¡No voy a cargar, sólo descargar! —gritó el capitán—. Quiero descargar, repostar y zarpar de nuevo a las doce. ¿Me ha entendido?

—Capitán, no puede descargar y repostar al mismo tiempo.

—¡Eso ya lo sé! Primero descargaré y luego repostaré. Y hay otra cosa más. ¿Sigue ahí?

—Sí.

—Quiero otro marinero.

—De acuerdo.

—Quiero que usted me consiga otro hombre para cubierta.

—De acuerdo.

—¿Lo ha entendido todo? Quiero descargar, repostar y que suba a bordo otro marinero de cubierta. ¿Sigue ahí?

—Capitán, puedo conseguirle un marinero de cubierta a las siete de la mañana.

—¡No lo quiero a las siete de la mañana, lo quiero cuando llegue ahí! —aulló el capitán—. Ya tiene mi hora estimada de llegada. ¿Tiene mi hora estimada de llegada? Hola... ¿Otaru? Mi hora estimada de llegada es a las diez. Confirme, por favor. Otaru, ¿me oye?

Más tarde se ordenó que esa conversación grabada, de la que disfrutaron de lo lindo los empleados del siguiente turno, se guardase bajo llave; pero eso se pidió para el Comité de Investigación y sucedió algo más adelante.

Entretanto, el *Suzaku Maru* seguía navegando y a las ocho y media de la mañana rodeó el cabo y entró en la bahía de Ishikari. Justo un poco después, el capitán, con ayuda de sus prismáticos, distinguió las grúas de Otaru y decidió que había llegado el momento de bajar a echarle otro vistazo a Ushiba.

En su opinión, el enfermo seguía igual. Movía la cabeza de un lado a otro y balbuceaba. Al contramaestre, sin embargo, le parecía que había empeorado; devolvía el agua de arroz y no había dormido. En las últimas horas no lo había mojado mucho con la manguera, pero es que tampoco había mucho que mojar. Iba perdiendo fuerzas y, al devolver el agua de arroz, probablemente necesitaba más vitaminas.

El capitán no hizo comentarios, pero él lo veía de otra forma. Le parecía —y así lo confirmó el primer oficial en la investigación posterior— que, a pesar de ir perdiendo fuerzas, Ushiba todavía gritaba demasiado. Más que una inyección de vitaminas, lo que necesitaba era un sedante. Le convenía más dormir en condiciones que las vitaminas, sobre todo mientras lo desembarcaban y lo subían a una ambulancia.

—Es mi sincera opinión —aseguró.

Y cuando entraron en el puerto, actuó acorde con esa opinión. Estaba de vuelta en el puente cuando el barco atracó, maniobra que tuvo lugar a las diez de la mañana exactamente.

Unos fuertes golpes en la puerta despertaron a Porter a las diez y media de la mañana. La noche anterior, el propietario de la pensión había insistido en que compartiera con él una botella de *shochu* barato, y tenía la cabeza embotada.

—Teléfono para usted, de la oficina del puerto —dijo el dueño con voz ronca y soltando algún que otro taco.

Porter, en calzoncillos, se apresuró a bajar la escalera. El auricular colgaba del teléfono en el pasillo.

—¿Sung Won Choo?

—Sí.

—Hay un barco que necesita un marinero de cubierta. Es de largo recorrido, de los que van al Ártico. ¿Le interesa?

—Puede. ¿Cuándo llega?

—Ya ha llegado. Hace media hora.

De modo que había arribado a la hora prevista. Muy puntual.

—¿Qué barco es? —preguntó.

—El *Suzaku Maru*, un carguero.

—Un carguero. De acuerdo, lo pensaré.

—No hay tiempo. Si quiere el trabajo, tiene que ir ahora mismo. Yo se lo comunicaré a ellos. Zarpa dentro de noventa minutos.

¿Que zarpara dentro de noventa minutos? Aquello no lo entendió, pero volvió rápidamente al piso de arriba. El plan era darles menos de una hora, pero el que casi no tenía ni una hora era él. Se dio una ducha, le gritó al dueño de la pensión que llamara a un taxi, se vistió, pagó y se fue con el desayuno en la mano.

Por doscientos cincuenta yenes de propina, el taxista lo llevó hasta el muelle, preguntó por el amarre y lo dejó al lado. El amarre estaba vacío, y había mucha confusión, provocada por la partida del barco, demasiado precipitada al parecer. Debido a todo ese desconcierto, a Porter le llevó un rato descubrir dónde se encontraba el barco en aquel momento. Estaba, obviamente, en el muelle de repostaje. Y el taxista le dijo que, por doscientos cincuenta yenes más, lo llevaba también allí.

En el muelle de repostaje reinaba asimismo la confusión. Las mangueras palpitaban bombeando combustible al *Suzaku Maru*. Por todas partes había manos que retiraban a toda prisa mechones de lana que se habían escapado de los fardos rotos en la apresurada operación de descarga. El capitán observaba la escena desde la cabina del timonel, nervioso. Eran casi las once y media y aún no se había presentado el marinero nuevo. Veía la ambulancia esperando en el muelle, con las puertas abiertas. Y a duras penas distinguía a sus ocupantes, que se encontraban en la cubierta del barco. Ushiba estaba tendido en una camilla, a la sombra. Le habían puesto un pijama y ahora se lo veía bastante tranquilo, con los ojos cerrados y cubierto hasta la barbilla con una sábana limpia. Pero los de la ambulancia parecían disconformes con algo. El capitán tamborileó con los dedos y consultó el reloj.

Los sanitarios estaban hablando con el contraemaestre.

—Para tratarse de una intoxicación alimentaria, tiene un color raro —dijo uno de ellos.

—¿A que sí? Es por el hígado. La culpa la tiene el alcohol —explicó el contraemaestre—. Subió a bordo borracho como una cuba y al día siguiente estaba así. Fue el marisco.

—Pero no es normal que se duerma.

—No, en eso tiene razón. No podía dormir y no dejaba de vomitar, así que el capitán decidió que lo mejor era administrarle un sedante.

—Pues no ha sido muy buena idea. Ahora es difícil saber qué es lo que le pasa. Aun así, ya lo averiguarán en el hospital.

—Claro —respondió el contramaestre, mirando cómo se llevaban la camilla.

De repente, desde la barandilla, vio llegar un taxi. De él se apeó un coreano, con una trenza, un petate enorme y una maleta. Los coreanos siempre causaban problemas. Eran impuntuales, trabajaban poco, eran respondones. A aquel iba a haber que espabilarlo un poco.

—¡Eh, tú! —le dijo a voces, porque el coreano aún tuvo la osadía de pararse a mirar al enfermo, y hasta de intercambiar unas palabras con los de la ambulancia—. ¡Ven aquí!

El coreano subió por la pasarela.

—¿Eres el nuevo? ¿Sung?

—Sí.

—Llegas tarde. Deja aquí el petate y ve a presentarte al primer oficial, que está en el puente. Deprisa, vamos.

El nuevo marinero subió al puente y se presentó ante el primer oficial, que enseguida examinó sus credenciales. Papeles en orden; ya había trabajado con anterioridad en aquella naviera; conocía los barcos. Así que lo llevó con el capitán.

Este había observado toda la escena con gran alivio. Habló brevemente con el recién llegado y lo hizo firmar. Una serie de golpes secos acababan de indicar que se habían desconectado las mangueras. Firmó por el combustible, le dijo al primer oficial que zarpase, oyó cómo se gritaban las órdenes de proa a popa, y se ocupó en persona de sacar el buque del puerto.

Mientras iba alejándose poco a poco, cayó en la cuenta de que, con tanta confusión, los de la ambulancia no habían pedido que les entregasen las pertenencias de Ushiba, ni siquiera la documentación. Sin papeles, no iba a poder demostrar dónde había estado. Bueno, al hospital no debía de interesarles saber dónde había estado, y ya tendrían sus propios procedimientos para averiguar qué le pasaba.

Todo a su debido tiempo.

Las cosas de Ushiba se las podrían enviar desde Múrmansk; quizá desde Suecia; incluso desde Róterdam. Pero habría que informarlo, naturalmente. Se lo comunicaría por radio cuando hubiera puesto unas cuantas millas de por medio. Bastantes millas. Y decidió ponerlas con rapidez.

«13.15 horas. Salimos de la bahía de Ishikari —escribió en el cuaderno de bitácora—. Velocidad: 12 nudos. Rumbo: 135 grados». Norte. Más adelante tendría que poner rumbo nordeste. Y más tarde todavía, una vez que hubieran dejado atrás el estrecho de Bering y estuvieran a punto de doblar el cabo Dezhnev, tendría que hacer otra corrección. Norte-noroeste.

Cinco días y mil trescientas millas después de salir de Otaru, el contraмаestre decidió que había llegado el momento de espabilar al marinero nuevo.

Aún no había dado signos de pereza, y tampoco se había presentado tarde a ninguna guardia. Sin embargo, hablaba más de la cuenta. Antes de cumplir una orden, parecía rumiarla unos momentos. Había comentado que la colchoneta de su litera era nueva. Había hecho preguntas acerca de Ushiba. Y además mostraba un interés excesivo por los movimientos del barco. Todo aquello estaba fuera de lugar, tratándose de un marinero de cubierta recién contratado, y además coreano.

El contraмаestre caminó a paso ligero, bajó la escalera y echó un breve vistazo a las dependencias de la tripulación.

—¡Sung! Arriba, rápido. ¡Mueve el culo!

Lo dijo sólo una vez. Cuando el coreano subió a cubierta, con los ojos aún hinchados de sueño, encontró al contraмаestre esperando junto a un contenedor, resguardado del viento.

—A ver, Sung, ¿alguna vez has engrasado una Takanawa?

—Fuera de mi turno, nunca —contestó Sung.

El contraмаestre apretó los dientes.

—Esta noche vuelves a estar de guardia —le dijo—, pero, como no habrá luz, quiero que lo hagas ahora. Dentro de poco empezará a escarchar.

De eso último no cabía duda. Sajalín y las Kuriles ya habían quedado muy atrás y llevaban varias horas con la península de Kamchatka por el costado de babor.

—Mañana, después de comer, volveré a estar de guardia —sugirió Sung—. Entonces habrá luz.

—Y probablemente también hielo. Coge tus cosas.

El coreano se lo quedó mirando unos segundos, luego se encogió de hombros y volvió a bajar la escalera. Pero no tardó en regresar con su gorro de lana y su chaquetón de trabajo. Y también con unos guantes protectores, una pistola de lubricante y un martillo cincelador que sacó de un pañol.

Realizó todos los pasos correctamente. Primero puso en marcha el motor de aquella máquina de once toneladas, y fue lo bastante listo como para apartarse de ella cuando el peligroso artilugio dio una sacudida y los grandes brazos articulados comenzaron a moverse.

—Muy bien. Ahora pasa a manual —le ordenó el contraмаestre.

—Para la operación manual se requieren dos hombres.

—Aquí estoy yo —le contestó el contraмаestre, guiñándole un ojo. Todos podían trabajar siguiendo el libro de instrucciones—. Prepárala para engrasarla.

Observó cómo el coreano iba desmontando la máquina y lo localizaba y engrasaba todo: palanca de freno, espaciador, reductor de velocidad y conjunto rotatorio; todo quedó listo. Él apenas tuvo que ayudarlo. La operación podía llevarla a

cabo un solo hombre, con el mar en calma. Tan sólo se necesitaban dos cuando la cubierta se agitaba y estaba resbaladiza: uno para ir sacando las piezas una por una y sujetar el freno de barra, y el otro para manejar la pistola de lubricante. Entonces era cuando se producían los accidentes en brazos y piernas, y siempre le ocurrían al que manejaba la pistola de lubricante.

Aquella máquina todavía no necesitaba que la engrasaran, y ambos eran conscientes de ello. No se había mojado con agua de mar y la capa de grasa que le habían puesto en el muelle seguía siendo gruesa. Sin embargo, el coreano llevó a cabo el trabajo sin hacer comentarios; luego recogió el equipo, volvió a guardarlo, se incorporó y miró al contraamaestre, con la trenza agitándose al viento.

—¿Algo más?

Las grandes manos del contraamaestre temblaron un poco bajo la mirada fija del otro.

—Por ahora, no. Ya habrá tiempo cuando cambien las condiciones meteorológicas. Puedes volver abajo.

Porter dio media vuelta y se fue sin decir nada, al contraamaestre volvieron a temblarle las manos. Con los marineros hoscos, solía poner orden empleando los puños; había que doblegarlos enseguida, eso era siempre lo mejor y al final ahorrraba tiempo. En el caso de aquel coreano, sabía que pronto llegaría el momento de hacerlo.

Porter regresó a las dependencias de la tripulación pensando lo mismo. Vio que los demás lo seguían con la mirada mientras jugaban a las cartas.

—¿El contraamaestre te ha echado un rapapolvo?

—Me ha obligado a engrasar una máquina.

—Qué cabrón, aún no hace falta.

—Ya lo sé. Lo ha hecho para fastidiarme.

—Ándate con ojo con el contraamaestre. Trátalo con respeto. Es lo único que quiere.

—Muy bien.

Porter regresó a su litera. No tenía problemas con la tripulación. No había tardado en ganarse fama de ser un tipo de carácter cambiante al que era mejor dejar en paz. Como había otros dos coreanos a bordo, había dicho que tenía ciertos problemas de habla. Y a la vista de su envergadura física, nadie se burló de él por ese defecto. De todos modos, su acento había colado con los coreanos y se llevaba bastante bien con ellos y con el resto. Les había contado algunas cosas de sí mismo, les había enseñado fotos, y él había visto las de los demás. No, no tenía problemas con la tripulación.

Sin embargo, con el contraamaestre ya era otra cosa.

El coreano no le caía bien. Y obedecer sus órdenes no iba a servirle de nada. Le iría dando una orden tras otra, le asignaría todos los trabajos desagradables del barco hasta que aflorase el resentimiento y surgiera una chispa de rebeldía. Entonces recurriría a los puños y lo sometería a base de golpes. Y finalmente lo obligaría a engrasar la grúa.

Se acordó de lo que le había dicho Ichiko respecto a esta: engrasarla era el trabajo más peligroso del mundo. Costaba mucho manejar el freno de barra, uno no se podía descuidar ni un segundo; y cuando la cubierta estaba helada y el operario resbalaba, aquel bicho podía desplazarse y atrapar al operario entre los engranajes. Tenía que hacerlo algún otro, alguien con más experiencia que él. De modo que lo primero que haría el contraмаestre sería obligarlo. Bueno, tendría que enfrentarse a ello tarde o temprano, y mejor que fuera cuanto antes.

Se volvió de costado y se quedó dormido. Aquella muda insolencia estaba pensada para que el enfrentamiento tuviera lugar pronto. Porque pronto llegaría el hielo.

Dos días más tarde, quinientas millas más al norte, el hielo llegó.

Pese a la velocidad económica que procuraba mantener, el carguero ya había recorrido casi tres mil millas desde la templada Nagasaki hasta las inmediaciones del invierno ártico. Conforme iban aproximándose al estrecho de Bering, para el que aún faltaban unos días, se les estaba echando encima un intenso temporal de viento y nieve que provocaba una fuerte marejada. Ya desde primera hora de la mañana los hombres habían comenzado a apuntalar la carga; primero en las bodegas, luego en la cubierta, resbalando cada dos por tres mientras comprobaban que las cerraduras y los cables de los contenedores estuvieran bien firmes.

Estaban tomando una taza de café para intentar entrar en calor, cuando de pronto una figura corpulenta se asomó en lo alto de la escalera que llevaba a cubierta.

—¡Sung! ¡Matsuda! Subid, vamos.

Los dos aludidos se pusieron de nuevo en pie y obedecieron la orden. El contraмаestre los estaba esperando junto a la pasarela.

—Las grúas se están helando, id a buscar el equipo y empezad por la número tres. Vais a necesitar un arnés, porque esto se mueve mucho.

Él mismo estaba cogiendo ya un arnés de seguridad, y se apartó de inmediato.

Matsuda, entre maldiciones, fue el primero en dirigirse a los pañoles.

—¡Que se jodan las putas grúas! ¿Para qué las necesitamos ahora?

El día anterior había tenido un roce con el contraмаestre. Era un hombre pequeño un tanto marchito y con un ojo bizco. Sung comprendió al instante que él no iba a ocuparse del freno. Sacaron el equipo y los arneses y volvieron a donde estaba el contraмаestre, avanzando con dificultad a través del vendaval, que soplaba de cara. El hombre se había amarrado a un noray de la cubierta, la grúa número tres estaba justo a su lado.

—¡Muy bien, manos a la obra! —Tuvo que gritar para hacerse oír por encima del viento—. ¡Matsuda, tú en el freno!

—Señor —dijo Sung—, nunca he engrasado una grúa en estas condiciones.

—Pues ahora tienes la oportunidad de aprender.

—Será mejor que me ocupe yo del freno, soy más fuerte que Matsuda.

—¡Vaya, un hombre fuerte! Pues no... Engrasas tú, hombre fuerte.

Sung negó con la cabeza.

—¡Es una orden! —replicó el contramaestre, de repente jovial.

Sung se inclinó hacia él.

—¡A la mierda la orden! —le dijo al oído—. Y a la mierda usted.

El contramaestre lo contempló con satisfacción y luego se volvió para olfatear el viento helado. El puente de mando tenía las luces encendidas y los limpiaparabrisas activados. Detrás de estos distinguió al primer oficial, que estaba observando la escena, y también la figura desdibujada del timonel.

—Matsuda, ve un rato abajo. Ya te llamaré —dijo el contramaestre, y empezó a desabrocharse el arnés—. Sung, vamos a la popa.

Sung echó a andar con el corazón acelerado. La popa, la parte situada detrás del puente de mando, era donde iban los hombres a ajustar cuentas, y se preparó para moverse deprisa. Pero aún se encontraban debajo del puente, sin estar él preparado, cuando de repente sintió que le tiraban de la cabeza. El contramaestre le había saltado encima de improviso, le había agarrado la trenza con una mano y le había estampado el otro puño en la cara. Cayó de espaldas y resbaló sobre la cubierta, pero su agresor no le permitió tocar el suelo; sin soltarle la trenza, continuó golpeándolo en la cara, dos veces, tres, cuatro. Acto seguido, aún sin recuperarse de la conmoción, y sin dejar de resbalar en la capa de hielo, sintió que le daban la vuelta y lo arrastraban de la trenza en dirección a la popa, hasta que al final el contramaestre lo soltó y se dejó caer encima de él.

Fue como si le cayera un toro encima. Su adversario aterrizó de rodillas y le hizo expulsar con violencia todo el aire que tenía en los pulmones. La agresión fue tan repentina y brusca que Sung se quedó profundamente aturdido. Y lo seguía estando cuando el contramaestre empezó a golpearle la cabeza contra el suelo. Sólo pensaba en escapar de allí, pero como el otro lo tenía aprisionado con todo el peso de su cuerpo, le resultaba imposible. Levantó las manos y buscó los ojos de su agresor para obligarlo a que se apartara, pero este lo esquivó con facilidad y, por si acaso, le arreó un cabezazo.

Sung sintió el crujido agudo de su nariz y notó que ya le estaba corriendo la sangre por la cara. En medio de la sorpresa y el dolor, lo invadió una cólera repentina cuando el contramaestre le lanzó un salivazo. Hasta entonces aún no se había enfadado. Esperaba la pelea y la había aceptado. En cambio ahora sí que estaba furioso.

Cuando vio venir de nuevo hacia él la cabeza del oficial, se abrazó a ella con rabia y, aprovechando el último ápice de energía que le quedaba, la atrajo hacia sí poco a poco, hasta que, haciendo fuerza, el contramaestre la giró en el intento de zafarse y dejó una oreja al alcance de Sung. El coreano le clavó los dientes y, sin soltar su presa, le desgarró un pedazo de carne y la zarandeó de lado a lado. Oyó los

insulto que soltaba el contramaestre mientras movía la cabeza intentando liberar la oreja. Cuando dejó de hacer tanta presión encima de Sung, este aprovechó para escabullirse.

Culebreó con rapidez por encima del hielo y consiguió quedar de rodillas, postura que le permitía arrojarse sobre su adversario. Pero esa no era su idea. El contramaestre lo había pillado por sorpresa, de acuerdo, se había valido de un ataque súbito y de su peso y su corpulencia. Pero lo que ese hombre tenía que descubrir era que, incluso con todo su peso y toda su corpulencia, en igualdad de condiciones, o sin que estas importaran, nunca podría ganarlo. ¡Nunca! Tenía que entender que lo único que había conseguido eran problemas, y que el momento de pasarlo mal no le llegaría por casualidad ni por encontrarse momentáneamente en una situación de desventaja, sino siempre, todo el tiempo, cada vez que a él se le antojara.

Sung tenía que explicarle todo eso, pero como se notaba la cabeza destrozada de tanto arrastrarla por cubierta y sentía un dolor terrible a causa de los golpes, pensó que lo mejor era neutralizar primero a su contrincante. Dejó que se pusiera de pie y que intentara embestirlo, incluso dio un paso atrás y levantó las manos para defenderse, hasta se preparó para lanzarle un puñetazo, pero cuando el contramaestre se abalanzó sobre él, se apartó con mucha habilidad hacia un lado y se sirvió de toda su agilidad para propinarle una patada en la entrepierna con todas sus fuerzas. El hombre se dobló sobre sí mismo con un gemido de dolor y Sung lo golpeó en la nuca con el canto de la mano, al tiempo que le ponía la zancadilla para hacerlo caer otra vez. Luego saltó encima de él con ambos pies, calzados con gruesas botas. A continuación, se arrodilló a su lado y le dijo en voz baja:

—Señor, déjeme en paz. Soy un hombre duro y he peleado muchas veces, muy sucio, y siempre gano. Métase conmigo y lo dejaré lisiado para siempre. No volverá a trabajar, se lo juro. Pero no quiero hacerlo, ya tengo mis propios problemas. Dicen que quizá estoy loco. Sí, he hecho locuras y he estado en la cárcel, eso confirman mis papeles, pero porque me han metido el dedo en el ojo. No aguanto esas cosas, señor. ¿Me entiende?

El contramaestre no dijo nada. Se rodeaba con los brazos, agachaba la cabeza y emitía gruñidos y gorgoteos. Eso pareció enfurecer a Sung, que lo agarró por las dos orejas y tiró de ellas con violencia hasta lograr que el toro se pusiera en pie y lo mirase a los ojos.

—¿No me habla? ¿Sólo me escupe? Pues ¡más le vale responderme, señor! Porque de lo contrario le voy a arrancar la cabeza. ¡A mí no me trate como si fuera una mierda! ¿Me ha entendido? ¿Me ha entendido?

La cabeza del contramaestre se bamboleaba de tal manera que los ojos le bizqueaban. Aún tenía la boca contraída en una mueca de dolor, pero incluso así logró emitir un gruñido para indicar que lo había entendido.

—Bien, me alegro. Tengo varias cosas que decirle, señor. Puede usted darme órdenes, hacerme trabajar, de acuerdo. Haré lo que tenga que hacer. Pero si hay algo

que no quiero hacer, o no puedo, vaya haciéndose a la idea de que no lo haré. ¿De acuerdo? Porque si intenta obligarme, lo dejo lisiado. Y no me importará, ¿comprende? ¡Usted procure no cabrearme!

El contraamaestre empezaba a recuperarse despacio y terminó por incorporarse hasta quedar sentado.

—Sí, estás loco —le dijo—, y no tienes ni puta idea de lo que dices. Acabaré doblegándote.

—¿Y cómo piensa hacer eso, señor? —No sabía si estaba hablando japonés con demasiada claridad y se había olvidado de su defecto en el habla. Pero vio que su representación de la locura estaba funcionando—. ¿Quiere ponerme grilletes, encerrarme? Pues tendrá que explicar el motivo. Vaya a ver al capitán y dígame: «Capitán, este hombre es demasiado duro para mí». O busque ayuda entre la tripulación. ¿Qué va a hacer, señor? Usted me ha golpeado en la cara. Me ha dejado señales, todo el mundo podrá verlo. Pero yo no he hecho lo mismo. ¿Cree que yo voy a ir por ahí diciendo que le he pegado al contraamaestre? Todos se reirían de mí. Yo no voy a decir eso. No voy a decir nada. Lo único que quiero es que me deje en paz.

Vio que esos argumentos habían ido calando en el contraamaestre, que acabó de incorporarse despacio.

—Sung —dijo—, te vas a arrepentir de esto. Nos espera un viaje muy largo, vamos a dar la vuelta al mundo. ¿Y sabes lo que vas a sacar tú? Que te jodan bien jodido, porque no vas a cobrar ni un solo yen. Pienso retenerte toda la paga. Te pillaré por un motivo u otro. A ver qué te parece esto, tipo duro.

Sung lo miró furioso.

—Piénselo bien, señor. Piénselo dos veces, porque iré a buscarlo donde esté. Y lo encontraré. Con que estoy loco, ¿no? Pues le sacaré los ojos. Lo haré pedazos, le romperé los huesos, las rodillas, las manos. No podrá volver a subirse a un barco. Ahora mismo, por ejemplo, si me apeteciera podría darle una patada en las pelotas y pasaría varios días sin poder andar. Pero no me apetece. Sin embargo, voy a darle algo para que no se le olvide lo que le estoy diciendo. Deme la mano, señor.

El contraamaestre no obedeció, así que Sung le propinó un pisotón en las piernas y cuando el otro gimió de dolor, le dio un puñetazo en su cuello de toro con tanta fuerza que volvió a golpearse la cabeza contra la cubierta.

—Levántese, señor. Deme la mano. La derecha.

El contraamaestre le tendió la mano. Sung le cogió el dedo meñique con sumo cuidado, se lo mostró para que lo viera y se lo rompió. Acto seguido, entre nuevos gemidos de dolor, lo ayudó a ponerse de pie.

—No me joda, señor —le dijo—, y no volveré a hacerle daño. Ya ve cómo me ha dejado la cara. Ahora tengo que bajar ahí y que me vean todos. Usted me ha dado una paliza, ¿de acuerdo? Ahora descanse la mano y recuerde: si me hace algo que no me guste, iré a por usted. Esté donde esté, ¡lo encontraré!

El 19 de septiembre, el *Suzaku Maru* atravesó el estrecho de Bering, rodeó el cabo Dezhnev y transmitió por radio que había entrado en aguas rusas. El capitán recibió la respuesta a su notificación y esperó pacientemente.

Lamentaba haber perdido el cargamento de atún que iba a Múrmansk, y esperaba que surgiera alguna otra cosa en Cabo Verde. Le parecía muy probable que así fuera. Por las comunicaciones que oía por radio sabía que en aquella zona había pesca abundante. Su capacidad de refrigeración era limitada, pero si el producto estaba ya empaquetado y embalado en palés, lo subiría a bordo.

En lo relativo a las instrucciones, los rusos eran lentos pero hábiles. Aguardaban hasta el último momento para atraparlo a uno. Sabían que llevar aquella mercancía hasta Múrmansk a él no iba a costarle nada, excepto unas cuantas horas de carga. Por otra parte, el capitán era consciente de que nadie más hacía aquella ruta; todos los buques rusos estaban en otra parte, camino de los puertos libres de hielo del Pacífico. Sí, el suyo era el último barco extranjero de aquella temporada. Podía esperar.

Las cartas náuticas le indicaban que se encontraba a unos tres días y medio de la desembocadura del río Kolima, que era donde sospechaba que tendrían el producto esperando en barcazas. Rara vez se permitía que los barcos extranjeros penetrasen río arriba hasta el mismo Cabo Verde, y tampoco que la tripulación bajase a tierra. Sólo Dios sabía qué era lo que tanto temían los rusos: ¿que los extranjeros pudieran seducir a sus ciudadanos, que los tentaran a hacer contrabando con el oro y los diamantes que había allí? No, simplemente eran rusos, suspicaces por naturaleza, astutos.

Al capitán no le desagradaba en absoluto no llevar ningún cargamento para Cabo Verde. Así no tenía necesidad de realizar la ardua tarea de remontar el río Kolima. Había estado siguiendo con atención los partes meteorológicos y no eran nada buenos. Las tormentas de días anteriores habían amainado, pero en aquella gélida calma el hielo estaba extendiéndose con rapidez, procedente del norte. Lo que quería era salir de aquella zona y dejar Múrmansk bien lejos antes de que se congelase todo el mar. Cosa que ya sabían en Cabo Verde. No lo retendrían demasiado. Lo llamarían.

Pero al día siguiente, cuando volvía a estar de guardia, aún no lo habían llamado. Empezó a canturrear en voz baja para reflexionar. Aquello era jugar al gato y al ratón. Era evidente que esperaban que llamara él. «¿Quieres subir pescado a bordo? Pues ofrécnos un buen precio». En fin, no pensaba hacer nada. Que tomaran ellos la iniciativa. Cada vez hacía más frío, y las ventanas del puente de mando tenían continuamente conectado el sistema de descongelación. El marinero nuevo, Sung, le llevó un termo.

—¿Qué es? —preguntó.

—Sopa caliente, capitán.

—Hum.

No había pedido nada, sin embargo aquel hombre mostraba buena disposición; un cambio agradable, considerando su actitud hosca de los primeros días. Tenía toda la cara magullada, un ojo amoratado, la nariz hinchada y un labio inflamado y abierto. El capitán se había fijado también en que el contramaestre llevaba un vendaje en un dedo, y había tenido el tacto de no preguntarle qué le había ocurrido; dedujo que seguramente se debería a una colisión, un tanto entusiasta, con el rostro de aquel coreano. El contramaestre tenía que poner orden a su manera, y en ocasiones era necesario emplear mano dura con la escoria que llevaban a bordo. El capitán se mantenía al margen de todo aquello, y prefería considerar que los marineros eran más bien niños traviosos, con frecuencia ingenuos. Aquel estaba ahora mirando a su alrededor con asombro, pues desde allí se veía todo mucho mejor que desde la cubierta.

—¿Es la primera vez que viaja al norte, marinero? —le preguntó el capitán con aspereza.

—La primera, capitán. ¿Esto es Siberia?

—Sí. La región de Chukotka.

—¿Estamos cerca de Múrmansk?

—A tres mil millas.

Vio que el coreano volvía a asombrarse, pero al cabo de un momento comprendió que era por algo que había visto a su espalda.

—¡Mire, capitán, mire! ¡Tienen aviones!

El capitán se volvió y divisó una avioneta que se elevaba por encima de la franja de hielo del cabo Schmidta, y que ahora estaba pasando por el mástil de babor en dirección a la popa. La observó con los prismáticos durante unos instantes y al darse la vuelta descubrió, con sorpresa, que el coreano estaba inclinado sobre la carta náutica; que incluso cometía la impertinencia de reseguir con el dedo los puntos que había ido marcando él con lápiz a lo largo de la trayectoria del barco. No hacía mucho que había añadido el último: «Cabo Schmidta: 16.48 horas».

—Está bien, ya basta, váyase —dijo en tono cortante, y se quedó contemplando cómo se marchaba. «¡Pobre idiota!».

Observó la avioneta durante un rato más y volvió a canturrear en voz baja. Desde Cabo Verde hasta el río Kolima había menos de cuatrocientas veinte millas. Tenían menos de cuarenta y ocho horas para llamarlo.

Porter bajó del puente pensando que tenía menos de cuatro horas. Aunque no sabía cuánto menos. Además del cabo Schmidta, en la carta había visto la isla de Wrangel, justo al norte. Le habían dicho que cuando el cabo y la isla estuvieran alineados, quedarían cuatrocientas veinte millas náuticas para llegar a su destino. La hora de llegada dependería de la velocidad que llevara el barco.

Se sentó de nuevo a repasar la misiva que había estado escribiendo. La había

dejado abierta encima de la mesa, y por las caras sonrientes de los marineros que estaban a su alrededor dedujo que uno de los coreanos debía de haberla leído en voz alta. Los saludos y las expresiones de cariño eran de lo más imaginativo y evocador. Así como el relato de sus actos de heroísmo durante las recientes ventiscas. No mencionaba que el contramaestre le había dado una paliza. Ahora las ventiscas habían cesado y estaban navegando por mares por los que nadie más se atrevía a navegar, rápidos como el viento. Al llegar a esas últimas palabras, hizo una pausa.

—¿A qué velocidad vamos? —preguntó.

El hombre que tenía enfrente disimuló una sonrisa y escuchó los motores un instante.

—A la normal. Nueve nudos —respondió.

—¿Sólo nueve? —respondió Sung, decepcionado, y continuó escribiendo.

Una distancia de cuatrocientas veinte millas náuticas a una velocidad de nueve nudos representaba algo menos de cuarenta y siete horas. Cuarenta y siete horas para marcharse. O más bien cuarenta y siete horas desde la última posición anotada, que había sido registrada a las 16.48 horas. Ahora eran las 17.30 pasadas. Le quedaban menos de tres horas. Menos de dos y media, porque iba a tener que ser a las ocho en punto.

A las ocho en punto se dirigió a los retretes y se encerró. Se bajó la cremallera de los vaqueros y sacó su navaja. El bulto estaba oculto en la cinturilla de los calzoncillos largos y fue cortando las puntadas con cuidado. La cápsula iba envuelta en un sobrecito de polietileno, que retiró. Para asegurarse de que la ingestión fuera completa y rápida, le habían dicho que debía morderla; tardaría veinte horas en hacerle efecto, tal como había sucedido con Ushiba. La dosis de este había sido mucho mayor, con el fin de asegurar un resultado espectacular e inequívoco. Él no se pondría tan enfermo, pero se encontraría muy mal de todas formas.

Se metió la cápsula en la boca y la mordió. Notó un sabor vagamente parecido al de un medicamento, que desapareció enseguida. Veinte horas durante las cuales debía esperar, hasta las cuatro de la tarde del día siguiente.

No le hacía ninguna gracia pensar en el tiempo que tenía por delante. Sobre todo, considerando que iba a estar en manos del contramaestre.

Entre las cuatro de la tarde y las ocho de la noche las guardias se dividían en dos turnos de dos horas. Al día siguiente, el capitán escogió el segundo y llegó a las seis de muy mal humor. El barco estaba frente al cabo Shelagskiy, describiendo un arco muy amplio con el fin de no acercarse a la bahía de Chaunskaiá. Allí había una especie de base militar, en Pevek, y los rusos se mostraban suspicaces —como siempre— con todo aquel que se aproximara demasiado.

El primer oficial dejó el buque en manos del capitán y abandonó el puente, el capitán se quedó contemplando la mesa de las cartas náuticas, mientras canturreaba para sí. Seguían sin tener noticias de Cabo Verde. ¿Qué diablos les ocurría? Apenas quedaban veintidós horas. O no tenían carga, o estaban jugando con él. ¡Pues a la mierda! Que se quedaran con la pesca. O que la mandaran por avión. Sí, exacto, que probaran a hacer eso, porque él no pensaba llamar.

Transcurrida media hora, viró, pasó a cierta distancia de la isla de Ayon y luego enderezó el rumbo. No pensaba hacer más cambios hasta que hubiera rebasado el río Kolima. Pasaría por delante de este en línea recta. No se detendría aunque se lo suplicaran.

De repente, el primer oficial entró a toda prisa.

—Capitán —dijo en voz baja, al tiempo que le hacía una señal para que se apartase un poco del timonel—, tenemos un problema.

—¿De qué se trata?

—Del marinero nuevo, Sung. Se encuentra mal.

—¿El contraмаestre ha vuelto a sacudirle?

—No, no. Tiene fiebre. No para de vomitar. Ocupa la litera de Ushiba.

Ambos hombres se miraron y el primer oficial asintió lentamente.

—Creo que sería mejor que bajara usted a echar un vistazo —dijo.

El capitán bajó y encontró a Sung sostenido por dos hombres, colgando fuera de su litera y vomitando en un cubo.

—¡Capitán, señor!

El contraмаestre se lo llevó aparte para explicarle la situación.

Al parecer, Sung había intentado levantarse para cumplir su turno de guardia, el primero, pero no conseguía mantenerse en pie. Al recordar que unos días antes por lo visto se había golpeado la cabeza contra la cubierta, el contraмаestre pensó que aquello podía ser un efecto retardado y le dijo que se tomara un descanso. Pero de repente empezó a vomitar.

—Y a tiritar. Y se ha puesto verde —añadió el contraмаestre, mirando al capitán a los ojos.

—¿Cuánto tiempo lleva así?

—Más de dos horas. ¡Primer turno de guardia! Al principio pensaba que no era nada, no parecía necesario...

—¿Le ocurre lo mismo que a... a...?

—Lo mismo. Y también le castañetean los dientes.

El capitán reflexionó unos instantes.

—¿Te libraste de la colchoneta?

—De la colchoneta, las sábanas, las mantas, de todo. Toda la ropa de cama es nueva.

—¿Y desinfectaste la litera?

—Con mis propias manos. Usé antiséptico, un cubo entero.

—¡Capitán, capitán!

Alguien lo llamaba histérico. Era Sung.

—Tranquilo, ¿qué ocurre? Aquí estoy.

El capitán se acercó a la litera y vio, con profunda consternación, el color de la piel del coreano, los ojos vidriosos y desorientados, el temblor de la boca. Gesticulaba con grandes movimientos.

—¡Échelos a todos, capitán! ¡Quédese solamente usted! Sólo hablaré con usted. Con nadie más. ¡Échelos a todos!

—Está bien —contestó él, y les dijo a los demás que se retirasen.

—¡El contraamaestre también! No quiero al contraamaestre. ¡Sólo usted, capitán!

—Muy bien. Déjenos solos, contraamaestre. ¿Qué ocurre?

El coreano lo aferró del brazo y con la otra mano se señaló la cara. Los dientes le castañeteaban de tal manera que el capitán tuvo que acercarse más a él.

—El contraamaestre me hizo esto, capitán. Fíjese en mi cara. ¡No me deje con él!

—Está bien.

—No quiero quedarme con él... ¡Como Ushiba en los retretes! No quiero eso, capitán. No quiero quedarme con él. Volverá a hacerme daño, ¡volverá a golpearme!

—Está bien. Yo me encargo —le dijo el capitán, que había sentido un escalofrío al darse cuenta de lo mucho que sabía de Ushiba aquel coreano; era obvio que el rumor había corrido entre la tripulación.

—¡Prométamelo, capitán! ¡Prométame que no me dejará con él!

—Se lo prometo. Cuidaré de usted personalmente. Pero ahora descanse tranquilo. Tengo que ocuparme de unos asuntos.

Al salir de allí, se fue directo a su camarote y cogió el *Diccionario médico del marinero*. Los agoreros síntomas que se explicaban en él no le aportaban nada nuevo, pero aun así los leyó una vez más, con más avidez incluso que en la ocasión anterior. El coreano no tardaría en sufrir convulsiones y diarrea. No se lo podía dejar donde estaba. El problema era la litera. Por lo visto, el antiséptico no servía de nada cuando se trataba de un virus. Incluso podía ser que lo hubiera activado. «Virus que vive en el agua...». Con independencia de dónde viniera, Sung se había contagiado.

El problema era la litera. La litera de Ushiba. Pero en su caso habían contado oportunamente con el puerto de Otaru para desembarcarlo allí. ¿En qué lugar del Ártico, aquel vasto océano dejado de la mano de Dios, iban a poder desembarcar a Sung?

Por un instante, acarició la atractiva idea de arrojarlo al mar, pero la apartó de su pensamiento al momento. La tripulación se enteraría... En algún lugar de aquella inmensidad tenía que haber un puesto médico. Empezó a rebuscar entre los *Avisos a marinos*, a ver si daba con algo en aquella zona. Longitud 170.

«Pevek: Instalaciones sanitarias». Ese puesto estaba descartado, se trataba de una base militar. Continuó hacia el oeste en las páginas siguientes, longitudes de la 169 a la 163, y no encontró nada, porque en aquel lugar tan desolado no había nada que

encontrar. Cuando llegó a la longitud 162, la anotación con la que se topó no pudo ser más irónica.

«Tcherski: Hospital y ala de aislamiento (llamar a Cabo Verde)».

¡Llamar a Cabo Verde! Justo el sitio al que había prometido no llamar. Justo el sitio al que ahora iba a tener que llamar por necesidad. Consultó su reloj, eran las siete, y decidió que no merecía la pena hacerlo en ese momento, pues ya habrían cerrado. Todavía le quedaban veintiuna horas. Al día siguiente habría tiempo de sobra, con llamar antes de las doce bastaría. De ese modo daba tiempo a que llamasen ellos. Y él mismo tendría tiempo también de solucionar unas cuantas cosas.

A las nueve de la noche, Sung fue trasladado a los retretes de popa, con convulsiones, pero aún sin diarrea. Esta llegó poco después y el capitán en persona lo regó con la manguera. El primer oficial le cubrió la guardia en el puente durante la noche, que fue muy agitada, porque cada hora iba a ver cómo seguía Sung. El coreano tenía mala cara, no dejaba de mover la cabeza, le castañeteaban los dientes y balbuceaba sin cesar. Además, al intensificarse la pigmentación de la cara, los hematomas destacaban más, lo cual preocupó al capitán. El contramaestre se había ofrecido voluntario dos veces para relevarlo, pero él no quiso darle la llave.

A las once de la mañana, todavía sin dormir, llamó a Cabo Verde y obtuvo una respuesta de lo más jovial.

—¡*Suzaku Maru, Suzaku Maru*, hola! Estamos encantados de tener noticias tuyas. Tal vez tengamos algo para ustedes.

El capitán sonrió sin alegría: era evidente que habían estado jugando con ellos. Pues claro que tenían algo para él, y ahora estaba atrapado. Su dominio del ruso era rudimentario, pero le sirvió.

—Cabo Verde, me alegro de oírlos. Yo también tengo algo para ustedes.

—¿Para nosotros? ¿Qué tiene para nosotros, capitán?

—Llevo un enfermo a bordo. Necesito asistencia.

—¿De qué está enfermo, capitán?

—Creo que de ictericia, pero no estoy seguro.

—No hay problema. ¿Cuál es su hora estimada de llegada?

—Mi hora estimada de llegada son las cuatro de la tarde, repito: las cuatro de la tarde.

—Hora estimada, las cuatro de la tarde. Recibido. Capitán, ¿quiere un cargamento?

—¿De qué cargamento se trata?

—Puede que de pescado. Empaquetado y embalado en palés.

—¿Salado o congelado?

—Quizá ambos. ¿Quiere algo?

—¿Cuánto hay?

—Tal vez no mucho. Depende.

Dependía del precio, naturalmente.

—Bueno, ya veremos —respondió él.

—Claro. ¡Ya veremos! De acuerdo, capitán.

—¿Y qué pasa con mi enfermo?

—Le informaremos.

Le informarían. Se lo dirían en el último minuto. Así eran ellos. Desde luego, no le dirían nada antes de las dos del mediodía.

A las dos le informaron.

—¡*Suzaku Maru, Suzaku Maru!* Aquí Cabo Verde.

—Hola, Cabo Verde. Aquí *Suzaku Maru*.

—Capitán, debe quedarse frente a Ambarchik. Allí un oficial médico subirá a bordo, ¿de acuerdo?

—Quedarme frente a Ambarchik, de acuerdo —repitió él—. ¿En qué punto?

—Un bote irá a su encuentro. Sígalo, capitán. Ya lo hemos preparado todo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Gracias, Cabo Verde.

Ambarchik era un lugar que conocía bastante bien. Llevaba tres o cuatro años sin pasar por allí, pues últimamente era otro de los barcos de la naviera el que había hecho el viaje, el buque que habían mandado al desguace unos meses atrás, pero aun así se acordaba del sitio. Estaba en la desembocadura oriental del río. Varios ramales salían del gigantesco estuario, pero recordaba que aquel era donde les gustaba tener la pesca, esperando a bordo de barcazas. Y ahora estaría aguardándolo allí a él, no le cabía duda; lo habían «preparado todo»...

Él también tenía que preparar algunas cosas. Fue abajo y entró en los retretes de popa.

A las tres y media de la tarde, cuando una voz le comunicó desde el puente que el bote acababa de aparecer, Sung ya estaba limpio e instalado en el camarote del capitán. El agua de arroz le había cortado un poco la diarrea, pero todavía era necesario proteger la camilla con toallas y una esterilla de caucho. El coreano estaba todo envuelto en mantas, y la camilla reposaba en el suelo del camarote, de modo que ya no eran necesarias las correas. A pesar de que le habían administrado un sedante suave, no paraba de mover la cabeza, con los ojos abiertos y vidriosos, y aún balbuceaba. Al capitán le había parecido imprudente dormirlo del todo. En el caso de Ushiba había sido necesario salir con rapidez de aguas japonesas, pero ahora el barco pasaría varios días en aguas rusas, tiempo suficiente para que los rusos lo detuvieran cuando se les antojara. Lo que dictaba el sentido común era que los informase de todo de inmediato.

El bote los condujo hasta el otro lado del cabo, y una vez que estuvieron dentro del estuario, el capitán intercambió el sitio con el primer oficial y se hizo cargo del barco personalmente. Vio en el bote a un antiguo marinero de Cabo Verde que lo observaba con unos prismáticos; se acordó de él de otros tiempos y le devolvió el saludo. Asintió para sí mismo cuando le indicaron dónde tenía que fondear: a media milla de la costa, cerca del primero de un conjunto de islotes. Allí había cuatro barcazas unidas entre sí, todas cargadas. Contendrían unas cien toneladas, calculó el capitán. El regateo comenzaría después de que hubieran desembarcado a Sung.

Media hora más tarde llegó el bote de cuarentena y se encontró con la escalerilla ya desplegada y esperando. El oficial médico, un individuo corpulento que iba muy abrigado con un chaquetón de piel y un gorro, subió con agilidad por la escalerilla y el capitán acudió a recibirlo. Para su sorpresa, descubrió que era una mujer. Un tanto

malhumorado, la condujo hasta su camarote. Se dio cuenta de inmediato de que se trataba de una persona difícil, arrogante y metomentodo, a diferencia de los divertidos canallas que conocía de Cabo Verde. La oficial observó a Sung mientras se quitaba el chaquetón y, con gesto arisco, rechazaba los esfuerzos que hacía el capitán para ayudarla.

—¿Cuánto tiempo lleva así?

El capitán le resumió brevemente la duración y los síntomas de la enfermedad de Sung, pero omitió toda mención a Ushiba.

—¿Por qué tiene la cara llena de hematomas?

—Una pelea entre marineros —respondió él, encogiéndose de hombros.

La oficial lo miró fijamente unos instantes y luego se inclinó sobre el coreano.

—Esto no es ictericia —dijo al poco.

—Creía que el color amarillo...

—Presenta ictericia, pero no es sólo eso. ¿Ha tomado muestras de las heces?

El capitán reconoció que no lo había hecho y, con el fin de aligerar el ambiente, comentó en tono amable que el enfermo defecaba continuamente y que a lo mejor ella encontraba algo.

La oficial médica volvió a mirarlo a los ojos.

—Este hombre está muy enfermo. Voy a necesitar más datos. Muéstreme su litera.

A partir de entonces comenzó media hora de purgatorio para el capitán. Aquella bruja no sólo examinó la litera de Sung, que volvía a estar vacía, sino también todos los rincones de las dependencias de la tripulación, las cocinas y los retretes. Por suerte, el capitán era el único que hablaba ruso y se encargó de que de los hombres no saliera ninguna información comprometedoras. Sin embargo, observó preocupado que el sol empezaba a ponerse. Aún debían regatear por el precio del pescado, y cuando se pusieran a ello ya estaría demasiado oscuro para la operación de carga. Iban a tener que pernoctar allí.

—Muy bien —dijo la doctora, de vuelta en el camarote—. Voy a trasladarlo al ala de aislamiento de Tcherski. Necesito su documentación. ¿Tiene usted intención de esperar a los resultados?

—¿Cuánto tardarán en tenerlos?

—Cinco días.

—No —contestó el capitán.

—En ese caso me llevaré también sus pertenencias. De todos modos, habrá que someterlas a un tratamiento especial. ¿Cuál es su destino, capitán?

—Múrmansk.

—Me pondré en contacto con ellos. Si el enfermo tiene lo que creo, no le permitirán entrar. ¿Lo entiende?

—¿Que no me permitirán entrar? —repitió el capitán.

—Se trata de una fiebre sumamente contagiosa. Mi consejo es que se quede aquí

hasta que logremos identificarla.

—Pero ¡el mar se helará!

—Entonces continúe si lo desea. Yo no se lo puedo impedir. O dé la vuelta.

—¡Llevo un barco lleno de carga! Y aún tengo que cargar más producto aquí. Con destino a Múrmansk, precisamente.

—¿De qué carga se trata?

—Pescado. Varias toneladas, está aguardando en esas barcazas.

—Imposible. No puedo permitirlo. Este barco está infectado por la fiebre.

El capitán se sintió desfallecer. No podía cargar el pescado, no podía quedarse cinco días allí, porque entonces le resultaría imposible salir, y tampoco podía regresar a Japón con una carga destinada a Múrmansk. Pero era posible que en Múrmansk no lo dejaran entrar.

—Bien, usted decide, capitán. Yo no tengo autoridad para impedirselo, pero desde luego le prohíbo que suba el pescado a bordo. Entretanto, lo primero que hay que hacer es sacar a este hombre de este barco.

Y eso fue lo primero que hicieron. Sung fue trasladado al bote de cuarentena y, a continuación, río arriba, hacia Tcherski.

El capitán, después de mucho cavilar, tomó una rápida decisión.

«18.20 horas. Ambarchik. Pesado y zarpado. Velocidad 13 nudos».

Dirección: Múrmansk.

Tcherski, una población situada cuatro kilómetros al sur del puerto fluvial de Cabo Verde, era la capital administrativa del distrito de Kolima, al noreste de Siberia. Aunque era más bien pequeña —menos de diez mil habitantes—, contaba con un hospital de buen tamaño, el único plenamente equipado para atender una zona del tamaño de Holanda y Dinamarca juntas. El ala de aislamiento se utilizaba sobre todo durante el corto verano, infestado de mosquitos, y se encontraba vacía cuando ingresó Porter, el 23 de septiembre.

Los médicos de aquel hospital eran todos especialistas. Los generalistas, poco comunes en la Federación Rusa, eran algo desconocido en Siberia, y su función la desempeñaba un cuerpo de *feldshers*, paramédicos de gran experiencia. Los más veteranos, considerados oficiales médicos, eran responsables cada uno de un sector; y la oficial Komarova, la que llevó a Porter a Tcherski, era responsable del sector del bajo Kolima, que también abarcaba Ambarchik y la franja de la costa.

En el hospital, inscribió a su paciente como un posible caso de fiebre amarilla, y a este le asignaron al doctor P. M. Gavrilov, un joven especialista de San Petersburgo. El doctor Gavrilov aún no se había encontrado con un caso de fiebre amarilla, pero no tardó en percatarse, nada más estudiar los síntomas, de que podía tratarse de la variante de Java, bastante poco común. Eso lo emocionó. En los textos médicos había muy poca información sobre aquella forma de la enfermedad, de modo que ordenó una serie de pruebas muy precisas y fue anotando los resultados con mucho esmero.

Porter no se enteró de nada de todo eso. Como era el único ocupante de aquella ala, lo dejaron tranquilo con sus molestias. Alimentado por vía intravenosa, aseado en la propia cama y sedado cuando era necesario, durante los primeros dos días apenas estuvo consciente. Pero el tercero, al despertar de un profundo sueño, se encontró con una doctora que lo estaba examinando.

—¿Habla usted ruso? —le preguntó.

Su rostro le resultó vagamente familiar.

—Un poco ruso —contestó—. Un poco.

REGIÓN DE KOLIMA



- No tengo a nadie coreano ni japonés.
- Un poco ruso.
- Está en un hospital. Lo traje yo. ¿Me entiende?

—Sí. Hospital —dijo Porter.

La doctora estuvo un rato examinándolo. Llevaba una mascarilla colgando alrededor del cuello de la bata blanca. Le palpó la cabeza y él se dio cuenta de que le habían recogido la trenza en un moño en lo alto de la coronilla.

—¿Qué tal se encuentra? —le preguntó ella, de pronto sonriendo.

Porter tardó unos instantes en darse cuenta de que le había hecho la pregunta en inglés.

—Bien —respondió, y cerró los ojos enseguida.

Debía de haber estado balbuceando en esa lengua. Había intentado entrenarse para no cometer ese error. A saber qué habría dicho.

—Usted enfermo. Quizá un poco mejor ahora. —Volvió a hablar en inglés.

Porter decidió mantener los ojos cerrados y, poco después, la doctora se marchó. Él se quedó pensando unos instantes en lo del inglés, pero no tardó en quedarse dormido.

Luego un médico pasó a verlo. Este, en cambio, no le sonó de nada. También se dirigió a él en inglés, con bastante soltura.

—Soy el doctor Gavrilov. ¿Cómo se encuentra?

—No sé cómo me encuentro. ¿Qué ocurre?

—Lo trajeron aquí aquejado de una fiebre. Este es el hospital de Tcherski. ¿No se acuerda de nada?

—Sólo de que... estaba vomitando. ¿Cuánto tiempo estoy aquí?

—Tres días. Calculo que lleva cuatro días enfermo, puede que un poco más. Ya hablaremos de eso más adelante. ¿Le cuesta hablar inglés?

—¿Cuándo hablo inglés?

—Ha dicho unas pocas palabras, deliraba en sueños. Yo no entiendo el coreano —dijo el doctor Gavrilov, sonriendo.

—¿Dónde mi barco?

—No se preocupe por eso. Está muy débil. Debe descansar.

Al día siguiente le quitaron el gotero intravenoso, le dieron dieta blanda y regresó la doctora.

—Bueno, ya está mucho mejor —le dijo en ruso.

—¿Qué fiebre tengo, doctora?

—Creíamos que era fiebre amarilla, pero no lo es. Será otra clase de virus.

—¿Puedo irme?

—Cuando recupere las fuerzas. Ha estado muy enfermo.

—Pero ¡me esperan en barco!

—El barco ha zarpado.

—¿Ha zarpado? ¡Todas mis cosas allí!

—No, están aquí. Las tenemos nosotros.

—Bueno... ¿qué me ha pasado?

Era una buena pregunta, una pregunta que puso a trabajar a todas las autoridades del hospital durante aquel día y el siguiente. Aquel marinero era el primer extranjero que ingresaba como paciente en un hospital del distrito de Kolima. Los enfermos locales, cuando se recuperaban, se iban a sus casas. La de este estaba en Corea, a varios miles de kilómetros de allí. El distrito de Kolima, que era una región restringida, carecía de procedimientos para saber qué había que hacer en un caso como aquel. En principio se podía enviar al paciente en avión a Vladivostok, o, mejor, a Najodka, que contaba con un servicio de transporte por barco a Japón. Después, Najodka tendría que ver cómo hacerlo llegar hasta su casa. Pero incluso enviarlo a Najodka era difícil.

Tcherski no podía tratar directamente con Najodka, porque pertenecía a otra región autónoma. Habría que hacer pasar el asunto por Yakutsk, la capital de Yakutia, la república autónoma a la que pertenecía Tcherski. Tratar con Yakutsk siempre era un quebradero de cabeza, pero tras una primera conversación con el director del hospital, a la oficial médica se le dio a entender que se avecinaba un quebradero de cabeza todavía mayor. Cuando sacó a aquel marinero del barco, había olvidado obtener una garantía relativa a los gastos de manutención y transporte. Era un asunto que nunca se les había presentado. Pero la compañía Polar Aviation exigiría que se abonase el gasto de trasladarlo hasta Yakutsk, y Aeroflot el gasto de llevarlo hasta Najodka, donde querrían saber quién iba a hacerse cargo de la factura del traslado a Japón.

Obviamente, los responsables de todos los gastos eran los jefes del marinero. Pero entre responsabilidad y pago había un vacío. Un vacío que Yakutsk querría llenar antes de hacer nada y eso podía llevar semanas. Entretanto, el marinero estaba causando problemas graves en el hospital. Aunque se había recuperado, no se lo podía sacar del ala de aislamiento. El distrito estaba vedado a los extranjeros, y era inadmisibles ingresarlos en una sala general, con otros pacientes. No se le podía permitir que circulara por las instalaciones y tampoco que saliera de ellas.

Además, en su frustración, el paciente estaba creando un lío considerable. Mientras estuvo enfermo le habían soltado y desinfectado la trenza; ahora quería que se la impregnaran en gomina y se la hicieran de nuevo. Y también quería que le arreglasen el bigote. Pero por encima de todo, quería salir de allí. Y dado que, furioso, había olvidado lo poco que sabía de ruso y de inglés, había empezado a increpar a voces al personal en coreano; y al ver que no le contestaban, les gritaba todavía más fuerte en japonés. El director del hospital intentó explicarle que estaban haciendo todo lo posible para que pudiera marcharse, pero aun así tardaron en hacerle entender que estaban intentando trasladarlo a Japón. Cuando comprendió esto último, estuvo a punto de montar en cólera.

—¡No Japón! ¡Barco! ¡Barco!

—El barco se fue.

—¡Trabajo en barco! Dinero. No Japón. ¡Barco!

—Pero ya no está aquí, el barco zarpó.

- Mi trabajo en barco. El barco me espera.
- El barco no lo esperó. El barco se fue.
- Sí, se fue. ¿Adónde fue?
- A Múrmansk. Se fue.
- ¡Múrmansk no se va! Espera. Mi trabajo en barco.

En medio de aquel galimatías, el director del hospital por fin consiguió entender el asunto. Por lo visto, aquel hombre creía que el barco iba a esperarlo en Múrmansk. Pero el carguero hacía cinco días que había zarpado, y seguramente tampoco estaba ya en Múrmansk. No se molestó en explicarle esto último. La doctora de la cual era paciente parecía entenderse mejor con él, así que pensó que podría contárselo ella. Pero antes de decirle nada, se informó acerca de qué había sido del barco. Tras efectuar una llamada a Cabo Verde, descubrió que, después de todo, tal vez aquel coreano no estuviera tan desquiciado. El barco era un carguero lento, y ni siquiera navegando a su máxima velocidad habría llegado todavía a Múrmansk. Unos minutos más tarde lo llamaron del puerto para comunicarle que el buque aún se encontraba a tres días de allí.

Colgó el teléfono bastante entusiasmado. Aquello daba un giro a la situación. Si el capitán del barco firmaba las facturas, no habría necesidad de preocuparse de Yakutsk, Polar Aviation, Aeroflot ni Najodka. Y el capitán tendría que firmarlas, porque de lo contrario no saldría de Múrmansk. Bastaría una sola llamada a los paramilitares o al servicio de seguridad para arreglarlo todo. Y después, Komarova, que era la que había firmado el ingreso del paciente, podría firmar también el alta, se podría cerrar el ala de aislamiento, el marinero dejaría de gritar a todo el mundo en coreano y se librarían de él.

Y así sucedió al día siguiente. Komarova entregó a su paciente, con sus pertenencias, a los paramilitares. Estos lo metieron en un vuelo de Polar Aviation con destino a Yakutsk. Una vez allí fue escoltado hasta el vuelo de Aeroflot que iba a Irkutsk y Múrmansk. Y en Múrmansk, ya tarde y de noche, lo trasladaron al Albergue de Marineros Internacionales y lo registraron como visitante en tránsito a la espera de un barco. Le asignaron una taquilla y una cama y después de un día tan largo, se quedó profundamente dormido.

Los visitantes en tránsito alojados en el albergue no tenían «derechos en tierra», pero como la mayoría eran extranjeros que portaban divisas fuertes, eso nunca constituía un problema. La contribución habitual por respirar un poco de aire eran cinco dólares, y siempre había taxis libres al final de la calle. Como todos los pasaportes quedaban retenidos en el albergue, y no existía por tanto la posibilidad de fugarse a ninguna parte, el sistema funcionaba bastante bien. Lo normal era que se subieran tres en un taxi para ir a tomar el aire juntos, y los taxistas solían llevarlos al barrio chino.

Al día siguiente, a las ocho de la tarde, Porter se juntó con otras dos personas para

tomar un taxi. Sus compañeros, que eran noruegos, no entendían lo que decía, de modo que al llegar al primer destino acordaron amistosamente dividir el grupo. Tampoco en el barrio chino había escasez de taxis, de modo que Porter cogió uno para ir al aeropuerto, de nuevo pagando con dólares y recibiendo el cambio en rublos y kopeks. Con los kopeks hizo tres llamadas telefónicas a intervalos exactos de doce minutos. Dejó que cada una de ellas sonase dos veces y después colgó. Luego hizo una cuarta, dejó que sonase doce veces y alguien descolgó.

—Ya estoy aquí —dijo en ruso.

Múrmansk era una base naval importante, por lo que el aeropuerto estaba atestado de marineros uniformados. Estuvo observando en silencio, sentado en una sala, y al cabo de treinta minutos vio llegar al hombre. Parecía un marinero más: un tipo fornido y compacto, vestido, como él mismo, con un chaquetón de trabajo, bufanda y gorro de lana. Llevaba un petate voluminoso. El plan era que, si al lado de Porter no había sitio, ambos se trasladaran a otra parte. Pero sí lo había, y no tardaron en trabar una amistosa conversación. Luego, el recién llegado le dijo a Porter que le vigilase el petate mientras él hacía una llamada, y le sugirió que volvieran a encontrarse en el Automat. Porter accedió, y el otro se fue; poco después también se marchó Porter, con el petate, siguiendo la flecha que decía «ASEOS».

Habituado a aquella rutina desde Otaru, se encerró con llave y rápidamente se puso manos a la obra. Dentro del petate había ropa, documentación nueva, una billetera y una bolsa de aseo. Empezó por la bolsa de aseo: sacó la toalla, se la enrolló en torno al cuello y luego cogió las tijeras y el espejito de mano. Se cortó la trenza de raíz y la metió en la bolsa, acto seguido siguió trabajando con las tijeras alrededor de la cabeza, hasta que se dejó el pelo lo más corto que pudo. Todo el pelo cortado fue de la toalla a la bolsa. Después se embadurnó el cuero cabelludo y el bigote con el jabón líquido y empezó a trabajar con la cuchilla.

Ya se había afeitado la cara en otras ocasiones, sin embargo nunca había estado totalmente calvo y el efecto era sorprendente. No perdió tiempo en mirarse, de inmediato pasó a cambiarse y ponerse la ropa nueva, muy elegante: un pantalón de pana aterciopelada gruesa, un jersey blanco de lana fina, una estilosa cazadora de cuero forrada de piel, unas botas tobilleras en dos tonos y un gorro de armiño fantástico para su cabeza afeitada. Kolia (Nikolái) Jodian vestía con gran elegancia. En el bolsillo superior de la cazadora había unas gafas oscuras para la nieve. Se las probó un momento para ver el efecto que causaban y se las quitó. Después metió en el petate todo lo de Sung Won Choo y regresó con la bolsa a la sala.

El marinero estaba en el Automat, junto a los samovares, en el rincón más concurrido, tal como estipulaba el plan. Porter se abrió paso a empellones, se sirvió un vaso de té e intercambió unas palabras amistosas con él. Acto seguido, el tipo cogió el petate, se despidió de Porter con un gesto de la cabeza en medio del gentío y

se fue.

Porter se quedó un rato más, hasta acabarse el té, y después se dirigió a la consigna de equipajes al tiempo que sacaba el recibo de su billetera. Las dos piezas que lo estaban esperando eran tan ostentosas como los demás efectos personales de Jodian: una maleta escandinava de gran tamaño y una bolsa de piel de ante suave. Con ellas se fue al mostrador de facturación.

En el bolsillo interior llevaba un fajo de billetes sueltos. Tardaron casi treinta minutos en reservarle las diversas etapas del viaje, pues en una de ellas no funcionaba el ordenador. Después facturó la maleta y fue a tomarse otro té. El aeropuerto seguía estando abarrotado de gente, todavía se anunciaban vuelos que debían trasladar a los marineros de la Armada a lejanas regiones del país.

Porter estaba fumando en la sala cuando, a medianoche, anunciaron el primero de sus vuelos. El destino era Irkutsk. Allí cambió para dirigirse a Yakutsk. Y en Yakutsk, en medio de una fuerte ventisca, volvió a tomar un vuelo de Polar Aviaton para regresar a Tcherski.

Tres días después de marcharse había vuelto. Esto sucedía el 2 de octubre, justo al cabo de un mes de haber aterrizado en el aeropuerto japonés de Narita, y diez semanas después de haber oído hablar por primera vez de un lugar inaccesible y remoto llamado Cabo Verde. Tomó un taxi y quince minutos más tarde entró en el apartamento.

CUATRO

LAS PÁLIDAS MUJERES DE SIBERIA

Encendió la luz, cerró la puerta al entrar y permaneció inmóvil unos instantes, mirando y escuchando.

Estaba en un salón caldeado y fétido. Un ligero olor a fruta podrida flotaba en el aire. Aquel piso llevaba cuatro meses vacío; el último ocupante se fue precipitadamente en junio para coger un avión. Y al irse lo había dejado todo revuelto: periódicos tirados en el suelo, una bolsa de viaje, botas de trabajo, los cajones abiertos. En el sofá descansaba un osito panda de mirada tierna. Le habían pintado los labios con carmín. Porter abarcó todo el apartamento con un solo vistazo —dormitorio, cocina, cuarto de baño—, ya que todas las puertas estaban abiertas. Se oía un sonido amortiguado de música y voces procedente de los pisos de alrededor.

Esperó unos instantes más, luego fue hasta la ventana y corrió las cortinas. Advirtió que desde allí no se veía el puerto, ni siquiera la calle. Estaba en la parte trasera del edificio, en la segunda planta de un bloque grande, de 165 apartamentos. Justo enfrente se alzaba otro edificio gemelo, cinco plantas de ventanas con luz. Al fondo del patio cubierto de nieve pisoteada, ambos bloques se unían mediante una pasarela acristalada. A través de los cristales distinguió un supermercado que formaba parte del mismo complejo. Dentro brillaban unas cuantas luces, pero estaba cerrado. Ya eran casi las nueve. Suspiró y se quitó el gorro de armiño.

Aparte de la noche que durmió en Múrmansk, llevaba tres días sin apenas dejar de moverse de un lado a otro. Se quitó también la cazadora de Jodian y empezó a pasear por el apartamento, olfateando y tocando. Los muebles parecían nuevos, finlandeses, de buena calidad. La cama estaba deshecha; era enorme, buenas almohadas, edredón de plumas: «Swansdown», decía la etiqueta en inglés. El dueño de aquel piso era un solterón guarro y amante de las comodidades. El armario estaba repleto de prendas de invierno, todas de excelente calidad.

En el cuarto de baño igual: toallas buenas, esponjosas, extranjeras; la bañera y la ducha también eran muy superiores a la media. No había nada corriente allí, y todo lo había pagado aquel ricachón. Se notaba un olor a ropa sucia. Miró a su alrededor y vio unos calcetines de invierno gordos y unos calzoncillos asomando por el borde de un cesto de la ropa. Mezclados con ellos había unas bragas y un sujetador.

En la cocina halló más señales de una marcha apresurada: cacharros del desayuno aclarados y puestos boca abajo, y, en un cuenco de plástico que había en la encimera, descubrió la causa del olor a fruta podrida: unas peladuras de naranja y unos corazones de pera. En los armarios no había gran cosa; té, café, unas cuantas latas. Echó un vistazo al interior del frigorífico: salchichas, huevos, queso mohoso, todo para tirar. Pero no iba a tirarlo esa noche.

Esa noche tocaba dormir. Pero al mirar la sábana más de cerca vio que había sido usada, así que tuvo que cambiarla por otra. La nueva, recién sacada del armario, era de una seda hermosa y estaba provista de unos bordes elásticos que se ajustaban

perfectamente al colchón. Porter se quedó maravillado, él nunca había tenido cosas así. Menudo nivel de vida llevaban en el Ártico. Alexéi Mijailovich Ponomarenko había tenido una vida de lujo.

—¡Alexéi! ¿Has vuelto, Alexéi?

Había oído el timbre en sueños y pensó que estaba otra vez en el hospital, pero los golpes en la puerta que acompañaron al timbre lo devolvieron al mundo real y se levantó de la cama. Lo hizo con el elegante pijama de lana de Ponomarenko. Eran las ocho de la mañana.

—¡Un minuto, ya voy! —gritó, mientras los golpes continuaban.

—¡Alexéi! Cuánto me alegro de oírte otra vez. ¡Bienvenido, Aliosha!

—Vale, pero no soy Aliosha.

Kolia Jodian era un hombre risueño; taciturno a veces, temperamental siempre, pero sobre todo risueño. Sonreía ante las dificultades. Todo estaba cuidadosamente trabajado.

—Oh.

Se encontró con una frágil anciana calzada con zapatillas que lo miraba a los ojos. Tenía el rostro lleno de arrugas, como el de un gato atigrado, y contemplaba con perplejidad a aquel sorprendente nativo siberiano de cráneo afeitado.

—¿Alexéi no está?

—No, sigue en el mar Negro. Me ha prestado el piso una temporada. Él no puede venir todavía.

—¿Es que tiene problemas?

—¡Que a va a tener problemas! ¡Está divirtiéndose!

—Ah. Una chica, ¿verdad?

—Una chica guapísima. No tiene que preocuparse por él.

—Ya... Qué muchacho tan travieso. Pero usted... Disculpe... ¿usted es...?

—Jodian. Nikolái Dmitrievich. Puede llamarme Kolia —respondió Porter, y le estrechó la mano con gesto afectuoso. No había dejado de sonreír—. Usted no me conoce, en cambio yo sí la conozco a usted, es Anna Antonovna. ¡Lo sé todo sobre usted! Alexéi no dejaba de mencionarla.

—No me diga. ¿Hablaba de mí en Batumi?

La anciana estaba encantada.

—Sin parar. Decía que lo trataba como a un príncipe, y que lo mismo haría conmigo. ¡De modo que aquí estoy!

A la anciana no le quedaban muchos dientes, pero los que tenía estaban ahora en plena exhibición.

—Vaya, vaya —dijo, tocándole el brazo—. Pero podría haberme escrito al menos unas líneas. Aunque sólo fuera para decirme que iba a venir usted. Tengo aquí su correo, lo he ido recogiendo del buzón, me dejó la llave. —Porter se fijó en que

llevaba una bolsa colgada del brazo, abarrotada de papeles, sobre todo de revistas—. Se marchó sin dejar ninguna dirección. ¿Quiere que se lo envíe ahora?

—No, no. Él ya sabe que son sólo revistas. Guárdese las usted —dijo Porter—. Y, mientras tanto, trátame a mí como a un príncipe.

La anciana fisgoneaba el interior de la habitación.

—En fin, veo que está todo tan desordenado como siempre. Pensé que era otra vez él quien iba por ahí dando portazos. Es que vivo en el piso de al lado y se oye todo. ¿Quiere que empiece ahora mismo?

—No, antes voy a darme una ducha —contestó Porter.

Aún no había mirado lo que contenían las maletas de Jodian y quería hacerlo sin sentirse escrutado por aquella vieja *babushka* con expresión inquisitiva en su rostro gatuno. Él no había dado portazos, no había hecho ningún ruido. La anciana debió de ver la luz encendida la noche anterior, antes de que él corriese las cortinas.

—¿Tiene algo de comer? —preguntó la mujer.

—He traído algunas cosas, suficientes por ahora. No quiero perder tiempo, tengo que ir a la oficina del puerto.

—También a usted le gustan los barcos, ¿eh?

—¿Los barcos? —repitió Porter. Su sonrisa perdió parte del brillo. Se suponía que Ponomarenko era camionero.

—Quiero decir los camiones. ¿No es usted camionero?

—¡Ah, conoce usted nuestra jerga! —Menos mal que él también. El primer ejemplo de los peligros casuales—. Claro. Los «barcos». ¿Qué tal se presenta la temporada?

—Con el típico embrollo del principio, corriendo arriba y abajo. Pero el hielo está casi bien. Se alegrarán de tenerlo a usted. Entonces no es de por aquí... Kolia, ¿verdad?

—Sí, Kolia. No, soy de Chukotka, del circuito de Magadán. Pero voy a cualquier parte, ¡un barco es un barco!

—Por supuesto... ¡Qué chicos estos! En fin, Kolia, ya me avisará. ¿Quiere el mismo arreglo que con Aliosha, lavar, limpiar, hacer la compra?

—Todo. Lo mismo que hacía antes, hágalo ahora. Ya me dirá lo que le debo y le dejaré el dinero.

—¿Y si me encuentro algo? —Sus ojos seguían escrutando el pequeño apartamento— ¿Lo devuelvo? ¿O...?

—Deje que me dé una ducha y me tome un café —le pidió Porter— y luego voy a verla.

Cerró la puerta pensativo. Hasta que entró en el cuarto de baño y su mirada volvió a posarse en las bragas y el sujetador no cayó en la cuenta de lo que había querido decir la mujer con aquel «¿O...?». Alguien reclamaría aquellas prendas.

Esa era otra de las cosas que no le habían contado.

Durante aquella temporada, la Compañía de Transportes de Tcherski se encargaba de Cabo Verde. El río se había congelado y, aunque el hielo aún no estaba sólido del todo, sí lo estaba lo suficiente como para que se hubiera interrumpido todo el ir y venir de barcos. En los ochocientos metros que medía el muelle no había ni una sola pasarela, ni tampoco iba a haberla durante los ocho meses siguientes. Todo estaba atestado de mercancías, las últimas descargadas frenéticamente por los barcos que habían salido huyendo hacia mar abierto antes de que el hielo los atrapase.

Pero no sólo el muelle estaba atestado, también las naves industriales alineadas a lo largo de este, así como los enormes almacenes situados más arriba, en la colina; metros y más metros, todos abarrotados. A través de aquella pequeña abertura del Ártico se proveía todo el noreste de Siberia: sus minas de oro y de diamantes, sus fábricas y sus centrales eléctricas, así como todos los asentamientos industriales que habían crecido a su alrededor.

Durante el corto verano, cuando la corriente del Kolima fluía, las barcas transportaban los suministros al sur para que desde allí se distribuyeran a través del sistema de afluentes hacia el este y el oeste. Pero eso era en verano y en el sur. Allí arriba no había afluentes largos que llegaran al este ni al oeste. Hacia allí era imposible dirigirse en verano, por lo que había que esperar al invierno.

Y durante esa estación, la Compañía de Transportes de Tcherski se encargaba de ello.

Desde la empinada colina que dominaba el muelle, Porter observaba cómo lo hacían. Desde allí se veían todos los almacenes, y también la actividad que desarrollaban. Varias docenas de equipos de trabajadores se afanaban en ir retirando la mercancía que abarrotaba el muelle. Las cajas formaban torres imposibles, según habían ido apilándolas los barcos, en su prisa por marcharse. Después había nevado y se había formado una capa de hielo que pegó unas torres con otras. Los corpulentos operarios, con las orejeras de los gorros ondeando al frío viento, iban separándolas con martillos, mientras las grúas y las carretillas elevadoras las iban subiendo a los camiones. Había un flujo constante de estos vehículos, que subían lentamente la colina y entraban en la zona de almacenaje. Allí se colocaban las cajas bajo el último refugio, un saledizo sostenido con pilares que recorría toda la longitud de los almacenes.

Pasó un rato observándolo todo, luego dio media vuelta y se dirigió al edificio administrativo, caminando con dificultad por la nieve. Lo había identificado de inmediato: era una construcción achaparrada, de dos plantas, sostenida por pilotes y ubicada al principio de la fila de almacenes.

Como hacía una mañana mortecina, en el interior estaban encendidas todas las luces, y el vestíbulo, barrido por corrientes de aire, bullía de actividad. Muchos hombres iban de una lista a otra, todas colgadas en la pared, otros estaban reunidos en

torno a los samovares, charlando y fumando. Él permaneció un rato de pie, empujado por todos lados, y poco después se acercó a una puerta doble de cristal que había al fondo. Entró en una amplia estancia llena de mesas, con hombres y mujeres escribiendo, telefoneando, pasándose papeles por encima de tazas de té. No logró distinguir a nadie que pareciera ser el jefe, así que dio media vuelta para dirigirse a un samovar y servirse un té. No había vasos de cristal, sólo tazas de papel y un recipiente con terrones de azúcar más bien mugrientos. Alargó la mano para coger un par y al volverse chocó contra otro hombre y le derramó el té encima.

Pidió disculpas.

—No es nada —dijo el hombre, limpiándose la cazadora de cuero con la mano.

—¡Sí que está abarrotado!

—Es el principio de la temporada y no se mueve ningún vehículo. ¿Es nuevo aquí?

—Acabo de llegar. ¿Sigue aquí Bukarovski?

—¿El jefe de Tránsito? Claro. Está arriba.

—Supongo que es a él a quien tengo que ver.

El otro lo observó con curiosidad.

—Es para llevar un camión, ¿verdad? ¿O...?

Porter se fijó de nuevo en el «¿O...?». Resultaba evidente que era típico de aquella zona. No lo pronunciaban en las grabaciones.

—Sí, claro, para llevar un camión.

—Pues entonces es a él. Vaya hasta el final de ese pasillo de ahí arriba. Lo distinguiré por el ruido.

Porter bebió un sorbo de té, miró a un lado y a otro y se abrió camino entre la muchedumbre en dirección a las listas. Había varias, y en ellas se indicaban los equipos de conductores y qué clase de vehículo debían llevar. Había tres hombres asignados a cada camión, dos a bordo y uno de reserva. Vio que el nombre de Ponomarenko no estaba. Había una gran variedad de camiones, diferentes modelos de Tatra, Kama, Ural. Los conocía todos. La empresa tenía varios cientos de vehículos pesados y casi mil quinientos conductores y mecánicos: cerca de un millón de toneladas de mercancía que transportar.

Se terminó el té, tiró el vaso de papel a la papelera y subió a la primera planta. Ya desde la escalera percibió el estruendo y, a medida que fue acercándose, una placa fijada a la puerta del fondo le confirmó de dónde provenía: «P. G. Bukarovski, jefe de Tránsito». Se detuvo allí un instante, sin saber muy bien si debía llamar o entrar directamente, hasta que de pronto una joven salió con mucha prisa y dejó la puerta abierta, de modo que entró.

Vio a un individuo de pecho hundido y rostro demacrado gritando al teléfono, con los pies apoyados en la mesa. Estaba haciendo varias cosas a la vez: beber té, fumar con rabia, toser, señalarle algo a una chica que tenía al lado con una libreta y decirle cosas a una mujer algo más mayor que estaba sentada al otro lado de la mesa,

hablando por teléfono.

—¡Diles que se pudran en Bilibino! —gritaba—. Y mándales saludos de mi parte. No es a ti —añadió, dirigiéndose al teléfono—. ¡Te lo he prometido! Dos días, tres. Cuando vea quince centímetros. ¡Ni un minuto antes! ¿Qué quiere?

Esa última pregunta iba dirigida a Porter, que estaba de pie y sonriente delante de él. Había dudado entre quitarse el gorro de piel y dejárselo puesto, y finalmente optó por lo segundo; los hombres del piso de abajo llevaban todos la cabeza cubierta.

Continuó sonriendo, le hizo una señal al jefe para que siguiera con su conversación y mientras tanto paseó la mirada por aquel despacho. Allí las paredes también estaban cubiertas de listas, así como de mapas de gran tamaño. Al pie de cada uno había una hilera de chinchetas con banderitas de colores, esperando a ser distribuidas por el mapa. Cuando oyó que el jefe colgaba el teléfono de un porrazo, se volvió hacia él.

—¿Qué problema tiene? —preguntó el hombre.

—¿Quiere un conductor?

—¿De dónde es?

—De Chukotka.

—¿Y qué está haciendo aquí?

—Un favor a Ponomarenko. Nos conocimos en Batumi, él no podrá venir hasta dentro de unas semanas.

—¡Es la última vez que ese cabrón alarga de esa forma las vacaciones! ¿Qué sabe conducir usted?

Porter le enseñó sus papeles.

—Cualquier cosa.

El teléfono volvió a sonar, el jefe lo cogió y lo dejó encima de la mesa sin hacer caso del airado torrente de palabras que salió de él. Echó una ojeada a los papeles de Porter y le preguntó:

—¿Todo bien con el sindicato?

—Todo bien.

—¿Qué problemas tiene en Chukotka?

—Ninguno. Mire —dijo Porter en tono amistoso, y sin dejar de sonreír—, le estoy haciendo un favor a Ponomarenko. Y también a usted. Si quiere contratarme, perfecto. Si no quiere, perfecto también. Me iré.

—¡Bukarovski! —gritó Bukarovski al teléfono, y después continuó mirando a Porter con cara de pocos amigos—. Deje aquí los papeles y baje a las naves —le ordenó—. No es a ti —añadió, hablando por teléfono entre toses espasmódicas—. Dígale a Yura que le haga una prueba con un Kama cincuenta y que después me llame. El cincuenta, ¿estamos? Pevek, ¿se puede saber qué diablos ocurre ahora?... Eh, usted —le dijo a Porter— coja un *bobik*.

—¿Un *bobik*? —repitió Porter. Para él un *bobik* era un terrier.

—Pues ¡ahora te lo digo yo a ti! ¡Estoy harto de tus problemas, ya tengo

suficiente con los míos! —gritaba el jefe al teléfono—. ¡Y también estoy harto de hablar de ellos! —Rebuscó en un manojito de llaves y le lanzó una a Porter—. Dale el libro —le dijo a la mujer que tenía sentada enfrente.

Porter miró la llave y el libro que le pasó la mujer. Ella le dijo dónde tenía que firmar: junto a un número. Firmó como N. D. Jodian y salió de la oficina dejando atrás el griterío.

Ya en la planta de abajo, cruzó el vestíbulo abriéndose paso entre la gente, y al llegar a la puerta le preguntó a un tipo:

—¿Dónde puedo conseguir un *bobik*?

—En la parte posterior del edificio, justo ahí detrás.

El número junto al que había firmado era el mismo que figuraba en la llave, una llave de coche. Dio la vuelta al edificio y encontró los vehículos, aparcados en una nave que tenía la puerta abierta. Había cuatro o cinco camionetas y varios todoterrenos. Allí no había nadie. Fue examinando los números de las matrículas y encontró su *bobik*: era uno de los todoterrenos, uno cerrado y fuerte, muy cuadrado y feo, como un tanque pequeño. Los neumáticos daban la impresión de estar medio desinflados. Rodeó el coche, presionándolos con el pie, y advirtió que todos los vehículos que había en la nave tenían los neumáticos a medio inflar. Resultaba evidente que era algo intencionado.

Se subió al todoterreno, buscó el contacto e introdujo la llave. El motor arrancó al momento, con un rugido áspero y grave. Allí dentro estaba oscuro y no veía el tablero de mandos. Manoteó con la palanca de cambios y consiguió que el coche se moviera y saliera de la nave en busca de más luz. Entonces vio que el tablero de mandos no mostraba nada, de hecho, no había tablero de mandos, tan sólo un velocímetro, un interruptor para los limpiaparabrisas y ya está. Tenía que haber otro para las luces, pero no logró encontrarlo. Sin embargo, el vehículo contaba con un sistema de calefacción muy potente y un motor muy sensible, que nada más acelerarlo reaccionaba emitiendo un ladrido que daba gusto. A eso se debería el sobrenombre. Enseguida se hizo con el «terrier» y consiguió que avanzase hasta la parte de delante del edificio. Un hombre estaba saliendo en aquel momento y Porter lo llamó por la ventanilla.

—¡Eh! ¿Dónde puedo encontrar a Yura?

—¿Qué Yura?

—Para un Kama. Un Kama cincuenta.

—Todo recto, a medio kilómetro suba la rampa y lo encontrará.

Siguió la hilera de almacenes, esquivando aquí y allá la trayectoria de las carretillas elevadoras, y encontró la rampa. El hangar entero, que era enorme, se apoyaba en unos pilotes que obviamente servían de aislamiento contra el permafrost del suelo. En el interior había un ejército de camiones increíble, hileras y más hileras de ellos, todos alineados, esperando, y todos con el logo de Kamaz Auto Works: Kama 30, 40, 50. Vio que los de la primera hilera ya tenían enganchado el remolque,

pero los demás eran únicamente la cabina.

Aparcó el *bobik* y penetró en una corriente de aire caliente que procedía de unos grandes ventiladores repartidos por la zona. Junto a las paredes había operarios ocupados ante largos bancos de trabajo, y no muy lejos de donde estaba él se veían las chispas que saltaban de una soldadura. Se acercó al que estaba soldando.

—¿Dónde puedo encontrar a Yura?! —le gritó al oído.

El hombre se levantó el visor.

—¿A quién?

—A Yura.

—¿El jefe? En la oficina, esa cabina de cristales que hay al fondo.

Se dirigió a la cabina y vio a Yura, un individuo vestido con un mono blanco que estaba hablando por teléfono y escribiendo rápidamente en una libreta de inventario. Era un tipo menudo, fuerte y de nariz chata, con una mata de pelo gris. Porter esperó a que terminase y luego sonrió de oreja a oreja.

—Soy Jodian... Kolia. Bukarovski quiere que pruebe un cincuenta.

El jefe lo miró de arriba abajo.

—¿Alguna vez ha llevado uno?

—Por supuesto.

En el campamento, lo único que tenían era un 40, pero le habían asegurado que era igual. Dieciséis velocidades, casi idéntico a un Mack.

—¿Por dónde ha conducido?

—Por Chukotka, Magadán... ese circuito.

—Es decir, carreteras. —Yura emitió un gruñido—. Aquí no las hay. Aquí rodamos con los neumáticos blandos, presión baja en las ruedas. Eso mejora la tracción, pero cuesta más controlar el camión. Está bien. —Abrió un armario en el que había varias filas ordenadas de ganchos, de los que colgaban llaves. Su mano llena de cicatrices rebuscó entre las llaves y seleccionó una—. Vamos a ver de qué está hecho usted —dijo.

Acto seguido se puso un gorro de piel y una cazadora de cuero y salió de la oficina.

Estaba claro que Yura era un camionero con una gran experiencia, y también que había sufrido algún accidente: según apreció Porter, tenía una pierna más corta que la otra. Cojeando, avanzó junto a una hilera de cabinas de camión con el cable umbilical enganchado a la parte posterior y se detuvo al llegar a una en concreto. Trepó sin problemas por la escalerilla de hierro y Porter pasó al otro lado, subió el metro y medio o dos metros que había hasta la cabina y se sentó al volante.

Yura se acomodó a su lado, cerró la portezuela y le entregó las llaves.

—¿Seguro que podrá manejarlo?

—No hay problema —respondió él.

Su sonrisa era deslumbrante. De inmediato vio que aquel cabrón no tenía dieciséis velocidades, sino veinte. No obstante, la marcha atrás estaba donde debía.

—El motor ya está caliente, de modo que puede salir sin más. Agarre el volante con fuerza, recuerde que va muy duro.

Porter arrancó, metió primera y se separó lentamente de la fila para salir al pasillo.

—Baje por la rampa y gire a la derecha.

Sí que iba dura aquella bestia. El freno también y se clavó en cuanto lo pisó.

—Despacio, no lleva ningún remolque —le dijo Yura—. Siga un poco más y vaya a la pista de pruebas, allí al fondo.

La pista de pruebas estaba situada más allá de los almacenes, bajo una capa de nieve virgen que ya se había helado. Porter condujo el camión a lo largo del perímetro a diferentes velocidades, lenta, rápida, lenta otra vez, probando toda la caja de cambios. Ya había practicado aquello en el campamento, así como las paradas de emergencia y los ochos que Yura lo obligó a describir. Pero las velocidades adicionales lo tenían un tanto confuso y anduvo manoteando un poco con ellas, aunque estaba seguro de que no se le había notado.

—Muy bien, ahora dé la vuelta y aparque el camión en el mismo sitio en el que estaba —indicó Yura.

Mientras Porter maniobraba y entraba en el hangar marcha atrás, para colocar el camión exactamente en línea con los otros, aquel ejercicio lo hizo sudar.

Yura apagó el motor por él y cogió la llave.

—¿Seguro que ya había llevado un cincuenta? —preguntó.

Porter decidió que era mejor dejar de sonreír un rato.

—¿Qué está insinuando?

—Usted ha llevado un cuarenta —le dijo Yura—, de los de dieciséis velocidades.

—¡Soy capaz de llevar cualquier trasto! Dieciséis velocidades, veinte. ¡Soy capaz de conducir cualquier barco de los que tienen aquí! ¿Me está llamando mentiroso?

—Cálmese —dijo Yura. Su cara de nariz achatada acababa de relajarse en una amplia sonrisa—. Tranquilo, Kolia. ¿Eres un chukchi?

—¡Qué más da lo que sea! Lo que yo sea no es asunto suyo. Soy camionero. Y si no quiere contratarme, me voy a mi casa.

—Tranquilo, Kolia —insistió Yura, todavía sonriendo—. Lo has hecho bien, voy a darte el aprobado. Dame tu documentación.

—La tiene Bukarovski —contestó él con gesto hosco.

—Pues voy a llamarlo. No te sulfures tanto, Kolia. Me caes bien, nunca había tenido un chukchi. Es sólo que necesitas practicar un poco más con el cincuenta. Durante unos cuantos viajes tendrás que ir en el asiento del copiloto, pero ya está. Venga, sonrío.

Porter esbozó una sonrisa tímida.

—Mucho mejor. Estás contratado, Kolia. Aquí estás entre amigos, queremos tenerte con nosotros. Vuelve a la oficina a firmar. —El hombre bajó sonriente por la escalerilla—. Oye, ¿tienes coche?

—Sí, un *bobik* —respondió Porter.

—Bien. No me gusta que mis conductores vayan andando. Nunca he tenido uno como tú —repitió Yura, y se alejó con su cojera, sin dejar de sonreír.

Porter se subió al *bobik* y regresó a la oficina. Se sentía mareado. Habían sucedido muchas cosas en sólo doce horas. Había llegado a Cabo Verde y se había instalado en un apartamento. Había contratado a una asistenta. Había pasado a formar parte de la plantilla de la Compañía de Transportes de Tcherski. Y había aprendido cosas nuevas. *Bobiks*, neumáticos medio deshinchados, camiones de veinte velocidades, «o...»...

También había descubierto una serie de detalles sobre Ponomarenko que no le habían contado. Aquella mañana, antes de salir de casa, retiró un zócalo de un mueble de la cocina y encontró un escondrijo. Debajo de dos baldosas que estaban unidas entre sí con una masilla que se veía ligeramente más nueva —el hecho de haber encontrado un tubo de esa masilla en uno de los armarios fue lo que lo incitó a buscar—, había una bolsa de plástico cerrada con cinta adhesiva. Dentro de esta había más bolsas. Contenían unos gramos de un polvo que parecía cocaína, junto con una cánula para esnifar. También había una onza de oro en polvo, tal vez onza y media; y, cosa extraña, doce krugerrands de Sudáfrica. Había también una foto de Ponomarenko, algo más joven que en las que había visto él, pero no mucho más. Aparecía sentado con rigidez ante la cámara, acompañado de una mujer, ambos sosteniendo a un niño pequeño. El niño era la viva imagen de Ponomarenko. El texto en relieve que figuraba al pie de la foto indicaba la dirección de un estudio fotográfico de Kiev.

Porter aparcó de nuevo el *bobik* en la nave y reflexionó sobre todo aquello. El tal Ponomarenko era un tipo peculiar. Resultaba que tenía mujer e hijos. ¿Sería él quien había pintado de carmín los labios del oso panda?

¿O...?

Como había sido el último en ser contratado, Kolia Jodian fue incluido en la lista de reservas. Había visto aquel corto bloque de nombres situado al final de las listas de la pared: eran los camioneros que estaban enfermos o que, por alguna otra razón, no habían sido asignados a ningún equipo. Ahora vio que habían añadido el suyo, indicando así que estaba disponible para tareas generales. Al inicio de una temporada, cuando todavía no circulaban vehículos, aquello no era importante, pero oyó que los demás camioneros comentaban que quedarse atrás haciendo tareas generales no era buena cosa.

Según lo acordado con el sindicato, los camioneros debían cobrar tanto si los «barcos» circulaban como si no. Pero, una vez que todo estaba en marcha, los equipos podían recibir una bonificación. Teniendo en cuenta las distancias, dicha bonificación era enorme, normalmente superaba con mucho el salario base, que ya era elevado. Los camiones tenían que atravesar tormentas, ventiscas, toda clase de peligros que pudiera presentar el país, y circulaban las veinticuatro horas del día. Toda hora trabajada por encima del cómputo semanal se consideraba extraordinaria y se pagaba al doble. Por supuesto, había una gran demanda de trayectos largos, y rara vez los conseguían los camioneros que estaban destinados a tareas generales. A estos se les encargaban los transportes cortos y el mantenimiento de las carreteras, y muy rara vez cobraban horas extras.

El nuevo camionero chukchi aceptó de buen grado ser incluido en aquella lista, lo cual, unido a su actitud alegre, no tardó en convertirlo en un tipo popular. Era muy simpático, sonreía siempre. Aceptaba todos los encargos sin discutir y, de hecho, se ofreció voluntario para uno de ellos el mismo día en que se solicitó. A veces los ponía en su lugar —y todos sabían que no había que dirigirse a él empleando el apelativo «chukchi»—, pero en general era un buen camarada y, siendo un chukchi, era casi la mascota del grupo.

El trabajo para el que se presentó voluntario consistía en transportar una mercancía desde el muelle. En sentido estricto, dicha tarea correspondía a las autoridades portuarias de Cabo Verde, y los hombres que la realizaban eran los trabajadores de los muelles. Pero tras las recientes nevadas se había convertido en una tarea urgente, de modo que Porter cogió un Tatra de plataforma y se sumó a ellos. Se había percatado de que muchos de aquellos trabajadores eran nativos siberianos y quería verlos más de cerca. Varios de ellos eran evenkis o yukaguiros; aquel trabajo era el último de la temporada, y al cabo de poco no quedaría ninguno por la ciudad. Ponomarenko le había proporcionado cierta información al respecto.

Situó su camión en la fila y vio que le habían asignado un equipo formado por yukaguiros. Se apeó en medio de la intensa nevada y se quedó esperando, golpeándose las manos para que le entraran en calor, mirando cómo cargaban el camión de delante. No tardó en identificar al hombre que más probabilidades ofrecía:

un individuo envuelto en pieles que parloteaba sin parar profiriendo sonoros tacos; el listillo del grupo.

—¡No pases frío, hermano! —le dijo a voces.

El otro se volvió hacia él, sorprendido. Le había hablado en yukaguíro.

—¿Hablas mi lengua? —preguntó, mirándolo detenidamente.

—Sólo unas pocas palabras. Estamos deseando que acabe esto, ¿verdad?

—¡Y que lo digas! Si no fuera por el dinero... Y por el alcohol. Aquí estos cabrones se lo quedan para ellos. Donde vamos nosotros, ni lo olemos.

—¿Adónde vais ahora, a trabajar de tramperos o al ganado?

—De tramperos. Pero antes a la granja colectiva. Estos locos de aquí te hacen trabajar hasta que no puedes más, y necesitamos descansar un poco.

—¿Aquí hay una granja colectiva?

—Claro. La nuestra. En Novokolimsk. ¿Conoces esa zona?

—No mucho. Unos amigos míos trabajan en el instituto, el que está en las colinas. ¿Sabes cuál es?

—¿El de los científicos?

—Ese mismo.

—Pero si ya no sirve de nada ir allí... —dijo el yukaguíro—. Desde hace unos años no permiten instalar trampas. No hay nada que hacer.

—¿Y se podría llegar andando?

—Claro, sólo está a unos pocos kilómetros, no queda lejos. Pero hoy en día ya no merece la pena. ¿Tus amigos son evenkis?

—Evenkis.

—Sí. Es propio de ellos. Pasan unas semanas con el ganado y otras semanas aquí, no paran de ir y venir. Los traen hasta aquí en avión, no quieren trabajadores blancos, y no les pagan mal. Pero eso no es para nosotros. En este país hay mucho zorro y armiño, el armiño es el mejor. Aún faltan un par de meses para que esté en su mejor momento, pero cuando lo está, es el mejor. Hablas muy bien el idioma —comentó el yukaguíro.

La fila avanzó, así que Porter volvió al Tatra y ya no se le presentó ninguna otra oportunidad de seguir hablando. Sin embargo, ya había averiguado bastante...

En verano, en el campamento, había estado observando semana tras semana cómo reparaban el centro de investigación gracias a las fotografías del satélite, a medio mundo de distancia. En cambio ahora se encontraba allí mismo, a pocos kilómetros... Ahora el plan debía elaborarlo él. Ahora ya estaba solo.

Esa semana se enteró de un detalle relativo al *bobik*.

Lo habían enviado a llevar piezas de repuesto y varios instrumentos a una partida de operarios que estaban trabajando en una carretera situada a cincuenta kilómetros de allí. Dicha carretera discurría a lo largo de setecientos kilómetros, hasta Bilibino, y

había estado inutilizada durante todo el verano porque se había inundado. Ahora esa parte empezaba a endurecerse, por lo que aquel era el primer tramo que se iba a acondicionar. Cuando apareciera una capa de quince centímetros de hielo nuevo, se podría iniciar el procedimiento. El equipo pesado que necesitaban para ello estaba guardado en diferentes puestos de carretera, a cien kilómetros de distancia unos de otros; esos puestos servían además de áreas de descanso para los conductores y de base para el servicio de recuperación y rescate, es decir, para los vehículos oruga que patrullaban la ruta durante todo el invierno.

Porter se acercó a la cuadrilla de operarios, entregó los suministros y emprendió el regreso. Estaba a mitad de camino cuando de repente el *bobik* se detuvo.

Se apeó para echarle un vistazo al motor. No vio nada raro en los inyectores ni en las bujías, ni tampoco en los platinos. No faltaba gasolina. Dio la vuelta al motor manualmente —aquella pequeña máquina también disponía de una palanca—. Pero nada. Aún no hacía un frío tan tremendo, puede que estuvieran a quince bajo cero, pero, al no llevar guantes, se le estaban congelando los dedos. Maldijo en voz alta. Volvió a examinarlo todo otra vez. Gasolina suficiente y entraba bien. Distribuidor normal. Bujías. ¡Maldita sea!

La temible taiga se extendía a lo largo de muchos kilómetros en todas direcciones, ahora cubierta de nieve, helada. Aún debían de quedarle por recorrer veinte o treinta kilómetros y no iba a pasar ningún vehículo. Al menos durante unas cuantas horas, hasta que a alguien de Cabo Verde se le ocurriera ir a buscarlo. No contaba con ningún equipo de comunicaciones, no podía ir hasta Cabo Verde a pie y tampoco podía regresar a donde estaba la cuadrilla de operarios, porque la carretera parecía una pista de patinaje; ya había tenido que conducir con sumo cuidado simplemente para que el *bobik* pudiera seguir avanzando.

—Serás cabrón —le dijo al coche, y bebió un trago de la petaca que llevaba a la cintura.

Y, mientras lo hacía, se le ocurrió una idea. Había oído contar que en mitad del invierno a menudo tenían que arrancar los motores con Dinamita Blanca, un vodka de muy alta graduación. En la petaca no llevaba Dinamita Blanca, sino vodka normal, pero tal vez sirviera también. A lo mejor la gasolina estaba contaminada o el carburador no funcionaba bien; una sola gota de aquel alcohol tan volátil podría desatascarlo. Primero se puso los guantes y se calentó las manos, luego se golpeó la una con la otra y después empezó a bregar con el coche. Un trago para él y otro para el carburador; una sacudida, una tos y el motor, titubeante, cobró vida de pronto. Porter lo mantuvo encendido y lo fue revolucionando con precaución manualmente, hasta que estuvo seguro de que no iba a pararse. Luego cerró el capó, se subió de nuevo al vehículo y reanudó el viaje.

Le ocurrió otras dos veces más antes de llegar a destino y supo que el fallo estaba en el carburador. El truco también le funcionó con la gasolina. Absorbió un poco del depósito con ayuda de un tubo de plástico, echó unas gotas y obtuvo la sacudida y la

tos. Pero al combustible no le pasaba nada, el problema era el carburador.

Regresó al almacén de Vehículos Ligeros, en el que había recogido el *bobik* aquella mañana, y buscó con la mirada a Liova. Había que informar de los fallos al jefe del taller. Pero Liova y todos los mecánicos estaban almorzando y el único que quedaba allí era Vassili, el viejo yakuto que atendía el almacén de repuestos. Estaba comiéndose el almuerzo que llevaba en un bote, sentado ante una estufa de queroseno. De modo que le explicó el problema a él.

—No hay problema —dijo el yakuto—. Te doy otro carburador y tú lo colocas. Se tarda dos minutos.

—Estoy informando de una avería, no necesito un carburador —replicó Porter.

—Sí lo necesitas. Tienes otra carga que entregar y es urgente. No hay ningún otro *bobik* y los mecánicos no tienen tiempo de reparar el tuyo. Ven, te lo doy ahora mismo.

El viejo dejó el almuerzo, se limpió la boca, lo condujo a un almacén y le entregó un carburador. Porter abrió unos ojos como platos. Lo que había allí era una nave entera, sumamente ordenada, llena hasta los topes de piezas de repuesto para el *bobik*. Cajas de cambios, cigüeñales, embragues, puertas, hasta motores. El viejo lo miró y se encogió de hombros.

—Ese coche es un juguete —dijo. Buscó por ahí y encontró un manual grasiento—. Hasta un niño sería capaz de hacerlo.

Y Porter lo hizo, mientras el viejo yakuto, escarbándose los dientes, le iba señalando los detalles en el diagrama desplegado. Lo único que se necesitaba era una llave inglesa. Y el carburador volvió a funcionar de inmediato.

—Te lo he dicho, no cuesta nada —repitió Vassili—. ¿Ya has comido?

Llevaban hablando todo el rato en yakuto, algo que complació e intrigó al viejo.

—Todavía no. ¿Qué tienes ahí?

—Comida en condiciones, hecha por mi mujer. No como esa basura que dan en la cafetería. Acompañame.

Porter lo siguió y confirmó con leves gruñidos lo buena que estaba aquella comida. Poco después, firmó conforme había recibido el carburador y el yakuto lo ayudó a cargar. Se fue antes de que Liova y los mecánicos volvieran.

Fue hasta Tcherski escuchando el ruido que hacía el motor. No detectó nada raro. Era un caballo de carga, robusto, primitivo, con todas sus piezas ensambladas de la misma manera, con una llave inglesa. Reflexionó sobre ese punto. Se habían trazado diversos planes para que él saliera de allí. Planes muy bien elaborados, pero estaba claro que alguien más podía conocerlos. Quizá fuera buena idea cambiarlos. Pensó en eso durante todo el camino de ida, y también durante el de vuelta.

Aquella misma noche llamaron al timbre de su piso y al abrir se encontró con una mujer joven. Estaba bastante bien dotada, como pudo comprobar en ese momento y

como ya había deducido por su ropa interior.

—¿Nikolái Dmitrievich? —dijo la joven—, usted no me conoce, pero tengo que pedirle algo.

—¿Es usted Lidia Yakovlevna?

—¡Ah, me conoce! —Se había tapado la boca con las dos manos, Porter no supo si por vergüenza o por la sorpresa de ver aquella cabeza rapada—. Tiene usted algo que me pertenece, creo.

—La ropa que le prestó a Alexéi, sí, por supuesto. Ya me ha dicho Anna Antonovna que era posible que viniera usted a recogerla. Por favor, pase.

La propia anciana se había inventado esa historia. Había lavado las prendas y había preguntado si debía devolvérselas a su propietaria, dado que era una chica que trabajaba justo en el supermercado de abajo. Porter le dijo que no, que si la chica quería recuperar sus bragas y su sujetador, podía subir a buscarlos.

—Pero Kolia, Kolia —le dijo Anna Antonovna entre risitas y codazos—, ten en cuenta sus sentimientos. Voy a meter las prendas en un paquetito, como si fueran pañuelos o algo que ella le prestara a Aliosha, y así no se sonrojará.

No obstante, la joven pareció sonrojarse un poco. Era una chica grande, se mirara por donde se mirara, estaba un tanto rellenita, y pálida, con la palidez de la anemia, la misma que, por lo visto, tenían todas las mujeres blancas de Siberia; allí el invierno duraba nueve meses al año y el bronceado del verano desaparecía pronto. Pero se movía con agilidad y tenía una mirada coqueta. Porter sabía que Anna Antonovna le había dicho que él no sabía lo que contenía aquel paquete, pero en la mirada pícara de la chica adivinó que esta sabía que sí lo sabía. Eso lo dejó intrigado. ¿Tanta falta le hacían unas bragas y un sujetador? Sin duda, podría haber esperado a que volviera Ponomarenko. ¿A qué venía esa prisa por recuperar las prendas?

—¿Un café? ¿Una copa? —le ofreció.

—Oh, no, señor Dmitrievich. No era mi intención...

—Kolia, por favor —dijo Porter.

—Kolia, no era mi intención molestarte. Sólo pasaba por aquí y he pensado que a lo mejor estabas en casa. Como los hombres pasáis tanto tiempo en los clubs...

—Todavía no conozco a mucha gente, señora Yakovlevna.

—Sólo Lidia, por favor.

—Es un nombre muy bonito. ¡Tómate una copa, Lidia!

—Bueno, de acuerdo, una rapidita.

A pesar de que sólo pasaba por allí, se había puesto sus botines de fiesta, unos con mucho tacón. Las botas de calle debían de estar dentro de la enorme bolsa que llevaba, y seguramente se había cambiado a toda prisa en el rellano. Cuando se quitó el abrigo de piel, le quedó al descubierto el profundo escote. Y cuando se desató el pañuelo de la cabeza, quedó al descubierto su cabello, recogido en un complicado moño. Junto con el seductor aroma de un perfume que se había echado no mucho antes. Recorrió la habitación con la vista, agitando mucho las pestañas.

—¡Ah, el *kotek*! Aún sigue ahí.

Kotek: «gatito». Cogió el oso panda.

—Sí. Todavía tiene los labios pintados. Y yo me pregunto —dijo Porter con expresión solemne—: ¿quién se lo habrá hecho?

La chica soltó una carcajada.

—Fue en una noche loca. Con amigos...

—Ah.

Sabía por Anna Antonovna que los únicos amigos que había habido aquella noche en el apartamento eran Ponomarenko y aquella joven; había sido la primera de sus varias noches de amistad.

—Me parece que ambos somos buenos amigos de Alexéi —dijo él.

—Ah, Aliosha, qué loco está... Gracias.

Porter acababa de pasarle una copa de licor de cerezas y advirtió que la chica aprobaba sus buenos modales. Aquella era una bebida de señoritas; aunque sabía, también por Anna Antonovna, que aquella joven no le ponía reparos al vodka.

En cuestión de minutos estaban ya charlando relajadamente, y Porter vio que su cráneo rapado no parecía repeler a la joven. Más bien todo lo contrario: por lo visto se sentía fascinada por él y se mostraba cada vez más coqueta.

—Habla usted ruso... de maravilla —le dijo en voz baja.

—Gracias —respondió él.

El acento de ella distaba mucho de pertenecer a la clase alta, y Porter estaba empeorando el suyo tal como había empezado a hacer desde que llegó allí. Pero se tomó el comentario menos como un elogio a su maravillosa forma de hablar ruso que como un indicio de que su origen étnico no iba a ser un problema. En un abrir y cerrar de ojos podía tener a aquella joven retozando en la cama finlandesa. Pero su descaro lo tenía desconcertado. Y también lo puso alerta. ¿Sabría ella que Ponomarenko iba a estar mucho tiempo ausente? Y en tal caso, ¿cómo lo sabía?

—Bueno, ¿y qué es lo que sabes de nuestro amigo? —le preguntó, al tiempo que le pasaba una tercera copa de licor de cerezas.

—¿De Aliosha...? ¿Cómo, otra copa? No debería. Bueno, a veces me siento muy sola... Aliosha no me escribe. Imagino que estará muy ocupado con las georgianas.

—¿Después de conocerte a ti? ¿Agua después del vino? Desde luego que no.

—Mentiroso —replicó la chica, encantada, y le enseñó más pierna—. Estoy segura de que tú eres tan malo como él. ¿No te fuiste con esas estupendas chicas de Batumi?

—En Batumi lo único que hago es descansar.

—¿Y no vas a fiestas? A él le encantan las fiestas. Seguro que tú también ibas.

—Fiestas, sí. Las había.

—A él le encantan. Y ahora va a perderse una aquí... ¡Si lo supiera, volvería! Seguro que sí, vendría como una flecha. La organiza Pável Grigorovich.

—¿Pável Grigorovich?

—Bukarovski. Cumple sesenta y va a asistir todo el mundo. ¿No lo sabías?

—Ah. Sí.

Entonces lo comprendió. No iba a asistir todo el mundo. Iría el alcalde, y también los mandamases de Tcherski y de Cabo Verde. Así como muchos de los camioneros de Bukarovski. Pero no las dependientas de supermercado.

—Aliosha me llevaría para lucirme, claro. Le encantaba verme bien vestida. Lo que llevo puesto ahora no es nada, tengo ropa preciosa... pero ninguna ocasión para ponérmela.

—Estoy seguro de que estarás encantadora con lo que te pongas. ¿Ese licor de cerezas no es demasiado dulce para ti?

—Un poco, sí.

—Prueba con una copa de vodka.

—Oh, no, tengo que irme ya.

—Ten un poco del mío —dijo Porter.

A continuación apartó el oso panda para sentarse al lado de ella y ofrecerle un sorbito.

La chica lo rechazó gesticulando de tal forma que se le derramó un poco en el escote del vestido. Porter la ayudó a limpiarlo con un pañuelo.

—¿Ya está seco?

—Creo que sí...

—¿No ha traspasado?

—No lo sé.

Porter le tocó el escote del vestido, pero sin el pañuelo, y dejó allí la mano.

—Kolia, eres muy travieso —dijo la chica, mirándolo a los ojos.

—Y tú también, Lidia.

La besó, y a cambio recibió una lengua con un intenso sabor a cereza.

—Somos humanos, ¿no? —le dijo ella al oído.

Volvió a decírselo un rato más tarde, en la habitación contigua, cuando él había empezado a dudarle. Aquella chica era una tigresa. Poco después se incorporó, apoyada en un codo, y lo miró fijamente.

—¿Sabes?, no he estado con un hombre desde que se fue Aliosha. Lo sabes, ¿verdad?

—Estoy seguro —contestó Porter con sinceridad.

Las actividades de aquella joven le habían consumido como mínimo la energía de cuatro meses, y estaba convencido de que no le había sobrado mucha.

Más tarde, tumbada más cómoda, le dijo con aire pensativo:

—Sí... Sin duda será una gran fiesta.

—¿Te gustaría ir?

—¿Y con quién voy a ir?

—¿Por qué no conmigo?

—No lo sé. No sé si a Aliosha le gustaría. —Sus pestañas se agitaron cuando

levantó la vista hacia el techo—. La verdad es que no lo he pensado —dijo.

Pável Grigorovich Bukarovski, el jefe de Tránsito de la Compañía de Transportes de Tcherski, había conseguido aquel puesto gracias a Leonid Sheveliev, el padre fundador de la empresa y el hombre a quien correspondía el mérito de haber abierto el noreste de Siberia. Sheveliev, al que habían detenido en 1947 por sus «creencias políticas poco firmes», había cumplido condena en un campo de trabajo y Bukarovski había cumplido condena en el mismo campo. La mayoría de los altos cargos de la empresa habían estado en campos de trabajo.

Los del río Kolima, repartidos a lo largo de su curso, habían sido los más infames de la Unión Soviética; y, sin embargo, cuando se cerraron, en la década de los cincuenta, muchos de los reclusos decidieron quedarse en aquella zona. Los motivos eran simples: la tierra de las restricciones se había transformado de repente en la de la libertad; como mínimo uno era más libre allí que en el resto de la Unión Soviética. Había menos policía, menos funcionarios del partido, menos burócratas. Y también, por supuesto, menos comodidades.

Pero incluso eso cambió. Porque después de los grandes yacimientos de oro y diamantes hallados en la década de los sesenta, de pronto en aquella zona había más comodidades que en ninguna otra parte. Más alimentos, más viviendas, más dinero. Y, tras otro giro de las circunstancias, lo que antes era lo peor había pasado a ser lo mejor. Había consenso en que Tcherski antes era lo peor. Cuando conservaba su antiguo nombre, Nizhniye Kresti, había sido sinónimo de terror, incluso en la época de los zares: el puesto más remoto del Imperio ruso, el menos accesible, el infierno definitivo para los prisioneros más desesperados. En cambio, ahora que era la capital de la región de Kolima, se había convertido en el centro de todo lo bueno.

Pável Grigorovich Bukarovski había sufrido dichos cambios en su propia vida, y cuando iba a cumplir los sesenta, cuarenta años después de haber llegado al Ártico, pensó en celebrarlo. Aunque vivía y trabajaba en Cabo Verde, la fiesta tenía que hacerse en Tcherski, que era donde estaba el lugar más espacioso: Barbara's.

Barbara's era un laberinto de habitaciones comunicadas entre sí, que antes había sido una hilera doble de cabañas de troncos. Incluso limpio de piojos y de insectos, y completamente saneado, todavía evocaba el ambiente de otra Siberia, y era el lugar más frecuentado de toda la región de Kolima. Con la ayuda del alcalde, que hacía las veces de jefe del Comité de Planificación, se habían eliminado tabiques y se habían insertado zócalos provisionales, a fin de habilitar aquel espacio para la fiesta más grandiosa que se había visto nunca en Tcherski.

Cuando llegó Porter con la chica, ya había allí varios centenares de personas, y Lidia Yakovlevna estaba al mismo tiempo emocionada y nerviosa.

—Oh, Dios, es enorme. Oh, Dios, ¡ha venido todo el mundo! ¿Qué tal estoy?

Parecía una furcia demasiado arreglada, pero encajaba en el lugar. Y no había ido todo el mundo. Las carreteras de invierno ya estaban acondicionadas, y cientos de

camioneros se habían marchado. Pero los estamentos superiores de ambas ciudades sí estaban presentes en la fiesta, y también sus mujeres, y todas ellas iban muy arregladas y lucían sus mejores galas. Por todas partes se veían botines de tacón alto, peinados de lo más complicado, escotes vertiginosos, maquillaje y sombra de ojos.

Había treinta mesas de diez comensales cada una, colocadas en torno a un espacio que se había dejado libre para bailar, y por el momento los invitados estaban apiñados en ese espacio, saludándose unos a otros y cogiendo una primera copa de las sobrecargadas bandejas que iban pasando entre la multitud. Había una orquesta tocando —acordeones, balalaikas, metales— y la gente se veía obligada a hablar a gritos para hacerse oír.

La chica no tardó en empezar a sudar y a chorrear maquillaje, el rímel se le corrió.

—Oh, Dios, es maravilloso, es increíble. ¡Ha venido todo el mundo! ¡Fíjate en las mesas!

En efecto, causaban sensación: conformaban una masa de manteles blancos, copas y plata relucientes, flores, frutas apiladas en torres. Y botellas, batallones enteros de botellas.

—¡Kolia! —Yura, el jefe cojo de los camiones Kama, le gritaba al oído—. ¡Estás sentado a mi mesa! Y vienes acompañado de una dama encantadora, ¿eh? ¡Estás conmigo! ¡Maravilloso, estupendo! Nunca he tenido un conductor como tú.

—¿Ese era Uri Sergeivich? —preguntó la joven, con los ojos más resplandecientes, ahora que la habían llamado «dama encantadora».

—Sí, Yura. —No había oído el nombre completo del jefe.

—¡Oh, Dios, es alguien muy importante! ¡Es muy importante, un antiguo camarada de Pável Grigorovich! Debemos de estar en una buena mesa, entonces. ¿Es posible que estemos sentados a la mesa de Pável Grigorovich?

—No lo sé.

No estaban en la mesa de Bukarovski, pero sí en una próxima. Con ellos se sentaba también Liova, el jefe de Vehículos Ligeros, así como otros jefes de departamento con sus esposas. Estalló un gran alboroto en todas las mesas cuando los invitados tomaron asiento y vieron lo que tenían delante y lo que iba a venir después. Cada uno disponía de una botella de champán y otra de vino tinto, y para cada pareja había una botella de vodka y otra de coñac. Y lo que iba a venir después —escrito en el elegante menú que conmemoraba la ocasión— era la cena más lujosa que Porter había visto en toda su vida. Fue servida, al trote, un plato tras otro, por un pequeño ejército de camareras rusas y yakutas.

Hubo tres tipos de sopa y crema agria; caviar, salmón ahumado, cangrejo de Kamchatka; pollo y ternera asados con venado y lengua; fiambres, salchichas, empanadillas; ensaladas, verduras, encurtidos de todas clases; con arándanos azucarados, repostería y helados. Y, con el café, también una cajita de bombones para las señoras.

Bukarovski, con una expresión sonriente y relajada en su rostro hundido, se había nombrado a sí mismo maestro de ceremonias, y propuso el primer brindis. A partir de ahí se sucedieron los discursos a lo largo de toda la cena: se brindó por los invitados, por las señoras, por Sheveliev y la empresa que había fundado, por los camaradas que estaban ausentes con los camiones y por los que estarían ausentes para siempre en los campos de trabajo, por Tcherski y Cabo Verde, por la región de Kolima y de Yakutia, por la paz y la prosperidad.

Ya estaban todos un tanto achispados, cuando, de repente, un retumbar de címbalos anunció una sorpresa: una gigantesca tarta que venía sobre una mesa con ruedas, un regalo de Tcherski. La tarta, helada, reproducía las instalaciones originales de la Compañía de Transportes de Tcherski, construidas con troncos, y tenía alrededor modelos de los primeros camiones de la empresa.

Bukarovski, profundamente emocionado, se vio obligado a responder y dijo que, por más orgulloso que se sintiera de la evolución de su empresa, eso nunca habría sido posible sin la inestimable ayuda de los ciudadanos de Tcherski. Sus palabras suscitaron nuevos brindis entre los invitados que todavía no habían propuesto ninguno.

Liova se puso de pie y dio las gracias al comité de Mantenimiento de Carreteras de Tcherski y a su sección de ambulancias, a cuyos vehículos él tenía el honor de hacer el mantenimiento. Después se levantó Yura y dijo que no sólo quería elogiar a la sección de ambulancias, sino también a todos los servicios sanitarios, ¡y en particular al magnífico hospital de Tcherski! Porter volvió la cabeza para ver hacia dónde se habían vuelto todos aquellos rostros sonrientes y descubrió a la oficial médica Komarova, que estaba mirándolo.

A Porter le dio un vuelco el corazón.

Estaba sentada a una mesa situada más allá de la de Bukarovski y, a través del humo de los cigarrillos, Porter vio también a todos los altos cargos del hospital. Estaban presentes el director, el doctor Gavrilov y también la monja del ala de aislamiento a la que él había insultado a gritos, en coreano y en japonés. Todos miraban y sonreían con gesto amistoso. Pero la doctora Komarova no sonreía. Simplemente miraba.

Pero ¿lo estaba mirando a él? A lo mejor miraba a Yura. Se apresuró a desviar la vista y se sintió agradecido cuando Yura volvió a sentarse y la orquesta, impaciente, empezó a tocar y los invitados comenzaron a salir a la pista. Lidia Yakovlevna quería bailar con él; estaba ya bastante borracha y le mordisqueaba la oreja.

—Quiero bailar. Y quiero hacer el amor. Pero primero quiero bailar —le dijo.

—Sí, ahora bailaremos.

—Mi encantadora dama, ¿por qué me rehúye? —Yura también estaba bastante borracho y le lanzaba indirectas, babeando.

—Oh. Señor Sergeivich, yo no lo rehúyo...

—¡Ah, sabe cómo me llamo!

—¡Uri Sergeivich! ¿Y quién no lo sabe?

—Uri Sergeivich —dijo una voz a su espalda—, en nombre del comité de Servicios Médicos, quisiera darle las gracias por sus amables palabras.

Era Komarova. Se había inclinado hacia delante para estrecharle la mano a Yura.

Al instante, Porter tiró su servilleta al suelo y metió la cabeza debajo de la mesa para recogerla.

—Es un privilegio y un honor —le dijo Yura a Komarova con voz gangosa, al tiempo que besaba la mano que acababa de estrechar—. Pero ¿cómo? ¿No lleva vestido de fiesta? ¿Es que no va a bailar con nosotros esta noche?

—Esta noche no me va a ser posible. Estoy de servicio. Pero consideré que debía...

En ese momento, Porter asomó de nuevo, arrastrado por Lidia Yakovlevna, y vislumbró la manga de un traje sastre sobrio, antes de verse empujado a la pista y a la muchedumbre.

—¡Oh, Dios! ¡Oh, gatito! ¿No es maravilloso? ¡Me siento genial! —exclamó Lidia Yakovlevna, mordisqueándole de nuevo la oreja—. Te adoro. Tengo ganas de hacer cosas. Ya sabes... Haremos cosas, ¿verdad?

—Sí, haremos cosas —contestó Porter.

Estaba claro que Komarova lo había visto. Se había acercado para verlo mejor. ¿Por qué, si no, iba a haber ido a la mesa para agradecer aquellas amables palabras? Eso podría haberlo hecho el director del hospital. Pero este no parecía haberlo reconocido, y tampoco ninguno de los otros. Todos lo habían examinado cuando estuvo ingresado; consciente e inconsciente, vestido y desnudo. Antes era un marinero coreano, huraño, lleno de hematomas, que llevaba bigote y una trenza. Ahora era un chukchi sonriente, de cabeza rapada y rostro afeitado, un invitado de Pável Grigorovich. ¿Qué relación podía existir entre el marinero extranjero de antes y el camionero de Cabo Verde de ahora? Ninguna, pero el caso era que Komarova había visto una conexión.

¿Seguro?

Repasó frenéticamente todas las veces que había estado con ella. Komarova lo había visto a bordo del barco. Lo había trasladado al hospital. Lo había examinado a diario. El resto lo habían examinado más a fondo, cierto, pero él era paciente de ella y, por tanto, su responsabilidad. Tuvo que disponer todo lo necesario para que lo llevaran a Múrmansk. Tal vez le había llegado alguna noticia de Múrmansk...

Claro que también podía tratarse de cualquier otra cosa.

Komarova era la oficial médica de aquel distrito; quizá nunca antes había visto un chukchi. Él tampoco había visto ninguno. Y desde luego había supuesto una novedad para Yura, para Liova y hasta para Vassili, el viejo yakuto. Bukarovski también se había extrañado y le había preguntado qué estaba haciendo allí siendo originario de Chukotka. Era posible que Komarova se estuviera haciendo las mismas preguntas.

Sí era eso. Tenía que ser eso.

—Gatito, un baile más y nos vamos —le dijo Lidia, frotándose contra él—. Oh, Dios, cuántas ganas tengo... Tengo ganas de hacer de todo. Haremos de todo, ¿verdad?

—Sí, haremos de todo —respondió Porter.

Para ir hasta Tcherski había cogido un *bobik* y ahora regresaban a Cabo Verde en él; subieron a la segunda planta e hicieron de todo. Pero Porter no tenía la mente puesta en su compañera, que en aquellos momentos se divertía deseosa en la cama finlandesa, sino en la figura seria y trajeada que había visto en la cena.

Eso sucedía a finales de octubre.

A finales de octubre, el general Liu Shih-Yu, comandante de la región militar de Sinkiang, al oeste de China, viajó en avión desde su cuartel de Urumchi hasta el puesto de Lop Nor, ubicado en el desierto.

En Urumchi, una ciudad de medio millón de habitantes, mantenía una división de infantería. En Lop Nor, donde casi no había habitantes, tenía dos divisiones acorazadas.

Lop Nor era una base de pruebas nucleares, la más antigua del país.

Aquel día, el viaje del general Liu no tenía que ver con ningún asunto nuclear; había ido a observar el impacto de un misil de prueba. Dicho misil venía de Manchuria, al este de China, y atravesaría los tres mil doscientos kilómetros que separaban ambos puntos en nueve minutos. Se había diseñado un sistema de guiado nuevo que lo haría aterrizar dentro del espacio previsto con un margen de error — CEP, siglas de Círculo de Error Probable— de doscientos cincuenta metros.

Una vez que llegó a Lop Nor, inspeccionó la zona donde se esperaba que impactase. Se habían colocado instrumentos para registrar el choque, desde el aire, desde tierra y desde debajo de esta. A continuación se dirigió a su búnker de observación. Allí ya se había establecido contacto con Manchuria, de modo que saludó a su homólogo, el comandante de la región militar de Shenyang.

¿Estaba todo a punto en Lop Nor?, le preguntaron.

Sí, en Lop Nor estaba todo a punto.

En ese caso, los procesos de lanzamiento podían iniciarse de inmediato.

Liu y su personal siguieron el procedimiento por los altavoces y después la explosión del lanzamiento, y ellos mismos se sumaron a Shenyang en sus vítores cuando el misil partió de Manchuria para efectuar su viaje de nueve minutos.

Al cabo de diez —y después doce, quince— empezó a cundir el desconcierto entre Shenyang y Lop Nor. No había aparecido ningún misil.

La primera explicación fue que no se había activado la última fase de los cohetes.

Pero unos minutos después se hizo una corrección. Sí se había activado, aunque, tras recorrer la Mongolia interior, los pequeños cohetes encargados de corregir la trayectoria obviamente habían fallado, porque el misil había empezado a caer. El descenso fue observado: registró una velocidad propia de haber consumido todo el combustible: 24.000 km/h.

El vehículo no transportaba carga útil, pero su velocidad abrió un cráter de gran tamaño. Ocurrió en la región de Lanchow, que quedaba fuera de la zona del general Liu.

Maldiciendo, este se encaminó hacia su avión. No sabía nada de aquel centro de investigación situado en Tchorni Vodi; era una zona helada, allá en el norte, que constituía un mundo aparte. Sin embargo, en Tchorni Vodi sabían mucho del general Liu.

En Urumchi se enteró de que no iba a tardar en volver a Lop Nor. Se había ordenado repetir la prueba, y con urgencia extrema. Estaba previsto que fuera en el mes de noviembre.

Para noviembre, cuando el tiempo era inclemente y las carreteras ya se encontraban en buen estado, Kolia Jodian se había ganado una reputación excelente entre sus camaradas de la Compañía de Transportes de Tcherski. Ello se debía a su buen humor, su modestia y su generosidad. Su generosidad era excepcional.

Aunque las enfermedades y los accidentes sufridos por las cuadrillas habían logrado que su nombre escalara varios puestos en la lista de reserva, al menos en dos ocasiones había declinado realizar lucrativos viajes de largas distancias. Los hombres con familia necesitaban más el dinero, dijo; él estaba soltero, sólo le cubría el turno a un amigo. De modo que no le importaba limitarse a hacer trabajos por aquella zona.

A aquellas alturas ya la había recorrido a lo largo y ancho y conocía todas las rutas para entrar y salir de allí, trabajos de corta duración que hacían que recalase frecuentemente en la oficina de expediciones. Entre el personal de la misma también era muy popular: nunca se quejaba, nunca discutía. Lo que hubiera que hacer, lo hacía, lo que fuera y donde fuera. Y siempre con una sonrisa. Era un tipo agradable de verdad. Incluso ayudaba con las operaciones de carga, que de ninguna manera le correspondían a él, a fin de dar un respiro a los compañeros.

Ya dominaba todos los aspectos de la oficina de expediciones, conocía las estanterías de almacenaje, los destinos, y nunca estorbaba. Era un chukchi muy inteligente, valía su peso en oro.

Había visto las cuatro cajas de embalaje, de una tonelada cada una, estampadas con las letras «TCH. VOD». que aguardaban en la sección de Entregas Locales, es decir, para ser enviadas dentro de un radio de cincuenta kilómetros. ¡Tchorni Vodi! Las vigilaba, temeroso de que alguna otra persona se le adelantase. Y cuando todo lo demás estuvo expedido, intentó precipitar las cosas.

—No, Kolia, eso no tiene que salir todavía.

—¿Qué hay dentro?

—Turbinas, para un lugar que hay allá arriba, en las colinas. Hace unos meses sufrieron una especie de escape nuclear. No se puede hacer la entrega sin más, tienen que llamar ellos y decir cuándo la quieren. Allí hay cabezas apestosas.

—Ah, cabezas apestosas. —Los cabezas apestosas eran peces gordos, normalmente servicios de seguridad, en general de Moscú, pero a veces también de Irkutsk o Novosibirsk—. ¿Y para qué necesitan allí cabezas apestosas? —preguntó extrañado.

—A saber. Nosotros no les enviamos casi nada. Lo que necesitan les llega por avión, tienen una pista de aterrizaje. A veces es sólo maquinaria pesada. Esto llegó de Archangel hace semanas, puede que todavía no lo necesiten.

—Qué curioso. ¡Cabezas apestosas! Yo tengo unos amigos trabajando en ese sitio. Son evenkis.

—Sí. Allí tienen evenkis. Me gustaría ver a mis amigos. De esta entrega me encargo yo, ¿de acuerdo?

—Claro que sí, Kolia. Te encargarás tú, por supuesto... pero cuando nos llamen.

Y los llamaron, y aquella entrega le fue encomendada a Kolia. Llevó las cuatro cajas a un camión Ural y ayudó a cargarlas y sujetarlas bien con correas. El Ural contaba con un elevador y un portón trasero hidráulico. Porter salió de la ciudad y, siguiendo su mapa, enfiló hacia el arroyo helado. Este estaba señalizado en la entrada para indicar cuánto peso era capaz de soportar. Porter recorrió quince kilómetros, a fin de asegurarse de que estaba solo, aunque la verdad era que no le quedaban muchas dudas. Aparte de la cuadrilla de operarios que había examinado el recorrido, nadie había pasado por allí aquella temporada. Acto seguido, se apeó y subió a la parte de atrás del camión.

Desenganchó las correas que protegían la lona, sacó una caja y se puso a trabajar con un destornillador y un bote de pintura. Rascó partes de las letras estampadas y pintó encima otras nuevas. Después lo emborronó todo con un trapo grasiento hasta que costó trabajo distinguir cuáles eran las marcas correctas. Hacía mucho frío; el termómetro exterior del camión indicaba cuarenta bajo cero, pero el aire estaba en calma, no hacía viento. El borrón manchado de grasa se endureció de inmediato y Porter volvió a colocar la lona.

Veinte kilómetros más adelante vio el banderín rojo y el desvío que tenía que tomar. La ribera del río era empinada, pero habían instalado una rampa y la habían cubierto con gravilla. Vio las figuras con gruesos abrigos que aguardaban en ella y que le hicieron señas para que avanzase. Eran dos hombres, su aliento formaba nubes que quedaban flotando inmóviles en el aire. Se los veía bastante contentos, con las orejas anudadas y las armas automáticas colgadas del hombro, pateando el suelo para combatir el frío. Habían salido de una caseta de guardia construida con madera que había en una zona nivelada. Junto a la misma había un todoterreno militar.

—¿Le ha costado dar con el camino?

—Sin problemas.

Lo observaban con curiosidad, porque no esperaban a un nativo; pero su actitud era bastante amistosa.

—¿Va a poder descargar todo eso usted solo?

—Claro. Pero hay un problema con la documentación.

—Tráigala.

El interior de la caseta estaba muy caldeado, con dos estufas de petróleo encendidas; y todavía se caldeó más cuando Porter sacó su petaca. Le contaron lo que ya sabía: que habían bajado hasta allí una hora antes, para abrir el puesto, señalar el desvío con el banderín e instalar la rampa. Esperarían hasta que llegara el vehículo oruga para recoger la carga y a continuación retirarían la rampa y se irían. Normalmente no había nadie en aquel puesto.

—¿Qué problema hay con la documentación?

—Pues verán, es un lío —dijo Porter—. No coincide con las marcas, no hemos podido entenderlas.

Los hizo salir fuera y se las mostró, ellos se quedaron desconcertados al verlas.

—Pues las cajas son todas iguales.

—Ya, tenemos un centenar de cajas como estas. Son las que vienen de Archangel.

—Descárguelas de todas formas y ya lo resolverá a quien le corresponda.

—Por mí, vale. Si ustedes firman, se las dejo. Pero si no firman, no puedo dejarlas. A lo mejor firman y es un error.

Los hombres se miraron.

—Bueno, ¿y qué hay que hacer entonces?

—No lo sé. O subo y examinan la carga, o baja alguien a examinarla aquí.

Volvieron a entrar en la caseta y llamaron por el equipo de comunicaciones. Finalizada la conversación, le dijeron que alguien bajaría a examinar las cajas.

Apuraron el contenido de la petaca mientras esperaban a que llegase el vehículo oruga. En él venían dos evenkis y un encargado. Este último parecía muy irritable, y se puso a pasear con impaciencia mientras los evenkis abrían la caja sospechosa. Acto seguido, trepó al camión y se sentó en el techo de la cabina, mientras consultaba un papel y observaba el interior de la caja.

—Está todo bien. Claro que está todo bien. Maldita pérdida de tiempo. ¡Volved a cerrarla!

Y de nuevo se puso a pasear impaciente, mientras se cerraba la caja y Kolia y los evenkis transferían la carga de un vehículo a otro. Llevaron a cabo la operación charlando animadamente; los evenkis estaban intrigados, como los demás nativos siberianos, de que aquel camionero «tuviera la lengua», es decir, que hablara su idioma.

—¿Qué tal se vive ahí arriba, hermanos?

—Bien. Buenas condiciones y buena paga. Un buen trabajo.

—Pues menos mal que habéis bajado. Ya pensaba que iba a tener que subir allá arriba todo esto yo solo.

Los evenkis soltaron una carcajada.

—Ni en un millón de años. Nunca te lo permitirían.

—Ah, ya. Los cabezas apestosas, se me había olvidado. ¿Qué ocurre ahí arriba? ¿Qué problema hay con los cabezas apestosas?

—No hay ningún problema, siempre que uno tenga un pase. No nos mezclamos con nadie. Allí no hay más que científicos, a saber qué es lo que hacen.

Pero se enteró de más cosas. Los rebaños de renos de los evenkis estaban muy lejos, al otro lado de una montaña, que era donde ellos vivían. Desde allí los traían al centro científico en helicóptero. El personal que trabajaba en aquel sitio iba rotando cada mes, no permitían que nadie permaneciera más tiempo. Pero allí podía trabajar cualquiera. Bajaba un cabeza apestosa y le daba un pase. Y ese cabeza apestosa trataba con Innokenty, el jefe de la tribu.

Terminaron de trasladar la carga y se fueron. Porter hizo que le firmasen la documentación y también se marchó. Regresó por el arroyo, pensativo.

Los evenkis eran la manera de entrar, eso estaba claro. Eran la única manera de entrar. Eran pastores nómadas y tenían un jefe de tribu, Innokenty. Debía conocer al tal Innokenty. Debía llegar hasta los rebaños. Pero no se hacían entregas a los rebaños...

Le dio vueltas al asunto. Tenía que existir una forma de llegar allí.

Y en los días que siguieron dio con ella; pero antes descubrió otra cosa.

La carga debía transportarla un camión Kama de los grandes hasta Provodnoie, doscientos sesenta kilómetros de ida y otros tantos de vuelta, y nadie quería encargarse de ello, quedando todavía como quedaba la enorme remesa destinada a Bilibino y Pevek, que representaba un recorrido de los grandes y dinero contante y sonante. Por suerte, se hizo cargo de ella el amable Kolia, en un camión Ural, en dos viajes. Le dividieron la carga, que consistía en marcos de ventanas y calefacción central para un nuevo bloque de pisos, y partió en solitario. ¡Aquel tipo era una joya, una auténtica joya!

La ruta de Provodnoie era nueva para él y le resultó interesante: uno podía perderse por aquella zona si fuera necesario. Se dirigió al sur, por el río, y después se desvió para coger el tramo de pista que iba a Aniuisk. Aquella parte sí la conocía. Luego dejó la pista y enfiló por el tortuoso afluente que llegaba hasta Provodnoie. Dicho afluente discurría entre escarpados terraplenes y era evidente que en plena temporada debía de tener un caudal muy rápido; en los estrechos meandros se formaban remansos que sobrepasaban las orillas.

Mantuvo una velocidad constante de sesenta por hora, aunque en las curvas reducía a treinta y a veinte, y justo estaba cambiando de marcha al salir de una de esas curvas cuando de improviso vio salir una bandada de perdices blancas de un arbusto cercano. ¡Qué preciosidad! Parecían cohetes cruzando el cielo plumizo. Las contempló unos instantes por el espejo retrovisor y vio que regresaban al arbusto; pero en realidad no regresaron allí, aunque no logró distinguir adónde lo hicieron.

Detuvo el camión, se apeó y fue en su dirección. El arbusto que crecía en la orilla del río era en realidad un raquíptico sauce, blanco a causa de la nieve, pero moteado allí donde las aves habían picoteado las ramas. Procuró no hacer ruido, pero aun así las perdices advirtieron su presencia y echaron a volar de nuevo; también los zorros caminaban silenciosos.

Vio que no habían salido del sauce, sino de detrás de este. Las ramas colgaban sobre un agujero que había en la orilla. Era un agujero de buen tamaño, horadado por los fuertes torrentes de la primavera. Apartó a un lado la vegetación helada. Dentro estaba oscuro, pero el hueco era alto, ancho y profundo. Lo palpó cuidadosamente. Las paredes tenían hielo y al pisar notó un crujido: eran ramitas que habían ido

llevando allí las perdices. No se veía nada, pero aquello se adentraba mucho, era más profundo de lo que le alcanzaban los brazos. Era una cueva. Había dejado la linterna en el camión, de modo que no quiso meterse más adentro. Había salido un poco tarde y todavía le quedaban un par de horas para llegar a Provodnoie.

Ese día pernoctó en Provodnoie y a la mañana siguiente lo retrasó una mercancía defectuosa que había que devolver, por lo que llegó a Cabo Verde ya pasada la hora de comer, demasiado tarde para un segundo viaje. Así que lo dejó para el día siguiente.

Otra vez la curva del río, otra vez las perdices remontando el vuelo como cohetes. Detuvo el camión a un lado, cogió la escalerilla de mano y se metió en la cueva.

Era todavía más profunda de lo que había imaginado. Alguna obstrucción, siglos atrás, había hecho que el río entrara allí en tromba. Paseó el haz de la linterna por las paredes. Había una fina capa de hielo y debajo de este sólo roca. En el techo sucedía lo mismo. Había roca, no permafrost, pero aun así decidió cerciorarse. Apoyó la escalera, se subió a ella y perforó el techo con el taladro eléctrico. Granito. Al cabo de un par de centímetros no se molestó más. Podría profundizar todo lo que quisiera. Allí cabría lo que tuviera que haber.

Pocos días después tuvo una charla con Vassili. Entretanto, había hecho un viaje a Ambarchik, que estaba en la costa, y había vuelto trayendo consigo un pescado, un salmón del Ártico. La mujer de Vassili últimamente se quejaba de que no había salmones como esos, de modo que decidió regalárselo, pues a menudo aquel viejo yakuto compartía la comida con él.

Le enseñó a Vassili la pieza, que llevaba en un saco; estaba bastante fresco, pero duro como una tabla. El hombre abrió unos ojos como platos.

—¡Este sí que es un ejemplar en condiciones! —exclamó. Lo examinó de arriba abajo y añadió—: Debe de medir un metro.

—Sí, es un buen ejemplar.

—Mi mujer se pondrá como loca. —Vassili sostuvo el salmón por la cola, cortó un tajo con su cuchillo y se lo comió—. Ya lo creo, es un salmón excelente. Tiene mucha grasa.

A continuación, cortó otro tajo para el chukchi y se lo dio. Kolia se lo metió en la boca y asintió con la cabeza. Sabía a nuez, no a pescado. No estaba mal, dejaba un ligero regusto a grasa.

—Está bueno —dijo.

—Es el mejor. Con la mitad de este ejemplar, mi mujer cocinará una *stroganina* fantástica. Tienes que venir a probarla.

—Será un placer.

—¿Has almorzado ya?

—Aún no.

Compartieron la comida del yakuto.

—Vassili —dijo Kolia, masticando—. Necesito un *bobik*.

—Pues cógelo.

—No, es para quedármelo. Para mí.

—¿Para qué?

—Quiero uno.

El yakuto asintió con la cabeza mientras cortaba un pedazo de carne con los dientes. Estaban comiendo carne de potro y morcilla guisados en leche de yegua.

—¿Conoces a algún evenki? —le preguntó Kolia.

—Por aquí ya no hay evenkis.

—¿Y por dónde los hay?

—Tú mismo dijiste que tenías amigos evenkis trabajando en ese centro científico que hay en las colinas.

—Ya no están allí. Hace unos días llevé una partida con el camión.

—Pues entonces estarán con los rebaños o trabajando en la granja colectiva.

—¿Qué granja colectiva?

—La de Novokolimsk. Sólo hay esa.

Kolia reflexionó sobre ello. Estaba claro que la granja colectiva no era sólo para los yukaguiros, sino también para los evenkis. Y no sólo iban rotando entre el pastoreo y el centro científico, en dicha rotación también estaba incluida la granja colectiva.

—No lo sé —respondió.

Vassili se metió otro pedazo de carne en la boca.

—Tengo entendido que las mujeres evenkis no están mal —comentó.

—Sí, eso me han dicho.

—Yo nunca he probado ninguna. ¿Dónde está?

—¿Quién?

El rostro del yakuto se relajó, pero Kolia no supo decir si estaba sonriendo o masticando la carne.

—Menudo zorro estás hecho... —le dijo—. Tienes una mujer evenki y no sabes dónde está, si con los rebaños o en la granja colectiva, ¿a que sí?

Kolia emitió un gruñido y siguió comiendo.

Vassili se limpió la boca.

—De acuerdo —continuó, tras coger aire entre los dientes—, así que necesitas un *bobik*. Lo pensaré.

Al día siguiente le dijo:

—Mi mujer quiere que vengas a casa a cenar *stroganina*. Puedes venir esta misma noche.

—Estupendo. Gracias.

Fue a casa de Vassili y cenaron *stroganina*. Los dos yakutos vivían en un minúsculo apartamento de uno de los bloques de pisos más antiguos; los europeos se

habían mudado a los mejores. En el apartamento había una mesa, pero comieron en el suelo, sentados en cojines. La esposa de Vassili le dio un cuenco para él solo, pero ella y su marido comieron directamente de la cazuela; la *stroganina* era un succulento guiso de pescado graso, muy sazonado, y servido con una tabla de madera al lado con una porción de ese mismo pescado, pero crudo, cortado en filetes.

La mujer se había puesto un vestido yakuto de fiesta, bordado de vivos colores; iba peinada con la raya en medio y sus ojos negros y brillantes no se apartaban de Kolia mientras comía. Era silenciosa como un ratón, pero estaba muy atenta, le rellenaba el cuenco cada vez que él lo vaciaba y no dejaba de servirle pescado crudo.

—Un hombre necesita grasa —le dijo con gesto significativo—. Para un hombre joven es imprescindible.

Fue lo único que dijo, pero al día siguiente Vassili le contó que le había comentado algo más:

—Mi mujer dice que tienes un rostro agradable.

—Bueno, es que soy más joven que tú —replicó Kolia.

—Y también dice que eres un sinvergüenza. Que deberías dejar de acostarte con Lidia Yakovlevna.

—¿Y quién dice que yo me esté acostando con Lidia Yakovlevna?

—Nuestra nieta limpia en el supermercado. Lidia Yakovlevna dice que te acuestas con ella todas las noches y que le haces regalos, y también que la llevas a las mejores fiestas. No es así como debería comportarse un joven como tú...

—¿O...?

—Es mejor que te acuestes con esa evenki. Mi mujer dice que las evenkis no quieren regalos, y que será más beneficiosa para tu salud.

—Bueno, eso es cierto.

—Pues claro que es cierto. ¿Dónde guardarías el *bobik*?

—Conozco un sitio.

—No puedes robarlo sin más, están todos registrados. Ya lo sabes, ¿no?

—Pues claro que lo sé.

—Entonces, ¿cómo harías para coger uno?

—Podría montarlo, si tuviera un amigo que me proporcionara las piezas.

El yakuto sonrió.

—¿Te consideras capaz de hacer eso tú solo?

—Con un manual, ¿por qué no? Es un juguete, como tú dijiste.

—Un hombre solo no puede montar un motor. Pesa demasiado.

—¿Y con un aparejo de poleas?

Vassili reflexionó un momento.

—¿El aparejo de poleas sólo lo tomarías prestado? No puedo generar un déficit para un aparejo de poleas. Tengo sólo dos.

—Claro que sería sólo para tomarlo prestado. ¿Para qué quiero yo un aparejo de poleas?

—Ese motor es grande y pesa mucho. El aparejo necesitaría un techo fuerte donde sujetarlo.

—Tengo un techo fuerte.

—En fin, ya veré. No me molestes ahora con eso.

Aquella misma semana, Kolia empezó a coger piezas del *bobik*. Vassili le entregó unas especificaciones escritas del vehículo, y entre los dos fueron marcando las piezas y eliminándolas de la lista conforme Kolia las iba retirando. Lo primero que cogió fueron las ruedas.

Desde hacía un tiempo había estado intentando conseguir entregas para la zona de la cueva. Ir a Aniuisk no representaba ningún problema; por allí había bastantes localidades desperdigadas, lo que suponía trayectos frecuentes con un camión ligero. El problema era el tramo más largo, el que llegaba hasta Provodnoie. Allí cada vez había más fábricas y bloques de pisos, de gran lujo, para inducir a los rusos europeos a que se quedasen a vivir en plena naturaleza. Disponían de buena calefacción, calderas grandes, triple acristalamiento. Por tanto, las cargas que había que transportar eran considerables, y para ellas se requería un Kama de gran tonelaje. A medida que fue avanzando la temporada y los camioneros fueron teniendo cada vez menos donde escoger, los grandes camiones Kama empezaron a cubrir esa ruta. Con dos hombres a bordo. Eso a Porter no le convenía; tenía que ir solo.

Y tendría que hacerlo de noche. Siempre podía coger un *bobik* para llegar hasta allí. Pero eso también presentaba dificultades. Podía conseguir un *bobik*, pero ¿y las piezas? El almacén de Vehículos Ligeros no estaba abierto por la noche. Tendría que coger las piezas durante el día y esconderlas en alguna parte. ¿Dónde? En el apartamento no. ¿Cómo iba a llevar allí un motor, una caja de cambios o una transmisión?

Pensó en ello mientras se llevaba las ruedas, junto con una carga, a Aniuisk. Se apresuró a entregar la carga y volvió a marcharse con las ruedas en dirección a Provodnoie.

Salió de la pista y fue hacia el afluente. Recorrió curvas y más curvas siguiendo el curso del río. Tardó sesenta y cinco minutos en llegar de Aniuisk a la cueva. Con un *bobik* tal vez pudiera reducir ese tiempo a unos cuarenta y cinco minutos. Y de Cabo Verde hasta Aniuisk, otra hora y cuarto. En total, dos horas. Cuatro entre ida y vuelta. Si saliera a las nueve de la noche, cuando no hubiera nadie en la calle, podría estar de vuelta poco después de la una de la madrugada. No estaba mal.

Pero le llevaría tiempo reunir las piezas antes de poder montar algo útil. Aquel motor tan pesado sí que iba a constituir un problema. Iba a necesitar ayuda para subirlo al *bobik*. Vassili le echaría una mano. Y luego tendría que marcharse con él de inmediato, a la hora del almuerzo, sin hacer caso de los encargos que tuviera programados. No podía dejar un motor a bordo de un *bobik*, tendría que llevarlo a la cueva. ¿Y después? ¿Cómo haría para sacarlo del *bobik* y meterlo allí? Con un aparejo de poleas podría subirlo y bajarlo, pero no meterlo en la cueva.

En cuanto se acercó, las perdices salieron volando.

Dejó el motor en marcha y fue andando hasta el agujero. Apartó las ramas heladas. La entrada era ancha, mucho más de lo que parecía. Intentó buscar un modo de apartar la vegetación del todo, pero no pudo. Regresó al camión y, con los faros encendidos, atravesó despacio la cortina de ramas con cuidado de no romperlas. Eran un camuflaje perfecto para la caverna, que quedaba completamente oculta a la vista.

Cuando hubo metido el morro del camión, se apeó y miró a su alrededor. Los faros iluminaban el interior de la cueva, un espacio helado de color blanco grisáceo: paredes, suelo, todo brillaba como si estuviera cuajado de diamantes. Y además era un lugar bastante amplio. Había sitio de sobra para montar un *bobik*, y hasta para guardarlo dentro, ya montado. Observó el techo y el agujero que había hecho en él con el taladro. Aquel punto no era el más adecuado, aunque... Sí, por supuesto que sí. Aquello iba a ser pan comido. Podría colgar el aparejo de poleas del techo, en la entrada de la cueva, a continuación meter el *bobik* marcha atrás e izar el motor. Sin problema.

No perdió más tiempo, sacó las ruedas y las apoyó en la pared del fondo. Acto seguido, dio marcha atrás con el camión hasta el río y emprendió el regreso a Cabo Verde.

Se daría prisa en reunir las piezas, dedicaría a ello todos los días que pudiera y también las noches. Ya era hora de empezar a trabajar en serio.

Y eso fue lo que hizo, tanto de día como de noche.

En la oficina de Expediciones:

—Kolia, Yura quiere verte. Deja lo que estés haciendo y ve ahora mismo.

—Pero tengo una carga entre manos, lista para partir.

—Déjala. Yura está enfadado, muy alterado. Coge ese *bobik* de ahí, ya tiene las llaves puestas.

Kolia fue hasta el hangar de los camiones Kama, desconcertado y cauteloso.

Vio que la nave estaba muy cambiada. Ya no alojaba a aquel vasto ejército de vehículos alineados fila tras fila. Ahora había tan sólo una docena de camiones gigantes aquí y allá y en la mayoría de ellos, mecánicos trabajando.

Yura estaba en su oficina acristalada, como casi siempre, hablando por teléfono. Frunció el ceño al verlo a él y le hizo una señal para que entrase.

—Kolia, ¿se puede saber qué ocurre? —le espetó tras colgar el teléfono—. Te pasas casi todo el tiempo yendo a Aniuisk, con pequeños Tatra y Ural. ¿De qué va esto?

—No pasa nada, son viajes. Encargos que me hacen.

—Se están aprovechando de ti. Y eso no puede ser, Kolia.

—No me quejo, por mí está bien.

—¡Tú no te quejas, pero no está nada bien! ¡No ganas dinero! ¡Y no estás cogiendo práctica al volante de un cincuenta! ¿Qué experiencia estás adquiriendo?

—No vine aquí para ganar experiencia, sino para sustituir a otra persona.

—Pero ¡eres mío! ¡Eres uno de mis conductores! Ya te lo dije. Estás hecho para las grandes distancias. Eres joven, te sobra vitalidad, te queda mucho por hacer. Tienes que practicar más con el cincuenta. Hacer trabajos de poca monta por los alrededores no te beneficia en nada. ¡En nada, Kolia!

—Pero si quieren que me encargue yo de eso, ¿qué puedo hacer?

—Puedes ir a Bilibino. Mañana. Ya lo he hablado con Bukarovski. Estás apuntado en la hoja. Sin discusión. Está decidido.

Si estaba decidido y apuntado en la hoja, no podía hacer nada para librarse de ese encargo. El viaje de ida y vuelta a Bilibino eran mil cuatrocientos kilómetros, un jugoso trayecto de tres días para los camioneros. Encargos como ese no iban a tardar en escasear cuando disminuyera el trabajo...

Regresó con el *bobik* maldiciendo. Tres días ausente, ¿y en qué estado físico iba a estar después de aquello para continuar el trabajo que hacía por las noches? ¡A la mierda con Bilibino!

Sin embargo, acabó yendo a Bilibino.

Partieron a las ocho, en medio de una nevada, y no se hizo de día hasta casi las once. Llevaban un tráiler de veinte toneladas y otro casi pegado detrás; formaban parte de

un convoy de cuatro vehículos, todos grandes camiones Kama. Los dos primeros no se veían a través de la cortina de nieve que caía delante de los faros, pero conforme fue haciéndose de día y comenzaron a materializarse débilmente las formas de los otros camiones, Vania se relajó. Era un tipo de mediana edad y pelo canoso, al que habían seleccionado especialmente como mentor del chukchi.

—Después de la primera parada, tú te harás cargo del volante —le anunció—. Más adelante viene un tramo recto, pero con muchos cambios de marcha porque es cuesta arriba. No debes perder agarre, estos cabrones resbalan y no hay forma de pararlos —lo dijo con una amplia sonrisa que dejó al descubierto una dentadura amarillenta.

La primera parada llegó poco después de las once, en el primero de los puestos de carretera. Los dos camiones que iban en cabeza ya habían parado, junto con otros dos que circulaban en sentido contrario. Detrás, mientras ellos aparcaban en medio de un grupo de *bobiks*, llegó el cuarto miembro del convoy.

En el interior de la cabaña de troncos tenían la radio encendida y el ambiente estaba muy caldeado y lleno de humo. De la cocina llegaba olor a comida. El humo de los cigarrillos que pendía sobre las mesas a las que estaban sentados los camioneros era tan denso que Kolia tardó unos minutos en darse cuenta de que uno de ellos era una mujer. Fumaba igual que los demás, y participaba en la conversación; y si Kolia volvió la mirada en aquella dirección fue porque había oído que alguien mencionaba su nombre. Los camioneros le sonrieron de oreja a oreja.

—Claro que sí, ese es nuestro chukchi... Kolia, ven aquí. Hay alguien que quiere conocerte, la oficial Komarova.

Ella lo observó con mirada gélida mientras se estrechaban la mano. Llevaba una parka abierta y un gorro, como los demás, y estaba sentada fumando un cigarrillo y tomándose una taza de café.

—Tengo entendido que es usted nuevo aquí.

—Sí, no llevo mucho tiempo. Unas cuantas semanas.

Le habían hecho sitio en el banco de enfrente, y obsequió a la oficial médica con su sonrisa. También decidió quitarse el gorro de piel.

—¿Té o café? —preguntó la vieja camarera, poniéndole delante un plato de *kasha* con salsa y contemplando fijamente su cabeza rapada.

—Café.

—¿Así que es de Chukotka? —le preguntó la oficial Komarova.

—Sí, de Chukotka. Sustituyo a un amigo.

—Todavía no me han enviado su documentación. ¿Se ha puesto todas las vacunas?

—Claro.

—¿Tétanos, polio, fiebre amarilla?

—Claro, claro.

Atacó el *kasha* con el tenedor sin dejar de sonreír.

—Por lo de pincharse no se preocupe —intervino uno de los camioneros—, que Kolia pincha todo lo que puede.

—Los condones los da ella, que es la que pincha y corta aquí —dijo otro, mientras las risas continuaban.

Komarova esbozó una media sonrisa. Bajo aquel gorro su rostro se veía más pálido, más alargado, ligeramente anémico, pero los ojos mostraban la misma expresión inflexible que él recordaba.

—Pásese de todas formas por mi consulta —le dijo—. Me encargaré de pedir su documentación. ¿Ahora se dirige a algún sitio o viene de regreso?

—Voy a Bilibino.

—Eso son tres días. —La mujer sostuvo el cigarrillo entre los labios y, con los ojos entornados, abrió la cremallera de un bolso y sacó una libreta y un bolígrafo—. ¿Qué día es hoy... martes? Pongamos el viernes. Por la tarde, a las cuatro. Esa mañana tendrá que quedarse en la cama. —Escribió algo en la libreta y en una tarjeta y le entregó esta última—. Es el edificio administrativo que hay en Tcherski. Cualquiera se lo indicará.

—¿Quiere hacerme una exploración o qué?

—Yo no voy a estar, pero hay que actualizar su documentación sanitaria e incluirla en nuestros registros.

Poco después, la oficial se marchó y Kolia se terminó el desayuno, todavía asediado por las dudas. ¿Lo habría reconocido? En caso afirmativo, ¿habría mencionado adrede la fiebre amarilla? Seguro que no. Su interés se debía a la curiosidad que despertaba la presencia de un nativo de Chukotka, porque su aspecto físico era distinto del de los demás. Y aún se parecía menos al del marinero coreano. No. Él era una cara nueva en aquel lugar, un camionero nuevo. Cuestión de papeleo.

Se terminó el café, y veinte minutos más tarde el convoy partía otra vez. Había dejado de nevar. Se sentó al volante y situó a aquel gigante en línea con los demás.

—Mantén una distancia de doscientos metros —le dijo Vania—. Que el otro tenga espacio de sobra para llevar la delantera con comodidad. Y ve practicando con las marchas, dentro de poco vas a tener que cambiar de una a otra.

—De acuerdo. Esa doctora parece agradable, ¿no?

—¿Te lo ha parecido? Pues no te confíes. A la mínima dolencia que te descubra, te retira de los trayectos de larga distancia.

—¿Examina a todos los camioneros?

—Bueno, la enfermería de la empresa es suya: las enfermeras, los suministros, todo viene de Tcherski. Allí es donde guardan los historiales médicos. Komarova es una jefa muy dura.

—A mí me ha parecido que era como un compañero más.

—Prueba a pillar una gonorrea y verás. Este distrito es suyo, y sabe todo lo que ocurre en él. Reduce ya. Fíjate en el de delante, está subiendo.

En efecto, estaban subiendo, y así continuaron durante un buen trecho. Aquella

carretera helada cruzaba una serie de pasos de montaña, primero simples cerros y más adelante auténticas cumbres. Desde que salieron de Cabo Verde habían ascendido ochocientos cincuenta metros, y ahora estaban subiendo todavía más; por todos lados se veían crestas heladas y cubiertas por nubes. Con aquellas nubes llegarían nuevas nevadas, y Vania las observaba silencioso por la ventanilla. Pero la carretera era recta, y continuó siéndolo, incluso pese a las pocas curvas que vinieron a continuación. Tras la subida llegó una fuerte bajada, luego otra subida y otra bajada, arriba y abajo todo el rato, rodando por aquella traicionera cinta de hielo.

—¡No pises el freno! ¡Sólo cambia de velocidad! —vociferó Vania—. Y déjale espacio al de delante, doscientos metros.

El convoy siguió avanzando, y cada cien kilómetros hacían un alto en los puestos de carretera. En cada uno de ellos rellenaban los termos de té y café, y así el día fue consumiéndose despacio. También desapareció el tramo recto, y con la noche llegó la nieve. La carretera había empezado a zigzaguear con violencia al cruzar las montañas y Vania tomó el relevo al volante.

Se suponía que entre un puesto y otro los conductores debían turnarse para dormir, pero con tanta curva y tanta nieve Vania quiso seguir conduciendo él. Pero Kolia no podía conciliar el sueño con la constante sarta de maldiciones que soltaba su compañero cada vez que se veía obligado a dar un volantazo, cegado por el blanco deslumbrante de la ventisca, pues tan sólo se alcanzaba a ver unos cuantos metros de asfalto por delante. Vania condujo toda la noche, y también hizo el primer turno cuando volvió a hacerse de día, hasta que la carretera se enderezó otra vez. Kolia cogió el volante a la una, sin haber dormido, y entró en Bilibino mientras Vania roncaba a su lado.

La ciudad se llamaba así por Bilibin, el geólogo que estudió por primera vez los filones, y era el centro de los yacimientos de oro situados en el extremo norte de Siberia. Los camiones grandes y aquella carretera de hielo constituían el único medio para transportar equipos pesados hasta allí. Y eso era lo que llevaban ellos. Toneladas de maquinaria llegada en barco durante el verano desde San Petersburgo y Archangel. Sólo se podía enviar en verano y sólo se podía transportar en invierno. Y ahora por fin estaba todo allí, en Bilibino.

Llegaron a las cuatro de la tarde, entregaron los camiones para las operaciones de carga y descarga y se fueron a dormir a una pensión. Ocho horas después, tras comer algo, emprendieron el viaje de regreso. A las doce de la noche, sin luna, sólo la carretera blanca bajo la luz de los faros.

Aquel país era muy duro y el trabajo agotador. Kolia se hizo cargo del primer tramo. Aún tenían por delante más de treinta horas de conducción —de hecho, treinta y dos, los horarios siempre se cumplían, pese a las dificultades—, sin paradas, salvo los breves altos que hacían en los puestos de carretera. De modo que llegarían a destino a última hora del día siguiente. No del día siguiente, no... Todo resultaba ya confuso. El día siguiente lo pasarían entero conduciendo. Llegarían el viernes por la

mañana temprano.

Tras un buen descanso, Kolia vería la manera de coger un *bobik* para la noche del viernes, después de encontrarse con Vassili por la tarde. Por la tarde... ¡Dios, tenía que ir al centro médico de Tcherski! En fin, acudiría a la cita; no deseaba levantar la liebre y al fin y al cabo se trataba de un simple trámite. En los papeles de Jodian no había nada raro, lo único que pasaba era que en el centro médico aún no los habían recibido. Él mismo se los había entregado a Bukarovski cuando firmó el contrato. En la confusión del inicio de temporada no los habían enviado. Una simple cuestión administrativa.

Pensaba dormir toda la mañana. Luego se levantaría e iría a ver a Vassili. Cogería el *bobik* y con este iría a Tcherski y arreglaría lo del centro médico. Y después de eso ya sería dueño de su tiempo. Sí.

Finalizó su turno en el primer puesto de carretera y Vania se sentó al volante. Esta vez intentó dormir, y lo consiguió, porque ya no hubo maldiciones, sino sólo una conducción pausada y regular por las revueltas del camino.

En el turno siguiente, sin haber salido todavía del laberinto de las montañas, pero sin que nevase, Vania le cedió de nuevo el volante, pero se quedó despierto para vigilarlo. Y así transcurrió lo que quedaba de noche, y también el día, y también la noche siguiente. Y a las ocho de la mañana del viernes, setenta y dos horas después de haber iniciado el viaje, estaban de vuelta en Cabo Verde.

A las dos y media del mediodía, tal como habían acordado, Anna Antonovna lo despertó. Se sentía entumecido, tambaleante, con todo el cuerpo dolorido. Pero después de darse una ducha ya se encontró más en forma. Fue a ver a Vassili.

—¿Qué quieres llevarte? —le preguntó el yakuto.

—Los listones del bastidor.

—¿Los cuatro? Los de los costados no caben en un *bobik*. Necesitarías una baca en el techo. Llévate otra cosa.

—¿Los ensamblajes de los ejes?

—Sí, eso sí puede ser.

Marcaron en la lista de especificaciones el par de ensamblajes de los ejes y Vassili lo anotó con sumo cuidado en su libro de déficit: aquella mercancía nunca había llegado al almacén; o no la habían enviado o se había perdido por el camino.

—¿A qué hora vas a venir a buscarlos? —quiso saber.

—No lo sé. Pongamos que a las cinco.

—Acuérdate de que cerramos a las seis.

—Vendré antes.

—Y entra por la puerta de atrás. —Estaban en el almacén de repuestos—. No entres por el garaje, allí habrá gente trabajando. Vente con el *bobik* hasta la parte de atrás.

—De acuerdo. Pero primero tengo que conseguirlo.

A las cuatro menos cuarto ya tenía uno y se dirigía con él hacia Tcherski. Conocía el edificio administrativo y aparcó delante. A continuación buscó el centro médico y se presentó en la ventanilla de información.

—Jodian —le dijo a la empleada que respondió al timbre—, me han dicho que viniera a las cuatro.

—¿Para qué?

—Soy un camionero nuevo de la Compañía de Transportes. —Entregó la tarjeta que le habían dado—. Ustedes iban a recibir mi documentación.

La empleada echó un vistazo a la tarjeta.

—Ah, sí. Jodian. Tenemos que actualizar sus datos. Un minuto, voy a buscarlos.

Cuando la mujer se marchó, Kolia se quedó observando a los otros dos administrativos que estaban trabajando en la sala. Un momento después, la empleada regresó y lo hizo entrar.

—Pase —le dijo.

Kolia la acompañó hasta el fondo de la sala, donde doblaron por un pasillo y entraron en otra estancia.

—Jodian —anunció la mujer, y se fue.

La oficial médica Komarova estaba allí, sentada a una mesa y escribiendo. Llevaba la bata blanca del hospital y levantó la vista un instante.

—Siéntese, por favor —dijo.

Kolia se sobresaltó un instante, pero obedeció.

—Había entendido que usted no estaría —comentó.

—Lo mismo pensaba yo. Ha habido trabajo.

Siguió escribiendo un poco más y finalmente le puso el capuchón a la antigua pluma de escribir que estaba usando y acercó una carpeta.

—Usted tuvo unas fiebres reumáticas a los doce años —le dijo.

—Muy leves. Si es que las tuve —contestó Kolia con una sonrisa de oreja a oreja.

—Se las diagnosticaron en Anádir. Infección por estreptococos.

—Pero en Novosibirsk no. Allí estaba bien. Todo bien. Nada funcionaba mal.

Komarova continuó leyendo.

—Así es. ¿Qué hacía en Novosibirsk?

—Mi padre era maestro, sin titulación. Entonces no había nada para nuestro pueblo en Anádir. Nos fuimos a Novosibirsk y mi padre tuvo trabajo.

—Entiendo. ¿Y luego la familia regresó?

—No. Les gustaba Novosibirsk.

—¿Y a usted?

—A mí no. Daba tumbos, no estudiaba. Para mí es mejor aquí.

—¿Dónde aprendió a hablar ruso?

—En todas partes. Ya sé que no lo hablo muy bien.

—Mejor que yo el chukchi —contestó Komarova.

Lo dijo en lengua chukchi y Kolia sonrió todavía más.

Aquella arpía dura y astuta sabía algo. Pero ¿qué? De nuevo vio aparecer en su semblante aquella media sonrisa, esquiva, un tanto burlona. Si conocía la lengua chukchi, sería porque habría tenido contacto con ellos. ¿Sabría que él no lo era? No alcanzaba a descifrarla. Cada vez que la veía parecía distinta. En el hospital, la fría doctora; en el banquete de Bukarovski, un espectro duro y trajeado; en el puesto de carretera, un niño travieso, con aquel gorro; y ahora, mostraba la serenidad y eficacia de un jefe. Sin embargo, su rostro era siempre el mismo: pálido, de nariz fina, algo anémico. No llevaba pintalabios ni maquillaje. Tenía el pelo tirando a rubio y lo llevaba recogido con sobriedad, de manera nada llamativa. En realidad no había en ella nada que resultara llamativo, excepto aquel aire de mujer frágil y competente. ¿Qué edad tendría... cuarenta, cincuenta? Imposible de decir. Sus ojos grises lo miraban fijamente.

—¿Es usted un chukchi puro?

—No sé lo puro que soy. Soy un chukchi. —Al decir eso, permitió que asomara una pizca de indignación, y Komarova bajó la vista hacia el expediente.

—¿Hay algo más que debemos saber?

—Nada.

—Muy bien. Vamos a echarle un vistazo. Desnúdese ahí detrás. Hay una camilla.

Kolia abrió la boca, pero ella ya se había levantado y estaba lavándose las manos

en un lavabo. La camilla estaba detrás de una cortina de plástico. Se quitó las botas, corrió la cortina y se quitó todo lo demás salvo los calzoncillos y los calcetines.

—Tengo que verle los pies —dijo Komarova, a la vez que descorría la cortina con gesto resuelto.

—¿Los pies? Mis pies están bien.

—¿Alguna vez ha sufrido congelación?

—No, nunca.

—Enséñemelos.

Kolia se quitó los calcetines y Komarova le examinó los pies detenidamente.

—Sí. Bien. Un empeine pronunciado, todos los pueblos del norte lo tienen. Ahora quítese los calzoncillos.

—¿Los calzoncillos? ¿Qué...?

—Voy a examinarle los testículos.

Kolia se quitó los calzoncillos sin decir nada y Komarova le examinó los testículos.

—Tosa. —Kolia lo hizo.

—Otra vez. —Kolia tosió otra vez.

—Bien.

Exploró un poco más la zona, después el abdomen, las costillas, los brazos, las axilas, la boca, los oídos, los ojos, la cabeza.

—¿Tiene usted alopecia?

—Sufrí una conmoción por un accidente. Todo el pelo se me cayó.

—Se ha afeitado la cabeza recientemente —afirmó ella.

—Me la afeito. ¿No le gusta?

Komarova no hizo ningún comentario y se limitó a ponerse el estetoscopio. Con él le exploró el pecho. Y luego la espalda. Y luego otra vez el pecho.

—Bien, en mi opinión, el diagnóstico de Anádir fue acertado —dijo—, y el de Novosibirsk erróneo. Tiene usted un soplo.

—¿Un soplo? —Él no tenía ningún soplo. Tal vez lo tuviera Jodian, pero él no—. ¿Qué soplo?

—La infección por estreptococos le afectó al corazón. Es muy leve, pero ahí está. Ya puede vestirse.

Kolia se vistió, pensativo. ¿Qué estaba ocurriendo? Él no tenía ningún soplo, en absoluto. Lo habían examinado concienzudamente en el campamento. Salió del cubículo muy preocupado.

—Tengo que desaconsejar que conduzca largas distancias —dijo la oficial. Estaba escribiendo otra vez y le indicó con un gesto que se sentase—. Es peligroso, para usted y para los demás.

—Pero ¡soy camionero!

—Tiene derecho a una exploración cardiológica. Le daré cita para que se la hagan en el hospital, si quiere. Pero por el momento nada de viajes largos.

—Entonces ¿qué haré?

—¿Tan importantes son para usted los viajes largos? —Al decir eso había levantado la mirada con rapidez.

—Pues... —Él enseguida le había visto las ventajas a aquello: una palabra de Komarova y Yura dejaría de encargarle viajes con camiones Kama. Pero ¿a qué estaba jugando ella?—. Es mi trabajo —concluyó.

—Puede hacer otros trabajos, trayectos cortos. Eso sí se lo autorizaré. Después de que haya reposado. Ahora está bastante cansado. Voy a darle una semana de baja. Entregue esto en la oficina.

Kolia se quedó mirando con gesto inexpresivo el formulario que acababa de darle.

—Unos cuantos días de descanso no son un castigo —le dijo ella, de nuevo esbozando una media sonrisa—. Tengo entendido que tiene amigos aquí.

—Sí, amigos.

—Pero no son chukchis, ¿es eso?

—No. Aquí no hay chukchis —contestó Kolia con más seguridad.

—Sí que los hay. En Novokolimsk, en la granja colectiva. ¿Aún no ha estado allí?

—No. ¿Allí también hay chukchis? Debe de ser una granja colectiva para todos los pueblos nativos.

—Y también los hay más cerca incluso, en Panarovka, en esta margen del río. Debería haber ido hoy, pero iré mañana. Si quiere, lo llevo. Así podrá hablar chukchi.

A menos que se equivocara... en su expresión había algo provocador.

Pero no le resultó difícil esbozar una sonrisa aún más resplandeciente que la de Komarova.

—¡Me encantaría! Gracias.

—Muy bien. Tengo cosas que hacer en Cabo Verde. Espéreme delante de su casa a las once y pasará a recogerlo. Tendré que quedarme allí a dormir, pero también hay alojamiento para usted. Coja lo que vaya a necesitar: pijama, cepillo de dientes, una cuchilla de afeitar —añadió, mirándole la calva.

Salió de allí profundamente desconcertado.

De vuelta en el *bobik*, vio que eran las seis y cuarto. Ya no estaba a tiempo de ir a ver a Vassili; el almacén de Vehículos Ligeros estaría cerrado. Sin embargo, tenía entre manos un asunto más urgente y más serio. Komarova sabía algo. Aquella exploración física tan minuciosa... Ya lo había explorado en otra ocasión... ¡Ella lo sabía!

Pero ¿se lo habría dicho a alguien más? Hasta el momento, que él supiera, nadie lo había vigilado. Tal vez ella no había estado segura hasta después de explorarlo; tal vez siguiera sin estar segura. Pero al día siguiente se convencería. Los yukagueros no lo habían tomado por un yukaguero, ni los evenkis por un evenki. ¿Tenía más posibilidades de engañar a los chukchis? Quizá sí, si el accidentado historial de Jodian —Anádir, Novosibirsk, aquí, allá— conseguía dar el pego.

Komarova se la había jugado bien. Era una víbora muy lista y muy dura de pelar.

Gracias al presunto soplo cardíaco que sufría Jodian, había logrado impedirle que saliera del distrito que ella controlaba. Quería vigilarlo de cerca. Y al día siguiente iba a tener oportunidades de sobra para ello. Y a un grupo de chukchis que confirmarían sus sospechas.

Entonces, ¿qué? ¿Debería declinar la oferta? ¿Y después quedarse allí bloqueado, una semana entera de baja, sin saber lo que estaba haciendo la oficial médica? No, eso era peor. Pero ¿era mejor estar cerca de ella?

No podía pensar.

—Gatito, ¿dónde has estado? —Lidia Yakovlevna estaba acurrucada contra su puerta—. ¡Hace días que no te veo!

En medio de su confusión mental, había regresado, había aparcado el coche y había entrado en el edificio casi sin darse cuenta de lo que hacía. Miró a la chica.

—He estado en Bilibino —contestó.

—¡En Bilibino! Eso es mucho dinero... Pero, pobrecillo, estarás cansado. Entra, tómate una copa y haremos cositas. Esta noche voy a relajarte de verdad.

Lo dejó casi exhausto, pero realmente lo relajó. Y mientras aquella chica se lo trabajaba sin descanso, él supo lo que tenía que hacer. Se ceñiría al plan. Al día siguiente acompañaría a Komarova; pero si surgía algún inconveniente, él se encargaría de que la doctora no viera otro amanecer.

El ancho Kolima brillaba con un blanco reluciente, un blanco cegador. A las once y media aún no se había hecho de día, pero ya tuvieron que ponerse las gafas para la nieve. Komarova llevaba su parka y su gorro y manejaba el *bobik* —uno de color blanco con una franja roja que él recordaba haber visto en el puesto de carretera— con destreza.

—¿Va siempre en coche?

Lo preguntó por decir algo; ella casi no había abierto la boca, se había limitado a conducir a toda velocidad por el río.

—También cojo un avión cuando es necesario, pero eso hay que programarlo con antelación. Es más fácil coger el coche.

—Ya. Sobre todo en un día tan bueno.

Hacía un día estupendo, el cielo estaba despejado y de un tono azul claro. El humo de las pocas casas que había en la orilla se elevaba en línea recta; y también en las que se encontraban en la ribera opuesta, al otro lado de aquella extensión blanca, a cinco o seis kilómetros de distancia, y que se distinguía con nitidez en aquel aire transparente como el cristal. Aquello no tenía buena pinta. Era el camino que llevaba a Aniuisk, él lo conocía. Algo no iba bien.

—Pero no con mal tiempo —continuó él—, ni para distancias largas. El puesto de carretera donde nos vimos era de larga distancia.

—Sí. Está en el límite de mi distrito.

—¿Tiene pacientes allí?

—Asentamientos. Les van a enviar un tractor.

—¿Y les lleva provisiones también?

La oficial médica había subido al coche un par de cajas, a todas luces compradas en una tienda de Cabo Verde, que contenían fruta y verdura, y también conservas.

—No.

Komarova había visto que él se volvía para mirar las cajas, pero no añadió nada más.

De acuerdo, era una chica dura. No le preguntó nada sobre Chukotka, ni sobre su experiencia como camionero, como habría sido lo normal. Bueno, pues él también podía esperar. Hasta el día siguiente, en cualquier caso. Antes necesitaba obtener información, averiguar cuánto sabía. Fuera como fuese, ya había tomado la decisión de deshacerse de ella. El asunto de Múrmansk siempre estaría presente. Lo único que necesitaba era encontrar un lugar para el accidente.

—¿Ese asentamiento está cerca de un río? —preguntó.

—De un río pequeño. Se llama Panarovka.

—¿Así se llama el río?

—El pueblo. El río se llama Pequeño Fantasma.

—Un nombre raro. ¿Por qué Pequeño Fantasma?

—Antes había allí un campo de trabajo, uno antiguo, de la época de los zares, que se siguió usando desde entonces, cómo no. En él murieron muchas personas y sus fantasmas siguen estando ahí.

—¿Usted se cree eso? —le preguntó Kolia con tono incrédulo.

Komarova sonrió.

—Lo creen los chukchis. —De repente le entraron ganas de hablar—. Imagino que usted conocerá muchas de esas creencias antiguas, ¿no es así?

—Bueno, algunas. Mi infancia fue muy corta —respondió Kolia con cautela—. Y mi padre era maestro, él no creía en eso.

—La gente de esta zona está muy chapada a la antigua. Aquí sí creen en eso, llevan generaciones viviendo en este lugar y conocen muchas cosas. Puede que incluso lo conozcan a usted.

—No creo —dijo Kolia apenado—, nunca he estado aquí.

—Pero ellos van a Chukotka. Van en avión, para no perder el contacto con los suyos.

—¿Ah, sí?

—Claro. Con asiduidad. Están al tanto de todo lo que ocurre allí, conocen a la perfección las redes familiares. Es bueno mantener vivas esas cosas. ¿No está de acuerdo?

—Sí, es bueno. Es bonito —contestó Kolia.

—Seguro que conocen a su familia: sus padres, sus tías, sus primos. Tendrán mucho en común. Le resultará interesante, y podrá practicar el idioma.

—Sí, interesante —contestó Kolia.

—Lo mismo pienso yo. Me llevo muy bien con ellos, me lo cuentan todo. Mire —dijo a continuación—, estamos llegando al Pequeño Fantasma. Allí, en la otra orilla, está Novokolimsk, unos pocos kilómetros más allá, no se ve desde aquí, pero en *bobik* no queda lejos. En la granja colectiva están más al día. Y ya que usted es una persona más moderna, puede que tenga más cosas en común con ellos. Si quiere hacerles una visita, puedo organizársela.

—Pues me gustaría —respondió Kolia—. Mientras estoy de baja quizá podría acercarme a hacerle a usted un recado.

—Tal vez. Ya intentaré pensar en algo.

—Podría escribir una carta mientras está aquí, y yo la entregaría más tarde —propuso Kolia.

Komarova sonrió tras sus gafas para la nieve.

—Pero usted prefiere relacionarse con gente más moderna...

—Bueno, mientras no tenga otra cosa que hacer... podría conocerlos.

—Muy bien, escribiré unas líneas. Recuérdemelo.

—Lo haré. Estupendo —dijo Kolia.

Ahora todo estaba saliendo bien. El río Pequeño Fantasma era muy conveniente. El cauce del Kolima había desaparecido y se encontraban ya en el afluente. Un

afluente maravilloso, como el que llevaba a Provodnoie, lleno de curvas cerradas. Sus orillas no eran tan altas ni tan verticales, pero sí lo bastante altas y verticales. Y además era más bien estrecho, no tendría más de cuatro metros, tres en algunos puntos. Sí, allí podría hacerlo fácilmente.

Kolia iba estudiando el plan mientras Komarova tomaba las curvas, pero al cabo de veinte minutos, un poco antes de lo deseado, surgió a la vista Panarovka. El río se ensanchó de repente y se transformó en una bahía pequeña y redonda, y la orilla descendió para formar una playa. El pueblo estaba enclavado en una ladera cubierta de nieve, unos trescientos metros más allá; a primera vista era un conjunto de bultitos de escasa altura, entre los que sobresalía uno algo más grande. Habían abierto una pista que subía desde el río y Komarova la tomó.

A medida que fueron aproximándose, se vio que los bultitos eran tres hileras de casas. Y el bulto más grande se reconocía sin dificultad.

—Es una iglesia —le dijo Komarova a Kolia, al ver que él la observaba con curiosidad—. Este lugar es antiguo.

—¿La siguen usando?

—Sí, todavía se usa.

Tanto la iglesia como las casas eran de madera, y estas últimas eran individuales y estaban protegidas por una valla construida con estacas. De todas se elevaba una columna de humo, sin embargo no se veía ni un alma. Komarova subió hasta la última hilera y aparcó junto a la última casa, en la esquina.

—¿Su clínica? —preguntó Kolia.

—Sí. Traiga la otra caja.

Ella había sacado ya una de la parte trasera y empezó a subir por el camino cubierto de nieve.

De manera que así era la cosa. La portadora de regalos utilizaba una de las casas de los chukchis como clínica. Podría haberlo explicado si hubiera querido. Pero era obvio que lo que quería era enfrentarlo directamente con otros chukchis. Pues muy bien, estaba preparado.

Una mujer chukchi, anciana y sin formas, les abrió la puerta.

—He oído el coche —dijo en ruso.

—Sí. Lamento haberme retrasado. Aquí hay fruta, Viktoria. —A continuación, para sorpresa de Kolia, dio un beso a la anciana chukchi—. Y también unas cuantas conservas. Tráigalas —le dijo a él.

La mujer apenas miró a Kolia mientras cogía la caja de fruta y echaba un vistazo para ver qué había dentro. Él la siguió, cargando con la otra caja. Cruzaron un pequeño vestíbulo, cerrado con una cortina para evitar corrientes, y pasaron a una estancia más espaciosa. Allí hacía mucho calor, gracias a una enorme estufa de porcelana que había contra la pared del fondo. Las paredes eran de madera y no había demasiada luz, dado que las ventanas eran pequeñas. Había otra mujer sentada en un sillón, haciendo punto, y Komarova se inclinó y la besó también.

—¡Tania! —exclamó la mujer. Era un saco de huesos con un chal por encima; a un lado tenía apoyado un bastón—. Pensábamos que venías ayer.

—Ya lo sé, y lo siento. Espere... —le dijo a Kolia—, ella misma lo cogerá. Madre, he traído una visita, se llama Nikolái Dmitrievich Jodian y es de Chukotka. Alexandra Ivanovna —continuó, presentando a su madre—. En este momento no puede darte la mano, madre, está sosteniendo una caja.

Pero justo en ese instante regresó la otra mujer y cogió la caja al tiempo que le lanzaba una mirada.

—¿Nicolái Dmitrievich? —repitió la anciana, tendiéndole la mano.

—Kolia —respondió él, estrechándosela.

—¿Ha venido desde Chukotka a hacernos una visita?

—Acérquese a ella, no puede verlo —le dijo Komarova.

Kolia se inclinó y la anciana le palpó la cara y la cabeza.

—Ah, es un hombre mayor.

—No soy tan joven como me gustaría, pero tampoco tan viejo.

—Es que se le ha caído el pelo. Es de mi edad —explicó Komarova.

Él no estaba tan seguro. Jodian tenía treinta y seis años.

—¿Ha dicho Jodian? —preguntó la mujer chukchi—. ¿Es uno de los Jodian de Anádir?

—Sí, exacto. ¿Y usted es Viktoria...?

—Eremevina. —La mujer le estrechó la mano—. Y si no me equivoco... ¿ha dicho Nikolái Dmitrievich?

—Sí, así es.

—¿El hijo del maestro?

—El mismo. —Ya estaban hablando en chukchi.

—Pero ¡si yo estuve presente cuando naciste! ¡El cielo nos valga! —Acto seguido, le dio un sonoro beso en los labios—. Pero ¡tu familia se mudó a Novosibirsk! Y tu hermana mayor, la que estaba tan enferma... ¿cómo se llamaba?

—Falleció —se apresuró a decir Kolia—. Me resulta doloroso hablar de eso.

—¡Oh, cuánto lo siento!

—¿De qué están parlotando? ¿Qué es toda esa cháchara? —se quejó la anciana—. Yo también estoy aquí.

—Viktoria le está diciendo que estuvo presente cuando nació él —explicó Komarova—. Que su padre era un maestro de Anádir. Y que tenía una hermana que falleció.

—Vaya, lo siento mucho por él. Pero podrían hablar en cristiano. ¡Por lo menos mientras esté yo aquí! ¡Llevo medio año sin recibir visitas!

—Yo vine hace seis semanas —replicó Komarova con frialdad—. Y en esta época estamos todos muy ocupados. ¿Está preparada mi consulta? —preguntó, dirigiéndose a la anciana chukchi.

—Por supuesto. ¡Y ayer había diez personas esperando!

—Bien, pues ve a decirles que ya estoy aquí. Y prepara una habitación para Nikolái Dmitrievich, se queda a dormir. Supongo que encontrarán algún tema de conversación —dijo, dirigiéndose a él.

Lo observaba con curiosidad y él le devolvió la mirada.

Komarova había entendido todo lo que habían hablado en chukchi. Bueno, ¿y qué? Su historia había aguantado bien el temporal, de hecho había sido milagrosamente confirmada. Si Jodian no tenía muchos más hermanos de los que deshacerse, sabría defenderse. Komarova interrogaría a la tal Viktoria, no le cupo ninguna duda, y a los demás chukchis; diez pacientes... Investigaría a fondo a Nikolái Dmitrievich. Era una bruja muy concienzuda, y fría; brusca con su madre y con aquella anciana criada. En cualquier caso, daba igual; se encargaría de ella. Ya no faltaba tanto.

Entró las bolsas de viaje de ambos y le enseñaron cuál era su habitación; oscura, toda de madera, con olor a alcanfor.

Cuando volvió a la sala, Komarova ya se había ido a su consulta. Se sentó a tomarse una taza de té con la anciana. Pero al poco, cuando empezaron a llegar pacientes y, tras las presentaciones, se pusieron a hablar a voces con él en chukchi, la mujer se levantó del sillón con gesto airado y le pidió a Viktoria que la acompañase a su habitación.

De momento todo iba sobre ruedas. Su historia era firme, razonable. Un maestro de escuela un tanto pretencioso se había mudado con su familia a una ciudad grande, y prefirió quedarse a vivir allí. La hija había fallecido y el hijo, desgajado de sus orígenes —¡incluso hablaba su lengua materna con acento!—, se había desmanado. Pero había vuelto al lejano norte, poseía sanos instintos, era un buen chico.

Oyó cómo los chukchis hablaban de los parientes de Jodian, exhibió su sonrisa de apenada ignorancia, escuchó sus anécdotas personales, habló de su experiencia como camionero y del dinero que iba a ganar. Era un joven muy sensato, a la vez que encantador.

Le llovieron tantas invitaciones que pudo saltarse el almuerzo tardío en aquella casa y tomarlo en otra parte: un aperitivo aquí, una bebida allá, sobre todo en compañía de mujeres y hombres ancianos; y descubrió a qué se debía esto último.

En verano, los aldeanos pescaban y cultivaban la tierra. Como allí el río no tenía orillas altas, cuando se derretía el hielo se producía la primera inundación, que cubría la franja superior de terreno, aproximadamente de un metro, casi hasta tocar el pueblo. En aquella tierra tan fértil cultivaban de todo: patatas, pepinos, tomates, cebollas, habas... incluso flores. Sí, girasoles en los huertos, ¡a aquella latitud!

Pero en invierno los hombres trabajaban de tramperos y sólo volvían a casa cada diez días. Vendían las pieles en la granja colectiva de Novokolimsk. Allí había nativos de todas clases: yakutos, evenkis, yukaguiros, chukchis... sí, chukchis también. No como los de aquí, decían, pero son gente decente. Si tenía interés en visitarla, alguien podría llevarlo, no habría problema.

Empezó a ver que no iba a necesitar a Komarova. Pero la necesitaba para otra cosa, naturalmente, así que cenó en la casa. Parecía que la cena no iba a terminar nunca, y de nuevo se evidenció la falta de paciencia de la hija con la madre.

La anciana hablaba y hablaba. Seguro que los aldeanos le habrían contado quién era su difunto esposo, el doctor Komarov. Un verdadero ángel. Cuando salió del campo de trabajo, lo esperaban con entusiasmo en Leningrado, donde se lo tenía en muy alta estima. Pero él abrió su consulta en el pueblo. Un ángel. Le besaban los pies. No quiso abandonarlos, se entregó a todos ellos de manera altruista. Y ahora descansaba allí eternamente. Y por eso ella nunca se iría de esa aldea, por nada del mundo. ¿Había visto ya el cementerio?

No, aún no había tenido oportunidad, pero le gustaría verlo.

Justo pasada la iglesia, en el cerro. ¿Él era de los que iban a la iglesia?

Bueno, iba a la iglesia a veces; con el trabajo que tenía, no siempre le resultaba fácil. ¡Y tampoco había tantas iglesias!

Pues al día siguiente era domingo, podría ir a la iglesia. Podían ir todos. La de aquel pueblo tenía una historia preciosa, sagrada...

—Nos vamos ahora mismo —la cortó Komarova.

—¿Que os vais? ¿Adónde? —preguntó su madre.

—Al cementerio. Kolia quiere verlo.

—Tatiana, ¿te has vuelto loca? Estará oscuro como boca de lobo.

—Hay luna.

—Y si conseguís ver algo, estará todo helado. Ya lo verá mañana por la mañana. Iremos todos.

—Puede que mañana no tengamos tiempo.

—¿Que no tendréis tiempo...? ¿En qué estás pensando? ¡He preparado unas flores para que las lleves!

—Y dile a Viktoria que necesitaremos más té. Tomaremos una taza cuando volvamos. No tardaremos mucho.

—Pero ¡os vais a congelar! Ahí fuera está todo duro como una piedra. ¡Poneos encima todo lo que tengáis!

Y se lo pusieron todo, pero aun así Kolia ahogó un grito cuando salieron de la casa. El frío era tan intenso que le pareció que se le quemaban los globos oculares. Hacía una noche absolutamente tranquila, blanca y resplandeciente. Además del gorro que llevaba, Komarova se había tapado la nariz y la boca con una bufanda de lana. Él se tapó la boca con los guantes, y notó el olor del cuero.

Subieron por el camino que llevaba a la iglesia. Era un edificio achaparrado, iluminado por la luna, su aguja de madera estaba cubierta de una capa de hielo. Detrás se extendía el cementerio, como un campo de trabajo sobre la blanca ladera, con sus pulcras hileras de montículos y cruces heladas. Pasearon entre ellas. Había flores secas que asomaban a través de la nieve como si fueran espumillón. Komarova se detuvo entre dos montículos y se agachó para limpiar la nieve que cubría uno de

ellos.

—¿Su padre?

—Piotr Petrovich... Sí. Hay más flores, cinco ramos. Recuérdelo, mi madre se lo preguntará.

Tenía la boca tapada por la bufanda, pero, cuando se incorporó, sus ojos lo miraron con seriedad.

—Pero no hemos venido aquí a ver las tumbas, Nikolái Dmitrievich —dijo—. Tengo que decirle algo.

La iglesia no estaba cerrada con llave, y Kolia entró detrás de Komarova. En medio de la negrura destacaba un diminuto punto rojo que parpadeaba encima del altar. La doctora fue hacia allí, avanzando a tientas por el pasillo.

—En alguna parte tiene que haber velas.

Kolia oyó unos ruidos metálicos.

—Aquí están. Pero cobran por encenderlas. Meta unas monedas en la caja, yo no llevo dinero.

Kolia encendió la vela con su mechero y luego rebuscó en sus bolsillos.

—Sólo tengo esto —dijo—, un billete.

—No se quejarán —contestó ella en tono irónico, y cogió el billete—. Incienso —añadió, olfateando el aire—. ¡En eso gastan ahora el dinero! Bueno, Nikolái Dmitrievich, tengo que pedirle disculpas.

—¿Disculpas? ¿Por qué?

—Por mi actitud, pues tal vez le haya parecido... incorrecta. Quizá antipática, incluso racista. No confunda la actitud de mi madre con la mía. En mí no hay ni una gota de racismo; todo lo contrario, siento un profundo respeto por todos los pueblos del norte. Pero el hecho es que no estaba segura de quién era usted, ni siquiera estaba segura de que fuera un chukchi.

Kolia se quedó mirándola.

—¿Y qué más podía ser?

—Bueno, podía haber sido alguien distinto. Ya sabe que aquí vienen pocos forasteros, es una zona de seguridad. Pero hace unas semanas llegó uno a Cabo Verde. Era un marinero coreano que estaba muy enfermo. Lo saqué de su barco y lo ingresé en el hospital de Tcherski. Usted se le parece mucho.

Kolia negó con la cabeza.

—No lo entiendo —dijo—. Tiene un marinero en el hospital y piensa que yo...

—Ya no está en el hospital. Se recuperó y se fue a Múrmansk, a su barco. Pero en usted vi una serie de detalles... su acento, por ejemplo. No me pareció chukchi... En resumen, que por eso lo he traído aquí. Pensaba que estas personas sabrían ver la verdad, naturalmente, y yo me fío de ellas.

Kolia sonrió de oreja a oreja.

—Bueno, espero que la garantía de Viktoria Eremevina sea suficiente. Yo no recuerdo mi nacimiento, pero ¡ella estuvo presente!

—Sí, ya lo sé. Pero comprenda mis motivos. Incluso la gente de aquí dice que tiene usted acento de otra parte, quizá evenki. Es lo que pensé yo también, y eso me desconcertaba.

—Bueno, mis amigos son evenkis, es verdad. Y mi lengua materna... casi la olvidé en Novosibirsk. Y no hablo ruso correctamente. Soy una calamidad, ya lo sé.

—No se preocupe —dijo Komarova en un tono un poco más amable—. Pero

quería aprovechar la oportunidad para pedirle disculpas, y para decirle que no se alarme si la policía lo interroga.

—¿La policía?

—Dado que soy la oficial médica de este distrito, estoy obligada a informar de toda persona desconocida de la que no pueda responder con total seguridad. Pero no hay nada de qué preocuparse, se limitarán a comprobar sus antecedentes y... —De pronto frunció el ceño al ver su expresión—. ¿Hay algo que no me haya dicho?

Kolia permanecía en silencio, con la mirada fija en la vela.

—Nicolái Dmitrievich —dijo—, puede hablarme en confianza. Ya sé que aquí hay personas a las que no les gusta que se indague demasiado en sus asuntos, sobre todo los camioneros. Tienen líos de faldas, cosas así. Por eso están aquí. Pero yo de esos temas no informo. ¿Hay algo que quiera decirme?

—Bueno, en confianza... sí hay algo. Una mujer.

—En ese caso, no tenga miedo. La policía no le dirá nada a ella, no se molestan con esos asuntos.

Kolia guardó silencio de nuevo.

—¿Puedo fiarme de usted? —preguntó en voz queda.

—Si no se trata de un delito, sí, por supuesto.

—No es ningún delito —dijo Kolia—. Pero yo no soy Jodian. Todo lo que he contado de mi vida, la infancia desgraciada, Novosibirsk, todo eso es verdad. Pero no soy Jodian. Lo conocí en Novosibirsk. El maestro de escuela era su padre. Nosotros éramos amigos, y nos hicimos camioneros juntos. Pero él estaba mal y quería volver al norte, a Magadán. Entonces este año, en verano, hace pocos meses, coincidimos en Batumi, junto al mar Negro. Él quería quedarse allí y cambiar de identidad. Un asunto del corazón, quería casarse con una chica. Pero ¡él ya tenía mujer e hijos! Así que nos intercambiamos los papeles. Fue una locura, lo sé, ¡aunque en aquel momento nos pareció una broma! Pero ya está hecho. No puede pedir a la policía que compruebe mi documentación.

Komarova lo miró a los ojos.

—Pero eso es un disparate —dijo—. Si tuvieran que investigarlo por algún motivo, un accidente de tráfico, lo que fuera, no tardarían en descubrir la verdad.

—¿Cómo?

—Yo no soy policía, pero imagino que por las huellas dactilares.

—¿Qué huellas dactilares? Yo nunca he hecho nada malo.

—¿Y Jodian?

—Tampoco. Podría jurarlo.

—Entonces, ¿por qué teme una posible investigación, ya sea usted Jodian o quienquiera que sea?

Kolia miró al suelo.

—Bueno, hay algo más, algo terrible. Jodian se ahogó. Se ahogó allí, en Batumi, en un trágico accidente. Y está enterrado allí. ¡Con mi nombre! Eso fue horrible. Las

autoridades dijeron a mis padres que yo había muerto. Y también... también a esa otra mujer que le he mencionado. ¿Qué iba a hacer? No podía volver a Novosibirsk, ¡porque estaba muerto! Ni a Magadán, porque allí conocían a Jodian. Y tampoco podía quedarme en Batumi, allí también era conocido. Y yo tenía sus papeles. Así que al final... Ponomarenko, que sabía todo esto, porque éramos amigos los tres, me dijo que debía venir aquí una temporada, ocupar su apartamento y hacer su trabajo, hasta que saliera adelante. Y esa es toda la verdad, ¡se lo juro!

Komarova lo miró largo rato a la luz de la vela.

—Ha causado usted muy buena impresión a sus compañeros. Igual que aquí. Pero ¡lo que hizo fue una auténtica locura!

—Sí, fui un idiota. Creo que siempre he sido un idiota —admitió Kolia con tristeza—. Pero ¡no soy mala persona! ¡Ojalá pudiera convencerla de eso!

Ella frunció los labios y se alejó por el pasillo con la vela en la mano.

—¿Me someterá a una investigación policial?

Ella apagó la vela de un soplo, la dejó encima de un banco y abrió la puerta.

—Tengo que pensarlo.

—Pero ¡usted sabe que no soy mala persona!

—Mire, Nikolái... ¿Cómo debo llamarlo?

—Kolia —respondió él con una sonrisa nerviosa.

—Muy bien, Kolia. Yo aquí tengo responsabilidades, confían en la labor que llevo a cabo. La gente confía en mí.

—Pues fíese usted de mí. Ahora ya me conoce, me ha examinado, cada centímetro de mí —añadió, ensanchando la sonrisa—. Dígame: ¿es verdad que tengo un soplo?

—No. —Esta vez ella también sonrió, aunque levemente. Iban bajando juntos por el sendero nevado—. Tenía que restringir sus movimientos, para que... En fin, no importa. Pero es verdad que está muy cansado y que necesita unos días de baja. Entregue el formulario el lunes. Y nos iremos mañana temprano, ¡no pasaremos por la iglesia!

—Gracias. Sé que necesito descansar un poco.

—Y, mientras lo hace, ese afán suyo por la granja colectiva... Quería ir a ver a los evenkis, ¿verdad?

—Siempre han sido mis amigos.

—Es usted un hombre muy reservado —contestó ella sin dejar de sonreír—. Y ahora entiendo por qué. Pero tenía razón al sospechar.

—Espero que no se lo haya mencionado a nadie más.

—Por supuesto que no. Me fío de mi propio criterio.

—Ya. Veo por qué la gente la respeta tanto. ¿Le puedo decir lo mucho que la admiro por su manera de trabajar, por su observación... entre otras cosas?

Ella le dirigió una mirada fugaz.

—Puede decir que he observado que había cinco ramos de flores, si es que se lo

preguntan. Se lo preguntarán. Pero gracias de todas formas... Kolia.

Entraron en la casa y, efectivamente, se lo preguntaron. Él mencionó los ramos de flores, tomaron té con la anciana y se fueron a dormir.

Y así terminaba aquella parte, ahora sólo quedaban por resolver los acontecimientos del día siguiente.

Llevaba mucho tiempo sin hacer algo parecido. Pero había sido amable con Komarova y la había desarmado; no le causaría problemas. Además, ella no había hablado con nadie.

Se desvistió y se metió en la cama. Aún estaba la cuestión de Múrmansk, averiguar si la petición de información había partido de allí. Se lo preguntaría a ella. Y también debía descubrir si Komarova había incluido en su hoja de servicio la prohibición de hacer trayectos de larga distancia. La había visto escribir algo más, no sólo la baja médica. Eso también se lo preguntaría.

Y la carta para la granja colectiva. ¿La habría escrito? Aunque ya no necesitaba una carta; ahora lo conocían en Panarovka. Y quizá volvería para asistir al funeral de Komarova... Lo llevarían a la granja, conocería a los evenkis, iría con ellos a donde tenían los rebaños y se encontraría con el jefe Innokenty.

Sí, todo estaba tomando forma.

Apagó la luz y se tumbó en la cama. Al día siguiente era mejor que condujera él. Así podría parar donde tenía pensado y hacer lo que tenía que hacer...

De pronto le vino a la mente una imagen del río Pequeño Fantasma y su serpenteante trayectoria bajo la luz de la luna. Iba a necesitar un sitio donde estrellar después el coche; habría que explicar cómo se había roto el cuello la fallecida. Estuvo varios minutos reflexionando sobre ese punto, luego dejó de pensar y se hundió en el colchón de plumas. Habría sitios de sobra, no tenía por qué preocuparse. Aun así, durmió mal.

Salieron a las nueve, cuando todavía estaba oscuro, a pesar de las protestas de la madre.

—No, esta vez estoy muy ocupada —le dijo Komarova, impaciente, y le dio un par de besos sin apenas mostrar afecto.

Kolia se llevó un beso de Viktoria y un apretón de manos de la anciana.

—Déjeme conducir —dijo al llegar al coche—. Hoy estoy bastante relajado.

—No, no me gusta que conduzcan otras personas. Y suba rápido, mi madre hará venir a Viktoria con cualquier tontería. ¡Lo que sea con tal de entretenerme!

Kolia subió al vehículo, y aquel cacharro, fiable como él solo, arrancó al momento. Bueno, tendría que buscar otra manera...

Komarova bajó al río y empezó a conducir con cuidado.

—Hoy está todavía más resbaladizo, será porque esta noche ha bajado la temperatura.

Era verdad. Bajo los faros del coche, el hielo del río desprendía un brillo grasiento. Kolia sabía que disponía de un margen de unos veinte minutos, veinticinco como mucho si Komarova conducía despacio.

—Vaya despacio —le dijo—. Hay muchas curvas cerradas, me fijé al venir.

—Las conozco. Y al volante me fío más de mí que de usted. Le tiemblan las manos.

—¡Puede que esté más cansado de lo que pensaba!

—Lo está. Necesita descansar.

—A veces el paciente no es el mejor juez.

—Nunca lo es. Los camioneros intentan engañarme, sobre todo después de estar de baja, cuando quieren encargos de larga distancia.

—Ya. ¿Anotó usted en mi hoja de servicio que no puedo recorrer distancias largas?

—Sí, pero puedo cambiar de opinión —dijo Komarova, otra vez con la media sonrisa.

«Ya, pero no vas a hacerlo», pensó Kolia. Habían recorrido un kilómetro. Decidió esperar a que llevaran ocho más, tal vez nueve, hasta que estuvieran a mitad de camino entre el pueblo y el Kolima. No apartaba la vista del cuentakilómetros.

—¿Está controlando a qué velocidad voy?

—No. No me he dado cuenta de que lo hacía. Es una costumbre del trabajo.

—¿El trabajo en los «barcos»? —Komarova sonrió de nuevo.

—Sí, los barcos... Ese marinero que mencionó, el coreano. ¿Usted cree que parezco coreano?

—Tiene un aire. Aunque ese marinero tenía más pelo que usted. —Se volvió hacia él sin dejar de sonreír—. Tenía pelo por toda la cabeza, recogido en una trenza. Y llevaba bigote. Era un tipo con muy malas pulgas.

—¿Qué le ocurría?

—Pensamos que tenía fiebre amarilla, pero no.

—¿Y por qué tenía malas pulgas?

—Por frustración, principalmente. No hablaba casi nada de ruso. No dejaba de gritar en coreano y también un poco en japonés. Creíamos que quería ir a Japón, que era de donde había venido, pero lo que quería era ir a Múrmansk, a su barco.

—¿Y fue allí y siguió navegando?

—Sí, supongo que sí. En todo caso, se marchó.

—¿Y no ha sabido nada más de él?

—No. —Komarova tomó con cuidado una curva—. Todavía no. Ya acusarán recibo a su debido tiempo. Yo le doy el alta a un paciente de mi distrito y ellos lo aceptan en el suyo. Después de haber tenido fiebres, uno no puede subir a un barco sin recibir el alta como es debido, un alta que ellos deben aceptar antes. A veces tenemos problemas con los marineros rusos. En Múrmansk siempre se retrasan con el papeleo.

De modo que iba a llegarles algo. Bueno, alguien más se encargaría de eso. Quedaban dos kilómetros.

—¿Puedo fumar?

—Ya sabe que no permito que se fume mientras estoy conduciendo.

—Entonces pare un minuto. Así podremos fumar los dos.

—No sea tonto, Kolia. Puede esperar.

—Es verdad, me tiemblan las manos. Mire. Un cigarrillo me calmará. Ese pueblo me ha dejado confuso. Bastante confuso.

—¿Porque había muchos chukchis?

—Sí. Y quizá... por su actitud.

Komarova llevaba una bufanda al cuello. No sería un obstáculo. Un brazo alrededor de la cabeza, una mano en la base del cuello.

—Pare un rato y hablaremos del tema —le pidió Kolia.

—Yo conduzco y usted habla —contestó ella secamente.

Kolia sacó el paquete de tabaco y lo abrió. Komarova lo miró un instante.

—Guarde eso, Kolia. ¡Se lo acabo de decir!

—Pare el coche —dijo él.

—¡No me hable de ese modo! —contestó enfadada.

—Pare el coche.

—¿Qué es lo que...?

Kolia le apartó los pies de los pedales de una patada al tiempo que aferraba el volante con fuerza. El *bobik* dio un bandazo y chocó contra la orilla. Entonces él, todavía luchando con Komarova por el control del volante, tiró del freno de mano y consiguió hacer girar el *bobik* en redondo, primero una vez, después otra, dos círculos completos. Finalmente, el coche rebotó de nuevo contra la orilla y fue disminuyendo la velocidad hasta detenerse del todo y quedar de través.

Komarova tenía la boca abierta, y la cara se le veía todavía más pálida a la luz de los faros reflejada en el hielo.

—¿Qué está...?

—Lo siento —dijo Kolia.

—No... ¡No!

Él le rodeó el cuello con un brazo. Notaba su respiración.

—¡Soy yo! ¡Escúcheme! Kolia... ¡Es a mí a quien está buscando! Usted ha venido aquí por mí. Por Rogachev, ¿no lo entiende? ¡Rogachev!

Tenía la cabeza de la mujer aprisionada con el brazo. Aflojó un poco la tenaza y la miró fijamente.

—¿Qué está diciendo?

—¡Que sé quién es usted! Yo lo bajé del barco, ¡Lo estaba esperando! Idiota... Será estúpido... ¡Suélteme!

Kolia la soltó y ambos se miraron. A Komarova le temblaban los labios y toda la mandíbula y le brillaban los ojos a causa del pánico.

—¿Iba a matarme?

—Sí.

Continuaron mirándose.

—¿Dónde está el tabaco? —preguntó ella.

Kolia encontró el paquete en el suelo, medio aplastado. Sacó dos cigarrillos y los encendió: uno para él y otro para ella.

CINCO

LA CASA DEL DOCTOR KOMAROV

Komarova tenía el tobillo amoratado e hinchado por la patada que él le había propinado. Estaban sentados en una habitación escasamente iluminada y Porter observaba cómo se aplicaba una compresa en la hinchazón. Apenas habían hablado desde que llegaron a la casa.

Él se sirvió otro vodka.

—¿Quiere más? —preguntó.

—No, es demasiado temprano. Con uno es suficiente.

Aún era temprano. Ni siquiera habían dado las once.

La casa de la doctora era de madera, como la de su madre, y se encontraba a las afueras de Tcherski. Estaba muy torcida, veterana de numerosos deshielos, pero destacaba entre las demás, era difícil pasarla por alto, pues tenía un cobertizo de gran tamaño a un lado. El *bobik* se encontraba ahora dentro de ese cobertizo. Porter se había fijado en todo aquello y estaba dándole vueltas, junto con todos los otros asuntos que también andaban dando tumbos por su cabeza.

Komarova terminó de vendarse el tobillo y se recostó en su asiento, con la copa en la mano. Todavía tenía los ojos un tanto vidriosos, pero ahora quizá era por efecto del vodka. Contemplaba a Porter pálida y más calmada.

—¿Por qué ha esperado tanto? —preguntó él al fin.

—Para ver cómo se las arreglaba usted aquí. Para ver si era capaz.

—¿Y qué tal lo he hecho?

—Bastante bien.

—Y entonces, ¿a qué vino lo de Panarovka, esa inquisición?

Ella bebió un sorbo de vodka.

—Quería ver qué historia contaría si tenía lugar una investigación policial. Y qué tal se manejaba en compañía de chukchis auténticos... Ha tenido mucha suerte.

—Usted también.

Komarova asintió, mirando el interior del vaso.

—Tenía pensado matarme desde antes de que saliéramos de aquí, ¿verdad?

—Sí.

—La historia que me contó en la iglesia, la de Jodian y Ponomarenko, ¿se la dieron ya hecha o se la inventó usted?

—Me la inventé yo.

—Tiene labia. Además de suerte. De acuerdo, póngame un poco más de vodka. Y bien, ¿dónde está Jodian?

—No lo sé. —Le sirvió a ella y luego se sirvió él—. Y tampoco sé de dónde salieron sus papeles. Pero todos los datos provienen de Ponomarenko.

—¿Ponomarenko está de verdad en Batumi?

—Tal vez. Está en alguna parte. Tienen pruebas contra él de un delito de tráfico de drogas. Es un delito grave, como mínimo lo espera una temporada larga en la

cárcel. Lo tienen pillado.

—¿Y por qué Ponomarenko?

—Por casualidad. Muchos camioneros van en verano al mar Negro. Ponomarenko no tuvo suerte.

—¿Qué tuvo que hacer, cederles su apartamento y dar todos los detalles de la vida que llevaba aquí?

—Sí, exactamente.

—¿Incluidas sus relaciones con Lidia Yakovlevna?

—No. Eso lo averigüé yo solo.

—¿Ha averiguado también que la chica tiene gonorrea?

Porter bebió un sorbo de vodka con cara de póquer.

—Hace dieciocho meses —dijo Komarova— tuve que ingresarla en el hospital de Tcherski. Había ocultado su enfermedad y se le había agravado. No podía hacer que usted fuera al hospital otra vez, allí tienen hasta el último detalle de su cuerpo, por eso lo examiné yo en persona. No se acerque a esa chica, es muy promiscua.

El vodka le había dado un leve color a las mejillas y ahora los ojos le brillaban más.

Tampoco en esa ocasión Porter hizo ningún comentario.

—Bien, ¿y qué planes tiene para llegar hasta Tcherni Vodi?

—Obviamente, los evenkis. Primero quiero visitar la granja colectiva, y luego los rebaños. Allí está el jefe de la tribu, un tal Innokenty, él se encarga de escoger a los que van a ir a trabajar a Tcherni Vodi. Luego baja un cabeza apestosa y les hace los pases.

Komarova se lo quedó mirando.

—Pases, cabezas apestosas, Innokenty... ¿Todo eso ya lo sabía antes de venir?

—No, lo he descubierto aquí.

—¿Y por eso quería llevar una carta mía a la granja colectiva?

Porter dibujó una media sonrisa.

—También he descubierto que no iba a necesitarla —dijo—. Los aldeanos de Panarovka llevan allí las pieles. Habría ido con ellos.

—¿Pensaba regresar a Panarovka?

—Para asistir a su funeral.

De nuevo se quedó boquiabierta y, por un momento, pareció que algo le cruzaba la mirada.

Bebió otro poco de vodka.

—Bueno —dijo al poco—, ya no necesita recurrir a ese plan. Yo misma voy a los rebaños cada seis u ocho semanas. En helicóptero. Vendrá conmigo.

—¿Eso ha sido idea de Rogachev?

—No, ha sido idea mía. Es verdad que va a necesitar la cooperación de los evenkis, la cual, por la forma en que lo he visto actuar, deduzco que tiene muchas probabilidades de conseguir. —Apuró la bebida con rapidez—. Rogachev todavía no

me ha explicado ningún plan detallado.

—¿Sabe que estoy aquí?

—Sí.

—¿Cuándo se han visto?

Su sonrisa fugaz asomó un instante.

—¿Por última vez? Déjeme pensar... Hace treinta años.

Hacía treinta años, según contó Komarova, Rogachev había estado en aquella misma casa. Unos años antes, había estado prisionero, junto con el padre de ella, en el campo de trabajo de Panarovka. Cuando este se cerró, él regresó a Moscú y su padre se quedó. En aquella época no se podía vivir en Panarovka —los chukchis todavía estaban desmantelando el campo de trabajo y transformándolo en viviendas—, de modo que su padre estableció su consultorio en aquella casa. Su madre vino de Leningrado y allí mismo nació ella.

En aquella época, Nizhniye Kresti —el antiguo nombre de Tcherski— era un lugar muy salvaje, muy primitivo; detestado, aborrecido, por su madre. Todavía vagabundeaban por allí muchos prisioneros liberados, aún no se había creado un servicio médico en condiciones y la gente que venía de fuera no tenía donde quedarse a dormir. Rogachev fue allí de visita, por algo relacionado con una misión científica, y se alojó en casa de su viejo amigo Komarov.

—¡Y no tardamos nada en hacernos muy amigos! Allí estaba yo, una niña de seis años sin amigas, con aquel hombre maravilloso. Recuerdo que insistió en llevarme con él en una visita que hicieron a Panarovka para echarle una ojeada a las construcciones y ver cómo iba progresando todo. El campo de trabajo era muy viejo, mucho más que los terrenos, algo más grandes, que bordeaban el curso del río Kolima. Data de la época de los zares, era viejísimo, con su iglesia y todo. ¿Esto le resulta demasiado complicado? —preguntó Komarova al ver la expresión pensativa de él.

Porter había ido sirviendo más vodka y su expresión pensativa se debía a que poco a poco se daba cuenta de que la oficial Komarova estaba cada vez más borracha.

—No, la sigo perfectamente —contestó.

—Pues entonces sírvame también a mí.

—Tatiana, tenemos cosas importantes que...

—Puede llamarme Tania.

—Tenemos cosas importantes entre manos. No sé yo si es buena idea que beba tanto alcohol...

—No lo es. Pero uno no se enfrenta todos los días a su asesino. Ni habla con él de su funeral. Dios santo... ¡y a sangre fría!

—Usted no se está enfrentando a su asesino. No ha habido asesinato.

—¡Gracias a mi entereza! Además, ahora habla mejor el ruso. ¿Quién es usted?

—Tatiana... Tania. Las preguntas sobre mí las dejamos para más tarde. ¿No es mejor que no conozca las respuestas?

—Está bien.

Bebió un poco, sin dejar de observarlo. Ahora tenía los ojos muy brillantes y el rubor de las mejillas acentuaba su palidez. Encendió un cigarrillo y, sosteniéndolo entre los labios, se recostó en el asiento. Estaba distinta: más alta, más desgarbada, con el pie lesionado apoyado en un taburete y el cabello todavía retirado de la cara, nada discreto, sino sobrio y elegante.

Porter desvió la mirada y la paseó por la oscura habitación.

—¿Le parece extraño que yo viva en un sitio como este?

—Habría esperado un apartamento moderno.

—Cuando estuve casada viví en un apartamento moderno.

—¿Y no se sintió a gusto? —preguntó él tras una pausa.

—Ni con el apartamento ni con el cerdo con el que me casé. Era un cardiólogo del hospital. Ahora está haciendo fortuna en Moscú. Clínicas privadas, delincuentes millonarios. Su especialidad era el corazón, algo que él no tenía. Y mucho menos alma —agregó, asintiendo con la cabeza—. No tuvimos hijos, gracias a Dios. ¿Usted tiene hijos?

—No. Pero estaba usted hablando de su infancia.

—Correcto. Bueno, Rogachev se quedó aquí tres meses, lo cual me hizo inmensamente feliz. Era un hombre muy divertido y se le daban muy bien los niños. Cuando se fue me quedé destrozada.

—¿Vino por algo relacionado con el centro de investigación?

Komarova negó con la cabeza.

—En esa época no podía saber nada de ese sitio. Nadie sabía nada. Se pensaba que era una especie de estación meteorológica. No, él estaba haciendo algún tipo de experimento en bajas temperaturas y se iba con los tramperos. Luego volvía y jugábamos. Rogachev conocía muchos juegos. Yo era Tania-Pania y él Misha-Bisha, eran nuestros nombres secretos.

—¿Misha-Bisha?

El nombre de pila de Rogachev era Efraím, Efraím Moisevich.

—«Misha, el oso». Era un hombre corpulento. Sólo eran nombres divertidos. Él ponía motes a la gente.

—Ya. —Porter se acordaba bien—. ¿Y qué sucedió después?

—Que se marchó. Y más adelante también nos marchamos nosotros, a Panarovka. Mi padre conservó esta casa, porque estaba ayudando a montar el servicio médico de aquí... Sea como sea, allí estaba yo, en Panarovka, apartada del colegio y de los estudios de Medicina. Más adelante me hice paramédica, todo me conducía a eso. —Bebió un trago de vodka—. Hace un par de años me convertí en la oficial médica de este distrito y Rogachev me pidió que lo ayudase.

—Me ha dicho que no volvió a verlo.

—Y no lo vi. Me hizo llegar una nota sin firmar. Sólo decía: «Saludos de Misha-Bisha para Tania-Pania».

—¿Se la envió él?

—Por medio de un evenki. Dentro de un sobre.

—¿Adónde?

—A Tchorni Vodi. Tienen un consultorio. Yo les facilito los suministros médicos. Están dentro de mi distrito.

—¿Usted entra allí?

—Sí, para entregar los suministros. Y para atender a pacientes, evenkis y personal de seguridad. Los científicos tienen su propio médico, que también está en plantilla, pero yo nunca lo he visto. Recibo una lista de lo que quiere que le lleve y se lo llevo.

—Espere un minuto —dijo Porter, asimilando lentamente la información—. Si el mensaje se lo pasó un evenki, entonces ¿ellos sí que ven a Rogachev?

—Lo ve uno de ellos. Su asistente personal. Es un empleo hereditario. Eso quiere decir que antes de él lo tuvo su padre y así sucesivamente.

—¿El mensaje se lo dio a usted ese asistente?

—No, a él tampoco lo he visto. Pero se le permite reunirse con los demás evenkis para hablar de asuntos familiares. Es de total confianza. Nunca diría nada, aunque supiera algo. Sólo hace lo que le dicen que haga.

—Y le dijeron que le entregara ese mensaje a usted.

—Sí. Por lo visto, Rogachev se enteró de que había una doctora nueva y que era la hija del doctor Komarov. Aquel primer mensaje sólo tenía como finalidad comprobar que efectivamente era yo. Más tarde me dijo qué era lo que quería.

Porter se levantó y empezó a pasear por la habitación. En el hueco que había detrás de la estufa vio un icono colgado en la pared. La estufa estaba apagada, porque en la casa había ya calefacción eléctrica y el ambiente estaba caldeado, incluso demasiado. Había libros por todas partes: en las estanterías, en las mesas. Con aquella oscuridad no consiguió distinguir los títulos.

—¿Y qué quería? —preguntó.

—Dijo que había descubierto algo de gran interés que le impedían publicar.

—¿Mencionó de qué se trataba?

—No.

—¿Y lo que están haciendo allí?

—Tampoco. Pero ahora sé que tiene que ver con sustancias peligrosas. Hace unos meses hubo un accidente, y a consecuencia del mismo se contaminó el lago. Su planta de filtrado estuvo varios días sin funcionar y tuvimos que enviarles agua potable. Llegaron varios científicos en avión y armaron mucho jaleo examinando toda la zona. Pero el viento soplabla en dirección contraria, de modo que allí mismo no tuvo ninguna consecuencia.

—¿Afectó a los evenkis?

Ella negó con la cabeza.

—Era de noche y estaban en sus dormitorios. El día siguiente lo pasaron encerrados a cal y canto; se había producido un incendio y aún quedaban gases suspendidos en el aire. Fue una especie de explosión... Pero, bueno, usted ya estará enterado de eso, claro.

Porter no hizo ningún comentario.

—¿Cómo pensó Rogachev que podía usted ayudarlo?

—Stepan Maximovich, el asistente, tenía que pasarme unos cigarrillos. Todo esto también lo sabe usted, seguro.

—¿Y qué tenía que hacer con ellos?

—Durante los dos últimos años había estado recalando aquí un barco japonés. Algunos de los evenkis trabajan en los muelles durante el verano y le dijeron a Stepan Maximovich que uno de los marineros había estado preguntando si tenían drogas que venderle. Era imposible, porque los evenkis no tienen acceso a las drogas. Pero Stepan se lo contó a Rogachev a modo de chismorreó. Esa era la primera vez que Misha-Bisha oía hablar de aquel barco, y entonces se le ocurrió la idea.

—¿Cuál?

Komarova suspiró.

—Que yo subiera al barco cuando este llegara y contactara con el consumidor de drogas.

—¿Los evenkis le dijeron quién era?

—Desde luego que no. Ellos no sabían nada de todo esto. Supe quién era al mirarlo a los ojos. Hice pasar a toda la tripulación, de uno en uno, por una cabina que me habían preparado a tal efecto. Aquel hombre estaba enganchado a la heroína. Le ofrecí un derivado menos peligroso si me hacía un favor. Le expliqué de qué se trataba y le dije que le daría más droga cuando volviera. El barco venía dos veces por temporada, a primeros de junio y en septiembre.

—¿Todo eso se lo explicó en japonés?

—En el poco inglés que sé. Suficiente para un drogadicto con ansiedad. ¿Qué es esto, un interrogatorio?

Porter se encogió de hombros.

—¿Qué explicación dio para poder examinar a la tripulación?

—Que se estaban endureciendo las restricciones sanitarias. Aquel barco procedía de zonas tropicales y después de dejar la carga que llevaba debía subir pescado a bordo. Mire, me está agotando. Y tengo hambre. En la cocina encontrará pescado en salazón y también pan y crema agria. Y una bandeja.

Komarova se ayudaba con un bastón cada vez que tenía que levantarse, y durante el resto del tiempo permanecía sentada, con la pierna en alto. Hacía un día muy nublado y las ventanas de aquella vieja casa eran pequeñas; pero de todas formas a las tres ya se había hecho de noche, así que Porter recorrió la habitación encendiendo lámparas

y corriendo cortinas bajo la atenta mirada de ella.

—Es usted muy alto —observó— para ser un chukchi. Claro que no es chukchi. Ni tampoco es evenki. Ni pertenece a ningún pueblo que yo conozca. Pero es del norte, por supuesto.

—Usted misma identificó la forma de mi arco plantar —señaló Porter.
Komarova sonrió con frialdad.

—Y también es muy prudente. En fin, dígame, ¿cómo va su nuevo trabajo de montador de vehículos?

Ya le había hablado de su proyecto con el *bobik*, pues había llegado a la conclusión de que iba a necesitar el cobertizo que había junto a su casa, y entonces le contó algo más.

—¿Tiene pensado irse de aquí conduciendo esa máquina?

—Si es necesario... Serviría como alternativa —dijo Porter.

—Habrán planeado alguna salida normal para usted, claro.

—Sí.

—¿Quiere contármela?

—No.

—De acuerdo. —Pero continuó mirándolo fijamente—. ¿Y dónde está montando ese vehículo?

—Tampoco es necesario que sepa eso.

Komarova encendió otro cigarrillo.

—Estoy fumando demasiado. Pero es que estas no son circunstancias normales. Me apetece otra copa.

Se la tomó sentada en el sofá, donde podía apoyar la pierna en una postura más cómoda, y lo informó sobre los rebaños. Estuvieron hablando del asunto hasta la hora de la cena, de la cual también se encargó Porter; la preparó y la llevó a la mesa, junto con una jarra de café y dos tazas.

—Está usted hecho todo un amo de casa —comentó Komarova.

—La práctica... ¿Tiene ayuda doméstica?

—Sí, una mujer yakuta viene dos veces por semana.

—¿Suele entrar en el cobertizo?

—No. —Komarova lo miró a los ojos—. Es usted el hombre más astuto que he conocido en toda mi vida. Ahí es donde piensa guardar las piezas del motor, ¿verdad?

—Unas cuantas cosas, sí.

Acto seguido, se dedicó a su cena y ella a la suya, mientras se lanzaban miradas de curiosidad.

Komarova le explicó cómo estaba distribuido el centro de investigación y él la escuchó atentamente.

—¿Y dónde está su consultorio?

—En las dependencias de los guardias. Allí es adonde acuden los evenkis.

—¿Es el único sitio donde tiene contacto con ellos?

—Bueno, también tienen que descargar el coche y volver a cargarlo.

—¿Con qué?

—Suelo llevarles bidones grandes de agua destilada. Allí la utilizan mucho para los trabajos de laboratorio. No merece la pena traerla en avión, y de todos modos la producimos en Tcherski. Luego me traigo los que están vacíos.

—¿Dónde guardan todo eso?

—En un almacén que tienen junto a la pista de aterrizaje.

—¿Ahí es donde aparca?

—No, no tengo permiso. Voy a la oficina del comandante y ellos traen un trineo o un tractor, dependiendo de la cantidad que les lleve.

—¿Usted supervisa la operación?

—De eso se encarga el personal de seguridad. Tienen que examinar todo lo que entra o sale. ¿Estaba pensando que podría llevarlo a usted de polizón?

—¿Y si alguien se pusiera enfermo?

—Lo sacarían en avión. No lo llevarían a Tcherski, no les está permitido tener ningún contacto con Tcherski. Y, sea como sea, nadie entra o sale sin ir acompañado.

Porter bebió un sorbo de café con aire pensativo.

—¿Y cómo saldré yo, entonces?

—Del mismo modo que haya entrado.

—¿Y me quedo un mes allí dentro?

—Eso complicaría las cosas en Cabo Verde, ¿no cree? —contestó Komarova. Luego asintió con la cabeza y añadió—: Pero no se le están ocurriendo ideas malas del todo. Vaya a buscar el coñac, a ver si se le aclara aún más la mente.

Perplejo, Porter fue a buscar la botella. Komarova había bebido mucho, sin embargo, el alcohol no parecía haberle afectado el juicio ni su actitud autoritaria. Era evidente que lo estaba sometiendo a alguna otra prueba, que estaba estudiando sus reacciones. Ya lo había hecho en otra ocasión, en la iglesia. Estaba asumiendo riesgos, por supuesto, para sí misma y para Rogachev.

Regresó con el coñac y vio que Komarova había cambiado de postura en el sofá.

—Venga a sentarse aquí —le dijo—. Estoy cansada de alzar la voz.

Porter tomó asiento despacio y sirvió el aguardiente con cuidado.

—Tiene las manos largas —dijo ella—, y también el fémur.

Le examinó el fémur. Se lo palpó hasta arriba del todo, a continuación le bajó la cremallera del pantalón e introdujo una mano.

Porter la miró a los ojos.

—¿Qué ocurre aquí?

—¿Lo sorprende?

—Ya me examinó en su momento.

—Pues ahora puede examinarme usted a mí.

Con la otra mano, Komarova lo sujetó por la cabeza y lo besó. Fue un beso bastante cariñoso y, cuando se apartó y lo miró a los ojos, estaba sonriendo.

—Tú, chico alto —le dijo—, hoy has intentado matarme, y ahora podría estar muerta. Pero no lo estoy, y tú tampoco, y estamos en mi casa. Me atraes. Estoy acostumbrada a conseguir lo que quiero. Y, al fin y al cabo, estar vivo es algo digno de celebrar. Ahora puedes llevarme a la cama.

No tenía tan buen tipo como Lidia Yakovlevna; era más delgada y estaba menos blandita. Pero era flexible y se controlaba, y estaba bastante acostumbrada, como ella misma había dicho, a conseguir lo que quería. Y también era mucho más auténtica; se arqueó sin histrionismos cuando llegó el momento, que alcanzaron al mismo tiempo, y después lo besó en la cara y lo acarició.

—Sí, merecía una celebración —dijo—. Y ha sido muy satisfactoria. Pero ahora tenemos trabajo que hacer.

Se levantaron y pasaron varias horas planificando la manera en que Porter pudiera entrar y salir del lugar por el que había recorrido medio mundo. Antes de que dieran las doce de la noche ya habían acordado los primeros pasos, unos pasos sumamente detallados.

El lunes, Porter llevó su baja médica al edificio administrativo, e inmediatamente después fue a ver a Vassili a su almacén.

—El viernes no viniste —le reprochó este.

—Me hicieron una exploración médica. Me llevaré las cosas a la hora del almuerzo, Vassili. Y, escucha, necesito disponer de un *bobik* durante una semana.

—¿Una semana?

—Me han dado la baja. Dicen que estoy cansado y que necesito una semana de reposo.

Vassili lo miró de arriba abajo.

—Bueno, sí que se te ve un poco hecho polvo —comentó—. Es por esa chica evenki, ¿a que sí? Pues si estás agotado, no vas a servirle de nada.

—No importa... Necesito un *bobik*.

—Pues ve a pedirselo a Liova.

—En estos momentos estoy de baja y no puedo... Vassili, hazlo por mí.

El viejo yakuto rio en voz baja.

—De acuerdo. Pero quiero que te vea con sus propios ojos, así se dará cuenta de que realmente estás agotado. No tienes por qué explicar nada.

Él respondió con un gruñido y fue a buscar al jefe de Vehículos Ligeros.

—Bueno —dijo Liova, mirándolo—, sí que necesitas un descanso, es obvio. Últimamente has trabajado mucho.

—No lo necesito, pero es lo que me han dicho. Lo siento.

—Kolia, tranquilo. Eres un buen muchacho.

A la hora del almuerzo regresó al almacén y encontró a Vassili solo, comiendo de la cazuela.

—Ya tienes el *bobik* —le dijo el yakuto, masticando—. Y Liova ha dicho que le echas un polvo a esa chica de su parte. Nunca lo había visto reírse tanto. ¿Quieres llevarte ahora los ejes?

Porter se llevó los ejes y también el manual, para ver cómo se montaba todo. Una hora y cuarto después estaba ya en Aniuisk.

Tomó la pista con rapidez y no tardó en salir de ella y empezar a rodar por el afluyente. Los días eran cada vez más cortos, tenían casi dos horas de luz menos; aquel era gris, despejado y muy frío; a su alrededor todo parecía naturaleza muerta esculpida en hielo. Ya hacía una semana que Porter no iba por allí. Encontró las ramas colgantes, se apeó e inspeccionó la cueva con una linterna. Todo estaba tal como lo había dejado. Entonces metió dentro el *bobik* con las luces encendidas y, sin apagar el motor, descargó los ejes. Acto seguido, se apartó un poco para contemplar la caverna. Era bastante espaciosa, pero no lo suficiente como para que cupieran dos *bobiks*. Cuando empezase a montar uno, el otro tendría que quedarse fuera.

También cayó en que había otro problema: para la operación de montaje iba a

necesitar luz. No la luz del otro *bobik*, que quedaba totalmente descartada, porque podía verse incluso desde el aire. Y tampoco bastaba con la de las linternas. Iba a necesitar iluminación de verdad. Un generador, y cables, y una lona o sábana para la entrada. Bueno, se podía hacer.

En aquella nevera se le estaba congelando hasta la médula de los huesos, así que regresó al *bobik* y se quedó allí con la calefacción puesta, hojeando el grasiento manual. Lo primero que debía hacer era ensamblar el chasis y luego las ruedas. ¿Y a continuación? Estudió los dibujos y los diagramas. Montaje de la dirección, los frenos, la transmisión, el embrague. Horas de trabajo delicado en medio de aquel frío. También iba a necesitar un calefactor.

Ya se había hecho de noche, de modo que dio marcha atrás y tomó el afluyente. Condujo despacio, tan sólo con las luces de posición, hasta que llegó a la pista y a Anuisk, y a partir de ahí aceleró. El plan indicaba que ya era hora de irse a casa.

Anna Antonovna lo oyó entrar en el apartamento y poco después estaba llamando a su puerta. Porter le había dado una llave, pero la utilizaba con discreción.

—He venido a limpiar el piso —dijo la mujer—, pero ¿qué ha pasado este fin de semana? Usted dijo que no iba a trabajar.

—No, he estado con unos amigos.

—¿Aquí o en Tcherski?

—Ni en un sitio ni en otro. En Novokolimsk. —Aquella era la tapadera que habían acordado con Komarova—. Me han dado una semana de vacaciones, así que se me ocurrió hacerles una visita, con un *bobik* que me han prestado. Y ahora vuelvo otra vez para allá —le explicó a la mujer, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Ah, así que ha encontrado a los nativos en la granja colectiva, ¿no?

—Exacto. Y tienen sitio para que me quede a dormir con ellos. Sólo he venido a coger algo de ropa.

—¿Cómo, se va ahora mismo?

—Sí, estaré fuera unos días.

—Pues yo sé de una que no va a alegrarse mucho cuando se entere —replicó Anna Antonovna, pero, cuando se fue, en su rostro felino había dibujada una sonrisa.

Sabía que le pasaría aquella información tan interesante a la joven del supermercado. Tal como estaba previsto. Todo el mundo tenía que saberlo. Se dio una ducha, se puso uno de los albornoces de Ponomarenko y se sentó a tomarse un vodka.

En aquel apartamento no había teléfono, y tampoco quería bajar a la cabina. Esperó a que ya no se oyera tráfico en la calle, se vistió, preparó una bolsa de viaje y se fue. Ya en Tcherski, vio a través de las cortinas que la casa tenía las luces encendidas y dobló para penetrar en el camino de entrada. Komarova le había dado un juego de llaves. Aparcó el *bobik* junto al de ella, en el cobertizo. Lo volvió a cerrar con llave y a continuación entró en la casa.

La casa del doctor Komarov llevaba en pie cien años, mucho tiempo para tratarse de una sencilla construcción de madera, pero la madera era buena. Aquella casa había visto a los zares Alejandro III y Nicolás II, así como al régimen comunista en su totalidad. Aunque estaba bastante inclinada en dos direcciones, daba la impresión de poder aguantar muchos años más, porque estaba firmemente cimentada en el permafrost.

Sin embargo, no lo había estado siempre. En 1893, cuando en el sótano tenían prisioneros de Alejandro III, estos encendieron un fuego para no morir. Eso derritió el permafrost e hizo que la casa se inclinara por primera vez. La segunda fue obra del doctor Komarov. En una ofensiva contra los insectos y piojos que habían infestado aquel lugar, roció hasta el último centímetro de la construcción con una solución química; y para cerciorarse de que las larvas que hubieran quedado tampoco sobrevivieran, las achicharró con un chorro de vapor. Este llegó también al sótano, y en el verano de 1959 la casa se inclinó lentamente hacia delante.

Los troncos habían soportado bien todos esos avatares, y la casa ya no iba a inclinarse más. Su hija Tatiana se había encargado de ello. La primera medida que tomó fue clavar pilotes en el permafrost con el fin de fijar la estructura en su posición actual, y después decidió aislar el sótano —suelo, paredes y techo— con un metro de material aislante. Una trampilla permitía seguir utilizándolo como trastero, y además era un trastero bastante amplio. Allí encontró Porter la estufa de queroseno y el generador, un aparato estupendo, fabricado en Japón, y que en los últimos años ya no se necesitaba demasiado, porque el suministro de energía de Tcherski había mejorado.

Probó a ver si funcionaban. La estufa necesitaba una mecha nueva, pero por lo demás seguía siendo útil, y el generador arrancó a la primera.

De momento los dejó allí.

Durante los tres días siguientes fue llevando piezas a la cueva. Con la aprobación de Vassili, las cogía a las ocho de la mañana, entraba por la puerta trasera del almacén para no tener que pasar por el garaje, y volvía a la hora de comer para llevarse la segunda remesa. Después regresaba enseguida a la casa, porque Komarova le había dicho que no debía estar mucho tiempo ausente. El plan para llevarlo hasta los rebaños dependía del tiempo que hiciera, y por ese motivo tenía que estar disponible casi en cualquier momento.

A aquellas alturas ya sabía muchas más cosas de ella.

Hacía seis años que se había divorciado y no había querido tener otra relación. ¿Había tenido alguna? Por supuesto, varias cortas, era un ser humano, ¿qué se creía él? Pero sólo con personas del hospital, médicos que iban allí con un contrato de dos o tres años y que luego se marchaban a Moscú, a San Petersburgo, o a saber dónde. Ella no podía marcharse, al menos de momento. Su madre le suponía un duro

esfuerzo, pero seguía siendo su madre. Quizá más adelante. Pero ¿en qué otra parte iba a encontrar una responsabilidad tan grande y un trabajo como aquel?

Adoraba su trabajo y adoraba su país; le gustaban más los nativos que los europeos. Así que mantenía las distancias y la gente la consideraba arrogante, sí, ya lo sabía. Pero mejor eso que sumarse a la élite de blancos y tratar a los nativos con condescendencia. Su padre nunca los había tratado así, ni tampoco Rogachev, y por eso ella los quería tanto a los dos. A los nativos no se los trataba en pie de igualdad, seguro que él ya se había dado cuenta de ese detalle. En aquellas tierras del norte sobraba de todo para los europeos, pero los nativos quedaban excluidos, incluso en cosas como el alcohol. Ella les conseguía alcohol, ¿y por qué no? Aquel país era muy duro. Sí, en cierto sentido allí ella estaba un poco desligada de todo, en cierto sentido estaba fuera de lugar. Pero también estaría fuera de lugar en una ciudad.

Entonces, ¿qué le gustaría hacer?

No lo sabía. ¡Le gustaba su trabajo!

Había evitado a toda costa preguntarle a Porter cosas personales, así que la segunda noche, en un arrebato de confianza, él mismo se lo contó todo.

Ella se incorporó en la cama y lo miró.

—¡Un indio americano!

—Canadiense.

—No serás ese Porter, el doctor Johnny Porter, ¿verdad?

—Pues sí, ese es mi nombre.

Komarova lo miró asombrada. A continuación, se bajó de la cama, fue corriendo a la habitación contigua y regresó con sus *Comparaciones* traducidas al ruso.

—¿Este libro es tuyo?

—Sí.

—Entonces, ¿no eres... no eres un mero agente? ¿Qué estás haciendo aquí?

—Pues... —titubeó, pero luego se lo explicó.

Le contó cómo conoció a Rogachev en Oxford, lo extraña que era su vida en aquel entonces, viudo a los veintitrés años.

—Ella sólo tenía diecinueve, era una chiquilla. Muy guapa, con una melena negra recogida en una cola de caballo que le llegaba hasta aquí.

—¿Era india?

—Sí. Se llamaba Minnehaha, que quiere decir «agua risueña», la esposa de ojos de cervatillo de Hiawatha. En realidad su nombre era Trisha y no tenía ojos de cervatillo.

—¿Qué le ocurrió?

—A la hora del almuerzo salió corriendo para coger un autobús y el autobús la cogió a ella. Alguien comentó que probablemente no lo había oído.

—¿Y no lo vio?

—No, era ciega.

—Vaya...

—Era capaz de oír cómo caía un alfiler al suelo en la habitación de al lado.

—¿Quieres decir que...?

—¿Quién demonios sabe lo que quiero decir? Por aquel entonces yo veía conspiraciones por todas partes. Todo era política. Ocurrió hace mucho tiempo... Supongo que tropezó con el bordillo y se cayó. Pasara lo que pasase, Rogachev me dijo que dejara de darle vueltas. Era un tipo asombroso, nunca había conocido a nadie como él. Era un hombre polifacético, todo le interesaba. También la ceguera. Estuvimos hablando de problemas congénitos, resulta que su mujer también sufría una degeneración macular. Tras su aparente alegría se escondía una profunda depresión. Pero me dijo que no me haría ningún bien darle vueltas al asunto, que yo tenía algo que hacer en este mundo y que él me ayudaría como pudiera. Y lo hizo.

Guardó silencio unos instantes.

—Verás, yo llevaba un tiempo intentando llegar a Chukotka, que era una zona de seguridad a la que no se podía entrar. Mi intención era investigar a los inuit que vivían allí, los esquimales. Rogachev me consiguió el permiso y fui. No llegué a utilizar el material que allí recogí, y no volví a hablar con Rogachev. Más tarde descubrí el motivo. Había tenido un accidente, había perdido a su esposa, estaba metido en todo tipo de problemas. Y sin embargo me hizo aquel favor, cumplió lo prometido. Así que cuando aparecieron los mensajes...

—Pero ¡desbaratar tu vida de esta forma! Asumir estos peligros...

—Ya la he desbaratado antes, y no es la primera vez que paso por un momento difícil, como bien sabía Rogachev. Él creía que yo iba a ser capaz de hacer esto, que era la única persona que tenía alguna posibilidad. Y que aceptaría sólo con ver lo que él había...

Decidió omitir lo que había escrito Rogachev.

«Ya no seguirá en la oscuridad ni, como los ciegos, tropezará a...».

—En fin —concluyó—, acepté.

—Santo Dios... —Komarova todavía tenía en las manos el libro que había ido a buscar—. Pues claro que serás capaz —dijo, y se tumbó encima de él—. ¡Por supuesto que sí!

El jueves se llevó el motor.

Ya sólo le quedaban tres días de su semana de baja, lo cual quería decir que tenía que llevarse también el aparejo de poleas y la iluminación.

—¿Cables de la luz? ¿Para qué quieres cables de la luz? —le preguntó Vassili.

—Puede que los necesite. Dame veinte metros. Y también ocho casquillos y ocho bombillas.

—Eso son ya muchos favores —se quejó Vassili, midiendo el cable—. ¿Cuándo vas a hacerme alguno tú a mí?

—¿Qué quieres?

—Mi mujer ha vuelto a mencionar la *stroganina*.

—De acuerdo. La semana que viene iré a Ambarchik.

Vassili se asomó con precaución por la puerta trasera del almacén y entre los dos sacaron el motor dentro de su arnés y lo trasladaron hasta el *bobik*.

—¿Vas a volver para la hora del almuerzo?

—No. Esto es mucho motor —dijo Porter, frotándose la espalda. Él había cargado con la mayor parte.

—Ya te lo dije. Asegúrate de que el aparejo esté bien fijo antes de izar el motor. No te dejes ningún tornillo. No habrá otro motor.

—Tendré cuidado.

Regresó a la casa, cogió el generador y condujo por el río para ir hasta Aniuisk. A las diez y media estaba ya en la cueva, donde entró en línea recta y con los faros encendidos. Ya había hecho una prueba subido al techo del *bobik*, y aquella posición le dejaba espacio suficiente. De modo que se puso de rodillas encima de él y empezó a trabajar.

El brazo de sujeción tenía ocho agujeros. Lo apoyó en el techo y, con el taladro a pilas, hizo ocho orificios superficiales para marcar dónde iban a ir los tornillos. Después apartó el brazo y perforó los orificios del todo. Penetró siete centímetros en el granito y gastó tres brocas y dos juegos de pilas. A continuación, introdujo los tornillos, fijó el brazo en su sitio y tiró con fuerza del aparejo. Estaba bien sujeto.

Decidió hacer un descanso y se tomó un café mientras pensaba en el asunto de la iluminación. Era una labor un tanto complicada, pero un juego de niños después de lo de perforar el techo de roca. Sólo se necesitaban unos agujeros superficiales y unos tornillos cortos para los ganchos. Puso dos en el techo y otros dos en cada una de las tres paredes. Luego desenrolló el cable y lo colgó sin tensión de los ganchos. Los veinte metros no daban para que sobrase nada, y aún tenía que cortarlo para conectar los casquillos.

Sentía los dedos entumecidos, de modo que esa tarea la llevó a cabo dentro del *bobik*, con la calefacción puesta. Hizo los empalmes para los casquillos, unió las clavijas para el generador, salió del *bobik* y colgó todo el circuito. Luego lo recorrió enroscando las bombillas, regresó al vehículo y se sirvió un vodka. Ya eran más de las dos y estaba muy cansado. Se cansaba con mucha facilidad, demasiado correr de un lado a otro. Encendió un cigarrillo y empezó a leer el folleto cutre del generador. En la casa había funcionado, pero allí, con sólo una potencia de doce voltios, podía hacer explotar todo el maldito montaje.

Se apeó y examinó de nuevo los mandos. Después se cercioró de que el interruptor de salida estuviera apagado y lo arrancó. El generador cobró vida con unos estentórea y pronto adoptó un traqueteo uniforme. Lo dejó así un minuto y luego encendió el interruptor de salida. Las bombillas se iluminaron como un árbol de Navidad y aguantaron encendidas. Bien. Ahora, el motor.

Apagó los faros del *bobik*, dio marcha atrás, giró sobre la superficie del río helado

y volvió a recular. La iluminación estaba bien distribuida. Abrió la parte trasera del coche y sujetó el motor al gancho de la polea. Lo habían embalado en un relleno de fieltro dentro de su arnés, y al colgarlo de las cadenas de las poleas vio que el fieltro empezaba a resbalarse a medida que el motor se movía. Finalmente el fieltro se salió y cayó al suelo, y el motor quedó colgando. Porter lo guio hasta sacarlo del *bobik* y lo depositó despacio en el suelo.

Hecho.

A continuación, sacó de nuevo el *bobik* de la cueva y volvió a entrar a pie para echar una última ojeada. Ya había un montón de cosas allí dentro, estaba casi todo. Al día siguiente recogería lo que le faltaba, lo llevaría a la casa y se pasaría el día entero durmiendo. Por la noche regresaría a la cueva y empezaría a montar. Trabajaría hasta que se hiciera de día.

Apagó el generador y emprendió el regreso. De repente se sentía inseguro.

Algo había cambiado y no sabía qué. Pero durante toda su vida había hecho caso de esas intuiciones. Le dio vueltas para averiguar qué podía ser, pero no llegó a ninguna conclusión. Aun así, algo había cambiado.

Condujo despacio, y ya eran más de las seis cuando llegó a la casa. Allí lo esperaba una noticia: al día siguiente no iría a la cueva, sino a los rebaños. Había llegado el momento. Al día siguiente por la noche, si todo salía bien, conocería a Innokenty, el hombre que enviaba trabajadores al centro de investigación.

Eso también le generó inseguridad. La historia que habían inventado le parecía ahora tremendamente infantil. No se lo había parecido en su momento, pero ahora sí. Sin embargo, ya era demasiado tarde para idear otra, de modo que estuvieron trabajando en la única que tenían hasta muy entrada la noche. Y durante todo ese tiempo persistió en él la sensación de inseguridad.

Seguía sin tener idea de lo que se esperaba que hiciera en Tcherni Vodi, y también desconocía qué actividades se llevaban a cabo allí.

En China, a aquella misma hora, ni siquiera sabían de la existencia de Tcherni Vodi. En cambio, sí estaban al tanto de algunas actividades. Una de ellas, sumamente rara, había salido a la luz.

El comité militar se reunió en Pekín. Tenían delante los informes de los misiles de prueba lanzados en octubre y en noviembre.

El de octubre se había desviado de su rumbo a los seis minutos de vuelo porque el nuevo sistema de guiado no había funcionado. Dicho sistema se había conectado sólo en los últimos kilómetros. A continuación, un dispositivo visual comparó lo que se veía en tierra con una imagen computerizada pregrabada y corrigió el rumbo y la trayectoria hasta que ambas imágenes coincidieron. Pero el misil se había desviado tanto que en la realidad nada coincidía. Fue un fallo del misil, no de la visualización.

El segundo vehículo era un modelo más antiguo, pero poseía un historial totalmente fiable. Y, en efecto, acertó. Llegó hasta Lop Nor e impactó, pero tan lejos del lugar previsto que, una vez más, resultó obvio que el sistema visual no se había conectado.

Sin embargo, sí lo había hecho. Quedó registrado que se había conectado y luego se había desconectado.

Entre aquellos dos misiles había una diferencia importante. El que llegó a Lop Nor llevaba un cableado convencional, es decir, todas sus redes estaban conectadas mediante cable eléctrico. El otro llevaba un cableado óptico, con fibra. El comité sabía por qué, de ahí que sus expertos no perdieran tiempo y se centraran de inmediato en el problema principal.

Los dos misiles habían sufrido interferencias durante el vuelo.

El primero al cabo de seis minutos, cuando se interrumpió su señal. En aquel momento estaba ejecutando un mínimo viraje hacia el oeste y como no lo rectificó, tras agotar el combustible, se estrelló en Lanzhou.

El segundo misil había informado de un zumbido imposible de identificar, pero había llegado a Lop Nor, aunque con el vídeo apagado. Poco antes había informado que el vídeo estaba encendido.

Los expertos llegaron a una conclusión obvia.

El misil desviado de su rumbo llevaba un cableado óptico.

El misil no desviado no llevaba cableado óptico, pero su sistema de visualización se había apagado. De modo que la interferencia era óptica.

Respecto a este punto ofrecieron dos comentarios más.

El primero fue que no tenían ninguna explicación científica para dicha interferencia; y el segundo, que la interferencia sólo podía proceder de una altitud mucho mayor que la de los misiles.

A una altitud equivalente a la de un cuarto de la distancia de la Tierra a la Luna, había dos satélites en órbita estacionaria sobre China. Eran estaciones de inteligencia electrónica (ELINT), una de ellas americana y la otra rusa. El satélite americano había sido lanzado desde la base de las Fuerzas Aéreas de Vandenberg, California, y el ruso desde Tiuratam, en Asia central.

Los expertos recomendaron que se investigaran con urgencia Vandenberg y Tiuratam, para averiguar cualquier cosa que pudiera arrojar luz sobre lo sucedido. Se podía hacer, porque había agentes disponibles en ambos lugares, y ya se sabía mucho de lo que ocurría en las inmediaciones de tan importantes emplazamientos.

En cambio, de lo que ocurría en las inmediaciones de un lugar tan poco importante como Tcherski no se sabía nada.

Con la temporada tan avanzada, el aeropuerto de Tcherski se había extendido hasta el hielo del río, donde se veían aproximadamente una docena de aviones de alas fijas de Polar Aviation y un puñado de helicópteros, grandes y pequeños.

La oficial Komarova y su ayudante chukchi se subieron a uno de los pequeños, que ya los esperaba calentando motores, y despegaron de inmediato con dirección sudeste. Hacía un día oscuro y plomizo, que amenazaba viento racheado y nieve. Se esperaba una ventisca al cabo de pocas horas.

Mientras se elevaban por encima de la ciudad, el piloto se quejó al respecto:

—¿No podrían haber venido un poco antes? Luego tengo que traerla a usted de vuelta.

—Llevo una mañana de lo más ajetreada. No voy a entretenerme mucho —respondió Komarova.

—Eso dice siempre, pero luego se queda varias horas. ¿Qué pasa con esos nativos? ¿Quién es este?

—Un empleado de la Compañía de Transportes.

Habían procurado que el piloto viese a Porter conduciendo el *bobik* y luego cargando con las dos maletas hasta el helicóptero. Komarova caminaba ayudándose de un bastón.

—Usted ocúpese de cumplir con su obligación de pilotar —añadió con frialdad.

El piloto soltó un gruñido y se centró en lo suyo. Porter se maravilló de que aquella criatura tan adusta fuera la misma que la noche anterior lo había cabalgado y acariciado a él con tanta pasión.

No tuvieron que pasar mucho tiempo en el aire, apenas quince minutos, pero estaba oscureciendo con rapidez cuando por fin avistaron una extraña nube a ras de suelo. Aquella forma espectral se movía de un lado a otro y estaba surcada de manchas de color plata: era la respiración del inmenso rebaño de renos, cristalizada en el aire. Descendieron hacia ellos y el piloto buscó con la mirada hasta encontrar el grupo de tiendas donde se cobijaban los pastores evenkis. Se quedó suspendido casi encima de ellas antes de que asomaran unas figuras envueltas en pieles de reno, que empezaron a correr y saludar con la mano. Entonces aterrizó, pero no apagó los rotores.

—¿Es que no va a bajar? —le preguntó Komarova junto a la puerta.

—¡No, quiero escuchar el parte meteorológico por la radio! ¡Ahí fuera hace frío y mucho viento, no podría oír nada! —Se veía obligado a gritar—. ¡Recuerde que yo no paso una noche con una tribu de evenkis!

—Me daré toda la prisa que pueda —contestó Komarova.

En el grupo de evenkis había varias mujeres, que abrazaron con afecto a la oficial médica y observaron con curiosidad a su ayudante chukchi.

Sin duda, soplaban un viento muy fuerte, que levantaba la nieve y el hielo del suelo

y acribillaba las piernas. Los hicieron entrar rápidamente en una tienda. Porter advirtió que estaba hecha de cuero, con doble capa. Tras los faldones de la entrada había un vestíbulo intermedio, que funcionaba como una esclusa de aire para bloquear el frío del exterior, y después, tras otros faldones, se accedía al espacio circular donde se hacía la vida, una estancia amplia, de seis o siete metros de diámetro, cubierta por completo con gruesas pieles de reno. En el centro rugía una estufa de chapa, colocada sobre una ancha plataforma repleta de troncos y cacerolas.

Enseguida le quitaron las pesadas bolsas de lona y sacaron su contenido con cara de satisfacción. Las botellas se habían envuelto en tela para que no chocaran entre sí, y de inmediato abrieron una de vodka.

—¡No, no hay tiempo para eso! —exclamó Komarova—. El piloto quiere despegar ya. ¿Qué problemas tenemos por aquí? ¿Cómo está todo el mundo?

Los problemas eran los normales: torceduras, heridas, ojos inflamados. Una de las mujeres estaba embarazada, y Komarova dedicó un rato a examinarla tras una cortina. También examinó a otros, mientras Porter iba mirando la hora y se la iba diciendo. Ya eran pasadas las tres, se había hecho de noche y faltaban menos de dos horas para que llegase la ventisca que habían pronosticado. El plan requería que el piloto despegara, pero el parte emitido por radio aún podía impedirselo.

—Está bien, ya voy —contestó ella, y poco después salió a toda prisa—. Pero, Evdokia, tú te vienes conmigo. Quiero que te vean en el hospital. Igor, tú también. Me parece que lo que tienes en la espalda es una hernia discal. Y aquí necesitáis más vitaminas, tenéis demasiadas llagas. Mañana os lo enviaré todo, junto con las dosis. Pero ¡ahora no hay tiempo, no hay tiempo!

Salieron todos de la tienda y se dirigieron al helicóptero, luchando contra el ventarrón: la embarazada, el hombre de la hernia discal, Komarova y su ayudante de la Compañía de Transportes.

—¿Qué es esto? —exclamó el piloto cuando los vio subir a bordo—. ¿Cuántos son?

—Sólo dos pacientes y nosotros.

—¿Qué, dos pacientes y ustedes? Eso son cuatro personas. Y conmigo cinco. ¡En este helicóptero sólo caben cuatro!

—Ya ha llevado a cinco en alguna otra ocasión.

—¿Con este viento y a punto de llegar una ventisca? Ni hablar. Uno de ellos se queda.

—¡Estos pacientes tienen que ir al hospital!

—Pues ¡que se quede él! —dijo, señalando al chukchi.

Y eso fue lo que hizo, tras refunfuñar un poco.

De momento, todo estaba saliendo bien.

La inocente historia que vendría a continuación ya era harina de otro costal.

A Innokenty lo había localizado de inmediato. El jefe de la tribu se había sentado a fumar su pipa mientras Komarova llevaba a cabo las exploraciones médicas.

—Nunca había oído a nadie hablar así la lengua evenki —comentó el viejo—, a ningún forastero. ¿A qué se debe?

Porter se lo explicó, a él y a todos, mientras daban buena cuenta de un venado regado con abundante alcohol. Les habló de su infancia en Chukotka, de que su padre había sido maestro de escuela, de Novosibirsk y de los amigos evenkis que había conocido. Les contó que en la gran ciudad por poco había llegado a olvidar su lengua materna, pero que sus amigos evenkis no habían olvidado la suya, así que casi llegó a adoptar la de ellos como propia. Les habló del anhelo que había sentido siempre de regresar al norte, y les relató sus experiencias vividas como camionero desde que había vuelto. Todos se quedaron fascinados por su persona, y también por el interés que demostró hacia la vida que ellos llevaban. Se interesó por todos los aspectos, y los evenkis respondieron a todas sus preguntas con sumo placer.

No, ellos nunca permanecían en un único sitio, era imposible con un rebaño tan grande, más de dos mil animales. Los renos pastaban el musgo que crecía bajo el hielo. Lo comían y cada pocos días se iban a otra parte. No había problema. Un pequeño grupo desmontaba las tiendas, las llevaban al emplazamiento siguiente y volvían a montarlas. Y lo mismo hacían con la leña: más o menos cada semana, un grupo iba al sur, a un lugar donde había mucha, en la linde del bosque, y la recogían. Sí, en los trineos, tirados por un par de renos, unos animales maravillosos. Facilitaban el transporte de los evenkis, los vestían y les daban de comer. Su carne era mejor que la de vaca, más barata de producir que la de esta, ¡y alcanzaba mejores precios! Sí, en todas partes, en toda Rusia, y también en Japón, y a saber dónde más. De todo eso se encargaba la granja colectiva.

¿Que no conocía la granja colectiva? Estaba en Novokolimsk. Todo el trabajo se hacía allí, el despiezado de los animales, el empaquetado, el envío, las cuentas. Ellos iban con frecuencia. Los llevaba un helicóptero grande. Cuando un grupo volvía, otro iba. Los niños que estaban estudiando se quedaban en la granja, naturalmente, y sólo regresaban con ellos en vacaciones. No, no todo el mundo visitaba la granja: Innokenty no, y tampoco otros muchos evenkis mayores, que preferían la vida nómada y no sentían la necesidad de tener televisión, ver vídeos ni divertirse. Todo aquello era para los jóvenes. Pero la vida era agradable para todos, una vida natural y variada.

Sí, en efecto, concedió él, así era. También tenía entendido que los evenkis incluso encontraban tiempo para trabajar en los muelles en verano. ¿Cómo lo hacían para poder con todo?

¿Que cómo lo hacían? Ellos podían con todo. Eran libres. Hacían lo que se les antojaba. Y aquello no era lo único. Normalmente, también trabajaban en un centro

de investigación científica que había en los montes.

¡Ah, sí! Ya lo sabía. De hecho, había conocido a un par de evenkis de ese centro unas semanas atrás, cuando fue a entregar una carga en el puesto de guardia. Explicó cómo había sido la cosa, y su relato despertó un gran interés entre sus oyentes. ¿Quiénes eran? Bueno, no sabía cómo se llamaban, pero cuando los describió, hubo consenso general respecto a quiénes debían de ser y todo el mundo dijo que era una lástima que no estuvieran allí en aquel momento para saludarlo. Aún tardarían una semana en volver. Sí, seguían el mismo sistema que con la granja colectiva, un grupo venía y otro se iba allí para sustituirlos.

Sin duda, era una vida interesante, dijo Porter con admiración. Y se lamentó de no haber estudiado ciencias. Los que iban a trabajar a aquel centro tenían estudios científicos, ¿verdad?

La pregunta provocó una carcajada general y otra ronda de bebida.

Lo que hacían allí no se podía considerar ciencia, dijo el viejo Innokenty sonriendo. Era simplemente trabajo honesto: limpiar, lavar ropa, cocinar, llevar a cabo tareas de mantenimiento, ocuparse de la calefacción, cosas así. En aquel sitio había que cuidar de muchísima gente, era un centro del gobierno enorme, con científicos, guardias... sí, cabezas apestosas. Los evenkis no se relacionaban con ellos y ellos no tenían ningún trato con Tcherski ni con Cabo Verde. Todos los suministros llegaban de muy lejos, de lugares que estaban a miles de kilómetros de distancia. Los evenkis se encargaban también de descargarlos y trasladarlos. Pero no para la gente de abajo, desde luego. Todo el trabajo científico se realizaba «abajo» y nadie tenía permiso para ir allí.

—¡Sólo mi Stepanka! —exclamó una anciana que fumaba en pipa, asintiendo con la cabeza.

—Sí, Stepanka, por supuesto. Pero nadie más.

—¿Quién es Stepanka? —preguntó el chukchi.

—Su hijo. Stepan Maximovich. Cuida del jefe, heredó el empleo cuando falleció su padre. Es un trabajo de su familia. Él vive allí. Y tiene esposa, que no es muy mayor, pero ya ha rebasado la edad de tener hijos, así que le permiten estar con él. Para satisfacer sus necesidades naturales —añadió Innokenty, guiñando un ojo.

—Ah. ¿Y no hay más mujeres?

—No, ninguna.

—¿Y qué hacen los demás para... ya sabe?

Más carcajadas. Bueno, con los guardias no había problema. Cambiaban de turno con regularidad, de hecho, la semana siguiente llegaría un reemplazo nuevo. Y en cuanto a los científicos, cada dos meses salían unos cuantos para ir a la ópera, a un concierto, cosas así. Les asignaban palcos privados y debían ir acompañados de diversos cabezas apestosas. Pero Stepanka creía que también les daban una ración de lo otro, era lo justo.

Vaya, así que veían a Stepanka.

Pues claro que lo veían. Tenía que saber qué tal le iba a su familia, ¡y a todo su pueblo! Y ellos eran personas de fiar. Eran los únicos forasteros que podían trabajar en aquel sitio. No se fiaban de ningún trabajador blanco. Y tampoco de yukaguiros ni de chukchis. No pretendía ofender a los chukchis, pero es que allí se vivía de otra manera. Además, los yukaguiros no eran capaces de atenerse a un horario. Se pasaban todo el invierno ocupados con su trabajo de tramperos. ¡Ya podía ir uno a buscarlos! No, los evenkis, con sus rebaños estables, eran los únicos a los que contrataban las autoridades. Y los contrataban en los rebaños, no en la granja colectiva. Se los llevaban y volvían a traerlos donde estaban los rebaños, para que entre una cosa y otra no entrasen en contacto con nadie. Así funcionaban los cabezas apestosas.

Pues era una vida fascinante, dijo Porter. Pero ¿dónde estaba la ópera de Tcherski que habían mencionado, o esa sala de conciertos? Él aún no las había visto.

Más risas, se reían a carcajadas y todos rodaban por la alfombra. Y también más bebida.

¡Tcherski! ¡Una ópera en Tcherski! ¡Oh, no! ¡Qué va, Kolia! En Tcherski no había ópera. A saber dónde la había, como mínimo tenían que ir a Novosibirsk. ¡Se los llevaban en un avión enorme! Hoy en día en Novosibirsk había ópera, y teatro, de todo. Bueno, debía de haberlos la última vez que él estuvo allí, ¿no?

Bueno, cuando él estuvo allí por última vez... dijo, y se puso solemne. (Había llegado el momento, y se preparó). El vodka no había parado de correr en toda la velada y ahora las lágrimas brillaban en sus ojos. ¡Cuando estuvo por última vez en Novosibirsk!

¿Qué, Kolia, qué? ¿Recuerdos tristes?

Sí, muy tristes. Era mejor que se los guardara para sí.

¿Por qué? Hablar ayudaba mucho.

No. No deseaba abrumarlos con historias tristes.

¿Cómo iba a abrumarlos? Estaba entre amigos.

Bebe un trago, Kolia. Habla.

Bebió un trago. En fin, dijo, y se enjugó las lágrimas. Pues... en Novosibirsk vivió un caso de lo más trágico. Una chica blanca, que se estaba muriendo. Él había conocido a su familia al principio de su estancia en aquella ciudad, durante su época alocada. El padre trabajaba en un instituto del extrarradio, en Akademgorodok, la Ciudad de las Ciencias, y él les hacía algún que otro trabajo. Era una familia estupenda, formada únicamente por ellos tres: el padre, la madre y la hija.

Sin embargo, de repente sucedieron cosas terribles. La madre, que todavía era una mujer joven, se puso enferma y murió. Entonces la abuela se encargó del cuidado de la niña, que en aquella época tendría ocho o nueve años. Eso había ocurrido hacía veinte. Hasta que un día, de improviso, sobrevino otro desastre: el padre desapareció. No murió, simplemente desapareció, abandonó el hogar. Dejó una carta en la que decía que se marchaba a petición del Gobierno por un asunto urgente y que

permanecería en contacto con ellos. Pero no fue así. Desde aquel día hasta hoy, ni una sola palabra, nada.

—¿Cómo que nada? —dijo Innokenty—. ¿Cómo han vivido, entonces?

El dinero no era un problema, explicó Kolia. El ministerio para el que trabajaba el padre lo enviaba con regularidad. Pero no sabían nada de él, no tenían ni idea de lo que había pasado.

¿Y el ministerio no pudo contarles nada?

La abuela lo intentó. Lo intentó con todo el mundo, con el ministerio, yendo a donde había trabajado el padre, con los compañeros de este. Pero nada.

Y entonces, ¿qué ocurrió?

Que fue pasando el tiempo, él regresó a Chukotka y consiguió un empleo de camionero. La chica le escribía de vez en cuando. En una de las cartas le contó que la abuela había fallecido. Y ese mismo año, hacía unos pocos meses, volvió a escribirle. Le preguntaba si podía ir a verla con urgencia. Y sí pudo. Acababa de terminar la temporada de camiones, estaban en junio y él pensaba regresar al mar Negro, pero primero fue a Novosibirsk a visitarla. Y se quedó conmocionado. La joven estaba muy enferma y se deterioraba con rapidez, tenía la misma enfermedad que su madre y la misma edad que esta cuando murió, veintinueve años. Los médicos dijeron que no podían hacer nada por salvarla.

Él fue incapaz de aceptar ese veredicto, no quería creer que fuera cierto. En el mar Negro había otros médicos, distintas curas. De modo que se llevó consigo a la chica, acudió a los mejores especialistas y los pagó de su bolsillo. Pero le dijeron lo mismo: no podían hacer nada. En el mar Negro hacía demasiado calor para ella, así que la llevó de nuevo a Novosibirsk, y allí se quedaron, llorando juntos...

Hasta que, según contó enjugándose de nuevo las lágrimas, un día ella le pidió que le hiciera un favor, el último.

Cuando le dijeron por primera vez lo enferma que estaba, la chica fue a Akademgorodok, el lugar en el que había trabajado su padre. Recorrió un despacho tras otro rogando que le dijeran dónde estaba. Y en la sala de los archivos, oyó a unos funcionarios cuchichear acerca de un lugar en la región de Kolima. En ese momento recordó vagamente que, durante su infancia, su padre le había hablado de dicha región. Era un lugar misterioso, una estación meteorológica de la que él había recibido informes medio en secreto. Y entonces a ella se le metió en la cabeza que aquello explicaba su desaparición. Su padre se encontraba en aquel lugar misterioso. ¡Y no le permitían escribirle!

Ese era el favor que quería pedirle: que le entregara una carta de su parte, en la que le suplicaba que hablara con ella por última vez y le diera su bendición, antes de que le llegara la muerte. Sabía que Kolia trabajaba de camionero en el norte y, para ella, Chukotka y la región de Kolima eran lo mismo. Allí abajo no sabían nada del norte. Así que, ¿cómo no iba a hacerle él ese favor a una joven moribunda? Vino a Tcherski, empezó a trabajar para la Compañía de Transportes y se puso a buscar

aquella estación meteorológica. Por supuesto, ahora ya sabía que no existía... Y, bueno, esa era la razón por la que Novosibirsk le traía tantos recuerdos tristes.

—¡Espera un minuto! —dijo Innokenty, que desde hacía un rato lo miraba fijamente—. ¿Has dicho que ese hombre desapareció hace veinte años?

—Sí.

—Hace veinte años sí que había aquí una estación meteorológica, la nuestra, ¡la que está en los montes!

—¡No me digas! —respondió Kolia.

—Pues sí. O eso es lo que decían en aquel entonces. Y en esta zona nunca ha habido ninguna otra estación meteorológica.

—Dios del cielo... ¿Estás diciendo que la he encontrado? —dijo Kolia.

—¡Ha sido obra de Dios! —exclamó la anciana madre de Stepanka, que había dejado la pipa y estaba llorando—. ¡Él te ha guiado! Mi Stepanka entregará esa carta por ti y se encargará de que el padre la reciba.

—¡Es un milagro! —dijo Kolia—. ¡No puedo creerlo! ¡Decidme cuándo podemos hacerlo!

Al cabo de una semana, contestó Innokenty. Cuando el helicóptero trajera a los otros, el grupo nuevo se llevaría la carta.

—Y la respuesta... ¿cuándo me llegaría?

—Cuatro semanas después, cuando regresen.

—¡Vaya! ¡Es demasiado tarde! —se lamentó Kolia—. Ella no aguantará tanto. Yo tengo que irme dentro de dos semanas, quiero estar junto a su lecho de muerte.

¿Qué se podía hacer, entonces?

Bebieron otro trago mientras lo pensaban.

Pero a nadie se le ocurría nada.

¿Sería posible que ellos lo llevaran personalmente a la estación?, dijo Kolia por fin, con las facciones contraídas por el esfuerzo de resolver el problema.

Bueno, contestó Innokenty. Sí que era posible. Podría pasar por un miembro del grupo de trabajadores. Los cabezas apestosas no eran capaces de distinguir a unos de otros. Pero ¿qué ganaba con eso? De todas formas tendría que esperar cuatro semanas, porque no volverían a traerlo hasta entonces.

¿Y si lo cambiaran por otro?

¿Si lo cambiaran?

Kolia procuró interpretar bien esa otra parte, fingiendo de nuevo cara de preocupación. Lo logró una vez, y lo logró dos veces, y para la segunda, las lágrimas ya se habían transformado en carcajadas, y hasta la anciana rodaba por el suelo con su pipa, muerta de risa.

¡Oh, Dios, sí! Claro, por qué no si era posible hacerlo. Para procurar consuelo a una pobre chica moribunda... y de aquella forma... ¡Todo ello gracias a unas gentes que eran libres y hacían lo que se les antojaba!

Aquella noche, mientras la ventisca arreciaba, Porter se quedó dormitando junto a

la estufa, y tan sólo se despertaba ocasionalmente, cuando alguien salía de la tienda para amarrar bien a los líderes del rebaño de renos, a fin de que este no se dispersara. Pero al día siguiente el cielo amaneció despejado, el helicóptero llegó con las vitaminas y Porter se fue con él. Los evenkis lo despidieron agitando la mano con gran efusividad, mientras se elevaba en el aire.

—Volveremos a vernos —le habían dicho, guiñándole un ojo.

Desde luego que volverían a verse.

Así que esa parte quedó concluida.

Ahora sólo quedaba la última.

Pasada la semana de baja, Kolia Jodian reanudó el trabajo en la Compañía de Transportes de Tcherski. Y devolvió el *bobik*.

Vio que la historia de su presunta novia evenki se había propalado, porque todo el mundo lo saludaba con bromitas.

—¿Qué, Kolia, has descansado bien estos días? ¿Has encontrado algo cómodo y blandito dónde dormir?

Él sonreía con timidez y se tomaba bien todos los comentarios.

En cambio, Yura, el jefe de los camiones Kama, no parecía muy dispuesto a bromear. Según el plan, Porter debía ir a verlo, pero aquella misma mañana lo llamó él. Decidió recorrer a pie el medio kilómetro que había hasta el hangar.

—¿Qué es esto, Kolia? —preguntó Yura, furioso—. ¿Qué es lo que pasa? Te asigno un encargo de larga distancia y de pronto me llega una nota que dice que nada de largas distancias y con esos trayectos tachados. Pero ¿qué diablos está ocurriendo aquí? ¿Eh?

Porter adoptó su gesto malhumorado.

—¡Es el color de mi piel! No les gusta. Dicen que tengo mal el corazón.

—¿Quién dice eso?

—El hospital. Me han obligado a pasar un examen médico. Mire mis papeles, dicen que no estoy bien, que tengo el corazón mal. Pero ¡son todo mentiras! Mi corazón está bien, ¡es el color de mi piel!

—Espera un momento. ¿Qué problema tienes en el corazón?

—De pequeño tuve fiebres... pero ¡no fue nada! Un médico de Anádir me dijo que quizá tendría problemas de corazón, pero no es verdad. ¡En Chukotka no me lo dijo nadie, nadie! ¡Sólo aquí! No es mi corazón. Es el color de mi piel de chukchi. ¡No les gusta!

El jefe de camiones pesados resopló.

—¡Pues vamos a encargarnos de eso! —contestó.

Cogió el teléfono y llamó a Bukarovski.

Kolia encendió un cigarrillo y esperó. Bukarovski no iba a resolver nada. Lo único que podía hacer el jefe de Tránsito era solicitar una revisión urgente en el hospital. Una solicitud que sería retenida un par de semanas por Komarova. Y al cabo de dos semanas él ya no estaría allí.

Escuchó los gritos, hasta que por fin Yura colgó el teléfono de golpe.

—¡Muy bien, todo arreglado! Bukarovski va a solicitar que te hagan otra revisión, urgente. La propia Komarova dispondrá todo lo necesario. ¡Tendrás los encargos de larga distancia, te lo prometo!

—¿Los he pedido yo? Yo no he pedido nada. ¡Es el color de mi piel!

—¡Vamos, Kolia! Al diablo con eso. ¡En todas partes hay gente idiota! Aquí te apreciamos. ¡Te aprecia todo el mundo! —Lo rodeó con un brazo y le dio un apretón

—. Además, ha llegado a mis oídos que tienes por ahí a una personita que también te aprecia mucho. Una personita de la granja colectiva, ¿eh? ¿Eh?

—Eso es cosa mía —respondió él con gesto huraño.

—Claro que sí, Kolia, claro que sí. ¿Qué, sacudiéndote el polvo, no? ¡Yendo todas las noches de acá para allá en un *bobik*!

—Sí, otra cosa —dijo Kolia—. Ya no quiero un *bobik*. Al venir aquí he dejado el *bobik*. Si no valgo para conducir, no quiero *bobik*. Ahora vengo andando.

—¿Qué? —Yura cogió de nuevo el teléfono—. ¿Liova? Liova, ¿se puede saber qué es lo que...?

Más gritos y otro golpe del teléfono contra la horquilla.

—Ya tienes un *bobik*. Liova dice que ni siquiera se lo has pedido.

—¿Para qué, si no valgo? No quiero favores.

—Kolia, Kolia. —El hombrecillo volvió a abrazarlo—. Nadie está diciendo eso. ¡Eres el mejor! No te enfades tanto. De acuerdo, durante unos días harás distancias cortas, hasta que te hagan la revisión. Después de eso, te prometo que irás a Bilibino, Baranija, Pevek, ¡a todas partes! Hala, vete ya. Alguien habrá que te lleve. ¡Mis hombres no van a pie!

Así que todo quedó arreglado: su problema de salud diagnosticado, su revisión médica programada, un *bobik* de nuevo a su disposición, y las distancias cortas aseguradas.

Empezó a trabajar de inmediato.

Consiguió un viaje a Ambarchik y le trajo un salmón a Vassili, y también le encargaron un viaje a Provodnoie y otro a Aniuisk, que aprovechó para trasladar el resto de las piezas.

Aquella misma semana empezó a ensamblarlas por la noche.

—Mi mujer va a preparar *stroganina* —le dijo Vassili el viernes—. ¿Quieres venir mañana?

—Vassili, lo que voy a cenar mañana es mejor que la *stroganina*.

—Claro, ya se lo he dicho a mi mujer. Tienes unas ojeras que te las pisas.

—Eso no es lo único.

—Te creo. Y te estás pasando un poco. Mi mujer dice que necesitas grasa y que si no puedes venir a cenar, te enviará la *stroganina*.

—Le estaré muy agradecido. Y también por la grasa.

—Bueno, ¿y qué tal llevas el montaje del *bobik*?

—He hecho un poco, no mucho.

—Ya verás que la parte inferior te va a costar bastante. A no ser que tengas un foso. Desde abajo, todo resulta más fácil.

—Espero poder hacerlo.

En efecto, la parte inferior le costó muchísimo. Se llevó unos sacos y un trozo de moqueta, pero aun así se le congeló la espalda al estar tumbado en el suelo, debajo del chasis.

Tal como le había dicho Vassili, aquel coche era un juguete, pero un juguete que pesaba lo indecible, que era burdo y tosco, y estaba lleno de dificultades inesperadas. Se había llevado el aparejo de poleas sólo para el motor y descubrió que lo estaba usando para todo.

Para colocar la suspensión delantera era necesario elevar el bastidor ya terminado, que se había helado al entrar en contacto con el suelo. Ese trabajo lo hizo el aparejo. Para montar el otro extremo de la suspensión tuvo que poner las ruedas en la parte delantera, retirarlo todo arrastrándolo como si fuera una carretilla, darle la vuelta y entrarlo de nuevo para situar la parte trasera en posición. Eso también lo hizo el aparejo. Iba improvisando a cada momento, y también maldiciendo; sin embargo, todo acabó encajando, laboriosa, penosamente, pero con la precisión de un mecano.

Se pasó el sábado y el domingo durmiendo durante el día y trabajando las dos noches, abrigado hasta las cejas, con el débil calor de la estufa de queroseno. Pero cuando regresó a la casa el lunes por la mañana, el chasis ya tenía ruedas, el volante estaba ensamblado, la transmisión funcionaba, e incluso había instalado el tubo de escape.

—No puedes seguir así —le dijo Komarova, saliendo a su encuentro en bata. Eran las cinco de la madrugada y lo había oído llegar—. No podrás terminarlo antes de marcharte, dentro de dos o tres días. Puede que hoy ya me den una fecha. Y para ello necesitas estar bien descansado.

—Lo sé —convino Porter en tono apagado. Estaba agotado.

—Hoy no aceptes todos los encargos. Lo entenderán; se acerca el momento de tu revisión médica, y también está lo de esa chica evenki. Y no te alejes mucho del almacén, en cualquier momento podrían llamarte desde mi consulta.

Porter se metió en la cama y durmió dos horas como un tronco, hasta que Komarova lo despertó con un café. Después se marcharon los dos juntos, cuando todavía era de noche. Ella escrutó la calle y a continuación le hizo una seña para que saliera con el *bobik*.

La llamada no llegó ese día, sino el siguiente, mientras él estaba cumpliendo un encargo local. Cuando regresó, Liova le hizo señas para que se acercara a hablar.

—Kolia, ¿quieres hacer un encargo fácil para el centro médico?

—¿De qué se trata?

—Necesitan a alguien para mañana por la mañana y durante tres días. Komarova se ha torcido un tobillo y no puede conducir. Tiene varios viajes que hacer, puede que alguno sea a la granja colectiva. Y como tú ya conoces bien ese sitio —añadió, con una sonrisa de oreja a oreja—, si lo quieres, es tuyo.

—De acuerdo, me está bien —contestó.

Después del trabajo fue a su propio apartamento a recoger su documento de identidad y algo de ropa del armario. Había usado muy poca, en los últimos días apenas había pasado por allí.

Estaba dándose una ducha cuando apareció Anna Antonovna. Al salir del baño, la encontró esperando, dispuesta a charlar. Y diez minutos después de que ella se fuera, apareció Lidia Yakovlevna, sin duda alertada por Antonovna. Estaba furiosa y resentida.

Él tenía a alguien en la granja colectiva, ¿verdad? Todo el mundo comentaba que tenía una chica allí. Eso era un grave insulto para ella. La gente sabía que ella era su chica; estaba desafiando a Alexéi y poniendo en peligro su propia reputación, ¿para qué? ¿Para que él se fuera con una sucia furcia evenki? Venga, quería saber la verdad. Tenía una novia evenki, ¿no?

No tenía ninguna novia evenki, replicó el, lo único que tenía eran amigos. Eran buena gente. Siempre había tenido amigos evenkis.

¿Ah, sí? ¿Y también amigos chukchis? ¡Lo habían visto! Lo habían visto ir con la importantísima Komarova a aquel pueblo chukchi. ¿Qué había dicho de ella aquella bruja engreída? ¡Seguro que había contado mentiras!

¿Qué mentiras? De eso nada. ¿Por qué iba a hacer Komarova algo así? Todo el mundo sabía que Lidia Yakovlevna era una persona de lo más agradable. Todo el mundo hablaba bien de ella, de su encanto personal, de lo cariñosa que era, incluso él mismo.

Oh, vaya. Muy bien, pues que lo demostrase. Había cambiado desde que había vuelto de Bilibino con todo aquel dinero. Venga, que se gastase un poco en una buena cena, se vestiría para la ocasión y pasarían la noche juntos.

Lástima, pero no podía; estaba cansado y al día siguiente tenía que empezar temprano. Iba a pasar los tres días siguientes conduciendo para Komarova; que él conociera los idiomas de los nativos le resultaba muy útil a la oficial médica. Y Lidia no debía ver nada malo en eso. En Cabo Verde chismorreaban demasiado, pero eso ella ya lo sabía. Cuando regresara estarían juntos otra vez.

La chica se fue de mala gana y Porter se quedó reflexionando sobre lo que ella le había dicho. Era cierto que en aquel lugar chismorreaban mucho, Anna Antonovna le había contado muchos, pero ninguno relacionado con Komarova. ¿Se lo habría contado si hubiera alguno? Tal vez lo habían visto cerca de su casa... Decidió no regresar esa noche. Bajó a la planta baja e hizo una llamada protegida desde el teléfono público que había en el vestíbulo. Después volvió al apartamento, se tomó un par de copas, cogió algo de comer de la nevera y se puso a ver la televisión.

Estaban dando un programa de entrevistas y vio de nuevo al alegre hombrecillo con botas de piel de reno —ahora sabía que era el vicealcalde de la ciudad y que representaba a los yakutos—. De repente recordó dónde lo había visto por primera vez: en unos vídeos, en Prince George, un día de lluvia...

De repente le resultó imposible seguir comiendo, lo que iba a ocurrir al día siguiente se le atascó en la garganta.

En Prince George debería haber dado marcha atrás. Podía haberlo hecho en cualquier punto: en el campamento, en Japón, en el barco, incluso en aquel mismo momento, con los evenkis. Pero al día siguiente ya no iba a ser posible. Una vez que hubiera empezado, tendría que continuar. Y todo acabaría —lo supo de repente, le pareció oír una voz que se lo advertía desde lejos—, todo acabaría en un mar de lágrimas.

¿Una llamada para anularlo todo?

Se sirvió otra copa.

No, maldita sea. ¿Para qué había llegado hasta allí, para abandonar? Él tenía algo que hacer en este mundo, eso fue lo que le dijo Rogachev mucho tiempo atrás. Y debía llegar hasta el final. Se terminó la copa y se fue a la cama.

Se levantó muy temprano y se fue al centro médico abrigado con uno de los llamativos chaquetones a cuadros de Ponomarenko.

Ayudó a subir la carga a la cabina trasera del coche. Como los bidones de agua destilada iban metidos en cajas pesadas, los trabajadores normalmente los dejaban para el final, para así asegurar los materiales más ligeros, ya que las cajas pesaban cincuenta kilos cada una.

Pero el hombre que iba a conducir esta vez el *bobik* opinaba diferente. Aquella forma de colocarlas pondría demasiado peso en la parte trasera del coche, y en aquella temporada la ruta estaba muy resbaladiza. La pista que llevaba hasta el puesto de guardia era bastante mala —no hacía mucho que él mismo había ido allí a hacer una entrega—, y los cabezas apestosas le habían dicho que la cuesta que había más adelante era incluso peor. Para aquel último tramo se requería estabilidad, de modo que aquellas grandes cajas debían cargarse en primer lugar.

Los operarios se inclinaron ante los conocimientos del experto, y ya estaban concluyendo con ánimo la tarea cuando llegó la oficial Komarova, cojeando apoyada en una muleta.

—Mira, un conductor que viene a ayudarme. Excelente.

Cerraron las puertas del *bobik*, se pusieron en marcha y no tardaron en llegar al río. Aún no había amanecido.

—¿Qué pasó anoche? —preguntó.

Porter se fijó en que estaba muy pálida y tensa.

—Nada grave —contestó, y se lo explicó.

—Menuda zorra. Puedo crearle problemas cuando se me antoje. Ocultar una enfermedad constituye un delito grave. Aun así, hiciste bien en no venir. ¿Has traído los papeles?

—Todo.

Sus datos habían sido enviados por fax al centro de investigación y estarían esperando en el puesto de guardia.

Salieron del río y entraron en el arroyo, recorrieron unos cuantos kilómetros y se detuvieron. Komarova se cubrió la cabeza con una bufanda y volvió a ponerse su gorro de piel, mientras Porter se enfundaba el pasamontañas de Jodian. Era finlandés, adornado con figuras de esquiadores, y encima del mismo se puso el elegante gorro de visón.

—¿Todo en orden? —preguntó.

—Sí. Estás muy guapo —le dijo Komarova, aunque con un tono seco y tenso.

Porter reanudó la marcha y poco después, iluminado por los faros, apareció el banderín rojo que señalizaba el desvío hacia la rampa.

—Enciende la radio del circuito cerrado —dijo él.

Komarova lo hizo, y empezó a oírse el crepitar de voces tan familiar.

—No estoy segura de poder llegar hasta el final de todo esto —le confesó.

Porter tampoco estaba seguro, pero no respondió y se limitó a enfilar la rampa.

Vio que habían vuelto a echar gravilla sobre los troncos, y de nuevo había dos hombres esperando. No eran los mismos de la vez anterior, porque, tal como habían dicho los evenkis, el personal de seguridad cambiaba, pero eran casi idénticos: dos figuras muy abrigadas, con las orejeras anudadas, su respiración formando nubes estáticas en el aire, las armas automáticas colgadas del hombro. Junto al puesto de guardia aguardaba un todoterreno militar.

Los hombres saludaron a la oficial médica, y uno de ellos, un sargento, se inclinó hacia la ventanilla.

—Una mañana desagradable, doctora. ¿Han tenido problemas para llegar hasta aquí?

—No. —Se pasó la lengua por los labios, nervioso—. ¿Quiere que me baje?

—No, quédese donde está. Tengo entendido que se ha lesionado el tobillo. Sólo pásame los papeles. Él sí debe bajarse. ¿Cómo se llama...? ¿Jodian? —Estaba leyendo el papel que sostenía en la mano, pero echó una mirada fugaz al llamativo gorro y a la chaqueta de cuadros.

—Jodian. —Porter consiguió esbozar una sonrisa.

Se bajó del coche, enseñó su documentación, esperó a que la examinaran y también esperó a que examinaran la de Komarova.

—¿Qué tal está hoy la pista? —preguntó ella con voz forzada.

—No del todo mal. ¿Este coche tiene tracción a las cuatro ruedas? —preguntó, dirigiéndose al chukchi.

—Claro, cuatro ruedas.

—Sígame. En primera. Pero antes abra el maletero, voy a inspeccionarlo.

Porter lo hizo y el sargento inspeccionó las mercancías que había apretujadas en el interior.

—De acuerdo, ya puede cerrarlo —ordenó.

A continuación se dirigió hacia el todoterreno militar.

—¿Cuánto tiempo va a quedarse, doctora? —preguntó el otro hombre, que estaba golpeándose las manos enguantadas para combatir el intenso frío.

Acababa de abrir la verja que cerraba la pista que subía por la ladera. Soplaban un viento penetrante que venía de la montaña.

—Muy poco. Han llamado con una emergencia. —La radio todavía crepitaba—. Bajaré casi enseguida.

—¡Menos mal!

—Quédese en la cabaña —le aconsejó ella—, este viento no es nada bueno.

—¡Ni que lo diga!

—¡Muy bien, vámonos!

El sargento había hecho dar la vuelta al todoterreno y estaba haciéndoles señas; el pequeño convoy se puso en marcha.

Porter y ella intercambiaron una mirada rápida, pero no dijeron nada. La pista era una carretera hundida, abierta en la ladera, que trazaba un zigzag para que la pendiente resultara accesible, pero seguía siendo muy escarpada, de modo que fueron subiendo despacio y en primera.

Cuando llevaban recorrido poco más de un kilómetro, de repente apareció ante ellos la cima de una cúpula, iluminada por la luz rosácea de los focos. Porter la reconoció al instante gracias a las fotografías. Y tras la cúpula surgió el campamento entero, esparcido sobre la meseta. Doscientos, trescientos metros de edificios de escasa altura que se extendían a lo ancho, circundados por una valla metálica alta, todo iluminado por la luz de los focos.

Justo cuando llegaban a la verja, Porter identificó también los almacenes, las casetas donde se guardaban los generadores y la pista de aterrizaje. El todoterreno se detuvo ante la verja, que se abrió, dándoles paso a un recinto cercado por otra verja y a otro puesto de guardia, donde los hicieron parar de nuevo.

Allí volvieron a examinar su documentación. Las dos verjas, la que acababan de dejar atrás y la que tenían delante, estaban cerradas. Acto seguido, les dijeron que continuasen, siempre con el todoterreno en cabeza. Este se detuvo junto a un edificio achaparrado de hormigón, y el sargento esperó hasta que aparecieron un par de hombres uniformados; a continuación el sargento desapareció, pero a ellos les indicó con un gesto que se quedasen donde estaban.

—Ha llegado el momento —dijo Komarova con un leve gruñido—. Ábreme la puerta.

—Acuérdate de lo que tienes que decir. Y de que tienes prisa.

Corrió hasta la puerta para abrísela y Komarova se apeó con gestos bruscos, tanteando el suelo con la muleta.

—¿Qué ocurre, doctora? —Una de las figuras uniformadas era un comandante, que iba muy elegante con su gorro de piel y sus galones—. Me han dicho que se ha hecho daño.

—Una torcedura, no es nada. No me impide trabajar, pero no me dejar conducir —respondió Komarova, irritada—. Me temo que no puedo quedarme, me acaban de avisar de un caso urgente por la radio. Hemos hecho el viaje en balde, excepto por estas mercancías. Ordene que las descarguen enseguida, por favor. Abre la parte de atrás —le ordenó al chukchi.

Él obedeció con rapidez y el comandante echó un vistazo.

—Sí. Tenía entendido que era un cargamento considerable. Han llamado para que venga el tractor... Mire, ya está aquí. ¿Entrará un momento a tomar algo?

—Sí, pero aún no. Quiero asegurarme de que empiezan a descargar, no quiero que se entretengan. Comandante, hágame el favor de traer el pedido de suministros médicos, me lo miraré durante el camino de vuelta. Ahora mismo entro con usted a tomar algo. ¡Vamos, date prisa! —le gritó al tractor que se aproximaba.

Lo conducía un evenki y había otro de pie en la pequeña plataforma del remolque.

Porter los reconoció a los dos, del día que pasó con los rebaños; ya había tenido lugar el cambio de personal.

Mientras el comandante se dirigía al interior a buscar el pedido, su subordinado asumió el mando y empezó a supervisar la operación de descarga.

—¡Vamos, daos prisa! —instó a los evenkis—. La doctora tiene que marcharse a atender un caso.

—¿Hoy no va a pasar consulta, doctora? —preguntó uno de los evenkis, sonriendo de oreja a oreja.

—Hoy no. Tendré que volver otro día. Tened cuidado con esos cartones —les advirtió con severidad—, dentro van botellas.

—¿Qué caso tiene que atender, doctora? ¿Por qué es tan urgente?

—¡No te preocupes ahora por eso, céntrate en lo que estás haciendo! Y no lances los paquetes, llévalos tú.

El conductor estaba sacando las mercancías ligeras de la parte de atrás y se las iba lanzando a su compañero para que las apilase en la plataforma.

—Sólo tenemos cuatro manos, doctora —se quejó el evenki—. Y si quiere que nos demos prisa...

—¿Traigo a más hombres? —se ofreció el guardia.

—No, no, estos pueden arreglárselas perfectamente. Usted sólo vigile que lo hagan como es debido. Mire, están apilando demasiadas cajas de una vez, se va a caer todo. Dígalas que lo coloquen bien... —Consultó su reloj—. ¡Y todavía faltan las cajas grandes!

El guardia se apresuró a supervisar la operación de reorganizar la carga, y el evenki que estaba en el *bobik* corrió a sacar las cajas. Para llegar a las que habían colocado en la parte delantera de la camioneta, tuvo que meterse en la cabina, y el chukchi subió también para echarle una mano. Cuando Porter estuvo dentro de la cabina, se quitó de prisa el gorro de visón, el pasamontañas y el chaquetón a cuadros, y con la misma rapidez, el evenki se quitó también lo suyo. Los evenkis llevaban chaquetones de piel de reno, con el pelo hacia dentro, y unos rústicos gorros provistos de orejeras. En apenas unos instantes se habían intercambiado el atuendo.

—¡Rápido, coge mi documentación! —le dijo Porter—. La necesitarás para salir.

—¿Documentación? ¿Y dónde diablos voy a guardarla...?

El evenki aún no había encontrado un sitio donde esconder los papeles cuando el guardia, que estaba junto a la plataforma, se percató de que el chukchi había subido también al *bobik*.

—¡Eh, tú! ¡Sal de ahí!

Los dos se volvieron para mirarlo.

—¡Tú, el del gorro de piel, sal inmediatamente! ¡No tienes permiso para subir ahí!

El que ahora llevaba el gorro de piel de visón y la chaqueta de cuadros salió despacio, negando con la cabeza en dirección a la oficial médica, y el guardia se le

acercó con gesto suspicaz.

—Entienda, oficial —intervino Komarova, tragando saliva—, que esas cajas pesan mucho y no puede cargarlas un hombre solo.

—Pues este no puede ayudar. Lo sabe de sobra, doctora. En esta operación no puede intervenir nadie ajeno al centro.

—Sí, tiene razón —respondió ella, pero sin dejar de mirarlo fijamente—. Por cierto... ¿es la primera vez que viene usted aquí? No recuerdo haberlo examinado.

—Es la primera vez, doctora.

—Saque la lengua.

—¿Que saque la lengua? —El guardia obedeció, divertido.

—Sí. Llagas pequeñas. Y también alguna que otra náusea, imagino. —A todos los guardias les aparecían llagas y tenían náuseas los primeros días—. A ver los ojos. —Se le acercó para inspeccionárselos, le bajó un párpado y le dijo que mirase hacia arriba; al mismo tiempo, advirtió que, a su espalda, los dos hombres se habían intercambiado la documentación y se la habían guardado—. Es por la altitud. Me temo que a su corazón no le conviene mucho, pero ya le echaré un vistazo en otro momento. Por ahora continúe con la descarga. Y dígales a los hombres que se den prisa.

El guardia obedeció, y rápidamente además, pero todavía medio ausente por lo que le había dicho de su corazón.

—¿Cuándo volverá, doctora? —preguntó, angustiado.

—Hoy ya no. Y mañana queda descartado. Vendré pasado. Ah... ¡y tengo un mensaje para vosotros! —gritó, dirigiéndose a los evenkis—. Decidle a Stepan Maximovich que su nieto será prematuro y que es posible que surjan complicaciones en el parto. ¡Que vaya pensando en el nombre que quiere ponerle, tanto si es niño como niña!

—¡Estupendo! Lo celebraremos. Pero ¡aquí nos tienen más secos que el esparto, doctora! ¿No puede traernos algo de bebida?

—No, no puedo. Decidle que escriba los nombres en un papel y yo me lo llevaré en el siguiente viaje. Aquí arriba no os conviene beber —añadió con severidad.

—Doctora —la reclamó el guardia. La miró seriamente y luego dijo—: ¿Hay algo que no me convenga a mí?

—Sí. Procure no dormir boca arriba. Duerma de costado, sobre el costado derecho.

—El derecho —repitió él.

—Y llame al todoterreno para que venga a recogerme, no voy a estar mucho rato con el comandante. —Consultó de nuevo su reloj—. ¡Me está esperando una paciente! Encárguese de que el sargento suba ya con el todoterreno, yo saldré dentro de dos minutos.

Y, efectivamente, pasados dos minutos, salió; con el pedido de suministros médicos y acompañada del comandante, todo apresurado. El sargento estaba ya en el

todoterreno y el chukchi en el *bobik*. El pequeño convoy partió de nuevo, cruzó las dos verjas y enfiló el sendero helado que bajaba hasta el puesto de guardia. Allí, los dos visitantes —inspección abajo, inspección arriba, y ahora inspección al salir— abandonaron las instalaciones con un saludo de despedida. Seguridad cien por cien. Los guardias esperaron hasta que los vieron bajar por la rampa y acto seguido la retiraron. La doctora se fue alejando por el arroyo, acompañada por su conductor. Era la primera vez que el evenki pasaba por allí.

Arriba, el hombre que lo había sustituido también veía todo aquello por primera vez. Había ido con el tractor hasta los almacenes y los evenkis que trabajaban allí le habían hecho muchos guiños, mientras los guardias patrullaban la zona despacio. Ahora estaba ayudando a transportar otra carga a la zona de entrada de mercancías.

Esa entrada estaba situada en la parte de atrás del complejo y al acercarse a la valla que la protegía, Porter vio de repente lo que andaba buscando. Al otro lado del perímetro había un lago. Era de gran tamaño, ahora cubierto de hielo, pero junto a él había diversas máquinas montadas; era evidente que estaban trabajando para mantener libre de hielo una parte de la superficie, iluminada con focos. El agua era de color negro, un negro azabache. Por fin había llegado. Allí estaba: en Aguas Negras. Tchorni Vodi.

El comandante Militski, jefe de seguridad de Tchorni Vodi, era un joven de piel sonrosada que aún no había cumplido los treinta años y, sin embargo, estaba ascendiendo deprisa en su profesión. Su destino actual le desagradaba profundamente. Era la tercera vez que le tocaba por rotación ir allí, y en las dos anteriores se había sentido a disgusto. Pero aquella era la peor de todas. Era la primera vez que iba en invierno, y para un oficial de seguridad ambicioso, Tchorni Vodi en invierno suponía un insulto, porque contaba con un sistema de seguridad inexpugnable.

En verano podían surgir problemas, pues todos los suministros tenían que llegar por avión, y era necesario adoptar procedimientos muy estrictos para impedir el contacto entre los evenkis y los pilotos. Estos habían sido meticulosamente seleccionados, por supuesto, pero eran dados a estirar las piernas para darse una vueltecita y respirar aquel estupendo aire de la montaña.

En invierno no ocurría ni eso. Los pilotos que llegaban iban derechos a la sala común, provista de calefacción, y se quedaban allí. Y además no eran muchos, porque en invierno los suministros podían llegar también por tierra; los dejaban en el puesto de guardia que había al pie de la ladera y después los recogían los vehículos que había en el campamento. Era un sistema de trabajo excelente, porque eliminaba cualquier posibilidad de que se produjera algún contacto entre los camioneros y el campamento.

Por descontado, con la Instalación no era posible establecer contacto en ninguna época. Se hallaba situada a mil doscientos metros de altitud, en la cima de una montaña. De hecho se había construido en el interior de la montaña, con el campamento de seguridad en la cima.

Este ocupaba los niveles Uno y Dos de la meseta. En el Nivel Uno estaban los barracones de los guardias, las dependencias del comandante y todas las demás estructuras visibles. Y en el Nivel Dos, los servicios: la cocina, la panadería, la lavandería, las calderas, los talleres y los alojamientos de los evenkis. Por debajo de todo aquello, en los niveles Tres y Cuatro, estaba la Instalación propiamente dicha, pero de ella el comandante no sabía nada. Se gestionaba sola a través de un organismo denominado la Oficina.

El comandante Militski nunca había visitado la Oficina y tampoco tenía permiso para ello, pero disponía de tres canales para comunicarse con ella: el sistema de correo interno, un teléfono y un teletipo. El teletipo era el que se utilizaba con mayor frecuencia, y transmitía mensajes de ida y vuelta varias veces al día. El correo, una caja que subía y bajaba en un ascensor, era para los papeles que requerían una firma —la del administrador o, más rara vez, el jeroglífico del director— y también era bastante habitual.

El teléfono apenas se utilizaba.

El teléfono era una línea caliente que sólo debía emplearse para emergencias.

Hasta el momento, no había surgido ninguna durante las estancias del comandante allí, de modo que no había necesitado recurrir a él. Y abrigaba la ferviente esperanza de no tener que hacerlo ahora, aunque acababa de surgir algo que podía transformarse en una emergencia. Para eliminarla de raíz, y sin provocar el pánico usando la línea caliente, iba a tener que actuar con rapidez con el teletipo. Y también darle la explicación más clara del mundo al desgraciado que aguardaba al otro lado de la máquina.

El desgraciado que aguardaba al otro lado de la máquina era un coronel de seguridad, el administrador de la Oficina, y había demostrado ser un verdadero incordio para el comandante. En más de una ocasión el desgraciado había enviado un informe desfavorable sobre su competencia. En la situación actual, se daban ciertos aspectos que podrían hacer que eso se repitiera, pero no había forma de evitarlo.

El asunto era tan ridículo que ni siquiera sabía cómo explicarlo. Anotó unas cuantas ideas para que le resultara más fácil, pero aun así se le hizo difícil.

Tenía que ver con el nombre de un bebé. Dicho bebé aún no había nacido, pero estaba a punto de hacerlo, e iba a ser prematuro. Y cuando naciera, sería el nieto de Stepan Maximovich, el asistente personal del director. Según las costumbres tribales de los evenkis, el nombre del niño debía elegirlo el abuelo.

El programa de visitas de Stepan Maximovich le daba derecho a una visita por cada rotación de evenkis. Y ya la había hecho dos días antes. Pero con motivo del inminente nacimiento, los evenkis pedían ahora otra visita más; dos, en realidad, porque, entretanto, Maximovich iba a tener que consultar a su esposa. Y quizá fuera necesaria una tercera visita, si cambiaba de opinión. Los abuelos a menudo cambiaban de opinión. Si ese abuelo cambiaba de opinión, ello fácilmente podría llevarlos al día siguiente. Dos días después no podría ser, porque la oficial Komarova...

El comandante se aflojó el cuello del uniforme. La cosa se ponía fea.

... porque dos días después, la oficial Komarova, que era la que había avisado de la inminencia del parto, volvería de nuevo al campamento. Los evenkis insistían en que para entonces tenía que saberse ya el nombre que iban a ponerle al niño. Según las creencias evenkis, un niño que nacía muerto debía tener un nombre, incluso con más motivo que uno que naciera vivo, para que Dios...

Bueno, dejaría a Dios aparte. El coronel tenía su propia opinión acerca de Dios. Pero cómo iba a...

Los de abajo debían entender que los evenkis eran trabajadores libres, no reclutas. Podían negarse a trabajar y habían pedido que aquel asunto lo decidiera el director. Era de suma importancia evitar incidentes. El comandante del campamento tenía ya disponible una escolta de guardias. Se solicitaba una pronta aprobación para que Stepan Maximovich realizara una visita con carácter inmediato.

En fin, el mensaje era un tanto caótico, pero lo decía todo.

El comandante lo tecló en el teletipo y se dispuso a esperar, con ciertos nervios, a que le llegara la respuesta.

Veinte minutos después, el teletipo empezó a traquetear.

El comandante lo leyó con estupefacción.

Mis mejores deseos para los evenkis, y espero que el pequeño llegue al mundo sano y salvo. Felicidades al comandante del campamento por el tacto con que ha llevado este asunto. Visita de Stepan Maximovich aprobada. La escolta debe acudir de inmediato a la entrada del Nivel Tres.

—«Felicidades al comandante por...». —Lo leyó otra vez con los ojos como platos; ni mucho menos esperaba semejante respuesta.

Los evenkis, en su dormitorio común, no esperaban otra cosa. Habían interrumpido el trabajo para reunirse allí, tras informar al comandante de que no harían nada hasta que llegara Stepan Maximovich, lo que sucedió diez minutos después de que el comandante les transmitiera los buenos deseos del director.

Por el pasillo llegaron dos guardias, escoltando a Stepan Maximovich, que se detuvieron ante el dormitorio.

—¡Stepanka!

Los demás se abalanzaron sobre él para estrecharle la mano y darle palmadas en la espalda, y sólo lo dejaron en paz cuando los dos guardias, sonrientes, dejaron solos a los nativos y salieron por la puerta.

Los evenkis la cerraron con cuidado.

—¡Madre mía! —exclamó Stepanka, que era un individuo menudo y alegre, con un ojo semicerrado en un guiño permanente—. Incluso yo he empezado a creérmelo. ¿Tan prematuro es ese nieto mío?

—Un poco, hoy mismo nos lo ha confirmado Komarova. Pero Kolia, aquí presente, dice que no hay nada de lo que debas preocuparte.

—¿Preocuparme? ¿Por qué debería hacerlo? Mis seis nietos han sido prematuros. ¡Muchachos precoces! —añadió Stepanka, orgulloso.

—¡Y ninguno se llama como tú, viejo zorro! Habrás traído algo de bebida por lo menos, ¿no?

—Pues no... Pero ¡Kolia, me alegro de conocerte! —El viejo evenki le estrechó la mano calurosamente—. Ya me han contado lo de esa pobre chica. Y le he explicado toda la historia al jefe. Él conoce al padre, está trabajando aquí. Yo no los conozco en persona, entiéndeme, pero el jefe ha hablado con él y está esperando la carta. ¿La llevas encima?

—Aquí la tengo —respondió Kolia, y a continuación, con gesto reverente, la sacó de la banda con que se fajaba la cintura.

Iba dentro de un sobre color lavanda doblado por la mitad; primero aspiró su aroma, luego se lo llevó a los labios y por fin lo entregó.

El viejo evenki se sintió muy conmovido por ese gesto.

—Kolia —dijo—, veo que eres una buena persona. Y, sin duda, tendrás tu recompensa, en este mundo o en el otro. Te traeré la respuesta y tú se la llevarás a esa joven. Pero dime, ¿cómo habéis dado el cambiazo?

Se lo explicaron, y poco después todos estaban dándose palmadas en la espalda en otro ataque de risa.

Aquello duró tanto que los guardias aporrearon la puerta para advertirles que su misión de escoltas sólo duraría hasta la hora del almuerzo y que se dieran prisa. Stepanka contestó que estaba preparado y se marchó, esta vez guiñando con los dos ojos.

Regresó antes de hora, a las cuatro, aunque no lo esperaban hasta la noche. No se lo veía alegre, sino con cara seria, incluso con un gesto de desconcierto.

Llevaba un sobre oculto en sus botas de fieltro, y cuando los guardias se hubieron marchado, lo sacó. No era una carta del padre, dijo, sino una misiva privada para Kolia. Debía cerciorarse de que tan sólo la leyera él.

Porter se apartó del grupo y abrió el sobre.

Dentro había una única nota, que leyó dos veces. Luego miró a Stepanka con la boca abierta.

—¿Qué significa? —le preguntó.

—Que el padre quiere verte en persona.

—Pero ¿cómo voy a...?

—No lo sé, pero es lo que pone. Lo ha escrito el jefe. Debes leerlo hasta que lo entiendas y después decirme sí o no y quemarlo. Eso es todo lo que me ha dicho.

El chukchi reflexionó, intentando dilucidar lo que debía hacer. Advirtió que todos los evenkis lo miraban.

—Kolia, ¿es algo peligroso? —le preguntó uno de ellos.

—No lo sé... quizá.

—Pues en ese caso, mira, tú ya has hecho bastante. Has venido hasta aquí para entregar una carta y para llevarte otra. ¿Para qué quiere verte el padre?

Kolia leyó la nota de nuevo.

—«No hace más que llorar» —leyó en voz alta. La nota no decía nada parecido—. No sé... pero ya que he venido hasta aquí...

—Bueno, decidas lo que decidas —contestó Stepanka—, decídelo ya y quema la nota.

Miraba la puerta que tenía a su espalda. Dos de los evenkis estaban junto a la mirilla.

—De acuerdo —Porter se humedeció los labios en un gesto nervioso—, sí. Dile que sí.

Acto seguido, sacó su encendedor y pegó fuego a la nota, después quemó también

el sobre.

El pasillo principal del Nivel Dos estaba patrullado a todas horas durante el día y todas las puertas tenían que permanecer abiertas; el objetivo era impedir que se fumara en las habitaciones del servicio, y también que se bebiera, porque habían aparecido bebidas ilícitas en los almacenes. Por la noche, las patrullas quedaban reducidas a dos por hora, y aunque en ese momento del día todas las puertas estaban cerradas, se iban examinando metódicamente una por una. En una ocasión, un ingenioso evenki se había escondido en un taller y se las había arreglado para introducir alcohol industrial en el dormitorio común.

A las 10.55 horas, Kolia Jodian se levantó del camastro que ocupaba en el dormitorio común. Iba vestido de calle, incluso llevaba puesto el gorro de piel de reno. La única iluminación que había era el resplandor azulado y mortecino de la vela que permanecía encendida toda la noche, para comodidad de los guardias que espiaban por la mirilla. Se apresuró a calzarse las botas de fieltro que usaba en el dormitorio y fue hasta el cuarto de baño sin hacer ruido; antes de cerrar la puerta, se volvió para mirar a los evenkis, que lo observaban atentamente, y levantó una mano.

El cuarto de baño tenía una puerta exterior que daba al pasillo, para que pudieran utilizarlo también durante el día. Los guardias ya habían pasado —los habían oído tantear la puerta—, pero no hizo nada, se limitó a esperar, tal como le habían indicado, hasta oír el roce del cerrojo. Contó cinco minutos de reloj, pero no se oyó nada. ¿Estaría ya hecho? Probó el picaporte y tiró de la puerta suavemente. Se abrió con facilidad.

Echó una ojeada pasillo arriba y pasillo abajo; estaba muy bien iluminado y del todo vacío. En el techo se veían las alarmas contra incendios y las paredes estaban salpicadas de plafones de luces. Al fondo vio la barrera, encima de la cual había una señal iluminada. Justo al doblar ese recodo, junto a la entrada del Nivel Tres, había un puesto de vigilancia, y le llegó el rumor amortiguado de una carcajada procedente de los militares que estaban de guardia. En el tramo más corto del pasillo, el de la derecha, sólo había la lavandería, y terminaba en una pared vacía en la que colgaba un plafón de luz.

Esperó unos segundos más, vigilando hacia donde estaban los guardias. Nada, ningún movimiento, ni siquiera una sombra. Entonces salió al pasillo, cerró la puerta, echó el cerrojo de arriba y el de abajo y giró hacia la derecha. Aquello era lo que la nota decía que debía hacer. Era lo único que decía. Obviamente, tenía que ir hacia la lavandería, porque allí no había nada más. La lavandería tenía unas grandes puertas dobles, pero sin cerrojos, tan sólo con una cerradura. Cerrada con llave. Pasó las manos por las dos hojas y dio unos golpecitos suaves, sin saber qué otra cosa hacer. De pronto reparó en que la pared del fondo del pasillo se había abierto, girando hacia dentro y dejando una abertura de unos treinta centímetros. Se apresuró a ir hacia allí y

se coló por la rendija.

En cuanto hubo entrado, a oscuras, la pared volvió a cerrarse y se encendió una linterna. Allí estaba Stepanka, de pie. Pero no lo miraba a él, sino a un periscopio que estaba orientado hacia el pasillo, evidentemente camuflado por el plafón que había al otro lado de la pared. Kolia miró por el periscopio y vio el pasillo entero, bien iluminado, desierto, con todo cerrado a cal y canto. Stepanka se volvió hacia él con una expresión de terror en la cara y llevándose un dedo a los labios. Trasteó con el mando de una cerradura de combinación, al tiempo que iba leyendo el papel que sostenía, y acto seguido le hizo una seña con la linterna para que lo acompañara.

Se encontraban en una estancia pequeña, cuyas paredes, suelo, techo, todo era de cemento. Estaba vacía y carecía de ventanas.

Stepanka abrió una puerta y pasaron a un rellano, también de cemento sin pulir, muy austero y frío, del que partía un tramo de escaleras descendentes. El evenki cerró la puerta y lanzó un resoplido.

—¡Vaya! —exclamó—. ¡Nunca había estado aquí! Nunca había visto esto. —Se llevaba la mano al corazón—. Ven, Kolia.

Mantuvo el haz de luz orientado hacia abajo, hacia los peldaños. Bajaron dos tramos y llegaron al final de la escalera y a un corto pasillo que terminaba en una pared vacía. En dicha pared había una barandilla y cuando Stepanka se apoyó en ella, se abrió hacia dentro y se vio una cuña de luz. De inmediato, el evenki empujó la pared e instó a Kolia a que entrara. La cerradura con combinación que había en el lado interior estaba oculta en una rejilla decorativa, y, tras leer una vez más el papel, Stepanka se apresuró a bloquearla de nuevo.

Kolia miraba la estancia.

Era de lo más espectacular.

Medía unos veinte metros de largo y por lo menos seis de alto. Había varias lámparas de araña, una galería elevada y una biblioteca que se extendía a lo largo de la galería. Las paredes estaban repletas de obras de arte. Había pinturas magníficas de todas las épocas: Gauguin, Picasso, Rembrandt, Mondrian. Rebosaba color. Y había también esculturas. Y arbustos en flor y árboles plantados en grandes macetas con ruedas, que servían para desplazarlas. Las lámparas de araña no estaban encendidas, pero brillaban suavemente a la luz de las lámparas repartidas por unas mesitas apoyadas en las paredes. Había también una larga mesa de baja altura —formada por una enorme losa de basalto negro— rodeada de cómodos sofás y varios sillones.

Stepanka se fijó en que lo estaba mirando todo con los ojos muy abiertos, incluso el techo.

—Tiene dos pisos de altura —dijo—. Abarca los niveles Tres y Cuatro. Esto es la biblioteca del jefe, a veces pasa aquí la noche... y es donde yo me encuentro con él. ¡Bueno, Kolia!... —De nuevo se llevó las manos al pecho—. Espera aquí, yo voy a ir a avisarlo y él te traerá al padre de la chica. Eso no puedo hacerlo yo.

Salió por una puerta, que dejó ligeramente entreabierta, y poco después se oyeron

unos golpes suaves en otra puerta y a Stepanka diciendo algo en ruso. Luego silencio. Kolia esperó, recorriendo la habitación con la mirada.

En cada extremo había una escalera de caracol que subía hasta la galería, y en un rincón sumido en las sombras distinguió un televisor gigantesco, un globo del mundo y un carrito de bebidas. Y también una jaula. Dentro de esta se movió algo, y Porter se acercó despacio para ver qué era. Pero la jaula resultó ser un ascensor, y lo que había visto moverse era su propia imagen reflejada en el espejo del fondo. De pronto, se volvió con brusquedad hacia la puerta, para escuchar de nuevo.

Se había cerrado otra puerta en alguna parte y percibió el chasquido cuando echaron la llave. Luego siguió un sonido extraño, como un gemido, la puerta se abrió con suavidad y entró una silla de ruedas.

—¡Al fin! —exclamó Rogachev. Le tendía la mano al tiempo que dibujaba una amplia sonrisa en el rostro—. Llevo tiempo esperándote, amigo mío. Estaba impaciente por tu llegada.

SEIS

EL ANILLO Y EL LIBRO

¿Qué voy a decirte ahora? Hace toda una vida que nos conocimos, ya soy anciano y no voy a envejecer mucho más. Te mostraré lo que tengo que mostrar, y tú te llevarás lo que tengo para dar. Ya está todo hecho, todo ha acabado.

Ya sé que estás aquí y que me contarás cómo lo has conseguido. Nunca he dudado de que fueras a venir. La conversación que tuvimos hace tantos años no me la tomé en absoluto a la ligera. Yo cumplí mi parte de inmediato y sé que tú sacaste provecho de ello... aunque no vi resultados. He seguido tu trayectoria... ya lo ves.

En cuanto a la mía...

La mía está tan ligada a lo que ocurre en esta tierra que no puede desvincularse de ella. Más de setenta años duró la Unión Soviética, una estructura poderosa, maciza como una roca. Aunque hoy es ya una ilusión óptica, no existe.

De ella salieron sólo dos cosas de valor, y una se habría dado en cualquier otra parte. La otra sólo podía suceder aquí.

—Tengo dos cosas que mostrarte —dijo Rogachev.

Llevaban unos minutos hablando, pero Porter seguía mirándolo fijamente, esforzándose para recordarlo. El cabello rojo había desaparecido. De hecho, ya no le quedaba pelo. Y la piel había desaparecido también, sólo se le veían unos pocos parches en la cabeza, en la cara, en las manos. Y su cuerpo, una vez tan grande y robusto, ahora estaba encogido, envuelto en un chal.

—¿Qué diablos te ha ocurrido? ¿Fue la explosión? —preguntó.

—El satélite captó los destrozos, ¿verdad?

Porter le contó lo que había registrado el satélite, lo que habían registrado los dos satélites, y la frente llena de cicatrices del director se pobló de arrugas.

—Ah, sí, cuando estuvimos pasando lista. Y las vendas. No estuvo mal, pero eso no fue nada, nada en absoluto. Eran los primeros sujetos. Pongámonos en marcha. Hay mucho que hacer —dijo, al tiempo que se desplazaba hacia la pared—. Esta silla eléctrica perteneció a mi predecesor, que fue quien dio nombre al artilugio. No habrás oído hablar de él.

—¿Zhelikov? Claro que he oído hablar de él —replicó Porter.

—¿Ah, sí? —Rogachev le dirigió una mirada—. Pues ahora vas a enterarte de más cosas —dijo.

Abrió una puerta que había debajo de la galería. Daba a un pequeño guardarropa que tenía todas sus superficies aisladas con acolchado. Había cuatro abrigos colgados de los ganchos. Rogachev entró y cerró.

—Ayúdame —le pidió—. Vamos a un lugar frío y debemos abrigarnos.

Porter lo ayudó a ponerse un abrigo, y también un gorro de piel y unos guantes, y después él hizo lo mismo.

—En el bolsillo encontrarás unas gafas para la nieve. Puede que no las necesites, pero yo ya no soporto el frío.

Se ajustó unas gafas a la cabeza y abrió la puerta que había en la pared del fondo. Al momento, una corriente de aire gélido se coló por ella. Al otro lado de la puerta se habían encendido una serie de luces en el suelo, para señalar una larga rampa que bajaba hacia un túnel.

La silla de ruedas avanzó por la rampa con un leve zumbido, y Porter la siguió. Por todas partes brillaba la escarcha, una escarcha anormal, formada por láminas de múltiples colores, delicadas y cristalinas, que se agarraban temblorosas a las paredes y se desprendían con un suave tintineo cuando ellos pasaban.

—Me acostumbraré en uno o dos minutos —dijo Rogachev con la voz amortiguada, porque se había tapado la nariz y la boca con la mano—. Pero de todas formas no puedo estar más de diez minutos aquí abajo.

Era obvio que estaban penetrando en el permafrost, aquella capa inmutable, que no se descongelaba nunca, por eso la escarcha se había vitrificado. El túnel terminaba nivelándose y desembocando en una amplia cámara. Allí la iluminación no sólo provenía del techo, también de unos tubos incandescentes que hacían las veces de paredes. La estancia entera se hallaba inundada de luz y resplandecía como el cristal.

En el centro había un bloque de hielo, hacia el cual se dirigió Rogachev.

Pero aquello no era hielo, sino una especie de plástico, según vio Porter. La parte de arriba era transparente y una fina capa de láminas de escarcha había caído sobre ella. Rogachev se sacó una espátula del abrigo y la fue retirando con sumo cuidado. Debajo apareció una caja, rodeada de una red de hilos finísimos.

—Es un control de temperatura —explicó—, para impedir que se reseque.

Porter no estaba muy seguro, pero tuvo la impresión de que dentro de la caja había una joven.

—Se abre con facilidad, es un sello de silicio. Échame una mano para sostener esto —dijo Rogachev, levantando la tapa.

Dentro, efectivamente, había una joven.

Estaba tendida de espaldas, con los ojos cerrados, muy pálida. Una sábana blanca la cubría desde el abdomen hasta las rodillas, pero por lo demás estaba desnuda. Unas trenzas de cabello rubio descansaban a ambos lados de los pechos, tenía los ojos cerrados y algo achinados, los pómulos marcados y los labios entreabiertos como si estuviera respirando. Las muñecas estaban cruzadas sobre la sábana, la derecha encima de la izquierda. Era alta y bien formada, muy hermosa.

Porter la miró primero a ella y luego a Rogachev y su rostro protegido con las gafas de nieve.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Una joven, de unos diecisiete años. Tuvimos que hacerle una serie de operaciones, sin acercarnos a la espalda. Pero también hubo que practicarle una cesárea, porque estaba embarazada de ocho meses. Sostén la tapa.

Se inclinó y, con mucho cuidado, retiró la sábana para dejar al descubierto una hilera de puntos de sutura por encima del rubio vello púbico. La piel no presentaba ningún enrojecimiento, y los puntos parecían recientes.

—La cicatriz no pudo curarse, claro, pero el feto estaba ahí, perfectamente formado. Como ves, la joven es muy guapa. Tiene los ojos grises. En vida debió de tener mejor color, pero así es como la encontramos, de manera que la dejamos tal cual.

Volvió a taparla con la sábana.

—¿Quién es? —preguntó Porter.

—Nosotros la llamamos Sibir, como la región. La encontré así. Había fallecido en el acto, y en el acto quedó conservada, se congeló al instante. No tengas miedo, puedes tocarla. Ahora está embalsamada.

Alargó una mano y levantó la muñeca derecha de la joven. La mano conservaba toda la flexibilidad. Una mano ancha, de dedos largos pero cuadrados y uñas cortas y de bordes desiguales.

—El brazo de debajo, el izquierdo, está roto. Cayó encima de él... era zurda. Las yemas de los dedos y la palma presentan magulladuras profundas. Ve con cuidado, pero tócala. No vas a tener otra oportunidad.

Porter se quitó un guante y tocó con delicadeza el rostro de la joven. Lo notó liso, mullido, en absoluto frío, lo cierto fue que lo sintió tibio en comparación con su propia mano helada. Le acarició la piel, la nariz, le pasó los dedos por debajo de las trenzas y le palpó los lóbulos de las orejas.

—No puedo quedarme mucho rato... Para estar aquí es necesario llevar un traje térmico, como el de los laboratorios —le dijo Rogachev—. A estos precisamente da esa puerta de ahí atrás, es por donde entro yo. Suelo venir a menudo. Échale una buena ojeada, rodéala. Es alta, ¿a que sí? Un rasgo distintivo. Y tiene un rostro interesante, ¿eslavo, dirías tú?

Porter dio una vuelta alrededor de la caja. Por la inclinación de los ojos de la joven a él no le pareció que fuera esclava.

—No lo sé —contestó.

Las piernas tenían arañazos, pero las uñas de los pies estaban mejor que las de las manos, así que debía de caminar calzada.

—¿Cuál es la historia? —preguntó.

—Una de lo más singular. Nunca verás nada igual. Esta joven lleva cuarenta mil años en este estado. Es anterior a los esclavos, anterior a todas las razas que existen hoy en día. La encontré dentro de un bloque de hielo. Pertenece a una de las dos ramas de las que procedemos todos, es posible que sea la matriarca de millones de seres humanos, porque ya había parido con anterioridad. No sé qué ocurrió con sus anteriores hijos, pero del que llevaba en el vientre sé muchas cosas. ¡Ya lo creo!

Cerró la tapa, hizo girar la silla de ruedas y salió de inmediato, seguido de Porter.

A mitad de la rampa, este se detuvo un momento para mirar atrás. Todavía

alcanzó a ver a la joven en su envoltorio helado, solitaria en aquel túnel lleno de luz; vio sus labios entreabiertos y por un momento le pareció que se movían. Pero eran sólo los cristales de escarcha, que de nuevo caían con suavidad sobre ella.

Rogachev había frenado la silla y se había vuelto, y también contemplaba el final del túnel tras sus gafas de nieve. Su boca se distendió en una media sonrisa.

—¿Conoces la historia del rey Saúl? —preguntó—. Su padre lo envió a buscar asnos perdidos y fundó un reino. Pues Zhelikov me envió a mí a buscar un mamut y yo encontré un mundo perdido. De hecho, encontré algo más, algo de un valor realmente... incalculable. Pero no sé por dónde empezar.

¿Dónde comienza la historia? ¿En Pitsunda, con el accidente que dio lugar a mi nombramiento? ¿O un poco antes, en aquel encuentro casual en Oxford? ¿O mucho antes, en la primera entrevista con Zhelikov? Está bien, digamos que fue en esta última ocasión. Corría el año 1952.

En 1952, repentina e inexplicablemente, me detuvieron. No había hecho nada malo, nada en absoluto. Tal vez hubiese hecho algo el director de mi instituto, aunque me pareció improbable. Pero el equipo de investigación en masa fue arrestado, sentenciado y dispersado a los cuatro vientos. A mí me mandaron al río Kolima y al pequeño campo de trabajo de Panarovka.

Allí fue donde Zhelikov y yo nos conocimos.

Zhelikov, que ya era toda una eminencia, para entonces era también un prisionero curtido en muchas condenas y muchos campos de trabajo. En Panarovka estaba preparando una serie de charlas, y al llegar yo, un joven especialista en bajas temperaturas, obtuvo permiso para que lo ayudara.

Dichas charlas fueron todo un éxito, tanto entre los funcionarios del campo de trabajo como entre los prisioneros, pero después me dijo que tan sólo las había dado para librarse de que le impusieran tareas más pesadas. Y también me contó cómo se le había ocurrido ese truco tan útil y me habló de los acontecimientos que lo rodearon.

En otro campo de trabajo, durante la guerra, Zhelikov había conocido a dos prisioneros sumamente interesantes: Koroliiov y Tupolev. Ambos eran «enemigos del pueblo», y Koroliiov era culpable de sabotaje: había utilizado municiones para fabricar fuegos artificiales.

Ambos habían organizado un seminario sobre aerodinámica que los había librado de realizar trabajos forzados durante un período de tiempo considerable, y dicho seminario, más tarde, le serviría de inspiración a Zhelikov.

Eso fue sólo el principio de la historia. Cuando, un día, Tupolev fue liberado de forma inesperada, enseguida empezó a mover hilos para que liberasen también a su amigo Koroliiov. Poco después, Tupolev pasó a construir los bombarderos que fueron bautizados con su nombre y que contribuyeron a ganar la guerra, y Koroliiov regresó a sus fuegos artificiales: modelos de cohetes que precedieron a sus misiles balísticos y le permitieron, años más tarde, lanzar al primer hombre al espacio.

Ni siquiera ahí se acaba la historia. Porque Koroliiov no había planeado lanzar al espacio a un hombre, sino a un mono, y para tal fin se aseguró de que también fuese liberado Zhelikov. Los trabajos de este sobre condicionamiento de conducta en los monos eran muy conocidos, y comenzó a trabajar de inmediato con aquel mono en particular.

De ese trabajo concreto nada se supo. Por una razón o por otra, al final se decidió enviar al espacio a un perro —a la famosa *Laika*—. Zhelikov protestó públicamente por la decisión, lo que le valió otra condena. En esa ocasión, lo enviaron a Panarovka... y a las charlas.

Una noche, no mucho después de las charlas, Zhelikov fue secuestrado por razones desconocidas para mí, pero de las cuales me enteré años más tarde, en Tcherni Vodi.

Hubo tres razones, la primera fue una extravagante idea de Stalin.

En sus lecturas a altas horas de la madrugada, aquel insomne dio con un librito de Zhelikov que trataba del tema de la hibernación. Y comenzó a interesarse por la misma, debido en parte a la necesidad de preservar la vida de los cosmonautas en futuros viajes espaciales, pero sobre todo con la idea de preservar la suya propia. Ya había hecho embalsamar el cuerpo de su predecesor, Lenin, para que permaneciera como un perpetuo icono para el pueblo, y se le ocurrió que a él podrían hibernarlo, para que en algún momento del futuro pudiera ser de provecho.

Habló de esta idea con Beria, su jefe de seguridad.

Se necesitaría un contingente de guardianes totalmente fieles para mantener su cuerpo, igual que él había mantenido el de Lenin; pero todavía más urgente era que los principales expertos comenzaran a trabajar en el mayor de los secretos: el modo en que debía llevarse a cabo la hibernación.

El experto más importante en el tema era Zhelikov, y el lugar más secreto de la Unión Soviética, Tcherni Vodi.

Esa fue la razón más disparatada de las tres.

Las otras dos razones no eran disparatadas, y la segunda concernía al propio Tcherni Vodi.

En 1952, aquel centro de investigación se dedicaba en exclusiva a las armas químicas y bacteriológicas; sus actividades se ocultaban bajo las de una estación meteorológica que llevaba muchos años allí. El trabajo que se realizaba requería una gran cantidad de animales para experimentar, pero el duro clima, combinado con un transporte insuficiente por vía aérea, había reducido seriamente la reserva, lo que obstaculizaba el programa militar. Por eso se había iniciado un proyecto para criar animales destinados a la experimentación, pero los métodos eran primitivos y no funcionaron.

Tras una inspección del ministro Beria y sus ayudantes, se llegó a la conclusión de que el prisionero de Panarovka podía ser también el hombre indicado para resolver aquel problema. Además de ser un experto en hibernación a nivel mundial, lo era en el condicionamiento de la conducta animal, pues ya desde la década de los años veinte trabajaba en dicho campo con su gran mentor, Pavlov.

La tercera razón, la de Zhelikov, era una que ya había planteado en sus charlas. Y tenía que ver con Siberia.

Un poco antes, a raíz de un estudio geológico realizado a gran escala se había

descubierto que aquella tierra era sin duda la más rica del mundo. Poseía más petróleo que Arabia, más oro y diamantes que África, más valor minero que ningún otro lugar del planeta, y en su gran mayoría, dichos tesoros estaban enterrados en el permafrost, en estado latente. Los intentos de explotarlos, siempre con mano de obra forzada, habían sido poco eficientes y apenas habían arañado la superficie. Parecía poco probable que a aquel territorio tan hostil acudieran suficientes personas como para trabajarlo. La idea de Zhelikov era aumentar la inteligencia de los animales para que el esfuerzo lo hicieran ellos.

Su último estudio lo había llevado a cabo con los animales más inteligentes. En su centro del Cáucaso ya había conseguido que unos chimpancés resolvieran problemas usando un ábaco, después de haberlos sacado de su hábitat de los trópicos y de haberlos acostumbrado a vivir en aquel lugar.

De repente, se vio hablando de esta idea en las circunstancias más peculiares y entre personas del máximo nivel. La noche en que se lo llevaron del campo de trabajo, lo trasladaron en helicóptero hasta un aeródromo. Allí lo subieron a un avión, le dieron un traje decente —había salido del campo de trabajo vestido con la ropa de recluso y una guerrera militar— y poco después, desorientado, se vio recorriendo las calles de Moscú camino del Kremlin, directo a la guarida del dictador.

Stalin lo miró comer y después estuvo conversando con él hasta bien entrada la noche. El dictador llevaba su guerrera de campo con bolsillos y paseaba con tranquilidad por la habitación mientras fumaba su pipa.

—Bien... ya es suficiente —dijo, agitando la pipa—. Ahora cuénteme qué opina usted sobre la propuesta de hibernación.

En opinión de Zhelikov, la propuesta era una mierda, pero no lo dijo en voz alta.

—Yosef Visariónovich —esto sí lo dijo en voz alta—, debo admitir con toda franqueza que es una propuesta muy interesante. Aunque requiere mucho trabajo. Primero tendría que hibernar a otros muchos sujetos y asegurarme de que es posible resucitarlos del todo, antes de empezar a pensar en hibernarlo a usted.

Había trabajado mucho en las otras propuestas y hasta entonces no comprendió —eso me dijo a mí— que podía aprovechar esta última para sacar adelante las demás.

—Necesitaría laboratorios de primera calidad, cámaras acondicionadoras, el más alto nivel de seguridad, ¡y que todo el trabajo se llevara a cabo bajo mi dirección! Siempre hay enemigos que buscan información, una información que, al tener que ver con usted, bajo ningún concepto deberá divulgarse. En ese sentido mi postura será inflexible. Se elija el lugar que se elija, el mando debo tenerlo yo.

Al oír eso, Stalin lanzó nubes de humo y diversos gruñidos. Por último, miró a Zhelikov durante unos instantes.

—Bueno, ya veremos. ¿Qué hay de ese sitio del que están hablando, Tcherni Vodi? ¿Es adecuado?

—No he estado en Tcherni Vodi —respondió Zhelikov—. Cuando conozca los planes y tenga un mapa, podré opinar.

Stalin cogió el teléfono y llamó a Beria, que estaba en la cama.

A las seis menos cuarto de la mañana, el ministro Beria llegó con los planes y un mapa; para conseguirlos había despertado a todo su ministerio.

Zhelikov miró el mapa y soltó un silbido.

—¡Con lo cerca que está de Panarovka y yo sin saber nada de esto! —exclamó—. Bien, el sitio parece adecuado, pero esa estación... —Revolvió los papeles y decidió que ya podía explayarse—. Esa estación es una mierda.

—¿Cómo que una mierda? —contestó Beria.

—Sin ninguna duda. ¿Dónde instalaría mis cámaras acondicionadoras?

—¿Dónde tiene que instalar cámaras acondicionadoras?

—Bajo tierra. Habría que excavar la montaña.

—Excavar la montaña —repitió Stalin.

—Y, mientras tanto, trasladar a otra parte la estación actual. Trasladar la estación y que los ingenieros construyeran laboratorios bajo tierra.

—Trasladar la estación, que los ingenieros construyeran laboratorios bajo tierra... —repitió Stalin, y soltó la pipa—. Voy a dormir un poco. —Le dio una palmada en el hombro a Zhelikov y añadió—: Se quedará unos días con nosotros, Lev Viktorovich. Seguiremos hablando de esto.

Zhelikov estuvo una semana en el Kremlin y, a continuación, se hizo cargo de Tcherni Vodi.

En el verano y el otoño de 1952 los ingenieros nivelaron y suprimieron la cima de la montaña, y empezaron a excavar su interior. Dichas operaciones fueron supervisadas por Zhelikov.

En esa época, el centro de investigación se convirtió en un *sharashka*, un campo de trabajo especial para científicos. Había varias decenas de campos similares repartidos por toda la Unión Soviética, además de cincuenta ciudades reservadas para trabajos menos secretos. Unos y otras estaban bajo la administración del Ministerio para la Seguridad del Estado. Las ciudades eran ciudades normales, en las que había tiendas, bloques de pisos, colegios y los empleados eran libres; la única restricción era que se requerían permisos para entrar o salir.

Los *sharashkas*, en cambio, eran para prisioneros que cumplían condena. Algunas eran muy cortas, de ocho o diez años, aunque en el caso especial de Tcherni Vodi se entendía que nadie podría salir nunca de allí. A un prisionero que llegara al final de una condena de diez años simplemente se le podía imponer otra de otros diez años, por infracciones acumuladas; o, en circunstancias excepcionales, podía quedar en libertad y pasar a ser un trabajador libre con privilegios. Pero nunca saldría de allí. La razón era que no se podía permitir que se divulgaran determinados avances en bacteriología.

Zhelikov aplicó el primero de sus cambios. Todos los trabajadores se convirtieron

en trabajadores libres, aunque seguían sin poder salir de allí. Por otra parte, pidió al servicio de seguridad que estudiase cómo atraer a otros especialistas, personas cuya situación peculiar las hiciera adecuadas para llevar una vida que, pese al aislamiento, ofrecía la mayor libertad científica, a la vez que unas condiciones de vida sin parangón.

Empezó a definir esas condiciones de vida.

Y ordenó que le trajeran a sus chimpancés en avión desde el Cáucaso.

En esa época falleció Stalin —de un infarto, en marzo de 1953— y al ministro Beria le pegaron un tiro. Sus sucesores no tenían ningún interés en la hibernación, pero sí en muchas otras investigaciones de Zhelikov, algunas de las cuales ya llevaban costando varios miles de millones.

La instalación original había vuelto a su sitio, sólo que esta vez estaba bajo tierra. A Zhelikov la instalación central no le interesaba, pero ordenó que los laboratorios de esta estuvieran al lado de los suyos en el Nivel Tres. En el Nivel Cuatro instaló el espacio vital: los apartamentos, la biblioteca, el gimnasio, la pista de tenis, la piscina y los jardines, y lo dotó de lámparas solares especiales, diseñadas por él mismo, colocadas en el techo de las «zonas exteriores» y controladas para que dieran la apariencia de día y noche en el interior de la montaña. También creó a los primeros simios híbridos.

—¿Es auténtico? —preguntó Porter.

—Por supuesto.

Rogachev observó cómo se servía una copa y señalaba un Rembrandt con un gesto de la cabeza. Estaban de nuevo en la biblioteca.

—Los cuadros los escojo de antiguos catálogos del Estado. Si están disponibles, los tengo en préstamo unos meses. Tenemos todo lo que se nos antoja: películas, música, libros, artículos científicos. De vez en cuando, los empleados se reúnen aquí conmigo, para celebrar algún encuentro social, o yo me uno a ellos. Tienen una biblioteca propia, por supuesto; esta es la de Zhelikov, la fue reuniendo a lo largo de los veinticinco años que pasó aquí.

—Bueno, no parece que perdiese el tiempo.

—Nunca lo perdía. Era un gran hombre, la verdad. Algún día la historia le dará el reconocimiento que se merece. Su compañero de cautiverio, que como ya sabes se llamaba Koroliov, sólo recibió honores en el momento de su funeral. El mundo supo entonces quién había diseñado los satélites. Su nombre se mantuvo en secreto mientras vivió. Su estación espacial siguió siendo secreta durante varios años después de su muerte. Sin embargo, él fue quien comenzó la exploración del espacio. Esa es una de las cosas que salieron de la Unión Soviética.

—¿Y la otra fueron los simios de Zhelikov?

Rogachev sonrió.

—No, no. La otra es lo que he descubierto yo. Zhelikov fue el mejor científico de todos, sin duda, pero mi descubrimiento se produjo por casualidad, como ocurre con todas las cosas trascendentales. Por supuesto, no habría sido posible sin el trabajo que él hizo, que en todos los sentidos fue muy notable, y sí, creó simios, pero también problemas.

A principios de la década de los sesenta, los simios de Zhelikov eran lo más avanzado que existía en el mundo. Él lo sabía con seguridad, porque recibía todos los artículos de investigación, y también sabía cuál era el motivo de ese adelanto.

Aunque todavía se encontraba en sus comienzos, la manipulación genética estaba causando preocupación en el extranjero. Los científicos que se dedicaban a ella tenían dificultades para recaudar fondos. Por otra parte, no sabían muy bien adónde los llevaría su trabajo y estaban inquietos por si aquello podía perjudicar su carrera.

A Zhelikov no lo preocupaba el futuro de su carrera, no tenía problemas de presupuesto y sabía exactamente adónde lo iba a llevar su trabajo: a la creación de un animal robusto, capaz de vivir en Siberia y de realizar tareas inteligentes. Tampoco se planteaba ninguna cuestión ética.

Y, además, contaba con otra ventaja: los trabajadores extranjeros, que eran casi todos, no poseían formación especial en fisiología. Él, a lo largo de su extraordinaria vida, había tenido la oportunidad de formarse con el fisiologista más importante de su época. Pavlov no sólo era famoso por los «reflejos condicionados» en perros, sino también por los brillantes estudios que realizó acerca de la estructura de los mamíferos.

En Tchorni Vodi, Zhelikov tenía a su alcance decenas de artículos sin publicar, en los que habían trabajado juntos, con detallados diagramas del desarrollo del embrión. Pavlov siempre lo había instado a que estudiase el embrión para entender cómo funcionaban las extremidades, los órganos y demás estructuras, y le había transmitido los métodos que empleaba él, que eran sumamente ingeniosos.

A mediados de la década de los sesenta, Zhelikov no sólo había conseguido ya un chimpancé robusto, sino uno que caminaba erguido, que era capaz de clavar un clavo con un martillo, seleccionar y usar una tuerca para un perno, vestirse con ropa de abrigo, ir a buscar un paquete determinado a una cámara de condicionamiento para el frío, regresar y deshacer y volver a hacer el paquete correctamente.

Fue criando a esos animales, y se topó con el problema.

Aunque los simios se reproducían, lo hacían de manera divergente. Los inteligentes no resultaban ser tan robustos y los robustos no eran inteligentes. Esto lo tuvo ocupado hasta bien entrada la siguiente década, y sus avances —todos en inteligencia— cada vez eran más inútiles. Un simio inteligente sólo era útil en el

Ártico si poseía resistencia, pero de momento no era necesario en ningún otro lugar del globo. El problema consistía en aunar inteligencia con resistencia y reproducir ambas cualidades de manera fiable, generación tras generación.

Inició una revisión fundamental de la resistencia: del comportamiento de las células a bajas temperaturas y también, una vez más, de la hibernación, como una faceta de lo anterior. Examinó cómo hibernaban los osos y cómo era el feto de uno. Examinó todo lo que se sabía de los mamuts, parientes cercanos de los elefantes, adaptados a las eras glaciales. Era imposible conseguir un mamut entero, pero se hizo con el espécimen mejor conservado, que estaba en un museo, y descubrió que no le era de utilidad. Sin los tejidos blandos no era posible aprender nada de un esqueleto. Por lo menos en aquella época, no. Sí lo sería unos pocos años más tarde, aunque no para él.

Para él estaban reservados acontecimientos más dramáticos.

En 1976, Zhelikov desarrolló un virulento cáncer, y unos meses después pidió conocer con urgencia al que iba a ser su sucesor: un especialista en trabajos a bajas temperaturas. —Había estado siguiendo mi trayectoria profesional y se había enterado de mi desgracia—. Y la semana en que yo debía incorporarme, en febrero de 1977, se enteró de otra cosa más: acababan de descubrir un mamut fresco. Un ejemplar fresquísimos, pues estaba enterrado en hielo y se había congelado en el acto.

—Él no llegó a ver el resultado de la búsqueda, lo que acabas de ver tú. Pero ahora —Rogachev miró su reloj—... Ya son casi las tres de la madrugada. Stepanka todavía tiene que llevarte de vuelta.

—Has dicho que tenías dos cosas que enseñarme.

—Sí. La otra... aún no está preparada. Esta noche has conocido la prehistoria, en los dos sentidos... Lo que captó el satélite fue principalmente obra de Zhelikov, con unas cuantas modificaciones introducidas por mí. ¡La era del vapor! Lo que he hecho yo lo verás por ti mismo. El sujeto te hará una demostración.

Porter lo miró fijamente.

—¿El sujeto es un simio?

—Ya me lo dirás. Yo no estoy seguro. Hablarás con él. A lo mejor he fabricado un alma... algo sacrílego... Pero eso no es lo único que he hecho. Muy pronto lo entenderás. —Sonreía—. Sea como sea, tienes que volver, y ya se me ha ocurrido cómo lo haremos.

Se lo explicó.

—Ahora voy a decirle a Stepanka que venga. Y recuerda: no me has visto.

Salió de la estancia con su silla de ruedas y poco después Porter oyó una llave girar en una cerradura. Luego se hizo el silencio durante varios minutos, finalmente se oyeron unos pasos y apareció Stepanka con el pelo revuelto. Llevaba un enorme reloj de pulsera en la mano.

—¡Madre mía! Ya son casi las tres. —Estaba un poco desorientado—. Has pasado con él la mitad de la noche. ¿Tienes la carta?

—No. —Kolia se mostró muy serio—. Quiere escribirla de nuevo. Dice que tengo que volver.

—¿Cómo?

—Stepanka, ¡ese hombre no es normal! Quería saber todos los detalles, todo lo que le ha pasado a su hija en estos años. Luego se ha derrumbado y ha vuelto a hacerme preguntas. Al parecer, no es capaz de aceptarlo... Qué médicos la visitaron, qué pruebas le hicieron, si hemos hecho esto o aquello. —Negó con la cabeza—. Dice que me traerá un anillo, la alianza de la madre. Que debo llevármela para ponerla en la tumba. Dime, ¿está loco?

Stepanka se quedó boquiabierto.

—No lo sé. Nunca lo he visto —contestó. Se humedeció los labios en un gesto nervioso y añadió—: Pues, en ese caso, el jefe tendrá que volver a arreglar el encuentro. Y no es que esté muy bien... ¿No te ha dicho nada sobre el jefe?

—Nada. Sólo ha hablado de la chica.

—En fin, no sé. —Volvió a consultar el reloj—. Venga, vámonos, o coincidiremos con los guardias y tendremos que pasar media hora allí de pie helados.

Sacó la linterna y el papel del bolsillo y empezó a trabajar con la cerradura de la rejilla. Salieron de nuevo al pasillo de cemento y subieron la escalera.

—Esta parte del edificio no se utiliza nunca —comentó—. Yo no la conocía.

En la diminuta estancia superior, Stepanka miró por el periscopio y le hizo una seña a Kolia para que se acercase a mirar también.

A través del aparato, el pasillo, profusamente iluminado, se veía desierto.

—Llegarán dentro de un momento —susurró Stepanka—. No hagas ruido, a través de la pared se oye todo. El momento más seguro es cuando se hayan ido, así lo he hecho antes.

Kolia continuó mirando por el periscopio y unos instantes después aparecieron las dos figuras. Se materializaron de pronto, al fondo del pasillo, una detrás de otra, con unos pocos metros de separación. El guardia que iba delante se asomaba por todas las mirillas y probaba todos los cerrojos; y el que iba detrás hacía una marca en un cuaderno. Cuando estuvieron más cerca, Kolia alcanzó a oír sus pisadas y sus voces, repitiendo el nombre de cada habitación.

Examinaron el dormitorio común y luego el cuarto de baño. Después registraron la lavandería, y esa fue la última habitación. Ya estaban a unos pocos metros nada más, y Kolia observó a ver qué hacían. Cuando vio que se marchaban, le cedió el sitio a Stepanka.

Este aún miró un rato más por el periscopio, a continuación hizo un gesto afirmativo con la cabeza, manipuló la cerradura, apagó la linterna y abrió la pared.

Luego se deslizó como un ratón hasta el cuarto de baño para recorrer los cerrojos y Porter se apresuró a entrar y cerrar la puerta; percibió el ligerísimo roce de

los cerrojos al cerrarse de nuevo. Permaneció allí de pie unos minutos, con la oreja pegada a la puerta, pero no oyó nada más, ni pisadas ni ninguna otra cosa.

Entró en el dormitorio sin hacer ruido.

Allí se oían algunos ronquidos. Los evenkis estaban durmiendo. Bajo la luz azulada, se desvistió y se acostó en su camastro, y durante unos instantes, mientras lo iba venciendo el sueño, pensó en la joven que había visto desde el túnel. Y en cómo sería estar en compañía de Stalin, y en los campos de trabajo, y en la exploración espacial. Después pensó de qué podría hablar él con un simio, y lo que ese simio de diría.

—Ludmila... Ludmila, querida, ¿cómo estás?

—Estoy bien, gracias.

—He traído a una visita. No te importará saludar a mi visita, ¿verdad, Ludmila?

—No, no me importa —dijo la simia, y se puso las gafas.

Les sonrió desde la cama. Tenía un rostro agradable, aunque llevaba los ojos vendados. Iba en camisón y Porter se fijó en que tenía varios vendajes más. Al igual que Rogachev, parecía haber perdido mucho pelo y piel. Tardó unos instantes en darse cuenta de que se había puesto las gafas encima de los vendajes de los ojos, que ahora se estaba protegiendo levemente con la mano.

—¿La luz te resulta demasiado fuerte?

—Sólo ha sido un momento, al encenderla.

—No te duelen los ojos, ¿verdad?

—No, no me duelen, Tío.

—No tiene ojos —explicó Rogachev en inglés—. Por culpa de la explosión. Podríamos haberle puesto otros, pero yo no quise hacerla pasar por una operación. No le queda mucho tiempo de vida. ¿Ves bien, querida mía? —preguntó luego en ruso.

—Sí, veo bien, Tío.

—Se llama Cuervo. ¿Estás contenta de conocerlo?

—Es un placer conocerlo —dijo Ludmila, y tendió la mano.

—Ludmila, el placer es mío —dijo Porter, al tiempo que le estrechaba la mano.

La palma era de color marrón y, en el dorso, la poca piel que tenía era sonrosada y estaba cubierta por algunos mechones de vello suave. La cara, de una coloración similar y también salpicada de mechones de vello, se veía de huesos finos y reflejaba una evidente docilidad mezclada con una actitud reflexiva que se apreciaba en su manera de mirar con la ayuda de aquellas gafas. Pero era una simia sin lugar a dudas.

—Me han dicho que te has hecho daño.

—Sí, me he hecho daño.

—¿Cómo fue?

—En el incendio. Pero el Tío me curó.

—¿Cuánto tiempo hace de ese incendio?

—No está muy familiarizada con el concepto de tiempo —explicó Rogachev en inglés, y luego añadió en ruso—: Ocurrió hace mucho tiempo, Ludmila, días y días. Pero no te dolió mucho tiempo. Cuéntale a Cuervo lo bien que ves ahora.

—Ahora veo muy bien —dijo ella con una sonrisa.

—Quítate las gafas, cielo.

Ludmila obedeció y Rogachev enfocó los vendajes con una linterna.

—Ahora vamos a jugar otra vez —le dijo—. ¿He encendido la luz?

—No, claro que no. —Ludmila sonreía.

—Muy bien. Ahora... —dijo Rogachev, apagando la linterna—, ¿qué es lo que he

hecho?

—¡Tonto! No has hecho nada... —respondió Ludmila con una risita.

Buscó la mano de Rogachev, él la movió y ella tanteó en el aire hasta que él se la dio. Le apretó la mano y se la besó, y a continuación Rogachev se inclinó y besó la de ella, y también le dio un beso en sus labios azulados.

—Querida mía... pero ¡qué lista eres! Quédate un momento a oscuras, quiero que Cuervo te examine. No te va a doler. —Le colocó los escasos mechones de pelo que le quedaban detrás de las orejas—. Las gafas son sus ojos —dijo en inglés—. Y estos son los terminales.

Detrás de cada oreja había una pequeña cinta metálica.

—Es un implante muy pequeño, más pequeño que un marcapasos. Lo difícil es dar con el punto exacto. En este momento Ludmila goza de una agudeza visual casi perfecta, porque las lentes se enfocan solas, como las de una cámara de vídeo. Se han fabricado con plasma. Échales un vistazo.

Porter cogió las gafas. Cuando las levantó, se produjo un vago aleteo en las lentes, y en el extremo de cada patilla vio la cinta metálica que servía para establecer la conexión.

—Con este mismo principio se puede fabricar un ojo dentro de su cuenca natural, pero es algo mucho más complejo. Vuelve a ponerte las gafas, cielo —añadió Rogachev en ruso.

Las depositó en la mano de Ludmila y esta, sonriendo, volvió a ponérselas.

—¿Querrás enseñarle a Cuervo lo bien que lees?

—Sí, se lo enseñaré —respondió ella, despacio.

—Ay, mi pequeña, estás cansada. ¿Es por esta habitación? ¿No te gusta esta habitación?

—Es... una habitación bonita —dijo Ludmila pausadamente.

—Sólo es para esta noche, para que Cuervo pueda verte. De acuerdo, no leeremos. Sabe leer —le dijo a Porter—. Frases sencillas. Pero no vamos a leer. Veremos dibujos. Los dibujos te gustan. Cuervo no ha visto este libro, enséñale los dibujos.

Y le entregó a Porter un libro que descansaba sobre la mesilla.

—Vaya, parece un libro muy bonito —dijo él.

—Sí, es un libro muy bonito —contestó Ludmila.

—Me pregunto... qué será esto.

Se había detenido en una página. Había un gran dibujo en cada una de ellas.

—Un trineo —le dijo Ludmila.

—¡Muy bien! ¿Un trineo... azul? —preguntó, mirando con atención.

—¡No! ¡Es un trineo rojo! —lo corrigió Ludmila.

—Quería pillarte.

—Ya lo sé —replicó ella, y se rio de él.

—Mira, este sí sé lo que es. ¡Un grifo! Para lavarse.

—¡No, tonto! —exclamó Ludmila con otra risita y tapándose la boca—. ¡Es un samovar! Un samovar sirve para preparar té.

—Es muy lista. ¡Eres muy lista, cielo mío! —dijo Rogachev—. Pero ahora tienes que dormir. Cuervo tenía muchas ganas de conocerte, por eso lo he traído. ¿Te cae bien Cuervo?

—Sí, me cae bien —contestó Ludmila.

—Y tú a mí —le dijo Porter.

—Puedes darle un beso. Le gusta que le den besos —explicó Rogachev—. Pero sin hacer presión sobre su cuerpo, es muy frágil.

Porter besó a Ludmila en la mano y luego en la cara, y Ludmila sonrió y lo besó también.

—Es muy tarde para ti, preciosa. Siento mucho haber venido tan tarde, pero es que Cuervo no ha podido venir antes. Mañana podrás volver a tu habitación. Dale las buenas noches.

—Buenas noches, Cuervo —dijo ella.

—Buenas noches, Ludmila.

—Y quítate las gafas, es hora de dormir. Buenas noches, cielo mío.

—Buenas noches, Tío.

—Bueno —dijo Rogachev cuando salieron de la habitación—, ahora dime qué es lo que he creado. Y esto es sólo la mitad...

Sin embargo, Porter permaneció en silencio, mirando cómo cerraba la puerta.

Había sido una jornada muy larga. En la cima de la montaña soplaba un viento cortante y las ventiscas se arremolinaban como diablos por todo el complejo. Pero los evenkis seguían mostrándose alegres y comprensivos con la oveja perdida, y al día siguiente procuraron que sólo le fueran asignadas tareas que pudiera llevar a cabo en el interior.

Él les había contado las novedades —el padre trastornado, la carta que quería reescribir, el anillo que debía llevar a la tumba—, y a ellos no les cupo duda de que Stepanka no tardaría en aparecer con nuevas instrucciones.

Sin embargo, cuando empezó a oscurecer, Stepanka aún no había vuelto, y a las dos todos recibieron la orden de salir. Un avión de mercancías estaba a punto de llegar y se había solicitado que la operación de descarga fuera rápida, antes de que empeorase el tiempo. Para colocar la nueva mercancía era necesario reorganizar los almacenes.

A las tres, el avión había aterrizado y había vuelto a despegar, y a las cuatro, aunque todavía no estaba toda la carga dentro, el comandante Militski, muy animado, ordenó a los hombres que entrasen para refugiarse de la nieve y del viento.

¡Ya había nombre para el bebé! Stepan Maximovich tenía algo que anunciar.

—A las diez —le dijo Stepanka a Porter en un susurro—. Una hora antes.

El evenki no sabía por qué, pero a las 09.55 horas Kolia debía estar preparado.

Y a las 09.55 horas Kolia lo estaba: esperando en el cuarto de baño. A las diez en punto atravesaban de nuevo la pared.

«Y esto es sólo la mitad», le había dicho Rogachev.

Ahora se encontraban en su estudio. Este era contiguo a la biblioteca y formaba parte de un conjunto de habitaciones que incluía un apartamento para Stepanka y su esposa y dos dormitorios. El segundo dormitorio era para un funcionario de seguridad que iba de vez en cuando de visita, y ahora lo ocupaba Ludmila.

—¡Ni siquiera es la mitad! Hay más, mucho más. Y, sin embargo, nos proponíamos hacer algo totalmente distinto...

Nos proponíamos copiar partes de un feto. Del feto de Sibir.

El padre del feto era un neandertaloide, no un neandertal de Europa, que en muchos sentidos representaban una regresión, sino uno perteneciente a la cepa anterior, de individuos no especializados, que poseían mayor capacidad craneal. Sobre eso no cabía la menor duda. Sibir era una cromañón típica, y su hijo claramente neandertaloide. Los detalles que los diferenciaban eran muy notorios.

Sibir medía 1,89 metros y tenía una capacidad craneal de 1.300 centímetros cúbicos. Su hijo habría sido mucho más bajo, pero con un cerebro más grande, de 1.500 centímetros cúbicos según nuestros cálculos. Teniendo en cuenta que el cerebro del ser humano moderno tiene unos 1.350 centímetros cúbicos, el neandertaloide poseía un once por ciento más de capacidad.

Este dato tan curioso, que ya se había sospechado desde que se encontraron otros cráneos, resultaba emocionante en sí mismo. Pero lo que teníamos aquí era un cerebro real, aún no nacido pero íntegro, a partir del cual era fácil hacer proyecciones según escalas estándar.

A partir de centenares de estudios hechos con ordenador, observamos muchas diferencias en aquel cerebro. Zhelikov, en sus trabajos, había acumulado un gran número de cerebros, de delincuentes ejecutados, y estos fueron los que se utilizaron para establecer comparaciones.

Una diferencia que se mostró de inmediato fueron las áreas visuales del cerebro, que en el feto eran muy grandes. Era algo que ya se esperaba, porque las cuencas oculares del feto también eran grandes. Los neandertaloides eran criaturas nocturnas, salían cuando se hacía de noche y, por tanto, necesitaban ver en la oscuridad.

Esto tenía importantes implicaciones para nosotros, pues aquí vivimos de noche durante la mitad del año, y una de las cosas que había querido mejorar Zhelikov con sus simios «obreros» era la visión nocturna de estos, pero no lo consiguió.

De modo que se nos presentaba una oportunidad extraordinaria: copiar lo que pudiéramos de aquel sistema visual nuevo y antiguo a la vez.

Nuestro propio sistema todavía no se entiende demasiado bien. Sabemos que el cerebro recibe las señales de manera simbólica: las células ópticas envían miles de dígitos de información, que los receptores son capaces de descodificar y ensamblar. Pero el método de transmisión, la red de transmisiones, las áreas receptoras en sí, todo eso no está nada claro.

Las áreas receptoras de aquel feto, en comparación con las de nuestros delincuentes, estaban totalmente claras, así como los canales visuales, lo que hizo que la red en su conjunto resultara mucho más comprensible.

La red. Pero no su funcionamiento.

Los cuerpos, como bien sabes, funcionan en general mediante reacciones electroquímicas, aunque el sistema óptico lo hace sobre todo mediante reacciones

fotoquímicas. Pero no acabábamos de entender muy bien cómo eran sus circuitos.

Con el cerebro del feto teníamos un circuito tan bien definido, ¡el de un primate dotado de visión nocturna!, que estábamos locos de alegría. El objetivo, naturalmente, era mejorar nuestros simios incorporándoles en el cerebro más canales y receptores más grandes. Eso era posible, porque ya lo había hecho la naturaleza y porque el cerebro aún tiene capacidad de sobra.

De modo que nos pusimos a trabajar en esa idea.

Todo nuestro trabajo sobre genética se basa en esa idea.

En primer lugar, se realizan pruebas en animales inferiores, como ratas, ratones, etc. Se extirpan las porciones requeridas y se restituyen más tarde, con el fin de establecer cuál es la cirugía pertinente y el efecto de la misma. Por ejemplo, el efecto de extirpar los ganglios de la vista es la ceguera, y fue necesario probar con muchos animales hasta llegar a comprender la técnica de la «reposición». Entonces nos centramos en el cerebro, pero ahí las áreas receptoras son más complejas todavía.

Tardamos siete años, hasta 1985, en obtener resultados. Pero entonces obtuvimos uno muy bueno: un veinte por ciento de mejoría de la vista en ratas de laboratorio. Entonces pasamos a los simios.

Un terreno mucho más delicado.

Los animales entrenados eran muy valiosos, sus cerebros eran más grandes, los ganglios visuales más complejos. Además, eran medio humanos, podían expresarse. Incluso para la primera fase, la de extirpar y reponer, fueron necesarias muchas operaciones, con un período de recuperación después de cada una y manteniendo los ojos vendados hasta después de la estimulación para restaurar la visión.

La técnica de estimulación la habíamos perfeccionado con ratas, y sin ella la visión no se restablece. La cadena visual es, de hecho, una cadena química. Algunas de sus reacciones codifican la señal, otras le abren vías de paso, otras la transmiten. Pero hagan lo que hagan, y lo hacen todo a la vez, siempre es de manera electroquímica. Por lo tanto, la porción que extirpamos es una porción química. Y, al ser reinsertada, no reanuda su función por sí sola.

Necesita ser estimulada mediante una frecuencia regulada por un cristal, como el cuarzo de un reloj o el silicio en un ordenador. La luz no lo consigue, y además puede causar ceguera permanente, porque la red debe estar intacta y operativa antes de que los ojos puedan funcionar.

La estimulación se lleva a cabo mediante un terminal conectado al cerebro, y con los ojos del animal cerrados; con la ayuda de instrumentos, observamos los efectos en una pantalla.

La frecuencia que utilizamos es un «armónico», el llamado «doble» o «eco fantasma» de una frecuencia; y para obtener ese eco, hacemos vibrar dos cristales de manera simultánea.

Con las ratas, este método nos permitió conseguir veinte éxitos consecutivos, y en todos los casos lo que apareció en la pantalla fue lo mismo. Inicialmente, la red se

vuelve gris, aunque con una continua «nieve», la actividad molecular que se ve al mirar por un microscopio electrónico, y después de un intervalo de entre diez y quince minutos vuelve a aparecer el contorno; en ese momento la actividad de la red se encuentra en el «nivel de sueño», es decir, el animal no ve porque tiene los ojos cerrados, pero el material insertado ha sido aceptado y el sistema está completo.

Con nuestro primer simio la historia fue muy distinta, de hecho fue un desastre y ese es el motivo de que tú estés aquí.

La pantalla no se volvió gris, sino que se quedó en blanco. Un fogonazo instantáneo se propagó por la red igual que un relámpago. Lo siguió un apagón total y un grito de dolor del animal. El dolor fue momentáneo, así nos lo dijo él, pero la red se había quedado en blanco, sin el gris y sin la nieve, el circuito entero se anuló.

Fue una catástrofe. No teníamos ni idea de lo que debíamos hacer. El armónico era seguro, nuestros especialistas lo habían seleccionado de una banda de diez, y dicha banda la habíamos utilizado ya con las ratas.

Pasamos una hora, dos, observando la pantalla. Probamos los cristales, volvimos a medir el armónico, verificamos que todos los instrumentos funcionaran bien. Y no encontramos ningún fallo. Sin embargo, algo estaba fallando. Examinamos de nuevo el trabajo realizado hasta el momento y allí fue donde vimos el problema.

La banda seleccionada se había utilizado también con las ratas, sí, pero el armónico no. Debes saber que los armónicos que generamos no existen en la naturaleza. Son modulaciones calculadas de forma matemática.

Nuestro especialista lo había seleccionado en la parte inferior de la banda, donde estaban los armónicos que eran los fantasmas de los fantasmas. Y el que habíamos utilizado era el más bajo, el más alejado de su frecuencia original. Con las ratas habíamos empezado por la parte superior, no había sido necesario probar tan abajo.

Ni que decir tiene que lo intentamos una vez más. Probamos con doce ratas, ratas normales, no defectuosas, y las fuimos dejando ciegas a todas. A continuación, lo intentamos con los otros armónicos de la banda. No obtuvimos ningún efecto no deseado. Sólo ocurría con aquel armónico en particular, el díscolo, el que habíamos utilizado con el simio, y con él lo habíamos dejado ciego.

Las ratas ciegas se destruyen, claro. Pero no podíamos destruir a un simio: los animales entrenados siguen siendo de utilidad. En este caso, pasados unos días, retiramos los vendajes del animal, se llamaba Anton, y empezamos a instruirlo. No sentía molestias, pero necesitó parches para los ojos, porque los músculos que controlan el parpadeo también habían resultado dañados.

Y entonces ocurrió algo de lo más extraño.

En aquella época, los animales estaban realizando un ejercicio de simulacro en un entorno posnuclear. Tenían que entrar en un laberinto, hacer una serie de cosas, regresar por una ruta diferente e informar de lo que habían hecho. En dicho ejercicio

participaba Anton, porque los animales ciegos podían resultar útiles después de un accidente nuclear. Salió del laberinto e informó, y su entrenador tardó unos instantes en percatarse de que se había quitado los parches de los ojos. Le preguntó por qué lo había hecho y contestó que veía mejor sin ellos.

«Pero Antón, tú no puedes ver».

«Sí veo», contestó él.

Por lo visto, se había quitado los parches por la mañana, para ducharse, y descubrió que veía. Volvió a ponérselos porque se le había dicho que debía llevarlos, pero en el interior del laberinto se los quitó de nuevo.

Me lo comunicaron de inmediato y le hicimos pruebas enseguida. Vimos que todas las partes de su sistema visual se habían regenerado. Esto sucedió diez días después de la estimulación.

Para entender lo que sucedió, debo explicar un detalle de esta organización de la que formamos parte. Estamos bajo la tutela de un órgano de Moscú denominado Dirección Científica, al que yo debo mantener informado de nuestro trabajo. Cada pocas semanas me visita un miembro de dicho órgano. Es un funcionario de seguridad, pero también un científico bien informado, un tipo amable del que me he hecho amigo. En esa ocasión, me llamó para pedirme que repitiera el experimento con el armónico dísculo. Quería ver por sí mismo cómo se regeneraba el circuito, durante los dos últimos días, claro, porque la única referencia de tiempo que teníamos era la que nos había proporcionado Anton.

Preparé el experimento, llegó mi amigo, pusimos en marcha una máquina para grabar lo que fuera sucediendo, y cuando se cumplió la hora doscientos treinta, después de la estimulación, empezó el proceso. Primero apareció la «nieve», y luego surgió el contorno. En el plazo de cuatro horas obtuvimos el pleno funcionamiento; en el mismo margen, dentro de los límites temporales que nos lo había indicado Anton.

Mi amigo hizo varias copias de la grabación y me dejó unos artículos que yo había pedido. Eran los estudios más recientes llevados a cabo en otro campo de la óptica; porque en los días en que Anton no pudo ver, yo estuve pensando en otras posibilidades.

La red que habíamos inutilizado era una red química, muy compleja pero fácil de seguir, o por lo menos fácil de clonar en parte. Me pregunté si podríamos copiarla de algún modo, como salvaguarda en caso de que ocurrieran más accidentes.

La ciencia llevaba mucho tiempo haciendo copias del corazón, de los riñones y de otros muchos sistemas simplemente replicando su funcionamiento. Pero lo único que sabíamos con seguridad del sistema visual era cómo se iniciaba: de manera electróptica. Quizá se pudiera hacer una copia electróptica empleando fibra óptica.

Nuestros expertos estudiaron las últimas investigaciones realizadas en el campo de la fibra óptica. Se necesitaron filamentos adicionales, hubo que aprender muchas técnicas de injerto... todo ello era bastante nuevo. Pero llegamos a dominarlo,

creamos un procedimiento estándar y poco después pasamos del banco de trabajo a las ratas.

Primero teníamos que intentar enviar una señal a través de la fibra. En el laboratorio habíamos logrado hacerlo: nada «visual», sino un cambio controlado en un trozo de cerebro. En una rata de verdad, con un cerebro en funcionamiento, iba a ser muy distinto. Extirpamos la red de la rata, injertamos la nuestra, dejamos que se curase y le aplicamos la estimulación, que aún seguía siendo necesaria después de cualquier intervención.

Lo que sucedió a continuación fue algo histórico.

Debería decir que fue algo increíble.

En la pantalla primero se veía una red en blanco, pero transcurridos unos minutos empezó a verse nieve y a continuación se volvió gris. ¡Al cabo de quince minutos obtuvimos un contorno definido! El cerebro había «comprendido» la fibra y la había aceptado.

Este asombroso éxito nos tuvo varias horas pegados a la pantalla; hay que pensar que nosotros esperábamos obtener sólo una leve respuesta de los instrumentos. Pasó un día entero antes de que nos atreviéramos a exponer los ojos de la rata a la luz y le permitiéramos ver. Pero no había duda de que la rata veía. No muy bien, porque no habíamos conseguido ajustar del todo la fibra a un ojo real, pero ¡veía! Por primera vez, una criatura ciega veía, ¡y gracias a la fibra!

Mi amigo de Moscú me hizo tres visitas muy seguidas.

La primera, para ver cómo repetíamos todo el proceso, y esa vez empleando el armónico díscolo. ¡Los funcionarios no perdían de vista nuestro programa de armónicos! Lo hicimos... y obtuvimos el resultado esperado. El armónico díscolo «cegó» también la fibra óptica, aunque de nuevo, como sucedió con Anton, sólo de forma temporal, tal como nos lo confirmó la prueba que repetimos unos días más tarde.

Este trabajo no nos interesaba mucho, pero cuando lo terminamos, mi amigo se puso serio. ¡Habíamos encontrado una solución a la ceguera! Un canal sintético se había conectado a un cerebro. Para completar el circuito necesitábamos tan sólo un ojo sintético y un armazón para usarlo.

El armazón era obvio, porque ya existía: la familiar montura de gafas. Y lo del ojo sintético no planteaba ningún problema importante.

En aquella época se estaban produciendo vertiginosos avances en lentes superrápidas que se enfocaban solas, pero sólo con propósitos comerciales y militares, se empleaban en las cabezas de los misiles, así que pedimos que nos enviaran todo lo que queríamos, y nos lo enviaron. Y no tardamos en conseguir progresos extraordinarios. Para empezar, descubrimos que no era necesario extirpar una red entera, esta podía permanecer en su sitio y se le podía insertar un «parche».

Enseguida pasamos a trabajar con los simios. Pero todos esos datos detallados ya te los daré más adelante, ahora sólo te estoy contando la secuencia de acontecimientos. Hacemos la incisión por encima de la oreja y los parches, para visión en estéreo, se autoinjertan en un punto. Con un gel proteínico, tarda una semana en fijarse.

A continuación se inserta un parche con fibra adicional ya unida, y su terminal se coloca detrás de la oreja para que haga contacto con la patilla de las gafas. Dentro de la patilla hay unos filamentos que llevan hasta el chip regulador de las lentes. Estas, aunque son de vidrio, constan de varias capas muy finas, de cinco micras de grosor. Esto último es un refinamiento posterior, ahora te contaré cómo surgió.

Sin embargo, teníamos un problema. Habíamos logrado un avance científico de gran magnitud y se planteó cómo darlo a conocer al público. Nadie dudaba de que debía publicarse, ni de que debía reconocerse con un premio Nobel o de otro tipo. E igualmente era obvio que yo no podía ser el receptor de dichos premios. Pero entonces, ¿quién iba a serlo? Ningún académico respetado podía atribuirse el mérito de un trabajo que no había hecho él, y que sus colegas sabían que no había hecho él.

Pasado un tiempo, a mi amigo se le ocurrió una solución.

Llevábamos años recibiendo información de diversos centros de investigación, sin que ellos lo supieran, por supuesto; sus artículos nos llegaban a través de la Dirección Científica. Se sugirió que dichos centros recibieran partes de nuestro trabajo y se los guiase para que llegaran a las mismas conclusiones. A mí me pareció una idea aceptable, aunque, obviamente, iba a llevar tiempo.

Y así fue. Pasaron dos años, sin artículos científicos, y yo estaba cada vez más impaciente. Comprendía el problema. Las personas que están realizando un trabajo de envergadura no se precipitan a publicarlo hasta que están seguras de sus resultados. ¡Y no se les podía pasar toda la información a la vez! Así y todo, mi amigo se empeñó en intensificar la presión y un año más tarde se pudo ya informar de que el Instituto Voronsky iba a publicar un artículo muy prometedor; era un instituto de electroquímica, y allí se habían llevado a cabo los primeros trabajos sobre la cadena visual que ya he mencionado.

Vi el artículo, y era bueno, aunque todavía les quedaba mucho para llegar al avance en óptica que necesitábamos. «¡Paciencia!», me aconsejó mi amigo. Tenía varias líneas abiertas, muy pronto recibiríamos noticias de nuevos descubrimientos en ese campo.

Y así ocurrió. Pero, en mi opinión, no de la forma que estaba prevista.

Justo en aquella época, un especialista en óptica cuyo trabajo yo venía siguiendo se había quedado sin trabajo. Pedí que se pusieran en contacto con él, aceptó y se vino con nosotros. Se quedó muy sorprendido al ver lo mucho que habíamos avanzado, y sobre todo ante las técnicas de estimulación.

Durante su primera semana aquí, solicitó tener una entrevista en privado conmigo y me contó la historia siguiente.

Hacía un tiempo, camino de unas instalaciones que debía visitar, su avión se vio obligado a aterrizar en una zona muy remota, cuyo único lugar para alojarse era un centro de cohetes. Pernoctó allí, y un miembro del personal, enterado de cuál era su especialidad, le pidió su opinión acerca de ciertos trabajos recientes. El hombre era ingeniero de circuitos y le interesaba la fibra óptica.

En su laboratorio se utilizaban cohetes en miniatura para ensayar programas de encendido, un trabajo bastante preciso y riguroso. Los misiles deben corregirse ellos solos con mucha frecuencia durante el vuelo, y la precisión de sus dispositivos de guiado depende de que los cohetes se enciendan durante períodos muy cortos. Esto requiere procedimientos de encendido y apagado sumamente rápidos, y ese era el campo de especialización de aquel ingeniero.

Unas semanas antes, un grupo de funcionarios había llegado con un nuevo dispositivo que probar. Se trataba de un circuito electrónico, encajado en dos bolitas de cuarzo que al parecer servían para modular la frecuencia. Lo llevaron al laboratorio, el ingeniero dio instrucciones de que se instalase en uno de los cohetes y acto seguido todos se retiraron a una sala contigua.

Desde allí se activó el cohete, un programa normal de diez minutos, que permitía muchos encendidos cronometrados y grabados, y al cabo de unos minutos también se activó el dispositivo electrónico, por control remoto. El programa de encendido cambió al instante. No se interrumpió. El dispositivo había sido activado estando ya en funcionamiento, y así continuó, sin seguir el programa: permaneció en un estado de encendido prolongado hasta que agotó el combustible.

Cuando fue seguro desmontar el cohete, lo inspeccionaron y no encontraron ningún fallo en él. Los circuitos estaban intactos, los contactos y los disyuntores como debían estar, el cableado, de fibra óptica y protegido contra el calor, no estaba caliente. Pidieron al ingeniero que pasara una señal a través de la fibra, pero no lo consiguió; de algún modo, la fibra se había quedado inactiva. Aun así, le pidieron que la dejara allí instalada durante unos días y que luego repitiera el programa. Así lo hizo y en esa ocasión todo funcionó. La fibra óptica volvió a estar operativa.

Entonces, picado por la curiosidad, le preguntó qué teoría óptica podía explicar algo semejante...

Esa fue la historia que me contó el especialista, y me dijo que al enterarse de lo que había ocurrido con Anton, le había dado por pensar si ambos casos podían guardar relación entre sí.

Yo le pregunté si le había contado aquella historia a alguien más y me contestó que no. La fibra óptica no era su campo, casi se le había olvidado. Su estancia en el centro de cohetes había sido un mero accidente, algo fortuito.

Le pedí que me dejara reflexionar sobre lo que me había contado.

Reflexioné, en efecto, y muy seriamente. Ya habían transcurrido tres años y no se había avanzado nada en la publicación de nuestro descubrimiento. Y mucho más tiempo hacía ya de nuestros experimentos con el armónico díscolo. Todo aquello había quedado muy atrás.

Pero no había duda de que no estaba terminado.

Las «bolitas» de cuarzo, la estimulación a distancia, esperar «durante unos días»... todo eso tenía que ver con nuestro armónico díscolo. El uso de armónicos no es original, pero aquel armónico en concreto sí lo era; no se encontraba por casualidad. Y alguien lo estaba utilizando.

Le pedí al especialista que guardara silencio durante un tiempo más y que esperase la visita de mi amigo de la Dirección Científica.

Cuando este llegó, le pregunté si alguien estaba trabajando con armónicos.

«Sí, en efecto», me respondió.

¿Y cuándo tenían intención de publicar esos trabajos?

«A su debido tiempo, Efraím, a su debido tiempo», me dijo.

¿Habían encontrado una forma de utilizar el armónico díscolo?

Me miró fijamente. ¿Por qué se lo preguntaba?

Le dije por qué, y él, tras lanzar un suspiro, me contestó:

«Lo siento, Efraím, no deberías haberte metido en todo esto».

Fue sincero y me lo contó todo.

Habíamos tropezado con un principio que poseía un valor militar extraordinario. Y para explicármelo, primero tuvo que resumirme el fenómeno del pulso electromagnético, el PEM. Dicho pulso, que es un efecto colateral de las explosiones nucleares, anula todas las corrientes eléctricas que encuentre en sus inmediaciones, todas las corrientes que circulan por cables. Se paralizan las centrales eléctricas, los coches y también los teléfonos, las radios, los ascensores y las farolas. Todo lo que depende de la electricidad queda inutilizado. Incluidos los centros militares de control y de mando, que, como consecuencia, no podrían ordenar ninguna acción de contraataque.

La solución a esta parálisis se encontró en la fibra óptica, un material no susceptible al PEM, pero muy eficiente a la hora de enviar señales. Como los misiles en vuelo también podrían verse afectados, pues los circuitos de encendido y los fusibles quedarían inutilizados, por ejemplo, por una explosión nuclear que tuviera lugar en sus alrededores, también fueron equipados de nuevo. Ahora, todas las armas nucleares eran invulnerables al PEM.

Al PEM, pero no a todo, ya no. Porque nuestro descubrimiento había abierto un resquicio.

En el nivel más simple, podía cegar a los ejércitos de tierra, tanto si se desplazaban a pie o en tanques, o bien se refugiaban en búnkeres. Porque la frecuencia penetraba todas las estructuras. Con los misiles, y con la actividad nuclear en general, su potencial era incalculablemente mayor...

En ese momento las pruebas se hacían todavía en el laboratorio, pero se esperaba poder trasladarlas pronto a un misil en vuelo. En virtud de los acuerdos vigentes, las pruebas en vuelo de misiles tenían que ser supervisadas internacionalmente. Y estaba claro que aquella en particular no podía ser supervisada. Pero daba la casualidad de que China no participaba de dichos acuerdos, y justo estaba desarrollando un nuevo sistema de guiado que se probaría en la base de Lop Nor. El comandante de la misma, un tal general Liu, ya había recibido instrucciones al respecto. Ahora se estaba estudiando la manera de que nosotros supervisáramos dicha prueba por satélite...

¿Y cómo afectaría eso a los descubrimientos que habíamos hecho para devolver la vista a los ciegos?, le pregunté al cabo de un momento.

«Efraím» —me dijo en tono suave—, tú ya sabes lo que se necesita para devolver la vista a los ciegos, y cómo se completa esa operación. Si publicaras un artículo sobre los armónicos, eso daría lugar a que se investigara toda esa banda de armónicos. ¿Y luego qué?».

Continuó hablando largo rato, y de hecho me dio buenos argumentos.

Lo nuestro era un centro militar, y había fabricado un arma militar. Sabíamos de otras armas desarrolladas en él, bastante desagradables. Aquella poseía la misma potencia, pero ninguno de sus defectos. Nuestro país se encontraba en una situación de gran inestabilidad, era un gigante empobrecido, rodeado de rivales que poseían armas nucleares. Aún cabía la posibilidad de que el pueblo se viera expuesto al horror. La Dirección Científica tenía el deber de protegerlo. Devolver la vista a los ciegos era algo magnífico, pero por el momento lo otro tenía prioridad. La gente podía vivir con ceguera, pero ¿podría seguir viviendo después de que sucediera lo que aquello estaba diseñado para impedir?

«¡Venga... piénsalo! ¡Acabarás estando de acuerdo!», dijo.

Y acabé estando de acuerdo. ¿Por qué no?

Sin embargo, sólo podía pensar en que no iban a publicar mi trabajo. Ni entonces ni tal vez nunca. Esa verdad fue calando en mí poco a poco.

«Efraím, olvídate de esa aplicación militar», me instó mi amigo al día siguiente, cuando ya se iba. «Tu descubrimiento es muy importante. No se te negarán recursos para que lo concluyas, ¡y para que el mundo lo disfrute algún día! Te aseguro que en la Dirección Científica absolutamente todos sabemos lo que estás haciendo. ¡Sigue así!».

No sabían nada de lo que yo estaba haciendo. Aquella misma noche pensé: «¡Que se vayan a la mierda!».

Para todo tenían un argumento y todo podía utilizarse para hacer el bien o para hacer el mal. Pues había llegado el momento de que el bien tuviera una oportunidad. Aquello lo había descubierto yo por casualidad y tenía que hacer algo. Y a partir de entonces me embarqué en lo que tú ya sabes. ¡Claro que seguimos adelante!

En aquel momento nuestras lentes eran aparatosas, pesadas y bastante incómodas de usar. Nuestro especialista solucionó eso rápidamente, porque ya era un líder en el

campo de las capas finas. Y tampoco tardamos en hallar mejoras para los procedimientos de inserción; los ensayábamos a gran escala, la operación es bastante reversible, y todavía estábamos en ello cuando ocurrió lo de la explosión.

Del trabajo militar que llevamos a cabo aquí no voy a hablarte, así que no diré nada de la explosión, salvo que fue una calamidad. Perdimos el laboratorio de genética, el lugar donde alojábamos a los simios y también la enfermería, adyacente a este. Dentro había varios simios que estaban recuperándose de una operación, con los ojos vendados, y los que sobrevivieron a la voladura los sacamos en cuanto pudimos, para pasar lista, aunque fueron muy pocos.

La situación era desesperada. Los simios que no habían muerto estaban muy contaminados. A las pocas semanas sólo quedaba uno, casualmente el menos representativo, testimonio de mi propia arrogancia, y de que hay una línea que no se debe cruzar.

Yo mismo había fabricado a aquella criatura, en una placa de Petri: una hembra débil. A aquellas alturas ya éramos capaces de identificar desde muy pronto los individuos que no eran robustos, de modo que debería haberme limitado a eliminarla de la placa, pero por aquel entonces estaba trabajando con el feto e investigando qué más podíamos extraer de él.

Como la simia que contenía la placa, Ludmila, que ya tiene quince años, no iba a ser robusta, sería «inteligente». Decidí descubrir cuán inteligente podía llegar a ser aquel conjunto de células, copiando masa encefálica del feto de Sibir e intentando incorporársela. El experimento fue un gran éxito, y al mismo tiempo una frivolidad imperdonable ¡que no se debe repetir! Porque Ludmila no es un simio, pero tampoco es un ser humano. De hecho, es en parte Sibir, en parte neandertaloide y en parte simia: un híbrido singular, pero poseedor de una mente que en mi opinión es humana. Los demás simios no la aceptaron y empezó a vivir apartada, tan sólo se relacionaba conmigo. Yo le di clases, pero por desgracia le resultaron muy fatigosas. Después de estas, dormía en la habitación que yo reservaba para mi amigo de la Dirección Científica, y que, por asociación, a ella tampoco le gustaba.

Allí estaba la noche de la explosión, a salvo. Yo salí corriendo y le ordené que se quedara donde estaba. Un simio es lo que habría hecho, porque obedecen instrucciones, pero a ella sólo la preocupaba mi seguridad, de modo que me siguió corriendo, llorando, y la segunda explosión la alcanzó de lleno. Ocurrió cuando yo estaba cruzando el laboratorio de genética. Llevaba puestas las gafas y la mascarilla que siempre usamos en el laboratorio, pero la pobre Ludmila no llevaba nada...

En fin, esto fue lo que pasó.

Ludmila estaba contaminada, desde luego, y también horriblemente cegada. Tuvimos que extirparle los ojos con urgencia, porque habían sido destruidos y estaban infectados, y de ese modo se convirtió en nuestra primera paciente real. Los demás, como te he dicho, eran experimentos, todavía conservaban los ojos. Ludmila no, y así pasó a ser el primer caso de ceguera auténtica en el mundo que iba a

recuperar la vista gracias a nuestra operación.

Ahora esa operación ya está bastante estandarizada, es sencilla y rápida. Aquí tienes todas las fases: las incisiones, el empalme, el injerto, la fibra, el chip regulador, las lentes. Y también la estimulación, la buena y la mala, como verás. Aquí está todo.

—Aquí.

Al principio, Porter creyó que le estaba ofreciendo una chocolatina. Lo que el anciano sostenía en la mano parecía un bombón de menta envuelto en papel dorado. Entonces sacó otro del cajón, envuelto en plata.

—Está grabado en disco. En discos de cuatro centímetros. El plateado contiene la historia. Es personal y es para ti. El otro, la información técnica, varios cientos de páginas. Está comprimido, las personas a las que se lo entregues sabrán qué hacer con ello.

Porter contempló los discos, que parecían monedas.

—¿Y qué debo hacer yo con ellos?

Rogachev buscó de nuevo en el cajón y sacó dos bolsitas finas que tampoco eran mucho más grandes que las chocolatinas.

—Los discos van dentro de estas bolsas y las bolsas dentro de un cinturón. — Sacó un cinturón de lona—. Y el cinturón, pegado a tu piel. Los discos no se deforman ni se rompen. Van dentro de un estuche, pero no intentes abrirlo, sólo se puede hacer en un laboratorio, a doscientos cuarenta grados bajo cero, o de lo contrario la información se borrarán. Es un sistema hermético por temperatura, eso es lo más importante que debes recordar. Bueno... se está haciendo tarde. ¿Quieres tomar una última copa?

Efectivamente, era muy tarde, casi las tres. Se habían vuelto a pasar la noche hablando.

Porter fue a servirse otra copa y cuando regresó se encontró a Rogachev con los ojos cerrados, agotado. Pero los discos estaban dentro de las bolsitas, y las bolsitas dentro del cinturón, y encima de la mesa, bajo su mano, había un sobre.

—Esta es la carta. Vas a tener que enseñársela a los evenkis. Contiene sólo papeles en blanco, varias hojas.

—¿Y el anillo? ¿Les digo que el padre no ha podido encontrarlo?

—No, lo tengo aquí. —Abrió la mano—. De hecho, es el de mi mujer... No tengo nadie a quien dárselo, y dentro de unas semanas me incinerarán, así que... Tómallo tú. La inscripción te parecerá un poco sentimental.

Permaneció unos segundos dándole vueltas en la mano, con una sonrisa ladeada, y finalmente se lo entregó a Porter junto con una lupa.

Él examinó la alianza de oro. La inscripción estaba grabada por dentro, en ruso y con letras muy gastadas: «Como nuestro amor, el círculo no tiene fin».

La leyó en silencio.

—Si yo estoy aquí es porque ella falleció —le explicó Rogachev—. Sólo por eso. La vida es un círculo curioso, ¿verdad? En fin, ese es el anillo. Y aquí está la carta. Ponte el cinturón.

Porter se lo puso debajo de la ropa.

—¿Recuerdas la temperatura?

—Doscientos cuarenta grados.

—Bajo cero. Incluso menos. Di «hidrógeno líquido», es más fácil. Es para que puedan abrirse los discos. Una vez que se hayan abierto con seguridad, no se requieren condiciones especiales. Ya averiguarán ellos cómo leer el contenido. Acuérdate, la información técnica está en el dorado. Bueno... ¿te doy otra vez las gracias, o simplemente me despido?

Se despidieron sin palabras. Y fue en la biblioteca, tras estrecharse la mano durante unos segundos. Acto seguido, la silla de ruedas salió de la habitación y lo último que vio Porter fue un brazo de Rogachev alzado en el aire.

Diez minutos más tarde se despidió también de Stepanka, se metió en el cuarto de baño y, poco después, en su camastro.

Ya estaba todo hecho. Todo concluido. Palpó el cinturón bajo las mantas. Sólo le faltaban unas horas para salir del centro, y al cabo de dos o tres días se marcharía para siempre de la región. Empezó a pensar en cómo organizarlo todo, pero el día había sido muy largo, había estado despierto casi toda la noche anterior, después había descansado muy poco, y nada en absoluto desde que los hicieron refugiarse del viento y de la nieve. De modo que cerró los ojos y se sumió lentamente en la oscuridad.

Al mismo tiempo que a Kolia Jodian y a los evenkis los llamaban a refugiarse del viento y de la nieve para comunicarles que ya había sido elegido un nombre para el recién nacido, muy lejos de allí había otro hombre enterándose de otra noticia.

Se encontraba a ocho zonas horarias de distancia, y para él eran las ocho de la mañana. Y la noticia de la que se enteró era muy curiosa.

Pensó que debía de haberla leído mal.

La leyó otra vez. La calidad de impresión era tan mala que le costaba descifrar lo que ponía. Tenía los ojos cansados. Levantó la vista del periódico y contempló el mar, que estaba al otro lado del corto callejón. Sólo alcanzó a vislumbrarlo más allá del paseo marítimo, y vio que el agua tenía un color plomizo. También vio una palmera que se zarandeaba con la brisa.

La noche anterior había bebido mucho en un intento de combatir el resfriado. Al parecer, su resfriado seguía igual y en cambio tenía dolor de cabeza. ¡Dios, cómo odiaba el mar Negro!

Alexéi *Aliosha* Ponomarenko estaba sentado bajo un toldo que se agitaba al viento, en la terraza de un café, y sentía nostalgia del norte. Allí nunca había pillado un resfriado. Era todo maravilloso: Cabo Verde, Kolima. Nieve pura como ninguna, buenos camaradas, dinero en abundancia. Todas las mañanas había escarcha nueva, pero dentro de casa se estaba bien caliente y seco. No había corrientes de aire, ni humedad. Echaba de menos el magnífico apartamento que había dejado en el mes de junio. Allí abajo en cambio vivía como un mendigo, ¡encima de aquel mísero café! ¡Él! Dejando aparte la guerra civil que parecía a punto de estallar, se le estaba acabando el dinero y había tenido que salir del decente piso que tenía alquilado y mudarse a aquel callejón.

Encendió un cigarrillo, pero dejó que se consumiera en el cenicero y entró para pedir otro café. Dentro del local había una apestosa estufa de queroseno, motivo por el que se había sentado fuera. Allí en ninguna parte había calefacción central.

—Échele un chorrito de coñac —pidió.

—En efectivo —contestó el adusto propietario.

Ponomarenko puso el dinero en la barra con un sonoro golpe. Él mismo se sirvió el café: estaba incluido en el desayuno.

—¿Quién le ha dado derechos exclusivos sobre el periódico? Hay más gente esperando para leerlo.

—Pues compre otro —respondió Ponomarenko, sin soltar el periódico.

—No hay prisa —dijo uno de los clientes. Había unos cuantos individuos apagados repartidos por las mesas, apurando un triste desayuno: espectros, despojos, pensionistas—. De todas formas todo son mentiras. Le dicen a uno lo que quieren. ¿Quién va ganando hoy?

—Todo el mundo —contestó Ponomarenko, y salió de nuevo a la terraza con el

periódico y el café.

El diario hablaba de tanques que iban de un lado a otro. A la mierda los tanques. Bebió un sorbo del café, ahora enriquecido con el coñac, y sintió que ya veía mejor. Se concentró en lo que le interesaba. Las dos columnas estaban colocadas una al lado de la otra, la primera en georgiano, la segunda en ruso. Leyó de nuevo la que estaba en ruso. «Edicto del Gobierno: Ministerio de Justicia».

La leyó dos veces más. Qué retorcidos eran aquellos cabrones. Tenía que haber una trampa en alguna parte.

Encendió otro cigarrillo y se lo fumó con aire pensativo, contemplando la palmera que se zarandeaba a lo lejos. Después pasó unas cuantas páginas para que la gente no pudiera deducir el tema que le interesaba y devolvió el periódico al interior del café.

—Dígame, ¿en esta ciudad hay algún abogado decente? —preguntó al que atendía la barra.

El abogado era un hombrecillo de poblado bigote y origen armenio, algo que no le gustó a Ponomarenko; él hubiera querido a un georgiano, uno que conociera todos los entresijos de las leyes de Georgia. Y tampoco lo impresionaron las oficinas. Para entrar en el despacho del abogado tuvo que cruzar una sala en la que había un sillón de dentista. El abogado lo tranquilizó respecto a ambos temas. Le aseguró que contaba con una experiencia de veinte años, tanto en Batumi como en Tiflis. Que aquella semana le tocaba en Batumi. Y que el sillón de dentista era de su cuñado, que aquella semana estaba en Tiflis.

Ante todo, el abogado le hizo una observación: tenía entendido que había acudido a su despacho en nombre de un amigo; ¿entendía su amigo que por dichas consultas se cobraba una tasa en efectivo y que se cobraba en dólares americanos?

Ponomarenko puso veinte dólares encima de la mesa, y cuando el otro miró el billete con gesto de indiferencia, le explicó que su amigo sólo quería que le respondiera a una simple pregunta antes de decidir qué hacer a continuación. El abogado se quedó unos instantes mirando el dinero, pero asintió con la cabeza, y Ponomarenko le dijo de qué pregunta se trataba.

En el periódico habían publicado que el Gobierno iba a ofrecer una amnistía a los narcotraficantes que desvelaran quién era su proveedor; ¿qué significaba ese anuncio y dónde estaba la trampa?

El abogado asintió otra vez.

Lo que significaba era que el Gobierno había comprendido que uno de los enemigos de todo buen gobierno era el crimen organizado. Con el fin de mantener la ley y el orden en medio de las turbulencias actuales, lo habían declarado su enemigo principal. El crimen organizado de aquella región se basaba en poderosos círculos de la droga y, para aislarlos, se había decidido indultar a los delincuentes menores. Eso era lo que significaba. No había ninguna trampa.

Ponomarenko guardó silencio unos minutos.

—¿A su amigo lo conoce la policía? —preguntó el abogado en voz baja.

—No.

—¿Le están haciendo chantaje, quizá? ¿Lo están obligando a continuar con... determinadas actividades?

—No exactamente...

—Ese es un tipo de presión bastante habitual. Hable sin miedo.

—Pues... ¿qué ocurriría si salieran a la luz algunas cosas... después de confesarlo todo... cosas que, digámoslo así, no tuvieran nada que ver con eso?

El abogado lo observó a él y luego miró el billete de veinte dólares.

—Esta pregunta ya no es la simple de antes —replicó.

Ponomarenko puso otro billete de veinte encima de la mesa.

—Si lo he entendido bien —dijo el abogado, reclinándose más cómodamente en su asiento—, a su amigo lo preocupa que, una vez que haya confesado, la policía pueda empezar a investigar otros delitos. Olvídelo. A ellos les interesan las drogas: quieren eliminar a los narcotraficantes menores. Uno de los fallos del sistema anterior eran las penas tan duras que se les imponían: pena capital, cadena perpetua. Ahora quieren hacer borrón y cuenta nueva. Cuando tengan la información que buscan, se acabó, asunto terminado. No quedará nada registrado. No tenga miedo... por su amigo. A menos que, cuando investiguen, descubran que ha cometido un par de asesinatos —añadió bromeando—. ¿Es eso?

—Pero ¡qué dice! ¡Claro que no! —contestó Ponomarenko, indignado—. Nada de eso. Pero supongamos que investigan y descubren que mi amigo tiene mujer y... diversas cosas. Que quizá no está al día de algunas obligaciones como... pagos. Cosas así.

El abogado soltó una carcajada.

—Mi querido amigo —dijo—, van tras las fuerzas poderosas que desafían al Estado. Cuando su amigo haya informado de todo lo relativo a las drogas, lo indultarán. Segurísimo. Le doy mi palabra.

—Bueno, yo le creo —respondió Ponomarenko—, pero ¿cómo hago para que mi amigo se lo crea?

El hombrecillo se reclinó y cogió un listín telefónico de una estantería. Empezó a pasar las páginas.

—¿Entiende usted georgiano?

—Un poco.

—¿Qué dice aquí?

—Ministerio de Justicia.

—Llámelos. —El abogado le acercó el teléfono—. Pregunte por el fiscal jefe. Cuando le pongan con alguien de su despacho, hablaré yo.

Vacilante, Ponomarenko marcó el número y siguió las instrucciones del abogado. Le pasaron con el fiscal adjunto y en ese momento le entregó el auricular al abogado.

Este se identificó y habló con el fiscal en tono afable. Dijo que en nombre de un cliente deseaba que le explicaran en términos sencillos el anuncio de la amnistía para los narcotraficantes, y durante unos minutos escuchó lo que le decían, asintiendo con la cabeza de vez en cuando.

—Exactamente... Verá, señor fiscal, tengo aquí a un amigo del cliente. Le gustaría que usted le confirmara que una vez que se entregue la información no se iniciará ninguna acción judicial contra su amigo. Y que el indulto será automático, que no quedará nada registrado y que no se investigarán otras cosas. Exacto. ¿Y lo mismo con las pruebas, para evitar posibles venganzas? Bueno, supongo que lo habitual: fotografías, grabaciones. Sí. Sí. Se destruyen y no se guarda ninguna copia... muy bien. Pues, señor fiscal, si no tiene inconveniente en repetirle esto mismo a mi cliente, creo que puedo proporcionarle el primer éxito de su campaña. ¿Eh? Muy bien, jaja. Sí. Aquí se lo paso.

Le tendió el teléfono a Ponomarenko, que le formuló unas cuantas preguntas rápidas y escuchó con atención.

—¿Satisfecho? —quiso saber el abogado cuando colgó.

Ponomarenko encendió un cigarrillo. No se sentía tan satisfecho como aliviado. Había conocido al grimoso cabrón que le estaba haciendo chantaje apenas dos semanas después de su alegre llegada a Batumi. De eso hacía seis meses, en junio, antes de que la pesadilla empezara.

Expulsó una gran nube de humo.

—De hecho —dijo despacio—, no existe ningún amigo. Esta consulta era para mí. El cliente soy yo.

—¡No me diga! —exclamó el abogado, abriendo mucho los ojos—. ¡Menuda sorpresa!

Sin embargo, lo que Ponomarenko le dijo a continuación sí lo sorprendió de verdad.

En Batumi se almorzaba a las dos menos doce minutos, y desde el despacho del fiscal pidieron medio pollo para cada uno y siguieron hablando mientras daban buena cuenta de él. A aquellas alturas, la conversación se centraba sólo en el agente que había encontrado a Ponomarenko y en preparar lo necesario para reunirse de nuevo con él. Por otra parte, le habían concedido inmunidad y estaba colaborando de buen grado.

Su anterior declaración —en la que había dicho que había entregado las llaves del apartamento que tenía en Cabo Verde e informaba detalladamente de cómo estaban allí las cosas y del extraño interés que mostró un individuo, en realidad el agente, por un compañero asiático— ya se había enviado a Tiflis.

En cuanto al compañero asiático, Ponomarenko recordaba muy poco. Lo había conocido en un bar. Se llamaba Kolia y también era un camionero del norte. El agente

los había visto bebiendo juntos, lo que suscitó su interés y quiso saber todos los detalles. A saber por qué, pero Ponomarenko no sabía nada de él. Sin embargo, Kolia no tuvo ningún reparo en hablar de sí mismo, Ponomarenko dejó que lo hiciera y después le dio los detalles al agente.

¿Kolia qué? No se acordaba. ¿Qué detalles? Tampoco se acordaba de eso. Algo de Chukotka y su infancia, le parecía recordar, y de diversos sitios en los que había estado. Era un nativo, un chukchi. De todas formas, sólo pensaba quedarse allí unos días. No lo había vuelto a ver.

Pero a las dos llegó un fax de Tiflis que arrojó más luz sobre aquel chukchi al que había conocido por casualidad. La información dejó a Ponomarenko estupefacto. El chukchi se apellidaba Jodian. Su nombre completo era Nikolái Dmitrievich Jodian, y en esos momentos estaba viviendo en el apartamento que Ponomarenko tenía en Cabo Verde.

El fax, enviado a través de Yakutsk e Irkutsk, provenía de Tcherski.

Tcherski estaba en la misma zona horaria que Tcherni Vodi.

En aquel instante allí eran las diez de la noche, y Kolia Jodian estaba atravesando la pared.

Los evenkis se mostraban especialmente alegres con Kolia, dado que era la última mañana que pasaría en Tchorni Vodi.

Mientras limpiaba la *suite* del comandante Militski, uno de ellos se enteró de que el puesto de guardia que había al pie de la montaña iba a abrirse a las once. La oficial médica Komarova estaría en el campamento antes de las doce. Y, como de costumbre, pasaría consulta en los barracones de los guardias, algo que provocó tantos guiños y risitas que Kolia temió que se percataran incluso los guardias menos sagaces.

Desde luego, el comandante Militski reparó en ello.

—Hoy están muy animados, sargento —comentó en una de sus rondas.

—Así es, comandante. A esta gente no hay quien la entienda.

—Debe de ser por el nombre del bebé. ¿Es eso lo que los tiene tan contentos?

—Ah, eso. No se me había ocurrido, señor. Me parece que ha dado usted en el clavo. Son de lo más infantiles.

—Sí que lo son —convino el comandante, asintiendo con la cabeza—. Pero debemos respetar sus tradiciones, y así trabajarán mejor. Eso mantiene el orden.

—Es cierto. De lo contrario, se vuelven muy torpes. Sí, es absolutamente cierto.

—Sí —corroboró el comandante.

Nunca en toda su vida había estado tan seguro de algo. «Felicidades al comandante del campamento por el tacto con que ha llevado este asunto». Se sentía una persona con tacto y muy afianzado. Aquella mañana se sentía de muy buen humor.

—Buenos días a todos —saludó al llegar a los almacenes—. ¿Todo en orden por aquí?

—Todo en orden, comandante —lo saludó el cabo de los guardias encargados de aquella zona—. Ya se han amontonado las cajas vacías. Las tenemos preparadas para cargarlas con rapidez, por si acaso la doctora tiene que marcharse de nuevo enseguida.

—Ah, bueno, hoy no vendrá con tanta prisa —respondió el comandante, sonriente—. La última vez fue un caso especial. —Aunque lo dijo sonriendo, su observación no tenía nada de humorística, por eso se sorprendió al ver la explosión de alegría que causó en los evenkis. Siguió hablándoles con gesto de satisfacción—. Es una buena noticia que el niño ya tenga nombre. ¡Una noticia excelente!

—Sí, comandante. ¡Excelente! —contestaron los evenkis, sonriendo también.

—Mis felicitaciones, de nuevo —añadió el comandante, y acto seguido se fue, pero un tanto desconcertado.

Había algo expectante en aquellas sonrisas, como si los evenkis esperasen que él dijera algo todavía más gracioso. En fin, tal voz sólo se sintieran bien y eso los hacía sonreír. Él mismo se sentía bien y eso lo hacía sonreír.

Sin embargo, a Kolia Jodian no le provocaba ninguna alegría. Los nativos de las tribus experimentaban una emoción infantil por aquella artimaña, y él la conocía muy bien. Esperaba que los guardias no la conocieran tanto. Sólo quedaban unas horas para que todo terminara. Y se notaba muy tenso. Tenía cierta premonición. Había algo que no iba bien, lo percibía en el aire. Sí, algo no iba bien.

Kolia les había enseñado la carta sellada y el anillo. Los evenkis estaban metidos en el asunto y eso les causaba una gran alegría, sabían que lo habían ayudado en su misión y en lo que aún le quedaba por hacer.

Pero había surgido un problema inesperado. En los barracones de los guardias, donde iban a tener lugar las consultas médicas, la norma era que había que ir con la cabeza descubierta. En general, en el campamento, los evenkis iban siempre cubiertos, pero allí, como muestra de cortesía por encontrarse en las dependencias de los guardias, se descubrían. Obviamente, él no podía hacer lo mismo.

Estuvieron debatiendo el asunto. Dado que el actual contingente de guardias sólo los había visto cubiertos, no sabrían si alguno de ellos llevaba la cabeza afeitada. Pero ese detalle atraería la atención sobre él en el último momento, algo que no le convenía en absoluto.

Pero ¿qué podía hacer?

Todos permanecerían cubiertos.

¿Y qué dirían?

—Ya veremos —contestaron.

Esa actitud festiva y despreocupada lo invadió de malos presentimientos. Se preguntó si esa actitud era realmente la causa de dichos presentimientos. No entendía cómo se sentía. Estaba muy tenso.

Sin embargo, continuó trabajando. El avión del día anterior había llenado de nuevo los almacenes y los tractores faenaban sin descanso en la zona de entrada de mercancías, situada en la parte de atrás. Había nevado bastante durante la noche y dudó que Komarova lograra llegar; tal vez hubiera que cancelarlo todo en el último momento. Pero a las doce menos cuarto, cuando regresaba a los almacenes, vio aparecer el pequeño convoy junto a las verjas del perímetro, y el corazón le dio un vuelco.

Siguió trabajando. En la consulta primero se atendería a los guardias y la hora de la cena iba a escalonarse para que todo el mundo pudiera ver a la doctora por turnos. Recordó que él iba a ser de los últimos.

Cenó. Le costó trabajo, pero comió, y en eso estaba cuando se unió a él el primer evenki atendido por la doctora, todo sonriente.

—No hay problema con lo de llevar la cabeza cubierta.

Él levantó la vista con gesto interrogante.

—¡Por el niño!

No preguntó más, se limpió la boca y salió para acudir a la consulta, era su turno. Junto a los barracones había un guardia de pie en el porche, encargado de que los

evenkis respetaran la fila. Cuando salía uno, hacía entrar a otro. Kolia esquivó las sonrisas de oreja a oreja y miró a su alrededor. Estaba oscuro, pero bajo las luces de los focos alcanzó a ver el *bobik*. Se encontraba junto a la oficina del comandante Militski, custodiado por un guardia que daba palmas para entrar en calor. Tenía el motor en marcha, y el conductor esperaba dentro, para resguardarse del frío.

—Muy bien, que pase el siguiente.

Había salido un evenki, de modo que entró el siguiente de la fila.

La oficial médica se estaba dando mucha rapidez en atenderlos. Al cabo de tres o cuatro minutos entraría otro paciente, y a la cola ya se habían sumado otros dos, detrás de Kolia. Aún tenía que llegar un tercero, tal como se había decidido. Apareció en el momento justo en que Kolia se situaba a la cabecera de la fila.

—Que pase el siguiente.

Kolia entró.

El dormitorio común de los guardias estaba sumamente ordenado: camas de hierro, no jergones de madera, y todas hechas con precisión militar. También había una mesa alargada y unos cuantos sillones, pero ahora todo eso se había trasladado al fondo, para que no lo usasen los evenkis. El único mueble que habían dejado para estos era un banco desnudo. Tres evenkis estaban sentados en él, con la cabeza cubierta. Detrás de ellos había un guardia de pie, con su gorro de piel ostentosamente sujeto bajo el brazo. Los tres se desplazaron en el banco, haciéndole un guiño a Kolia y dejándole sitio.

A un lado del dormitorio había una pequeña cabina de sauna, con agua corriente, y allí era donde instalaban el consultorio. Junto a ella esperaba otro guardia, con gesto hosco y también con el gorro bajo el brazo. La puerta estaba un poco entreabierta y se oía la voz de Komarova. Despachó al paciente con la misma rapidez que a los anteriores, y poco después entró otro evenki. Kolia había avanzado un puesto en el banco. En cuestión de minutos se vio el primero. Los tres últimos evenkis se desplazaban al mismo tiempo que él, con una sonrisa tan desmesurada que hasta los guardias empezaron a mirarlos extrañados.

Kolia no sabía decir qué estarían pensando. No esperaba que los evenkis tuvieran un comportamiento lógico; al fin y al cabo, ¿qué lógica podía tener que no quisieran descubrirse la cabeza porque se le había puesto nombre a un recién nacido? Aun así, aquello lo tuvo en vilo hasta que le tocó el turno de entrar.

De inmediato vio que algo malo ocurría.

Komarova tenía el semblante tenso, rígido, más pálido que nunca.

Estaba sentada a una mesa con un montón de papeles delante y el maletín abierto. Sobre otra mesa habían extendido una sábana y habían puesto una almohada. Estaba escribiendo.

—¿Y bien? ¿Algún problema médico?

—Me ha dado un tirón muscular, doctora. Aquí, en la espalda.

—De acuerdo. Vamos a ver. Desnúdese de cintura para arriba.

Kolia obedeció y cuando abrió la boca, ella negó con la cabeza.

—Sí, ya lo noto. Voy a ponerle una inyección y le daré una pomada para que se frote con ella. ¡Guardia!

El guardia que estaba junto a la puerta asomó la cabeza.

—Haga venir a mi conductor.

El joven la miró y negó con la cabeza.

—No puedo hacer eso, doctora. Si desea alguna cosa, ordenaré que se la traigan.

—De acuerdo. Necesito la solución de salicilato de dietilamina, la alcanforada. Y de prisa, por favor.

—¿La... cómo ha dicho?

—La solución de salicilato... Espere un minuto. —Negó con la cabeza en un gesto de irritación y garabateó algo en un trozo de papel—. Está en el compartimento marrón fijo, cuadrante superior izquierdo. Y que sea un frasco de cien mililitros. Y un embudo. Levante el brazo —le dijo a su paciente.

—Compartimento marrón fijo, cien mililitros, cuadrante superior y un embudo —repitió el guardia.

A continuación, perplejo, salió con el papel en la mano. Se lo entregó al guardia que estaba junto a la puerta del barracón y este se dirigió con las instrucciones al *bobik*. Regresó poco después y le dijo unas palabras al guardia de la consulta, que llamó a la puerta y se asomó otra vez.

—No sabemos a qué se refiere usted, doctora —dijo.

—¿Que no saben a qué...? ¿Cuántos pacientes quedan?

El guardia echó una ojeada.

—Tres —contestó.

—¿Todavía tres? ¡Haga venir a ese conductor! —exclamó, enfadada.

—Doctora, yo... Bueno, pero que sea un momento —cedió el guardia, al ver que ella volvía a abrir la boca.

Uno o dos minutos después entraba el conductor, con su llamativo pasamontañas y su elegante gorro de visón, masticando chicle.

—Lo siento, doctora, no he logrado entender...

—Pero ¡madre mía! Un momento... ¡Usted! ¡Salga de aquí! —ordenó con brusquedad al darse cuenta de que con el conductor había entrado el guardia.

—Doctora, este hombre no puede entrar aquí sin ir acompañado.

—¡Y usted no puede entrar cuando estoy viendo a un paciente! —En aquel momento el paciente estaba tumbado sobre la mesa, sin camisa, y ella estaba examinándolo—. ¡Salga inmediatamente!

El guardia la obedeció con rapidez. Komarova cerró de un portazo y se apoyó en la hoja de la puerta, mientras los dos hombres intercambiaban el sitio y la ropa a toda prisa. También la documentación.

—¡Un frasco, un embudo y un solución del compartimento marrón! —exclamó a gritos—. Lo tiene escrito bien claro, con letra grande. ¿Tanto cuesta entender algo tan

simple como...?

No les llevó mucho tiempo, y el conductor no tardó en salir de nuevo por la puerta, negando con la cabeza en un gesto contrito. No le permitían permanecer dentro sin ir acompañado. El guardia de la consulta lo guio fuera y el del barracón lo llevó hasta el *bobik*. El guardia que vigilaba el *bobik* lo observó con atención mientras abría la parte trasera del vehículo. Ahora esta estaba abarrotada de cajas, botes y bidones vacíos, pero se podía acceder al compartimento fijo, y no tardó nada en coger el frasco grande de linimento, uno vacío y un embudo.

No tenía permiso para entregar aquellas cosas él solo, de modo que se las dio al guardia y regresó al asiento del conductor, desde el cual, pasados menos de diez minutos, saltó para abrirle la puerta del pasajero a la oficial Komarova. Esta llegó apoyándose en su muleta y cargando con la carpeta de expedientes médicos, mientras un guardia le llevaba el maletín y otro el frasco de linimento y el embudo.

El comandante Militski, que ya estaba avisado, salió corriendo de su despacho.

—¿No puedo tentarla a que se quede a tomar algo, oficial médica?

—No, comandante, pero gracias. Debo marcharme ya, amenaza mal tiempo. — Entregó la carpeta—. Y gracias por facilitar el asunto del nombre del bebé. Los evenkis están muy contentos. Para ellos significa mucho.

—Debemos respetar sus tradiciones. Ha sido un placer.

—Muy bien. ¿Está todo listo?

Todo estaba listo. El embudo y el linimento volvían a descansar en el compartimento fijo; la puerta trasera se había cerrado; el todoterreno de escolta aguardaba.

—Adiós, doctora. —Se despidió el comandante Militski, al tiempo que, todo galante, la ayudaba a subir al *bobik* y le hacía, encantado, un saludo militar.

—Adiós, comandante.

—Hasta la próxima vez... Adelante, sargento.

Y por fin se fueron, cruzaron las dos verjas y comenzaron a bajar por el camino helado.

—Hay algo que no marcha... —dijo Porter.

—Luego te lo cuento, que ahora no me encuentro bien.

Porter fue bajando con cuidado detrás del todoterreno. Al llegar al puesto de guardia hicieron un alto para que les firmaran la salida, los soldados los despidieron y ellos tomaron el arroyo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Porter.

Komarova se había enterado de la noticia aquella mañana, en un asentamiento en el que el conductor y ella habían pasado la noche; las dos últimas noches habían permanecido en asentamientos europeos y al conductor no lo conocían en ninguno de los dos. La secretaria de Komarova había telefoneado para decirle que la policía de Tcherski quería ver al camionero chukchi, Jodian. ¿Por qué? La secretaria no lo sabía, pero habían solicitado que la doctora los llamase.

Lo que Komarova se apresuró a hacer.

El jefe de policía era un antiguo paciente y le explicó que había surgido algo: la noche anterior les habían solicitado información desde Batumi, en el mar Negro. Tenían retenido a un tal Ponomarenko y habían pedido a Tcherski que averiguase quién estaba ocupando su apartamento en la actualidad. Él les dijo que Jodian, y ellos le pidieron que lo retuviera y que verificara su documentación. En la Compañía de Transportes le habían dicho que Komarova se lo había llevado como conductor durante unos días. ¿Tenía previsto regresar ya?

Sí, aquel mismo día. ¿Aquel hombre era un delincuente?

No que el jefe de policía supiera, seguro que sólo necesitaban confirmar algún dato de la historia que les había contado Ponomarenko. Ya le enviarían más información al respecto. Fuera como fuese, en cuanto volvieran tenía que hacerlo ir a la comisaría con su documentación.

Estuvieron varios minutos en silencio.

—No puedes volver a Cabo Verde —dijo Komarova.

—Lo sé.

No dijo nada más y ella se volvió hacia él.

Como un animal, Porter había olfateado los problemas.

—Que estén investigando quién ocupa el apartamento de Ponomarenko —dijo al fin— es de lo más absurdo. ¿Por qué iba a haber alguien en él? ¿Y para qué iban a querer saberlo? Eso es que él ha hablado. Les ha contado cómo se la jugaron. Me ha delatado.

Detuvo el coche de golpe.

—¿Eran más de las nueve cuando has hablado con ese policía? Ahora son las dos. Habla con tu oficina, averigua si ha vuelto a telefonar.

Komarova encendió la radio, se oyó el crepitar y llamó.

No. Nada. No había mensajes.

—Dile que es posible que te retrases —le dijo Porter en voz baja—. Que quieres saber si llama la policía.

—Irina, es posible que me retrase un poco. Llámame si surge algo, o si vuelve a llamar la policía, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, doctora.

Porter encendió un cigarrillo.

—No tardarán en tener fotografías de Jodian —reflexionó en voz alta—. Y no se parece a mí.

—Aquí las cosas no suceden tan rápido.

—Por fax sí. Las enviarán... ¿Por qué no se han puesto en contacto con Tchorni Vodi? Sabían que ibas a estar allí.

—Ellos no pueden ponerse en contacto con Tchorni Vodi, sólo le está permitido al oficial médico, y si se trata de asuntos médicos. El teletipo es una línea protegida. El comandante puede hacer llamadas al exterior, pero, desde luego, la policía no puede

llamar al campamento.

Porter asintió con ademán pensativo.

—¿La petición de información llegó anoche, procedente del mar Negro?

—Eso es lo que dijo el jefe.

—Pues en ese caso debe de ser anterior, porque hay varias horas de diferencia.

¿Cuántas? ¿Cuatro, cinco?

—Ocho, creo.

—Ocho. Pues entonces la petición se hizo durante el día. Y ahora allí serán... ¿qué hora, las seis de la mañana? Puede que durante la noche no haya sucedido nada. Al fin y al cabo, primero tienen que recibir las fotos, y seguramente las enviarán desde otras regiones. Aún podríamos tener un par de horas.

—¿Para que te subas a un avión?

—¿Con qué destino? No, no. Ponomarenko les ha contado quién se la jugó, tal vez tengan ya el nombre. No sé hasta dónde sabría él, pero no puedo correr el riesgo... Y tengo que pensar con calma. Vamos a esperar a estar ya en Tcherski, daremos una vuelta por el extrarradio y tú volverás a llamar. Pensaré mientras tanto.

Arrancó otra vez, y avanzaron por el arroyo sumidos en la oscuridad. Antes de llegar al final, Porter se detuvo, se sacó las bolsitas que llevaba en el cinturón y se las dio a Komarova.

—¿Qué es esto?

—Ya te lo contaré más adelante. Si no me libro de esta, ocúltalas. No intentes abrirlas o se destruirán. No representan ningún peligro para ti, pero guárdalas bien.

Komarova observó las bolsitas llena de dudas.

—¿Qué debo hacer con ellas?

—Por el momento, escóndetelas en el sujetador. No son peligrosas para ti — repitió Porter, al tiempo que volvía a avanzar con el coche.

Cuando llegaron a las afueras de Tcherski, ella llamó a su oficina una vez más. Ya eran pasadas las tres.

Nada. Y la secretaria tampoco estaba especialmente preocupada. Porter escuchó con atención la voz que hablaba por la radio.

—Di que has llamado porque quieres que descarguen el coche de inmediato —le dijo a Komarova en voz baja—. Di que llegarás pronto.

Ella transmitió el mensaje y a continuación Porter le explicó lo que iban a hacer.

Todas las ventanas del edificio administrativo de Tcherski tenían las luces encendidas. Porter dio una vuelta por la plaza buscando algún indicio de actividad inusual. No había ninguno, así que cruzó la verja de la parte de atrás para entrar en la zona de descarga de mercancías del centro médico. Allí estaba aparcado su propio *bobik*, y también un camión de la basura; no había nada más, todo se veía desierto, tenuemente iluminado y con el suelo cubierto de nieve pisada.

Ayudó a Komarova a apearse del coche y cruzó las puertas giratorias que daban al sector de empaquetado. Los dos operarios lo estaban esperando y enseguida salieron a su encuentro para descargar.

—Kolia, acuérdate de la policía —le dijo Komarova—. Y no te olvides la documentación.

—Iré cuando termine aquí.

—No tienes por qué descargar, pueden hacerlo ellos solos.

—Son mercancías ligeras, voy a ayudarlos.

Ya casi habían acabado, sólo tuvo que trasladar los últimos bidones.

—Ya está todo. Hasta la próxima, muchachos.

—Hasta la próxima. Y gracias, Kolia.

Salió fuera y encontró a Komarova junto a las puertas traseras del *bobik*, jugueteando con las llaves. Se apresuró a subirse a la parte de atrás, ella cerró las puertas con llave y entró en el edificio.

Ya eran casi las cuatro y no se quedó dentro mucho tiempo.

Tenía dolor de cabeza, pero tras un viaje de tres días era normal, dijo... Echó un vistazo al papeleo nuevo, preguntó por unos cuantos casos, vio que todo estaba controlado y se fue.

Subió de nuevo al *bobik* y recorrió el corto trecho que había hasta su casa. Aparcó en el cobertizo y Porter se apeó por detrás y esperó allí hasta que ella hubo abierto la puerta de la vivienda. Komarova no encendió la luz, pero volvió para cerrar el cobertizo, y Porter, a oscuras, se le adelantó y entró en la casa.

La policía telefoneó a las seis en punto, y quince minutos más tarde el teniente y un sargento estaban llamando al timbre de la puerta. Komarova les abrió en bata.

—Disculpe, oficial, se trata de unos cuantos detalles que el jefe no podía explicarle por teléfono. Hay algo raro en relación con el individuo que ha trabajado para usted de conductor.

—Cielo santo, teniente, ¿me ha despertado para eso? He pasado tres días viajando, ¡necesito dormir un poco!

—No logramos dar con él. No ha ido a su casa.

—A lo mejor está en la de un amigo.

—No está en la de ninguno que nosotros conozcamos. Y su *bobik* sigue en el centro médico. Donde lo dejó.

—Bueno... Él sabía que tenía que presentarse con su documentación. Me parece que incluso yo se lo recordé.

—En efecto. Los trabajadores del centro médico lo recuerdan.

—Pues entonces... Lo más probable es que haya encontrado una botella y esté sentado por ahí. Ya sabe cómo es esa gente.

—Sí, eso mismo opino yo —coincidió el teniente—. Y mañana aparecerá con dolor de cabeza. Lo cierto es que los de Irkutsk nos están apremiando para que les enviemos un informe. No entienden cómo funcionan las cosas aquí. ¿Permite que nos sentemos?

—Por supuesto. Perdónenme. Sírvanse una copa. —Trajo un par de vasos—. ¿Irkutsk? —repitió, confusa.

—Constrainteligencia —explicó el sargento—. Allí se pasan el día buscando a espías, así son felices. ¿Y usted cómo se encuentra, doctora? ¿Va mejorando, el tobillo?

—Sí, no es nada. ¿Un espía chukchi? —preguntó, sorprendida.

—Ya lo sé, suena absurdo —convino el teniente, levantando su vaso—. Pero ese individuo no es quien dice ser. Han enviado unas fotos desde Magadán, donde se supone que ha trabajado, y en ellas aparece otro hombre. Lo más probable es que haya robado la documentación de Jodian, y así fue como lograra entrar aquí. La documentación es auténtica, nos lo ha confirmado la Compañía de Transportes, pero la foto no se corresponde con los documentos. Eso no teníamos modo de saberlo. Un chukchi es un chukchi.

—¿Y para qué iba a querer hacer eso?

—¿Quién sabe? Un problema con la esposa, una demanda de paternidad... debió de conocer a Jodian en el mar Negro. Tampoco sabemos por qué está en el apartamento de Ponomarenko, aún no nos han dicho nada. Para ellos es espionaje, claro, por eso se lo callan todo. Hay que ver lo que son capaces de imaginar, ¡un espía de Chukotka! —exclamó, al tiempo que bebía un trago. Se secó la boca y prosiguió

—: En fin, si usted hace una declaración, el sargento tomará nota.

—¿Y qué más puedo contarles?

Observó que el sargento sacaba su libreta.

—Quizá la reacción que tuvo ese hombre cuando se enteró de que lo buscábamos.

—Pues... estaba enfadado. Piensa que la gente la toma con él porque es chukchi. Tuve que impedirle que aceptase trayectos de larga distancia, porque en su historial médico figuraba que tenía un soplo en el corazón.

—Ya. Tengo entendido que la semana que viene ha de acudir al hospital para hacerse unas pruebas.

—Cardiológicas. Por el soplo. Eso también le molestó.

—¿No quería hacerse las pruebas?

—Bueno, la verdad es que no le hizo mucha gracia.

—Ajá. ¿Hablaron de ello?

—Un poco. Comprendió que a mí no me quedaba más remedio que pedir las, después de ver su historial. No podía correr el riesgo de permitirle que hiciera viajes largos, por mucho que se lo hubieran permitido en Chukotka. Me pidieron que le concertase una cita en el hospital para unas pruebas y lo hice. Y él lo aceptó.

—¿Ah, sí? Ya sabe usted que estos nativos son más bien de razonamiento lento, sin embargo, son muy astutos. Supongo que al final se habría escaqueado, incluso sin esta investigación. Aun así, debió de preocuparlo el hecho de que le mandaran presentar la documentación. ¿Dice usted que sólo parecía irritado?

—Bueno, también soltó algún insulto.

—Soltó algún insulto —le dijo el teniente al sargento—. ¿Y luego? ¿Hizo alguna pregunta?

—Me preguntó qué pensaba yo que era todo aquello. Le contesté que sería una comprobación rutinaria de su documentación.

—¿Quiso que usted averiguase más?

—Llamé a la oficina para ver si había mensajes.

—¿Le pidió él que lo hiciera?

Komarova reflexionó un momento.

—Es posible. Pero yo lo habría hecho de todas formas.

—¿Cuántas veces se lo pidió?

—Teniente, por favor, no lo sé.

El teniente se había inclinado hacia delante y estaba volviendo una página de la libreta del sargento.

—Usted llamó a las dos —dijo—, y de nuevo a las tres y cinco. ¿En ambas ocasiones se lo pidió él?

—Teniente, tengo un dolor de cabeza horroroso y no recuerdo lo que me pidió ni cuántas veces me lo pidió.

—Discúlpeme, oficial, pero con estos nativos... si un problema no es demasiado grave, esperan que lo sea. Me pregunto hasta qué punto le pareció grave a él. La

última vez que llamó debía de estar usted bastante cerca de Tcherski, y la traía él. Sabe que lleva documentación falsa y que va a tener que enseñarla... ¿se lo veía nervioso?

—Pues... a mí no me lo pareció. Llegó con la furgoneta hasta la zona de descarga de mercancías y entró para echarles una mano a los operarios. Luego salió y me preguntó si necesitaba algo más, le dije que no y se marchó.

—¿Adónde?

—Salió de la zona de mercancías, supongo.

—¿Y dejó allí su *bobik*?

—¿Para qué iba a necesitar el *bobik*? El puesto de la policía está casi al lado.

—No acudió al puesto de la policía. ¿Adónde demonios pudo ir a pie?

—Oiga, teniente, estoy muy cansada. Es probable que esté por ahí bebiendo, sin saber qué hacer.

Él asintió con la cabeza.

—Sea como sea, estará en Tcherski. No puede haber recorrido a pie los cuatro kilómetros que hay hasta Cabo Verde. Claro que podría haberlo llevado alguien que fuera para allá... En fin, gracias de todas formas por su ayuda. Si llama, cosa que podría suceder cuando se haya tomado unas cuantas copas, averigüe dónde está y tranquilícelo. Y háganoslo saber.

—De acuerdo.

Komarova esperó hasta que el motor del coche dejó de oírse y fue a abrir la puerta del sótano.

Esto ocurría el viernes por la noche.

Partieron a las nueve, cuando el tráfico había cesado y todo estaba en silencio. Porter estaba seguro de que iniciarían una búsqueda casa por casa y sabía que debía desaparecer de inmediato.

En el cobertizo, Komarova tenía tres bidones de gasolina de diez litros cada uno. Porter los subió a la trasera del *bobik* junto con otro pequeño de queroseno para la estufa. Luego metió algo de ropa en una bolsa, cogió un saco de dormir y algunas provisiones, y también la botella de vodka medio vacía.

Komarova conocía la ruta que llevaba a Aniuisk, de modo que Porter viajó todo el rato oculto bajo una manta en la parte de atrás. Pero cuando abandonaron el río y tomaron la pista, se sentó al volante.

Estaba muy oscuro y avanzaron un buen trecho sin que en aquel paisaje sin accidentes los faros del coche iluminasen el desvío de Provodnoie. Porter sabía que estaba en el kilómetro nueve, y cuando llevaban ocho, redujo la velocidad para que Komarova pudiera verlo, porque la próxima vez iba a tener que ir allí ella sola.

Rodaron por el afluyente y Porter fue tomando las curvas despacio, para que Komarova las reconociera luego. Desde el punto de entrada al afluyente había

cincuenta y cinco kilómetros hasta la cueva, un tramo que él había cronometrado y que ella tendría que recordar.

El sauce raquíutico apareció al doblar una curva cerrada, la curva donde las inundaciones de la primavera habían excavado la cueva, y si uno no la veía enseguida, podía pasar de largo, distraído al tomar la curva.

En el kilómetro cincuenta y cuatro aminoró otra vez, y Komarova la vio por sí misma.

Porter metió el morro del *bobik* en la entrada. Había dejado la lona colgando y ahora resbaló sobre el parabrisas. Una vez dentro se apearon y, a la luz de los faros, ella pudo ver la cueva por primera vez. Todo estaba tal como lo había dejado él el fin de semana anterior, cuando se presentó en su casa a las cinco de la madrugada.

A Porter se le cayó el alma a los pies al ver el esqueleto del *bobik*. Estaba peor de lo que recordaba. Puso en marcha el generador, reculó con el *bobik* de Komarova, lo aparcó y apagó los faros. A oscuras, empezaron a descargarlo todo entre los dos y él cogió los bidones. Con aquella luz tan dura, la cueva resultaba de lo más deprimente, las paredes brillaban con el hielo, el chasis desnudo mostraba piezas a medio ensamblar. Komarova, cargada con las provisiones y los sacos de dormir, miró a su alrededor y exclamó:

—¡Cariño, aquí vas a congelarte!

—Sobreviviré.

Encendió la estufa y examinó la lona de la entrada con el ceño fruncido. Luego salió fuera y volvió a entrar.

—Se ve la luz, hay resplandor —dijo—. Cualquier vehículo que reduzca la velocidad al tomar la curva lo verá. Y teniendo el generador en marcha, no me enteraré de si se acerca alguien.

—¿Y quién va a pasar por aquí?

—Podría haber camiones circulando con regularidad hacia Provodnoie. Tendré que colocar también la manta.

—De acuerdo, traeré otra. Lo anotaré en la lista.

La lista iba aumentando. Porter ya tenía cuatro bidones de gasolina en la cueva y con los tres de ella sumaban siete. Calculó que iba a necesitar por lo menos otros tres. Y también un mapa y una brújula, y pilas de repuesto para la linterna, y más provisiones.

—Vete ya, no esperes —dijo Porter.

Ella iba a tardar como mínimo dos horas y media en regresar y ya eran casi las doce de la noche. Al día siguiente tenía que abrirle la puerta a la yakuta que le limpiaba la casa, pasaría una o dos horas en el centro médico y luego iría a buscar las cosas de la lista.

—¿Recuerdas dónde tomar los desvíos?

Komarova lo recordaba: debía recorrer nueve kilómetros tras dejar la carretera de Aniuisk por el afluente, y después otros cincuenta y cinco hasta la cueva.

—De acuerdo. Nos vemos mañana por la noche. Ten mucho cuidado —le dijo.

—¡Oh, Johnny! —exclamó, y lo abrazó.

—¡Llámame Kolia! —replicó él, zafándose de sus brazos—. Y nada de despedidas, vete ya, Tania-Pania.

Se quedó fuera unos instantes, observando cómo ella daba la vuelta con el *bobik*, esperó hasta ver desaparecer la luz de los faros y luego volvió a entrar. Ahora que se había quedado solo, la cueva le pareció más inhóspita que nunca. ¡Transformar aquel trasto en un coche! Pero iba a tener que hacerlo, y antes de que volviera Komarova. Estuviera como estuviese, cuando apareciera ella arrancaría el motor, así los dos se animarían un poco.

Sin embargo, de pronto se dio cuenta de que no lo haría. La última pieza que le había dado Vassili estaba aún en el cobertizo de la casa. Era la batería, y estaba cargándose. La había escondido debajo de un saco y no figuraba en la lista. Sintió que se le formaba un nudo en el estómago.

El solsticio de invierno estaba cerca y ya no había nada de luz diurna.

Poco después de la una de la tarde, el cielo se teñía ligeramente de gris durante una hora, mientras el sol se elevaba sobre el horizonte y luego volvía a ponerse, pero eso sólo ocurría cuando no había nubes. Después de las ventiscas, el cielo estaba muy nublado, de modo que tenían noche perpetua. A pesar de ello, en toda la región mantuvieron la actividad y los horarios normales, algo que Porter tuvo en cuenta para calcular cuándo podría pasar algún camión por allí.

Se encontraba a medio camino entre Cabo Verde y Provodnoie.

Desde un punto u otro, los vehículos pesados tardarían tres horas en llegar hasta la cueva. Saldrían de Cabo Verde a las ocho de la mañana, de modo que a las once podían estar pasando por delante. A aquella hora él ya debía tener la luz apagada. Incluso con la manta tapando la entrada, con aquella oscuridad aún se distinguía un leve resplandor. No podía saber cuándo regresarían esos camiones de Provodnoie, pero era poco probable que fuera en el mismo día; él había pernoctado allí y había emprendido el regreso al día siguiente.

La hora señalada eran las once de la mañana, tanto a la ida como a la vuelta. Para entonces, el generador tenía que estar desconectado. Aprovecharía para dormir tres horas, desde las diez hasta la una, con todas las luces apagadas.

Pasó la noche trabajando concentrado, y a las diez de la mañana montó los paneles del suelo del *bobik*, bebió un buen trago de vodka, extendió el saco de dormir y se metió dentro.

Dado el frío que hacía, se acostó vestido, incluso con el gorro de piel. Poco a poco fue entrando en calor y se quedó dormido. Se alegró de haber tomado precauciones cuando, al cabo de una hora, oyó a lo lejos un camión que se acercaba.

Escuchó con más atención.

Venía de Cabo Verde.

Tomaba las curvas reduciendo la marcha y acelerando de nuevo al salir de ellas.

Pasó despacio, a escasos metros de donde estaba él. Era uno de los grandes Kama, los que estaban usando en esa época. A oscuras, volvió a dormirse profundamente, pero de golpe se despertó. Consultó su reloj a la luz de la linterna y vio que era la una de la tarde. Tal como estaba previsto.

Se levantó, arrancó el generador y rellenó el pequeño depósito de la estufa de queroseno. Había estado encendida toda la noche. A continuación, decidió comer algo: pan y queso. Se sirvió un poco de café del termo. Dudó si añadirle un chorrito de vodka, pero al final lo pensó mejor; no quedaba mucho licor e iba a ser un día muy largo. Komarova saldría tarde y no llegaría hasta la una de la madrugada, para lo cual faltaban otras doce horas.

Defecó fuera de la cueva, y lo que evacuó, congelado al instante, lo ocultó en una grieta que había en la otra orilla, ayudándose de la pala para la nieve que llevaba el

bobik y que formaba parte del equipo.

Acto seguido se puso de nuevo a trabajar.

Las horas de sueño, aunque escasas, le habían sentado bien y ahora se sentía mucho más animado. Se había pasado un buen rato deprimido, evaluando sus posibilidades. Ponomarenko debió de conducir a la policía hasta el agente, y este, a pesar de lo poco que sabía, debió de recibir instrucciones de alguien. Él mismo tenía un número de teléfono de Tiflis al que llamar; quizá fuera el de ese hombre.

Tiflis, una ciudad cercana a la frontera con Turquía, era una de las dos rutas de huida planeadas para él. Ambas implicaban viajar primero a Yakutsk, donde lo esperaba una documentación nueva. Ahora Tiflis había quedado descartada, pero Yakutsk seguía siendo una vía válida. El agente de Tiflis —eso le habían dicho— no sabía nada de Yakutsk. Lo único que tenía que hacer era llegar hasta allí. Pero no podía hacerlo desde el aeropuerto de Tcherski, eso también había quedado descartado.

Por irracional que pareciera, eso lo animó aún más. La idea del *bobik* se le había ocurrido como un medio de evitar Tcherski. En el aeropuerto había demasiada seguridad, puesto que era la puerta de entrada a la región de Kolima. Por si tenía que huir precipitadamente, le había parecido mejor buscar otro aeropuerto, uno que fuera menos movido en ese sentido. Y lo encontró: el de Zirianka, situado a unas horas de allí siguiendo el río.

Zirianka era el centro de distribución de las barcas de verano que viajaban hacia el sur, un lugar tranquilo y soñoliento, con un aeropuerto también tranquilo. Ese tranquilo aeropuerto, tal como descubrió una vez que tuvo que llevar allí una carga, tenía servicio regular con Yakutsk.

Ese era su plan: un vehículo que lo alejase rápidamente de Tcherski. Sin embargo, ahora tampoco iba a poder utilizar Zirianka, porque, aunque quedaba lejos de Tcherski, seguía estando en el río Kolima, dentro de la región; y al cabo de poco, la orden de búsqueda que emitirían sobre él abarcaría la región entera. Necesitaba un aeropuerto más alejado todavía. Y su razonamiento seguía siendo acertado: podría llegar hasta él con un *bobik*.

Con uno que tuviera batería.

Obviamente, la cuestión de la batería iba a retrasarlo, pues habría que hacer un viaje adicional.

Pero al cabo de unas horas se dio cuenta de que eso no iba a ser lo único que lo retrasaría: iba a tener que volver a montar las piezas. Al examinarlas una por una, descubrió que las había ensamblado mal. El manual mostraba las piezas, y también cómo desmontarlas para repararlas y luego cómo volver a montarlas de nuevo, pero no indicaba cómo debían montarse por primera vez. Lo hojeó página tras página, cada apartado trataba de uno de los sistemas del *bobik*. En la parte de atrás había un croquis de dos páginas del *bobik* ya completo, pero no había nada que mostrase cómo llegaba uno a tener el *bobik* completo.

Forcejeando y maldiciendo, tiró del chasis a un lado y a otro para alcanzar una u otra parte con el aparejo de poleas. Metió y sacó la transmisión, y también el diferencial. Elevó dos veces el motor. Pero poco a poco, mediante ensayo y error, fue comprendiendo la lógica de aquel armatoste. Aquel juguetito tosco, en apariencia tan simple, era en realidad bastante complejo.

A las siete menos cuarto de la tarde, tras haber trabajado seis horas seguidas, se tomó otro descanso. Si el Kama había decidido volver después de pasar un par de horas en Provodnoie —cosa improbable pero posible—, habría salido de allí a las cuatro y por tanto llegaría a la cueva a las siete.

Colocó otra vez los paneles del suelo, extendió el saco de dormir y comió algo, de nuevo sin tocar el vodka. Acto seguido, apagó el generador y se metió en el saco.

Las siete. Ningún Kama. Estuvo una hora aguzando el oído y al final decidió dormir de todas formas.

Se despertó a las diez, tal como tenía previsto. Eso no era ninguna novedad, pero aun así le gustó conseguirlo, porque estaba realmente muy cansado. Salió del saco, puso en marcha el generador y encendió las luces. Y esta vez sí se bebió el vodka. Apuró la botella, que aún contenía una buena cantidad, y sintió cómo se le iba despertando el cuerpo. Maravilloso.

El *bobik* ya no parecía la calamidad de antes. Todavía estaba en el chasis y quedaba una montaña de trabajo por hacer, pero empezaba a parecer un *bobik* de verdad. Komarova llegaría al cabo de tres horas, así que decidió hacer que pareciera más de verdad todavía.

Examinó los paneles de los costados y vio cómo ensamblarlos: un par de horas de trabajo. Podría volver a desmontarlo todo en nada. Pero por el momento parecería un *bobik* auténtico y los dos se animarían mucho. Se bebió lo que le quedaba de café y se puso manos a la obra.

Una vez más, el muy cabrón de coche se obstinó en desafiar la lógica: ninguna sección encajaba tal como se esperaba. Había una barra del bastidor inferior que tenía que ir primero. El manual mostraba las piezas que iban unidas a dicha barra, pero ¿cómo se unían?

Maldijo, se lio a puntapiés con el *bobik* y luego se metió debajo. Al poco vio los orificios, practicados a intervalos regulares en los huecos de acero del bastidor, bien escondidos, sabiamente escondidos para protegerlos de la nieve y de la intemperie. En el equipo encontró los pernos correspondientes. Una vez montadas las barras del bastidor, empezó con uno de los costados.

Tras media hora de trabajo, quedó demostrado que no se podía empezar con un costado.

Antes había que montar la parte trasera.

Antes había que montar el bastidor de las puertas traseras.

Los problemas aparecían uno tras otro, volvieron a agotarlo, y a las doce de la noche aún no había terminado. De modo que decidió dar un acelerón. A la una de la

madrugada ya tenía la parte de atrás y los costados más o menos apoyados en su posición definitiva —aún no merecía la pena apretar ningún tornillo porque había que bajar de nuevo el coche—, pero como Komarova aún no había llegado, también colocó el capó. El parabrisas tenía que fijarse con masilla, de modo que no se molestó en ponerlo, ni tampoco ninguna de las ventanillas, ni los faros, ni siquiera las manijas y los tiradores. Pero ahora parecía un *bobik* de verdad.

Encendió un cigarrillo y se paseó alrededor del vehículo.

Le sentaría bien beber un trago de vodka. En fin, pronto lo haría. Ya era casi la una y media, Komarova se lo estaba tomando con calma. Se terminó de fumar el cigarrillo y decidió montar las manijas y los tiradores.

A las dos menos cuarto, Komarova seguía sin llegar, y Porter empezó a preocuparse. ¿Se habría pasado los desvíos? No, conocía el camino de Aniuisk; al cabo de unos kilómetros se percataría de que se había equivocado y daría media vuelta. ¿O habría llegado al afluyente y habría pasado de largo la cueva? Con el generador en marcha, no la habría oído. En fin, era una posibilidad. Sólo había hecho el camino una vez. Pero ¿hasta dónde se habría alejado? No podía haber recorrido más de veinte kilómetros, treinta como mucho. Media hora, tres cuartos. Y habría vuelto atrás.

Se fumó otro cigarrillo y probó de nuevo con las manijas. No podía concentrarse. A las dos y media salió de la cueva. Fuera estaba negro como boca de lobo y hacía un frío increíble. Estarían por lo menos a sesenta grados bajo cero. Dentro de la cueva se notaba el efecto de la estufa de queroseno, que llevaba encendida más de veinticuatro horas. Pero allí fuera había una alfombra de escarcha que iba engrosándose a cada minuto que pasaba y le subía por las botas. Miró a un lado y a otro buscando algún indicio, algún reflejo fugaz, de los faros de un coche. Pero nada.

¿La habrían parado, quizá, en el río principal? Quizá estaban parando a los vehículos que pasaban... Ella se habría inventado alguna excusa y habría dado media vuelta. O tal vez había tenido un accidente. O sufrido una avería y estaba atascada en alguna parte. Sin embargo tenía la radio. Salvo que no podía utilizarla. Porque ¿cómo iba a explicar que...?

Echó a andar por el camino que llevaba a Provodnoie. No sabía por qué lo hacía y sólo llegó hasta la siguiente curva. Nada. Todo negro. Tenía la cara congelada y las pestañas endurecidas por la escarcha. Volvió hacia atrás. De la cueva salía una leve luminosidad y se oía el zumbido del generador. Llegó hasta allí, pasó de largo y se acercó a la curva siguiente. No vio nada, ni la más mínima luz. Si Komarova estuviera yendo hacia allá, se vería el parpadeo de unos faros bajo la capa de nubes.

Pero no se veía nada.

Regresó a la cueva.

No sabía qué hacer. Eran las tres menos cuarto de la madrugada. Incluso aunque ella llegase en aquel momento, serían las seis antes de que pudiera regresar.

Komarova no iba a ir.

Necesitaba rellenar de combustible la estufa, y también el generador. Se ocupó de esas tareas mientras reflexionaba acerca de la situación. Si Komarova no podía ir esa noche, iría al día siguiente. No lo dejaría allí tirado. No tenía comida ni bebida, estaba atrapado en aquel lugar, inmovilizado, no podía marcharse. ¿Habría tenido un accidente? No podía haberse perdido, no durante tanto rato. Algo debía de haberla retrasado. Iba a tener que esperarla otro día y otra noche enteros.

Ya no merecía la pena hacer nada en el coche, porque primero había que instalar la carrocería. El camión de la mañana volvería de Provodnoie a las once, para lo que faltaban ocho horas. Lo mejor sería que durmiera un rato y después siguiera.

Extendió el saco dentro del *bobik*, apagó el generador y se puso a dormir. La estructura, aún sin fijar, se meció y crujió bajo su peso. Apenas había logrado acomodarse cuando de pronto oyó un motor. Permaneció unos instantes escuchando, luego se levantó, cogió una llave inglesa de buen tamaño y se dirigió muy despacio hacia la entrada de la cueva.

Era el motor de un *bobik*. Y venía de Cabo Verde. Levantó las lonas y atisbó entre las ramas del sauce. Vio un parpadeo de luz en el cielo y, de repente, unos faros cegadores aparecieron en la curva. El vehículo se acercó muy despacio. Porter no alcanzó a ver quién iba dentro ni cuántas personas eran. Cuando redujo aún más la velocidad, distinguió la forma de una cabeza que se estiraba intentando ver y entonces encendió la linterna.

—¡Dios! —Komarova se apeó, lo abrazó y lo besó—. ¡Perdóname, perdóname, cariño! No he podido salir antes. Han estado registrando la casa.

Él se la llevó al interior de la cueva, encendió las luces, sacó las cosas que Komarova le había llevado y de inmediato bebió un buen trago de vodka mientras ella le contaba la historia a toda velocidad.

La policía había entrado en acción por la tarde. Según sus cálculos, ahora debían de estar en Cabo Verde, registrando la Compañía de Transportes. Su casa era la última que habían registrado en Tcherski, y no habían empezado hasta las diez y media. Pensaban que Jodian había allanado alguna vivienda y que estaba escondido. Comprobaron todos los huecos y resquicios: el cobertizo, el sótano. Cuando se marcharon ya eran las doce de la noche, y todavía siguieron un rato husmeando por la zona, de modo que pasó otra media hora hasta que ella se atrevió a sacar el *bobik*.

Cogió todo lo que pudo: bidones de combustible, que llenó en la gasolinera de la terminal de ambulancias, fiambres, queso, pan, dos botellas de vodka, más café. En la pequeña tienda que había en la oficina de correos compró pilas para la linterna y una brújula para niños, era lo único que tenían; también un atlas escolar de Siberia, porque no había mapas de aquella zona reservada. Si a él no le importaba esperar un poco, quizá pudiese hacerse con uno en la sección de ambulancias, o en su propia oficina de la administración, que por la noche estaba cerrada con llave. Y una manta.

—Pero ¡si ya lo has terminado! —exclamó.

Estaba cansada y aturdida a causa del viaje, y hasta entonces no se había dado

cuenta de la transformación que había sufrido el vehículo.

—No, qué va.

Porter le explicó las complicaciones que había tenido y el problema de la batería.

Komarova se quedó mirándolo.

—¡Dios mío! Ni siquiera sabía que estaba allí. No la he visto... Y ellos tampoco... A lo mejor la gente guarda baterías de repuesto... Bueno, la traeré.

Porter se percató de que se estaba mareando y palideciendo, y la abrazó. Abrió la parte trasera del *bobik*, la sentó allí y le sirvió un poco de vodka en la taza del termo, pero ella sólo le dio un sorbo.

—Aún tengo que volver... No sé, a lo mejor esta vez puedo traerte un mapa como es debido... Pero espera... no, no puedo. —Negó con la cabeza, todavía aturdida—. Hoy no abren la oficina.

—¿Qué día es?

—Domingo.

—¿Domingo? —No sabía cómo, pero había perdido un día. Estaban aturdidos los dos—. De acuerdo, es mejor que te vayas ya. Así llegarás a Tcherski antes de que empiece la actividad. Pero no corras, estás muy cansada.

—Sí. Volveré mañana temprano... es decir, esta noche. —Se incorporó con esfuerzo—. Procuraré estar aquí antes de las doce. Y averiguaré lo que pueda.

Porter le hizo el favor de dar la vuelta al *bobik* sobre la superficie del río y esperó a que ella se sentara al volante. Cuando la besó, Komarova esbozó una sonrisa débil.

—Con tanto movimiento, ¿los discos están a salvo?

—Sí.

Ella le acarició la cara al tiempo que él volvía a besarla.

—Ve con cuidado, Tania-Pania.

—Sí.

Se quedó mirando las luces hasta que desaparecieron y volvió a entrar en la cueva. Otra vez solo.

Comió un poco y bebió otro trago de vodka, después apagó el generador y se metió de nuevo en el saco. Se durmió notando el cinturón de seguridad. En la vida uno debía estar siempre bien seguro de lo que hacía.

A las doce del mediodía del domingo, la policía tenía que hacer frente a un buen lío en Tcherski. El camionero nativo que fingía ser Jodian había llegado a la ciudad a las cuatro de la tarde del viernes, había ayudado a descargar una furgoneta en un edificio contiguo al cuartel de la policía y después se había esfumado.

De eso hacía casi cuarenta y ocho horas.

No sabían adónde podía haber ido. La policía había registrado todos los edificios en los que podía haberse escondido, incluso todos en los que seguramente no estaba. Habían registrado los calabozos, las escuelas, los antiguos baños de mujeres, sus propias casas, aparte de otras viviendas particulares.

No estaba en Tcherski.

Pero si no estaba en Tcherski, ¿cómo había salido de allí? No se había llevado su coche, ni el de ninguna otra persona. No faltaban vehículos. Aparte de Cabo Verde, que estaba a cuatro kilómetros de distancia, no había ningún sitio a donde ir.

Podría haber llegado hasta Cabo Verde andando, o si lo hubiera llevado alguien. Pero nadie había llevado a Jodian, que supieran, aunque también era cierto que podría haber viajado de polizón, escondido en la parte trasera de algún camión. Sin embargo, una vez que hubiera llegado allí, ¿qué? No estaba en ninguna vivienda particular, ni tampoco en ningún sótano ni en la habitación de la caldera de ningún bloque de pisos. No estaba en el supermercado ni en el almacén de este; ni en las oficinas de las autoridades del puerto.

Sólo quedaban los enormes almacenes y naves de la Compañía de Transportes, y el jefe de policía sospechaba que aquel era el lugar en el que probablemente estuviera escondido. De una manera u otra había logrado esconderse allí, donde disponía de abundante bebida empaquetada en cajas, y también tenía comida. Era un sitio que conocía bien y estaría descansando, pensando lo que iba a hacer a continuación. No podía escapar y, aunque lo hiciese, no tenía adónde ir. Pero podían perder mucho tiempo buscando hasta dar con él, y eso representaba un problema para el jefe, que no disponía de mucho tiempo. Los de Irkutsk lo estaban volviendo loco con las llamadas urgentes y los faxes.

Irkutsk estaba a tres mil cuatrocientos kilómetros de distancia y era una ciudad grande; allí no entendían cómo era posible perder a una persona en un pequeño asentamiento de diez mil habitantes aislado en medio de la taiga. Más concretamente, no entendían cómo era la gente de aquella parte del país. Gente rara, muchos de ellos, individuos que huían de algo, pero que no eran malas personas. Allí no se cometían delitos, no había robos ni estafas. Todos se conocían. Los calabozos eran para los borrachos, que por la noche se peleaban como fieras y a la mañana siguiente eran los mejores amigos.

El individuo que buscaban había sido amigo de todo el mundo. Nadie tenía una mala palabra para él, sólo se le podía reprochar que era un poco susceptible y se

molestaba cuando se metían con él por su origen chukchi. Y ahora se habían metido con él porque su documentación era sospechosa. Sabía que alguien había hablado de él. Allí había mucha gente con documentación sospechosa, que se lo dijeran al jefe de policía. Pero aquel chukchi en particular había reaccionado volviéndose taciturno y melancólico, y un nativo taciturno y melancólico se escondía y se refugiaba en el alcohol. Obvio. Estaba escondido en alguna parte, y saldría cuando a él le viniera bien. ¡A ver cómo explicaba eso a los de Irkutsk!

Había intentado hacerlo por teléfono y le habían pedido que expusiera los detalles de manera más concisa en un fax. Así lo hizo, explicó todo el asunto con claridad y autoridad. Porque le fastidió que en Irkutsk parecieran cuestionar su competencia.

El individuo al que buscaban, dijo, casi con toda seguridad se había escondido en un vehículo en las instalaciones de la Compañía de Transportes. Dichas instalaciones abarcaban un área muy extensa, donde se almacenaban cientos de miles de cajas, muchas de las cuales contenían alcohol y conservas. El individuo al que buscaban era un nativo que estaba deprimido. Dar con él era cuestión de tiempo. Pero de todas formas saldría él solo cuando llegara el momento. Era lo que ocurría siempre con los nativos. No tenía adónde ir y la situación estaba controlada.

El jefe firmó el informe y lo envió por fax, y diez minutos más tarde le llegó otro con una serie de preguntas.

Si la persona que buscaban se había escondido en un vehículo, decían desde Irkutsk, ¿por qué no podía haberse fugado con él de las instalaciones de la Compañía de Transportes? ¿Qué rutas tomaban los vehículos de dicha compañía? ¿Cuántos de ellos habían partido desde las cuatro de la tarde del viernes? ¿Qué forma había de comunicarse con aquellos vehículos?

El jefe de policía alzó la vista en un gesto de hastío y miró al teniente. Los dos habían leído el fax conforme iba saliendo de la máquina.

Ese era el lío al que la policía tenía que hacer frente el domingo a mediodía.

A la una de la tarde quedó claro que setenta y tres vehículos de la Compañía de Transportes habían abandonado las instalaciones dentro del período de tiempo en cuestión. La comunicación con los que estaban en viajes de larga distancia se establecía mediante los puestos de carretera. Estos estaban situados cada cien kilómetros, aproximadamente a intervalos de tres horas de circulación en el caso de los camiones grandes.

En tres horas se registró a todos los camiones que seguían en ruta y se interrogó a los ocupantes de los vehículos.

Los camiones de distancia corta planteaban un problema distinto. En los trayectos cortos no había puestos de carretera y además había muchas rutas. Las locales podían descartarse, pero había otras muchas que no lo eran: Ambarchik, Aniuisk, Provodnoie no eran destinos locales, y distintos camiones habían salido en todas esas direcciones.

Contactaron con los puestos de la policía de esos lugares y se iniciaron las investigaciones.

A las cinco de la tarde, todos los puestos de carretera habían mandado un informe negativo, y lo mismo ocurría con la mayor parte de las comisarías de policía, aunque todavía quedaban por comprobar unos pocos edificios a medio construir del extrarradio. Sin embargo, una hora más tarde eso también quedó descartado, para alivio del jefe de policía de Tcherski. No había nada, y así se lo notificó a Irkutsk.

Dado que les gustaban los faxes, les envió uno.

Añadió que los camioneros se habían quedado bastante sorprendidos. El hombre que buscaban no había sido visto en la cabina de ningún vehículo y en la parte trasera habría muerto congelado. Eso lo sabía cualquier conductor que trabajara aquella zona, y el que buscaban en particular, un hombre con experiencia, lo sabría también. Para realizar un trabajo como aquel, era necesario conocer las condiciones en que se iba a llevar a cabo. De modo que continuarían buscando en el almacén.

Su mensaje era escueto, de lo cual se sintió muy satisfecho.

Mandó el fax poco después de las seis, y esperó la respuesta.

Las respuestas desde Irkutsk eran muy rápidas, si no inmediatas. En cambio la siguiente tardó dos horas en llegar y, cuando por fin la recibieron, vieron que era todavía más escueta que el mensaje inicial: Irkutsk asumía el control de la operación con efecto inmediato. Pronto llegaría en avión un general del servicio de seguridad. Todos los vehículos de la Compañía de Transportes debían interrumpir su ruta. Y había que comunicar los detalles y la ubicación de todos los demás vehículos que estuvieran dentro de un radio de cincuenta kilómetros. Se requería acuse de recibo inmediato de esas órdenes.

El jefe de policía de Tcherski, conmocionado, envió acuse de recibo de las órdenes y a continuación procedió a hacer que se detuviesen todos los vehículos de la Compañía de Transportes.

Nunca antes había sucedido nada igual. Jamás habían interrumpido de ese modo la economía del noreste de Siberia. ¡Y menos un general del servicio de seguridad!

Era evidente que el jefe de policía había subestimado lo que le habían explicado del caso hasta el momento. Pero es que hasta el momento le habían explicado muy poco. Se sentía totalmente desconcertado.

—¿Y qué pasa con los demás vehículos que se encuentran en esta zona? No deben detenerse todos, ¿no? —le preguntó al teniente.

—No, no —contestó este, leyendo otra vez el fax—. De esos sólo nos piden detalles y ubicación. Sólo hay que hacer que se detengan los vehículos de la compañía.

Y menos mal, porque ya eran las nueve de la noche y Komarova acababa de ponerse en marcha con su *bobik*. A bordo del cual llevaba la batería.

Mientras en Tcherski aumentaba y se extendía la conmoción durante todo el domingo, el desaparecido pasaba una productiva jornada en la cueva.

Había dormido y trabajado, vuelto a dormir y vuelto a trabajar, comiendo algo entre una cosa y otra. Ya estaba bastante seguro de haberle cogido el tranquillo al asunto, de modo que avanzaba con seguridad.

A las once de la noche, después de comer y beber, le hizo una prueba al *bobik* sacudiendo la estructura y haciendo botar la suspensión. Todo aguantó bien. Todo lo que había que engrasar estaba engrasado, con aceite de diversos grados. El depósito de gasolina estaba lleno. Había dejado sin poner los asientos y los paneles del suelo, para poder examinar antes la carrocería. Esta estaba igual que en el manual.

Todo estaba igual que en el manual. El parabrisas y las escobillas estaban montados; las luces; las puertas y las ventanas; todo se abría y se cerraba correctamente. Decidió que ya había terminado.

Dio la vuelta al motor con el asa. Estaba muy agarrotado, todavía no circulaba aceite por él. Claro que nada podía circular sin electricidad. Pero la caja de cambios entró en su sitio. Los frenos funcionaban, por lo menos eso le pareció cuando levantó las ruedas con el gato y las hizo girar. Incluso después de poner la batería, aún tendría que pasar varias horas probando. Pero por el momento no podía hacer nada más.

Salió de la cueva, picó un poco de hielo y con él se preparó un cazo de café tibio en la estufa. Después instaló los paneles del suelo del *bobik*, apagó el generador y se metió en el saco de dormir. Y una vez más, casi en cuanto se hubo tumbado, oyó el rumor del *bobik* de Komarova acercándose.

Salió a esperarla a la entrada de la cueva; vio el parpadeo luminoso en el cielo, después los faros, y de nuevo la doctora, envuelta en pieles, se abrazó a él y le hundió la nariz en el cuello.

Esta vez estaba despierta, ni aturdida ni cansada, porque había dormido bien. Y además traía un montón de noticias. La policía estaba peinando todos los almacenes de Cabo Verde, convencidos de que se escondía allí. Pero desde Irkutsk les habían ordenado que buscaran más lejos. Estaban registrando todos los camiones que se detenían en los puestos de carretera e incluso interrogando a los camioneros que hacían trayectos cortos.

Ella había hablado con Bukarovski, el jefe de Tránsito de la compañía, y este le había dicho que, en su opinión, aquello era una tremenda gilipollez. Estaba de acuerdo con la policía: el *chukchi* se habría agenciado una o dos botellas de alcohol. El hombre incluso había pedido a veinte trabajadores del almacén que lo ayudasen en la búsqueda y le había gritado al *chukchi* que no hiciera el idiota, que nadie le iba a hacer daño. Si disparasen a todos los camioneros que tenían una documentación sospechosa... Él siempre había sabido que aquel *chukchi* debía de tener problemas en su tierra. ¿Por qué estaba allí si no, en vez de en Chukotka? Pero, desde luego, iba a

llevar tiempo dar con él, habiendo tantos almacenes que registrar.

Komarova le contó todo eso emocionada, pero la desconcertó ver la cara que ponía Porter otra vez, como un zorro que hubiera olfateado algo.

—¿No es una buena noticia? —le preguntó, sin entender.

—Sí, es una buena noticia —contestó él, y volvió a besarla.

No merecía la pena explicarle que no lo era. Fue a recoger la batería, la instaló y ajustó los bornes. Después verificó que todo estuviera en su sitio.

—Bueno, vamos allá —dijo suspirando, y, con el capó abierto, apretó el solenoide del contacto.

El motor respondió con una primera sacudida y un estertor. Porter probó de nuevo. Estaba muy agarrotado, pero arrancó. Al quinto intento cobró vida con un rugido. El estruendo se hizo inmenso en el interior de la cueva, y Porter enseguida se dio cuenta de que el motor estaba acelerado. Tendría que ajustarlo. Lo dejó encendido y probó las luces, los limpiaparabrisas. Todo funcionó bien.

—Voy a moverlo, aprovechando que estás aquí. Tal vez necesite que me remolques.

Cerró el capó, colocó uno de los asientos, se subió, dio marcha atrás muy despacio y frenó. Probó de nuevo toda la operación, adelante y atrás, pisando el freno con fuerza. A continuación sacó el *bobik* al río y recorrió un corto trecho, en primera y en segunda, y luego se detuvo. Probó los frenos yendo hacia delante y hacia atrás, hizo un giro un tanto torpe; todo estaba muy agarrotado y el motor iba muy revolucionado. Lo hizo dos veces, a izquierda y derecha, y al fin volvió a entrar en la cueva.

—Está bien —dijo.

—Cariño, ¡eres un hombre maravilloso!

Komarova lo abrazó cuando se apeaba del coche y lo envolvió en sus pieles.

—Tania. —Le hizo una carantoña, buscando la manera de contárselo sin que le entrase el pánico—. Tenemos que hablar. No debes quedarte mucho tiempo por aquí, y hay varias cosas que he de decirte.

—Te quiero.

—Por ejemplo. Pero escúchame. Te van a interrogar en serio, y no lo van a hacer los de aquí. Lo más probable es que ellos ya estén fuera de esto, aunque no lo sepan todavía. Pero si desde Irkutsk les han dicho que me busquen en otra parte y ellos siguen pensando que estoy aquí, es que los de Irkutsk no se lo han contado todo. Es probable que envíen a alguien en avión, gente de más arriba, profesionales. Debes estar preparada para eso. Dime, ¿Tchorni Vodi es el único lugar secreto que hay por aquí?

—Sí, que yo sepa.

—En ese caso, deben de saber que he venido por eso. Desconocen cómo he llegado hasta aquí, pero están enterados de que tenía preparado un sitio donde alojarme; ahora saben todo lo que les ha dicho Ponomarenko. Él desconoce por qué

he venido, y también el agente que lo delató, estoy seguro. Pero ellos lo saben. Saben que aquí hubo una explosión y que fue registrada por un satélite. Y unos meses más tarde llegué yo. ¿Entiendes?

—Sí, entiendo.

—¿Quién de aquí tiene permiso para ir a Tchorni Vodi?

—Yo, ya lo sabes.

—Cierto. Sólo tú. ¿Y quién te llevó?

—Ah.

—Exacto. Ahora recuerda: todo ha sido a instancias mías. Yo quise ser tu amigo, te pregunté si podía ser tu conductor para llevarte a donde fuera, a Panarovka, a los asentamientos. Me pegué a ti, me puse a tu disposición, me mostré muy dispuesto. Tú no me pediste nada. Eso es lo primero. En cuanto a Tchorni Vodi, ¿podrían averiguar algo desde aquí?

—¿Como qué?

—¿Tienen derecho a interrogar a los que trabajan allí? ¿Podrían interrogar a los evenkis?

—No llegarían muy lejos con ellos.

—Ya. —Porter reflexionó unos instantes—. Cuando te marchaste de aquí la primera vez, fuiste a un par de asentamientos europeos y te quedaste a pasar la noche. ¿Qué ocurrió con el conductor?

—Le dieron una habitación.

—¿Cenó con ellos? ¿Podieron verlo bien?

Komarova hizo memoria.

—No, no cenó en el comedor, se llevó una bandeja a su habitación. Hizo lo mismo las dos noches. Se mostró muy reservado. Y también por la mañana. Recuerdo que sólo comentaron lo elegante que era el gorro de piel que llevaba y que el pasamontañas era muy llamativo. Eso será lo único que recuerden. Era un nativo, y ellos no saben distinguir uno de otro. Estoy casi segura.

—De acuerdo. —Porter reflexionó entonces sobre ese punto—. Veamos, supondrán que me ha ayudado alguien, que, como mínimo, alguien ha tenido que ayudarme a salir de Tcherski. Debemos desviar su atención, vas a tener que mencionar un par de cosas.

Le explicó qué era y ella escuchó con gesto serio.

—¿Entendido?

—Sí, entendido.

—Has de estar muy alerta. Serán profesionales. En otra vida he tratado con gente así. Hacen preguntas que uno no se espera. Ojalá se me ocurriera algo más que pueda servirte. Cuando me haya ido te quedarás atrapada en esto y yo no podré ayudarte.

—Dios mío, cariño. Amor mío... —Komarova se había abierto el abrigo y había envuelto a Porter con él, estrechándolo con fuerza contra sí—. ¡Lo único que importa es que no te ocurra nada! Cuídate mucho, por favor. Te quiero, y volveremos a estar

juntos. Cuando todo esto haya pasado, cuando no quede rastro de la locura que hay en este país, estaremos juntos. ¿Por qué no? Las cosas están cambiando. Yo me mudaré en algún momento, y podremos estar juntos en otro sitio. ¡Te quiero! —Le acariciaba la cara, lo besaba—. ¡Te necesito en mi vida! Y tú me quieres a mí. Dime que sí. Dímelo.

—Te quiero —dijo Porter, y lo dijo en serio.

Komarova lo emocionaba, y ella se había enamorado profundamente de él. Pero ahora sólo quería que se marchara.

La oficial enseguida adoptó una actitud más práctica:

—Te he traído más provisiones y dos termos de café. Pero no he podido conseguir el mapa. ¿Podrás arreglártelas con eso?

—Sí, me las arreglaré.

—¿Sabes adónde irás?

—No —respondió Porter. Pero sí lo sabía—. Tengo que pensarlo, a donde pueda. Cuando consiga que este *bobik* funcione como es debido. Ya no queda nada, puedo hacerlo.

—¿Hay algo más que puedas necesitar?

—No lo sé, espero que no.

—Volveré para verte. Vendré mañana por la noche.

—No sé si es buena idea —dijo Porter.

—Tendré mucho cuidado. Si mañana no lo veo seguro, vendré lo antes que pueda. Pero vendré. Si te marchas, ¿me dejarás una señal?

Porter la besó apasionadamente a modo de despedida.

—Sí, te dejaré una señal —le dijo al oído.

Enderezó el coche sobre el río y la acompañó hasta el asiento del conductor. Ella se aferró a él con lágrimas en los ojos.

—Cariño, amor mío. Nos despedimos sólo de momento, ¿verdad?

—Sólo de momento —confirmó él.

—Te quiero, para siempre, para toda la eternidad. Ya lo sabes. Dímelo tú también.

—Te quiero para toda la eternidad, mi preciosa Tania-Pania.

Esperó hasta que las luces desaparecieron, luego entró en la cueva, bebió un trago de vodka y descubrió, sorprendido, que tenía los ojos húmedos.

Entonces encendió un cigarrillo y volvió a concentrarse en el manual. El motor. Los tiempos.

Mientras conducía por el río principal, Komarova vio un avión que pasaba por encima de ella con las luces asomando entre las nubes. Pero al tomar la curva desapareció a lo lejos.

Muchos kilómetros más adelante estaba teniendo lugar una actividad inusual en el río: coches que pululaban de un lado a otro, faros que surcaban el cielo.

Aunque ya eran casi las tres de la madrugada, había todo un comité de recepción esperando la llegada del general de seguridad, que no aterrizaba de muy buen humor. La última hora del largo vuelo la había pasado durmiendo y se había despertado irritable.

—¿Qué ocurre aquí? ¿Es que estos idiotas han hecho venir a la banda de música? —ladró, mirando por la ventanilla cuando el avión circulaba ya por la pista.

No era la banda de música, pero sí la plana mayor del ayuntamiento y de la policía. Todos se apearon de los coches y se pusieron en fila, mientras el avión iba frenando y los motores se apagaban. El general llegaba con un equipo de cuatro personas, que bajaron la escalerilla protegiéndose los ojos del potente brillo de los faros. El general era de espaldas anchas, y el jefe de policía no tuvo dificultad para identificarlo. Dio un paso al frente e hizo un breve saludo militar, al que el general respondió con una leve inclinación de cabeza.

—¿Es usted el jefe de policía?

—Sí, general.

—¿Tiene un apartamento preparado para mí?

—Naturalmente, general.

—Entonces acompañeme. ¿Cuál es mi coche?

Habían preparado un apartamento elegante para él, y otros dos más, no menos elegantes, para sus cuatro ayudantes, entre los cuales había un coronel. Quince minutos más tarde, estaban todos en el piso del general.

Este había llevado consigo un conjunto de mapas a gran escala, y durante el vuelo había rodeado con un círculo varias zonas que ahora estudió con mirada agria, mientras se tomaba un vaso de bismuto.

—Las rutas que nos envió usted no estaban claras. En los trayectos cortos, por lo visto, los camioneros pueden escoger. ¿Quién lo decide?

—Depende de la mercancía que lleven, general, y de lo que haya que descargar. Pueden ir por el río o por las pistas. Por ejemplo, para ir a Ambarchik...

—Olvídese de Ambarchik. Nuestro hombre no ha ido a Ambarchik, sino al sur o al este.

—General, no creo que haya ido a ninguna parte. Es un camionero con experiencia y sabe que no hay adónde ir. Es un nativo que ha bebido demasiado para huir de un problema. Conozco a esa gente. Cuando vea los almacenes, comprenderá lo que...

El general lo interrumpió haciendo un gesto con el vaso de bismuto.

—Usted conoce a ese nativo, ¿no es así?

—¡Lo conocen un centenar de personas! Tengo su testimonio.

—Es un agente extranjero —le dijo el general con expresión sombría—. La operación que debía llevar a cabo se interrumpió en junio. Y a Jodian le robaron la documentación en junio.

—General, aquí hay mucha gente con papeles robados. Necesitamos trabajadores capaces, así que no investigamos demasiado a fondo si están utilizando una documentación que...

—Sus papeles no son robados. He dicho que se los robaron a Jodian.

El jefe de policía parpadeó.

—¿Cómo dice?

—A Jodian le robaron la documentación en Batumi hace seis meses. Dio parte a la policía. Treinta y seis horas después apareció en el bolsillo de una maleta. Fin de la investigación. ¿Usted ha visto los papeles de ese nativo?

—Por supuesto, general. Cuando la Compañía de Transportes lo contrató, por supuesto que...

—¿Y estaba todo en orden? ¿Llevaban sello? ¿Un sello del color indicado, rojo, azul, verde?

—Desde luego. Era documentación de Magadán. Sabemos de sobra cómo es la documentación de Magadán.

—Pues la copiaron. Con una fotocopidora a color, de un día para otro, y supongo que también le pusieron la cinta y el membrete en relieve, y que usted no observó nada que se saliera de lo normal. Y devolvieron los originales. Es una operación extranjera. Jodian nos ha mostrado su documentación. Está en Magadán, trabajando. Ese chukchi suyo, el de los cien amigos, es un espía.

El jefe de policía escuchó todo eso horrorizado, incluida la historia de Ponomarenko.

—Tendré mucho que investigar aquí —dijo el general en tono intimidatorio—, pero, métaselo en la cabeza, los almacenes de Tcherski no. Ese hombre ha huido. ¿Han parado a todos los camiones?

—A todos, general.

—Demasiado tarde, supongo. De todas formas, ordenaré que interroguen de nuevo a los camioneros. Ese hombre debe de contar con un vehículo en alguna parte. ¿Tiene usted una lista completa de todos los que hay en esta zona?

—De todos, general. Con todos los detalles, en un radio de cincuenta kilómetros. Y también nos hemos puesto en contacto con los de las zonas circundantes, siguiendo sus últimas instrucciones.

—¿Y no falta nada?

—Nada.

—Bien. También habrá que verificar de nuevo todo eso, para confirmar. Dice

usted que él conoce muy bien estas rutas cortas; les he estado echando un vistazo, y en ellas hay muchos pequeños asentamientos. Este de aquí... Aniuisk. ¿Qué se hace ahí?

—Diversos trabajos. Le hemos dicho a la policía local que investigue.

—Hum. ¿Y más allá?

—Hacia el sur hay unas cuantas localidades pequeñas, todas examinadas. Y hacia el este no hay nada hasta Provodnoie. También lo hemos examinado, el sábado fue allí un camión a entregar una carga.

—Este río helado que hay en medio, el que sirve de carretera, ¿qué tiene cerca?

—Nada. Sólo alguna que otra cabaña de tramperos.

El general levantó la vista y lo miró. Luego se volvió hacia sus asistentes. El coronel estaba tendido en el sofá y los otros se habían acomodado en sillones; todos estaban ojerosos pero atentos, ahora que su jefe se había vuelto hacia ellos.

—¿Alguna que otra cabaña de tramperos? —repitió el general en voz baja.

—Son refugios muy pequeños —explicó el jefe de policía en tono apaciguador—. Puede que haya tres o cuatro, repartidos a lo largo de unos cien kilómetros. Quedan muy lejos de las vías de tránsito, están pensados para los tramperos. No ha podido llegar hasta ellos.

—¿Los tramperos tienen vehículos?

—No, general. Los tramperos no tienen vehículos.

—¿Qué tienen? ¿Perros, trineos?

—Sí, trineos tirados por perros. Pero ¿adónde podría llegar ese hombre con un trineo?

—¡Dios sabe hasta dónde podría llegar con uno! ¡No me lo quiero ni imaginar! Los tramperos se mueven por todas partes. A lo mejor han visto algo. Vaya allí, cubra esa área. Cubra el tramo que va desde... ¿dónde estaba...? Aniuisk. Desde Aniuisk hasta Provodnoie. Volodia, no me vendría mal tomar una copa —le dijo a su asistente más joven—. Y usted... siéntese. Hay más zonas como esta. ¿Tiene una libreta? Empiece a escribir.

Ya eran pasadas las cuatro de la madrugada cuando el jefe de policía se marchó, pero antes de que dieran las cinco, los vehículos robustos que formaban el contingente policial, con los faros montados en el techo, partieron a cumplir cada uno su misión. El primero de ellos se dirigió a Aniuisk y al pequeño afluente que llevaba hasta Provodnoie.

En la cueva, Porter había hecho lo que había podido. Tras trastear con un destornillador en el carburador y manipular un poco el distribuidor, el motor moderó sus revoluciones y adoptó un zumbido más normal.

Aun así, seguía sin gustarle cómo sonaba. Hacía demasiado ruido. Sabía que iba a tener que salir fuera para hacer una prueba en condiciones, pero lo ponía nervioso

mover el *bobik*. Podría dejarlo tirado al cabo de medio kilómetro.

Trabajó con el motor, subiendo y bajando las revoluciones. Después de todo, era un motor nuevo... Tal vez tuviera que asentarse.

Lo dejó cinco minutos con el motor encendido y lo sacó fuera.

Circuló con las luces de posición para que sus ojos se adaptasen a la oscuridad. Fue en dirección Provodnoie, recorrió un kilómetro, probó todas las marchas y también los frenos. Cuando pisaba el freno con fuerza, el *bobik* patinaba. Y la suspensión estaba demasiado dura, le daría problemas al rodar por un terreno más desigual. Recorrió un largo trecho marcha atrás, paró, giró, volvió y pasó la cueva de largo. En un terraplén que había más adelante probó los faros. También se desviaban un poco. Decidió olvidarse de las luces; funcionaban, tanto las cortas como las largas, y eso ya era bastante.

Regresó a la cueva. Eran las dos y media de la madrugada y necesitaba descansar un poco. Pero antes tenía que arreglar lo de los frenos y la suspensión. Ya se los conocía de cabo a rabo, pero aun así le llevó tiempo. Y de nuevo tuvo que probarlos fuera. Por fin quedaron en su posición definitiva, tan definitiva como era posible, y Porter se metió en el saco de dormir. Las cuatro de la madrugada.

Pero no pudo dormir, y a las cinco se rindió y se puso a trabajar en los últimos ajustes.

Se subió al techo del *bobik* y desmontó el aparejo de poleas. Colocó el otro asiento. Metió en la parte trasera todo lo que se había llevado consigo: los cartones y embalajes sueltos, el arnés del motor, la estufa y lo demás. Quedaban sólo las lonas y las luces. Desmanteló el circuito —el cable, los enchufes, las bombillas— hasta que se quedó a oscuras y continuó entonces con la linterna. Lo último que subió al *bobik* fue el generador.

Sacó el *bobik* fuera, orientó los faros hacia la boca de la cueva y entró para una última inspección. A la intensa luz de los faros vio que en la pared y en el techo se notaban los agujeros que habían dejado por los enchufes, pero no tardarían en quedar cubiertos por la escarcha.

Las seis de la mañana en su reloj.

Se marchó sin mirar atrás.

A las seis y media, los policías de Tcherski estaban recorriendo, entre maldiciones, el tortuoso afluente que iba de Aniuisk a Provodnoie. Incluso con los grandes faros y las luces que llevaban en el techo, no veían las curvas que describía el río hasta que estaban encima de ellas. El copiloto iba contándolas.

—¡Apaga las luces! —gritó de repente.

El conductor lo hizo y se detuvo.

—¡Qué demonios...! —exclamó, alarmado.

—¡Hay un coche!

—¿Dónde?

—He visto un resplandor. Para el motor.

El conductor paró el vehículo y ambos escrutaron la oscuridad. El copiloto bajó la ventanilla. Silencio sepulcral.

—Tú ves cosas raras —le dijo el conductor al cabo de un instante.

—Había un resplandor.

—Era el nuestro. ¿Dónde está ahora?

—Ha desaparecido.

—¡Por eso!

El conductor volvió a encenderlo todo y, maldiciendo como antes, arrancó de nuevo.

Pero sí era cierto que había otro resplandor. Porter había apagado las luces y ahora estaba observando las de los policías. Volvían a moverse e incluso percibió el zumbido del motor. Estaban a apenas a medio kilómetro de distancia. Los había esquivado por los pelos.

Buscó un cigarrillo a oscuras y lo encendió.

¡Unos minutos más y se los habría encontrado de frente! Porter avanzaba despacio, buscando el pequeño cauce helado, y gracias a Dios lo había encontrado... ¡hacía sólo unos minutos!

Había descubierto la existencia de aquel riachuelo entre la cueva y Aniuisk hacía unas pocas semanas, lo había visto en el mapa de pared que había en la oficina de Expediciones. Allí estaba marcado como impracticable para los camiones. Por lo que pudo ver, partía del noroeste, pero en un momento dado cambiaba de dirección y torcía hacia el este dibujando un meandro. Siguió dicho meandro en el mapa; se extendía a lo largo de muchos kilómetros e iba cruzando montañas y lomas hasta llegar a una carretera. No vio cómo enlazaba con esta, pero era la de Bilibino. Y encima de la palabra «Bilibino» figuraba el símbolo de un aeropuerto, uno importante.

Se grabó aquello en el cerebro como una alternativa posible aunque remota. Pero ahora, después de lo que había ocurrido, no le quedaba ninguna más. Ni siquiera sabía si tenía aquella.

En el atlas escolar, la larga cordillera de montañas aparecía en color morado, con el título genérico de «montes de Kolima». Iba a ser un viaje tremendo, no sabía si un *bobik* sería capaz de soportarlo. Y el suyo era casi de juguete, aún no había sido testado y lo había ensamblado dentro de una cueva.

¿Y si no era capaz?

Dejó pasar a los policías y arrancó el motor.

SIETE

LOS MONTES DE KOLIMA

A las diez de la mañana, cuando según el cuentakilómetros sólo llevaba recorridos cuarenta y dos kilómetros, ya había descubierto por qué aquel río era impracticable para los camiones. En ningún punto tenía una anchura superior a los dos metros, y además estaba sembrado de piedras grandes. Piedras heladas y cubiertas por un manto de nieve, sobre las que él había pasado o esquivado con gran precaución. Pero había algunas que no se veían, y contra estas chocó de lleno, como si se diera contra una pared. Todavía conducía en primera, atento al tramo iluminado por los faros.

Calculaba que habría recorrido la mitad del camino. En el mapa de la pared no parecía que hubiera más de ochenta kilómetros. Con la calefacción al máximo evitaba que las ventanillas se empañasen, pero más allá de los faros no se veía nada.

Al poco, sin estar del todo seguro de que aquel fuera el camino que debía seguir, hizo un alto, se apeó y subió por el leve terraplén de la orilla. Distinguió las formas de las montañas entre el viento helado, más arriba aún. No le dijeron nada, de modo que volvió al *bobik* y siguió conduciendo.

Un poco después de la una de la tarde vio al frente una silueta negra, apagó las luces y salió a inspeccionarla.

Era un puente que cruzaba el río.

Se asomó a la orilla y se percató de que por él pasaba la carretera de Bilibino.

No podía ser otra cosa: seis metros de ancho, nivelada, asfaltada. Era la carretera de Bilibino. Pero ¿adónde llevaba? Hacia la izquierda debía de conducir a Tcherski, y hacia la derecha a Bilibino, aunque ¿qué distancia habría a uno y otro destino? No recordaba la posición del puente en el mapa. Durante el viaje con el convoy debió de pasar por decenas como aquel.

En la carretera nada se movía.

Regresó al *bobik* y lo condujo hasta la carretera. La cinta de asfalto parecía rectilínea y no se veía el resplandor de los faros de ningún vehículo. Por primera vez pudo utilizar todas las marchas del vehículo, la segunda, la tercera, hasta la última, y por primera vez también el coche empezó a rugir. Lo puso a setenta kilómetros por hora, después a ochenta, y luego a ochenta y cinco. Vigiló la aguja y se acordó de cuando levantó aquel chasis desnudo del suelo, y de cuando había ido ensamblando todas las piezas. «Menudo cabrón estás hecho», le dijo.

Sabía que los camiones grandes no se detendrían, sólo le lanzarían una ráfaga con las luces. No obstante, no sólo iba a encontrarse con camiones. En el viaje anterior se cruzaron con alguna que otra grúa, y de vez en cuando con algún *bobik* cargado con suministros. Los vio detenidos y a sus conductores conversando. De modo que, si se

tropezaba con alguno más adelante, tendría que hacer un alto o seguir sin detenerse y levantar sospechas.

En algún lugar tendría que descansar. En la carretera había áreas para ello, pero no podía parar porque también podrían detenerse allí otros vehículos. Y tampoco podía en los puestos de carretera. Iba a tener que salirse de esta, pero en medio de las montañas no había hacia dónde salirse. Tendría que descansar, por tanto, antes de llegar a las montañas; si es que averiguaba dónde estaban y si antes lograba fijar su propia ubicación.

Tal vez el siguiente puesto de carretera le diera alguna pista, pero al no contar con un mapa, incluso esa pista sería dudosa. El atlas escolar no servía de nada, porque no aportaba detalles de aquella zona reservada, sólo señalaba los ríos principales, las poblaciones y la línea roja de la carretera, nada más.

Al poco divisó a lo lejos las luces de un puesto de carretera y apagó los faros. Cuando estuvo más cerca, apagó también las luces de posición y se aproximó muy despacio.

Había unos cuantos camiones grandes, *bobiks* y una grúa con oruga. Todos aparcados.

Apagó el motor y bajó la ventanilla. De la cabaña de troncos salía una música amortiguada. Se fijó en la estructura. Todos los puestos eran muy parecidos. En los primeros, las construcciones eran siempre de madera, y sólo en unos pocos, carretera adelante, eran de hormigón. Aquel puesto era uno de los primeros. ¿Podía ser el primero de todos?

Desesperanzado, se dio cuenta de que, en efecto, podía serlo, de que probablemente lo era. De repente recordó que el camino en zigzag no empezaba hasta después del primer puesto de carretera. Y aún no había llegado al zigzag. De modo que sí, aquel era el primer puesto, y le quedaban aún seiscientos kilómetros por delante...

Se puso de nuevo en marcha y empezó a hacer cálculos. El cuentakilómetros indicaba ciento ochenta, es decir, que el río era más del doble de largo de lo que pensaba. Había consumido ya una gran cantidad de combustible; sin duda, el terreno era difícil, pero de todas formas aquel motor tan grande gastaba mucha gasolina. Incluso en el mejor de los casos, con un litro recorría sólo siete kilómetros y con cuatro menos de treinta. Eso iba a ser un problema, pues con lo que tenía no podría llegar a Bilibino.

La ruta empezaba a resultarle conocida, y se acordó de que en aquel tramo había conducido él, pues le había cambiado el sitio a su compañero en el primer puesto de carretera. Bajo la supervisión de Vania, había colocado el enorme camión en línea con el convoy. No tardaría en llegar la empinada cuesta que subía a los pasos de montaña, y después la montaña rusa.

En efecto, pronto llegó al primer paso. Las cumbres que se elevaban a ambos lados de la carretera habían dejado de ser visibles en medio de la oscuridad invernal.

La helada cinta de asfalto resplandecía despejada a lo largo de muchos kilómetros, completamente desierta. Dejó atrás el paso de montaña y llegó a un tramo recto; allí detuvo el *bobik* y se apeó, con la linterna en la mano.

Un viento brutal estuvo a punto de arrancarle la cabeza de los hombros. Encorvado para defenderse de él, se aproximó al borde de la carretera, que estaba protegido por sólidos postes y barandillas. El haz de luz de la linterna sólo reveló el hielo adherido a los bordes, y, más abajo, negrura total. Allí había una altura de más de ochocientos metros, y al fondo un barranco. La primera tarea.

Regresó al *bobik* y cogió todo lo que era para tirar: el arnés del motor, el aparejo de poleas, los cartones y las latas, todas las cosas que pudieran revelar algo acerca de su origen, y en tres viajes lo lanzó por el precipicio, junto con la chaqueta a cuadros de Ponomarenko, el gorro de visón, el colorido pasamontañas y la estufa.

Tenía mucha hambre, así que comió y bebió café de un termo, vigilando ambos lados de la carretera, y luego reanudó el viaje.

A continuación vendría la montaña rusa, y más adelante el puesto de carretera número dos, donde llevaría a cabo la segunda tarea. Después del tercero, tendría que buscar un sitio donde descansar antes de entrar en el laberinto de montañas. El pequeño *bobik* iba cogiéndole el tranquilo a la ruta. El rodaje por el río le había venido bien y ahora el motor emitía un ronroneo cada vez más estable y respondía con entusiasmo cuando él pisaba el acelerador. Además, estaba consiguiendo un tiempo excelente: como no había convoyes pesados, la carretera estaba despejada.

Llegó la montaña rusa: subir y bajar, subir y bajar por una cinta de hielo, sí, pero totalmente recta. Y poco después apareció el puesto de carretera número dos. Apagó las luces, se aproximó con cuidado y se quedó unos minutos observando.

Había ventanas iluminadas, se oía una música amortiguada y en el aparcamiento vio unos cuantos camiones y *bobiks*. Entró despacio y apagó el motor.

Sacó dos bidones vacíos de la parte de atrás, un tubo de plástico y una llave inglesa. Los camiones funcionaban con gasóleo, de modo que no le servían. Pero, mientras vigilaba en todo momento la puerta de la cabaña, intentó abrir el tapón de gasolina del primer *bobik*. Estaba congelado. Se ayudó con la llave inglesa, insertó el tubo, succionó, consiguió que saliera un chorro y llenó los bidones. No tardó nada y enseguida se largó de nuevo.

Pero dos bidones no iban a ser suficientes.

Veinte litros darían para ciento veinte o ciento cuarenta kilómetros. Necesitaba más. Lo que le quedaba en el depósito le serviría para llegar hasta pasado el tercer puesto de carretera. Repostaría con los bidones cuando encontrase un sitio donde descansar.

Ahora las nubes se habían dispersado y se veían las estrellas. Allí el clima era distinto. Había avanzado bastante trecho. Encendió un cigarrillo para no dormirse y, al hacerlo, vio un vehículo que se acercaba a lo lejos.

Se movía deprisa, no podía ser un camión; los faros subían y bajaban con rapidez

por la montaña rusa. Cuando estuvo más cerca vio que era un *bobik* y que iba aminorando la velocidad hasta que terminó deteniéndose. Ambos quitaron las largas, Porter hizo un movimiento rápido con las luces y continuó sin pararse; por el espejo retrovisor vio que el otro coche había arrancado de nuevo. Los dos se habían saludado al pasar levantando la mano. Todo perfecto. El otro *bobik* no pertenecía a Tcherski, la matrícula era de otro sitio.

De repente cayó en la cuenta de que él no llevaba matrícula.

No podía entrar en Bilibino sin matrícula.

Reflexionó sobre ese punto y encontró una solución antes de ver las luces del siguiente puesto de carretera, el tercero, en una hondonada de la montaña rusa.

Paró en la cima, apagó las luces y sacó de la parte de atrás lo que iba a necesitar. Acto seguido, bajó despacio y entró en el puesto.

Lo primero era la gasolina, y la cogió de un *bobik* que estaba aparcado junto a un banco de nieve, casi empotrado en él, demasiado empotrado para llevar a cabo la siguiente tarea. Había llegado a la conclusión de que sólo necesitaba una matrícula, y de que la trasera era la que menos echarían en falta.

Localizó a su objetivo y se puso manos a la obra. Los tornillos estaban tan congelados que no se molestó en intentar aflojarlos. Envolvió la llave inglesa en un trapo para que no hiciera tanto ruido y empezó a darles golpes. Al cabo de unos minutos, había soltado la placa y se la había llevado a su propio *bobik*.

Cuando se despidió del puesto de carretera número tres eran las cinco de la tarde.

Estaba yendo bastante rápido, pero también estaba bastante cansando. Llevaba once horas conduciendo desde que había salido de la cueva. Y las montañas no debían de quedar muy lejos. Pronto tendría que buscar un sitio donde parar.

Condujo despacio, en busca del lugar adecuado. Si se le hacía demasiado tarde, podía dar marcha atrás hasta a un sitio que tenía localizado, pero no le hizo falta. Lo vio desde lo alto de un cerro, a la luz de las estrellas: al pie de la ladera, un hueco oscuro en medio del manto blanco. Bajó hasta allí y echó una ojeada.

Apenas se veía cuando uno iba conduciendo. Era un pequeño paso bajo la carretera, con un puente que cruzaba por encima, uno de tantos. Por el paso discurría un arroyuelo helado, un par de metros por debajo de la carretera, el mismo tipo de arroyuelo que él había tomado horas antes. Como el puente tenía la anchura de la carretera, el *bobik* cabría sin problemas debajo de él.

La ladera descendía con suavidad y por ella bajó el coche hasta llegar al arroyo y meterse debajo del puente.

Durmió dos horas, con la calefacción apagada para ahorrar gasolina. Cuando asomó del saco de dormir, el *bobik* estaba helado, de modo que encendió el motor y la calefacción. Eran las ocho en punto.

Desenvolvió el pan y el fiambre. Las lonchas de salami estaban separadas cuando

las compró, pero ahora se habían pegado unas con otras. Comió y bebió café del termo, y a la luz de la linterna le echó un vistazo a la matrícula.

Todavía llevaba un tornillo, pero estaba doblado. Porter tenía de repuesto en la caja de herramientas. Aquel ingenioso vehículo estaba montado en su totalidad con una sola clase de tornillos. Serró el de la matrícula, la cogió y la fijó en la parte delantera. A continuación llenó el depósito y después atendió la llamada de la naturaleza.

No se había aseado gran cosa desde el viernes, cuando salió de casa, y ya era lunes por la noche. Rompió un pedazo de hielo e hizo lo que pudo para lavarse la cara y las manos, y también los dientes. Luego subió al *bobik* y echó un vistazo a la carretera. Todo despejado.

A las diez, a pesar del constante zigzaguo de las montañas, ya había llegado al puesto de carretera número cuatro. Tenía decidido llenar allí cuatro bidones, suficientes para conducir hasta Bilibino y que le sobrara un poco, por si acaso tenía que desviarse algo más. Cuando estuvo en la ciudad la vez anterior no vio el aeropuerto, aunque en aquella zona tan montañosa podía ser que estuviera muy a las afueras.

Condujo sin luces y se apeó con el primer par de bidones. Los llenó rápidamente y regresó con el segundo par. En el aparcamiento sólo había otro *bobik* aparte del suyo, demasiado cerca de la cabaña, pero oculto a la vista por un camión. Había llenado el tercer bidón y empezado con el cuarto cuando de pronto se interrumpió. La puerta de la cabaña acababa de abrirse.

Salieron dos hombres, riendo a carcajadas y dirigiéndose hacia el *bobik*.

No le dio tiempo de volver a poner el tapón en el depósito. Se escondió detrás del camión y oyó cómo intercambiaban obscenidades con otros que todavía estaban en la puerta de la cabaña. A continuación se subieron al *bobik* y se marcharon, dejando atrás el grupo de camiones. La luz que salía por la puerta de la cabaña se reflejó en el techo de los camiones hasta que se cerró. Porter se quedó allí unos momentos, sin moverse.

Primero sujetó bien los bidones dentro del *bobik* y después volvió para echar un vistazo a los camiones. Estos ya no reflejaban ninguna luz, pero los examinó uno por uno; no le cupo ninguna duda: estaban cubiertos por una gruesa capa de hielo, lo cual indicaba que los motores llevaban horas apagados, probablemente el día entero.

No había visto circular ningún camión en todo el día.

Volvió a subir al *bobik* y salió disparado.

Tenía que dejar atrás las montañas. Allí no había dónde escabullirse. Si no recordaba mal, el siguiente puesto de carretera seguía estando dentro de aquel laberinto. Era el quinto. Sólo quedaba otro más y después Bilibino. Ya había recorrido casi dos tercios de la distancia hasta allí. Era evidente que habían dado la

orden de que todos los convoyes se detuvieran y se dirigieran a esa ciudad.

Ese descubrimiento lo dejó atónito.

Aquello no podía ser obra de la policía de Tcherski, estaba muy lejos de su zona, de su autoridad. Aquello sólo podía haberlo hecho una autoridad suprarregional. La orden la habría dado Irkutsk. Por tanto, sus investigadores ya debían de estar en Tcherski. Y habrían deducido que él se dirigía a Bilibino. ¿Por qué si no habían detenido todo el tráfico que iba y venía de dicha ciudad? Más bien el que venía; por si él ya había llegado allí y alguien tenía información. Pero la única razón para ir a Bilibino era el aeropuerto. De modo que también habrían llegado a esa conclusión.

No podía ir al aeropuerto de Bilibino.

Por primera vez desde su llegada, por primera vez desde que salió de Japón, no sabía qué hacer.

No podía volver atrás. Tampoco podía detenerse. Pero no tenía sentido continuar.

Llegó al puesto de carretera número cinco, aún dentro del laberinto de montañas, y lo dejó atrás con las luces apagadas, porque no sabía qué otra cosa hacer.

Cuando las encendió de nuevo, tras doblar una curva cerrada, de pronto se le ocurrió una idea. Podían deducir esto y lo otro, sin embargo, había algo que no podían imaginar.

¿Cómo iban a imaginar que tenía un *bobik*? Ese coche no existía. Lo había construido con piezas que no existían, era un fantasma. Y, además, ahora iba mejor que nunca, se crecía ante las dificultades. Por eso, y porque no sabía qué otra cosa hacer, continuó con él.

A primera hora de la tarde, el general ya se había sacudido el letargo invernal de Tcherski. Era un hombre corpulento, vigoroso, y detestaba aquel estado de semisomnolencia. Hasta cierto punto lo entendía. En la región de donde venía él, se hacía de día a las ocho de la mañana y de noche a las cuatro de la tarde; en cambio allí era de noche todo el tiempo. Las pocas farolas que había en la calle estaban siempre encendidas. La gente iba de un lado a otro como medio dormida, todo lo que hacía era necesario verificarlo de nuevo. Todo lo que hacía la policía también era necesario verificarlo de nuevo.

Impartió las primeras órdenes desde el despacho del jefe, donde se había aposentado. Habían despegado helicópteros, se estaba interrogando a los camioneros, se habían efectuado decenas de llamadas telefónicas. Ahora, teniendo ya controlada la cuestión del transporte, podía concentrarse en otros asuntos.

El principal era qué había estado haciendo allí aquel individuo y dónde lo había estado haciendo. Pronto descubrió que no había estado donde decía. Su vecina, su novia, sus compañeros de trabajo, todos dijeron que había pasado gran parte del tiempo en una granja colectiva de por allí cerca. Pero en dicha granja no lo conocían de nada. Por allí no había ido. Sin embargo, en algún sitio tenía que haber estado.

Le habían preparado un lugar al que pudiera decir que iba, y era probable que esa tapadera se la hubieran preparado otros. O tal vez él mismo, porque no había duda de que en poco tiempo había hecho muchos contactos. Fuera como fuese, alguien lo estaba encubriendo. Eso era obvio.

Había llegado a Tcherski a las cuatro de la tarde del viernes y había desaparecido de inmediato. Era un profesional; sabía que debía marcharse deprisa, antes de que los habitantes de aquel pueblo se percatasen de que ya no estaba. No había perdido el tiempo escondiéndose, se había ido sin más, fuera de aquella zona, rápidamente. Eso implicaba un viaje por aire. Y un viaje por aire implicaba un aeropuerto.

¿Cómo, saliendo a las cuatro de la tarde de aquel pueblucho, se las había arreglado para llegar hasta un aeropuerto que no fuera de Tcherski, porque allí lo estaba buscando la policía? En un vehículo. Al principio pensó en uno de la Compañía de Transportes, pero ahora se le ocurrió otra idea. Aquel artista seguramente ya tenía preparado un vehículo propio.

Pero ¿dónde? Dado que el truco de desaparecer de repente lo había llevado a cabo en Tcherski, la respuesta parecía ser... Tcherski. Pero allí no faltaba ningún vehículo, o por lo menos no se había denunciado la desaparición de ninguno, dos cosas muy diferentes. Si el vehículo no estaba en Tcherski, alguien lo había llevado hasta él.

Fuera como fuese, alguien lo estaba ayudando.

Eso, por una parte. Por otra, debían averiguar qué estaba haciendo allí. Esa pregunta era mucho más fácil de contestar que la primera: su intención era entrar en Tchorni Vodi. Y justo en el momento de su llegada, el general se había enterado de un

dato curioso: por lo visto, lo había conseguido.

El general mismo había intentado penetrar en Tchorni Vodi, y había descubierto que para ello se necesitaba un permiso especial. De inmediato ordenó a Irkutsk que resolviera aquella situación ridícula y estaba esperando a que hicieran algo al respecto cuando decidió no esperar también por otras cosas. Toda la gente a la que había interrogado había acudido a su despacho, pero a ella decidió ir a verla en persona.

La oficial médica no se levantó cuando lo vio entrar. El general se quitó el gorro y el abrigo y la miró de arriba abajo.

—Me temo, doctora, que ese individuo la ha engañado.

—Eso parece. —Estaba enroscando el tapón de su pluma y esbozaba una sonrisa glacial—. No me ocurre con frecuencia, se lo aseguro.

—Ya. Me han comentado que no es usted fácil de embaucar.

La sonrisa del general se volvió considerablemente más cálida cuando acomodó su corpachón en una silla. La oficial daba la impresión de ser una persona eficiente, la primera que él conocía en aquel lugar.

—Espero que pueda aclararme unas cuantas cosas.

Komarova disimulaba su fuerte nerviosismo con un aire de impaciencia, lanzando miradas a su reloj y a la montaña de papeles que tenía en la mesa. Sabía hacia dónde era necesario desviar la conversación y cuáles eran los dos puntos que debía dejar caer. Pero aquel tipo tan corpulento no parecía fácil de despistar y, tal como le había advertido Johnny, conocía bien su oficio.

Se quedó sorprendida al ver lo mucho que sabía el general: los viajes a Panarovka, a los rebaños de los evenkis, a Tchorni Vodi... Y la interrogaba a un nivel de detalle como no lo habían hecho los policías. Pero ¡si hasta habían hablado con Viktoria Eremevina!

El general hizo una pausa para consultar sus notas.

—Ese hombre tiene a alguien aquí, doctora. Alguien que lo está ayudando. El viaje que hizo a los rebaños, por ejemplo, ¿cómo pudo ir él solo?

—Me temo que en eso lo ayudé yo. En aquel momento yo no podía conducir, me había torcido un tobillo. Por supuesto, cualquiera podría haberme llevado hasta el helicóptero, pero él mostró interés en conocer a los evenkis.

El general la miró.

—¿Cómo lo hizo?

A Komarova le dio un vuelco el corazón.

—Por teléfono. Me llamó aquí.

—No me diga... Eso no lo tengo anotado.

—Lamento decirle, general —replicó ella en tono cortante—, que aquí no llevamos un registro de todas las llamadas telefónicas que se hacen. Como las chicas

estaban ocupadas, contesté yo misma. Le expliqué lo de mi tobillo y me contestó que, si quería, podía acompañarme hasta los rebaños.

El general continuó mirándola fijamente.

—¿Desde dónde la llamó? —preguntó.

—¿Desde dónde? No lo sé.

—¿Fue desde una cabina pública?

—No tengo ni idea. ¿Acaso eso importa?

—Importa saber dónde estaba. —El general consultó de nuevo sus notas—. Dijo a diversas personas que iba a una granja colectiva, pero sabemos que no era cierto... Aquí dice que regresó de Panarovka con usted un domingo y que fue a los rebaños el viernes siguiente. Cinco días entre medias. Lo que me interesa averiguar es desde dónde llamó durante esos cinco días.

—Pues me temo que no voy a poder ayudarlo.

El general caviló unos instantes.

—No podía andar muy lejos. En su casa no estaba, pero estaba en alguna parte... Probemos desde otro ángulo. De camino a Panarovka, usted lo recogió en su apartamento. Pero, al parecer, a la vuelta no lo dejó allí. ¿Es correcto?

—Sí, totalmente correcto.

—¿Tenía él algún otro modo de regresar?

Se aproximaba el primero de los puntos cruciales y ella sintió que se le aceleraba el pulso.

—No. Vino conmigo durante una parte del camino, luego lo dejé.

—¿Por qué?

—Porque me lo pidió él.

—¿Dónde fue eso?

—A las afueras de Cabo Verde.

—¿Dijo por qué quería bajarse allí?

—No. Supuse que querría ir a ver a algún amigo.

—¿Era una zona de viviendas?

—Bueno, no es la más salubre, hay unas cuantas naves industriales y está el vertedero municipal, pero sí, allí vive gente.

—¿A qué distancia está esa zona de aquí, del centro médico?

—Yo diría que... a un kilómetro, puede que a uno y medio.

El general tomó nota del dato y frunció el ceño.

—Un kilómetro o kilómetro y medio... Muy bien, así que lo dejó allí el domingo, y cinco días después él la recogió a usted y la acompañó hasta los rebaños... donde pernoctó, según tengo entendido.

—Sí, por culpa del tiempo. Debe de tenerlo ahí anotado —replicó Komarova, impaciente.

—¿Sabía él que aquellos nativos trabajaban en Tcherni Vodi?

—Sí, seguramente lo sabía.

—¿Qué pudieron contarle al respecto?

—Nada. Ellos no saben nada.

—¿Ni acerca de los aspectos relativos a la seguridad, a las guardias?

—Bueno, eso sí. Si es que eso es de alguna utilidad.

El general reflexionó un momento.

—Tengo entendido que usted hizo dos viajes a Tchorni Vodi.

Komarova asintió.

—Durante el primero me llamaron de emergencia y sólo me quedé para descargar los suministros médicos, unos veinte minutos. El segundo se desarrolló con normalidad, pasé consulta.

—¿Cuánto tiempo duró esa segunda visita?

—Supongo que una hora y media.

—¿Qué hizo él en esas ocasiones?

—Permaneció bajo vigilancia. Estoy casi segura de que no le permitieron ni siquiera bajarse del vehículo. Allí arriba son muy estrictos con la seguridad.

—Ya... Bueno —dijo el general, despacio—, no debió de poder recopilar mucha información que digamos. Pero el hecho de haber logrado entrar allí supone una violación muy grave. Y también desconcertante... En esos viajes estaba de baja, no podía trabajar, pero la última vez se encontraba en activo de nuevo. ¿Cómo es que le hizo de conductor? ¿Alguien solicitó que fuera él y no otra persona?

—No. Pedimos un conductor y nos lo enviaron a él. Aunque ahora me doy cuenta de que seguramente debía de estar esperando ese encargo.

—¿Podría haber sabido que usted iba a ir a Tchorni Vodi?

—Podía haberlo adivinado. A los de la compañía les dijeron que era un encargo de tres días, solemos agrupar los viajes que hacemos fuera de la ciudad, y todo el mundo sabía que yo iba allí con regularidad. Sí, pudo haberlo adivinado.

—Pero usted nunca había necesitado antes a un conductor.

—No. Hasta entonces había tenido la suerte de no haberme torcido nunca el tobillo —respondió ella en tono irónico.

—Ah, sí, el tobillo. Él se había enterado. Dígame una cosa más. Durante ese viaje pasaron dos noches en asentamientos de la zona. ¿Él conocía a alguien allí?

—No. Nunca había estado en esos asentamientos.

—¿Y alguien dio la impresión de conocerlo a él?

—No que yo me fijara.

—En ambos sitios, mis ayudantes han ido a visitarlos, por lo visto comió solo en su habitación. ¿No le resulta extraño?

—A lo mejor le daba vergüenza comer en público.

—O tal vez no deseaba causar problemas a otra persona. En todo esto hay algo raro. Eso de no querer dejarse ver... En algún lugar tiene a alguien que lo ayuda, doctora. Alguien con un vehículo. Aquí la gente tiene coche, entran y salen de Tcherski.

—Bueno, pues yo no sé nada de ese asunto, general.

Volvió a mirar sus papeles.

—Pero quizá podamos investigar un poco... Él tenía un vehículo. O esperaba que hubiera uno esperándolo. Sabía que regresaría al cabo de tres días y que su misión había concluido. En mi opinión, se trataba sólo de eso, de echarle una ojeada al lugar en cuestión, al sistema de seguridad. Una visita de prueba. Y después tenía que largarse. Obviamente, había trazado un plan, pero se vio obligado a modificarlo porque la policía lo andaba buscando. Eso quería decir que tenía que marcharse con mucha rapidez. Y así lo hizo. En un vehículo.

Se aproximaba el segundo punto crucial, y Komarova de nuevo sintió que se le aceleraba el pulso. Miró el reloj.

—General, creo que no puedo ayudarlo más.

—Quizá sí —contestó el militar con una sonrisa—. Permítame que se lo explique. Cuando se despidió de usted, sabemos que no pudo alejarse mucho. La policía ha interrogado a personas que estaban entonces en la calle, y nadie lo vio. Era alguien conocido, llamaba bastante la atención, todo el mundo sabía quién era, y sin embargo nadie lo vio. Yo creo que fue porque el vehículo que lo esperaba estaba allí mismo, junto al centro médico. Cuando usted entró en la ciudad... procure hacer memoria... ¿le pareció que él estuviera buscando algo?

—Pues... —ella fingió pensar un momento— estaba buscando la salida que llevaba a la zona de descarga de mercancías que tenemos en la parte de atrás. Ya se le pasó la primera vez y tuvimos que dar toda la vuelta a la plaza.

—¿Ah, sí? Supongo que habría coches aparcados. ¿Miraba los coches?

—Buscaba la salida.

—Ya. ¿Y alguno de aquellos coches le hizo luces?

—No que yo recuerde.

El general siguió mirándola unos instantes más.

—Muy bien, así que entraron en la zona de descarga. Y, una vez allí, él se comportó de manera extraña. Sabemos que debía de tener mucha prisa y sin embargo no lo demostró. Ayudó tranquilamente a los trabajadores a descargar la furgoneta. Él se encargó de los últimos bultos, les dijo a los demás que ya estaba todo y luego salió y le preguntó a usted si necesitaba alguna otra cosa. ¿No le resulta extraño?

—Bueno, sí, estoy de acuerdo en que es raro.

—¿Como si hubiera alguien esperándolo allí cerca?

—Puede ser. Sí.

—¿Vio si venía alguien detrás de usted, otro vehículo?

—No que yo recuerde.

—¿Estaban haciendo algo en la zona de descarga, había alguien trabajando en un motor o moviendo coches?

—No, no. Nada por el estilo. No había actividad. Los únicos vehículos que se veían eran su propio *bobik* y el camión de la basura.

—¿Qué camión de la basura?

—El de siempre, el que se lleva la basura de este centro.

—¿Y adónde va?

—Yo qué sé...

—¿Viene todos los días?

—Sí, supongo que sí. Ahora, general, si me disculpa...

Se puso de pie y él se levantó también.

—Ha tenido usted mucha paciencia —dijo, mientras volvía a ponerse el abrigo—. Y me ha sido de gran ayuda, me ha proporcionado información muy útil.

En efecto, lo había hecho. Komarova se sentó de nuevo, temblando, escuchando cómo el general se alejaba presuroso por el pasillo. Le había ofrecido datos falsos y él los había aceptado agradecido. Pero ¿adónde conduciría todo aquello?

Eran datos falsos, pero datos al fin y al cabo. Y aquel general, una persona muy persistente, no iba a dejarlo estar. Al final llegaría a la conclusión acertada, pero aún quedaba para que eso ocurriera.

El vertedero de Cabo Verde, situado justo a las afueras, apestaba de tal forma que el general tuvo que taparse la nariz. Advirtió que la basura estaba en un complejo que constaba de tres lados, abierto a la autopista que en invierno era el río.

Se encendieron las luces y el general vio que los lados cerrados estaban ocupados por cobertizos y casetas. En el centro había dos montañas enormes de basura; un camión volquete estaba distribuyendo su cargamento por encima de una de ellas, y en la otra pululaban varios nativos.

—¿Esa gente vive aquí? —le preguntó al jefe de policía.

—Sí, en las casetas, con sus familias. Son yakutos.

—Haga venir a uno.

El jefe obedeció y presentó el militar al yakuto, que respondió con una sonrisa amable.

—¿Todo bien por aquí? —preguntó el general, muy amable también.

—Sí, todo bien.

—¿Qué tal se vive?

—Muy bien. ¿Puedo hacer algo por usted, general?

—Sólo estaba echando una ojeada. Kolia me dijo que esta zona era interesante. Ya sabe, Kolia. Kolia Jodian. Un tipo simpático. ¿Se acuerda de él?

—¿Jodian? No, no me suena de nada.

—Enséñele la foto —le ordenó a su joven ayudante, Volodia.

El yakuto miró la imagen.

—Es una foto muy buena —dijo el general.

—Sí, muy buena.

—¿Ha venido últimamente por aquí?

—¿Quién?

—Este hombre.

—No. Yo no conozco a este hombre.

Y lo mismo sucedió con los demás, y con sus familiares. El general observó que las mujeres primero consultaban a sus maridos y después aseguraban no conocer a aquel individuo.

Sin embargo, en los almacenes obtuvo mejores resultados.

Eran cobertizos de gran tamaño que se utilizaban para guardar los mejores desechos. En uno de ellos había piezas de coche: puertas, asientos, tubos de escape, ruedas, neumáticos. No estaban amontonados en el suelo, sino apilados con cuidado junto a las paredes. En el suelo, en el centro, había una mancha de aceite y las marcas que habían dejado cuatro ruedas.

Media hora más tarde, el general aún no había logrado descubrir cómo habían llegado allí aquellas marcas; no obstante, no se marchó nada descontento.

Durante el camino de vuelta, el jefe de policía estuvo explicándole algunas disposiciones locales, y gracias a eso pudo hacerse una primera idea de cómo se podía haber llevado a cabo el truco de magia.

Después de cenar, el general se reunió con su equipo y les explicó la situación. Sus subalternos se habían pasado el día entero yendo de un lado a otro y estaban cansados, pero la explicación fue breve.

En la región de Kolima, los vehículos que ya no se usaban tenían que devolver la matrícula y la documentación, y los que ya no podían repararse necesitaban un certificado de destrucción. Uno no podía dejar un vehículo abandonado ni tirado por ahí. Esa norma, que databa de 1962, pretendía controlar todos los medios de transporte de la zona, y en los primeros años se hizo mucho hincapié en su cumplimiento.

A pesar de la lasitud que se instaló cuando el lugar empezó a desarrollarse con rapidez, seguía existiendo un registro completo del parque automovilístico. La policía había identificado veintisiete vehículos que llevaban mucho tiempo sin usarse. Habían devuelto la matrícula y la documentación de todos ellos, pero no contaban con el certificado de destrucción. Esos vehículos iban a ser investigados.

—Es probable —empezó el general— que ese hombre encontrase algún vehículo que pudiera reconstruir. Después habría buscado un sitio donde hacerlo. Quizá el propio vertedero o quizá no. Lo cierto es que hace muy poco que un vehículo ha estado ahí dentro. Como los nativos suelen cerrar filas, ya lo investigaremos más adelante. Lo importante en este momento es encontrar un coche que esté en desuso y que haya desaparecido. Averigüen de qué vehículo se trata y estaremos más cerca de

encontrarlo.

Ojalá lo estuvieran, pensó, mientras se metía en la cama. Había sido un día muy largo y él también estaba muy cansado. Después de cenar, desde Irkutsk le había llegado el permiso para desplazarse en helicóptero hasta Tchorni Vodi. Descubrió que allí la seguridad era absoluta, tal como le había dicho la oficial médica. Una mujer excelente, que no tenía un pelo de tonta.

El agente no habría podido ver nada, fue una visita de prueba, tal como él había supuesto. Bueno, no iba a llegar muy lejos. En cuanto supieran de qué vehículo se trataba...

De pronto se le ocurrió otra idea, y cogió el teléfono.

—Volodia.

Su ayudante bostezó sonoramente al otro lado de la línea.

—Volodia, otra cosa más. Puede que falte más de un vehículo. Ese tipo tenía acceso a las piezas. Pero una misma pieza no vale para todos los coches. Si averiguamos qué piezas utilizó, también sabremos qué vehículo era el suyo. Ponga a trabajar a los de la Compañía de Transportes, ahora mismo. Sáquelos de la cama. Que empiecen a registrar talleres mecánicos, naves industriales, lo que sea. Si encuentran algo interesante, llámeme de inmediato. Despiérteme si es necesario.

A las dos de la madrugada apagó la luz.

Y casi al instante lo despertaron. Miró el reloj. Las seis. Un momento antes eran sólo las dos. Pero hicieron bien en llamarlo: habían encontrado algo muy interesante.

A las dos de la madrugada, Porter pasó el puesto de carretera número seis, y por delante ya sólo le quedaba Bilibino.

Se le había ocurrido cómo resolver el asunto, siempre y cuando lograra cruzar la ciudad. Pero ya habían pasado seis horas desde que se despertó debajo del puente, y entre las curvas de las montañas y la ansiedad estaba otra vez agotado.

Condujo despacio, con los ojos cansados, buscando un sitio donde refugiarse. En el tramo final que llevaba a Bilibino había edificios y explotaciones mineras, se acordaba de ellos. El convoy en el que había ido semanas atrás había avanzado varios kilómetros en paralelo a un arroyo. Los filones de oro a menudo estaban situados cerca de arroyos y en medio del campo, pero aquel se encontraba pegado a la ciudad. Necesitaba encontrar algo antes de llegar al tramo final, y pronto.

Poco después pasó bajo unos cables grandes que colgaban por encima de la carretera y vio un poste: el tendido eléctrico de Bilibino. Abastecía a las minas de oro y a varias instalaciones de los alrededores. Estaba demasiado cerca de la ciudad.

Cincuenta o sesenta kilómetros atrás había cruzado un arroyo, y ahora estudió la posibilidad de dar media vuelta y regresar hasta él. Pero entonces consumiría una gran cantidad de gasolina. No sabía qué era mejor y, mientras tanto, demasiado cansado para pensar, dejó que el *bobik* siguiera avanzando.

De pronto vio un resplandor en el cielo, a su izquierda. ¿Sería la primera de las minas de oro? Si la mina estaba cerca de un arroyo, y el arroyo conducía a... ¿adónde conducían allí los arroyos? Estaba muy lejos del río Kolima, así que debía de tratarse de otro río. Uno al sur de donde se encontraba él, es decir, a su derecha. Si había un río a su derecha y los arroyos venían de la izquierda...

Siguió avanzando, observando aquel resplandor que tenía cada vez más cerca, hasta que este se transformó en unas luces, unos focos, uno o dos kilómetros más adelante y a mano izquierda, y entonces comprendió que más le valía dar media vuelta. También se percató de que acababa de cruzar un puente.

Lo había cruzado y ahora estaba en la otra orilla.

¡Dios! Se sentía demasiado cansado para dar la vuelta. Aun así, dio marcha atrás.

Dio marcha atrás, regresó al puente y observó el arroyo. Era un cauce estupendo, maravilloso, y estaba congelado, de modo que bajó hasta allí con el *bobik* y se metió debajo del puente. Lo apagó todo: las luces, el motor, incluso a sí mismo. Y permaneció a oscuras unos momentos.

Luego se apeó y subió el terraplén de la orilla para echar un vistazo.

Sí, era la primera de las minas, y se encontraba a menos de un kilómetro, lo dedujo por el estruendo de la maquinaria. Alcanzó a distinguir, recortados contra la luz de los focos, los bastidores metálicos de los ascensores. En ese momento, unos centenares de metros más adelante, se estaban incorporando a la carretera dos camiones con destino a Bilibino.

Demasiada actividad, y demasiado cerca. Pero no podían verlo. Además, a esas alturas ya le daba igual; sólo quería descansar.

Regresó al *bobik* y le dio un trago largo al vodka con los ojos cerrados. Después cogió un buen pedazo de pan de centeno y se lo comió. Comió otro poco más estando ya dentro del saco de dormir.

Durmió una hora y se despertó aún cansado, pero no había tiempo para entretenerse. Ya eran casi las cuatro de la madrugada. El mejor momento para entrar en Bilibino era entre las cinco y las seis, cuando había menos controles de seguridad en las carreteras y la ciudad justo empezaba a ponerse en marcha. No recordaba casi nada de ella, salvo que durante el horario laboral era un caos: tráfico lento y conductores asomando medio cuerpo por la ventanilla y gritándose unos a otros. Él quería cruzarla discretamente, sin que nadie se fijase en él.

Tomó un poco de café y estudió el atlas escolar a la luz de la linterna. Ya había dejado atrás una página, ahora estaba en la siguiente.

Después de Bilibino venía Pevek, otro destino conocido por los camioneros de Tcherski. Estaba a una distancia colosal, el doble de la que había recorrido ya. No iba a dirigirse allí; había importantes instalaciones de seguridad y también muchos controles. Recordó lo que Yura le había prometido: «Irás a Bilibino, Baranija, Pevek, ¡a todas partes!».

Pevek era el final de la ruta. Pero ¿dónde diablos quedaba Baranija?

La buscó y la encontró, trescientos o cuatrocientos kilómetros más allá, en letra pequeñísima, un mero puntito. Pero aquel atlas databa de hacía muchos años. Por lo que había visto en la oficina de Expediciones, a Baranija se enviaban cargamentos considerables, pues se estaba construyendo mucho. Y tanta construcción requería ingenieros, arquitectos, operarios, a los que había que llevar hasta allí en avión. Seguro que en Baranija había algún aeropuerto, como mínimo una pista de aterrizaje.

La idea se le había ocurrido mientras recorría las curvas de las montañas. Si los aeropuertos importantes estaban demasiado alejados, podía probar con los pequeños que quedaban en medio del campo. Si fuera volando de uno a otro llegaría muy lejos, y ahora sabía que iba a tener que irse muy lejos. Y que su destino no sería el previsto en el plan que le habían trazado: ni Yakutsk, ni el mar Negro ni Turquía. Iba a tener que tomar una ruta que nadie esperase. Y todavía le quedaban varias opciones...

No sabían cómo había llegado hasta allí, y no podían saber cómo iba a salir de allí. Recordó que, hacía varios años luz, aquel tipo de la CIA le dijo que no podía salir por donde había entrado. Pero ¿por qué no? Había entrado desde Japón; ¿por qué no podía salir por el mismo camino? Desde Najodka, una ciudad situada en la costa del Pacífico, zarpaban barcos hacia Japón. Podía intentar subir a bordo de uno de ellos. Ya llevaba varios meses viviendo de su ingenio, ¿iba este a abandonarlo en la última etapa?

Buscó Najodka en el atlas y se le cayó el alma a los pies. Estaba aún más lejos de lo que había imaginado, a una distancia increíble, por lo menos a cuatro mil kilómetros. Claro que... desde Tcherski... aunque a alguien se le ocurriera la idea, parecería imposible que él pudiera llegar hasta un sitio tan lejano. Probablemente era imposible por tierra, habiendo por medio una cordillera tras otra; pero ¿y en trayectos cortos de avión, avanzando un poquito cada vez? ¿Sería igual de estricta la seguridad en aquellos aeropuertos perdidos en medio de la nada? Sólo con que consiguiera rebasar Bilibino...

Subió de nuevo a la carretera para echar otro vistazo.

Seguía haciendo un frío terrible, pero se apreciaba un cambio evidente en el aire: estaba cayendo una fina nevada que volvía borrosas las luces de la mina y amortiguaba el continuo estruendo metálico. Vio salir un camión, y poco después otro, ambos en dirección a Bilibino. Eran camiones locales. Por la carretera no había nadie más, pues todo el tráfico de larga distancia se había interrumpido. Bajó de nuevo al *bobik*, arrancó y se incorporó a la circulación.

Al cabo de un kilómetro, alcanzó a los camiones y se mantuvo muy por detrás de ellos, llevando sólo las luces de posición y con los limpiaparabrisas funcionando. Ahora veía el arroyo helado a su derecha, discurriendo paralelo a la carretera, tal como lo recordaba. Había bajado desde un terreno más elevado y había descrito una curva cerrada para esquivar una barrera de rocas. Allí todo el terreno era elevado, pues era una zona rica en oro.

Al poco, los camiones empezaron a reducir la velocidad y Porter vio que sus luces traseras se desviaban hacia el otro lado de la calzada y se apagaban. Él también apagó las suyas y aminoró hasta casi detenerse. Allí había un complejo enorme, sin duda una planta de procesado. Tenía una gran elevación de forma cónica y una hilera de naves, todas bien iluminadas. Se acercó otro poco más y se detuvo fuera del alcance de los focos.

En el complejo se estaba llevando a cabo una actividad de lo más ruidosa. Una vagoneta pululaba alrededor de los camiones que estaban maniobrando. Porter no veía lo que hacían con los dos camiones que él había seguido, pero había otros que estaban girando frente a él y cuyos conductores se apearon y empezaron a charlar. No había visto ningún camión que circulara en sentido contrario, por lo que era evidente que no regresaban por aquel camino, sino por otro.

Semanas atrás, mientras recorría aquel tramo con Vania roncando en el asiento del copiloto, se fijó poco en la ruta, pues estaba demasiado ocupado en no salirse del lugar que le correspondía en el convoy. Pero durante la cena los camioneros le contaron que había una circunvalación que bordeaba las explotaciones mineras y que, si uno se dirigía más allá de Bilibino, debía tener cuidado de evitarla, porque podía perderse sin remedio. A lo mejor aquellos camiones de ahora tomaban la circunvalación al otro lado de la ciudad, para regresar siguiendo la amplia extensión de minas de oro. Observó y esperó, y poco después vio que uno de ellos se movía y

unos momentos más tarde se movió otro.

Arrancó y fue tras ellos, manteniendo la distancia, de nuevo sólo con las luces de posición encendidas. Los dos camiones iban vacíos, por lo que circulaban bastante rápido. Apenas veinte minutos más tarde, divisó otro resplandor a lo lejos que no tardó en convertirse en las luces de la ciudad.

Bilibino.

Hora de ponerse en marcha. Encendió las cortas, adelantó al segundo camión y se metió entre uno y otro. Justo a tiempo, porque casi de inmediato la carretera describía una curva y delante apareció una barrera con luces ámbar; el camión que iba delante aminoró la velocidad.

La barrera estaba abierta, pero, en cuanto tomaron la curva, empezó a cerrarse. El conductor del primer camión había bajado la ventanilla y sacó una mano con el pulgar hacia arriba, al mismo tiempo que cruzaba la barrera despacio, ahora de nuevo abierta. Porter hizo lo mismo. Vio uniformes —uniformes de policía y otros que no reconoció— y miradas de curiosidad que se posaron en él a través de la fina nieve que caía. Pero al observar por el espejo retrovisor, vio que ya estaban fijándose en el camión siguiente y que él había conseguido pasar. Había pasado la barrera y estaba entrando en Bilibino.

Lo recordaba sólo vagamente. Un edificio administrativo como el de Tcherski, un cine como el de Tcherski, en aquellas tierras del norte todos los edificios —correos, el supermercado, los bloques de pisos— se construían siguiendo el mismo estilo. Vio la pensión en la que había pernoctado, el centro de distribución de mercancías, el aparcamiento. En este último había varios camiones de gran tonelaje, camiones de Tcherski. Todos seguían parados, sin actividad. Tan sólo había un poco de movimiento en las calles: unos cuantos camiones ligeros y *bobiks* que circulaban por la ciudad, furgonetas de correos, camionetas de reparto, y algún que otro vehículo de la policía, dentro del cual brillaba el ascua de un cigarrillo.

Porter conducía con la ventanilla medio bajada, por lo que pudo percibir el zumbido de los aviones, y vio uno que estaba aterrizando en aquel momento, delante a la derecha. No debía acercarse a aquella zona. Continuó tras el primer camión, deslumbrado por los faros del que llevaba detrás. De pronto, el camión de delante se echó a la derecha y se detuvo frente a un cuchitril mal iluminado, un bar o una cafetería que por lo visto permanecía abierto toda la noche. Lo adelantó y se detuvo también, y por el espejo retrovisor vio que el otro camión hacía lo mismo y que ambos conductores se apeaban y entraban en el local.

¡Mierda! Tenía pensado seguirlos hasta que se desviarán. Si los camioneros de Tcherski le habían advertido que era mejor evitar la circunvalación, obviamente era porque no estaba señalizada. Aunque en Cabo Verde y en Tcherski tampoco había nada señalizado. Eso había que conocerlo.

Apagó las luces, pero mantuvo los limpiaparabrisas en marcha y encendió un cigarrillo. También él necesitaba un vodka, pero decidió esperar a necesitarlo más. Eran las cinco y media. Una buena hora; Bilibino empezaba a despertarse despacio y los policías estaban en la segunda mitad de su turno. Había tenido suerte con los dos camiones y con la barrera para entrar. ¿Tendría la misma para salir?

Lentamente, le pasó por delante un coche de la policía y a través de la nevada vio caras que se volvían hacia él. Los limpiaparabrisas. Debería haberlos parado. El vehículo continuó, pero ya se habían fijado en él. No podía quedarse allí, porque volverían a pasar. Esperó hasta que se hubieron alejado un poco, encendió las luces y arrancó. No se salió del camino que llevaba siguiendo todo el rato.

A su espalda quedó el centro de la ciudad. No pudo distinguir si estaba en la carretera principal, porque había visto otras que partían también de dicho centro. En la que él seguía había unos cuantos edificios grandes, bloques de pisos, almacenes; pero iban menguando y cada vez aparecían más espaciados. Era evidente que estaba saliendo de la ciudad. De repente, al doblar una curva, aparecieron unos faros en su dirección. El conductor cambió a las luces de cruce y Porter hizo lo mismo. Era un autobús.

«Polar Aviation», leyó al pasar.

¡No! Después de todo, estaba yendo hacia el aeropuerto. Aquella carretera iba al aeropuerto, y seguro que antes de llegar habría controles.

Y justo al tomar la curva lo vio. Estaba en una amplia planicie, en un nivel ligeramente inferior, señalizado por lámparas de color anaranjado. Incluso distinguió una pista de aterrizaje iluminada a través del velo de nieve.

Pero vio además algo mucho peor: justo enfrente, bajando la loma, había una barrera y varios hombres con trajes fosforescentes agitando una linterna. No había forma de detenerse, desviarse ni volver atrás. Lo habían visto. Y la barrera estaba bajada. Se acercó despacio y bajó la ventanilla.

—¿Adónde va...? ¿Al aeropuerto?

Le habló uno de los dos policías que había junto a otro hombre vestido con un uniforme que Porter no conocía. Todos iban abrigados hasta las cejas, con los ojos medio cerrados a causa de la nieve. Habían salido de una caseta.

—No. A la circunvalación.

Rezó para que aquel fuera el camino.

El haz de la linterna lo enfocó.

—¿Y dónde está su distintivo, entonces?

—¡A la mierda el distintivo! Este ni siquiera es mi trabajo —refunfuñó Porter con gesto arisco—. Me quedan un par de horas de servicio y me endosan esto. Cruzar esos malditos campos... ¡para una avería! ¿Qué pasa aquí, es que nadie sabe reparar una máquina?

—¿De dónde vienes, amigo?

Porter vio que estaban inspeccionando la matrícula.

—De allá atrás, de los puestos de carretera. Yo soy de equipamientos, ¿este no es mi trabajo! Me enviaron aquí para un par de semanas y ahora me endosan todos los encargos de mierda que les surgen. ¡Adelante, mándenme para atrás! Esos cabrones saben que dentro de un par de horas estaré fuera de servicio. ¡Háganme el favor!

A medida que acentuaba su gesto de enfado, advirtió que los de fuera se ablandaban y sonreían.

—De acuerdo, bocazas. ¿Sabes que se te ha caído la matrícula trasera? Ponla lo antes posible. ¿Qué llevas en la parte de atrás?

—¡Putas herramientas! ¿Qué cree que llevo? ¿Un cabaret?

—Adelante... circula.

La barrera se había levantado y uno de los hombres estaba agitando un bastón luminoso. Vio que unos cientos de metros más adelante había otra barrera. Metió la marcha y arrancó soltando insultos, entre las risas de los guardias.

Estaba dentro.

Bajó despacio por la ladera.

Pasó la ancha entrada del aeropuerto, con sus indicadores de entrada y salida, la única señalización que había visto hasta entonces. Nada más entrar, vio que había más puestos de guardia. Pasó por delante y llegó hasta la barrera siguiente, que también se había alzado de forma milagrosa.

A partir de allí se quedó solo, las farolas desaparecieron y se internó en la oscuridad.

La carretera describió otra curva cerrada, a continuación se bifurcó, y Porter tomó el ramal principal y lo siguió. Luego redujo la velocidad y se detuvo. ¿Era allí donde uno se perdía?

Regresó hasta la bifurcación y volvió a examinarla.

Sin duda, había tomado la carretera principal. Pero ¿era la correcta? No había ningún tipo de señal, ni siquiera se avisaba de la bifurcación.

Antes de esta, a un lado, había un montón de tierra excavada, y junto a ella una zanja profunda; a todas luces una canalización de desagüe para el deshielo de la primavera. Dejó el motor encendido y bajó a la zanja. Era lo bastante ancha y no tenía piedras.

Condujo el *bobik* hasta allí, se ocultó tras el montón de tierra y apagó el coche. Todavía se oían cercanos los ruidos del aeropuerto: el batir de los helicópteros, un reactor calentando motores. Le habían dicho que el oro se lo llevaban de allí en avión, en lingotes.

Esperó veinte minutos hasta que llegaron los dos camiones. Observó sus luces cuando pasaron y vio que seguían la carretera principal. Exacto. Era la que había tomado él, la circunvalación hacia las minas de oro. Donde él se habría perdido. La cruzaba una estrecha ruta.

Arrancó otra vez y salió de la zanja.

Muy bien. Baranija. Trescientos o cuatrocientos kilómetros. Vio que el reloj

marcaba las seis en punto.

A las seis y cuarto, el general estaba subiendo a su coche. Le habían preguntado si los vehículos de la Compañía de Transportes ya podían circular. La carretera que iba a Bilibino y más allá seguía paralizada. Después de pensarlo unos instantes respondió que sí. En realidad, se le había olvidado por completo.

También le habían preguntado si quería que comunicasen que pensaba ir hasta allí. ¡De ninguna manera! Mejor pillarlos desprevenidos. El trabajo que habían realizado aquella noche ya los había advertido bastante. Si se les daba tiempo, no tardarían en inventarse alguna historia para justificar las discrepancias.

Había aparecido un vehículo sumamente interesante —o, mejor dicho, no había aparecido— en la granja colectiva. La granja de los nativos, la de Novokolimsk. Allí habían asegurado que no sabían nada de aquel tipo. Lo mismo que los de la basura... En fin, se la habían pegado, y ahora se daba cuenta de ello. Los nativos siempre cerraban filas.

Aquel tipo había pasado decenas de veces por aquella ruta, arriba y abajo. ¿Podía ser que nunca hubiera hecho ni siquiera una visita a la granja colectiva, que estaba llena de nativos? Seguro que los había ido a ver, le había echado el ojo al vehículo y se lo había llevado. Probablemente en un camión, de vuelta a Cabo Verde.

De eso se deducía que lo había hecho al revés: primero preparó un lugar seguro donde trabajar y después se llevó allí el trabajo. El general estaba empezando a hacerse una idea de cómo era aquel individuo. Ahora tenía que hacerse una idea de cómo era su vehículo.

El helicóptero estaba calentando motores y antes de las siete había aterrizado en la granja colectiva. El estruendo había despertado a varios de los habitantes, que acompañaron a los ayudantes del general hasta el secretario, que estaba medio dormido, y también hasta la persona encargada de los vehículos.

La información que querían era simple, y aun así tardaron tres horas en conseguirla.

Nadie conocía a Jodian, por supuesto. Fueron pasando la foto y todos respondieron negando con la cabeza. Tal como estaba previsto.

El vehículo era un Tatra de una tonelada y llevaba varios años aparcado al fondo de una nave que se utilizaba para almacenar fertilizante. Sólo se percataron de que no estaba cuando la policía telefoneó en mitad de la noche. El secretario despertó al mecánico y este salió fuera y echó un vistazo.

¿Cuándo fue la última vez que lo vieron? La última vez fue... probablemente en agosto, justo antes del invierno. En invierno no se necesitaban fertilizantes, así que cuando llegó el frío nadie tuvo necesidad de entrar en aquella nave. ¿Podría haber entrado alguien? Sí, podría haber entrado cualquiera, porque no había candados, nada más que una simple cuerda.

Tras un registro concienzudo de la granja y de sus alrededores, no se halló rastro

alguno del Tatra. Estaba para el desguace y sólo lo conservaban para aprovechar las piezas. Pensaban pedir un certificado de destrucción, pero no llegaron a hacerlo. No tenían problemas para conseguir otro, las autoridades sabían que el camión sería entregado al cabo de un tiempo. ¿Podía moverse? Bueno, ya se había movido. Quizá algunos miembros de la granja le hubiesen quitado piezas o lo hubieran cambiado de sitio y no les apetecía confesarlo. O tal vez habían sido los niños, enredando.

El equipo del general desayunó en la cooperativa e hizo balance de la situación.

De Tcherski llegó la noticia de que todos los demás vehículos con certificado de defunción habían sido localizados, y que sólo faltaba aquel.

Sí, era aquel. El fugitivo se lo llevó, lo reconstruyó con piezas sacadas de la Compañía de Transportes, metió dentro unos cuantos bidones de gasolina y lo dejó preparado en algún sitio, a la espera; quizá en el propio vertedero, donde la doctora lo había dejado, casi como si fuera su chófer. Mientras los muy necios perdían tiempo registrando almacenes, él había huido a toda velocidad por el río.

Pero ¿hacia adónde?

Volodia había traído los mapas y los estudiaron. Con la ventaja que les llevaba, el fugitivo debió de tomar la ruta de salida más directa, y esa era el río. El primer aeropuerto en funcionamiento que había en el río era el de Zirianka. Dirección sur. Había ido hacia el sur. Con una llamada a Zirianka se enteraron de que sus servicios aéreos llevaban interrumpidos varios días por culpa de las nevadas.

Esa información gustó al general. Cuando llegó de Irkutsk, él mismo había visto las nevadas, de hecho, las había sobrevolado a bordo de su avión. Impartió las órdenes en persona. Era necesario encontrar y detener un camión Tatra de 1966, de una tonelada, de cabina sencilla, probablemente muy destartado. También había que detener al conductor, un nativo que quizá viajase con el apellido de Jodian.

Sí. ¿Qué matrícula tenía el Tatra?

El general permaneció en silencio unos instantes. El Tatra no tenía matrícula porque había sido devuelto a las autoridades. Pero el fugitivo se habría agenciado una. La matrícula, dijo a los de Zirianka, sería de otro sitio, no se sabía de dónde, pero el motor y el chasis tenían los números siguientes.

¿Y cómo era el nativo?

El general guardó silencio de nuevo.

Como era muy posible que hubiera cambiado su aspecto, dio orden de detener a todos los nativos. Iría para allá de inmediato.

Para llegar a Zirianka se necesitaba un helicóptero de larga distancia, y en aquel momento en Tcherski no había ninguno disponible. Así pues, hubo que utilizar el reactor del general. Pero el piloto y el primer oficial del reactor, previendo otra jornada de espera sin hacer nada, la noche anterior se habían emborrachado y se despertaron con una resaca de campeonato. Otro retraso que el general aprovechó

para impartir una serie de órdenes.

Como los vuelos que se dirigían al sur estaban suspendidos, era posible que el fugitivo hubiera probado con una trayectoria distinta, volando entre aeropuertos más pequeños. Había que dar aviso a todos los aeródromos de Siberia. Los nativos que no tuvieran un vuelo reservado con antelación debían ser retenidos hasta que se informara a Tcherski.

Dondequiera que estuviera en aquellos instantes, el fugitivo seguramente llevaba una matrícula de otra zona. Por tanto, había que detener a todos los vehículos que llevaran matrícula de otra zona e informar a Tcherski.

La primera orden afectaba al control aéreo de Yakutsk, la única autoridad que estaba al tanto de los desplazamientos más cortos. La segunda dio lugar a varias decenas de llamadas a la policía y a los puestos de vigilancia.

Cuando el general subió a bordo de su reactor ya era la una y estaba cansado. La noche anterior sólo había dormido cuatro horas.

La oficial médica Komarova también había dormido poco la noche anterior. Salió tarde, y con una historia preparada por si le daban el alto. De forma providencial, había tenido lugar un accidente en Aniuisk y ella había ordenado no mover al paciente hasta que llegara. Lo atendería lo antes posible.

En el río principal no había actividad ni nadie montando guardia, así que antes de llegar a Aniuisk se desvió, fue rápidamente hasta la cueva y entró en ella con la linterna.

Johnny se había ido y no había dejado ningún rastro de su estancia allí. Las lonas, las luces, el aparejo de poleas; se lo había llevado todo. Ni siquiera quedaban señales de su presencia. El vapor de la estufa de queroseno había creado escarcha nueva y esta se apreciaba en todas las superficies. No había ni una sola gota de aceite, ninguna mancha, ningún rasguño. Johnny había sido muy cuidadoso. Aun así, había prometido que...

Komarova lo examinó todo con el haz de la linterna, pero no había nada, tan sólo escarcha. Excepto por un pequeño bulto que resultó no ser sólo escarcha. Lo reconoció al momento: era el envoltorio de papel del salami, doblado muchas veces. Lo desplegó para leer el mensaje, pero no encontró ninguno. Sin embargo, al darle vueltas algo cayó al suelo: el anillo. A la luz de la linterna no pudo descifrar lo que decía el grabado, pero lo supo de todas formas: «Como nuestro amor, el círculo no tiene fin». De nuevo, notó que las lágrimas le rodaban por las mejillas.

En Zirianka no había ningún Tatra de 1966 de una tonelada —lo cual sólo podía querer decir que el fugitivo, muy cauteloso, lo había dejado a las afueras—, en cambio había dieciocho nativos que estaban furiosos porque no les habían permitido

tomar el vuelo a Druzhina, una ciudad que quedaba al norte, junto al río Indigarka. El general, después de echar un vistazo rápido a los nativos, no mostró interés por ellos ni por Druzhina.

Llevaban copias de la foto de Jodian y se la enseñaron a todos los empleados del aeropuerto. Dos de ellos reconocieron al fugitivo y cuatro no. Lo cierto era, dijo el encargado, que por allí pasaban muchos nativos que se parecían. A las horas de los vuelos, el aeropuerto estaba muy concurrido, sobre todo de los vuelos que se dirigían al sur.

¿Cuándo había salido el último vuelo hacia el sur? El sábado a las nueve de la mañana.

El sábado a las nueve de la mañana. Bien, bastaría con que se hubiera marchado de Tcherski el viernes a última hora de la tarde. Los datos relativos a dicho vuelo fueron examinados y también los de todos los vuelos posteriores a otros destinos. Encontraron a varios nativos, cuya raza se indicaba en los pasaportes nacionales, pero ningún Jodian. Lo cual quería decir que probablemente ya tenía otra documentación.

Llamaron a todos los destinos de los vuelos, les proporcionaron datos de todos los nativos y autorizaron nuevas investigaciones. Al mismo tiempo, ordenaron a la policía local que peinara la zona en busca de un Tatra de 1966 de una tonelada, tarea que les llevó varias horas.

A última hora de la tarde ya habían recibido un montón de respuestas de los diferentes destinos de los vuelos y de las comisarías de policía. Todas negativas.

El general cenó con su equipo y volvió a repasar la situación. Si el fugitivo había tomado un vuelo, e incluso si no lo había tomado, tenía que haber ido allí por algún medio.

Si es que había ido allí.

Porque a lo mejor no había ido allí.

El Tatra era el vehículo más probable, el único, del que disponían para continuar. Pero a lo mejor no era el que había usado el fugitivo. ¿Tcherski había dado parte de la desaparición de algún Tatra? ¿De qué diablos habían dado parte?

Se pusieron en contacto con Tcherski y los informaron de que la Compañía de Transportes seguía buscando discrepancias. Y hasta el momento no habían encontrado nada que apuntase de forma significativa a ningún tipo de vehículo. Cuando lo encontrasen, llamarían de inmediato.

El general decidió esperar hasta las doce de la noche. Pero media hora más tarde recibió dos llamadas de Tcherski que lo hicieron cambiar de idea. La primera respondía a la orden que había dado de buscar vehículos de fuera de aquella zona, y procedía de un lugar raro. Un puesto de la policía de Bilibino había informado del paso de un nativo al volante de un *bobik* poco después de las cinco de la madrugada. Afirmó ser un mecánico de carretera que estaba cumpliendo un encargo en las minas de oro, pero en ningún puesto de carretera sabían quién era y tampoco conocían el *bobik* que conducía.

La segunda estaba relacionada con los aeródromos rurales y procedía de una fuente aún más rara. El general se puso al teléfono en persona y enarcó las cejas de pronto.

—¿Que lo han encontrado dónde? Repítalo. Deletréelo.

Aunque se lo delectaron, el nombre no le sonaba de nada. Se volvió hacia su equipo y lo repitió:

—¿Baranija?

Para Porter, que salió de la zanja a las seis de la mañana, Baranija estaba todavía muy lejos. Aunque no tenía claro a qué distancia exacta. Debía de haber más de trescientos kilómetros, según indicaba el atlas; pero como la ruta estaba llena de montañas y la carretera plagada de curvas, podía resultar un viaje mucho más largo. En cualquier caso, necesitaba más gasolina.

A las diez de la mañana ya la había conseguido y había dejado atrás otros dos puestos de carretera. Además, se había llevado una sorpresa fantástica: ¡los camiones volvían a circular! No en su dirección, porque no había adelantado a ninguno, pero sí en la contraria. El peligro estaba en la carretera que iba a Bilibino, allí era donde se había interrumpido el tráfico de larga distancia. No esperaban que él lograra ir más allá. Pero ahora ya estaba más allá, corría libre. Y allí todo era normal.

Por el momento, la alegría le había aliviado el cansancio, pero de repente volvió a sentirse agotado. Llevaba más de mil kilómetros conduciendo. Se notaba mareado y casi veía doble.

Al frente y a la derecha vio un halo luminoso que se transformó en dos y luego volvió a ser uno. Y después de nuevo dos. Intentó enfocar la vista en medio de la nevada que estaba cayendo. Circulaba siguiendo un arroyo helado, pero llevaba una hora sin ver ningún puente. La luz borrosa que tenía delante mostraba actividad de algún tipo; tenía que haber una pista que cruzara el arroyo y llegara hasta allí.

Al poco, casi en perpendicular a él, vio que los halos eran dos: uno correspondía a una vía de tren elevada, profusamente iluminada, que discurría por la ladera de una montaña, y el otro, por debajo de la ladera, a una cadena transportadora de materiales, que iba descargando mineral de oro en una serie de camiones puestos en fila. Vio también que la pista que partía de allí llegaba hasta el arroyo, la carretera y, gracias a Dios, un puente que la unía con la carretera. Se escondió debajo del puente, abrumado por el cansancio, y de inmediato lo apagó todo y se metió en el saco de dormir.

Las once menos cuarto. Decidió dormir dos horas.

Justo antes de la una, puntualmente, se despertó. Todavía le quedaba medio termo de café y se lo bebió todo de un trago. Estaba desfallecido de hambre. Cuando se acercó la bolsa vio que le quedaba comida de sobra; se había movido deprisa y sin parar. Cortó un poco de pan y desenvolvió el salami, y al hacerlo se quedó unos instantes contemplando el papel, preguntándose si Komarova habría encontrado el otro trozo...

De aquello hacía una eternidad.

Masticó, intentando recordar cuándo había sucedido. El domingo lo había pasado trabajando en el *bobik*; el domingo por la noche ella le trajo la batería. El lunes por la mañana se marchó. Pasó todo el día conduciendo y también toda la noche.

Eso había sucedido el día anterior. Y ya había puesto más de mil kilómetros de

por medio. Y dado que había dejado atrás otros dos puestos de carretera, debía de estar aproximándose a su destino.

Sacó el atlas y buscó de nuevo Baranija.

Todos los contornos sombreados seguían siendo morados. Siguió la línea de la carretera por la que iba. Tenía que aparecer un río importante. Una vez que llegara a dicho río, la carretera discurriría siguiendo el curso de la corriente, en línea recta hasta Baranija. El río desembocaba en el Ártico. Sin darse cuenta, otra vez había virado hacia el norte. Tendría que volver hacia el sur en avión, en varios tramos cortos, tal como había pensado.

Siguió las páginas del atlas en dirección sur. Najodka estaba tan lejos que no merecía la pena mirarlo. Sin embargo, vio hacia dónde debía dirigirse. Primero a Magadán. No a la ciudad, sino a un pequeño punto que había cerca. Los vuelos de Polar Aviation aterrizaban en muchos lugares del país. Y Magadán ya no estaba tan lejos, tal vez hubiera mil quinientos kilómetros hasta allí. Dos o tres tramos. Podría recorrerlos ese mismo día.

Oteó la carretera y al cabo de unos minutos estaba rodando de nuevo.

Cuando llevaba veinte kilómetros, vio que los faros de un convoy venían hacia él. Era un convoy de Tcherski. Los grandes Kama le lanzaron una ráfaga con las luces al pasar y él les devolvió el saludo.

Las dos de la tarde.

A las dos y media llegó al río y se detuvo un momento para consultar el atlas.

La escala era tan pequeña que costaba hacer el cálculo, pero, al parecer, sólo le quedaban entre treinta o cuarenta kilómetros para llegar a Baranija. El coloreado se difuminaba ahora hacia el verde en la zona que rodeaba el puntito, lo cual indicaba que había una especie de valle, y esa razón justificaba que la ciudad estuviera emplazada allí. En aquel valle estaría el aeropuerto. Arrancó de nuevo y avanzó más despacio, buscando posibles controles de seguridad. Hasta el momento no había visto ninguno, pero aun así... la matrícula que llevaba era un poco rara en aquella zona.

Poco después, el río empezó a describir curvas; no era tan recto como se veía en el mapa, pero la carretera sí. Ahora el cauce quedaba por debajo, todavía a mano derecha, y descendía mucho, hasta el interior de un valle más bien ancho y llano. El terreno elevado estaba a su izquierda, pliegue tras pliegue, con alguna que otra cascada congelada que dejaba ver las simas que había entre ellos. La carretera se había construido sobre una recta cornisa rocosa que discurría entre lo que a todas luces era una marisma a la derecha y los afilados peñascos de la izquierda.

Subía y bajaba ligeramente, siguiendo los contornos, y de pronto, al coronar un repecho, distinguió allí abajo las luces de la ciudad. Muy cerca. Por culpa de la nieve se veían difuminadas, pero no estarían a más de tres o cuatro kilómetros. La carretera bajaba hasta en línea recta. Era como una ciudad de juguete, bastante dispersa pero enclavada en el valle. Fábricas con chimeneas de las que salía humo, bloques de pisos con las luces encendidas. Y un aeropuerto, con pista de aterrizaje, torre de control,

edificios auxiliares y aparcamiento.

Dedicó unos minutos a contemplarla. No parecía que hubiera barreras. Empezó a bajar muy despacio, entró en el aparcamiento y lo cruzó. No había policía, ni siquiera personas; sólo unas cuantas camionetas y unos autobuses de trabajo destartados, todos cubiertos por un manto de nieve. Estacionó el *bobik* con el morro hacia fuera, metió varios enseres en la bolsa y echó a andar por el camino lleno de socavones que iba hasta la terminal.

Encontró un vestíbulo ruinoso, mugriento, abarrotado de gente. Y se le cayó el alma a los pies. Era obvio que todas aquellas personas llevaban mucho tiempo allí. Los asientos estaban ocupados y por todas partes se veía a alguien durmiendo, ya fuera en sillas, en bancos o en el suelo. En el aire, cargado de humo de tabaco, flotaba una algarabía de voces. Un montón de hombres se apiñaban en torno al mostrador de facturación y un gentío aún más denso rodeaba el bar, situado al fondo. Vio una cafetería, y todas las mesas llenas: gente jugando a las cartas, al dominó, un hombre tocando el acordeón.

¡Qué demonios! Era evidente que habían suspendido todos los vuelos. ¿Es que también estaban buscándolo allí?

Se abrió paso hasta el mostrador de facturación para consultar el panel de vuelos. Había una lista de destinos y todas las horas de llegada estaban en blanco.

La gente que atestaba el vestíbulo despedía fuertes olores: eran obreros, muchos de ellos nativos, que llevaban a la espalda esquis cortos y mochilas. Se dirigió a uno que parecía ser *chukchi*.

—¿Qué ocurre aquí, hermano? —le preguntó.

—Están repartiendo los billetes para Mitlakino.

—¿Y a qué se debe el retraso?

—No hay retraso. Hay ventisca.

Así que era por la ventisca... no por él.

—¿Y Magadán? —preguntó a continuación.

—¿Magadán? —El otro se quedó mirándolo, y entonces fue cuando Porter se percató de que estaba borracho—. A Magadán no se puede ir. Todos los vuelos que van al sur llevan varios días suspendidos, y así seguirán treinta y seis horas más. ¿Te has quedado sin trabajo aquí?

—Sí, exacto. ¿Cómo se llama ese otro sitio... Mitla qué?

—Mitlakino. Allí sí hay trabajo. Mira lo que dice el anuncio.

Se tambaleaba mientras hablaba, empujado por otros obreros que se abrían paso entre la multitud con papeles en la mano.

Porter salió del gentío y buscó el anuncio de trabajo. Estaba pasado el mostrador, en la pared que había entre este y la cafetería. Varios hombres dormían acurrucados en el suelo. Se inclinó por encima de ellos y lo leyó.

MITLAKINO (*Chukotskiy Poluostrov*)
Se necesitan obreros de la construcción.

Esencial poseer experiencia en minas.
Tarifas de sindicatos según la categoría.
Obligatorio presentar permiso de trabajo e historial laboral.
Se incluye transporte, alojamiento y pensión completa.

Chukotskiy Poluostrov. La península de Chukotka. Estaba en el extremo oriental, lo más al este que se podía ir. Él quería ir al sur, pero no habría modo de viajar hacia allí hasta al cabo de treinta y seis horas. Y con toda la gente que había en el aeropuerto, tampoco había garantía de que entonces pudiera conseguir un billete.

Tras reflexionar unos instantes, se abrió camino hasta el bar. Enseguida vio que se habían agotado las bebidas fuertes; detrás de la barra estaban apiladas las cajas de botellas vacías, y las dos mujeres que trabajaban allí se hallaban enzarzadas en una violenta discusión con unos hombres que se inclinaban para ver qué había debajo. Algunos de ellos habían formado grupitos para beber y estaban dando tragos a unas botellas que se iban pasando unos a otros.

La pared del fondo de la cafetería estaba decorada con un mapa enorme de Siberia, y hacia allí se fue Porter, mientras reflexionaba sobre qué era mejor. Obviamente, alejarse todo lo posible, pero ¿tanto como la península de Chukotka? Aun así, si aquel era el único sitio al que volaban los aviones... Una vez pasada la nevada, desde allí debería poder viajar hacia el sur y hacia Magadán. Y seguro que podían enviarle sus cosas directamente desde Magadán, la principal ciudad de la región de Chukotka. En cualquier caso, aquello era mejor que quedarse allí.

Mitlakino era un sitio del que nunca había oído hablar, pero vio dónde estaba, justo en el borde del mapa, allí donde el dibujo se difuminaba en el papel ajado y cubierto de grasa, pero aparecía rodeado por un círculo hecho con rotulador rojo. El nombre estaba escrito a mano, parte en el papel, parte en la pared; era obvio que allí no había nada y que todavía estaba en construcción.

Desde Baranija, también marcada con un círculo en el mapa, la distancia era enorme. Según la escala, debía de haber algo más de ochocientos kilómetros. Aunque con un vuelo directo tardaría sólo un par de horas en llegar.

—¿Qué problema tienes, hermano? —le preguntó el borracho, que había dado con él. De hecho, había dado con él bruscamente, cuando un grupo de bebedores lo sacó a empujones de su corro—. ¡Malditos cabrones avariciosos! —les gritó—. ¿Qué problema tienes? —repitió.

—Ninguno —respondió Porter—. ¿Tú vas a Mitlakino?

—Claro. Allí conozco a mucha gente. Gente buena, chukchis, no como estos cabrones avariciosos. Oye, hermano, ¿qué eres tú? ¿No eres chukchi?

—No —contestó Porter. El otro apestaba a alcohol—. Soy evenki.

—Ah, los evenkis son buena gente. Oye, ¿y tienes algo de beber?

—Tengo para mí —contestó Porter.

—Eres un buen tío. Vamos a echar un trago. Pronto anunciarán el vuelo.

—¿Cuánto tardarán?

—Poco. Lo ponen en el panel. El tiempo justo para echar un traguito.

—Espera un momento —le dijo Porter, y se acercó a consultar el panel, seguido por el borracho.

Ya habían anunciado la hora del vuelo de Mitlakino, el único que había anunciado. Y no iba a salir demasiado pronto.

«Mitlakino 18.00 horas».

El reloj del aeropuerto señalaba las 16.15 horas.

—Está bien —dijo Porter—, echaremos un traguito. Pero guarda tus papeles, o los perderás.

El borracho seguía aferrando el fajo en la mano.

—Y como no queremos compartir la bebida con nadie, vamos a buscar un sitio para nosotros solos.

Encontraron un sitio en el cuarto de calderas. El cartel de la puerta decía «NO ENTRAR», pero no estaba cerrada con llave. La primera puerta que había probado estaba cerrada a cal y canto.

En el cuarto de calderas hacía calor. Porter ayudó al chukchi a quitarse la mochila y los esquís que llevaba a la espalda y después se acomodó en el suelo y sacó la botella de la bolsa. Era la última que le quedaba y sólo había bebido de ella una vez; a su compañero se le iluminaron los ojos.

—Eres un buen tío —le dijo.

A las cinco menos diez ya sólo les quedaba un cuarto de botella, y, después de canturrear unas notas un tanto vacilantes, el chukchi dijo, asintiendo con la cabeza:

—Me gustan los hombres que saben beber.

—¿Tú eres un hombre que sabe beber? —le preguntó Porter.

—Por supuesto que sí —aseguró el otro.

—Voy a echar un trago —le dijo Porter, y se llevó la botella a los labios. No bebió nada, pero la sostuvo en alto y la miró, entornando los ojos—. Este ha sido un buen trago —afirmó—. Y no veo que tú los echés así.

El chukchi le dio un buen trago. Se bebió lo que quedaba y mostró la botella al tiempo que sonreía tontamente y se desplomaba de costado. Porter lo observó y esperó el primer ronquido.

Ya. Fuera de combate. Y para varias horas.

Eran las cinco en punto, quedaba poco tiempo.

Cogió los papeles del chukchi para ver si dentro estaba el billete de avión, y cogió también la mochila y los esquís. Luego agarró su bolsa, apagó la luz y volvió a cruzar el vestíbulo a toda prisa.

El reloj de pared señalaba las 17.05 horas. El panel seguía anunciando el vuelo a las 18.00 horas.

Lo cargó todo en el *bobik* y salió del aparcamiento. Seguía nevando, pero esta vez directamente hacia él, desde el sur. Subió la loma hasta llegar al repecho desde el que había visto la ciudad por primera vez, ahora el río y el valle quedaban a su izquierda. Buscó un hueco entre los peñascos rocosos de la derecha. Se acordaba de haber visto

cascadas congeladas que caían en las simas, y no tardó en descubrir una.

Se apeó del coche y fue a echar un vistazo con la linterna. Placas de hielo en la piedra. Sin obstáculos. No se veía el fondo, pero era profunda. Tardaría varios meses en verse, si es que se veía alguna vez, porque los torrentes del verano lo destrozarían.

Metió en la mochila todo lo que necesitaba. En el depósito del *bobik* ya casi no quedaba gasolina; en cambio, el bidón seguía lleno. Lo arrojó a la grieta, junto con la bolsa. A continuación, sacó las llaves del contacto, giró el volante con fuerza, soltó el freno y empujó el coche desde lo alto del repecho hacia la sima. El vehículo resbaló despacio, sin tropiezos, y sin tropiezos cayó por el borde... amigo fiel hasta el final. Contempló cómo desaparecía sin más, sin causar molestias. Por último, oyó un golpe sordo, amortiguado por el aullido del viento, luego otro más, después nada.

Se echó la mochila a la espalda y desató los esquís. Eran toscos, cortos y anchos, adecuados para terreno áspero, y llevaban los bastones atados. Se los enganchó a las botas, echó una ojeada al reloj —las 17.25 horas— y se puso en marcha.

Al cabo de un cuarto de hora estaba de nuevo en el aparcamiento. Tardó dos minutos en quitarse los esquís y meterlos debajo de la mochila, y entró en la terminal del aeropuerto a tiempo de oír cómo anunciaban el vuelo por los altavoces.

—¡Última llamada para el vuelo de Mitlakino! ¡Pasajeros con destino a Mitlakino y Poliarnik, embarquen inmediatamente! Última llamada para el vuelo de Mitlakino! Quince minutos para la salida del vuelo de Mishmita, Poliarnik y Mitlakino. Pasajeros embarquen inmediatamente.

Aún había un nutrido grupo de rezagados que intentaban abrirse paso entre la multitud y Porter se sumó a ellos. De modo que no era un vuelo directo. Y, además, los nombres resultaban desconcertantes. El de Mitlakino lo había oído sólo un par de horas antes, y Poliarnik era la primera vez que lo oía. Sin embargo, Mishmita le resultó vagamente familiar.

Entregó el billete y cruzó la puerta de embarque. El avión era un viejo Yak de tres motores, el típico cacharro adecuado para el norte, que sólo necesitaba una pista de despegue corta. Dentro reinaba un auténtico caos, una masa informe de mochilas y esquís. A bordo habría unos sesenta hombres. Porter acabó estrujado entre un ruso de aire reservado, a todas luces alguien con formación, que observaba a aquellos nativos ruidosos e indisciplinados con gesto enfadado.

—Pase a la ventanilla, yo me bajo antes —le dijo con voz adusta, al tiempo que ocupaba el asiento del pasillo.

—¿Dónde se baja? —le preguntó Porter en tono amable.

—En Mishmita.

—No conozco Mishmita. ¿Qué es?

—Se pronuncia «mis» —lo corrigió el ruso, cortante—. No «mish». Mis Schmidta.

—Ah.

Mis Schmidta... ¡el cabo Schmidta! Lo había visto en la carta náutica del *Suzaku*

Maru, había visto despegar un avión desde allí y llamó la atención del capitán al respecto, para aprovechar y buscar la posición del barco en la carta. Desde el cabo hasta la desembocadura del río Kolima se tardaban cuarenta y siete horas. Ahora estaba volviendo sobre sus pasos; sin duda, se estaba marchando por donde había llegado.

Poco a poco empezó a elaborar una idea.

—Dígame —le dijo al ruso con modestia—, ¿usted ha estado alguna vez en Mitlakino?

—Sí, he estado allí.

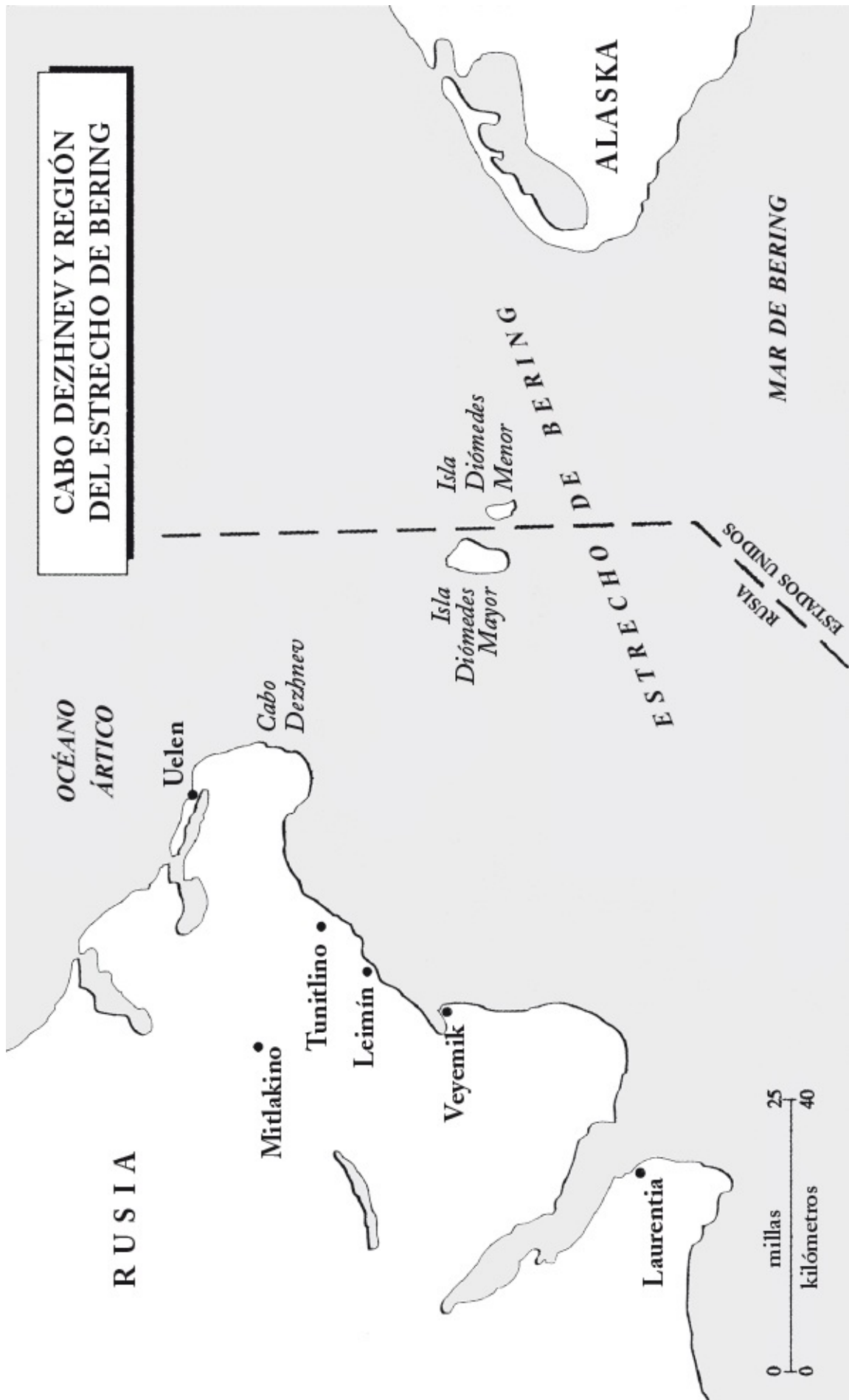
—Ya veo que es un hombre culto... perdóneme, yo soy un ignorante... ¿Está en el mar, en el Ártico?

El ruso se ablandó un poco.

—No, no está en el Ártico, está un poco tierra adentro desde un cabo, el cabo Dezhnev. A ese mar lo llamamos «estrecho», el estrecho de Bering. No sé si lo habrá oído nombrar.

—Ah, no.

Pero «ah, sí». ¡Por Dios! ¡Claro que sí! ¡El estrecho de Bering! No aparecía en el mapa del aeropuerto porque el borde estaba comido. Si uno viajaba lo bastante lejos en dirección este... Estaba deseando echarle mano al atlas escolar. Pero no podía hacerlo, porque lo llevaba metido en la mochila, junto con un montón de cosas más. Esperaría a que llegaran al primer destino y el avión se despejase un poco.



El trayecto hasta Mis Schmidta duró una hora, el ruso se bajó y subieron otros

pasajeros, provocando el mismo revuelo. Después, otros cuarenta minutos hasta Poliarnik, se bajaron varios pasajeros más pero no subió ninguno. Y por fin, cuando se terminaron las subidas y las bajadas y el avión se aligeró un poco de personal, Porter abrió la mochila, sacó el atlas y buscó el este con avidez.

Fue pasando una página tras otra, hasta que lo encontró: el cabo Dezhnev, situado en el extremo de la península. Era el extremo de la península, pero no del mapa, ni tampoco de Rusia. Para mayor conocimiento de los alumnos de Kolima, aquel atlas mostraba la frontera de Rusia y la de su vecino más próximo. La frontera estaba en medio del mar, que en aquel punto tenía ochenta y cinco kilómetros de ancho: el estrecho de Bering. A los vecinos les correspondían cuarenta y dos kilómetros y medio a cada uno, pues la frontera pasaba justo por el centro. Entre dos islas. La isla Diómedes Mayor era rusa y la isla Diómedes Menor americana. Las separaban sólo cuatro kilómetros...

Porter lo memorizó todo y volvió a centrarse en el continente. El ruso había dicho que Mitlakino estaba tierra adentro, yendo desde el cabo Dezhnev. Pero allí no salía. Lo único que se indicaba era una marisma, un lago y una pequeña cordillera. Al norte del cabo había un puntito en la costa que decía Uelen, y al sur otro que decía Laurentia. Habría más entre los dos. Y en Mitlakino habría un mapa a escala más grande, un mapa de trabajo.

Al poco empezó a verse Mitlakino allí abajo, iluminado por un resplandor tenue, y comenzó a distinguirse la línea recta de una pista de aterrizaje.

Tomaron tierra a las nueve en punto. Unos tractores para la nieve esperaban el avión para trasladar a los cuarenta y tantos pasajeros a los barracones de los trabajadores. El trayecto era corto, pero estaba nevando con bastante intensidad.

Porter se subió al último de los tractores. Hasta el momento nadie había cuestionado su presencia, y tampoco se había percatado de que faltaba un hombre, pero quedaba por ver qué ocurría más adelante. Cuando se aproximaron a la terminal, Porter vio que los primeros en llegar ya estaban entrando y que el tractor estaba yendo hacia una nave contigua. Una vez más se situó en el último puesto de la fila que aguardaba fuera. Dentro se estaba formando algún tipo de atasco, pero no tardaron en elevarse airadas quejas y, tras un fuerte tirón, acabaron por entrar todos.

En el interior de la terminal, en el vestíbulo abarrotado de gente, alguien hablaba por teléfono en tono colérico. Se había expedido un permiso de trabajo erróneo y estaban confirmando el asunto con Baranija. Un funcionario le gritó al empleado del mostrador que la documentación de los trabajadores se procesaría a la mañana siguiente, y el gentío empezó a dispersarse. Porter volvió a situarse al final del grupo. Estaban entregando a los trabajadores un resguardo —para los esquís y el número de litera— a cambio de la documentación. Porter llevaba los papeles en la mano, pero no le apetecía nada que los demás obreros oyeran decir en alto el nombre que figuraba en ellos.

Empezó a ponerse nervioso, el tiempo pasaba muy deprisa. Las nueve y media.

Habían transcurrido cuatro horas desde que el chukchi se quedó dormido. Podría despertarse en cualquier momento.

Por fin entregó su documentación, el último, y le asignaron una litera y una taquilla.

—Deje sus cosas y vaya directamente a cenar. La cocina está a punto de cerrar.

Localizó su litera, se asomó al comedor y vio que todo el mundo enseñaba su resguardo en el momento de pedir los platos. Volvió a salir.

El cable telefónico estaba cubierto de nieve, se había dado cuenta antes de entrar. Se perdía en el interior de un conducto de plástico que bajaba por la estructura de troncos hasta la caja de conexiones. Sirviéndose de su navaja, abrió la junta por la que se unía a la caja, cortó el cable y volvió a meter el conducto en su sitio. Nadie iba a hablar con Baranija. Decidió saltarse la cena.

En pleno vuelo, el general sostenía una acalorada conversación con Tcherski. Se habían hecho un lío, estaba claro. El chukchi de Baranija no era al que él estaba persiguiendo. Al de Baranija lo habían encontrado en el cuarto de calderas del aeropuerto, borracho. Y por lo que contó de forma incoherente, al parecer otro nativo le había robado la documentación y el billete de avión y se había largado con ellos, junto con una partida de obreros nativos que se dirigían a una obra. Ubicar la obra estaba siendo complicado.

El sitio se llamaba Mitlakino y no aparecía en los mapas del general. Y tampoco en los de Tcherski.

—¡Maldita sea! ¿Es que Tcherski no envía suministros a ese lugar?

—No, general. Según nos dicen en Baranija, se los envían desde Magadán.

—¿Desde Magadán? ¿Hay un servicio aéreo desde Magadán hasta allí?

Por lo visto sí.

—Este cabrón se dirige a Magadán —dijo el general a los de su equipo—. Desde allí continuará hacia el sur. Escuche —añadió dirigiéndose a Tcherski—, ese aeródromo, el de Mitla... como se llame, debe cerrarse. Dé la orden de inmediato. ¿Habrá aterrizado ya?

Sí, habría aterrizado ya. El avión había tomado tierra dos horas antes, a las nueve, y allí iba a pasar la noche a causa de la intensa nevada. No había contacto por radio ni con el aeródromo ni con la pequeña torre de control, que también había cerrado hasta el día siguiente. Y la línea telefónica del campamento no funcionaba, Baranija estaba intentando comunicarse con ellos.

—¡Maldita sea! —repitió el general—. Bueno, cuando consigan hablar con ellos, dícales que cierren el aeródromo. Ese avión no puede despegar, haga el tiempo que haga, y allí sólo deben entrar los militares. Póngase en contacto con la base aérea más cercana. Que Baranija les dé una ubicación clara, una referencia exacta en el mapa, con coordenadas. Ya hablaré yo con ellos cuando aterrice. Por fin tenemos acorralado al fugitivo. Bien, eso por un lado. Pasemos a otro asunto.

El general tomó aire.

—El *bobik*. El fugitivo huyó a Bilibino en un *bobik* y habrá llegado a Baranija con él. ¿Cómo es que no se ha dado parte de la desaparición de un *bobik*? ¿Qué datos han proporcionado en Baranija?

Allí no habían proporcionado ningún dato. No habían encontrado el *bobik* en el aeropuerto ni en la ciudad. Seguían buscándolo.

En ese caso, reflexionó el general, no iban a encontrarlo. El fugitivo se habría deshecho de él sin dejar rastro. Cada vez iba quedando más claro que se había marchado de Tcherski en el *bobik*. Quizá se hubiera servido del Tatra para llegar hasta la carretera de Bilibino y allí se hubiese hecho con un *bobik*, que era un vehículo más apropiado para las montañas que un camión. Sin embargo, en la

carretera de Bilibino no se había robado ningún *bobik*; su equipo la había peinado a fondo, había registrado todas las rutas de larga distancia. Entonces, ¿de dónde había salido aquel *bobik*?

De Tcherski. No había cogido uno en la carretera y ya está. Aquel tipo lo planificaba todo. Y había planificado también lo del *bobik*. En su escondite. Había llevado hasta allí algún vehículo de desguace y las piezas de repuesto para reconstruirlo. ¿De dónde salieron las piezas de repuesto? De la Compañía de Transportes de Tcherski. ¿Y de dónde salió el vehículo de desguace? Del mismo sitio. No era un camión Tatra, sino un *bobik*. Debía de haber unos cuantos cacharros viejos por allí, al fin y al cabo era un garaje enorme. Sin embargo, en los garajes grandes se seguían procedimientos a la hora de hacer las cosas. ¿Se habría producido algún fallo en la supervisión o es que alguien había contribuido activamente a...? ¿Quién era el responsable de esas cosas? ¿Y quién era el responsable de las piezas de repuesto?

—Tcherski... ¿sigue ahí?

El general se había quedado reflexionando durante varios minutos, durante los cuales sólo se había oído algún que otro chasquido discreto al otro extremo de la línea.

—Sí, general.

—¿Quién es el responsable de las piezas de repuesto de los *bobiks* en su Compañía de Transportes?

—Las piezas de los *bobiks* pertenecen al almacén de Vehículos Ligeros.

—¿Trabajan por la noche?

—No, por la noche no. Cierran a las cinco, general.

—Bien. Consiga una llave. Que el director de ese almacén esté allí cuando yo llegue. No le explique el motivo. Encárguese de que mi coche esté esperándome. ¿Se acuerda de lo de las coordenadas?

—Sí, general. Desea tenerlas preparadas para cuando aterrice.

—No son para mí, sino para los de la base aérea. Páselas a los de la base aérea. ¡Idiotas!

Vassili llevaba toda la noche muy callado, sin apartar la vista del televisor. Y su mujer no apartaba la vista de él. Sabía que ella no diría nada hasta que él dijera algo, y no había dicho nada en absoluto.

Decidió irse a la cama.

—De acuerdo, ¿qué pasa? —preguntó él.

—¿Vamos a perder el apartamento?

—No.

—¿Vas a meterte en líos?

—No.

—Dicen que ese hombre es malo.

—No lo es.

—Saben que alguien lo ha ayudado.

Vassili soltó un gruñido. No debería haberle contado lo del *bobik* a su mujer. Lo hizo en aquellos románticos días en que ella le había aconsejado a Kolia que debía follar con una evenki. Metió la dentadura en el vaso.

—¿Podrían averiguar algo? —preguntó la mujer.

—No.

O eso esperaba. Había estado repasando los duplicados de los formularios de pedido desde marzo y los avisos de entrega desde julio. Aún debía revisar los libros de inventario y de déficit, y también necesitaba una navaja de afeitar.

En ningún sitio figuraba ninguna de las piezas de repuesto. Era como si no se hubiesen pedido nunca, no se había realizado ninguna entrega; no había déficits. El revuelo vendría más tarde, y entonces ya se encargaría de eso. Siempre que Kolia no lo hubiera engañado, no lo hubieran encontrado o no hubiera dejado el *bobik* para que lo encontraran. Pero Kolia no habría hecho ninguna de esas cosas. No. Sin embargo, Vassili estaba abatido. Lo habían utilizado.

A las once apagó la luz.

En el cuartel de la policía, el general colgó el teléfono y esperó a que el controlador de vuelo de la base aérea volviera a llamarlo.

El registro que había llevado a cabo en la Compañía de Transportes no había tenido éxito. El director, un hombre de rostro demacrado que se notaba que era un superviviente de un antiguo campo de trabajo, lo había acusado sin miramientos de ver espías por todas partes y de desear que volvieran los viejos tiempos. Un tal Liova, el jefe del almacén de Vehículos Ligeros, otro anciano, exigió que el encargado nativo estuviera presente, lo cual le fue denegado por el general. Inspeccionaron los almacenes y diversos libros, todos incomprensibles... Era una tarea que debía llevar a cabo un experto. Bueno, más adelante. Por el momento...

—Diga.

—De acuerdo, general. En estos momentos las condiciones meteorológicas son adversas, no hay visibilidad.

—Pero ¿pueden aterrizar?

—Por supuesto. ¿Qué desea que hagamos?

—Capturen al fugitivo, nada más. Luego tendrá usted que ponerse al habla con Magadán, que son los que envían los suministros. Aquí yo no tengo una idea clara de...

—En este momento estoy viendo unas fotos aéreas.

—Ah, tiene fotos. Es un lugar aislado, ¿no es así?

—Sí, consta de una única estructura. ¿El fugitivo va armado?

—Suponemos que sí. ¿Cuándo puede usted llegar allí?

—Pongamos que a la una. Acabo de mandar para allá una escuadra de helicópteros. ¿Quiere que lo retengamos donde está o que lo traigamos aquí?

—Primero captúrenlo. Y luego ya le contaré más —contestó el general, y acto seguido colgó, con gesto de satisfacción.

Trasladarse allí desde Irkutsk había sido una decisión acertada. De lo contrario, era posible que aquellos idiotas estuvieran todavía peinando los almacenes. Cuando él llegó, el fugitivo les llevaba ya dos días de ventaja; pero impartiendo órdenes decisivas a la policía y a los aeropuertos había reducido dicha ventaja a dos horas. Ahora, a las doce y veinte de la segunda noche que pasaba allí, las dos horas se habían reducido a cuarenta minutos.

Decidió tomarse una copa mientras esperaba.

A las doce y media, Porter se bajó de la litera, arregló un poco las mantas y cogió sus botas y la mochila. En el dormitorio colectivo resonaban los ronquidos; se había asegurado de que todo el mundo estuviera dormido incluso antes de entrar él mismo a descansar un rato.

A las doce había oído marcharse un turno y llegar otro, que obviamente debía de haber ido a un dormitorio diferente. Ahora estaba todo en calma. Se asomó al vestíbulo, desierto y en penumbra.

Detrás del mostrador brillaba una lámpara solitaria. En el hueco que había junto a la puerta estaban los esquís, todos ordenados.

Permaneció inmóvil, estudiando la escena, y esperó unos instantes para cerciorarse de que estaba solo. Entonces fue detrás del mostrador, se sentó en la silla y se puso las botas, al tiempo que lo recorría todo con la mirada. Vio unos cuantos papeles clavados con chinchetas en un tablón, seguramente horarios de trabajo; y también un plano en el que se indicaban los números de las zonas. Sólo eso. Pero tenía que haber algo más; miró debajo del mostrador y lo encontró.

Una serie de casillas, todas ellas etiquetadas con claridad: «PLANO DEL CAMPAMENTO», «OBRAS MINERAS», «INFORME GEOLÓGICO», «TOPOGRAFÍA».

La de «topografía» contenía una docena de mapas enrollados y, entre ellos, Porter encontró el que necesitaba. Estaban tierra adentro, a cuarenta kilómetros del cabo. Dezhnev quedaba al norte y Laurentia al sur. Entre ambas poblaciones había una bahía curva con varios pueblos costeros: Naukán, Tunitlino, Leimín, Veyemik, Keyekán... Todos eran pueblos inuit, esquimales.

La marisma y el lago, diminutos en el atlas, allí estaban tremendamente ampliados. El campamento aparecía justo en medio. La obra se hallaba un kilómetro al oeste, en las estribaciones de una pequeña cadena montañosa. El mapa era de tal precisión que Porter pudo determinar su propia ubicación a una distancia de quinientos metros.

Las islas no figuraban en el mapa, porque a aquella escala quedarían demasiado separadas, pero sabía que tomando como referencia el centro de la bahía, quedaban al este.

El centro de la bahía parecía estar a la altura de Veyemik. Según la orientación de la brújula que figuraba en el mapa, esta última población estaba situada justo al sudeste del bloque de barracones.

Rebuscó en la mochila, encontró la brújula escolar e hizo una prueba con ella, buscando primero el norte. Según el mapa, este se correspondía con la nave contigua, donde habían entrado los tractores de nieve, dado que el bloque entero estaba construido justo sobre el eje norte-sur. Apuntó hacia allí con la brújula y observó que tenía unos pocos grados de desviación. Como no había forma de rectificar aquel

juguete, hizo los ajustes mentalmente y volvió a estudiar el mapa.

Había tres pistas principales: la que iba a la obra, la que iba al lago y la que iba al pueblo costero situado más cerca, Tunitlino. Examinó este con detenimiento.

Tunitlino estaba a treinta kilómetros. No había ninguna pista que partiera de allí hacia el siguiente pueblo, Leimín, que estaba doce kilómetros más al sur, pero el terreno parecía llano. Después venía Veyemik, situado a otros catorce kilómetros, pero rodeado por un gran número de curvas de nivel. Se hallaba enclavado junto a una entrada de mar, que ahora estaba helada.

Si llegase a la costa en Tunitlino, manteniendo el mar a su izquierda, acabaría encontrándose con Veyemik veintiséis kilómetros más adelante. Desde donde estaba ahora, el viaje completo eran cincuenta y seis kilómetros.

De acuerdo.

Volvió a guardar el mapa en su casilla, fue hasta la estantería de los esquís y buscó el par que había traído, identificados con el mismo número de la litera. Quitó el resguardo, buscó el duplicado en el bolsillo —lo tenía unido a la llave de la taquilla— y los llevó hasta el mostrador. Recordó que los habían sacado de un cajón. En el revuelo de la noche anterior, el empleado metió precipitadamente todos los papeles en el mismo. Porter lo abrió y encontró su documentación, con el número de resguardo anotado a mano en una esquina. La cogió, dejó los resguardos entre los otros y cerró el cajón.

Después de coger la mochila y los esquís, salió por las puertas dobles. La de fuera tenía un pestillo simple, que se cerró solo después de salir él.

En el exterior aullaba el viento y la nieve caía casi en horizontal. Encorvado, cruzó hasta la nave y encendió la linterna. Había cuatro tractores de nieve y tres *bobiks*; buscó en el mejor de los tres y luego en los otros dos. En ninguno habían dejado las llaves puestas. Maldición. Iba a tener que coger un tractor de nieve. Era engorroso y hacía mucho ruido, pero no le quedaba otra opción. Inspeccionó los cuatro que había y descubrió que tampoco tenían las llaves puestas.

¡Dios! No pensaba recorrer cincuenta y seis kilómetros, luchando contra aquella ventisca, sólo con unos esquís de trabajo, y menos teniendo en cuenta las muchas cosas que debía hacer. Paseó el haz de la linterna a su alrededor y vio las máquinas quitanieves, una de las cuales, de hecho, estaba aún cubierta de nieve. Echó una ojeada a la otra. Estaba en la entrada de la nave y era un vehículo oruga, como los tractores. Tenía la pala levantada señalando hacia fuera. Era alta y disponía de una cabina cerrada. Trepó por ella y abrió la puerta.

Las llaves estaban puestas.

Recorrió el interior de la cabina con la linterna. No sería la primera vez que conducía una máquina quitanieves, pero no estaba familiarizado con aquel juego de palancas. A la mierda: había una palanca de cambios, un acelerador, los limpiaparabrisas, las luces y el freno. Ya aprendería a manejarlo sobre la marcha.

Dejó la mochila y los esquís en el suelo de la cabina, cerró la puerta y giró la

llave. Hicieron falta varios intentos para que el motor cobrara vida, con un ruido horroroso. No sabía si con el vendaval oirían el estruendo, pero le dio igual.

Metió la marcha y empezó a moverse. Salió de la nave y, cuando estuvo bien lejos del edificio, dobló a la derecha para tomar la pista del lado norte. En la oscuridad no acertaba a verla y encendió brevemente los faros, pero la enorme pala le obstruía el campo visual. Sólo veía una cortina de nieve que lo deslumbraba y dos terraplenes desdibujados allá delante. Era obvio que aquella era la pista, despejada por la máquina quitanieves.

Avanzó entre ambos terraplenes y volvió a encender los faros. Gracias a ellos, vio los altos muros de nieve a un lado y a otro, y poco después cómo la pista empezaba a curvarse hacia la derecha, es decir, hacia el este. Sí, no se había equivocado. En el mapa, la única pista que iba hacia el este conducía a la costa, a Tunitlino. Siguió avanzando un poco más y luego hizo un alto.

Encendió la luz de la cabina para inspeccionar los mandos. Encontró la palanca que accionaba la pala y la bajó. Con los limpiaparabrisas funcionando ya podía ver con nitidez, por lo menos los dos terraplenes entre los que tenía que conducir. La pista discurría en línea recta y en ella no se veían huellas de que hubieran pasado otras quitanieves. Y tal como estaba nevando, al cabo de poco tampoco habría huellas de la suya. Mejor que mejor. Aquella máquina no tenía indicador de velocidad, y desde luego no era un coche de carreras, pero, aun así, sólo había treinta kilómetros hasta la costa. Era casi la una de la madrugada; calculó que conseguiría cubrir aquella distancia en una hora, y arrancó de nuevo. Pero casi de inmediato se detuvo otra vez.

Apagó el motor y también las luces.

Había un helicóptero sobrevolando la zona. Lo había oído incluso con el ruido del motor. Era un helicóptero grande. A veces daba la impresión de que eran dos. ¿O sería siempre el mismo, que estaba dando vueltas intentando encontrar la pista de aterrizaje?

Bajó la ventanilla y miró hacia el cielo. A través de la cortina de nieve atinó a ver, de forma intermitente, el haz de luz de un foco de rastreo. En efecto, la pista de aterrizaje tenía las luces apagadas, y el piloto la estaba buscando. A lo mejor era el equipo de técnicos, que venía a reparar la línea. Aunque era raro que lo hiciera a la una de la madrugada. Por otra parte, esos técnicos trabajaban las veinticuatro horas del día. Arrancó de nuevo y siguió avanzando, esta vez con los faros apagados. Sabía que desde el aire no podían verlo, porque lo protegía un manto de nieve.

Condujo durante varios minutos, luego se detuvo y volvió a apagar el motor. Aún se oía el helicóptero, pero ya más lejos. El piloto no había aterrizado todavía, o bien lo había hecho pero los rotores seguían produciendo aquel ruido espantoso. Fuera como fuese, ya no se veía ningún haz luminoso a través de la ventisca y el aparato estaba muy atrás, así que encendió las luces de posición y reanudó la marcha con gesto pensativo.

Los técnicos habían llegado con una rapidez inesperada. Había hecho bien en

moverse deprisa. A aquellas horas, el chukchi de Baranija ya debía de haberse despertado y seguro que estaba armando un escándalo. Siguió conduciendo; la pista era una línea recta que resplandecía con un blanco brillante entre los dos terraplenes, así que por el momento le bastaba sólo con las luces de posición.

A las dos y diez apareció la primera población: Tunitlino.

Estaba formada por un semicírculo de cabañas que daban la espalda a la pista y de cuyas chimeneas salía una columna de humo. El humo iba hacia él. No se veían luces y no se distinguía el mar. Estaba helado, por supuesto.

Apagó las luces y el motor, bajó la ventanilla y aguzó el oído. No se oían perros. Ahora el viento sólo siseaba con suavidad, pero provenía del mar. Y nevaba bastante menos. Con el mar cerca, el clima era diferente.

Había una única calle, que discurría por detrás de las cabañas, o por lo menos era un tramo despejado. Habían abierto un camino que partía de allí y que se unía con la pista por la que estaba circulando él ahora, pero se difuminaba un centenar de metros más adelante, donde los terraplenes desaparecían del todo. Allí tendría que girar a la derecha.

Sin embargo, se dijo que era mejor apearse y echar un vistazo.

En el aire flotaba un humo de carbón que olía a acre, procedente de las viviendas. Avanzó pisando nieve nueva, que crujió ruidosamente en medio del silencio, y siguió andando hasta que dejó de haber casas y el camino se acabó. Entonces sí que vio el mar. La playa descendía poco a poco a lo largo de un trecho muy largo, quizá doscientos metros, y a partir de allí arrancaba una ancha y desierta planicie. El estrecho de Bering.

A la derecha igual, otra planicie desierta y blanca, por encima del nivel del mar. El perfil de la costa se inclinaba hacia él. La temperatura había subido, se veía una leve neblina en el aire y unos cuantos copos de nieve revoloteaban. Entre estos y los jirones de niebla atisbó a ver una estrella o dos. Todo el terreno que se extendía frente a él era llano. Bien.

Dio media vuelta y caminó de regreso.

En el silencio, apretó los dientes al oír el ruido que hacía el motor al encenderse. Era inevitable. Sin luces, recorrió el último tramo de pista que quedaba, giró a la derecha siguiendo la costa y continuó avanzando. Los espejos de la máquina y todas las superficies de cristal estaban cubiertos de nieve, así que tuvo que asomar la cabeza de la cabina para mirar atrás. Se había encendido una luz en una de las casas, aunque no tardó en apagarse. Lo habían oído, pero no había despertado su interés. Encendió los faros y continuó.

Los últimos días había dormido muy poco, pero incluso despierto le pareció estar soñando. Iba conduciendo una quitanieves por el estrecho de Bering. Al frente, en la oscuridad, se encontraba Estados Unidos. Y en medio había dos islas rodeadas de hielo. Lo único que tenía que hacer era ir andando hasta allí.

La población siguiente era Leimín, doce kilómetros.

Bancos de niebla, nevadas repentinas; el tiempo cambiaba cada pocos minutos. Pero todos esos cambios borrarían sus huellas con eficacia.

Leimín estaba a menos de media hora.

Giró tierra adentro para mantenerse a distancia del pueblo hasta que dejó atrás las casas, y entonces volvió a la costa.

Hasta Veyemik había otros catorce kilómetros. Allí, el mapa indicaba muchos cambios de nivel, sin embargo él no veía ninguno.

Los vio al cabo de unos minutos. El suelo se elevó de repente y la costa descendió con brusquedad. Además, a su derecha aparecieron rocas altas y cubiertas de nieve. Esas rocas formaban un acantilado, y él iba avanzando encajonado entre este y la caída a plomo que tenía a su izquierda. Redujo la velocidad. Allí no había modo de dar la vuelta, y tampoco merecía la pena darla, porque si regresaba tierra adentro se encontraría con otros cambios de nivel distintos, tal vez insuperables; de hecho, el mapa señalaba un gran número de ellos.

De modo que siguió avanzando muy despacio.

Dado que Veyemik estaba enclavado en un estuario, tenía que haber un punto por el que bajar hasta el mar. Otra cosa era que se pudiera hacer con un vehículo, porque bien podría ser un precipicio. Decidió acercarse todo lo que pudo y echar una ojeada. Si hacía falta, llegaría hasta allí esquiando, ya no estaba tan lejos. Pero entonces tendría que solucionar el problema del vehículo. No podía dejar abandonada una máquina quitanieves porque revelaría adónde había huido.

Se bajó y se asomó al precipicio. El estrecho helado quedaba muy abajo, y la pista era muy estrecha. Si se acababa sin más, él se despeñaría.

Pero, de pronto, en el espacio de un minuto, el tiempo cambió otra vez.

Justo cuando la pista torcía bruscamente hacia el mar, sopló una súbita ráfaga de viento y la nieve golpeó el parabrisas. Las escobillas tuvieron que trabajar al doble de velocidad. Un momento después, todo pasó. Calma total. Copos de nieve revoloteaban en el aire y abajo se veía el estuario. Lo distinguió con claridad, la interrupción del perfil de la costa, la ancha entrada del mar en la tierra. Al otro lado había un puñado de casas: Veyemik. Y una ladera larga y cómoda que llevaba hasta el pueblo.

Bajó con la quitanieves, entró con suavidad en el estuario, lo cruzó hasta el otro lado y salió por detrás de las casas.

Eran las tres de la madrugada.

Apagó los faros y el motor y se apeó para echar un vistazo.

En dirección al mar no había nada, tan sólo una extensa planicie de hielo cubierta de nieve. Ahora las islas quedaban justo al este. Podía ir hasta ellas con la quitanieves. Sólo que en realidad no podía. Lo detectarían al momento. Ambas islas eran puestos de observación y estaban repletas de dispositivos electrónicos. Tendría que llegar a pie. Desde allí había más distancia que desde el cabo Dezhnev, unos cincuenta o sesenta kilómetros, pero sería más fácil y con menos posibilidad de error:

siempre hacia el este. Incluso con aquellos pequeños esquís podría hacerlo en cinco o seis horas. Por supuesto, estaría totalmente desprotegido, en el caso de que alguien supiera adónde había ido. Había llegado el momento de deshacerse de la máquina quitanieves.

Un riachuelo helado bajaba de las lomas que había detrás del estuario. Lo había visto en el mapa, y ahora distinguió sus bordes. Subió de nuevo a la quitanieves, llegó hasta aquel riachuelo y avanzó por él corriente arriba. La pista desaparecía enseguida, serpenteando entre la maraña de repechos del terreno. Avanzó durante veinte minutos sin encontrar ningún sitio en el que dejar la quitanieves, ni una cueva, ni una garganta. Empezó a nevar otra vez y decidió dejar la máquina de todas formas; nadie iba a encontrarla allí hasta que llegara el verano. Y a él se le acababa el tiempo.

Apagó el motor, se bajó de la cabina, se puso la mochila y los esquís y descendió, más rápido de lo que había subido.

Cuando llegó al estuario tenía la cara llena de nieve y, a pesar de los guantes, se notaba las manos entumecidas por el frío. Se obligó a caminar por el hielo hasta el borde del mar. Con aquellos esquís, pequeños y anchos, le resultaba trabajoso avanzar, pero mejor aquello que nada. Hizo un alto para palmearse las manos y desentumecerlas antes de orientarse.

Allí no había playa, sólo el estuario, que llegaba plano y se unía con el estrecho. Ante Porter se extendía el gran vacío. Primero estaba la isla rusa, el triple de grande que la norteamericana, por lo que la tapaba por completo. Tendría que llegar a la rusa y rodearla antes de buscar la posición adecuada para dirigirse a la otra. A partir de ese momento, todo iba a ser calcular sin cesar y comprobar la orientación cada pocos minutos, porque en aquel océano negro iba a caminar a ciegas.

Abrió la mochila y sacó la linterna y la brújula. Casi no sentía la brújula al tacto. Se quitó los guantes, se echó el aliento en las manos y alumbró la brújula con la linterna. Como no podía sostenerla con una sola mano, sujetó la linterna con la barbilla y la agarró con las dos. Aun así, le costó mantener la aguja estable. Al cabo de unos momentos, descubrió que no iba a quedarse quieta. Temblaba y se agitaba constantemente, diez grados, veinte, treinta. Recorría toda la esfera. Además, observó que no sólo se movía, sino que también latía. Eran pulsos de radar, pulsos intensos, procedentes de alguna parte.

Los estuvo observando durante unos instantes para ver si seguían un patrón. Pero el único patrón que identificó era discontinuo; la aguja daba saltos todo el rato, recorriendo toda la esfera, una y otra vez.

Esa era su situación a las cuatro, cuando se dio cuenta de que estaba sin brújula y sin vehículo, y de que, aunque tuviera uno, tampoco sabía adónde ir.

El refugio más próximo al que podía acudir para no congelarse era el pueblo de Veyemik, y hacia allí echó a andar, al tiempo que se devanaba los sesos.

La primera casa era también la más grande. Llamó a la puerta una vez, y siguió aporreándola hasta que oyó llorar a un niño pequeño y a alguien que maldecía en voz

alta. Poco después, apareció ante él un esquimal en pijama.

—¡No he robado nada! —le dijo Porter.

—¿Qué?

—¡Lo juro por Dios! Me están persiguiendo. ¡Llevan todo el camino persiguiéndome!

—¿Quién lo persigue? —preguntó el esquimal—. ¿Desde dónde?

En Tcherski, el general hablaba de nuevo por teléfono con la base aérea. Eran las dos de la madrugada.

—¿Qué diablos está diciendo?

—Que el fugitivo no está. Han registrado los barracones, el complejo entero, y no aparece por ninguna parte.

—Pero tiene que estar. ¿Qué más hay ahí?

—Una explotación minera a un kilómetro. Pero allí no ha ido, por lo menos con un equipo de trabajadores. Los trasladan en tractores de nieve, porque está nevando de lo lindo. ¿Desea que registremos la explotación minera?

—Sí, por supuesto. Podría estar escondido allí. Sabemos que está ahí, en alguna parte, porque llegó anoche en avión.

Pero esto último no estaba claro. En el campamento aseguraban no tener constancia de que hubiera pasado por allí. No había dormido en ninguna litera, no había consumido comida, no se le había entregado ningún resguardo y no había dejado ninguna documentación. Y tampoco había esquís ni equipajes que fueran suyos.

—Pero sí subió a bordo de ese avión —replicó el general—, porque robó un billete para hacerlo.

Otro dato que no estaba claro del todo. Era posible que el billete y la documentación los hubiera sustraído otro trabajador, de manera inintencionada, que fuera un robo aleatorio. Pero si era un trabajador del grupo tendría su propio billete, no necesitaba robar otro. Y también tendría su propia documentación. Lo que explicaría que la robada no estuviera allí.

El general reflexionó al respecto.

—Los tripulantes del avión que están alojados allí... ¿saben si se llegó a usar el billete robado?

Tampoco. Dentro del avión había un caos tremendo y los billetes no se entregaron a bordo, sino en Baranija. ¿Debían consultar a Baranija?

—Yo lo haré. Ustedes registren la explotación minera.

El general habló con Baranija, y averiguó que el billete se había usado y que, por tanto, el fugitivo había volado con él. Subió al avión, pero por lo visto no bajó; por lo menos en ninguna de las escalas intermedias, porque lo habían consultado y habían verificado que en ellas no desembarcó ningún nativo. Con toda seguridad, el fugitivo continuó hasta Mitlakino, pero desconocían lo que había sido de él.

—¡Me han perseguido con un tractor para la nieve! ¡Me llevan persiguiendo desde Mitlakino! Pregunte en Tunitlino, ¡detrás de mí venía un tractor, en mitad de la noche!

—¿Ha venido esquiando desde Mitlakino, desde el campamento minero?

—¿Y qué iba a hacer? Me habrían matado. Llevo esquiando toda la noche, estoy agotado. Allí odian a los evenkis, y también a los inuit. —En ese momento estaba hablando en inuit—. Los chukchis no se fían de nosotros. Quieren Chukotka para ellos, para los evenkis no hay trabajo.

—Vaya, pues no sé...

El esquimal era un individuo regordete, de modales suaves, y su casa era grande porque era el jefe. Se acarició la cara redonda y, con gesto de desconcierto, miró primero al evenki histérico y después a los demás miembros de la familia. Los once lo miraron a su vez con un desconcierto similar.

—Lo mejor es que duerma un rato. Puede hacerlo al lado de la estufa. Mañana por la mañana buscaremos una solución.

—Pero ¿me protegerá? ¿Impedirá que me atrapen?

—Lo protegeré. Todavía no entiendo lo que ocurre. ¿Dónde ha aprendido inuit?

—En el norte. Estuve trabajando durante algunas temporadas... ¿De verdad no va a delatarme? Saben que estoy aquí, me han perseguido hasta Leimín, pero no han podido pasar, porque la pista estaba toda nevada. Pero yo sí he pasado. ¿Hablará en mi favor mañana por la mañana?

—Ya veremos. Aún está nevando, aunque debería haber parado. Es posible que por la mañana haya niebla. De momento, que todo el mundo se vaya a la cama, ¡son más de las cuatro!

Eran más de las cuatro, y a las seis todo el mundo estaba otra vez en pie. Y había niebla.

Después de haber dormido, el evenki estaba ya mucho más calmado. Pidió disculpas por la histeria de la noche anterior. Quizá sus perseguidores no hubieran llegado a matarlo, pero sí le habrían dado una buena paliza. Un hombre había perdido dinero en la mina, e inmediatamente lo habían acusado a él, el único evenki que había allí. Podía demostrar que él no había robado nada. No tenía nada. Cuando vinieran a buscarlo...

—Mire —le dijo el esquimal—, hoy no va a venir a buscarlo nadie. No podrán, por la niebla. Y, si vinieran, las mujeres lo esconderían.

Al oír eso, el evenki se alarmó de nuevo. ¿Las mujeres? ¿Por qué iban a tener que esconderlo las mujeres?

Porque los hombres estarían fuera, trabajando.

—¿Fuera, dónde? ¿Muy lejos?

—En el hielo. En el mar.

—¿Cazando focas junto a la costa? ¿Allí al lado?

Los esquimales sonrieron. No iban a cazar focas. No era la temporada. Irían a pescar. Al punto de pesca. En el estrecho. Pasarían allí todo el día.

Al oír eso, el evenki se alarmó todavía más. No pensaba pasar el día entero con las mujeres. Se iría esquiando por la costa. A no ser que los hombres quisieran

llevarlo con ellos. ¿Querían llevarlo con ellos?

Si él quería... pero no había peligro. Nadie podría llegar hasta allí con aquella niebla. Aun así, si tan nervioso estaba...

Estaba muy nervioso, y hacía preguntas nerviosas: ¿cabía la posibilidad de que alguien los siguiera? ¿Se iban muy lejos?

Cincuenta kilómetros, respondieron divertidos; y nadie podía seguirlos. Se necesitaba una señal. Las autoridades la colocaban en sus vehículos, vehículos oruga. La señal servía para indicar a los de la isla quién se acercaba. Porque allá delante había una isla. Y también servía para guiarlos a ellos hasta el punto de pesca, donde había una baliza, también puesta por las autoridades. De lo contrario, resultaba imposible encontrarlo. Nadie podía seguirlos, no tenía por qué estar tan nervioso.

Eso acabó calmándolo y, después de tomar sólo un té muy caliente, partieron enseguida. El evenki mostró un gran interés por la pesca. Los mejores caladeros, le dijeron, estaban junto a las islas, donde el lecho marino era poco profundo. Allí había dos islas, pero a la segunda no se podía ir, porque era de los americanos. Y a la primera sólo se podía ir en verano, cuando subían las focas, que era cuando los militares les permitían acampar en las pequeñas bahías rocosas que había allí.

Entonces, ¿qué era lo que pescaban ahora?

Pues peces, a través de agujeros que hacían en el hielo, de dos metros cuadrados. Claro que había que saber dónde hacerlos. Normalmente, allí delante el hielo tenía un par de metros de grosor, pero en algunos sitios medía hasta veinte. Se cortaba en capas con una sierra eléctrica alimentada con una batería de coche. Las autoridades venían de vez en cuando a inspeccionar los agujeros, y tenían que estar cerca de la baliza. La señal los guiaba hasta allí...

La señal era una luz de color ámbar, colocada en el salpicadero, que parpadeaba a intervalos más largos si se desviaban del rumbo. Torcieron un poco para mostrarle al evenki cómo funcionaba, y se rieron a carcajadas ante su asombro.

Dentro del vehículo iban muy apretados, ocho hombres, todos dando grandes voces para instruir a aquel evenki que mostraba tanta curiosidad. Unos minutos antes que ellos había partido otro vehículo para montar el campamento, y un tercero les hacía compañía a un lado, con los faros encendidos pero apenas visibles entre la niebla.

¿La gente de la isla iba a inspeccionar los agujeros?, preguntó.

Desde luego. Y también inspeccionaban la baliza. Ellos solían darles algo de pescado, porque siempre estaban necesitados de alimentos frescos.

Se desplazaban en coche, ¿verdad?

A veces, cuando estaban entrenando a nuevos reclutas. Los entrenaban para maniobrar en el hielo. Algunos eran nativos, los utilizaban como guías. Pero sobre todo iban en helicóptero.

¿Tenían un helicóptero en la isla?

¿Un helicóptero? Un escuadrón entero. Aquella isla no era más que un trozo de

roca, como de un kilómetro de largo, a la que habían rebajado la parte superior para construir un gran helipuerto. Cuando despegaban todos juntos resultaba imposible hablar unos con otros.

¿Tan cerca estaban?

Diez kilómetros desde el punto de pesca. En verano, incluso se veía desde allí mismo, ya no quedaba mucho.

No quedaba mucho, en efecto; al poco llegaron al punto de pesca.

Había varias lámparas encendidas, alimentadas con aceite de foca y apoyadas en estacas, formando un amplio cuadrado. Dentro de ese cuadrado se estaba desarrollando una actividad frenética. A través de la densa niebla, se distinguían unas figuras espectrales, los esquimales del primer vehículo, que estaban montando una tienda de campaña; otros recorrían el perímetro, rellenando las lámparas de combustible. Todos llevaban esquís cortos, y Porter también se puso los suyos. Había dejado la mochila en el pueblo, y lo único que había cogido de ella fue la linterna, que ahora tenía metida a presión dentro del anorak.

De los vehículos sacaron diversos equipos: una manivela, sedales, cuerdas, cestas para el pescado. Los hombres trajinaban con energía, y Porter fue con un grupo de ellos hasta el primer agujero. Allí también había lámparas ardiendo, y de los cuatro costados colgaban cuerdas hacia el interior del hielo. Los hombres tiraron levemente de las mismas para calcular el peso de las cestas que colgaban de ellas, y fueron repitiendo la operación en cada uno de los agujeros. Una vez que se recogieran las cestas, podrían utilizar los sedales para atrapar peces más grandes. Para ello había que bajarlos por el agujero con un cebo en el extremo; pero aquello ya lo harían después de desayunar.

Tomaron el desayuno dentro de la tienda de campaña y, mientras comían, Porter les preguntó cuánto tiempo solía durar aquella niebla.

Dependía. En la temporada en que estaban era raro que nevase, pero, cuando lo hacía, después siempre había niebla. Como hacía mucho tiempo que no nevaba, la niebla no duraría mucho, quizá sólo unas horas. Había que esperar al viento.

¿Eso afectaba al trabajo?

No. Afectaba a los otros, a los de la isla. No les gustaba la niebla. Sólo veían cuando había oscuridad, porque tenían unas gafas especiales. Pero con niebla no veían nada.

¿Y qué era lo que querían ver?

A los americanos, que estaban sólo a cuatro kilómetros, al otro lado de la isla. Se vigilaban unos a otros. A eso se dedicaban, mientras los demás hacían el trabajo.

Los hombres estaban muy animados mientras desayunaban, e igual de animados volvieron a sus tareas. El jefe invitó con alegría al evenki a que se quedara y ayudara a fregar los platos, así pagaría su manutención. Él echó una palada de nieve en un cubo y lo puso sobre el fuego. De pronto, observó que el cocinero estaba escuchando algo.

—Qué raro... hay uno aquí arriba —comentó el hombre.

—¿Un helicóptero? —Comenzó a oírlo él también, muy amortiguado.

—Sí. Pero no es de los de la isla.

—¿Sabes distinguirlos?

—Este viene del continente. Es grande y va de un lado a otro. ¿Tú no lo oyes? No tiene ningún sentido volar con esta niebla.

Porter, sin hacer ruido, aclaró los platos de latón y rascó los restos que habían quedado en la cazuela.

—La grasa y los pellejos van a la cesta. Son cebo —le indicó el cocinero—. ¡Anda... ahora han salido los otros!

De repente se oyó un fuerte estrépito surcando el aire.

—¿Los de la isla?

—Sí. ¡Han salido con niebla!

—¿Dónde está la isla?

—Por allí... ¿Qué estás haciendo con los esquís?

Se los estaba poniendo. Todos se los habían quitado cuando se sentaron alrededor del fuego para desayunar.

—Voy a salir a echar un vistazo —contestó.

—No vas a ver nada con esta niebla. La isla está en esa dirección, pasado el primer agujero en el hielo, en línea recta. Dios... ¡vienen más! ¡Eh, no te salgas de las luces! Es fácil perderse. ¡No te alejes más de cien pasos!

—De acuerdo.

Hasta que dio los cincuenta primeros pasos no logró ver el agujero, tenuemente iluminado. Allí había varios hombres afanados con los sedales y no se percataron de su presencia. Si miraba hacia atrás, sólo distinguía el contorno desdibujado del campamento. Empezó a contar otra vez. Contó cincuenta, y sesenta, y setenta; y cuando miró hacia atrás de nuevo, ya no distinguió el agujero ni el campamento. Al volverse para mirar no había movido los esquís, y cuando reanudó la marcha siguió por la misma línea recta, y también siguió contando. Los pasos que daba con los esquís eran aproximadamente de un metro, de modo que al cabo de mil pasos había recorrido un kilómetro. El aire era negro, de un negro ahora surcado por un estruendo ensordecedor.

A las cuatro de la madrugada, la base aérea informó de que el fugitivo no estaba en la mina ni en los barracones, que no había desaparecido ningún vehículo y que no había el menor rastro de que ese hombre hubiera llegado allí.

El controlador de vuelo fue aún más allá. Llevaba toda la noche mostrándose cada vez más escéptico y dijo que ya habían perdido bastante el tiempo y que deseaba hacer volver a sus hombres.

El general se lo pensó. Como no podía hablar en persona con aquel lugar dejado de la mano de Dios, sus comunicaciones se realizaban a través de aquella birria de base aérea, que estaba volviéndose más birria a cada momento que pasaba, y más insolente también.

—¿Cuántos hombres tienen allí? —preguntó.

—Veinticuatro. En tres helicópteros. Equipos de ocho hombres.

—¿Y entre todos no hay ninguno que sepa reparar un teléfono?

—Hay un equipo de técnicos de señales, sí, pero están aguantando una fuerte nevada. La línea podría haberse interrumpido en cualquier sitio.

—¿Han probado la que está dentro del edificio?

—Lo preguntaré. Pero esta es su última petición, general. Voy a concederle una hora.

—¿Petición? ¿Cómo que petición? ¡Es una orden! ¡Dentro de una hora volverá a informarme! —vociferó, y colgó el teléfono de golpe.

Sin embargo, sabía que su interlocutor tenía razón. Cuatro horas de helicóptero desperdiciadas... Y aquel cabrón se le había vuelto a escapar; a aquellas alturas podía estar ya camino de Magadán.

Decidió no volver a hablar por teléfono.

No obstante, cuando entró la siguiente llamada, antes de que la hora hubiera transcurrido, la atendió con avidez nada más enterarse de dónde procedía.

—¡Mitlakino! ¿Han encontrado el problema?

—Sí. Un cable roto. Es que, verá, tienen un conducto que va hasta una caja de conexiones y lo que...

—¿Estaba cortado?

—Bueno, no se ve deshilachado. Pero nadie ha dicho que...

—Está bien. Usted, ¿cuál es su rango?

—Sargento, señor.

—No se aparte de ese teléfono. Dígale al director del campamento, de mi parte, que vuelva a revisar sus vehículos. Que los revisen todos. Que lo haga él mismo, y que incluya los que tengan en la mina. Luego deberá informarme a mí personalmente, y más le vale no dejarse ninguno. Hágalo ya mismo. Aquí lo espero, así oíré lo que

diga. Cuando haya cumplido esa orden, le daré otra para que la transmita.

La otra orden era que debían inspeccionar de nuevo la aeronave civil que estaba en la pista de aterrizaje. Tenían que inspeccionar desde el morro hasta la cola, centímetro a centímetro; todos los asientos, debajo de los asientos, la bodega de carga, los aseos y las partes huecas del fuselaje.

—No se retire del teléfono, porque hablarán con usted. Y aunque no le hable nadie, siga al teléfono. Mantenga esta línea abierta, no permita que la utilice nadie más.

Esto sucedía a las cinco en punto de la madrugada.

A las cinco y media, el director del campamento solicitó permiso para ponerse al teléfono y el general se lo concedió.

—¿Y bien?

—General, no falta ningún vehículo real de...

—¿Cómo que «real»? ¿De qué está hablando?

—Me refiero a los vehículos, no falta ninguno. Hace varias horas que los inspeccionamos todos. Pero... hay una máquina quitanieves que no está. Puede que se haya averiado y que el conductor esté pasando la noche en Tunitlino. Allí no tienen teléfono, pero voy a enviar a...

—¿Tuni qué? ¿Allí tienen vehículos?

—Sí, tienen vehículos. Unos especiales, oruga, para salir a...

—¿A qué distancia está Magadán de allí?

—¿Magadán? —El director permaneció unos segundos en silencio—. Pues no sé... yo diría que quizá... ¿a dos mil kilómetros?

—Dos mil...

Por primera vez, el general fue consciente de que no sabía con exactitud dónde se encontraba Mitlakino. Dado que en aquella zona no había nada que fuera digno de mención y que no figuraba en los mapas de Tcherski, nadie le había facilitado la ubicación de dicha localidad. Sin embargo, la base aérea sí sabía dónde estaba. Él había dado por hecho que la base aérea quedaba cerca de Magadán y que Mitlakino estaba...

—¿Dónde diablos se encuentra? —preguntó.

—¿Que dónde estoy? —replicó el director, extrañado—. En Mitlakino. Al norte de Laurentia y al sur del cabo Dezhnev.

—¿El cabo Dezhnev! —Hizo un gesto de apremio con la mano para que le trajeran los mapas—. Dezhnev... Dezhnev. ¿Se refiere a... la península de Chukotka?

—Sí, por supuesto. A la península de Chukotka.

—Estoy viendo un lago. Y también una marisma, ¿es ahí?

—Donde el lago y la marisma. Sí, general, nosotros estamos en medio.

—¿Y Tuni... Tunitlino está en la costa?

—A treinta kilómetros de aquí, donde yo creo que el conductor de la quitanieves ha...

—¿La costa del estrecho de Bering?

—Efectivamente, el estrecho de Bering.

—¡Maldita sea! ¡Maldita sea! —exclamó el general—. El fugitivo no se dirige hacia el sur, sino hacia... ¿Está ahí el sargento? ¡Páseme con él!

A las seis en punto, los helicópteros ya se encontraban otra vez en el aire, dirigiéndose hacia el rosario de pueblecitos costeros que había entre Tunitlino y Keyekán. Sus órdenes eran aterrizar en esos pueblecitos y registrarlos.

A las seis y media todos informaron de que había una densa niebla que cubría la zona de la costa. No veían nada en el suelo y tampoco se veían unos a otros. Solicitaban permiso para regresar.

—¡No! —negó el general—. ¡Terminantemente no! —respondió a la base aérea—. Deben aterrizar.

—Pero es que no ven.

—Pues desciendan más y miren bien.

—General, en estas condiciones mis hombres corren peligro. En el mapa podrá comprobar que en esa zona hay colinas.

—Y usted podrá comprobar en el suyo que también hay un estrecho. ¡El estrecho de Bering! Ordene que lo sobrevuelen un poco alejados de la costa. En los pueblos habrá luces. Si miran bien, los verán.

A las siete menos cuarto, un helicóptero había localizado Tunitlino.

Informó de que allí no se sabía nada del fugitivo, pero que los aldeanos habían oído pasar un vehículo durante la noche. Eso había sido poco después de las dos de la madrugada, en dirección a Leimín.

Poco después llamaron desde Leimín.

Allí tampoco sabían nada del fugitivo y, además, no habían visto pasar ningún vehículo.

—Entonces es que ha intentado escabullirse por el medio —dedujo el general—, o que ha huido tierra adentro. —Iba trazando la ruta en su mapa—. Que registren ambos pueblos. Pero yo creo que ha ido al siguiente, Veyemik. Desde allí, todo hacia el este, tiene vía libre hasta las islas. Pero no con la máquina quitanieves, porque la detectarían enseguida. Va con esquís. ¡Se ha llevado unos! Pero si va con esquís, no puede haber llegado todavía, y más con esa niebla... Yo diría que sigue allí. O les ha contado a los del pueblo cualquier historia, o se ha escondido allí. ¡Está en Veyemik!

A las siete menos cinco llamaron desde Veyemik, y el general se llevó una alegría.

Un desconocido había aparecido en el pueblo en mitad de la noche. Un desconocido aterrorizado. Decía que un vehículo venía persiguiéndolo desde las minas de Mitlakino, donde lo habían acusado de haber robado un dinero. Temía por su vida, así que lo acogieron. Los hombres del pueblo estaban cuidando de él. ¿Habían hecho mal?

¡En absoluto! ¡La orden era capturarlo de inmediato, llevarlo de nuevo a la base y mantenerlo amarrado en todo momento! E informar enseguida cuando llegara. Él mismo acudiría en persona tan pronto como le fuera notificado.

Muy bien. Un pelotón se quedaría allí hasta que la niebla levantara. Después, saldrían y lo capturarían. En aquel momento, los hombres de Veyemik estaban en su zona de pesca y el fugitivo se encontraba con ellos.

Sí, pero ¿dónde?

Al general le llevó varios minutos de charla con el helicóptero comprender que la zona de pesca se encontraba a cincuenta kilómetros de allí, en medio del estrecho. Sólo a diez kilómetros de la primera isla. Y que los helicópteros no podían haberlo alcanzado aún. Los esquimales habían partido hacía veinticinco minutos.

¡Veinticinco minutos!

—¡Salgan ahora mismo! —ordenó el general—. ¡Vayan de inmediato, sin demora! Quiere escapar... ¡eso es lo que va a hacer!

¿Hacia dónde debían ir? ¿Cómo iban a dar con el punto de pesca con tanta niebla? Los esquimales daban con él gracias a una baliza que se controlaba desde la isla. Y la isla no podía dirigir a los helicópteros hacia allí porque...

—Está bien. Yo me encargo de la isla. Los helicópteros deben despegar de inmediato, los tres. Que vayan detrás del fugitivo, hacia el este. Va a bordo de un vehículo, ¡y va hacia allí! A una altura de cincuenta metros verán el vehículo, incluso con la niebla. ¡Que descendan hasta los veinte metros! Voy a ordenar que los helicópteros que hay en la isla también salgan. Encontrarán al fugitivo a medio camino entre unos y otros. Si intenta escabullirse torciendo a la derecha o a la izquierda pasará la isla de largo, y con la niebla se perderá. Entonces podremos atraparlo sin ningún problema. ¿Cuánto calculan que va a durar la niebla?

Según la información más reciente, iba a durar otras dos o tres horas... Y si los helicópteros de la isla despegaban podrían producirse colisiones en el aire, ¡porque la visibilidad era nula! Ni siquiera con los mejores instrumentos se podía...

Pues que estableciesen un pasillo aéreo. El punto de pesca se encontraba a cincuenta kilómetros, ¿no? Pues que recorriesen cincuenta y cinco. Informarían a la isla de ello. Había que mantener la comunicación, él mismo se pondría de inmediato en contacto con ellos.

Y así lo hizo.

Al cabo de unos minutos, los de la isla informaron de que los vehículos de los esquimales ya habían llegado al punto de pesca. Se habían detectado tres. Sí, los helicópteros de la isla podían llegar al punto de pesca en muy poco tiempo; con la

baliza, la niebla no representaba ningún problema.

El general preguntó con qué recursos contaban en la isla.

Doce helicópteros, le respondieron; número que se incrementaba en invierno con una partida de todoterrenos de patrulla. Y también dieciséis vehículos para el transporte de personal, semiorugas, en cuatro pelotones. Cuatro vehículos por pelotón, y cuatro hombres por vehículo. Sesenta y cuatro hombres.

El general ordenó el despliegue de dichos recursos.

Los helicópteros rodearían el punto de pesca y descenderían para registrarlo. Si el fugitivo ya se había escapado, despegarían de nuevo para servir de apoyo a los vehículos de tierra, los transportes semioruga. Los vehículos de tierra partirían de inmediato. Cuando estuvieran a seis kilómetros de la isla, adoptarían la formación indicada en caso de ventisca: irían descargando las tropas cada quince metros. Con los vehículos dibujarían una línea de un kilómetro, que iría avanzando a la velocidad de una persona con esquís.

Y, por si acaso el fugitivo intentaba regresar a tierra firme, los helicópteros barrerían la zona que quedaba en medio. Con el fin de evitar el riesgo de una colisión en la niebla, ambos contingentes mantendrían una distancia de separación de cinco kilómetros.

Se esperaba que la niebla durase dos o tres horas: en ese tiempo el fugitivo podría intentar llegar a la isla americana. Pero antes tenía que encontrarla, algo que sólo podía hacer desde la isla rusa. ¿Había alguna señal acústica que utilizasen los americanos en caso de niebla?

No, no se utilizaban señales acústicas. Pero cuando se levantaba la niebla la isla se veía fácilmente, porque sólo estaba a cuatro kilómetros. Los mástiles y las antenas tenían balizas parpadeantes, y las antenas parabólicas estaban bien iluminadas.

Pero también había otro factor a tener en cuenta. La isla estaba a cuatro kilómetros, pero la frontera internacional estaba sólo a dos. Con unos esquís, el fugitivo podía alcanzarla enseguida.

El general trazó otro plan.

Si en el plazo de una hora aún no se había capturado al fugitivo, todos los contingentes debían desplazarse a toda velocidad al otro lado de la isla. No se debía permitir que el fugitivo la abandonara. Si intentaba huir hacia el lado americano, debía ser abatido; sólo abatido, no destruido. Era imprescindible capturarlo vivo a toda costa.

Mientras hablaba, recibió un comunicado urgente: los helicópteros habían llegado al punto de pesca, ¡y el fugitivo estaba allí! Fregando los platos dentro de una tienda de campaña, junto con el cocinero. Pero un instante después, rectificaron la información: había estado fregando los platos, pero al oír los helicópteros había salido a echar un vistazo y al parecer aún no había vuelto.

¿Cuándo había salido de la tienda? ¿Cuándo?

Haría tres o cuatro minutos, calculó el cocinero. Llevaba los esquís puestos.

—¡Maldita sea! —exclamó el general.

Aquel rápido giro de los acontecimientos provocó que el general repitiera varias veces aquella expresión, pero luego continuó con unas cuantas más. Había reducido la ventaja del fugitivo de dos días a dos horas, luego a cuarenta minutos, luego a veinticinco. ¡Ahora estaban a tres o cuatro minutos! Sólo con que los helicópteros se mantuvieran inmóviles por la ruta que seguía, lo atraparían ya. ¿Qué distancia podía haber recorrido en cuatro o cinco minutos?

En el segundo kilómetro, el estruendo que llenaba el aire era continuo y ensordecedor. Ya los tenía justo encima: permanecían inmóviles, avanzaban un poquito, luego permanecían inmóviles otra vez.

Los rotores giraban sin parar, produciendo un ruido infernal, sin embargo, apenas alteraban la niebla. Porter distinguió el resplandor amarillo de los focos que lo buscaban, pero no veía los aparatos. Y sabía que ellos tampoco lo veían a él. Mantenían la altitud. Y enseguida entendió el motivo. Era el mismo que le estaba dando problemas a él.

El estrecho ya no era llano. Hacia el centro comenzaron a aparecer unos montículos enormes formados por nieve que había arrastrado el viento, que se había ido acumulando entre el continente y las islas, y que ahora se había transformado en columnas de hielo. Surgieron de repente, con unas cimas tan altas que se perdían en la niebla, lo bastante altas como para que los helicópteros no se acercaran. Pero en su afán de esquivarlas, él mismo había perdido el rumbo.

En dos ocasiones, cuando el estruendo de los rotores se alejó un poco hacia delante, se arriesgó a alumbrar con la linterna hacia atrás para intentar ver la huella de los esquís, y hasta retrocedió unos pasos para buscarlas. Pero aquellas columnas de hielo eran gigantescas, tendrían como mínimo diez metros de anchura, y al rodearlas no podía saber con seguridad si aún seguía avanzando en paralelo.

Ahora era el terreno mismo lo que lo estaba agotando. Aquellos toscos esquís eran demasiado cortos y se hundían en la nieve recién caída. El ruido de los helicópteros, el cansancio y la incertidumbre le estaban causando una profunda confusión mental, pero de repente se dio cuenta de algo: no tenía necesidad de preocuparse por la dirección que debía seguir, aquellos malditos helicópteros se la estaban mostrando.

Su misión consistía en impedirle llegar al otro lado de la isla, pero sabían que primero tenía que encontrarla. Sólo quedaban ocho kilómetros. Los dos primeros los había recorrido en menos de diez minutos, a pesar de las condiciones. Sudaba bajo el anorak y notaba los regueros de sudor que le resbalaban por dentro del gorro de piel. Respirando la gélida niebla a grandes bocanadas, se obligó a avanzar con rapidez, un esquí detrás de otro, sin dejar de contar.

Novcientos ochenta... Novcientos noventa... Otro kilómetro más. Quedaban siete.

Allá en lo alto los aparatos continuaban rugiendo, moviendo las palas sin descanso. Permanecían suspendidos, avanzaban, se detenían otra vez. Eran manchas borrosas que flotaban en el aire, buscando, manteniendo la velocidad de un hombre que avanzara con esquís. Cuando estuvieran cerca de la isla tendrían que aterrizar y enfrentarse a él. O, si la superficie del hielo era lisa, descenderían hasta el nivel del suelo. Y no estarían solos, naturalmente. Aquel lugar era una guarnición militar.

Seguro que habría soldados aguardándolo; la última barrera. Pero ¿qué alternativa le quedaba? Ya no tenía ningún otro sitio a donde ir.

Y como no lo tenía, planeó dirigirse a aquel. Apenas se hacía una idea de cómo podía ser. Un kilómetro de roca, le habían dicho los esquimales, y al otro lado estaba la isla americana, sólo cuatro kilómetros más allá. Cuando se levantara la niebla lo vería. Pero cuando se levantara la niebla también resultaría que se vería él.

A la mierda. Mientras hubiera niebla tenía que aprovecharla para seguir avanzando...

Primero debía llegar a la isla.

Luego torcer a la derecha o a la izquierda hasta el final de la misma. Rodearla y llegar hasta el otro lado. Quinientos pasos después, se encontraría de frente con la otra isla. Si en la isla rusa lo estaban esperando más problemas, más ruido, probablemente los americanos responderían de modo similar, lo que podría servirle de orientación. Sólo le quedaban unos minutos para llegar. Había recorrido otro kilómetro, el cuarto. Dentro de menos de una hora podría haber rebasado la frontera internacional.

De repente oyó otro ruido. No era el de una aeronave, sino más bien un rumor constante, al frente. Y un momento después distinguió entre la niebla el brillo difuso de unos faros. En ese mismo instante le vino a la memoria lo que le habían dicho los esquimales: que en la isla había vehículos. Que salían a hacer prácticas en el hielo. Pero ahora habían salido a buscarlo a él.

Se tumbó sobre el hielo de inmediato. Y de inmediato también vio una hilera de vehículos que venían de frente, uno detrás de otro, a cien metros de donde estaba él, como mucho. Y en el mismo instante advirtió que algo estaba sucediendo con la fila. Los dos pares de faros que venían directos hacia él se habían detenido y los otros se desplegaban en abanico hacia fuera. De los vehículos que tenía enfrente surgieron unas luces que empezaron a agitarse a modo de estrellas borrosas describiendo arcos; al cabo de un momento comprendió que se trataba de hombres con linternas. Se habían apeado de los vehículos y estaban calzándose los esquís.

Rápidamente, Porter se quitó los suyos, porque abierto de piernas llamaba la atención en medio del hielo, y también el anorak, que resultaba demasiado visible. Con la misma rapidez lo volvió del revés, con el forro blanco por fuera, y se tumbó cubriéndose con él. Los esquiadores se colocaban en formación. Los demás vehículos habían quedado difuminados por la niebla y sólo eran visibles los dos que estaban justo enfrente. Y estos también se espaciaban. Le dio la impresión de que hombres y vehículos se situaban a intervalos de unos quince metros, con la intención de peinar el terreno. ¡Dios! Había hecho bien en tumbarse; una figura en movimiento no habría tardado en ser descubierta. No podía rebasar aquellos vehículos semioruga. ¿Y ahora qué?

La fila estaba tardando en desplegarse. Incluso por encima del ruido de los helicópteros alcanzaba a oír el leve crepitar de las conversaciones por radio.

Los soldados avanzaban pesadamente con los esquís. Llevaban trajes de nieve blancos, acolchados y con capucha, y armas automáticas colgadas del cuello. Se golpeaban cada dos por tres las manos para combatir el frío. Él, que sólo tenía el anorak echado por encima, estaba congelándose, el sudor se le había evaporado al instante.

Sin embargo, se fijó en que, en el espacio que quedaba entre un soldado y otro, la niebla era muy espesa. Además, estaban buscando una figura que huía a toda prisa y que llevaba esquís. Si pudiera lograr que lo pasaran de largo... Empezó a moverse para situarse entre dos esquiadores. Aún no lo había conseguido cuando, de repente, los soldados se alinearon unos con otros y comenzaron a desplazarse hacia delante. Entonces él se tumbó boca abajo, con los esquís debajo del cuerpo y el anorak echado por la cabeza.

Rezó para parecer un bloque de hielo. Los soldados acababan de empezar y aún no se habían acostumbrado a aquella tarea. Estaban a siete u ocho metros de él, a un lado y a otro.

Oyó el fragor de unos motores y el siseo de los esquís, y contuvo la respiración. Los oyó pasar. Habían pasado. Aguantó la respiración un poco más, antes de atreverse a levantar la cabeza y mirar. Sí. Estaban difuminándose en la niebla. Volvió a colocarse los esquís, se puso de nuevo el anorak y echó a andar de inmediato, muy deprisa, siguiendo las rodadas que habían dejado los vehículos. Pero de repente se detuvo. ¡No! ¡Los soldados descubrirían sus huellas! Estaba seguro. Tal vez no las vieran de inmediato, pero las verían pronto, sin duda alguna. Irían tras él. Los vehículos lo alcanzarían mucho antes de que pudiera llegar a...

Dio media vuelta y regresó sobre sus pasos. Deprisa, siguiendo las huellas de los esquís, y un minuto después alcanzó a los soldados. Vio la fila parpadeante que formaban las linternas y el haz luminoso de los faros de los vehículos. Seguro que los conductores iban muy atentos a lo que tenían delante. Uno de los esquiadores iba al lado de un vehículo, casi pegado a él. Porter se situó justo a su espalda, teniendo cuidado de que no chocaran los esquís de ambos, y rápidamente lo enganchó: le rodeó el cuello con un brazo y le tapó la boca con la mano. Podría haberle roto el cuello en el acto, pero cuando le vio la cara descubrió que era un joven yakuto, como de unos dieciocho años, que lo miraba con unos ojos que reflejaban inocencia y asombro.

Le arrebató la potente linterna y lo golpeó con ella en la cabeza. Pero como el joven llevaba la capucha acolchada, no le hizo nada. Soltó una maldición y, tras meterle el guante en la boca, le echó la capucha hacia atrás y volvió a atizarle. Dos golpes secos y el chico se desplomó en el suelo. A continuación, le quitó el arma que le colgaba del cuello y lo golpeó de nuevo con la culata, esta vez le acertó de lleno en la sien. La parte superior del traje era de una sola pieza; se la quitó y se la puso él. Pesaba mucho debido al equipo que llevaba en la espalda. Con el pantalón no pudo hacer nada, de modo que lo dejó, junto con su anorak. Recuperó el guante y echó a

correr tras de la patrulla. Al cabo de un par de minutos ya los había alcanzado y había ocupado su posición junto al vehículo semioruga.

Nada había cambiado, la fila iba avanzando a un ritmo uniforme, las linternas apuntaban al frente. Él también apuntó al frente con la que le había quitado al muchacho.

Con los guantes puestos no era capaz de notar las piezas de aquella pequeña arma automática. En el campamento había hecho un curso para aprender a manejarla. Manoteando un poco consiguió encontrar el seguro, lo retiró, buscó el gatillo y disparó. El subfusil escupió una ráfaga rápida, que tuvo un efecto inmediato. La linterna que tenía más cerca enfocó hacia él y vio que el conductor del vehículo volvía la cabeza para mirar por la ventanilla a la figura vestida de blanco que ahora agitaba la mano con ademanes frenéticos.

Estaba haciendo señas con la linterna al tiempo que gritaba:

—¡Está ahí! ¡Da la vuelta, que se escapa! ¡Da la vuelta!

Disparó otra ráfaga, vio que su vecino hacía lo mismo, se percató de que el conductor del vehículo semioruga había incrementado la velocidad al tiempo que gritaba por la radio, y ahora se oían tiros a lo largo de toda la fila.

Él retrocedió, dio media vuelta y echó a correr siguiendo las huellas. Tardarían quince minutos, quizá veinte, en aclarar la confusión, y más todavía en decidir qué diablos hacer... y también en averiguar qué había sido del hombre que faltaba.

Llegó hasta el joven muy deprisa y lo halló todavía tumbado en el hielo. Su delgado rostro juvenil mostraba una expresión muy seria, tenía la boca abierta y de ella salía el aliento despacio. Lo envolvió en el anorak y le cubrió la cabeza con el gorro de piel. Reparó en que tenía los guantes quitados y volvió a ponérselos. Congelación, hipotermia... respecto a eso no iba a poder hacer nada.

—Lo siento —le dijo en yakuto.

El chico llevaba los esquís puestos, y desde luego eran mejores que los suyos. Se los quitó con rapidez, así como los bastones que llevaba sujetos a las muñecas, y se los puso él. En el hielo había una linterna y se dio cuenta de que era la suya. Obviamente se le había caído mientras se había quitado el anorak. La encendió y la dejó allí de nuevo, para que pudieran encontrar al yakuto. Le pidió disculpas otra vez y se marchó.

Aquella operación no le había llevado más de dos minutos, y ahora avanzaba deprisa, con unos esquís mejores, sin preocuparse por las columnas de hielo y sin albergar dudas de hacia adónde conducían las huellas de las orugas. Al cabo de otro kilómetro se percató de que los helicópteros se habían ido. Los oyó muy lejos, a su espalda; estaba claro que les habían ordenado que abandonasen la búsqueda y acudieran a ayudar a los soldados.

Pronto dejó de contar, ya no servía de nada. Los pasos que iba dando eran más largos y ahora mil eran mucho más de un kilómetro. Y como avanzaba más deprisa, en cuestión de unos minutos vería aparecer la isla. Ya casi sentía su presencia, su

masa maciza. Tenía todos los sentidos alerta y su agotamiento estaba evaporándose.

Habría soldados esperándolo, no le cabía duda. Y dispositivos de detección. Al fin y al cabo, aquel puesto situado justo en la frontera era uno de los más avanzados en cuanto a electrónica. Los equipos estarían orientados sobre todo hacia el lado americano, pero los bordes de la isla estarían cubiertos, por supuesto. De repente cayó en la cuenta de que yendo por el hielo no iba a conseguir escapar; no era sólo cuestión de rodear la isla, pues lo detectarían de inmediato. Iba a tener que entrar en ella y pasar por detrás de los sensores. Esa idea se encendió en su mente como una hoguera.

En aquel mismo instante, en medio de una gran conmoción de sirenas que aullaban todas a un tiempo, se disparó una bengala. Esta describió un arco oblicuo y descendió hacia él. Al momento surgieron muchas bengalas más desde otra decena de puntos. La niebla que lo rodeaba se transformó en un acuario de un verde intenso, atravesada de pronto por el estrecho haz de luz de un foco que lo deslumbró. Él lo cruzó a toda velocidad, frenético, agitando la linterna y vociferando.

—¡Eh, eh! ¡Lo hemos encontrado! —jadeaba con fuerza—. Está ahí atrás. ¿Tenéis preparadas las bengalas?

—¿Qué bengalas?

Detrás del haz de luz se habían materializado unas figuras con capuchas blancas que empuñaban armas. Y además había varios todoterrenos militares esperando.

—¡Dios, pero si las estamos pidiendo a gritos! Ese hombre se mueve muy rápido, ¡ya ha cruzado la fila una vez! Si no nos damos prisa, se nos escapará. ¿Qué coño le ocurre a la radio?

—¡Operaciones! ¡Operaciones! —gritó uno de ellos por un micrófono—. Están pidiendo que lancemos bengalas. Han localizado al fugitivo y necesitan que... ¿Cómo? Espere un minuto. ¿Quién lo pide? ¿A qué grupo pertenece usted?

—Nos hemos dividido. A mí me han dicho que regresara. Soy guía y debo llevar hasta allí un todoterreno con bengalas de sobra, ¡joder! Venga, ya hablo yo con Operaciones. —Paseó la mirada a su alrededor—. ¿Dónde está el de Operaciones aquí?

Mientras el soldado seguía gritando al micrófono, los otros se habían congregado en torno a él.

—¿Así que tú eres uno de los reclutas nuevos?

—Claro. Conozco el país, pero no sé mucho de este ejército. ¿Dónde está el de Operaciones?

Había empezado a quitarse los esquís. Gracias a las numerosas luces que se habían encendido, vio que todos los soldados llevaban los esquís a la espalda. La compañía entera descansaba sobre una ancha plataforma limpia de nieve, al pie de un acantilado. De la plataforma partía una rampa, evidentemente destinada a vehículos, con unas aceras a ambos lados que se perdían en la niebla.

—¡Nos han enviado a un guía! —continuaba gritando el soldado por el micrófono

—. Dice que hay algún problema con la radio... Sí, yo puedo arreglarlo... Muy bien, compruébenlo... Lo están examinando. De momento no puedes volver —le dijo al guía.

—Joder... ¿se va a escapar! Sois muy lentos, os ha costado incluso detectarme a mí. ¿Cuánto tiempo habéis tardado en dar conmigo, tío?

—Cabo. Dirígete a mí como «cabo» —replicó el soldado—. ¡Además, te han detectado los sensores, animal! Son sensores térmicos. ¿Lo entiendes?

—Yo entiendo de esta puta isla, para eso me pagan. Ese tipo se va a escapar, ya lo veréis. Voy a echar una ojeada al otro lado. En mi opinión, lo que se necesita aquí son hombres, ¡no sensores! Dispararé unas cuantas veces para haceros saber si he visto algo más aparte de los sensores, ¿de acuerdo? Volveré dentro de cuatro o cinco minutos. ¡Para recoger el todoterreno y las bengalas!

Y, sin decir más, se marchó con su medio trote de guía, con tanta seguridad en sí mismo que los soldados se limitaron a mirarlo. Cogió la acera de la izquierda de la rampa, con los esquís en la mano. Descubrió que el suelo se elevaba ligeramente, aguardó medio minuto más y se salió.

Saltó por el borde y descubrió que allí había bastante desnivel. Se sentó y descubrió que lo había hecho encima del cinturón del equipo, donde había guardada la sujeción para los esquís, un cartucho de repuesto para la pistola, una cuerda y un pico, y también un cuchillo de caza. Se lo quitó todo, lo tiró a la nieve y se calzó los esquís.

Avanzó setenta pasos esquiando y miró hacia atrás, pero no vio nada. Los sensores lo habían detectado a unos doscientos metros, de modo que aquella era la distancia a la que debía mantenerse. Lo habían visto torcer a la izquierda, así que ahora giró a la derecha. Avanzó deprisa doscientos metros más y luego decidió que era mejor regresar y seguir en la isla, no fuera a dejarla atrás sin darse cuenta.

Los últimos veinte pasos los dio despacio, hasta que logró distinguir la presencia del gigantesco bulto en la niebla. Luego siguió su contorno. Tardó apenas tres minutos en llegar a lo que parecía el final, se acercó y descubrió que, en efecto, lo era. Avanzó por el contorno hasta que este torció de nuevo, lo que le permitió ver que ya se encontraba en el otro lado.

Entonces se lanzó de nuevo a la carrera, dando zancadas largas, cien, doscientas, muy deprisa.

Si aquella roca medía un kilómetro, con otros doscientos pasos llegaría a la mitad de la misma. Pero no era allí a donde se dirigía. La otra isla estaba enfrente, justo a cuatro kilómetros de distancia, y la línea que señalaba la frontera estaba sólo a mitad de camino. Podía ir allí de inmediato... ¡un par de kilómetros! Una carrerita y rebasaría la frontera. Sano y salvo.

De repente, sin pensarlo más, se lanzó: dejó la roca que tenía a la espalda y echó a andar por el estrecho.

Llevaba recorridos cincuenta pasos cuando empezaron a sonar las sirenas.

Lo primero que pensó fue que las había disparado él.

Pero casi en el mismo instante, el tremendo estrépito que surcó el aire lo hizo cambiar de opinión. Los helicópteros habían vuelto. Y por aquel lado de la isla. Y no sólo los helicópteros, sino también más vehículos, pues se oía un fragor de motores a izquierda y derecha.

Pero ¿adónde iban? Confuso y desorientado, hizo un alto para intentar averiguarlo.

Estaban sucediendo varias cosas al mismo tiempo, y todas ellas iban cambiando a cada minuto que pasaba.

Las estaba haciendo cambiar el general, desde Tcherski.

Sentado con dos teléfonos, hablaba con la isla y con la base aérea. Unos minutos antes, ya casi transcurrida la hora, había confirmado la orden dada: todas las tropas debían estar preparadas para trasladar la búsqueda al otro lado de la isla. ¿Los vehículos podían comunicarse unos con otros? Sí, estaban en contacto. ¿Y los helicópteros? Todos en contacto.

Pues adelante.

Y, casi de inmediato, estalló el caos, la confusión, la contradicción.

Las tropas de superficie informaron haber avistado a un hombre al que habían empezado a perseguir, pero este había regresado al continente.

La isla informó de la llegada de un guía que pedía bengalas para las tropas de superficie.

Las tropas de superficie informaron de que no habían pedido ninguna bengala y tampoco habían enviado a ningún guía. En cambio les faltaba un hombre.

El general, ya con la voz ronca, se hizo cargo de la situación con rapidez. ¿El guía aún estaba en la isla? Sí, lo estaba; con un pelotón de todoterrenos esperando en la plataforma de la playa.

—Pues captúrenlo. Captúrenlo de inmediato e informen enseguida.

Y enseguida informaron. El guía ya no estaba en la plataforma de la playa. Hacía dos minutos que se había ido en misión urgente a inspeccionar las defensas del extremo norte de la isla.

El general, al que le pitaban los oídos, asimiló la información, y también estudió en el mapa la distancia que había hasta la frontera. El fugitivo podía llegar allí en cuestión de minutos. Pero no en dos minutos.

—Abandonen la búsqueda.

Ese fue el primer cambio de planes.

Todos los todoterrenos debían acudir de inmediato a la frontera internacional. También todos los hombres que estuvieran disponibles. Los helicópteros de la isla, los de las fuerzas aéreas, las tropas de superficie; todos debían dirigirse allí a la máxima velocidad. Todo el personal debía desembarcar y formar una cadena, con el

fin de bloquear el acceso a la isla contigua. Cuando avistaran al fugitivo, debían reducirlo e inmovilizarlo, incluso debían dispararle a las piernas si era necesario, pero no debían matarlo. Era imperativo que lo capturasen vivo.

Unos momentos más tarde, advertido por la isla de que no estaba permitido abrir fuego a menos de quinientos metros de la frontera, el general rectificó la orden.

Los soldados ya no formarían la cadena en la frontera, sino doscientos cincuenta metros antes de la misma. Pero seguía en pie la orden de disparar.

Un minuto después, tras recibir nueva información, modificó la orden otra vez. Con toda aquella actividad, era posible que el fugitivo cambiara el rumbo hacia el norte o hacia el sur. Tardaría más, pero aun así le daría tiempo a rodear un contingente de tropas estáticas sin que lo vieran, porque se había calculado que la niebla duraría como mínimo otra hora. Sugirió que los todoterrenos se adelantasen para intentar interceptarlo antes de que pudiera llegar a la frontera.

Conforme. La orden era esperar hasta que llegasen los vehículos semioruga —ya sólo faltaban unos minutos— y a continuación enviar los todoterrenos, para capturar al fugitivo en el hielo.

Pero el fugitivo ya no estaba en el hielo.

Al principio, la gran cantidad de tropas lo dejó perplejo. Un helicóptero tras otro, una verdadera riada de todoterrenos, más los vehículos semioruga, todos en tromba hacia el estrecho. Los habían enviado para capturarlo a él, para atraparlo antes de que pudiera cruzar la frontera.

Pero no tardó en darse cuenta de que no podría hacerlo. Habían llegado demasiado rápido, se habían lanzado a la carrera en su afán de bloquear la frontera internacional antes de que él pudiera alcanzarla. Cuando los hombres se hubieran apeado y la pequeña isla hubiera quedado sellada, utilizarían los vehículos para darle caza: lo más probable era que se usaran los todoterrenos, capaces de zigzaguear con rapidez en el hielo entre una isla y otra.

Tenía que salir del hielo.

Aquel lado de la isla estaba muy erosionado por las mareas que surcaban el angosto canal. Los esquimales le habían dicho que en verano acampaban en bahías rocosas y que las focas acudían a las piedras lisas que había en ellas. Tal vez hubiera allí un sitio donde esconderse. Echó a correr hacia la costa y, efectivamente, encontró abundantes piedras lisas. La zona donde estaban empezaba en un montículo que había a un costado de una pequeña entrada del mar y se extendía como si fuese una escollera. Eran piedras enormes, todas cubiertas de hielo. Las recorrió con los esquís, buscando una cavidad. Vio que entre unas y otras había huecos, pero la nieve había formado una pared sin fisuras. No había forma de atravesar dicha pared, y tampoco podía trepar por ella con los esquís. Ni era capaz de calcular qué longitud tendría. Al final de la misma podían estar esperándolo los soldados para atraparlo.

Retrocedió con rapidez para inspeccionar la entrada de mar y vio que los esquimales ya la habían utilizado antes. La playa presentaba una inclinación muy pronunciada y en ella se veían residuos que habían ido dejando: un torno para izar barcas, una serie de bultos ya cubiertos de hielo, un farol abandonado que colgaba en una grieta de la pared del acantilado. Se metió en dicha grieta y encontró una cueva de tamaño apreciable, por la que paseó el haz de la linterna.

Había un sitio para hacer fuego; en el techo, anzuelos grandes para pescar focas; un banco de piedra para despiezar animales muertos. Ya había visto cosas parecidas en el norte. Allí no podía esconderse, de modo que dio media vuelta y se apresuró a salir de la cueva. Casi al instante estuvo a punto de caerse rodando por el pronunciado terraplén, porque tropezó con el par de bultos que había visto antes. Se incorporó y se fijó mejor en ellos.

Eran aves marinas congeladas. Cuatro. El invierno las había pillado después de que se hubieron marchado los esquimales, porque de lo contrario estos se las habrían llevado para aprovecharlas como cebo. Aquellos animales se debían de haber caído. Miró hacia el acantilado; allá arriba debía de haber un nido de águilas. El haz de la linterna iluminó una cavidad hueca en la pared de roca, a unos diez o doce metros de

altura.

No había modo de subir hasta allí, desde la entrada de la cueva.

Alumbró con la linterna los dos lados de la abertura y vio que en el derecho se había producido un desprendimiento y había quedado al descubierto una afilada cornisa de roca. Esa cornisa estaba encima de las primeras piedras lisas. Desde estas era posible trepar hasta la cornisa y desde la cornisa hasta el nido.

Se dirigió hacia las piedras, consciente de que era una locura correr semejante riesgo. De todos modos, la escollera le impedía seguir avanzando con los esquís. Se los quitó a toda prisa, se los echó a la espalda y atacó las piedras lisas.

Estaban cubiertas de hielo, de modo que no había dónde poner el pie con seguridad. Se llevó una mano a la espalda para coger el rollo de cuerda de nailon que llevaba enganchada a un pequeño pico para el hielo. Intentó clavar el pico, acertó al cuarto intento y se izó hasta la piedra lisa. Había una buena altura, tres metros. Desde allí alcanzó a ver el contorno del nido; debía de estar aún siete u ocho metros más arriba y a la izquierda. Se veía borroso a la luz de la linterna, pero se adivinaba bastante ancho.

Fijó la vista en la cornisa y clavó el pico, una y otra vez, hasta que quedó trabado, con la cuerda colgando. Después probó a darle un fuerte tirón, cargando todo su peso, porque esta vez la caída podía ser muy considerable. A continuación se colgó el subfusil a la espalda y empezó a subir.

En aquella roca tan erosionada sí había lugares donde apoyar el pie; resbaladizos y traicioneros, pero útiles. Fue trepando por el acantilado, asiendo la cuerda con una mano y luego la otra, y cuando tuvo la cabeza al nivel de la cornisa, tanteó con cuidado con los pies en busca de un punto de apoyo y tomó impulso para subirse a ella.

Permaneció un momento de rodillas, arrancó el pico, recogió la cuerda y se incorporó muy despacio.

La cornisa estaba cubierta de una capa de hielo y era muy estrecha, no había espacio para darse la vuelta. Siguió de cara a la pared y fue avanzando de costado, mirando dónde ponía los pies. No vio el nido hasta que llegó a él. El acantilado sobresalía ligeramente y la cornisa desaparecía de pronto. Se quedó muy quieto, con los brazos pegados a la pared de roca, y observó el nido. Era una oquedad irregular y de bordes muy desiguales. Tendría un metro de ancho aproximadamente y una altura parecida. Había otra cornisa un poco más abajo del nido, que era, a todas luces, el lugar desde donde se habían caído las aves, y también vio otra encima, a modo de tejadillo.

Sin despegarse de la pared, alargó un pie hacia un costado y lo colocó en la cornisa de debajo del nido. La de arriba era tan pequeña que casi no había nada a lo que agarrarse. Puso una mano en el borde helado, se afianzó, apoyó el otro pie en la cornisa y se metió en el nido. Los esquís que llevaba a la espalda se atascaron en la entrada y lo dejaron inmovilizado unos instantes, hasta que pudo entrar del todo y

descubrió que estaba de rodillas sobre una superficie lisa.

Se quedó allí unos momentos, jadeando. Luego se quitó los esquís y el subfusil, encendió uno de los cigarrillos del joven yakuto y se sentó a fumárselo con los ojos cerrados.

Esto ocurría pocos minutos después de las ocho de la mañana, y tenía mucho en lo que pensar.

En su cara oriental, la isla Diómedes Mayor estaba llena de nidos de águila. Porter se refugió en tres de ellos hasta que la niebla levantó. El primero, situado por encima del denominado Paseo de las Focas, le pareció un escondite demasiado obvio, de manera que no se quedó mucho tiempo en él. En el segundo ocultó lo que llevaba en el cinturón —la mitad del contenido, porque todavía cargaba con uno de los discos cuando lo acorralaron—. El tercero fue donde lo capturaron.

El relato que dio de lo que sucedió allí no era coherente del todo, pero sabía que, aunque él no pudiera verla, había una grabadora funcionando y que lo que dijera, necesariamente distorsionado, sería sometido a un escrupuloso análisis.

Se encontraba en aquel último nido y eran poco más de las nueve y media de la mañana. (Acababa de ocultar el disco del estuche dorado, el que contenía los datos técnicos. Se había dado prisa en desprenderse de él, pero ahora dudaba si esconder también el plateado). Los helicópteros seguían en tierra, sin embargo aún se oían los rotores, que giraban despacio, así como el rumor, ya menos amortiguado por la niebla, de otros vehículos que debían de estar patrullando la isla contigua de norte a sur. De ello dedujo que el estrecho estaba completamente tomado y que él no tenía la menor posibilidad de cruzarlo esquiando.

También sabía que le iba a ser imposible sobrevivir en aquella pared helada, que lo capturarían en cuanto levantase la niebla, y que sus opciones eran rendirse o ser atrapado.

Un todoterreno había aparecido allí abajo y oyó las voces de los soldados cuando se aparearon y empezaron a registrar una cueva. El líder del grupo gritó:

—¡Recordad, muchachos, hay que capturarlo vivo! Pero ¡podéis dispararle a las piernas, es un cabrón muy escurridizo y aún podría escapársenos si le damos ocasión!

Eso hizo que se parase a pensar. Tenían orden de capturarlo con vida. Y él era un cabrón escurridizo que aún tenía posibilidades de escaparse.

Caviló unos instantes.

Tenía el pico y la cuerda. Tenía los esquís y el subfusil.

Y unos minutos más tarde también tuvo ante sí una vista magnífica.

La brisa, que ya estaba abriendo jirones en la niebla, de repente se transformó en un viento racheado que la barrió del todo. En cuestión de minutos, el aire quedó transparente como el cristal y la otra isla surgió ante él de inmediato. No parecía estar lejos, era una mole de roca enorme sembrada de luces. En ella había helicópteros que

subían y bajaban para echar un vistazo a algo que rompía la monotonía.

Lo que rompía la monotonía lo tenía él enfrente.

Contó dieciséis vehículos semioruga, las linternas de varias decenas de hombres, un gran número de todoterrenos que circulaban por el hielo y varios helicópteros con los rotores en marcha, formando una larga fila, que ahora empezaban a despegar.

Vio que tres de aquellos aparatos de cabina alargada regresaban al continente. Los más pequeños estaban ascendiendo en el aire, con la intención de aterrizar en algún punto situado por encima de donde él se encontraba. Los vehículos semioruga y las linternas se quedaron donde estaban.

El lugar en el que se refugiaba tenía un techo bajo y el suelo estaba cubierto de residuos. Aquella grieta abierta en la roca —porque no era más que eso— tenía una profundidad de cuatro o cinco metros y era más ancha por dentro que por fuera, pues las paredes se cerraban sobre sí mismas en la entrada. Desde allí observó que algo nuevo estaba sucediendo.

Uno de los helicópteros había despegado de lo alto, y al poco vio que recorría la línea de la costa como si fuera una araña de largas patas, escrutando la pared del acantilado con su foco. Cuando lo tuvo más cerca, se ocultó en la cavidad, junto a la entrada, mientras el foco barría el interior del nido. El haz luminoso permaneció allí medio minuto y después se fue.

Un poco más tarde, vio que dos vehículos seguían al helicóptero por el hielo. Había oído ruidos, pero tardó un rato en deducir de qué se trataba. Uno de los vehículos era un todoterreno y el otro parecía un camión de bomberos. Disponía de una escalera articulada que iba acercando a todas las cavidades en las que se detenía el helicóptero.

A la luz de este, Porter vio que un hombre subía por la escalera, equipado con una máscara antigás. Al llegar arriba del todo, arrojó al interior un objeto que parecía una granada aturdidora, se produjo la explosión, y poco después lanzó también un cartucho de gas lacrimógeno... o por lo menos algo que expulsaba humo. Luego el hombre esperó unos instantes, con la cabeza agachada, y de repente entró en la cueva. Se oyó un tiroteo, siguió otra pausa, y después volvió a salir y bajó por la escalera.

Porter, oculto en su nido, cambió de sitio para estar más cerca del aire fresco, y se preparó para aspirar una profunda bocanada y retenerla. Sabía que era capaz de aguantar la respiración durante dos minutos y aquel hombre no había tardado tanto tiempo.

Estaba allí esperando, cuando sucedió. Vio que las paredes del nido se volvían blancas como la leche y oyó el ruido que hacía el hombre al subir por la escalera. Esperó diez segundos, se llenó los pulmones y vio cómo la granada aturdidora penetraba en el escondite describiendo una parábola en el aire. Chocó contra el bajo techo, le rebotó en el pecho y le explotó en la cara.

Durante unos momentos, lo último que vio fue el fognazo intenso, que lo dejó ciego y sordo, casi paralizado. Pero continuó aguantando la respiración.

El cartucho de gas ni lo vio ni lo oyó. Supo que estaba allí dentro por el hormigueo que sintió en los labios y por un picor que notó en los ojos. A través del humo, acertó a distinguir un bulto que obstruía la entrada, una especie de hocico de cerdo que asomaba por ella. Golpeó al hombre en la cabeza con el subfusil y tiró de él para meterlo en el nido. No se olvidó de disparar unas cuantas veces contra el techo. Acto seguido, en cuestión de segundos, le arrebató la máscara antigás, se la puso y empezó a inhalar y exhalar. Seguía sin oír nada. Esperó unos instantes más, respirando con agitación y la máscara puesta, y después salió del nido de espaldas.

Fue el pantalón —aunque esto él no lo supo— lo que lo delató. No oyó la orden de que se volviera, ni siquiera oyó el disparo de advertencia que pasó silbando junto a su cabeza; lo único que percibió fue un impacto seco en la pierna derecha, y de repente fue consciente de que ya no podía utilizar aquella pierna y de que estaba cayendo por la escalera.

Para entonces le quedaban menos de dos metros de caída, y aterrizó hecho un guiñapo, pero con el arma en las manos. Consiguió disparar una ráfaga corta y vio que los hombres que lo rodeaban se ponían a cubierto. En medio del brillante resplandor del foco, captó una foto fija: el conductor del camión de bomberos asomado a la ventanilla, el que manejaba el mecanismo de la escalera mirándolo boquiabierto y el todoterreno con las puertas abiertas.

Junto a este se habían apostado dos hombres armados, que se refugiaron debajo del coche y ahora lo observaban desde allí. Uno le estaba gritando algo. Lo supo porque, aunque no oía nada, le veía mover la boca. Como lo estaba apuntado con un arma, Porter le disparó y vio que se derrumbaba sobre el hielo. Y en otra secuencia muda, se dio cuenta de que el otro hombre sacaba el arma de debajo del cuerpo y disparaba hacia él.

El conductor del todoterreno seguía dentro, pero Porter vio que asomaba las piernas. Le disparó dos balas, que le pasaron cerca, luego se arrancó la máscara antigás y chilló:

—¡Quédese donde está! ¡Vuelva a entrar en el coche!

Ahora ya podía percibir su propia voz por encima del pitido que le inundaba los oídos, y vio que las piernas del otro se metían de nuevo en el todoterreno.

Se arrastró hasta una de las puertas, introdujo el subfusil y, mientras apuntaba al conductor, se subió al asiento.

—No me dispare —rogó el soldado. Estaba muy asustado.

—Usted conduzca —le ordenó Porter, poniéndole el arma en la barbilla.

—¿Adónde?

—A la frontera. ¡Vamos!

—No lograremos llegar. ¡Nos harán volar en pedazos!

—¡Yo sí que te haré volar en pedazos!

El soldado temblaba como una hoja, pero metió la marcha y arrancó, pasando por encima de algo.

—Ríndase —dijo con voz temblorosa—, no lo matarán. Nos han ordenado que lo capturemos vivo. No lograremos llegar.

Aquello parecía muy probable. Ahora habían aparecido a derecha e izquierda varios todoterrenos a toda velocidad, como salidos de la nada.

—¡Vaya más deprisa!

—Voy todo lo deprisa que puedo.

Quizá fuera así, porque tampoco veía muy bien. Cuando miraba al frente, con el ojo izquierdo no alcanzaba a ver al conductor, que iba a su lado. —Ello se debía a que su ojo izquierdo se había quedado en el nido de águilas, reventado por la granada aturdidora—. Los otros todoterrenos no avanzaban mucho más rápido que él; habían salido como flechas, con la intención de interceptarlo, pero ahora daba la impresión de que sólo lograban mantenerse a su altura y disparar con sus armas automáticas. Porter entendió que no pretendían acertarle a él, sino inmovilizar el coche, porque las balas iban dirigidas al motor y a las ruedas.

También vio que se ponían en marcha varios de los vehículos semioruga; tenían los faros encendidos, y conectaron también los focos de búsqueda. Los que no estaban en movimiento empezaron a disparar igualmente, tal como indicaban las nubes de humo que salían de ellos, y unos metros más adelante el hielo comenzó a estallar: eran granadas de pequeño tamaño, lanzadas con la obvia intención de detener el vehículo.

Esas granadas consiguieron librarlos de los todoterrenos que estaban más próximos, que se apresuraron a apartarse, no sin antes disparar una última ráfaga, que resultó acertada, porque de repente el todoterreno derrapó y, pese a los esfuerzos del conductor, se inclinó y resbaló describiendo un semicírculo en el hielo.

—Nos han dado, ya nos tienen... ¡ríndase!

—¡No se detenga! —gritó Porter.

Había perdido el sentido del equilibrio y la concepción espacial, por lo que no era capaz de distinguir qué lado era el que estaba inclinado.

—¿Dónde nos han dado?

—Por su lado... el todoterreno está torcido. ¡Mire!

Echó un vistazo y vio que, en efecto, el coche estaba inclinado.

—Gire a la izquierda —le ordenó, y al volverse descubrió que el conductor ya no estaba sentado al volante, que ya no estaba dentro del todoterreno. Su puerta estaba abierta y había huido.

—¡Joder!

También estaban abiertas las puertas traseras, que se sacudían hacia delante y hacia atrás por el efecto de la embestida de otro vehículo. Porter recogió el subfusil, disparó una ráfaga al parabrisas del agresor y agotó la munición. Acto seguido, pese al dolor, se sentó al volante. Ahora lo atormentaba la rodilla derecha, no podía mover la pierna. La subió al asiento y bajó el otro pie.

El todoterreno no se había calado, seguía avanzando lentamente en primera y

describiendo un círculo. Pisó el acelerador, pasó al embrague para cambiar de velocidad y se enderezó. Otros dos todoterrenos habían chocado contra él y lo habían dejado sin faros. Pero había luz suficiente, no los necesitaba. Además, en aquellos minutos de frenesí apenas se había percatado de las colisiones.

Llevaba una rueda arrastrando por el hielo y el volante le pesaba mucho. Iba despacio, y se veía embestido una y otra vez por los otros todoterrenos. En un breve intervalo en el que dio la impresión de que iba a detenerse, el fuego de granadas cesó y los otros vehículos comenzaron a acorralarlo, pero ahora que se había enderezado y que de nuevo avanzaba, vio que volvían a lanzarle granadas y que los coches se apartaban hacia los lados.

Los vehículos semioruga se habían acercado y lo deslumbraban con los focos. Su intención era arremeter contra él, atraparle entre dos de ellos. Porter pisó el acelerador a fondo para alcanzar la máxima velocidad y descubrió que, con el movimiento, la rueda arrastraba menos y la dirección ya no estaba tan dura. No se desvió, sino que fue directo hacia las luces que se dirigían hacia él. Esperó hasta tenerlas casi encima y entonces dio un volantazo con brusquedad. Pero esta vez, cegado por el penetrante dolor del ojo izquierdo y sin noción alguna de las distancias, chocó contra la trasera de uno de los vehículos y la colisión lo hizo saltar del asiento. Se aferró al volante mientras el todoterreno daba bandazos a derecha e izquierda, patinando por el hielo.

Se le había salido el pie del pedal, pero lo encontró de nuevo y volvió a colocarse en el asiento. A su espalda habían empezado a disparar y las balas acribillaron la parte posterior del todoterreno. Al frente, tal vez a no más de doscientos metros, los vehículos semioruga que estaban inmóviles también disparaban proyectiles que impactaban contra el hielo, sin embargo estaban muy separados unos de otros y vio una hilera de linternas entre ellos. No podían dispararle, de modo que lo único que hacían era intentar detener el coche.

Enfiló hacia el hueco que quedaba entre dos vehículos semioruga, vio que los soldados que iban a pie se desperdigaban y se preparaban para disparar a su vez y... y cruzó. Pero, joder, ¡otra vez estaba atrapado! En el último momento le falló otra rueda. El todoterreno aminoró la marcha y derrapó. Había conseguido cruzar la fila de soldados, pero estaba muy perjudicado, ya sólo contaba con dos ruedas. Y ahora, a su espalda, los motores de los vehículos semioruga estaban cobrando vida, al tiempo que una voz dura como el acero se dirigía a él a través de un megáfono:

—¡Alto! ¡Deténgase mientras pueda o lo harán volar por los aires!

Porter siguió adelante entre maldiciones, intentando convencer al todoterreno de que no se rindiera. Y, en efecto, avanzaba, muy despacio, a no más de diez o doce kilómetros por hora, con unas ruedas temblorosas que sólo se movían cuando zigzagueaban. El ojo y la rodilla le dolían con intensidad, como si tuviera clavado un hierro candente... y el hielo también ardía en llamas, iba estallando en pequeños géiseres delante de él.

En ese momento vio otras luces que se agitaban sin cesar. Estaban en el lado americano. Como ya no lo seguía nadie —y estaba seguro de ello, porque podían haberlo adelantado con facilidad—, dedujo que debía de haber rebasado la frontera.

(En realidad, aún no lo había hecho. Los vehículos que lo seguían tenían órdenes de permanecer a doscientos cincuenta metros de la línea, y eso era lo que estaban haciendo; un dato confirmado por los helicópteros americanos que vigilaban. Pero también se les había ordenado que continuaran disparando, cosa que también hicieron, y que más tarde fue objeto de una reclamación oficial).

Los soldados que iban en los vehículos semioruga ahora lo tenían muy difícil. Incluso a una distancia de cien metros los lanzagranadas no podían acertar a un blanco con precisión. Y aquel blanco, un hombre a bordo de un vehículo, no debía ser alcanzado —al menos con una granada—, sino sólo detenido. La única manera de conseguirlo era acertando al motor. Si lo lograran antes de que el fugitivo llegara a la frontera, podrían ir a buscarlo varios hombres con esquís y capturarlo. En esta ocasión utilizarían pequeños morteros.

Los géiseres que iban estallando delante del vehículo que avanzaba lentamente en zigzag estaban cada vez más cerca; y como ahora el zigzag era estable y predecible, acabaron dando en el blanco, lo que provocó un estallido de vítores.

—¡Blanco! ¡Se ha detenido! Muy bien, muchachos, id a por él.

Y allá fueron, pero se quedaron consternados al ver que el blanco, aunque se había parado, no se había quedado quieto.

El proyectil lo había alcanzado con un silbido, un estrépito metálico y una cascada de cristales rotos. El estrépito metálico lo produjo el capó del todoterreno al destrozarse, tras lo cual, junto con la granada, atravesó el parabrisas hecho añicos y dio de lleno contra Porter. El horno que ardía dentro de su cabeza rugió brevemente y se apagó, dejándolo a oscuras. Retiró también el pie del pedal, por eso el vehículo se detuvo.

Pero todavía a oscuras, arrancó de nuevo el motor, que se había calado, giró el volante de un lado a otro y, zarandeando el coche hacia delante y hacia atrás sirviéndose de la palanca de cambios, consiguió que volviera a avanzar a paso de tortuga.

La explosión parecía haberlo aturdido del todo. Ya no veía nada y la conmoción lo hacía jadear. El parabrisas le había estallado en la cara y debía de haberle hecho cortes en los labios, porque notó el sabor de la sangre. Al cabo de un minuto, cayó en la cuenta de que el jadeo no era tal, sino más bien algo parecido a la asfixia. Era una pesadilla que había tenido muchas veces. Conducía un coche, se asfixiaba y no podía ver adónde se dirigía. Sabía que debía ir hacia la derecha, que no había girado del todo. Cada vez que el todoterreno se atascaba con un temblor, sacudía el volante y lograba que volviera a moverse, muy despacio, como un insecto incapacitado que da unos pasos tambaleantes, se detiene y reanuda la marcha con gran esfuerzo.

Los helicópteros americanos que observaban la escena desde el aire afirmaron

que tardó ocho minutos en detenerse y que lo hizo cuando se lo ordenaron.

Se lo ordenaron por el megáfono, en inglés, y poco después oyó otras voces más próximas que le decían que abriera la puerta y se apeara con las manos en alto.

Porter abrió la puerta, pero no consiguió levantar los brazos ni tampoco bajar del vehículo, se desplomó como un bulto sobre el hielo. A su alrededor sonaban muchas voces amplificadas, y también otras procedentes de la isla; entre ellas, por extraño que parezca, acertó a distinguir la meliflua voz de Bing Crosby deseándole que sus días fueran felices y alegres, y sus navidades blancas.

Las instalaciones sanitarias de la isla resultaron no ser las adecuadas para las lesiones que sufría Porter, de modo que se preparó un helicóptero para trasladarlo a Nome, una localidad de Alaska, situada a ciento noventa kilómetros de allí. Estaba consciente y exigía con urgencia una grabadora, que pusieron a su disposición en la sala de radio, junto con un micrófono; este último lo exigió el médico militar, que no quería que el paciente tuviera que gritar para hacerse oír por encima del motor.

En Nome, las instalaciones sanitarias también se consideraron insuficientes, así que lo trasladaron de nuevo, esta vez en un reactor y en dirección sur, a Anchorage, que estaba novecientos sesenta kilómetros más allá. Allí lo ingresaron en el hospital Providence, el mediodía del 25 de diciembre.

A causa de la fecha, en el hospital sólo estaban de guardia unos pocos miembros del personal, pero desde Nome los habían informado del caso y mientras tanto habían avisado a varios especialistas.

En cuanto estos llegaron, estuvieron de acuerdo en que era urgente operar. El paciente aún se encontraba consciente, pero ya sufría graves complicaciones. Aparte de las posibles lesiones neurológicas, las más obvias eran muy amplias. Había perdido un ojo y estaba ciego del otro, tenía las dos piernas destrozadas y heridas graves en la mitad superior del cuerpo.

Cuando lo desnudaron para examinarlo, hallaron un cinturón del que él se negó a separarse. Mientras le hacían radiografías, insistió en sostenerlo debajo de un delantal de protección. Le habían quitado la grabadora —cuya cinta, a la que habían dado la vuelta a bordo del avión, ya se había agotado—, pero él insistió en que tenía que transmitirle de inmediato ciertas instrucciones a una persona de Washington.

Esa persona no pudo ser localizada, pero en otro número alguien prometió que llamaría lo antes posible. Aún no lo había hecho cuando a Porter, que no podía hablar ni moverse, tuvieron que trasladarlo a quirófano. Sin embargo, para entonces ya había dejado bien claras sus instrucciones: el cinturón y la cinta grabada debían guardarse en la caja fuerte del hospital, y si después de la operación él pasaba un tiempo sin poder hablar, la persona de Washington debía escuchar la cinta antes de tocar el cinturón.

Dichas instrucciones se cumplieron a rajatabla: el cinturón y la cinta se guardaron en una caja fuerte y Porter entró en quirófano.

La persona de Washington era Walters, el que había sido su acompañante de la CIA y con el que había establecido, en el campamento, una buena relación de trabajo. En aquellos momentos, Walters no se encontraba en Washington, sino en Seattle, pasando las navidades con su familia política. Seattle, aunque estaba muy al norte —de hecho, es la ciudad situada más al norte de todo Estados Unidos—, quedaba a dos

mil cuatrocientos kilómetros al sur de Anchorage.

Le facilitaron un transporte, se notificó el viaje y llegó a Providence a las nueve en punto. A aquella hora, Porter ya hacía mucho que había salido del quirófano, pero tenía escasas probabilidades de sobrevivir. El visitante se identificó, dicha identificación fue comprobada, y firmó para llevarse la cinta y el cinturón. Mientras tanto, se había puesto en contacto con Langley, desde donde le ordenaron que se reuniera con él de inmediato.

Langley estaba a otros cuatro mil kilómetros. Pero a la hora del almuerzo del día siguiente, el material que llevó consigo ya había sido debidamente procesado. A esa misma hora, sin embargo, el depósito de cadáveres de Providence ya había recibido el cuerpo de Porter.

La voz de la cinta era un susurro áspero, no siempre comprensible, pero en lo relativo al cinturón se entendía bastante bien.

Dentro del mismo había una bolsita que contenía un estuche de aluminio sellado. Cuando se manipuló, dentro de un recipiente de hidrógeno líquido, el estuche saltó y se abrió sin esfuerzo, y expulsó el disco que llevaba dentro. Este medía cuatro centímetros de diámetro y el material que contenía estaba sumamente condensado. Los técnicos no tardaron en descifrar el protocolo y transfirieron el contenido a una pantalla.

Ya se sabía que la información del disco era personal, pero, aun así, el tono directo del principio causó sorpresa, a medida que las líneas iban apareciendo, una tras otra, en la pantalla.

«¡Cuánto tiempo, querido amigo, cuánto tiempo! ¡Te espero con gran ilusión!».

EPÍLOGO

El hombre al que habían esperado con gran ilusión no recibió ningún nombre en la investigación que se llevó a cabo en Anchorage.

Los testigos médicos dijeron que había fallecido a causa de múltiples traumatismos y los militares afirmaron que esos traumatismos los había sufrido a bordo de un vehículo que había quedado detenido, averiado, en el mar helado del norte de Alaska.

Había entrado en territorio estadounidense por el lado ruso de la frontera, tal vez tras extraviarse en la niebla. Resultaba obvio que se había visto atrapado en un fuego cruzado, en el curso de unas maniobras militares, lo cual en aquellos momentos era objeto de una reclamación oficial. Porque dichas maniobras habían tenido lugar dentro del margen de quinientos metros de la frontera internacional, y el tiroteo a menos de doscientos cincuenta metros de la misma, algo que suponía una clara infracción de los tratados.

El hombre no era de raza caucásica. No llevaba documentación y tampoco se le proporcionó ninguna. El forense determinó que lo habían matado y ordenó que se retuviera el cadáver hasta que se conociera su identidad y se estableciera quién era el culpable de su muerte.

La investigación se publicó con todo lujo de detalles en los dos periódicos locales, el *Anchorage Times* y el *Daily News*.

En Irkutsk, el general leyó esos artículos y los añadió a los informes que iba a presentar al tribunal ante el que no tardaría en comparecer. Le habían notificado que los americanos iban a mostrar fotografías claras y comprobables de la infracción cometida. ¡Una mierda para los americanos! Lo único que lamentaba el general era no poder enseñarles a su agente, lo que representaría una contrainfracción. Pero el fugitivo había escapado, aunque sólo hubiera sido para morir poco después. Leyó de nuevo el testimonio que aportaban los médicos civiles y llegó a la conclusión de que no cabía la menor duda. Había muerto. Y su misión no había producido ningún resultado.

Sin embargo, el hecho de que aquel hombre estuviera llevando a cabo una misión quedó de sobra confirmado —había pruebas procedentes de Batumi, de Ponomarenko, de los muchos papeles falsificados—. Y también era evidente que de todo aquello no había salido nada. El comandante Militski, los guardias, los evenkis; el testimonio de todas esas personas lo demostró. Era imposible que el fugitivo hubiera podido establecer contacto con nadie del centro de investigación. Y era obvio que en ningún momento había sido esa su intención. Sólo pretendía llevar a cabo un reconocimiento de las instalaciones.

Lo que representaba un problema era el modo en que había llegado a la región de

Kolima y el modo en que había salido de ella. Y ambas investigaciones estaban aún sin resolver. Pero toda aquella acción en el estrecho —teniendo en cuenta el grave problema de seguridad que implicó— estuvo indiscutiblemente justificada. Tenía por objeto capturar al fugitivo, descubrir quién lo había enviado y cómo. Por desgracia, no se consiguió. Pero lo demás, sí. Entretanto, las investigaciones seguían su curso.

En Cabo Verde también había muchas investigaciones en curso.

Ponomarenko había vuelto, con una gran cantidad de explicaciones. Igual que Lidia Yakovlevna, que apareció con un ojo morado.

En la Compañía de Transportes de Tcherski, la investigación de las piezas desaparecidas se prolongó durante varias semanas y concluyó con una nueva serie de normas para la eliminación de vehículos de desguace. Se habían encontrado demasiados en las inmediaciones de las obras, y desde entonces quedó estrictamente prohibido llevarse piezas sin el permiso por escrito de la autoridad.

En esas semanas, Vassili se relajó, y también su mujer, porque sabía que él ya no estaba preocupado. Silbaba un poco y también le guiñaba un ojo, de modo que dedujo que volvía a ser el mismo. Y era verdad. Aún quedaban algunos problemillas por solucionar relativos al libro de déficit, pero carecían de importancia, no eran nada. Lo que lo había tenido tan apagado ya estaba resuelto. Y es que, aunque aquel chukchi lo había utilizado, no lo había decepcionado en absoluto, de modo que recuperó la fe que había depositado en él.

En Múrmansk quedaba pendiente la cuestión del marinero desaparecido.

Los dos noruegos que habían estado con él de paso en el Albergue de Marineros Internacionales creían que se había ido al barrio chino. Las indagaciones realizadas entre las chicas de dicho barrio no aportaron ningún resultado; y la llegada de su barco, unos días más tarde, tampoco aportó ninguna prueba.

Aquel marinero no se había marchado con el barco, y no podía haberse ido de otra forma, porque su pasaporte, su documentación y sus pertenencias seguían en el albergue. La policía lo retuvo todo durante tres meses, por si acaso aparecía flotando en un muelle. Pero cuando vieron que no regresaba —dada la oleada de delincuencia, se estaban dando numerosos casos de desapariciones permanentes—, avisaron a los agentes marítimos de que ya podían enviar sus pertenencias, sin que Múrmansk tuviera que pagar los gastos, a Nagasaki, a los propietarios del barco.

En Nagasaki, el *Suzaku Maru*, después de circunnavegar el globo, se encontraba de nuevo amarrado en el muelle.

Había arribado, igual que su barco hermano el año anterior, el día de Navidad,

más o menos a la misma hora en que Porter cruzaba el estrecho de Bering. En varios puntos de la travesía, el capitán se enteró de que tendría que enfrentarse a una Junta de Investigaciones en relación con ciertos sucesos ocurridos en Otaru. Dichos sucesos los tenía ya hablados con el primer oficial, y ambos comparecieron ante la junta y los explicaron.

La enfermedad del marinero Ushiba había parecido lo bastante seria como para contratar a otro marinero, con el fin de que el paciente no tuviera que realizar trabajos en cubierta. Esto lo dispuso el capitán con antelación, tal como podría confirmarlo la emisora de radio de Otaru. En esa ciudad, el estado de salud de Ushiba requirió sedación y pronta atención médica, de modo que se solicitó una ambulancia. Por otra parte, la previsión meteorológica adversa les impidió zarpar temprano, con lo cual hubo que renunciar a un lucrativo cargamento de atún; una pérdida comercial necesaria, por el bien del barco y de la travesía.

Cuando, estando ya en el Ártico, el nuevo marinero también cayó enfermo, hicieron escala en la desembocadura del río Kolima para solicitar asistencia médica. El marinero fue trasladado al hospital, el barco recibió permiso para continuar y en Múrmansk firmó las facturas relativas a los gastos devengados por dicho marinero. El capitán ya no sabía nada más. Había actuado con prudencia y sensatez, y esperaba que la junta se lo reconociese.

La junta se lo reconoció, con lo cual quedó concluida otra investigación más.

Con todas las facturas firmadas, aquel marinero coreano dejó de tener interés para las Autoridades Sanitarias de Tcherski. No obstante, llegó una nota procedente de Múrmansk en la que se acusaba recibo de que dicho marinero había salido de la región de Kolima. Señalaba que, como aún no se había solicitado que aquel hombre embarcara en ningún navío, era de suponer que las cosas se habrían arreglado de otro modo y se habría marchado a su casa en avión. Si ese era el caso, Múrmansk no tenía necesidad de conservar sus papeles y, por tanto, a menos que les fuera expresamente requerido, no los conservaría.

En el centro médico, toda esa confusión burocrática no causó ninguna sorpresa. Pero dado que era poco probable que aquel hombre fuera a darles más problemas, se decidió que su documentación no era necesaria en Tcherski, y la destruyeron.

En la región de Kolima ya no quedaba ningún registro de un arisco marinero coreano, ni tampoco ninguna conexión, si es que la había habido alguna vez, con un alegre chukchi que había conducido hasta Tchorni Vodi.

En Tchorni Vodi, el año nuevo empezó bastante sombrío.

Antes de que finalizara enero, se incineró un pequeño ataúd —el último del programa de los simios—, y unas semanas más tarde otro un poco más grande. Se

avisó de que no había necesidad de enviar a ninguna parte los efectos personales y las cenizas del director, puesto que no había nadie a quien enviárselos. Con un director nuevo, el programa se reanudaría, porque Moscú seguía conservando todos los datos en su poder.

En Oxford, sin saber nada del marinero coreano ni del camionero chukchi, Lazenby pensaba en un tercer personaje. La culpa de ello la tuvo la señorita Sonntag, a cuya fiesta de despedida acababa de asistir. Su partida estaba prevista para el mes de junio —tenía casi sesenta y cinco años— y ya se había seleccionado a su sustituta. Pero su hermana, Sonia, había caído enferma y necesitaba cuidados, de modo que ahora, después de Pascua, la señorita Sonntag ya no iba a volver al trabajo.

En la fiesta estuvieron recordando algunas cosas, y, tras la segunda copa de coñac, ella le mencionó, con un ligero rubor, el día en que estuvieron rebuscando juntos en un papelera y tan sólo encontraron papeles de liar cigarrillos.

Cuando regresaba solo a casa, Lazenby pensó de nuevo en aquellos papeles de fumar y en lo que había ocurrido de resultas de todo ello; y en una interrumpida excursión de pesca al río Spey y lo que ocurrió después de eso. Fueron unos días realmente extraños... y también le pareció extraño el personaje que conoció entonces. Recordaba muy poco de él. Gesto austero y mirada fija, como el rostro de un tótem. Igual que los de aquel pueblo, el que tenía aquel nombre tan raro... ¿Cómo era?

Kispiox; Pascua.

Y para Jean-Baptiste Porteur, un último viaje.

Anchorage había entregado el cadáver hacía dos meses, con una rectificación en el informe del forense. Lo que antes había sido «homicidio» ahora pasó a ser «muerte accidental». Porque, en efecto, lo había sido. El fallecido se había extraviado en la niebla, y en esa misma niebla se extraviaron también varias unidades militares que estaban llevando a cabo unas maniobras.

Los rusos presentaron muchas excusas y ofrecieron muchas rectificaciones, con una única condición, muy simple: que no se hiciera efectiva ninguna indemnización, como era lógico, hasta que se hubiera esclarecido la identidad del difunto. Pero la identidad del difunto no se había esclarecido...

Walters se ocupó del viaje a Kispiox. Fue con la carga hasta Hazelton, en un avión especialmente adaptado, y a continuación subió a aquel vehículo alargado y lúgubre y viajaron despacio, en silencio, hasta Kispiox. Allí permaneció varias horas antes de regresar a Langley, donde estuvo hablando del asunto con el encargado del Departamento Biográfico.

—Bueno —dijo W. Murray Hendricks, contemplando el expediente que tenía delante—, yo diría que nos hemos salido con la nuestra.

—Estoy convencido de ello —coincidió Walters—. Allí no había nadie especial, y tampoco lo hubo después. Ninguna visita. No saben nada de nada.

Dos meses antes, al funeral que se celebró en Anchorage acudieron varias personas, algunas del consulado ruso, para transmitir el pésame de su Gobierno por el triste accidente... y para echar un vistazo a los demás asistentes. Pero, aparte de los sepultureros y de un ministro de la Iglesia Unitaria, no hubo ningún asistente más, tan sólo dos reporteros enviados para informar del entierro del desconocido; y Walters, que observó la escena desde una ventana situada encima de la capilla.

—¿Cómo está ahora? —preguntó Hendricks.

—Va haciendo... No se le ve muy cambiado.

—Pero ¿tiene que estarlo desde que lo vio usted en Anchorage!

—Ah, desde Anchorage...

Cuando Walters fue a visitarlo a Anchorage —tan sólo lo vislumbró un momento en la sala de cuidados intensivos—, Porter estaba conectado a varias máquinas y envuelto en vendajes de la cabeza a los pies. En aquella ocasión, Walters no voló directamente a Anchorage, sino a la base de las Fuerzas Aéreas de Elmendorf, situada a varios kilómetros de allí. Dicha base aérea también tenía hospital; no poseía las instalaciones quirúrgicas del de Providence, pero tenía otras habilidades menos ortodoxas. Allí habían recibido un cadáver, el de otro varón no caucásico, desconocido y no reclamado por nadie, víctima de un accidente de tráfico: toda una bendición para Langley. Pues se había tomado la decisión de que Porter, vivo o muerto, no debía quedar bajo la jurisdicción civil, sino que debía ser trasladado a otra más segura. El personal médico de Elmendorf había visitado al paciente para examinarlo y ver en qué estado se encontraban los vendajes.

Aquella misma noche se organizó el cambio, cuando se disparó una alarma contra incendios, también preparada de antemano. El nuevo turno de noche, empleados y médicos, no se sorprendieron al ver la muerte cerebral que mostraban los monitores, y no se ordenó que se practicara la autopsia al hombre vendado, tan sólo que fuera trasladado al depósito de cadáveres del hospital, donde permaneció por espacio de dos meses, hasta que el forense dio orden de que lo enterraran. Pero el hombre del depósito de cadáveres, que fue enterrado de manera tan ceremoniosa, no era Porter. Este había sido trasladado a toda prisa, en presencia de los médicos, a la base aérea, donde permaneció con soporte vital hasta que pudieron llevarlo más al sur, a otro hospital militar indicado por Langley.

—¿Puede recibir la atención adecuada en ese poblado indio? —preguntó Hendricks.

—Toda la que necesita. En Kispiox hay un servicio médico al que acuden los habitantes del distrito. Es lo que él quería, está harto de hospitales. Han logrado que recupere algo de visión en el ojo derecho y suponen que irá mejorando, aunque de momento lo lleva tapado. Tiene las piernas llenas de cables y le han puesto un montón de cosas nuevas en el cuerpo. Aún pasará una temporada en esa silla, pero

todavía le queda un pulmón... y sentido del humor. Dice que es un hombre biónico.

—¿Ya habla, pues?

—Lo cierto es que no, todavía no. Puede escribir un poco, pero sólo hace garabatos, porque no puede ver nada. Tenía allí una montaña de correo, y el jefe de la oficina se va a encargar de contestarlo por él; ya le he dicho yo lo que debe escribir.

Eran cartas de sus colegas y alumnos de McGill y de Victoria. Ambas universidades habían sido informadas del accidente. Del camión sin frenos que había chocado contra Porter en una carretera de los bosques de Quebec. En ambas universidades estaba de baja por enfermedad.

—Otra cosa —dijo Walters—. En ese pueblo he visto a su madre. Una mujer extraña... quejumbrosa. Me dijo que ya hace años advirtió a su hijo de que no fuera a la universidad, que aunque fuera a traer luz al mundo, él moriría en la oscuridad, y que todo ello acabaría en un mar de lágrimas.

—Pues no ha muerto —replicó Hendricks—. Y la cosa todavía no ha acabado en un mar... ni de lágrimas ni de otra clase.

—Pero eso de traer luz... es un comentario muy raro, ¿no le parece?

—Desde luego. Y en ese sentido podría tener razón.

—¿Sirvió de algo el disco que trajo?

—Por lo visto sí. La teoría de los armónicos es bastante nueva. Y la fibra óptica es un campo en el que se está avanzando mucho. Los rusos siempre han sido los primeros en ese terreno... su ciencia es muy poco convencional. Puede que gracias a lo que ha traído Porter se inicie algo. Una cura para la ceguera... La verdad es que nunca lo habríamos imaginado. Su viaje no ha sido en vano.

—¿Se ha sabido algo nuevo respecto al nido de águilas?

—Ya no existe.

Con los temporales de la primavera habían desaparecido muchos de los nidos de águila que había en el acantilado oriental de la isla Diómedes Mayor. Se habían producido desprendimientos de tierras, erosión, los habituales cambios estacionales que sufría aquella mole de granito. Pero el lugar donde se escondió Porter estaba bien señalado: la ubicación se había establecido con claridad. Tanto si el nido seguía estando allí como si no, el disco que contenía los datos seguiría oculto en lo más profundo de la pared del precipicio, seguro en su agujero y recuperable cuando llegara el momento y la oportunidad. Porter lo había dejado bien claro en la cinta.

Y no fue lo único que dejó claro. Lo preocupaba un añadido que había que incluir en un libro de próxima aparición. Lo había editado una joven de Prince George. Especificó letra por letra lo que había que añadir y Walters lo transmitió debidamente. Lo mencionó a continuación.

—Esa otra joven, ¿no? —Hendricks sonrió—. Mujeres no le faltaban, desde luego. Les resultaba muy atractivo. Estuvo casado con una india, ¿sabe? Una joven ciega.

—No lo sabía —respondió Walters, atónito—. No tenía ni idea. Pasamos varias

semanas juntos en un campamento y hablamos mucho. Pero nunca me lo dijo.

—No. En fin. Hay muchas cosas de él que no se saben. Dudo que haya alguien que lo sepa todo —dijo Hendricks, y cerró el expediente—. La verdad es que no sentía un gran apego por nadie.

Sin embargo, sí que sentía un gran apego por alguien.

La oficial médica Komarova ya estaba harta de la región de Kolima.

El jefe de policía le contó que el malvado fugitivo casi seguro había muerto. Bueno, no era seguro del todo, porque Irkutsk aún no se había dignado decírselo, pero corrían rumores y era muy probable.

Durante todo el invierno, Komarova había observado que su madre iba perdiendo fuerzas. Y gracias a los evenkis se enteró de que el director de Tchorni Vodi —así se lo confirmó Stepanka en tono afligido— las había perdido del todo; su querido Micha-Bisha. Si se quedaba allí, no iba a tardar en tener tan sólo recuerdos tristes, de modo que empezó a pensar seriamente en ir buscando otro sitio.

En junio, cuando en Tcherski apenas era primavera, se dirigió hacia el oeste y se encontró con el verano. En la región de Karelskaia, distrito del lago Ladoga, necesitaban un oficial médico; la entrevista tuvo lugar en San Petersburgo. Ella había estudiado allí, así que conocía la remota zona en la que se precisaban sus servicios. Tenía muchos atractivos, el principal de ellos, lo lejos que estaba —a seis mil kilómetros— de la región de Kolima.

Le habían reservado una habitación, y una vez que se hubo instalado, sacó el anillo. En Tcherski no se lo había puesto, y ahora volvió a examinarlo.

«Como nuestro amor, el círculo no tiene fin».

Probó a ponérselo en el anular, pero le iba muy pequeño, así que se lo deslizó en el meñique y durmió con él puesto.

Al día siguiente se despertó antes de las siete, le costaba dormir en aquella gran ciudad. Y como la entrevista no era hasta las once, estuvo varias horas paseando.

En el Nevsky Prospekt, aunque ya sólo faltaba un cuarto de hora para la entrevista, entró en una librería y estuvo curioseando un poco. Sus pasos la llevaron hasta la sección de libros extranjeros y, de repente, casi con una sensación de desmayo, lo vio. Vio su rostro. En la contraportada de un libro. Lo cogió.

J. B. Porter. *Los inuit, leyenda y realidad*.

Era un libro nuevo y había tres ejemplares, boca abajo, un tanto polvorientos recién sacados de su embalaje. Una dependienta irritable le quitó el que ella tenía en la mano, escribió dentro el precio a lápiz, acto seguido lo escribió también en los otros dos, les limpió un poco el polvo y los volvió a poner en su sitio, boca arriba.

No había donde sentarse, y a Komarova le costaba tenerse en pie. Se apoyó en una pared y volvió a examinar el libro. En la faja decía que era la obra más reciente del autor y su aportación más significativa a un campo al que ya había arrojado luz

con su enérgica...

Las palabras, escritas en inglés, se le volvieron borrosas, pero continuó leyendo.

Tras concluir sus anteriores estudios, el doctor Porter había dado detallada cuenta de... su obra facilitaba, en particular, todas las versiones conocidas de la técnica de narrativa inversa de ese pueblo, al que se consideraba poco sofisticado...

Y no las facilitaba sólo el texto, tal como observó al volver una página. Había una dedicatoria que abarcaba una línea entera: «PARA AHSIB AHSIM Y AINAP AINAT».

Dejó de darle vueltas al anillo, se secó las lágrimas y probó otra vez. De derecha a izquierda. Sí. Sí. Pero el precio del libro, escrito a lápiz en rublos, resultaba astronómico para ella, de modo que abandonó la librería con paso tambaleante y salió a la luz del día.

Tres meses más tarde, con su madre ya descansando en el pequeño cementerio de Panarovka, se marchó de la región de Kolima para siempre; de su nuevo empleo tuvieron noticia todas las autoridades pertinentes, y también Langley.

Otros tres meses después, bien instalada pero melancólica, en la región de Karelskaia, un día, al regresar de un viaje, echó una ojeada al correo que aguardaba abierto sobre su mesa. Había un sobre cerrado, y se detuvo a mirarlo. Era alargado y llevaba la dirección escrita a mano. Y si, evidentemente, no lo habían abierto, era porque indicaba «PRIVADO». El matasellos era de San Petersburgo. Ella conocía a pocas personas en la ciudad, y aquella letra no le sonó de nada. Abrió el sobre, y al principio no entendió lo que contenía. Un fino papel con el membrete de Aeroflot. Era un billete de avión. Ella no había comprado ningún billete de avión. Se habían equivocado, claro. Pero la primera página del billete llevaba grapada una hoja del Departamento de Inmigración, y en dicha hoja figuraban su nombre y su número de pasaporte, todos correctos. El billete no tenía fecha, era un billete abierto. El destino, Montreal. No iba acompañado de ninguna nota, de ninguna explicación.

Abrió otro poco más el sobre y la descubrió al fondo del todo: una hojita de papel de fumar. En ella había escrita una única frase, en un ruso bastante legible: «Como nuestro amor, el círculo no tiene fin».

Durante todo aquel año, a pesar de las muchas pérdidas sufridas, casi no había llorado. En cambio ahora, con aquella hojita de papel temblando en su mano, miró al frente, vio su rostro reflejado en el espejo de la pared y observó cómo empezaba a desmoronarse. Porque entonces llegaron por fin las lágrimas. Tan intenso era el llanto que costaba distinguir si aquella imagen distorsionada, aquel rostro reflejado en el espejo, estaba llorando o riendo.

A su ayudante, que entró corriendo en la oficina, alarmada por el ruido, le dio la sensación de que, por extraño que pudiera parecer, la oficial médica reía y lloraba a la vez.